

KARL OVE KNAUSGÅRD

*Bailando en la
oscuridad*

Mi lucha: 4



se

«Naturalmente, esto no es una novela sino la purga de mi corazón»: las palabras no son de Karl Ove Knausgård, pero, a la luz de *Mi lucha*, podrían muy bien aplicársele. Y es que su serie de «novelas de no ficción» autobiográficas es tan catártica para el que la lee como lo fue para quien la escribió: es la inmitigada franqueza sin filtros del que pone su vida entera en juego la que, al vibrar en la página, reverbera más allá de ella.

Corre el tiempo, cambian las edades, los escenarios; y cuando se abre *Bailando en la oscuridad*, el cuarto volumen de la saga, Karl Ove Knausgård tiene dieciocho años y acaba de bajar del avión que lo ha colocado un poco más cerca de su destino. Que se llama Håfjord; Håfjord, un minúsculo pueblecito del norte de Noruega donde le espera un puesto como maestro, y la promesa de una paz que le permita entregarse a su recién descubierta vocación: la de escribir. Pero, tras un comienzo que promete, el desengaño: la ambición excede con mucho al talento. Y ser profesor no es tan fácil como parecía, y las tentaciones que ante él se despliegan tienen muchos rostros: el de las chicas, el del alcohol, el del aislamiento y la soledad; el del silencio. Cuando el narrador parece abocado a la crisis, cuando su relato se oscurece, el autor nos lleva consigo hacia atrás, hacia las raíces del ahora: y encuentra música y amor, escritura y vida; encuentra un testimonio de los deseos y sus frustraciones, de la dificultad de lidiar con lo heredado.

Karl Ove Knausgård escribe con luminosidad y energía, sin condescendencia, de un tiempo cargado de posibilidades e incertidumbres, de ambiciones y de tropiezos; un tiempo fundacional y definitorio, en el que el ímpetu colisiona a menudo con la torpeza. De esa oposición, de ese desajuste, emergen acordes inesperados, de una ligereza que no sacrifica la hondura por el camino: *Bailando en la oscuridad* es el episodio más grácil, raudo, bullicioso y eléctrico de la serie, cargado de una vitalidad tan intensa y abierta como la que describe.



Karl Ove Knausgård

Bailando en la oscuridad

Mi lucha - 4

ePub r1.0

gertdelpozo 31.05.16

Título original: *Min kamp. Fjerde bok*
Karl Ove Knausgård, 2010
Traducción: Kirsti Baggethun & Asunción Lorenzo

Editor digital: gertdelpozo
Fuente: florenciapropato
ePub base r1.2



Quinta parte

Mis dos maletas se deslizaban lentamente por la banda transportadora de la sala de llegadas. Eran viejas, de finales de los sesenta, las había encontrado el día antes de que viniera el camión de la mudanza entre las cosas que mi madre guardaba en el desván, y me las adjudiqué de inmediato, iban bien conmigo y con mi estilo, no del todo contemporáneo ni del todo *aerodinámico*.

Apagué el pitillo en el cenicero del poste que había junto a la pared, bajé las maletas de la cinta y salí del recinto.

Eran las siete menos cinco.

Me encendí otro cigarrillo. Nada corría prisa, no tenía que llegar a ninguna parte, no había quedado con nadie.

El cielo estaba nublado y sin embargo el aire era fresco y claro. Había algo de alta montaña en el paisaje, a pesar de que el aeropuerto frente al que me encontraba estaba sólo unos metros por encima del nivel del mar. Los pocos árboles que podía ver eran bajos y estaban torcidos. La nieve cubría los picos de las montañas en el horizonte.

Justo delante de mí un autobús del aeropuerto se estaba llenando a toda velocidad.

¿Debería cogerlo?

El dinero que mi padre me había prestado de tan mala gana para el viaje tendría que cubrir mis gastos hasta que recibiera el primer sueldo a finales de mes. Por otra parte, no sabía dónde se encontraba el albergue juvenil, e internarme por las buenas con dos maletas y una mochila en una ciudad desconocida no sería un buen comienzo para mi nueva vida.

Mejor coger un taxi.

Excepto una breve visita a un puesto que había allí al lado, donde me comí dos salchichas con puré de patata en un cuenco de cartón, estuve toda la tarde en la habitación del albergue, tumbado en la cama con la espalda apoyada en el edredón, escuchando música en el walkman, mientras escribía cartas a Hilde, Eirik y Lars. También empecé una para Line, con la que había salido ese verano, pero lo dejé después de una página, me desnudé y apagué la luz sin que sirviera de nada, la noche de verano era luminosa, la cortina naranja centelleaba como un ojo en la habitación.

Solía dormirme sin problemas en toda clase de condiciones, pero esa noche permanecí despierto. Cuatro días después empezaría a trabajar. Cuatro días después me encontraría en el aula de un colegio de un pequeño pueblo de la costa del norte de Noruega, un lugar donde no había estado nunca, del que no sabía nada y del que ni siquiera había visto fotos.

¡Yo!

Un chico de dieciocho años de Kristiansand, flamante bachiller, que acababa de abandonar la casa familiar, sin más experiencia laboral que unas cuantas tardes y unos fines de semana en una fábrica de parker, un poco de periodismo en el diario local y un recién terminado trabajo de verano de un mes en un hospital psiquiátrico, se convertiría ahora en profesor tutor en el colegio de Håfjord.

Pues no, no conseguía dormirme.

¿Qué pensarían los alumnos de mí?

Cuando entrara en el aula para la primera clase y los viera a ellos sentados en sus pupitres, ¿qué les diría?

Y los otros profesores, ¿qué demonios pensarían de mí?

Se abrió una puerta en el pasillo, sonaron voces y música. Alguien pasó canturreando. Se oyó un grito: «*Hey, shut the door.*» Al instante, todos los sonidos fueron de nuevo reprimidos. Me volví hacia el otro lado. Lo extraño de estar en la cama en una noche luminosa también debía de contribuir al insomnio. Y cuando la idea de que era difícil dormir se había asentado, entonces sí que resultó imposible.

Me levanté, me vestí, me senté en la silla que había frente a la ventana y

empecé a leer la novela *Empate*, de Erling Gjelsvik.

Todos los libros que me gustaban trataban en el fondo de lo mismo. *Negros blancos*, de Ingvar Ambjørnsen, *Beatles*, de Lars Saabye-Christensen, *Jack*, de Ulf Lundell, *En el camino*, de Jack Kerouac, *Última salida para Brooklyn*, de Hubert Selby, *Novela con cocaína*, de M. Aguéiev, *Coloso*, de Finn Alnæs, *Lazo alrededor de la Luna*, de Agnar Mykle, los tres libros sobre la historia de la bestialidad de Jens Bjørneboe, *Gentlemen*, de Klas Östergren, *Ícaro*, de Axel Jensen, *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger, *Los corazones de abejorros*, de Ola Bauer, *Cartero*, de Charles Bukowski. Libros sobre jóvenes que trataban de encajar en la sociedad, que querían sacar de la vida algo más que rutina, algo más que familia, en suma, jóvenes que aborrecían lo burgués y buscaban la libertad. Viajaban, se emborrachaban, leían y soñaban con el gran amor o la gran novela.

Todo lo que ellos querían lo quería yo.

Con todo lo que ellos soñaban soñaba yo.

La gran nostalgia que siempre sentía en el pecho se desvanecía cuando leía esos libros, para luego volver diez veces más intensa en cuanto los dejaba. Así fue durante toda la época del instituto. Odiaba toda clase de autoridad, estaba en contra de toda esa jodida sociedad tan políticamente correcta en la que me había criado, con sus valores burgueses y su concepto materialista del hombre. Despreciaba todo lo que aprendía en el instituto, incluso lo relacionado con la literatura; todo lo que yo necesitaba saber, todo conocimiento real, lo único de verdad necesario, estaba en los libros que leía y en la música que escuchaba. No me importaban ni el dinero ni los signos de opulencia, yo sabía que el valor de la vida se encontraba en otra parte. No quería estudiar, no quería formarme en una institución convencional como la universidad, quería viajar al sur de Europa, dormir en playas, en hoteles baratos, en casas de amigos que haría por el camino. Realizar pequeños trabajos para sobrevivir, fregar platos en un hotel, cargar o descargar barcos, coger naranjas... Aquella primavera me había comprado un libro que contenía listas de todos los trabajos pensables e impensables que se podían conseguir en los distintos países europeos. Y en lo que todo eso desembocaría sería en una novela. Escribiría en un pueblo español, iría a Pamplona y correría delante de los toros, continuaría hasta Grecia y me pondría a escribir en una

de las islas, y luego volvería a Noruega al cabo de un año o tal vez dos, con una novela en la mochila.

Ése era el plan, razón por la que no me fui a la mili al acabar el bachillerato, como hicieron muchos de mis compañeros, ni tampoco me matriculé en la universidad, como hizo el resto. Lo que se me ocurrió fue presentarme en la oficina de empleo de Kristiansand y pedir una relación de todas las vacantes de profesor en el norte de Noruega.

—Me he enterado de que vas a ser *profesor*, Karl Ove —me decía la gente con la que me encontraba a finales del verano.

—No —contestaba yo—, voy a ser escritor. Pero, mientras tanto, tengo que vivir de algo. Mi intención es trabajar un año en el norte y ahorrar algo de dinero, luego me dedicaré a viajar por Europa.

Eso ya no era una simple idea, sino la realidad en la que me encontraba: al día siguiente iría al puerto de Tromsø y cogería el barco expreso hasta Finnsnes; allí cogería el autobús hacia el sur, hasta el pequeño pueblo de Håfjord, donde, según el plan, me estaría esperando el conserje del colegio.

Pues sí, me resultaba imposible dormirme.

Cogí la media botella de whisky que tenía en la maleta, fui al baño a por un vaso y me serví mientras miraba por la ventana las casas tan extrañamente luminosas.

Cuando me desperté sobre las diez a la mañana siguiente, el desasosiego había desaparecido. Recogí mis cosas, pedí un taxi desde el teléfono público que había en la recepción y me puse a esperar fuera con las maletas, fumándome un cigarrillo. Era la primera vez en mi vida que había viajado a un lugar del que no iba a volver. Ya no había ningún lugar al que «volver». Mi madre había vendido nuestra casa y se había mudado a Førde. Mi padre vivía con su nueva mujer todavía más arriba, en el norte de Noruega. Yngve se había establecido en Bergen. Y yo..., yo iba camino de mi primer piso. Allí iba a tener mi propio trabajo y a ganar mi propio dinero. Por primerísima vez decidía sobre todos los elementos de mi vida.

¡Joder, qué bien me sentía!

El taxi apareció subiendo la cuesta, tiré el cigarrillo al suelo, lo pisé y

metí las maletas en el maletero que me abrió el taxista, un corpulento señor mayor con el pelo blanco y una cadena de oro alrededor del cuello.

—Al muelle —dije, y me senté en el asiento trasero.

—El muelle es grande —dijo, volviéndose hacia mí.

—Voy a Finnsnes. En el barco expreso.

—Vamos allá.

Empezó a bajar hacia el puerto.

—¿Vas a estudiar en el instituto allí? —preguntó.

—No —contesté—. Voy a seguir hasta Håfjord.

—¿Ah? ¿Trabajas en la pesca? ¡No tienes pinta de pescador!

—Voy a trabajar de profesor.

—Ah, entiendo. Vienen muchos del sur a trabajar de profesores. ¿Pero no eres muy joven para eso? Hay que tener dieciocho años, ¿no?

Se rió un poco y me miró por el retrovisor.

Yo también me reí un poco.

—He acabado el bachillerato este verano. Supongo que eso es mejor que nada.

—Seguro que sí —dijo él—. Pero piensa en los chicos de aquí. Con profesores recién salidos del instituto. Nuevos cada año. ¡No es de extrañar que se vayan a trabajar en la pesca cuando acaban noveno!

—Ya —dije—. Pero eso no es por mi culpa.

—¡No, culpa no! ¿Quién habla de culpa? Es mucho mejor pescar que estudiar, ¿sabes? Mejor que estar sentado leyendo hasta cumplir los treinta.

—Yo no voy a estudiar.

—¡Pero sí vas a ser profesor!

Me volvió a mirar por el retrovisor.

—¡Sí! —dije.

Nos quedamos callados unos minutos. Entonces levantó la mano de la palanca de cambios y señaló:

—Allí abajo tienes tu expreso.

Se detuvo frente a la terminal, dejó las maletas en el suelo y cerró el maletero. Le pagué, sin saber muy bien qué propina darle, había estado preocupado por eso durante todo el trayecto, y lo resolví diciéndole que se quedara con el cambio.

—¡Muchas gracias! —exclamó—. ¡Y que tengas mucha suerte!

Ya se me habían ido cincuenta coronas.

Cuando el taxi se hubo alejado, me quedé un momento parado, contando el dinero que me quedaba. Aquello no tenía buena pinta, pero sería posible conseguir un anticipo al llegar, entenderían que no podía tener dinero *antes* de empezar a trabajar, ¿no?

Con una sola calle principal y muchos pequeños edificios de hormigón, seguramente construidos de prisa y corriendo, y su austero entorno de cadenas montañosas en la lejanía, Finnsnes parecía sobre todo una pequeña ciudad de provincias de Alaska o Canadá, se me ocurrió pensar cuando unas horas más tarde estaba sentado en una pastelería con una taza de café delante, esperando a que saliera el autobús. No había ningún centro urbano, la ciudad era tan pequeña que todo tendría que considerarse centro. El ambiente era completamente distinto al de las ciudades a las que yo estaba acostumbrado, tanto porque era mucho más pequeña, claro, como porque en ninguno de sus rincones se había hecho esfuerzo alguno para hacerla bonita o acogedora. La mayor parte de las ciudades tienen un lado bueno y otro malo, pero allí parecían los dos iguales.

Hojeé los dos libros que había comprado en una librería justo al lado. Uno se titulaba *La nueva agua*, y era de un escritor para mí desconocido llamado Roy Jacobsen, el otro era *La legión de mostaza*, de Morten Jørgensen, que había tocado en un par de grupos que me interesaban unos años atrás. Tal vez no debería haberme gastado el dinero en esos libros, pero iba a ser escritor, tenía que leer, en parte porque era importante saber dónde estaba el listón. ¿Podría yo escribir así? Ésta era la pregunta que todo el rato me daba vueltas en la cabeza mientras los hojeaba.

Luego me dirigí al autobús, me fumé un último pitillo antes de subir, metí las maletas en el maletero, pagué al conductor y le pedí que me avisara cuando llegáramos a Håfjord, fui hasta la parte de atrás y me senté en el asiento de la izquierda de la penúltima fila, que era mi preferido desde que podía recordar.

Al otro lado del pasillo del autobús, en diagonal a mí, iba sentada una chica rubia y guapa, tal vez uno o dos años más joven que yo. A su lado en el

asiento había una mochila, y pensé que la chica estudiaba en el instituto de Finnsnes e iba camino de su casa. Me había mirado cuando entré en el autobús, y cuando el conductor metió la marcha y el autobús abandonó la parada dando pequeños saltos, se volvió y me miró otra vez. No mucho rato, tan sólo un segundo, pero fue lo suficiente para que se me pusiera dura.

Me coloqué los auriculares y metí un casete en el walkman. The Smiths, *The Queen is Dead*. Con el fin de no molestar, durante los siguientes kilómetros me concentré en mirar por la ventana de mi lado, luchando contra cualquier tentación de observarla.

Tras una especie de zona urbanizada que empezaba justo después del centro y se extendía durante varios kilómetros, y donde se bajó más o menos la mitad de los pasajeros, llegamos a un largo tramo despoblado, completamente recto. El cielo sobre Finnsnes estaba descolorido, y debajo de él la ciudad quedaba bañada en su luz indiferente, aquí el color azul era más intenso y más profundo, y el sol, que colgaba sobre las montañas al sureste, cuyas laderas bajas pero empinadas impedían la vista de un mar que tendría que estar allí, hacía llamear el brezo rojizo, en algunas partes casi lila, que crecía en abundancia a ambos lados de la carretera. Casi todos los árboles eran pinos retorcidos y abedules enanos. Junto a mí se levantaban las montañas vestidas de verde hacia las que subía el valle, suaves, más colinas que montañas, pero las del otro lado eran escarpadas, salvajes y alpinas, a pesar de su modesta altura.

No se veía ni un alma, ni una casa.

Pero yo no había ido allí a conocer gente, había ido con el fin de tener paz y tranquilidad para escribir.

Ese pensamiento me atravesó como un rayo de felicidad.

Ya estaba en marcha, estaba en marcha.

Un par de horas más tarde, absorto todavía en la música, vi un cartel a lo lejos. Por la longitud del nombre deduje que tendría que poner Håfjord. La carretera hacia la que señalaba se internaba en la montaña, y más que un túnel era un agujero, las paredes seguían igual que cuando fueron dinamitadas, y dentro no había luz. El agua caía en tal cantidad del techo que el conductor tuvo que poner en marcha el limpiaparabrisas. Cuando salimos al otro lado, di un respingo. Entre dos largas y desgarradas cordilleras, escarpadas y

desnudas, había un estrecho fiordo, y más allá, como una enorme llanura azul, estaba el mar.

Ahhhhh.

La carretera por la que el autobús transitaba discurría pegada a la montaña. Con el fin de ver lo máximo posible del paisaje me levanté y me cambié a la otra fila de asientos. Por el rabillo del ojo intuí que la chica rubia se volvía hacia mí y sonreía al verme de pie, con la cara aplastada contra la ventanilla. Al pie de las montañas del otro lado había una pequeña isla en cuyo interior se veían un montón de casas, y ninguna en la parte de fuera, al menos ésa era la impresión que daba desde donde me encontraba. En un puerto dentro de un malecón había amarrados unos cuantos barcos de pesca. Las montañas seguían tal vez durante un kilómetro. En la parte más cercana a nosotros las laderas estaban vestidas de verde, pero más allá se veían desnudas y grises, bajando en vertical directamente al mar.

El autobús se metió en otro túnel que parecía una gruta. Al otro lado, en una ladera relativamente clemente y suave, casi con forma de platillo, se encontraba el pueblo donde yo pasaría ese año.

Dios mío.

¡Pero si era fantástico!

La mayor parte de las casas estaban situadas en torno a una carretera que se retorció como una U a través del pueblo. Debajo de la calle más próxima al mar había un edificio con pinta de fábrica delante de un muelle, debía de ser la lonja de pescado, fuera había un montón de barcos. Al final de la U había una capilla. Por encima de la calle de más arriba había una fila de casas detrás de las cuales crecía brezo, maleza y abedules enanos hasta el punto donde acababa la ladera, y una enorme montaña se elevaba a cada lado.

No había nada más.

Sí: encima del punto en el que la calle de arriba se cruzaba con la de abajo, justo al otro lado del túnel, había dos edificios que debían de ser los del colegio.

—¡Håfjord! —dijo el chófer. Me metí los auriculares en el bolsillo y fui hacia la parte delantera del autobús, él bajó detrás de mí y abrió el maletero, le di las gracias, contestó de nada sin sonreír, volvió a subir de un salto, y al instante el autobús dio la vuelta en la plaza y volvió a internarse en el túnel.

Con una maleta en cada mano y el saco de marinero a la espalda permanecí un instante mirando, primero hacia arriba, luego hacia abajo en busca del conserje, mientras inhalaba profundamente y llenaba mis pulmones con el aire fresco y salado.

En la casa que había justo debajo de la parada del autobús se abrió una puerta. Salió un hombre menudo, vestido sólo con una camiseta y un pantalón de correr. Por la dirección que tomó, adiviné que era mi hombre.

Excepto una pequeña franja de pelo alrededor de las orejas, estaba completamente calvo. Su cara era apacible, de facciones grandes, como suelen ser cuando uno llega a los cincuenta, pero los ojos detrás de las gafas eran pequeños e incisivos, y cuando se acercó a mí, pensé que no encajaban con el resto.

—¿Knausgård? —preguntó, tendiéndome la mano, sin mirarme a los ojos.

—Sí —contesté, estrechándosela. Era pequeña, seca y tenía algo de animal—. Tú debes ser Korneliussen.

—Así es —asintió. Sonrió, con los brazos colgando a los costados y mirando hacia el mar—. ¿Qué te parece?

—¿Håfjord? —pregunté.

—¿No te parece bonito nuestro pueblo? —quiso saber.

—Fantástico —respondí.

Se volvió y señaló hacia arriba.

—Vas a vivir allí —dijo—. Seremos vecinos. Yo vivo justo ahí, donde ves. ¿Subimos a verlo?

—Sí —contesté—. ¿Sabes si han llegado mis cosas?

Negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

—Entonces llegarán el martes —dije, y empecé a subir la cuesta a su lado.

—Si no me equivoco, tendrás a mi hijo pequeño en tu clase —dijo—. Se llama Stig y está en cuarto.

—¿Tienes muchos hijos?

—Cuatro —contestó—. Dos viven en casa. Johannes y Stig. Tone y Ruben están en Tromsø.

Mientras andábamos, yo iba mirando el pueblo. Delante de lo que debía de ser la tienda había unas cuantas personas y un par de coches aparcados. Y

junto a un puesto en la calle de arriba había algunos chicos con sus bicicletas.

A lo lejos llegaba un barco.

Unas cuantas gaviotas chillaban abajo en el puerto.

Por lo demás, todo era silencio.

—¿Cuántas personas viven aquí? —pregunté.

—Unas doscientas cincuenta —contestó el hombre—. Depende de si se cuenta a los jóvenes que vienen sólo al instituto o no.

Nos detuvimos frente a la puerta de una casa de los años setenta de madera impregnada, con un pequeño porche.

—Aquí es —dijo él—. Adelante. Supongo que estará abierta. Pero te doy ya la llave.

Abrí la puerta y entré en el recibidor, dejé las maletas y cogí la llave que él me dio. Oía como suelen oler las casas que llevan algún tiempo deshabitadas. Una débil vaharada, casi como del exterior, de humedad y moho.

Empujé la puerta entreabierta del cuarto de estar y entré. El suelo estaba cubierto por una moqueta naranja. Un escritorio marrón oscuro, una mesa de salón marrón oscuro y un pequeño tresillo tapizado de marrón y naranja, también de madera oscura. Dos grandes ventanas sin travesaños con vistas al sur.

—Esto es estupendo —dije.

—La cocina está allí —dijo el hombre, señalando una puerta al fondo del pequeño cuarto de estar—. Y el dormitorio allí —señaló, volviéndose.

El papel pintado de la cocina era de un conocido dibujo de los años setenta, dorado, marrón y blanco. Debajo de la ventana había una pequeña mesa. Una nevera con congelador arriba. Un fregadero encastrado en una corta encimera de formica. El suelo de linóleo gris.

—Y por fin el dormitorio —dijo. Se quedó en el vano de la puerta mientras yo entraba. La moqueta era más oscura que la del cuarto de estar, el papel de las paredes claro, y estaba completamente vacío, excepto por una cama baja y muy ancha, del mismo material que el resto de los muebles. Teca o imitación de teca.

—¡Perfecto! —dije.

—¿Traes ropa de cama?

Negué con la cabeza.

—Llegará con la mudanza.

—Podemos prestarte si quieres.

—Os lo agradecería —dije.

—Entonces te la traeré enseguida —dijo—. Y si hay algo que quieras preguntar, cualquier cosa, ven a nuestra casa. ¡Aquí no nos asustan las visitas!

—Está bien —dije—. Muchas gracias.

Desde una de las ventanas del cuarto de estar lo seguí con la mirada mientras iba hacia su casa, que estaba a unos veinte metros de la mía.

¡La mía!

¡Tenía mi propia casa, joder!

Di una vuelta por las habitaciones, abrí algunos de los cajones y miré dentro de los armarios, hasta que el conserje volvió con un montón de ropa de cama en los brazos. Cuando se hubo marchado, me puse a desempaquetar lo poco que me había llevado. Mi ropa, una toalla, la máquina de escribir, unos cuantos libros y un montoncito de papel para la máquina. Coloqué el escritorio delante de una de las dos ventanas del cuarto de estar, puse la máquina de escribir encima, arrastré hasta allí la lámpara de pie, dejé los libros en el alféizar, además de un número de la revista literaria *Vinduet* que había comprado en Oslo, y a la que tenía intención de abonarme. Al lado de todo eso coloqué los quince o veinte casetes que me había llevado, y en la mesa, junto al montón de papel, dejé el walkman y las pilas de repuesto.

Cuando acabé de preparar mi lugar de escribir, guardé la ropa en los armarios del dormitorio, metí a empujones las maletas vacías en el estante de arriba, y permanecí un rato en medio del cuarto de estar, sin saber qué hacer.

Me entraron ganas de llamar a alguien, de contar cómo era aquello, pero en el piso no había teléfono. ¿Debería ir a buscar una cabina?

También tenía hambre.

¿Y ese tenderete que parecía un puesto de perritos calientes y cosas de ésas? ¿Debía acercarme?

En la casa no había nada que hacer.

Me puse la boina negra frente al espejo del pequeño baño. En el escalón que había fuera de la casa permanecí unos segundos mirando hacia abajo. Con una sola mirada se abarcaba el pueblo y a todos los que en él vivían. No era precisamente un lugar donde esconderse. Cuando me puse a andar por la calle,

que por la parte de arriba era de grava y por la de abajo de asfalto, me sentía completamente transparente.

Unos quinceañeros estaban ociosos delante del puesto. Cuando llegué a su altura se callaron. Pasé por delante de ellos sin mirarlos, subí las escaleras hasta algo que parecía un porche y me acerqué a la ventanilla, que lucía de un color amarillo intenso en la suave luz colgante de finales de verano. El cristal de la ventanilla estaba opaco de tanta grasa. Un chico más o menos de la misma edad que los jóvenes asomó la cabeza. En la mejilla le crecían unos cuantos pelos negros. Tenía los ojos marrones y el pelo negro.

—Una hamburguesa y una Coca-Cola —dije. Escuché atentamente para averiguar si el murmullo a mis espaldas se refería a mí. Pero no. Encendí un cigarrillo y me puse a dar vueltas por la terraza mientras esperaba. El joven metió un artilugio que parecía un salabre lleno de rodajas de patata en la grasa hirviente. Luego puso una hamburguesa en la plancha. Aparte del suave crepitar y las voces a mis espaldas, ahora más animadas, reinaba un silencio absoluto. Se veían las luces de las casas de la isla al otro lado del fiordo. El cielo, que allí colgaba bajo, en contraste con la boca del fiordo, estaba gris pálido y un poco nublado, pero en absoluto oscuro.

El silencio no resultaba opresivo, sino abierto.

Pero no hacia nosotros, pensé por alguna razón. El silencio siempre había sido así en ese lugar mucho antes de que hubiera seres humanos, y seguiría siendo así mucho tiempo después de que hubiesen desaparecido. Allí, en ese platillo de montañas, con el mar justo delante.

¿Dónde acababa en realidad? ¿En América?

Sí, tendría que ser en América. En Terranova.

—Aquí tienes tu hamburguesa —dijo el chico, poniendo una bandeja de porexpán con una hamburguesa, unas tiras de lechuga, un cuarto de tomate y un montón de patatas fritas en el estante de fuera de la ventanilla. Pagué, cogí la bandeja y me di la vuelta para marcharme.

—¿Eres el nuevo profesor? —preguntó uno de los chicos, inclinado sobre el manillar de la bicicleta.

—Sí —contesté.

—Vas a tenernos en tu clase —dijo, escupió y se subió un poco la gorra—. Nosotros vamos a noveno. Y éste a octavo.

—¿Ah, sí? —dije yo.

—Sí —respondió—. Tú vienes del sur, ¿no?

—Sí, sí —contesté.

—Vale —dijo él, con un gesto afirmativo, como si me indicara que la audiencia se había acabado y ya podía marcharme.

—¿Cómo os llamáis? —pregunté.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —contestó él.

Se rieron de la respuesta. Yo sonreí como si nada, pero me sentía estúpido al pasar por delante de ellos. El chico me había superado en estrategia.

—¿Y tú cómo te llamas? —gritó detrás de mí.

Volví la cabeza sin dejar de andar.

—Mickey —contesté—. Mickey Mouse.

—¡Muy gracioso también! —gritó el chico.

Después de comerme la hamburguesa, opté por desnudarme y meterme en la cama. No eran más que las nueve, en la habitación entraba luz como si fuera mediodía, y el silencio que reinaba por todas partes amplificaba los sonidos de cualquier movimiento que hiciera, de modo que, a pesar del cansancio, también esa noche tardé unas cuantas horas en dormirme.

Una puerta que se abría o se cerraba me despertó en mitad de la noche. Al cabo de unos instantes sonaron pasos en el piso de arriba. Medio dormido, me imaginé que estaba acostado en el despacho de mi padre en la casa de Tybakken, y que era él el que andaba por ahí arriba. ¿Cómo demonios había aterrizado allí?, tuve tiempo de pensar antes de volver a desaparecer en la oscuridad. Cuando volví a despertarme estaba ya muerto de pánico.

¿Dónde estaba?

¿En la casa de Tybakken? ¿En la casa de Tveit? ¿En la habitación alquilada de Yngve? ¿En el albergue juvenil de Tromsø?

Me incorporé en la cama.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero sin fijarme en nada; nada de lo que veía tenía sentido. Era como si todo mi yo se deslizara por una pared resbaladiza.

Entonces me acordé.

Håfjord, estaba en Håfjord.

En mi propio piso de Håfjord.

Volví a tumbarme y repasé mentalmente el viaje hasta allí. Luego me imaginé el pueblo tal y cómo se vería por las ventanas, todas las personas en todas esas casas que yo no conocía, y que no me conocían a mí. Se apoderó de mí algo que podría ser expectación, pero también miedo o inseguridad. Me levanté y fui al minúsculo baño, me duché y me puse la camisa verde sedosa y los pantalones anchos negros de algodón, y me quedé un rato frente a la ventana mirando hacia abajo, hacia la tienda. Tendría que acercarme a comprar algo para el desayuno, pero no corría prisa.

Había varios coches aparcados delante de la tienda. Entre ellos se veía un pequeño grupo de personas. A intervalos salía gente del establecimiento con bolsas en las manos.

Más valdría agarrar el toro por los cuernos.

En la entrada me puse el abrigo, la boina y las zapatillas blancas de deporte, me eché un vistazo en el espejo, me coloqué bien la boina, encendí un cigarrillo y salí.

El cielo estaba igual de apacible y gris que la tarde anterior. Las montañas caían en vertical en el fiordo al otro lado. Había en ellas algo brutal, lo vi en un destello, no tenían consideración, a su alrededor podría suceder cualquier cosa, no importaba nada, era como si estuvieran en otra parte, a la vez que estaban allí.

Ahora había cinco personas. Dos de ellas eran viejos, de unos cincuenta, los otros tres parecían tener un par de años más que yo.

Me habían visto ya hacía rato, lo sabía, era inevitable, supuse que no todos los días aparecía un desconocido con un largo abrigo negro bajando la cuesta.

Me llevé el cigarrillo a la boca y aspiré tan profundamente que el filtro se calentó.

Dos banderines de plástico blanco con publicidad del periódico *VG* colgaban uno a cada lado de la puerta. El escaparate estaba lleno de planchas de cartón blanco con distintas ofertas escritas a mano.

Yo estaba ya a quince metros de ellos.

¿Debería saludar? ¿Un simple hola?

¿Pararme y hablar con ellos?

¿Decir que era el nuevo profesor y bromear un poco con eso?

Uno de ellos me echó un vistazo. Yo saludé levemente con la cabeza.

Él no me devolvió el saludo.

¿No lo había visto? ¿Mi saludo había sido tan leve que sólo pareció una corrección de la postura de la cabeza o un tic nervioso?

Sentía la presencia de esa gente como cuchillos dentro de mí. A un metro de la puerta tiré el cigarrillo al suelo, me paré y lo pisoteé.

¿Podría dejarlo allí? ¿Ensuciaba el entorno? ¿O debería recogerlo?

No, eso sería demasiado pedante, ¿no?

¡Joder, lo dejo en el suelo, son pescadores, seguro que ellos también tiran las colillas, coño!

Puse la mano en la puerta y la empujé, cogí una de las cestas rojas y me metí por el pasillo de estantes llenos de productos. Una señora un poco gorda de unos treinta y cinco años llevaba un paquete de salchichas en la mano y estaba diciendo algo a una chica que seguramente era su hija, flaca y de brazos y piernas largos, con una expresión arisca y desganada en la cara. Al otro lado de la mujer había un chico de unos diez años inclinado sobre el mostrador moviendo algo. Yo metí en la cesta un pan integral, un paquete de café Ali y una caja de té Earl Grey. La mujer me miró un instante y echó el paquete de salchichas a la cesta, luego siguió hasta el otro extremo de la tienda con el chico y la chica detrás. Yo me tomé mi tiempo, mirando todo lo que vendían, cogí un queso marrón de cabra de la cámara, una lata de foie gras y un tubo de mayonesa. Luego fui a por un cartón de leche y un paquete de margarina, antes de acercarme al mostrador, donde la mujer ya estaba metiendo la compra en una bolsa, mientras su hija leía algo en un tablón de la pared junto a la puerta.

El dependiente me saludó con la cabeza.

—Hola —dije, y empecé a poner la compra delante de él.

El hombre era bajo y fuerte, tenía la cara ancha, casi arqueada, y la prominente barbilla estaba cubierta por una alfombra de ralos pelos grises y negros.

—¿Eres el profesor nuevo? —me preguntó, mientras tecleaba los importes en la caja. La chica que estaba al lado del tablón de anuncios se volvió a mirarme.

—Sí —dije—. Llegué ayer.

El chico le tiraba del brazo, ella lo apartó con brusquedad y salió de la tienda. El chico la siguió, y al instante también la madre.

Yo necesitaba naranjas. Y manzanas.

Me apresuré hasta el pequeño mostrador de fruta, metí unas naranjas en una bolsa, cogí un par de manzanas con la mano y volví a la caja, donde el dependiente estaba justo marcando el último artículo.

—Y un paquete de tabaco de liar Eventyrblandig y papelillos. Y el *Dagbladet*.

—¿Vienes del sur? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—De Kristiansand.

Entró un señor mayor con gorra inglesa.

—¡Buenos días, Bertil! —gritó.

—¡Anda, mira quién está aquí! —exclamó el dependiente guiñándome un ojo. Yo esboqué una leve sonrisa, pagué, metí las cosas en una bolsa y salí. Uno de los que estaban en la puerta me saludó con la cabeza, yo le devolví el saludo y enseguida me encontré fuera de su alcance.

Subiendo la cuesta miré la montaña que se elevaba al final del pueblo. Era completamente verde, hasta arriba, y eso era quizá lo más asombroso del paisaje de aquel lugar, pues yo me esperaba algo infértil e incoloro, no ese tono verde que daba la sensación de resonar por todas partes, ahogado sólo por el gris y el azul del vasto mar.

Resultó muy agradable volver a entrar en casa. Era la primera que podía llamar «mía», y disfrutaba incluso de las actividades más triviales, como colgar la chaqueta o guardar la leche en la nevera. Había vivido un mes ese mismo verano en un pequeño piso junto al hospital psiquiátrico de Eg, adonde me llevó mi madre en su coche cuando me mudé de la casa en la que habíamos vivido los últimos cinco años; pero no era un piso de verdad, sólo una habitación en un pasillo con más habitaciones, donde antiguamente se alojaban las enfermeras solteras, de ahí el nombre de Gallinero, de la misma manera que el trabajo que tenía allí no era un trabajo de verdad, sino una breve suplencia de verano sin ninguna responsabilidad real. Y además estaba en

Kristiansand. Me resultaba imposible sentirme libre allí, había demasiadas ataduras a demasiadas personas, reales e imaginarias, para poder hacer lo que quería.

¡Pero aquí!, pensé, y me llevé la rebanada de pan a la boca mientras miraba por la ventana. El reflejo de las montañas del otro lado se veía fraccionado como en un caleidoscopio por los pequeños movimientos del agua abajo. Allí nadie sabía quién era yo. Allí no había ninguna atadura, ningún molde prefijado, allí podría hacer lo que me diera la gana. Estar escondido durante un año y escribir, construir algo en secreto. O sólo tomarme las cosas con calma y ahorrar dinero. Eso no era muy importante. Lo más importante era que ya estaba allí.

Me serví leche en un vaso y lo vacié a largos sorbos. Luego lo puse junto con el plato en la encimera, metí el queso y el foie gras en la nevera y fui al cuarto de estar, enchufé la máquina de escribir, me puse los auriculares a todo volumen, metí una hoja de papel en la máquina, centré el cabezal y escribí un 1 en la parte de arriba de la página. Eché un vistazo hacia la casa del conserje. Delante de su puerta, en la escalera, había un par de botas de goma verdes. Apoyada en la pared se veía una escoba. En la mezcla de grava y arena que cubría el espacio de delante de la puerta había unos cuantos cochecitos de juguete. Entre las dos casas crecía musgo, líquen, un poco de hierba y algunos árboles raquíuticos. Marqué el compás de la música con el dedo índice contra el tablero de la mesa. Escribí una frase. «Gabriel estaba en el páramo contemplando la urbanización de abajo, con una expresión de descontento en la cara».

Me fumé un pitillo, preparé una cafetera, contemplé el pueblo, el fiordo y las montañas del otro lado. Escribí una frase más. «Detrás de él apareció Gordon». Canté con el estribillo. Escribí. «Se rió burlonamente como un lobo». Empujé la silla hacia atrás, puse los pies sobre la mesa y encendí otro cigarrillo.

Estaba bastante bien, ¿no?

Cogí *El jardín del Edén*, de Hemingway, y lo hojeé un rato para hacerme una idea del lenguaje. Era el regalo de despedida de Hilde, me lo había dado dos días antes, en la estación de ferrocarril de Kristiansand, cuando me dirigía a Oslo a coger el avión para Tromsø. También fueron Lars y Eirik, el novio de

Hilde. Además estaba Line, que iba a acompañarme hasta Oslo y despedirme allí.

Vi por primera vez la dedicatoria en la contraportada. Ponía que yo significaba algo muy especial para ella.

Encendí un pitillo y me quedé mirando por la ventana pensando en eso.

¿Qué podría significar yo para ella?

Ella veía algo en mí, yo podía sentirlo, pero no sabía qué era lo que veía. Ser su amigo significaba que ella te cuidaba. Pero esa especie de cuidado que significa comprender hace a la vez más pequeño al que lo recibe. No era un problema, pero yo lo sentía como tal.

No me lo merecía. Yo fingía que sí, y lo curioso era que ella se lo creía, porque no le faltaba en absoluto inteligencia para esas cosas. Hilde era la única persona que yo conocía que leía buenos libros y escribía. Habíamos ido dos años a la misma clase, y enseguida me fijé en ella, adoptaba una postura irónica y a veces también rebelde ante lo que se decía en el aula que nunca había observado en ninguna chica. Despreciaba lo vanidoso y presuntuoso en las demás, el que pretendieran ser tan remilgadas, a menudo tan cursis y falsamente infantiles, pero no lo hacía de un modo agresivo o amargado, no era su estilo, era bondadosa y considerada, tenía un carácter dulce, aunque también había en ella una aspereza, una testarudez inusual, que me hacía mirarla cada vez más. Era pálida, tenía pecas pálidas en las mejillas y el pelo rubio rojizo, era delgada y había en su cuerpo algo frágil, algo opuesto a robusto, algo que en otro carácter menos áspero o independiente quizá habría despertado en las personas con las que se encontraba el deseo de cuidar de ella, pero no era así en absoluto, más bien al contrario, era Hilde la que cuidada de los que se le acercaban. Solía llevar una chaqueta militar verde y unos sencillos vaqueros azules, lo que indicaba su pertenencia a la izquierda política, pero en lo cultural se hallaba al otro lado, porque estaba en contra del materialismo y a favor de lo espiritual. En otras palabras, lo interior por encima de lo exterior. Por eso se mofaba de escritores como Solstad y Faldbakken, o Falosbakken, como lo llamaba ella, y le gustaban Bjørneboe y Kaj Skagen, e incluso André Bjerke.

Hilde se había convertido en mi más íntima confidente. En realidad era mi mejor amiga. Empecé a frecuentar su casa, conocí a sus padres y a veces

pasaba allí la noche y comía con ellos. Lo que hacíamos Hilde y yo, a veces también con Eirik, a veces los dos solos, era charlar. Sentados con las piernas cruzadas y una botella de vino entre nosotros en el suelo de su pequeño piso en el sótano, con la oscuridad de la noche presionando contra las ventanas, hablábamos de libros que habíamos leído, de asuntos políticos que nos interesaban, de lo que nos esperaba en la vida, de lo que queríamos y de aquello de lo que seríamos capaces. Ella tenía una postura sumamente seria ante la vida, era la única conocida de mi edad que la tenía, y creo que ella veía lo mismo en mí, a la vez que se reía a menudo y nunca se alejaba mucho de la ironía. Pocas cosas me gustaban más que estar allí, en su casa, con ella y Eirik y a veces con Lars, mientras que en mi vida ocurrían cosas incompatibles con eso, lo que hacía que me remordiera la conciencia constantemente: si iba a beber a una discoteca e intentaba ligar con chicas tenía mala conciencia ante Hilde y lo que defendía junto a ella; si estaba en casa de Hilde hablando de libertad, de belleza o del sentido de la vida tenía a veces mala conciencia ante aquellos con los que solía salir, o ante el que yo era cuando estaba con ellos, porque esa doble moral, esa hipocresía de la que tanto hablábamos Hilde, Eirik y yo, también anidaba en mi corazón. Políticamente me encontraba muy a la izquierda, rozando el anarquismo, odiaba el conformismo y los estereotipos y, como todos los demás jóvenes alternativos que vivían en Kristiansand, ella incluida, despreciaba el cristianismo y a todos los idiotas que creían en él y que iban a sus reuniones con sus estúpidamente carismáticos pastores.

Pero no despreciaba a las chicas creyentes. No, curiosamente era de ellas de las que me enamoraba. ¿Cómo explicarle eso a Hilde? Y aunque yo, como ella, siempre procuraba ver más allá de la superficie, basándome en la idea fundamental, aunque no expresada, de que lo verdadero o lo real se encontraba debajo, y yo, como ella, siempre buscaba lo que tenía sentido, aunque sólo fuera llegar al reconocimiento de lo absurdo, donde yo al fin y al cabo quería estar era en la bonita superficie, vaciar el cáliz de lo que no tenía sentido: en suma, me sentía atraído por las discotecas y bares, donde por encima de todo quería beber hasta perder el sentido y andar a trompicones en busca de chicas a las que follarme, o al menos meterles mano. ¿Cómo explicarle eso a Hilde?

No podía y no lo hice. En lugar de eso abrí una nueva subdivisión en mi

vida. Se llamaba borrachera y esperanza de fornicación, y estaba justo al lado de aquella destinada al conocimiento y los sentimientos profundos, separada sólo por una pequeña alteración de personalidad no más grande que la valla de un jardín.

Line era creyente. No de un modo ostentoso, pero lo era, y su presencia en la estación de ferrocarril tan cerca de mí hizo que me sintiera en cierto modo incómodo.

Tenía el pelo negro y rizado, las cejas marcadas y los ojos azul claro. Se movía con gracia y era independiente de esa forma tan poco frecuente que no iba dirigida a los demás. Le gustaba dibujar y lo hacía a menudo, seguramente tenía talento para ese arte; después de despedirse de mí empezaría a estudiar en una escuela popular de disciplinas estéticas. Yo no estaba enamorado de ella, pero ella era fantástica, me gustaba muchísimo, y alguna vez, cuando habíamos compartido algunas botellas de vino blanco, se despertaban en mí sentimientos intensos hacia ella. El problema era que Line tenía muy claro hasta dónde quería llegar. Durante las semanas que estuvimos saliendo, en dos ocasiones le rogué y le supliqué que me dejara hacérselo, estando semidesnudos metiéndonos mano en la cama de su habitación o en la mía en el Gallinero. Pero qué va, no era yo la persona para quien se reservaba.

«¡Entonces puedo hacértelo por detrás!», exclamé una vez en mi desesperación, sin saber muy bien lo que eso implicaba. Line se pegó a mí con su grácil cuerpo y me cubrió de besos. No muchos segundos después noté esa odiada sacudida en el bajo vientre, al tiempo que los calzoncillos se me llenaban de espermatozoides, y me alejé discretamente de ella, que no entendía que mi estado de ánimo hubiera experimentado un cambio tan radical de un momento a otro.

Estaba en el andén a mi lado con las manos en los bolsillos de atrás y una pequeña mochila a la espalda. Faltaban seis minutos para la salida del tren. La gente estaba entrando en los vagones.

—Voy un momento al quiosco —dijo mirándome—. ¿Quieres algo?

Negué con la cabeza.

—O sí, una Coca-Cola.

Se apresuró hasta el quiosco Narvesen. Hilde me miró sonriendo. Lars tenía la mirada perdida. Eirik miraba hacia el puerto.

—Voy a darte un consejo ahora que vas a vivir y a apañártelas solo —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿Sí? —dije.

—Piensa antes de actuar. Procura que nunca te pillen in fraganti. Así te irá bien. Si por ejemplo quieres que te la chupe alguna de tus alumnas, hazlo, por Dios, *detrás* de la mesa del profesor. Nunca delante. ¿Entendido?

—¿No sería eso doble moral? —pregunté.

Él se rió.

—Y si allí arriba tienes una novia a la que tengas que pegar, procura hacerlo donde no se vean los moratones —apuntó Hilde—. Nunca en la cara, por muchas ganas que tengas.

—¿Te parece que debo tener dos? ¿Una aquí, en el sur, y otra en el norte?

—¿Por qué no?

—Una a la que pegues y otra a la que no —respondió Eirik—. Más equilibrio no podrás tener.

—¿Más consejos? —pregunté.

—Una vez vi en la televisión una entrevista con un viejo actor —dijo Lars—. Le preguntaron si tenía alguna experiencia de su larga vida para compartir con los espectadores. Él dijo que sí, que con mucho gusto. Era sobre la cortina de la ducha. Había que asegurarse de que estaba por dentro de la bañera y no por fuera. De lo contrario, el suelo se llenaría de agua.

Nos reímos. Lars nos miró muy contento a todos.

Detrás de él llegaba Line sin nada en las manos.

—Había demasiada cola —dijo—. Pero supongo que en el tren podrás comprar algo.

—Seguro —dije.

—¿Subimos?

—Vale —asentí—. ¡Nunca más! ¡Kristiansand se acabó para mí!

Me abrazaron uno tras otro. Era algo que habíamos empezado a hacer en segundo curso; cada vez que nos veíamos nos dábamos un abrazo.

Me eché la mochila al hombro, cogí la maleta y subí al vagón detrás de Line. Los demás nos dijeron adiós con la mano, el tren se puso en marcha y mis amigos se encaminaron hacia el aparcamiento.

Resultaba muy difícil creer que de eso hacía sólo dos días.

Dejé el libro, y mientras me liaba otro cigarrillo y bebía un sorbo de café tibio, leí las tres frases que había escrito.

Abajo, junto a la tienda, el tráfico ya no era tan intenso. Fui a la cocina a por una manzana y volví a sentarme en el escritorio. La siguiente hora escribí tres páginas. Trataban de dos chicos que vivían en una urbanización y me pareció que el texto estaba quedando bien. Quizá tres páginas más y habría terminado. No estaba mal, un cuento empezado y acabado el primer día entero pasado allí. ¡Si seguía así podría tener una colección lista para Navidad!

Cuando estaba enjuagando la cafetera para limpiar los posos, vi que un coche subía desde la tienda. Se paró frente a la casa del conserje, y se bajaron dos hombres de unos veinticinco años. Los dos eran corpulentos, uno alto, el otro más bajo, más rechoncho. Mantuve la cafetera debajo del grifo para llenarla, luego la coloqué en la placa eléctrica. Los hombres estaban subiendo la cuesta. Me eché hacia un lado para que no me vieran por la ventana.

Sus pasos se detuvieron justo delante de mi porche.

¿Venían a verme a mí?

Uno de ellos dijo algo al otro. El sonido del timbre interrumpió el silencio de la casa.

Me sequé las manos en los muslos, fui a la entrada y abrí la puerta.

El más bajo me tendió la mano. Tenía la cara cuadrada, la barbilla torcida, la boca pequeña y los ojos astutos. Lucía un gran bigote sobre el labio superior y pelos ralos en las mandíbulas. Una gruesa cadena de oro alrededor del cuello.

—Remi —dijo.

Aturdido, le estreché la mano.

—Karl Ove Knausgård —me presenté.

—Frank —dijo el alto, alcanzándome la mano, que era enorme. Tenía la cara redonda y carnosa, los labios grandes, la piel clara, casi rosa. El pelo rubio y ralo. Parecía un niño grande. Sus ojos eran bondadosos, también como los de un niño.

—¿Podemos entrar? —preguntó el tal Remi—. Nos han dicho que estabas aquí solo y hemos pensado que tal vez querías un poco de compañía. Aún no conoces a nadie en el pueblo, claro.

—Ah —dije—. Qué amables. ¡Adelante!

Retrocedí un paso. ¡Amables! ¿De dónde coño sacaba yo semejantes expresiones? ¡Ni que tuviera cincuenta años!

Se detuvieron en el cuarto de estar y miraron a su alrededor. Remi movió la cabeza como asintiendo varias veces.

—Harrison vivió aquí el año pasado —dijo.

Lo miré.

—El anterior profesor suplente —explicó—. Veníamos aquí a menudo. Era un gran tipo.

—Un tipo divertido —intervino Frank.

—Nunca decía que no —señaló Remi—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro que sí —contesté—. ¿Queréis un café? Se está haciendo.

—Sí, gracias.

Se quitaron las chaquetas, las dejaron en el reposabrazos y se sentaron en el sofá. Sus cuerpos eran como toneles. Los brazos del tal Frank eran igual de gruesos que mis muslos. Incluso de espaldas a ellos frente a la encimera notaba su presencia, llenaba el piso entero, haciendo que me sintiera débil y como una niña.

Qué amables. ¿Queréis un café?

¡Pero, coño, no tenía tazas! Sólo la que me había llevado.

Abrí los armarios que había sobre la encimera. Vacíos, claro. Luego abrí los de abajo. Y allí, justo al lado de la tubería del fregadero había un vaso. Lo enjuagué, eché un poco de café en la cafetera, le di un par de golpes contra la placa, y la llevé al salón, buscando un sitio donde ponerla.

Tendría que ser encima de *El jardín del Edén*.

—¿Bueno? —dijo Remi—. ¿Qué te parece, Karl Ove?

Disgustado por escuchar mi nombre pronunciado de un modo tan familiar por un hombre al que no había visto nunca, noté que las mejillas se me encendían.

—Pues no sé —contesté.

—Esta noche vamos de fiesta —dijo Frank—. A Gryllefjord. ¿Te vienes?

—Hay sitio en uno de los coches, y como sabemos que no te ha dado tiempo a ir al Monopolio del Vino a comprar alcohol, tenemos para ti también. ¿Qué dices?

—No estoy muy seguro —contesté.

—¿Qué? ¿Prefieres estar aquí sentado en casa sin hacer nada?

—¡Deja al hombre que decida por sí solo! —exclamó Frank.

—Claro que sí.

—Había pensado trabajar un poco —dije.

—¿Trabajar? ¿En qué? —preguntó Remi. Pero su mirada ya se había posado en la máquina de escribir—. ¿Escribes?

Volví a sonrojarme.

—Un poco —respondí, encogiéndome de hombros.

—¡Ajá, conque escritor! —exclamó Remi—. No está mal.

Se rió.

—Yo no he leído un libro en mi vida. Ni siquiera cuando iba al colegio. Siempre me escabullía. ¿Y tú? —preguntó, mirando a Frank.

—Sí, un montón. Esos libros de *Cocktail*^[1].

Los dos se rieron ruidosamente.

—¿Eso cuenta? —preguntó Remi, mirándome—. Tú que eres escritor, ¿*Cocktail* cuenta como literatura?

Esboqué una sonrisa forzada.

—Supongo que un libro es un libro —dije.

Se hizo una pausa.

—Me han dicho que vienes de Kristiansand, ¿no? —quiso saber Frank.

Asentí con la cabeza.

—¿Tienes chica allí?

—Sí y no —contesté, dudando un poco.

—¿Sí y no? ¡Eso suena interesante! —dijo Remi.

—Suena como algo que te iría bien a ti —dijo Frank mirando a Remi.

—¿A mí? No. Yo soy más del tipo sí o no.

Se hizo otra pausa mientras los dos daban un sorbo de café.

—¿Tienes hijos? —preguntó Remi.

—¿Hijos? —dije—. ¡Pero, joder, si sólo tengo dieciocho años!

Por fin una respuesta contundente.

—No serías el primer caso de la historia —comentó Remi.

—¿Vosotros tenéis hijos? —pregunté.

—Frank no. Pero yo sí. Un hijo de nueve. Vive con su madre.

—Es de la vez en que fue «sí» —intervino Frank.

Se rieron. Luego me miraron los dos.

—Bueno, no queremos molestarte más el primer día —dijo Remi levantándose. Frank se levantó también. Cogieron sus chaquetas y fueron hacia la entrada.

—Piénsate lo de la fiesta de esta noche —dijo Remi—. Si cambias de opinión, estamos en casa de Hege.

—Él no sabe dónde vive Hege —señaló Frank.

—Subes hasta la calle de arriba. Es la cuarta casa a mano izquierda. La verás enseguida. Fuera habrá coches aparcados.

Me tendió la mano.

—Espero que vengas. Gracias por el café.

Cerré la puerta tras ellos, luego fui a la habitación y me tumbé en la cama boca arriba. Extendí brazos y piernas y cerré los ojos.

Un coche estaba subiendo, se paró justo delante.

Abrí los ojos. ¿Más visitas?

No. Se oyó el ruido de una puerta de otra parte del edificio. Serían mis vecinos que llegaban a casa, fueran quienes fueran. Tal vez hubieran ido a comprar a Finnsnes.

¡Ah, ardía de ganas de llamar y hablar con alguien *conocido*!

No podía dormirme, aunque me apetecía para alejarme de todo. En lugar de eso me metí en el baño, me desnudé y me di otra ducha. Era una manera de engañarme para creer que algo nuevo estaba empezando. No tan bueno como dormir, cierto, pero mejor que nada. Así que con el pelo mojado y la camisa pegada a la nuca me senté a seguir escribiendo. Dejé a los dos chicos de diez años andar por el bosque. Tenían miedo a los zorros, cada uno llevaba en la mano una pistola de pistones para asustarlos si aparecían. De repente oyeron tiros. Bajaron corriendo hasta el lugar de donde procedía el sonido y llegaron a un vertedero en medio del bosque. Allí vieron a dos tipos disparando a las ratas. Cuando eso sucedió, algo se desató dentro de mí. Un arco de alegría y fuerza, de repente no podía escribir lo suficientemente deprisa, el texto iba siempre algo detrás de la historia, era una sensación maravillosa, resplandeciente y esplendorosa.

Los hombres que disparaban a las ratas se marcharon, los dos niños

sacaron dos sillas y una mesa en el bosque y se sentaron a leer revistas pornográficas. Uno de ellos, el que se llamaba Gabriel, metió la picha en el cuello de una botella y notó de repente un terrible pinchazo. Al sacarla, vio un escarabajo en la punta. Gordon se desplomó en el brezo de tanto reír. Se olvidaron de la hora, cuando Gabriel se acordó, ya era demasiado tarde, su padre estaba colérico cuando llegó a casa, le dio un puñetazo en los labios, que empezaron a sangrar, y lo encerró en el cuartucho del calentador, donde tuvo que pasar la noche.

Cuando terminé eran ya casi las siete y media y tenía siete hojas escritas con letra muy apretada en un pequeño montón sobre la mesa junto a la máquina de escribir.

Tan intensa era mi sensación de triunfo que algo dentro de mí gritaba de ganas de contarlo. ¡A cualquier persona! ¡A cualquiera!

Pero estaba completamente solo.

Apagué la máquina de escribir y me preparé unas rebanadas de pan que me comí de pie frente a la ventana de la cocina. Una figura pasaba a toda prisa por la calle, bajo el cielo que estaba a punto de ponerse gris pero que aún estaba azulado. Dos coches bajaron del túnel, muy cerca el uno del otro. Tenía que salir. No podía estar más tiempo encerrado.

Entonces llamaron a la puerta.

Abrí. Fuera había una mujer de unos treinta años, vestida sólo con camiseta y pantalones. Su cara era suave, la nariz grande, aunque no prominente, sus ojos eran marrones y cálidos. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba recogido en un moño.

—¡Hola! —dijo—. Sólo he venido a saludarte. Somos vecinos, yo vivo en el piso de arriba. Y colegas. Yo también soy profesora. Me llamo Torill.

Me tendió la mano. Sus dedos eran finos, pero su apretón firme.

—Karl Ove —dije.

—Bienvenido —dijo ella con una sonrisa.

—Gracias.

—Llegaste ayer, ¿no?

—Sí, en el autobús.

—Bueno. Ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido. Sólo quería decirte que si necesitas algo no dudes en llamar a mi puerta. Azúcar, café,

ropa de cama, lo que sea. Una radio, por ejemplo, ¿tienes? ¡A nosotros nos sobra al menos una!

Asentí con la cabeza.

—Tengo un walkman —dije—, pero gracias de todos modos. ¡Ha sido muy amable por tu parte bajar a verme!

Muy amable.

Ella sonrió.

—Ya nos veremos —dijo.

—Seguro —dije.

Me quedé de pie en la entrada después de que ella se fuera. ¿Qué estaba sucediendo realmente?

Cada encuentro allí era como un hachazo en el alma.

Ya era suficiente, tenía que salir.

Me vestí, tardé unos segundos en colocarme bien la boina frente al espejo del baño, cerré con llave la puerta y empecé a bajar la cuesta. Al poco rato podía ver más allá de la fila de montañas hasta el mar, el horizonte, cortante como un cuchillo, en contraste con el cielo. Dos grandes nubes totalmente blancas colgaban inmóviles allí fuera. Desde el otro lado del fiordo se aproximaba traqueteando un barco pesquero. El fiordo se llamaba Fugleøyfjorden (el fiordo de la isla de los pájaros). Y la isla obviamente Fugleøya (la isla de los pájaros). Vale, pensarían los primeros seres humanos que llegaron aquí. ¿Cómo vamos a llamar a este fiordo? ¿El fiordo de los peces? No, así llamamos al otro. ¿Y el fiordo de los pájaros? ¡Sí! ¡Buena idea!

Seguí por la calle y pasé por delante de la lonja de pescado, que estaba completamente vacía, excepto por las gaviotas posadas sobre el tejado, y continué hacia la curva que llevaba a la parte alta del pueblo. Justo a continuación se levantaba la montaña en vertical. No había ningún espacio entremedias, algo a lo que estaba acostumbrado por donde me había criado, esos lugares difusos, difícilmente definibles, que no eran ni propiedad ni naturaleza. Allí la naturaleza, y no esa naturaleza baja y suave del sur de Noruega, sino esa naturaleza ártica, salvaje, dura y azotada por los vientos, era algo a lo que uno se enfrentaba en cuanto abría la puerta.

¿Unas cien casas en total?

Allí lejos, bajo las montañas, frente al mar.

Tenía la sensación de andar por el borde del mundo. De que ya no se podría llegar más lejos. Un paso más y me saldría de él.

Dios, qué fantástico era ese lugar donde iba a vivir.

Ví algunos movimientos detrás de las ventanas de las casas por las que pasaba. Luces vacilantes de los televisores. Todo como hundido dentro del murmullo de las olas que golpeaban la orilla allí abajo, o tejido dentro de él, porque tan constante y regular era el fragor marino que más que nada parecía ser una calidad del aire, como si no sólo pudiera ser más cálido o más frío, sino también más alto y más bajo.

Delante de mí apareció la casa donde supuse que vivía la tal Hege, al menos había varios coches aparcados delante; por una puerta abierta de la terraza se oía música, y dentro, detrás de los típicos ventanales de la década de los setenta, vislumbré a un grupo de gente sentada en torno a una mesa. Me sentí tentado a acercarme y llamar a la puerta, pues no podrían esperar nada de mí, no conocía a nadie, cierta timidez sería más que natural, y por eso estaría bien si me limitaba a beber y a no decir nada hasta que el alcohol hiciera efecto y lo disolviera todo, incluido mi corazón, que en ese momento sentía tan pequeño y oprimido.

Mientras pensaba en eso no me paré, ni siquiera aminoré el paso, porque si me veían parado vacilando y luego seguir hacia mi casa, pensarían que sabían algo sobre mí.

Tal vez añorase que mi corazón se hinchiera, pero no era algo que necesitaba, y además tenía que escribir, iba pensando mientras andaba, y de repente ya había dejado atrás la casa y era demasiado tarde.

Cuando me paré delante de la puerta de mi casa, miré el reloj.

Había tardado quince minutos en dar la vuelta al pueblo.

Dentro de esos quince minutos viviría yo ese año.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Entré en la casa y me quité la ropa de abrigo. Aunque sabía que no iba a pasar nada, cerré la puerta con llave y la dejé cerrada toda la noche.

Al día siguiente no salí, estuve escribiendo y mirando a la gente que de vez en cuando aparecía y desaparecía abajo en la calle. Daba vueltas por la casa,

meditando cada vez más en lo que diría cuando empezara mis clases el martes, formulaba en el pensamiento una frase inicial tras otra, a la vez que intentaba pensar en qué estrategia debería adoptar con los alumnos. Lo primero que tendría que hacer sería ver qué nivel tenían. Tal vez hacer pruebas en todas las asignaturas y luego planificar una enseñanza acorde con los resultados. O tal vez no, pruebas era demasiado duro, un poco autoritario, demasiado tipo colegio.

¿Y ponerles unos ejercicios como deberes para casa?

No. Había tanto tiempo que rellenar en cada clase que lo mejor sería que hicieran los ejercicios en el colegio. Los prepararía al día siguiente.

Fui a la habitación y me metí en la cama, acabé los dos libros que había comprado y después me puse a leer los artículos de la revista literaria que me había procurado en Oslo, sin entender gran cosa. La mayor parte de las palabras me eran familiares, pero lo que expresaban quedaba fuera de mi alcance, como si trataran de un mundo desconocido para el que la lengua del viejo mundo no estaba preparada. Pero una cosa sí salía de esas páginas con más fuerza que ninguna otra, y eran las descripciones de un libro, *Ulises*, que en su exotismo sonaba fantástico. Me imaginaba algo como una enorme torre reluciente de humedad, rodeada de niebla y una tenue y pálida luz de un sol cubierto de nubes. Era considerada la obra más importante del modernismo, y por modernismo yo entendía coches de carreras bajos y rápidos, aviadores con cascos de cuero y chaquetas de piel, zepelines volando por encima de los rascacielos de grandes y relucientes pero oscuras ciudades, computadoras, música electrónica. Nombres como Hermann Broch, Robert Musil, Arnold Schönberg. Y entendí que dentro de ese mundo fueron introducidos elementos de culturas desaparecidas hace mucho, como el Virgilio de Broch y el Ulises de Joyce.

El día anterior en la tienda no me había acordado de que al día siguiente era domingo, de modo que cuando llamaron a la puerta estaba comiendo rebanadas de pan con foie gras y mayonesa. Me limpié la boca con el dorso de la mano y fui a abrir.

Fuera había dos chicas. Reconocí enseguida a una de ellas. Era la que iba sentada en el asiento opuesto al mío en el autobús que me había llevado hasta allí.

Ella sonrió.

—¡Hola! —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que sí —contesté—. Eres la chica del autobús.

Ella se rió.

—¡Y tú eres el profesor nuevo de Håfjord! Al verte me lo imaginé, pero no estaba segura. Luego lo oí en la fiesta.

Me tendió una mano.

—Me llamo Irene —dijo.

—Karl Ove —me presenté con una sonrisa.

—Ésta es Hilde —dijo con un movimiento de la cabeza hacia la otra chica, cuya mano estreché también.

—Somos primas hermanas —explicó Irene—. Hoy estoy de visita en su casa. Pero en realidad era sólo un pretexto para saludarte.

Se rió.

—No, hombre. Estoy bromeando.

—¿Queréis entrar? —les pregunté.

Ellas se miraron.

—Vale, gracias —contestó Irene.

Llevaba unos vaqueros azules, una chaqueta vaquera azul, y debajo una blusa blanca con encajes. Estaba un poco gordita, los pechos debajo de la blusa eran pesados y las caderas anchas. Tenía una media melena rubia y la piel pálida, con unas cuantas pecas alrededor de la nariz. Sus ojos eran grandes, azules y burlones. Estando a su lado en la entrada, oliendo su perfume, también pesado, y mientras ella me alcanzaba la chaqueta con una expresión algo interrogante porque no se veía ninguna percha, se me puso dura de nuevo.

—Puedes darme la tuya también —le dije a Hilde, que carecía por completo de la presencia de su prima y que me dio su chaqueta con una sonrisa tímida y avergonzada. Las coloqué en el respaldo de la silla del escritorio y me metí una mano en el bolsillo para que no se notara la erección. Las dos chicas entraron un poco vacilantes en la habitación.

—Aún no he recibido mis cosas —dije—. Llegarán pronto.

—Es verdad, esto está un poco triste —dijo Irene con una sonrisa.

Se sentaron en el sofá, las dos con las rodillas bien juntas. Yo me senté en

un sillón justo enfrente de ellas, con una pierna sobre la otra para ocultar la erección, que no había disminuido. Ella estaba sentada a sólo un metro de mí.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Dieciocho —contesté—. ¿Y vosotras?

—Dieciséis —dijo Irene.

—Diecisiete —dijo Hilde.

—¿Entonces acabas de terminar el bachillerato? —quiso saber Irene.

Yo asentí.

—Yo estoy en segundo —dijo Irene—. En el instituto de Finnsnes. Es un internado, ¿sabes? Así que vivo allí. Puedes ir a verme si quieres. Con el tiempo seguro que irás a Finnsnes de vez en cuando.

—Con mucho gusto —dije.

Nuestras miradas se cruzaron.

Ella sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

—Pero en realidad soy de Hellevika. Es el pueblo que hay justo detrás de éste. Al otro lado de la montaña. Sigues unos kilómetros y lo encuentras. ¿Tienes carné?

—No —contesté.

—Qué pena —dijo.

Se hizo una pausa. Me levanté a coger el cenicero y el paquete de tabaco, luego me lié un cigarrillo.

—¿Me das uno? —dijo—. Me he dejado el mío en el bolsillo de la chaqueta.

Le tiré el paquete.

—Tuve que reírme en el autobús ayer cuando veníamos hacia aquí —dijo, empezando a liar el cigarrillo—. Dabas la impresión de querer salirte por la ventanilla.

Las dos se rieron. Ella pasó la lengua por el pegamento y selló el papelillo presionando con los dedos índices y pulgares, se metió el cigarrillo entre los labios y lo encendió.

—Es que el paisaje era cojonudo —dije—. No tenía ni idea de que era así. Håfjord no era más que un nombre para mí, bueno, ni siquiera eso.

—¿Entonces por qué solicitaste trabajo aquí?

Me encogí de hombros.

—En la oficina de empleo me dieron un listado de nombres, y elegí éste.
Se oyeron pasos en el piso de arriba.

Los tres miramos hacia el techo.

—¿Has conocido a Torill? —preguntó Irene.

—Sí, muy brevemente —dije—. ¿La conoces?

—Claro. Aquí se conoce todo el mundo. En Hellevika y Håfjord, quiero decir.

—Y en Fugleøya —añadió Hilde.

Se hizo el silencio.

—¿Queréis un café? —pregunté, levantándome a medias del sillón.

Irene negó con la cabeza.

—No, creo que ya deberíamos irnos. ¿No te parece, Hilde?

—Supongo que sí —contestó su prima.

Nos levantamos, cogí sus chaquetas de la silla y al dársela a Irene me acerqué más de lo estrictamente necesario. Repleto de sensaciones evocadas por sus caderas, muy ceñidas por los pantalones, y por sus muslos, sus piernas, sus pies, sorprendentemente pequeños, y sus pechos grandes, su nariz corta y sus ojos azules, a la vez que ingenuos y descarados, cerré la puerta tras ellas.

Fui a la cocina a preparar el café cuando llamaron de nuevo al timbre.

Era ella, sola esta vez.

—Hay una fiesta en Hellevika el fin de semana que viene —dijo—. Ésa es la razón por la que he venido hoy, para decírtelo. ¿Te apetece venir? Es una buena manera de conocer a la gente de por aquí.

—Claro que me apetece —dije—. Si puedo arreglármelas, iré.

—¿Arreglártelas? Basta con que te metas en un coche, todo el mundo irá para allá. ¡Nos veremos entonces!

Me guiñó un ojo. Luego se volvió y bajó la cuesta hasta donde estaba Hilde, hurgando con la punta del zapato en el bordillo.

A la mañana siguiente, unos minutos después de las ocho salí de casa por primera vez en más de veinticuatro horas. El sol, que se encontraba sobre las montañas al este, brillaba directamente en mi puerta, y el aire que me rozó la

cara al cerrarla era suave y veraniego. Pero sólo unos metros más allá, donde el paisaje estaba en sombra detrás de las montañas, hacía más frío, y la sensación de que en el aire había pequeños hoyos, como corrientes y remolinos, rápidos y saltos, fue curiosamente alentadora. Delante de mí, en lo alto de una pequeña llanura, estaba el colegio, y aunque no me diera realmente miedo entrar, estaba lo bastante nervioso para notar pequeños destellos de inquietud en mi interior conforme me acercaba.

El colegio se parecía a cualquier colegio, un edificio largo de una sola planta por un lado, unido por un pasillo semejante a un túnel a un edificio más grande, más nuevo y más alto, que albergaba una sala de trabajos manuales, un gimnasio y una piscina cubierta. Entre los dos edificios estaba el patio de recreo, que seguía hacia atrás, donde se había construido un campo de fútbol de tamaño real. En un terraplén encima del campo se erguía lo que supuse sería el centro social del pueblo.

Delante de la entrada principal había dos coches aparcados. Un gran jeep blanco y un bajo Citroën negro. El sol brillaba en la fila de ventanas. La puerta estaba abierta, entré en el corredor principal, el suelo de linóleo amarillento estaba casi blanco con ese brillo del sol que entraba en largos tubos de luz por el cristal de la puerta. Doblé una esquina, había tres puertas al lado derecho, dos al izquierdo, y al fondo un pasillo que desembocaba en un gran paisaje abierto donde tenían lugar las clases. Un hombre calvo con barba, de unos treinta o treinta y cinco años, se paró a mirar.

—¡Hola! —dijo.

—Hola —contesté.

—¿Tú eres... Karl Ove?

—El mismo —contesté, parándome delante de él.

—Yo soy Sture —dijo.

Nos dimos la mano.

—Lo de Karl Ove sólo ha sido una suposición —dijo—. Pero no tenías pinta de ser Nils Erik.

—¿Nils Erik?

—Sí, este año tenemos dos profesores del sur. Tú y Nils Erik. El resto de los profesores sin carrera son de aquí, y los conozco a todos.

—¿Tú eres de aquí?

—Sí, sí, ya lo creo.

Me miró a los ojos durante unos segundos. Me resultó incómodo, ¿qué era eso?, ¿una especie de examen? Pero no quise ser el primero en desviar la mirada, de manera que seguí con los ojos clavados en él.

—Eres muy joven —dijo por fin, y miró hacia un lado, a la puerta junto a la que nos encontrábamos—. Pero eso ya lo sabíamos. ¡Todo irá bien! Ven, te presentaré a los demás.

Señaló la puerta con la mano. Yo la abrí y entré. Era la sala de profesores. Un pequeño rincón con una cocina, un tresillo y una mesa, un cuarto repleto de papeles, donde había una fotocopidora, y una alargada estancia lateral con mesas de trabajo a ambos lados.

—¡Hola! —dije.

Había seis personas sentadas alrededor de la mesa. Todas las miradas se dirigieron a mí.

Hicieron gestos y murmuraron saludos. Del rincón de la cocina salió un hombre con una barba rojiza, era menudo, pero forzado y enérgico.

—¿Karl Ove? —dijo con una ancha sonrisa.

Yo lo confirmé, él me dio la mano y se volvió hacia los otros.

—¡Éste es Karl Ove Knausgård, el joven que ha recorrido el largo camino desde Kristiansand para trabajar con nosotros!

Y acto seguido presentó por el nombre a cada uno de los presentes, nombres que olvidé al instante. Todos tenían una taza de café en la mano o delante de ellos en la mesa, y todos, excepto una señora mayor, eran jóvenes. Al parecer de veintitantos años.

—Siéntate, Karl Ove. ¿Café?

—Sí, por favor —dije, apretándome para sentarme en el extremo del sofá.

Durante las siguientes horas el director, que se llamaba Richard y tendría treinta y bastantes años, repasó distintos asuntos del colegio. A los suplentes nos enseñaron las aulas, nos entregaron las llaves, nos asignaron una mesa de trabajo, y luego revisamos los horarios y las distintas rutinas. Era un colegio

tan pequeño y con tan pocos alumnos que en muchas de las clases se juntaban varios cursos. Torill iba a ser la tutora de primero y de segundo, Hege de tercero y cuarto, yo de quinto, sexto y séptimo y Sture de octavo y noveno. No entendía por qué me habían encargado eso a mí, me hizo sentirme un poco incómodo, en parte porque el otro suplente que venía del sur, Nils Erik, era bastante mayor que yo, veinticuatro, y tenía pensado empezar a estudiar magisterio después de ese año. Para él era algo serio, trataba de su futuro, mientras que yo no tenía ninguna intención de seguir, ser profesor era lo último que deseaba en esta vida. Los demás suplentes eran de allí, conocían las costumbres y seguro que eran mucho más aptos que yo para hacerse cargo de una clase. Era probable que el director hubiese basado su elección en mi solicitud, y eso me hacía sentirme mal, porque en ella había exagerado demasiado mis cualificaciones.

El director nos enseñó dónde estaban los planes de enseñanza y los distintos medios técnicos que teníamos a nuestra disposición. Sobre la una habíamos terminado, y fui a Correos, que se encontraba en la otra punta del pueblo, hice las gestiones necesarias para conseguir un apartado, envié unas cuantas cartas, compré comida en la tienda, fui a casa, la preparé, estuve una hora tumbado en la cama escuchando música y anoté algunas palabras clave sobre las ideas que tenía para las clases; pero me parecían un poco tontas, demasiado obvias, así que hice un bollo con las hojas que había escrito y lo tiré.

Lo tenía todo controlado.

Ya avanzada la tarde, volví al colegio. Me produjo una sensación extraña abrir con llave la puerta de ese gran edificio y pasearme por los pasillos. Todo estaba desierto y silencioso, lleno de esa vespertina luz grisácea que entraba por las ventanas. Los estantes y armarios estaban vacíos, las aulas como sin señalar.

En la sala de profesores había un teléfono dentro de un pequeño cuartito, entré en él y llamé a mi madre; para ella también había sido su primer día en un nuevo colegio, y estaba desembalando y colocando sus cosas en la casa que había alquilado, un adosado en las afueras de Førde. Le conté cosas de

Håfjord y lo nervioso que estaba porque las clases empezaban al día siguiente. Ella dijo que sabía que me las arreglaría muy bien, y aunque su juicio no tenía mucho valor, ya que al fin y al cabo era mi madre, me fue de gran ayuda.

Cuando colgué, me metí en el cuarto de la fotocopidora y fotocopí diez ejemplares del cuento que había escrito. La intención era enviárselo al día siguiente a gente a la que conocía. Luego di una vuelta por todas las dependencias del colegio. En el gimnasio abrí una puerta que daba a un cuartito donde se guardaba el material, tiré un balón al suelo y lo lancé un par de veces a la canasta de baloncesto en el otro extremo. Apagué la luz y entré en el recinto de la piscina, el agua estaba quieta y oscura. Subí a la sala de manualidades, luego entré en la de ciencias naturales. Desde las ventanas se tenía una buena vista del pueblo, situado al pie de las montañas, con sus numerosas pequeñas casas de distintos colores, como vibrando, y más allá el mar, el mar sin fin, y el cielo que subía de él, ya en el infinito, repleto de nubes alargadas y humosas.

A la mañana siguiente llegarían los alumnos, entonces empezaría lo serio.

Apagué las luces, cerré la puerta con llave y bajé la cuesta con el abultado llavero tintineando en la mano.

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba tan nervioso que me faltó poco para vomitar. No conseguí tomar más que una taza de café. Llegué al colegio media hora antes de que empezara la primera clase, me senté en mi sitio y me puse a hojear algunos de los libros que íbamos a usar. El ambiente entre los otros profesores que andaban por el cuarto de la fotocopidora, las aulas, la cocina y el rincón del tresillo era desenfadado y alegre. Por las ventanas se veía cómo iban llegando los alumnos a lo alto de la cuesta. Un sentimiento de terror me oprimía el pecho. El corazón me latía como si estuviera comprimido. Veía las letras de la página que tenía delante, pero no conseguía descifrar su significado. Al cabo de un rato me levanté y fui a la cocina a por una taza de café. Al volverme me encontré con la mirada de Nils Erik. Parecía muy relajado, recostado en el sofá con las piernas muy separadas.

—Tú libras la primera hora, ¿verdad? —pregunté.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Un suave tono rojizo coloreaba sus mejillas. Tenía el pelo negro, con ese mismo remolino indómito que tenía mi viejo amigo del alma, Geir. Los ojos azul claro.

—Estoy horriblemente nervioso —dije, sentándome en un sillón enfrente de él.

—¿Por qué estás nervioso? —preguntó—. Ya sabes que no hay más que cinco o seis alumnos en cada clase, ¿no?

—Sí, sí —contesté—, pero aun así...

Él sonrió.

—¿Quieres que nos cambiemos? Ellos no pueden distinguirnos. Yo seré Karl Ove y tú Nils Erik.

—Muy bien —contesté—. ¿Y qué haremos cuando tengamos que volver a cambiarnos?

—¿Volver a cambiarnos? ¿Por qué tenemos que volver a cambiarnos?

—Ja, ja —dije, echando un vistazo por la ventana. Fuera los alumnos estaban reunidos en grupos. Algunos corrían de un lado para otro. Entre ellos también había alguna que otra madre. Sus hijos llevaban ropa de fiesta.

Claro. Había alumnos que acudían por primera vez. Era su primer día de colegio.

—¿Entonces de dónde soy yo? —pregunté.

—De Hokksund —contestó—. ¿Y yo?

—De Kristiansand.

—¡Buen sitio! —dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No, ahí te equivocas.

Me miró con aire astuto.

—*Ahora* sí —dijo—. Pero verás dentro de unos años.

—¿Qué ocurrirá dentro de unos años? —pregunté.

En ese momento sonó el timbre.

—Dentro de unos años pensarás en la ciudad de tu infancia como en un paraíso —contestó.

¿Qué coño sabes tú de eso?, pensé, pero no dije nada, me limité a levantarme, cogí la taza de café con una mano, el montón de libros con la otra, y fui hacia la puerta.

—¡Que tengas suerte! —dijo detrás de mí.

En séptimo había cinco alumnos. Cuatro chicas y un chico. Yo sería además responsable de los tres que iban a quinto y sexto. En total, ocho alumnos.

Cuando me detuve delante de la mesa del profesor y dejé allí mis cosas, todos los alumnos me estaban observando. Tenía las palmas de las manos sudadas, el corazón me latía con fuerza, y temblaba al respirar.

—Hola —dije—. Me llamo Karl Ove Knausgård, vengo de Kristiansand y voy a ser vuestro tutor este curso. He pensado que podríamos empezar por pasar lista. ¿Os parece? Tengo aquí vuestros nombres, pero todavía no sé quién es quién, claro.

Mientras yo hablaba, ellos se miraban de reojo, dos de las chicas se reían entre dientes. La atención que me prestaban no era peligrosa, me di cuenta enseguida, era infantil. Eran unos niños.

Saqué la hoja con sus nombres. La miré y los miré a ellos.

Reconocí a la chica de la tienda. Pero la que tenía más carisma era una chica pelirroja, con gafas negras. Noté su actitud escéptica. Los demás no mostraban ninguna hostilidad hacia mí.

—¿Andrea? —dije.

—Soy yo —dijo la chica de la tienda. Lo dijo con la mirada baja, pero justo al acabar de decirlo me miró.

Le sonreí para decirle que no pasaba nada.

—¿Vivian?

La chica que estaba sentada a su lado soltó una risita disimulada.

—¡Soy yo! —exclamó.

—¿Hildegunn?

—Aquí —dijo la chica de las gafas.

—¿Kai Roald?

Era el único chico de séptimo. Vestido con pantalones vaqueros y chaqueta vaquera, estaba jugueteando con un bolígrafo.

—Aquí —dijo.

—¿Live? —proseguí.

Una chica de pelo largo, cara redonda y gafas sonrió.

—Soy yo —dijo.

Luego estaban el chico y la chica de sexto y la chica de quinto.

Dejé la hoja y me senté en la mesa del profesor.

—Como quizá ya sabéis, os voy a dar lengua noruega, matemáticas, religión y ciencias naturales. Supongo que ya tenéis un buen nivel.

—No mucho —contestó la chica pelirroja con gafas—. Siempre hemos tenido profesores del sur sin carrera que sólo han estado un año.

Yo sonreí. Ella no sonrió.

—¿Qué asignaturas os gustan más?

Se miraron. Ninguno parecía querer contestar.

—¿Tú, Kai Roald?

El chico se retorció. Un leve rubor le cubrió las mejillas.

—No lo sé —dijo—. Manualidades, quizá. Y gimnasia. ¡Desde luego noruego no!

—¿Y tú? —pregunté, señalando a la chica de la tienda y mirando el papel—. ¿Andrea?

Ella tenía una pierna encima de la otra debajo del pupitre y estaba inclinada hacia delante dibujando algo en una hoja.

—No tengo ninguna asignatura preferida —dijo.

—¿Te gustan todas por igual o no te gusta ninguna? —pregunté.

Levantó la cabeza y me miró. Un pequeño brillo apareció en sus ojos.

—¡No me gusta ninguna! —contestó.

—¿A todos os pasa lo mismo? —pregunté.

—¡Sí! —contestaron.

—De acuerdo —dije—. Pero tenemos que estar aquí unas cuantas horas, os guste o no. Así que más vale sacar lo mejor que podamos de ello. ¿Estáis de acuerdo?

Nadie contestó.

—Como no sé absolutamente nada de vosotros, había pensado emplear las primeras clases en conoceros mejor, y luego planificar lo que vamos a hacer.

Me levanté y di un sorbo de café, luego me limpié la boca con el dorso de la mano. En el rincón al otro lado del edificio de planta abierta alguien empezó a cantar. Una voz alta y clara, debía de ser Hege, y luego sonaron unas

frágiles voces infantiles.

¡Eran los de primero!

—Sugiero entonces que empecemos con un ejercicio —proseguí—. Escribiréis una presentación de vosotros mismos en una hoja.

—¡Oh, no, escribir no! —dijo Kai Roald.

—¿Qué es una presentación? —preguntó Vivian.

La miré. Su barbilla tenía tan poca curva que la cara parecía casi cuadrada, pero no por ello dura. Había en ella algo delicado e infantil, como de cachorro. Los ojos azules casi desaparecían del todo cuando sonreía, lo que hacía muy a menudo, por lo que pude comprobar.

—Quiere decir escribir sobre cómo eres —dije—. Imagínate que tienes que explicar cómo eres a alguien que no te conoce. ¿Qué sería lo primero que pondrías?

La chica cambió de postura en la silla, juntando las rodillas y separando los pies.

—¿Que tengo trece años, quizá? ¿Y que voy a séptimo en el colegio de Håfjord?

—Sí, muy bien —dije—. ¿Y que eres una chica, tal vez?

Ella se rió un poco.

—Pues sí, habría que decírselo.

—De acuerdo entonces. Escribiréis una hoja sobre vosotros mismos. O más, si queréis.

—¿Luego lo vas a leer en voz alta? —preguntó Hildegunn.

—No —contesté.

—¿Dónde lo escribimos? —preguntó Kai Roald.

Me di una palmada en la frente.

—¡Es verdad! ¡Aún no os he entregado los cuadernos!

Se rieron entre dientes, eran niños, esas cosas les hacían gracia. Yo me apresuré hasta la sala de profesores, donde cogí un montón de cuadernos, los repartí, y pronto estaban todos escribiendo, mientras por el ventanal yo miraba los picos de las montañas al otro lado del fiordo, donde daban la sensación de *torcerse*, fríos y negros, hacia el luminoso y ligero cielo.

Cuando sonó el timbre y recogí mis papeles, lo hice con una sensación burbujeante, casi de júbilo, en el cuerpo. Había ido bien. No había nada que temer. Y tras doce años de escolaridad continuada, el siguiente paso sería abrir la puerta y entrar en la sala de profesores lleno de una felicidad especial; había cruzado la línea, me encontraba ya al otro lado, adulto y responsable de mi propia clase de alumnos.

Dejé las cosas en mi sitio, me serví una taza de café, me senté en el sofá y miré a los demás profesores. Me encontraba entre bastidores, pensé, pero lo que en un principio había sido un pensamiento agradable se convirtió a continuación en lo contrario, porque eso no era lo que yo quería, mierda, yo era *profesor*, ¿podría haber algo más triste que eso? Entre bastidores significaba grupos de música, chicas, copas, giras, fama.

Pero tampoco era eso lo que haría en el futuro. No era más que un paso en mi camino.

Di un sorbo de café y miré hacia la puerta que se abría justo en ese instante. Era Nils Erik.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó.

—Bien —contesté—. Nada que temer, diría yo.

Detrás de él llegaba Hege.

—Son tan *majos*... —dijo—. ¡Tan pequeños y tan monos!

—¿Karl Ove? —dijo una voz desde la cocina.

Miré hacia allí. Sture me miraba con una taza de café en la mano.

—Juegas al fútbol, ¿no?

—Sí —contesté—. Pero no soy lo que se dice bueno. Jugaba en quinta división hace dos temporadas.

—Aquí tenemos un equipo —dijo—. Yo soy el entrenador. Estamos en la *séptima* división, así que no creo que tengas que temer no estar a nuestra altura. ¿Te apetece?

—Claro que sí —contesté.

—Tor Einar ya se ha apuntado. ¿No es así, Tor Einar? —dijo, mirando por la puerta que daba a la sala de trabajo.

—¿Ya estás contando chorradas sobre mí? —sonó una voz desde allí

dentro.

—Tor Einar jugaba en cuarta división de júnior —dijo Sture—. Pero por desgracia no tiene más aptitudes.

—Yo al menos sigo teniendo pelo —dijo Tor Einar, y entró—. Así no tengo que dejarme barba para conservar mi dignidad masculina, como otros.

Tor Einar era de Finnsnes, tenía la piel pálida y pecas, el pelo rojizo, hirsuto y una constante sonrisa irónica en los labios. Sus movimientos eran lentos y minuciosos, de un modo casi manifiesto, como queriendo decir que aquí hay alguien que hace todo a su ritmo y al que no le importan los demás.

—¿Y tú de qué juegas?

—De mediocampo —contesté—. ¿Y tú?

—De goleador, en el centro —dijo con un guiño.

—Ajá, un terrier centrocampista —dije—. A mí me llamaban «el alce» cuando jugaba. Eso lo dice más o menos todo.

Él se rió.

—¿Por qué el alce? —preguntó Hege.

—Por la forma de correr —contesté—. Pasos largos e inestables, ningún cambio de ritmo.

—¿Hay más animales en el campo de fútbol? —preguntó ella.

—Creo que sí, ¿verdad? —dije mirando a Tor Einar.

—Sí, tenemos el delantero, que es fuerte como un toro y que cornea el balón en la meta.

—Y luego el tigre —apunté yo—. El salto de tigre del portero. Y también hay un maître.

—¿Y eso qué es?

—Alguien que siempre sabe dónde están los demás, y que puede servirles los pases más estupendos justo en el momento oportuno.

—¡Qué increíblemente infantil! —exclamó Hege.

—Y un cargador de agua —dijo Tor Einar.

—Y a menudo una pareja de éxito. Y luego el lobo solitario, claro.

—Os habéis olvidado del árbitro —dijo Nils Erik—. El árbitro es una vaca.

—¿Y en eso os metéis voluntariamente? —preguntó Hege.

—Yo no —respondió Nils Erik.

—Vosotros dos sí —dijo ella mirándome a mí.

Sonó el timbre. Me levanté a coger los libros para la siguiente clase. Sture me puso una mano en el hombro.

—Ahora tienes mi clase, ¿no? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Inglés.

—Cuidado con un tal Stian. Seguro que intenta pillarte en algo. Pero no te preocupes, todo irá bien. ¿Vale?

Me encogí de hombros.

—Eso espero —dije.

—Si procuras que siempre le quede una salida, el chico no será ningún problema.

—Vale —dije.

El inglés era mi peor asignatura, y además les llevaba sólo dos años a mis alumnos más mayores, de manera que cuando me fui al otro edificio, donde estaba la clase de octavo y noveno, volvía a tener el estómago encogido por los nervios.

Dejé el montón de cuadernos sobre la mesa. Los alumnos estaban desperdigados en los pupitres como lanzados por una centrifugadora. Todos hacían como si yo no existiera.

—*Hello, class!* —dije—. *My name is Karl Ove Knausgård and I'm going to be your teacher in English this year. How do you do?*

Nadie dijo nada. La clase estaba compuesta de cuatro chicos y cinco chicas. Un par de ellos me miraban, los demás estaban haciendo garabatos, una hacía punto. Reconocí al chico del puesto de perritos calientes, llevaba una gorra y se estaba columpiando en la silla, mirándome con una sonrisa burlona en los labios. Debía de ser el tal Stian.

—*Well* —dije—. *Now I would like you to introduce yourself.*

—¡Habla noruego! —dijo Stian. El chico que estaba sentado detrás de él, un tipo inusualmente alto, más alto que yo, y yo medía uno noventa y cuatro, soltó una carcajada. Algunas chicas se rieron por lo bajo.

—*If you are going to learn a language, then you have to talk it* —dije.

Una de las chicas, de pelo negro y piel blanca, facciones regulares un poco regordetas y ojos azules, levantó la mano.

—*Yes?* —dije.

—*Isn't your English a bit too bad? I mean, for teaching?*

Noté cómo me ardían las mejillas, di unos pasos hacia delante, sonriendo para contrarrestarlo.

—*Well* —dije—. *I must admit that my English isn't exactly perfect. But that isn't the most important thing. The most important is to be understood. And you do understand me?*

—*Sort of* —respondió ella.

—*So* —dije—. *What is your name, then?*

Puso los ojos en blanco.

—Camilla.

—*Full sentence, please.*

—*¡Ah! My name is Camilla. Happy?*

—Sí —contesté.

—*You do mean yes?* —dijo ella.

—*Yes* —respondí, y volví a sonrojarme.

—*So. What's your name?* —pregunté a la chica que estaba sentada detrás de Camilla.

Ella levantó la cabeza y me miró.

Ay, ay.

¡Qué guapa era!

Ojos azules y dulces, que se achinaban cuando sonreía. Boca grande. Pómulos altos.

—*My name is Liv* —dijo, riéndose un poco.

—*Camilla, Liv. And you?* —pregunté, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Stian.

—Me llamo Stian —respondió en su dialecto del norte.

—*Well* —dije—. *What will that be in English?*

—*¡Stian!* —contestó.

Todos se rieron.

Cuando sonó el timbre y salí del aula me sentía completamente agotado. Había que defenderse de tantas cosas, había que comprender tantas cosas, había que ignorar tantas cosas, había que reprimir tantas cosas... La tal Camilla había bostezado y se había estirado levantando los brazos por encima de la cabeza mientras me miraba. Llevaba sólo una camiseta, y sus pechos, que eran grandes y redondos, se dibujaban con toda claridad en la tela blanca. Se me puso dura, resultó imposible evitarlo por mucho que intentara pensar en otra cosa. ¡Menos mal que estaba sentado detrás de la mesa del profesor! Como si no bastara con eso, la tal Liv era tan encantadora como guapa, a la vez tímida y extrovertida, y ese algo un poco indómito que había en ella, que radicaba más que nada en su largo pelo rubio oscuro y sus muchas pulseras tintineantes, pero también en el contraste entre su contenido lenguaje corporal y la chispa de sus ojos, hacía imposible por completo no pensar en ella cuando se encontraba en la misma habitación. Luego estaba Stian, que no paraba de jugar con una navaja, mientras aprovechaba cualquier ocasión para pillarme en falso, y que no quería hacer nada de lo que yo decía que hicieran, y su compañero, Ivar, que se reía de todo lo que decía Stian, una risa hueca, un poco tonta, que en cada ocasión era seguida por pequeñas ojeadas a los compañeros. Pero su mirada era abierta, a veces también hacia mí, a él podría ganármelo, un par de veces el chico incluso se había reído de cosas que yo dije.

En la sala de profesores me hundi en el sofá. La tal Vibeke se detuvo y me sonrió. Tenía diecinueve años, un cuerpo ancho y grande y una cara sonriente y redonda, alegres ojos azules, y pelo rubio y rizado de permanente.

—¿Qué tal te va? —preguntó.

—Bien —contesté—. ¿Y a ti?

—Bien —dijo—. Pero no hay tantas cosas nuevas aquí para mí como para ti. Creo. Yo vine a este colegio de pequeña.

No se me ocurrió ninguna respuesta, y ella volvió a sonreír antes de desaparecer en la sala de trabajo. A mi lado estaba sentada Jane, también era del pueblo y grandullona y tenía veintipocos años: sus brazos eran casi el doble de grandes que los míos. Tenía la nariz larga y recta, casi romana,

mejillas planas, y una boca de labios finos y comisuras torcidas hacia abajo, como si no quisiera tocar ni con pinzas nada de lo que veía a su alrededor. Sus ojos eran ariscos, bueno, todo lo que ella irradiaba era arisco. La había visto reír un par de veces, entonces toda ella se animaba, el cambio era total, le resultaba difícil detener la risa cuando por fin la dejaba salir, y era una gozada verla luchar en contra y tratar de recuperar el control.

Además de todos los jóvenes suplentes había también entre los profesores una mujer mayor. Se llamaba Eva, tendría cuarenta y muchos, pero parecía mayor, daba las clases de labores y cocina, era baja y flaca, tenía la cara puntiaguda, el pelo rubio y ralo y una voz penetrante. En ese momento estaba sentada en un sillón al otro lado de la mesa, con una labor de punto entre las manos. Se mostraba escéptica hacia mí, lo notaba en la manera en que me miraba y no me miraba. Y con razón, porque ¿qué hacía yo allí? ¿Qué pretendía obtener yo de aquel trabajo?

Cuando entré después de la clase de inglés me miró, y pensé que ella conocía los sentimientos que yo albergaba en ese momento.

Era imposible, pero no obstante lo pensé.

En el recreo largo fui a Correos, que estaba al otro lado del pueblo. Las laderas de las montañas refulgían de un verde intenso con la luz del sol. El mar de un azul profundo. Algo de la luz, o tal vez la fresca corriente que intuía en el aire como si se encontrara *debajo* de lo calentado por el sol, tan típico del mes de agosto, despertó en mi memoria el ambiente de todas las veces que volvía al colegio después de las vacaciones de verano, aquella expectación, la sensación de que tal vez ese año sucediera algo fantástico.

En la ladera de detrás de la última fila de casas había ya un atisbo de amarillo en lo verde. Claro, aquí llegaría antes el otoño. Saludé con la cabeza a un coche que pasaba. La conductora, que parecía una madre, me devolvió el saludo, y yo bajé la pequeña cuesta de gravilla hasta Correos, que se encontraba en el sótano de una vivienda normal y corriente. En la entrada estaban los casilleros de los apartados de correos, más adentro estaba la oficina con un mostrador, carteles de correos en las paredes y soportes con postales y sobres.

La mujer de detrás del mostrador tendría unos cincuenta años. Pelo rojizo y algo ralo con permanente, gafas y un fino collar de oro al cuello. Un hombre con andador estaba rascando con una moneda un boleto en la pequeña mesa de debajo de la ventana.

—Hola —dije a la mujer, mientras dejaba los sobres en el mostrador—. Quería enviar esto.

—Ahora mismo —contestó—. Por cierto, ya te ha llegado una carta.

—¿Ah, sí? —dije—. ¡No está mal!

Mientras ella pesaba los sobres y cogía los sellos, yo abrí con la llave mi casillero. La carta era de Line.

Volví a entrar y pagué, abrí la carta y empecé a leerla mientras subía el camino de grava.

Line escribía que estaba sentada en su habitación pensando en mí. Yo le gustaba mucho, decía, y nos lo habíamos pasado muy bien juntos, pero en el fondo nunca había estado enamorada de mí, de modo que pensaba que ahora que vivíamos en lugares distintos lo mejor y más honesto sería que acabáramos la relación. Me deseaba que me fuera bien en la vida, me animaba a que me tomara en serio la escritura, como ella el dibujo, y esperaba que no me enfadara con ella, pero nuestra nueva vida empezaba ya, estábamos muy lejos el uno del otro, al día siguiente ella iría a la escuela popular y suponía que yo había llegado ya al pueblo donde iba a trabajar, y como los sentimientos eran como eran, y ella no me amaba, todo lo que no fuera acabar la relación sería una traición contra ella misma. Pero que supiera que yo era una buena persona, y que no era por eso. Los sentimientos no se pueden dirigir, simplemente son como son.

Me metí la carta en el bolsillo de la gabardina.

La verdad era que yo tampoco había estado nunca enamorado de Line, todo lo que ella decía de mí, yo podía decirlo de ella, y sin embargo me puse un poco triste y también me cabreeé con ella al leer lo que había escrito. ¡Yo quería que *ella* me amara! Y aunque yo no quería seguir con ella y estaba contento de que hubiese terminado, debería haber sido yo el que acabara la relación. Ahora era ella la que se encontraba por encima de mí, la que me rechazaba a mí, y probablemente estuviera convencida de que yo la amaba y que ahora estaba sumido en la desesperación debido a su carta.

Bueno, bueno.

Abajo en la lonja había mucha actividad. Varios barcos estaban amarrados en el muelle, dos carretillas elevadoras iban y venían por el hormigón de lo que yo suponía era una nave oscura. Hombres con botas de goma altas se movían por todas partes, un grupo de mujeres vestidas con batas blancas sin abrochar y gorras también blancas estaban fumando junto a la pared corta, y por encima de sus cabezas chillaban montones de gaviotas volando. Entré en la tienda a comprar unos panecillos, un queso gouda, un paquete de margarina y un litro de leche, saludé al dependiente, que me preguntó si ya me había instalado, pues sí, le contesté, todo ha ido bien. A la hora siguiente no tenía clase, de modo que después de comerme dos panecillos y colocar el resto de la comida en el pequeño frigorífico de la sala de profesores, me senté en mi mesa de trabajo a planificar los días siguientes. Habían puesto a disposición de los suplentes una pedagoga que se pasaría por el colegio una vez a la semana para que pudiéramos consultarle todos los problemas y dudas que nos surgieran en relación con la enseñanza. Además, la siguiente semana iríamos a Finnsnes a hacer un cursillo junto con todos los profesores suplentes de la región. Había muchos suplentes; los que eran de allí y se habían formado para ser profesores no solían volver al acabar la carrera. Se había puesto en marcha una serie de iniciativas para cambiar esa tendencia, porque era un gran problema, claro. Donde mi padre vivía ahora anunciaban importantes desgravaciones fiscales, y ésa era una de las razones por las que Unni y él se habían mudado al norte. Los dos trabajaban en un instituto, es decir, por el momento sólo trabajaba mi padre, porque ella estaba embarazada. La última vez que los había visto, unas semanas atrás en la casa adosada que se habían comprado en el sur de Noruega para cuando acabaran su trabajo en el norte, ella tenía mucha barriga.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de venir aquí. Estábamos en la terraza, mi padre desnudo de cintura para arriba, bronceadísimo, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, yo con un pendiente en la oreja y las gafas de sol cubriéndome los ojos; entonces él me preguntó qué iba a hacer en el otoño. Su mirada se desplazaba hacia cualquier parte que no fuera yo, y cuando me preguntó, su voz parecía cansada y totalmente carente de interés, un poco turbia tras todas las cervezas que se había tomado desde que

llegué, así que yo contesté con cierta indiferencia aunque me doliera el corazón. Encogiéndome de hombros, le dije que al menos no iría a la universidad ni haría la mili. Me buscaré un trabajo, dije. En un hospital o algo así.

Se inclinó hacia delante y apagó el cigarrillo en un cenicero grande que había delante de mí en la mesa que teníamos entre los dos. El aire estaba cargado de polen, por todas partes se oía el zumbido de avispas y abejas. ¿Por qué no trabajas de profesor?, dijo, reclinándose de nuevo en el sillón, tal vez con veinte kilos más que la última vez que lo había visto. En el norte encontrarás trabajo enseguida, ¿sabes? Siempre que tengas aprobado el bachillerato te recibirán con los brazos abiertos. Tal vez, dije. Me lo pensaré. Hazlo, dijo él. Si quieres otra cerveza, ya sabes dónde está la caja. Sí, por qué no, dije. Entré en el salón, que estaba completamente oscuro después de la intensa luz de fuera, y seguí hasta la cocina, donde Unni estaba leyendo el periódico. Me sonrió. Llevaba un pantalón corto caqui y una camiseta gris ancha. Me beberé otra cerveza, dije. Muy bien, dijo ella, estás de vacaciones. Sí, dije. ¿Hay un abridor por alguna parte? Sí, en la mesa, dijo. ¿Tienes hambre? No mucha, respondí. Hace mucho calor. Te quedas a dormir, ¿verdad?, preguntó. Sí, contesté. Entonces esperaremos un poco para cenar, dijo. Eché la cabeza hacia atrás y di un buen trago de la botella. Debería haber trabajado un poco en el jardín, dijo. Pero hace demasiado calor. Sí, dije. Y la barriga me estorba cada vez más. Sí, dije, supongo que sí. ¿No quieres darte un baño en la laguna de allí abajo? Suena como si hubiera mucha gente. Dije que no con la cabeza. Ella sonrió, yo sonreí y volví con mi padre. Ya has cogido otra cerveza, dijo él. Sí, contesté, y me senté de nuevo. En otros tiempos, él hubiera estado trabajando en el jardín. Y si no hubiera estado trabajando en el jardín, habría estado pendiente de todo lo que le rodeaba, aunque sólo hubiera sido un coche que se paraba y un joven que sacaba la cabeza por la ventanilla bajada. Pero todo eso había desaparecido. En su mirada había indiferencia y desinterés. Pero no del todo, porque cuando nuestras miradas se cruzaban por un instante, intuía que *él* seguía en aquello, en la frialdad y la dureza con las que yo me había criado y que todavía temía.

Se inclinó hacia delante y dejó la botella vacía en el suelo, cogió otra y la abrió con el abridor que tenía en el manojo de llaves. Siempre cogía tres o

cuatro botellas a la vez para no tener que ir constantemente a la cocina, como decía él. Se la llevó a los labios y dio unos cuantos tragos largos. Vaya, vaya, dijo. Qué bien se está al sol. Sí, dije. Al menos me he puesto muy moreno, dijo. Sí, dije. Yo también. ¡Tú no!, dijo resoplando. Nos hemos comprado un solárium allí arriba en el norte, ¿sabes? Hay que tener uno cuando llega la oscuridad. Sí, dije. Lo vi cuando estuve allí. Sí, a lo mejor lo viste, dijo. Dio otro largo trago, dejó la botella vacía en el suelo al lado de la anterior, se lió un cigarrillo, lo encendió y abrió otra botella. ¿Cuándo quieres cenar?, preguntó. Me da igual, dije, decididlo vosotros. La verdad es que mucha hambre no se tiene con este calor, dijo, cogiendo una parte del periódico que había en la mesa. Apoyé el codo en la barandilla de la terraza y miré hacia abajo. El césped estaba totalmente quemado por el sol, más amarillo y marrón que verde. En la calle gris no se veía un alma. A un lado había un campo polvoriento de grava, más allá unos árboles, y a lo lejos tejados y paredes. Ellos no conocían a nadie allí, ni en la vecindad, ni en la ciudad. Una pequeña avioneta se deslizaba por el cielo azul. Desde el salón oí los pesados pasos de Unni. Otro accidente de tráfico en la E18, dijo mi padre. Un turismo ha chocado contra un camión con remolque. ¿Ah, sí?, dije yo. La mayor parte de esos accidentes son suicidios enmascarados, dijo. Empotran directamente el coche contra un camión o una roca junto a la carretera. Así nadie puede saber si lo han hecho aposta o no. Y se libran de la vergüenza. ¿Eso crees?, pregunté. Claro que sí, contestó. Y también resulta muy eficaz. Un pequeño volantazo hacia un lado y al cabo de unos segundos estarán muertos. Levantó el periódico para enseñármelo. No hay muchas posibilidades de sobrevivir a esto, ¿verdad que no? En la foto se veía un coche completamente aplastado. Pues no, contesté. Me levanté, bajé la escalera y me metí en el cuarto de baño. Me senté. Estaba un poco borracho. Me volví a levantar y me mojé un poco la cara con agua fría. Tiré de la cadena por si alguien estaba pendiente de ese tipo de detalles. Cuando salí de nuevo a la terraza, él había dejado el periódico. Estaba sentado con el codo sobre la barandilla, y pensé que así solía conducir en verano, con el codo fuera de la ventanilla abierta. ¿Qué edad tendría él ahora?, pensé, y lo calculé. En mayo habría cumplido cuarenta y tres. Luego me acordé de sus cumpleaños, de que siempre le comprábamos la misma loción para después del afeitado de la marca Mennen, y de que

siempre me preguntaba qué falta le hacía a él, que tenía barba. Sonreí. Él se levantó tambaleándose y se detuvo un instante para recobrar el equilibrio. Acto seguido se metió en el salón con sus largos pasos, subiéndose por detrás los pantalones cortos.

Desde ese día, la idea que él me había sugerido, trabajar de profesor en el norte de Noruega, estaba cada vez más presente. En realidad no ofrecía más que ventajas. 1) Viviría muy lejos de todo y de todas las personas a las que conocía, y sería completamente libre. 2) Ganaría mi propio dinero con un trabajo decente. 3) Podría escribir.

Y aquí estoy, pensé, mirando de nuevo la página del libro que tenía delante. Por el otro extremo del pequeño pasillo que daba a la sala de profesores y donde estaban los dos aseos apareció Torill. Sonrió, pero no dijo nada, se inclinó hacia delante y sacó una pequeña carpeta de su taquilla.

—¡Bonito, ser profesor! —dije.

—¡Espera y verás...! —contestó, esbozó una rápida sonrisa y volvió a salir. Por el patio llegaba Nils Erik rodeado de sus alumnos.

Cinco años antes yo tenía la misma edad que ellos. Pasados cinco años tendría la misma edad que él.

Bueno, para entonces ya habría debutado. Viviría en una gran ciudad de alguna parte, escribiría, bebería y viviría. Y tendría una novia guapa, esbelta y grácil, con ojos oscuros y pechos grandes.

Me levanté y entré en la sala de profesores, cogí el termo y lo sacudí un poco. Estaba vacío, así que llené de agua el percolador, la eché en la cafetera eléctrica, puse un filtro, medí cinco cucharadas de café y puse en marcha todo ese circo de borboteos, toses, la lenta subida de líquido negro dentro del percolador y su luminoso ojito rojo.

—¿Todo bien por ahora? —dijo una voz tan cerca de mí que resultó preocupante. Me volví. Era Richard, me estaba observando con su mirada intensa y su amplia sonrisa. ¿Qué era eso? ¿Ese tipo era capaz de moverse por el colegio sin un sonido?

—Sí, yo diría que sí —contesté—. Esto es emocionante.

—Sí que lo es —dijo él—. Ser profesor es una profesión bonita y especial. Y de una gran responsabilidad.

¿Por qué dijo eso? ¿Tenía la sensación de que yo necesitaba escuchar

justamente eso, que era una gran responsabilidad?, y en ese caso, ¿por qué? ¿Acaso yo irradiaba irresponsabilidad?

—Mm —dije—. De hecho, mi padre es profesor. Un poco más al norte.

—¿Ah, sí? —dijo Richard—. ¿Es de esta región entonces?

—Qué va. Lo que le atrajo fueron las desgravaciones fiscales.

Richard se rió.

—¿Quieres un café? —pregunté—. Estará listo en un momento.

—Bueno, tú échalo en el termo —dijo—. Ya me lo serviré yo.

Desapareció tan silenciosamente como había llegado. No me gustó nada ese «Bueno, tú échalo en el termo». Resultó muy condescendiente. Aunque yo sólo tenía dieciocho años, él no debía tratarme como a un colegial, ¿no? Yo estaba trabajando allí igual que él.

Al instante sonó el timbre y los profesores empezaron a llegar uno tras otro, algunos en silencio, otros haciendo breves y avispados comentarios a todo el mundo. Yo había dejado el termo sobre la mesa y estaba apoyado en la ventana con una taza llena en la mano. Los alumnos estaban ya corriendo por ahí fuera. Intenté poner nombre a sus caras, pero sólo me acordaba del de Kai Roald, el chico de séptimo, quizá porque había sentido simpatía por él por esa mala disposición que había percibido en su cuerpo, que a veces podía contrarrestarse con un destello de interés o tal vez incluso de intensidad en los ojos. Y Liv, esa chica tan guapa de noveno, claro. Estaba junto a la pared del patio con las manos metidas en los bolsillos traseros, llevaba una chaqueta beige tipo anorak, vaqueros azules y zapatillas de deportes grises, estaba mascando chicle y en ese momento se apartó de la cara un mechón de pelo que el viento había movido. También estaba allí Stian, con las piernas muy separadas y las manos en los bolsillos, charlando con un compañero larguirucho.

Me volví de nuevo hacia la sala de profesores. Nils Erik me sonrió.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Justo aquí abajo —contesté—. En un semisótano.

—Debajo de mí —apuntó Torill.

—¿Y a ti dónde te han metido? —pregunté.

—En la parte de arriba de la calle. También en un semisótano —contestó Nils Erik.

—¡Debajo de mí! —exclamó Sture.

—Conque así es como lo organizan —dije—. A los de carrera les dan los pisos de la planta principal con vistas y todo eso y a los suplentes los semisótanos.

—Más vale que lo aprendas enseguida —dijo Sture—. Todos los privilegios tienen que ser meritorios. Yo me sudé tres años de magisterio. Me merezco algo a cambio, joder.

Se rió.

—¿Tenemos que llevaros la cartera o qué? —pregunté.

—No, no os daremos tanta responsabilidad. Pero todos los sábados por la mañana se supone que debéis venir a limpiar nuestra casa —dijo, guiñándome un ojo.

—He oído que hay fiesta en Hellevika este fin de semana —dije—. ¿Alguien va a ir?

—He de admitir que te has integrado rápidamente —dijo Nils Erik.

—¿Quién te ha dicho lo de la fiesta? —preguntó Hege.

—Lo oí decir —contesté—. No sé si ir o no. Pero no tiene mucha gracia ir solo.

—Aquí nunca estás solo en las fiestas —dijo Sture—. Esto es el norte de Noruega.

—¿Tú vas a ir? —pregunté.

Dijo que no con la cabeza.

—Tengo una familia de la que cuidar —dijo—. Pero si quieres puedo darte unos consejos.

Se rió.

—Yo pienso ir —dijo Jane.

—Y yo —dijo Vibeke.

—¿Y tú? —pregunté, mirando a Nils Erik.

Se encogió de hombros.

—A lo mejor. ¿Es el viernes o el sábado?

—Creo que el viernes —respondí.

—Quizá no sea mala idea.

Sonó el timbre.

—Hablamos después —dijo, levantándose.

—De acuerdo —contesté. Dejé la taza sobre la encimera, cogí los libros de mi mesa de trabajo y me dirigí al aula, me senté frente a la mesa del profesor y esperé a que entraran los alumnos.

Al volver a casa después del colegio, las cajas de la mudanza estaban ya en el porche. Contenían todo lo que poseía, lo cual no era mucho: una con discos, otra con un miserable equipo estereofónico, otra con utensilios de cocina y otra con varias cosas que había cogido de mi vieja habitación, además de algunos libros de mi madre. Y sin embargo tenía la sensación de haber recibido un gran regalo cuando lo llevé todo al salón. Monté el equipo estereofónico, coloqué los discos junto a la pared, los ojeé, elegí *My Life in the Bush of Ghosts* de Brian Eno y David Byrne, uno de mis favoritos absolutos, y con esa melodía retumbando en la habitación empecé a colocar lo demás. Todo eran cosas que me había llevado de casa cuando nos mudamos; tanto las cacerolas como los platos, las tazas y los vasos estaban conmigo desde que era pequeño y vivíamos en Tybakken. Platos marrones, vasos verdes, una cacerola grande con una sola asa, casi negra por debajo y por los lados. La foto de John Lennon que coloqué en la pared detrás de la máquina de escribir la tuve en mi habitación durante toda mi época de instituto. El enorme póster del Liverpool FC, de la temporada 79/80, que ahora coloqué en la pared detrás del sofá, lo tenía colgado desde los once años. Seguramente era el mejor equipo que había tenido en toda su historia. Estaban Kenny Dalglish, y Ray Clemence, Alan Hansen, Emllyn Hughes, Graeme Souness y John Toshack. El cartel de Paul McCartney me pareció demasiado infantil, así que lo enrollé y lo dejé encima del armario del dormitorio. Cuando todo estaba bien colocado, eché otro vistazo a los discos, me imaginé que era alguien que nunca los había visto y me pregunté qué habría pensado esa persona de la colección, o, mejor dicho, de la persona a la que pertenecía la colección, es decir, yo. Había unos ciento cincuenta LP, la mayor parte de ellos de los dos últimos años, ya que escribí reseñas de discos para el periódico local, además de gastar casi todo el dinero que tenía en comprar discos nuevos, a menudo toda la colección de los grupos que me gustaban. Cada uno de los discos era un pequeño mundo. Todos expresaban determinadas posturas, ideas y ambientes. Pero ninguno era una isla, había relaciones entre ellos que se ramificaban hacia fuera —Brian Eno, por ejemplo, empezó en Roxy Music, editaba discos solistas, producía a U2, colaboraba con Jon Hassell, David

Byrne, David Bowie y Robert Fripp, y Robert Fripp tocaba en *Scary Monsters*, de Bowie, Bowie producía a Lou Reed, que venía de Velvet Underground, e Iggy Pop, que venía de The Stooges, mientras David Bowie colaboraba con Talking Heads, que, en su mejor disco, *Remain in Light*, utilizaba al guitarrista Adrian Belew, que a su vez tocaba en varios de los discos de Bowie y durante mucho tiempo fue su guitarrista en vivo preferido. Pero no sólo había ramificaciones y relaciones entre los discos, se extendían también hasta dentro de mi propia vida. La música estaba íntimamente relacionada con casi todo lo que yo había hecho, ningún disco quedaba libre de recuerdos. Todo lo que había sucedido durante los últimos cinco años subía humeando como el vapor de una taza cuando lo escuchaba, no en forma de pensamientos o razonamientos, sino como ambientes, aperturas, espacios. Algunos generales, otros específicos. Si mis recuerdos estaban amontonados detrás del remolque de mi vida, la música eran las cuerdas que todo lo ataban, manteniéndolo en su sitio.

Pero eso no era lo más importante de mi colección. Lo más importante era la colección en sí. Cuando escuchaba *Remain in Light*, por ejemplo, algo que hacía regularmente desde que estaba en octavo, y de lo que nunca me cansaba, y la tercera melodía, «The Great Curve», me llegaba con su acompañamiento, fantástico y bamboleante, a la vez que complejo y rebosante de energía, y los instrumentistas de viento y el coro se mezclaban, me resultaba imposible moverme, se inflamaba cada trozo de mi cuerpo, yo, el dieciochoañero menos rítmico del mundo, movía de repente el cuerpo como una serpiente hacia delante y hacia atrás, tenía que subir el volumen al máximo, y, ya de pie, tenía que bailar aunque estuviera solo. Y entonces, hacia el final, por encima de todo esto, como un jodido avión de caza sobre todo un pueblo bailando, llega la guitarra sobregirada de Adrian Belew, y, ah, ah, Dios, yo bailo y la alegría me llena por completo y lo único que deseo es que dure, que el solo continúe infinitamente, que el avión no aterrice nunca, que la vida no acabe nunca.

O *Heaven Up Here* de Echo & the Bunnymen, lo diametralmente opuesto a Talking Heads, porque aquí lo importante no es la energía ni el ritmo, sino los tonos y ambientes, ese enorme lamento que sale de ellos, toda la añoranza, belleza y tenebrosidad que se abre y se cierra constantemente en la música, no, que es la música. Y aunque yo sepa mucho del que canta, aunque haya leído

montones de entrevistas con él, así como con casi todos los demás grupos de los que tengo discos, este conocimiento es dejado de lado por la música, la música no quiere saber nada de eso, porque en la música no hay significados, no hay sentido, no hay personas, sólo voces, todas con sus rasgos distintivos y especiales, como si eso fuera el rasgo distintivo en sí, depurado, sin cuerpo ni personalidad, mejor dicho, una especie de personalidad sin persona, y en cada disco hay una infinidad de huellas de otro mundo, con el que te encuentras cada vez que pones ese disco. Nunca llegué a entender qué me poseía cuando me poseía la música, excepto que era algo que siempre deseaba.

Además, aquello me convertía en algo, gracias a la música me convertía en alguien de primera fila, alguien a quien había que admirar, ciertamente no tanto como a los que hacían la música, pero entre los que escuchaban, yo me encontraba en primer lugar. Aquí arriba, en el norte, nadie se daría cuenta, como casi nadie se la había dado en Kristiansand, pero yo sabía que existían ambientes en los que eso era visto y valorado. Y yo iba a entrar en esos ambientes.

Estuve un rato ordenando los discos, colocándolos de un modo que pretendía reforzar la impresión de cada uno de ellos y tal vez conducir a nuevas y sorprendentes conexiones para los que les echaran un vistazo, luego bajé a la tienda y compré unas cervezas y comida preparada congelada: pasta carbonara. Además compré un colinabo, una coliflor, manzanas, ciruelas y un racimo de uvas que usaría en la clase de ciencias naturales y sociales con los de tercero al día siguiente, en una magnífica visualización de todo lo que existe, y que había ideado al repasar el plan de estudios el día anterior.

Cuando volví a casa metí el plato precocinado en el horno y luego me lo comí directamente de la bandeja en la mesa de la cocina, mientras bebía cerveza y leía el *Dagbladet*. Satisfecho, me tumbé en la cama del dormitorio con la intención de descansar media hora. Imágenes de profesores y alumnos e interiores del colegio fluctuaron un buen rato por mi conciencia, hasta que yo por fin desaparecí de ella. Me desperté media hora después, cuando alguien llamó a la puerta. Yo ya no sabía qué esperar, al parecer todo el mundo llamaba a mi puerta, de manera que salí corriendo a abrir con una mezcla de

somnolencia y nerviosismo.

Fuera había tres chicas de la clase. Una de ellas, Andrea, sonreía con franqueza y preguntó si podían entrar, la segunda, Vivian, se reía entre dientes y se sonrojó, la tercera, Live, me miraba fijamente de un modo descarado tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Claro que sí —dije—. ¡Adelante!

Hicieron como las demás visitas al entrar en el salón: mirar a su alrededor. Estaban todo el rato muy juntas, dándose pequeños empujones y riéndose entre dientes, con sonrojadas caras de niña.

—¡Sentaos! —dije, señalando el sofá.

Hicieron lo que les dije.

—¿Bueno? —empecé—. ¿A qué se debe la visita?

—Sólo queríamos ver qué tal estabas. Es que nos aburríamos mucho, ¿sabes? —dijo Andrea.

¿Era ella una especie de líder? En el colegio no había dado precisamente esa impresión.

—No hay nada que hacer aquí —intervino Vivian.

—Nada de nada —corroboró Live.

—Pues no, no parece muy divertido —dije—. Pero me temo que tampoco en mi casa ocurren muchas cosas.

—No, es un agujero —dijo Andrea.

—¿Mi piso? —pregunté.

Ella se puso colorada como un tomate.

—¡No, tonto, este pueblo! —dijo.

—Yo me iré de aquí en el mismo segundo en que termine décimo —dijo Vivian.

—Yo también —dijo Live.

—Tú siempre quieres hacer lo mismo que yo —dijo Vivian.

—Sí. ¿Y qué? —preguntó Live.

—«Sí. ¿Y qué?» —repitió Vivian con una imitación perfecta, en la que incluso había incluido ese pequeño tic que hacía que la nariz debajo de las gafas se arrugara dos veces seguidas.

—¡Ahhhh! —dijo Live.

—No puedes tener el monopolio de marcharte del pueblo cuando cumplas

los dieciséis —dije, mirando a Vivian, que sonrió y bajó la vista.

—Hablas de un modo muy *extraño*, Karl Ove —dijo Andrea—. ¿Qué significa monopolio?

El que usara mi nombre me sorprendió tanto que yo, que la estaba mirando, ya que era ella la que hablaba, me sonrojé y bajé la vista.

—Que alguien es la única persona en hacer algo —respondí y volví a mirarla.

—Ah, vale —dijo ella, como si de repente estuviera a punto de desmayarse de aburrimiento. Las otras dos se echaron a reír. Yo sonreí.

—Veo que os queda mucho por aprender —dije—. Tenéis suerte de que haya venido.

—Yo no —dijo Andrea—. Yo sé todo lo que me hace falta.

—Excepto conducir un coche —dijo Vivian.

—Sé conducir un coche —dijo Andrea.

—Sí, pero no tienes *permiso* para hacerlo. Eso es lo que he querido decir.

Se hizo una pausa. Yo las miré sonriente, y probablemente no sin condescendencia, porque Andrea entornó los ojos y dijo:

—Tenemos trece años, ¿sabes? No somos niñas, si eso es lo que crees.

Me reí.

—¿Por qué iba a creer eso? Ya vais a séptimo, lo sé. Incluso me acuerdo de cómo lo siente uno.

—¿Cómo siente qué?

—El comienzo en el instituto. Hoy es vuestro primer día de instituto.

—No se siente gran cosa —dijo Vivian—. O quizá sólo que sexto era aún más aburrido.

Sonó el timbre. Las tres niñas se miraron. Me levanté y fui a abrir.

Era Nils Erik.

—Hola —dijo—. ¿Invitas a un viejo colega a un café?

—¿Prefieres una cerveza?

Alzó las cejas y fingió una especie de asombro al mirarme, o tal vez fingiera escepticismo.

—No, gracias. Voy a conducir luego, más vale ir sobre seguro.

—Entra —dije.

Las tres lo miraron cuando se detuvo en medio del salón.

—Conque es aquí donde pasáis las tardes —dijo.

—¿Aún no te han hecho una visita a ti? —pregunté.

Dijo que no con la cabeza.

—Pero esta tarde han venido unos de cuarto. Mientras estaba friendo bolas de pescado.

—Lo que pasa es que nos aburrimos un montón —dijo Live.

Las otras dos la miraron enfadadas. Luego se levantaron.

—Bueno —dijo Andrea—. Tenemos que irnos.

—Que os vaya bien —dije—. ¡Y volved otro día si queréis!

—¡Hasta luego! —dijo Vivian desde la entrada antes de que la puerta se cerrara de un portazo.

Nils Erik sonrió. Al instante las vimos bajar la cuesta en dirección a la tienda.

—Pobres chiquillas —dije—. Tienen que estar bastante desesperadas cuando su mejor oferta de ocio consiste en ir a visitar a los profesores.

—A lo mejor tú les resultas interesante —dijo Nils Erik.

—¿Y tú no? —dije.

—No, yo no —dijo resoplando—. Oye, había pensado darme una vuelta en el coche. ¿Te apetece venir?

—¿Adónde?

Se encogió de hombros.

—Hasta el otro lado del fiordo, tal vez. ¿O a Hellevika?

—Yo preferiría ir a Hellevika —dije—. El otro lado lo vemos desde aquí.

Nils Erik resultó ser un chico de aire libre. Había solicitado trabajo allí arriba por la naturaleza, dijo, se había traído una tienda de campaña y saco de dormir, y tenía planeado hacer excursiones todos los fines de semana, ¿me apuntaba?

—No todos los fines de semana, claro —añadió, y me miró sonriente mientras conducía su coche amarillo a paso de tortuga a lo largo del fiordo.

—No es exactamente mi estilo —dije—. Creo que paso.

Asintió con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba —dijo—. ¿Pero qué es lo que hace mudarse aquí a

un hombre urbano y vestido de negro, aficionado a las grandes ciudades?

—Quiero escribir —dije.

—¿Escribir? —preguntó—. ¿El qué? ¿Formularios? ¿Solicitudes? ¿Pequeños mensajes a ti mismo sobre cosas que no debes olvidar? ¿Cartas? ¿*Limericks* para la radio? ¿Cartas del lector?

—Voy a preparar una colección de cuentos —dije.

—¡Cuentos! —exclamó—. ¡La Fórmula 1 de la literatura!

—¿Así los llaman? —pregunté.

—No —contestó riendo—. No realmente. Creo que es *la poesía* lo que llaman así. Los poetas *stunt*, ¿sabes? Uno de ellos dijo algo así.

Yo no lo sabía, pero no lo dije.

—Pero a pesar de eso podrás venirte a alguna excursión, ¿no? Un par de fines de semana al menos. Hay una fantástica reserva natural a sólo una hora de aquí.

—Creo que no. Para conseguir algo tengo que trabajar.

—¡Pero la naturaleza, chico! ¡La maravillosa obra de creación de Dios! ¡Todos los colores! ¡Todas las plantas! ¡Tienes que escribir sobre eso!

Me reí con desdén.

—Yo no creo en la naturaleza —dije—. Es un tópico.

—¿Entonces sobre qué escribes?

Me encogí de hombros.

—Acabo de empezar. Pero podrás leerlo si quieres.

—¡Fantástico! —Te lo llevaré mañana, entonces.

Sobre las ocho de la tarde estábamos de vuelta en el pueblo. Había mucha luz, parecía mediodía. El cielo sobre el mar era tan enorme que me quedé delante de la puerta mirándolo durante varios minutos antes de entrar en casa, estaba vacío, no había nada en él, y sin embargo me pareció cálido y amable, y que sólo deseaba el bien de los seres que vivían debajo de él, tal vez porque las montañas por su parte eran tan duras y áridas.

Cené algo, encendí un pitillo y me tomé un té mientras repasaba los ejercicios de mis alumnos.

(Escrito con muchas palabras del dialecto del lugar): Me llamo Vivian y tengo trece años. Vivo en un pueblo llamado Håfjord. Me encuentro a gusto aquí. Tengo una hermana que se llama Liv. Mi padre es pescador, mi madre se ocupa de la casa. Mi mejor amiga se llama Andrea. Hacemos muchas cosas juntas. El colegio es aburrido. A veces trabajamos en la lonja de pescado. Cortamos lenguas de bacalao. Con ese dinero voy a comprarme un equipo de música.

¡Así que Vivian y Liv eran hermanas!

Por alguna razón eso me animó. También había algo en su torpeza que me conmovió. O tal vez fuera su franqueza.

Opté por no corregir, sería demasiado desmoralizador. Después de poner en rojo ¡*Muy bien, Vivian!*, escribí un pequeño comentario debajo en el que la instaba a cambiar alguna palabra del dialecto por otra más correcta.

Y pasé al siguiente cuaderno.

Me llamo Andrea. Soy una chica de trece años que vive en la punta de una isla en el norte de Noruega. Tengo un hermano de diez y una hermana de cinco. Mi padre es pescador y mi madre está en casa con Camilla. Me gusta escuchar música y ver películas. Mi favorita es *El campeón*. O dar vueltas por el pueblo con mis amigas, Vivian, Hildegunn y Live. ¡Este pueblo es un poco aburrido, pero estará mejor cuando tengamos edad para ir de fiesta!

Justo a Andrea y a Vivian me las imaginaba muy parecidas, apenas fui capaz de distinguirlas las dos veces que las había visto, pero por sus respuestas me di cuenta de que se encontraban a años luz la una de la otra. O tal vez se debiera sólo a que a una le costaba menos esfuerzo expresarse por escrito que a la otra.

Escribí un comentario parecido en el cuaderno de Andrea, luego leí los tres últimos, que se encontraban en algún punto entre los dos primeros. Los comenté, metí el montón en la cartera, puse *My Bag*, de Lloyd Cole, y miré al pueblo mientras la música hacía que se me erizaran los pelos de los brazos. Lentamente comencé a seguir el ritmo, al principio sólo con un movimiento de un brazo por allí y un paso por allá, pero luego, tras apagar la luz para que nadie pudiera verme desde abajo, me puse a bailar desenfrenadamente con los

ojos cerrados y cantando a voz en cuello de pura felicidad.

Aquella noche me corrí mientras dormía. Una ola de placer me recorrió el cuerpo, elevándome hacia la vigilia, adonde yo no quería ir a ningún precio, y adonde no fui, porque justo antes de llegar a los pensamientos y a la conciencia de quién era y de lo bien que me sentía, volví a sumergirme en esa pesada oscuridad donde permanecí hasta que sonó el despertador y abrí los ojos en una habitación llena de luz y con los calzoncillos pegajosos de esperma.

Primero tuve mala conciencia. Dios sabe con qué habría soñado. Luego, cuando recordé dónde estaba y qué hacía, me volvió la presión en la boca del estómago. Me levanté y fui al cuarto de baño, diciéndome a mí mismo que no había nada que temer, la clase era pequeña, los alumnos eran unos niños, pero no me sirvió de nada, tenía la sensación de estar a punto de salir a un escenario sin tener nada que decir. Intenté captar alguno de los estados de ánimo en los que me encontraba la noche anterior, cuando me sentía tan a gusto con los ejercicios de los alumnos, disfrutando de esa sensación que me aportaba el papel de profesor, el verlos, planificar lo que podría hacer para ayudarlos, pero allí en el baño, secándome, rodeado de vapor, todo aquello había desaparecido, porque yo no era profesor, ni siquiera era un adulto de verdad, sólo un ridículo adolescente que no sabía absolutamente nada.

«¡Mierda, mierda!», grité. Limpié el vaho del espejo con la toalla y examiné mi cara durante los segundos que transcurrieron hasta que el cristal volvió a llenarse de humedad.

Al menos tenía muy buen aspecto.

Eso ya era algo.

Me había cortado el pelo, dejándomelo largo por la nuca justo antes de ir allí. Ahora se levantaba como una densa capa de unos tres centímetros por encima del cráneo, cortado gradualmente hacia las sienes y la nuca. En la oreja izquierda me colgaba una cruz.

Sonreí.

Tenía los dientes uniformes y blancos. Había en mis ojos un brillo que me gustó contemplar, hasta que lo increíblemente indigno de la situación —un tío

que se sonrío y se guiña el ojo a sí mismo en el espejo— hizo que de nuevo sintiera una presión en la boca del estómago.

Mierda.

Me puse la camiseta *Dream of the Blue Turtles*, los pantalones Levi's negros y un par de calcetines blancos de tubo, luego me quedé un rato frente al espejo probándome alternativamente la fina chaqueta militar verde y la de tela vaquera azul, al final elegí la primera, intenté ver si quedaba bien con la boina, no pegaba nada, y dos minutos más tarde subía la cuesta del colegio con la cabeza descubierta y una bolsa de plástico de café Ali llena de libros y objetos escolares colgando de la mano.

En las clases de tercero y cuarto, que estaban unidas en una sola, había en total doce alumnos, cinco chicas y siete chicos. Daban la impresión de ser más, quizá porque siempre iban de un lado para otro corriendo y gritando, nunca estaban del todo en silencio. Cuando por fin se habían colocado en sus sillas, se veían piernas retorcidas en todas las direcciones, y la atención vagaba como la de perros nerviosos.

Como no me habían tenido antes de profesor, sólo habían oído hablar de mí y me habían visto de lejos, todos me siguieron con la mirada cuando entré en su parte del paisaje.

Sonreí y dejé la bolsa en mi mesa.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó uno de ellos—. ¿Qué llevas en esa bolsa?

Lo miré. Blanco, piel como de cachorro, ojos oscuros, pelo muy corto.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Reidar —contestó.

—Me llamo Karl Ove —dije—. Y hay una cosa que podéis aprender ya para siempre, y es a levantar la mano antes de hablar.

Reidar levantó la mano.

Un tipo listo, entonces.

—¿Sí? —dije.

—¿Qué hay en esa bolsa, Karl Ove?

—Es un secreto —contesté—. Pero lo veréis más adelante. Primero he de saber cómo os llamáis.

El chico que se sentaba detrás de Reidar, un joven flacucho de pelo rubio y mirada bastante dura, teniendo en cuenta su edad, levantó la mano:

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Stig —contestó—. ¿Eres severo?

—¿Severo? ¡Qué va! —respondí.

—¡Mi madre dice que eres demasiado joven para ser profesor! —exclamó, mirando a su alrededor.

Todos se rieron.

—Al menos soy mayor que vosotros —dije—. Así que no habrá problema, creo yo.

—¿Por qué llevas una cruz en la oreja? —preguntó Reidar—. ¿Eres creyente?

—¿Qué acabo de decir de levantar la mano?

—¡Ay! —dijo riéndose, y levantó la mano.

—No —contesté—, no soy creyente. Soy ateo.

—¿Qué es eso? —preguntó Reidar.

—¿Dónde está tu mano?

—¡Ay!

—Eres ateo si no crees en Dios —contesté—. Y ahora tenéis que decir cómo os llamáis. Empecemos por la última fila.

Uno por uno fueron diciendo sus nombres.

Vibeke

Kenneth

Susanne

Stig

Reidar

Lovisa

Melanie

Steve

Endre

Stein-Inge

Helene

Jo

A algunos los asocié enseguida con algo, y los recordaría por eso —la chica que parecía una muñeca en todo, desde sus facciones hasta su cuerpo y su manera de vestir, el chico de la cara redonda, ese tan flacucho que parecía enfadado, el de la cabeza grande y los ojos dulces, el tipo fanfarrón, la chica rubia con trencitas que parecía ecuánime y sensata—, otros eran más indefinidos y mostraban demasiado poco como para que se les pudiera captar.

—¿De manera que sois de tercero y cuarto! —dije—. ¿Cómo se llama el pueblo en el que vivís?

—¿Håfjord, claro! —contestó Reidar.

Yo no dije nada, me limité a mirarlos. Entonces a un par de ellos se les hizo la luz y levantaron la mano. Señalé a la pequeña criatura que recordaba a una muñeca.

—¿Lovisa? —dije.

—Håfjord —dijo ella.

—¿Cómo se llama la provincia donde está Håfjord?

—Troms.

—¿Y el país?

Esta vez todos levantaron la mano. Señalé al gordinflón.

—Noruega —contestó.

—¿Y el continente?

—Europa.

—¿Bien! —dije, y él sonrió.

—¿Y cómo se llama el globo terrestre? ¿Alguien lo sabe? ¿Sí, Reidar?

—¿Mundo?

—Sí, en cierto modo. Pero tiene otro nombre. Nombre de planeta.

Me volví y escribí toda la retahíla en la pizarra. HÅFJORD, TROMS, NORUEGA, EUROPA, LA TIERRA. Me volví hacia ellos.

—¿Y dónde se encuentra La Tierra?

—En el espacio —respondió Stian.

—Sí —dije—. Se encuentra en un sistema solar de una galaxia llamada...

—En la pizarra escribí VÍALÁCTEA—. ¿Habéis oído hablar de ella?

—¡Sí! —gritaron varios.

—A nosotros esa galaxia nos parece enorme. Pero en comparación con el resto del espacio es minúscula.

Los miré.

—¿Qué creéis que hay fuera del espacio?

Me miraron sin entender.

—¿No habéis pensado nunca en ello? ¿Endre?

Endre hizo un gesto negativo con la cabeza y dijo:

—¿Hay algo más ahí fuera?

—No, nadie lo sabe —dije—. Pero no puede no haber nada, ¿no? ¿Algo tiene que haber?

—¿Qué pone en el libro? —preguntó Reidar.

—No pone nada —contesté—. Nadie lo sabe.

—¿Nadie?

—Nadie.

—¿Entonces por qué hemos de aprenderlo?

Sonreí.

—Vais a aprender cosas sobre el lugar donde vivís. Y ese lugar es el universo. Bueno, mirándolo un poco a lo grande. El espacio. Lo que veis todas las noches al levantar la vista. O no, como sois pequeños estaréis acostados a esas horas.

—Nooo. ¡No somos pequeños!

—Estoy bromeando —dije—. Pero vais a aprender cosas sobre las estrellas que podéis ver en la oscuridad. Y sobre la luna y los planetas.

Me volví y escribí UNIVERSO en la pizarra.

—Bueno —dije—. ¿Alguien sabe el nombre de algún planeta de nuestro sistema solar?

—¡La Tierra! —contestó Reidar.

Algunos se rieron.

—¿Más?

—¡Plutón!

—¡Marte!

—¡Bien! —dije. Como ya no hubo más propuestas, dibujé todo el sistema solar en la pizarra.

SOL
MERCURIO
VENUS
LA TIERRA
MARTE
JÚPITER
SATURNO
URANO
NEPTUNO
PLUTÓN

—Aquí parece que están justo uno al lado del otro. Pero entre los planetas hay una distancia infinita, se tardaría muchos, muchísimos años en ir a Júpiter, por ejemplo. Quiero enseñároslo, enseñaros lo grandes que son las distancias. Poneos las chaquetas, y salgamos al campo de fútbol.

—¿Vamos a salir? ¿En mitad de la clase?

—Sí. Andando. Poneos los abrigo y nos vamos.

Se levantaron alborotando de sus pupitres y se apresuraron hasta la fila de perchas. Yo los esperaba en la puerta, con la bolsa colgando de la mano.

Iban todos pegados a mí cuando salimos al campo de fútbol. Me sentía como un pastor, infinitamente diferente de esas alocadas criaturitas.

—¡Nos paramos aquí! —dije, y saqué una pelota de la bolsa. La dejé en el suelo—. Éste es el sol. ¿Vale?

Me miraron algo vacilantes.

—¡Vamos! Sigamos adelante.

Avanzamos unos veinte metros, me paré y coloqué la ciruela en el suelo.

—Éste es Mercurio, el planeta que se encuentra más cerca del sol. ¿Veis ahí el sol?

Todos miraron en dirección a la pelota, que dibujaba una pequeña sombra sobre la grava, y asintieron.

A continuación coloqué dos manzanas, dos naranjas, el colinabo, la coliflor y al final, ya junto a la puerta del centro social, la uva que haría de Plutón.

—¿Veis las enormes distancias que hay entre los planetas? —pregunté—.

El minúsculo sol allí a lo lejos, y Mercurio, que es como una ciruela que ni siquiera somos capaces de ver desde aquí. Y esto —añadí, mirándolos mientras ellos contemplaban el campo de fútbol con la mirada perdida— ¡no es más que una minúscula parte del espacio! ¡Más que minúscula! Es curioso, ¿verdad? Que esta tierra que habitamos se encuentre a miles de millones de kilómetros de los demás planetas.

Algunos alumnos se quedaron pensando intensamente. Otros miraron hacia abajo, al pueblo, otros al fiordo.

—Ahora vamos a volver a entrar —dije—. ¡Venga! ¡Corred, corred!

En la sala de profesores saqué un ejemplar de mi cuento, grapé las hojas y se las entregué a Nils Erik, que estaba sentado en el sofá leyendo la revista *Troms Folkeblad*.

—Éste es el cuento del que te hablé —dije.

—¡Interesante! —comentó él.

—¿Cuándo crees que podrás leerlo? ¿Esta noche?

—¿Tan urgente es? —me preguntó con una sonrisa—. De hecho pensaba ir a Finnsnes esta tarde. Por cierto, ¿por qué no te vienes?

—Sí. Buena idea.

—Así leeré el cuento para mañana y podremos hacer un pequeño coloquio.

Los coloquios pertenecían a la universidad y la ciencia, la época de estudios avanzados, chicas y fiestas.

—Estupendo —dije, y me fui a por un café.

—Por cierto, ¿qué has hecho ahí fuera con ellos? —preguntó Nils Erik a mis espaldas.

—Nada en especial —contesté—. Les estaba ilustrando sobre el universo.

Cuando entré en el aula para la siguiente clase, tres de las chicas estaban muy juntas frente a la ventana charlando muy excitadas sobre algún tema. Al parecer, el que yo entrara no les importó nada.

—¡No podéis quedaros ahí charlando! —dije—. ¡La clase ha empezado! ¿Quiénes creéis que sois? ¡Sois alumnas, tenéis que seguir las reglas y hacer

lo que os digan los profesores!

Se volvieron rápidamente hacia mí. Al verme sonreír, siguieron sin más.

—¡Hola! —dije—. ¡Sentaos ya!

Entonces, con un titubeo que yo más tarde ese día calificaría de exquisito, porque sus movimientos eran sorprendentemente refinados, y ese rasgo de terneros que solían mostrar se convertía en una repentina dignidad femenina, se acercaron a sus pupitres.

—He leído ya vuestros ejercicios —dije, y empecé a repartir los cuadernos—. Tienen muy buena pinta. Pero hay un par de cosas que podemos ver y que afectan a todos.

Abrieron los cuadernos para ver lo que yo había escrito.

—¿No nos vas a poner nota? —preguntó Hildegunn.

—No en un ejercicio tan pequeño —dije—. Esto era más bien para hacerme una idea de cómo sois.

Andrea y Vivian compararon los comentarios de sus cuadernos.

—¡Nos has puesto casi lo mismo a las dos! —dijo Vivian—. ¿Tan flojo eres?

—¿Flojo? —dije sonriendo—. Enseguida tendréis notas que os distinguirán. A lo mejor no hace falta esperararlo con tanta ilusión.

La puerta se abrió a mis espaldas. Era Richard. Fue a sentarse en una mesa junto a la pared, a la vez que me hacía un gesto para que continuara.

¿Qué significaba eso? ¿Venía a *controlarme*?

—Lo primero que tenemos que ver es vuestro dialecto —dije—. No podéis escribir en dialecto. Está *absolutamente* prohibido. Tenéis que usar las palabras del noruego «oficial».

—¡Pero son palabras que nosotros no *usamos*! —dijo Vivian, girando levemente el torso en la silla, mientras miraba de reojo a Richard, que estaba sentado con los brazos cruzados sin inmutarse.

—Y el año pasado Harrison dijo que podíamos escribir así —intervino Hildegunn.

—Dijo que era más importante que escribiéramos *algo* a que lo escribiéramos correctamente —dijo Live.

—El año pasado estabais en primaria —dije—. Ahora estáis en secundaria. Y vuestro idioma ha de seguir las normas establecidas, como se

suele decir. Así son las reglas para todos, en todo nuestro país. Se puede hablar como se quiera, pero a la hora de escribir tiene que ser *bokmål* o *nynorsk*, que son las dos lenguas oficiales. De nada sirve discutir sobre este tema. Si no queréis que vuestras redacciones estén llenas de tachaduras en rojo o sacar un suficiente o un insuficiente, *tenéis* que seguir las reglas.

—¡Ah! —exclamó Andrea, mirándome primero a mí y luego a Richard. Los demás se rieron entre dientes.

Les pedí que sacaran el libro, y cuando todos lo habían abierto por la misma página, le dije a Hildegunn que empezara a leer. Richard se levantó de su sitio junto a la pared, me saludó brevemente con la cabeza y desapareció por la puerta.

En el recreo llamé a la puerta de su despacho.

Levantó la vista del escritorio cuando entré.

—Hola, Karl Ove —dijo.

—Hola —lo saludé—. Me preguntaba por qué viniste a mi clase.

La mirada que me echó fue en parte escudriñadora, en parte interrogante. Luego sonrió y se mordió el labio inferior como me había dado cuenta que solía hacer, de tal modo que su barbuda barbilla sobresalía, adquiriendo un aspecto de macho cabrío.

—Sólo quería comprobar qué tal te iba con las clases —dijo—. Lo haré de vez en cuando. Se procede así con los que no tenéis la carrera. Necesito hacerme una idea de cómo os desarrolláis. Enseñar no es *fácil*, ¿sabes?

—Prometo avisar cuando tenga problemas —dije—. Puedes confiar en mí. Se rió.

—Ya lo sé. No se trata de eso. Tómate una pausa.

Bajó la vista hacia los papeles que tenía delante. Ése era un truco de autoridad, y por unos instantes me resistí a someterme a ello. Pero no tuve más remedio que hacerlo, pues no tenía nada más que preguntar, y no había nada raro en lo que él había dicho, de modo que di media vuelta y me fui a la sala de profesores.

Había tres cartas en mi casillero cuando me pasé por Correos después de las clases. Una era de Bassen, que se había ido a estudiar a una escuela superior en Stavanger, otra de Lars, que se había ido a vivir con su novia a Kristiansand, y una tercera de Eirik, que había empezado sus estudios en la Politécnica, la NTH, de Trondheim.

Bassen contaba un episodio que había tenido lugar justo antes de mudarse. Había acompañado a una chica a su casa, tal vez más que una chica era una mujer, porque tenía veinticinco años, y mientras estaban dale que dale, como decía él, a ella le dio de repente una especie de ataque. A él le entró un miedo de muerte. Era como si le dieran calambres, escribía, su cuerpo temblaba y vibraba, él pensó que podría ser epilepsia, se retiró y se incorporó.

¡Me entró un pánico de muerte, Karl Ove! No sabía si llamar a una ambulancia. ¡Y si ella se moría! Eso pensaba, te lo juro. Pero entonces abrió los ojos y tiró de mí, preguntándome qué estaba haciendo. ¡Tienes que seguir!, gritó. ¡Te imaginas! ¡Simplemente había alcanzado el orgasmo! ¡Como las mujeres maduras!

Me reía mientras iba andando y leyendo la carta, a la vez que notaba una punzada de algo distinto, porque yo nunca me había acostado con nadie, nunca había practicado el sexo, era, por decirlo claramente, virgen, y eso no sólo me daba tanta vergüenza que durante dos años me había inventado una considerable experiencia sexual, que Bassen y seguramente también otros se habían creído, sino que lo deseaba con locura, deseaba con locura acostarme con una chica, con cualquier chica, y experimentar eso que Bassen y los demás compañeros vivían con tanta frecuencia. Cada vez que les oía hablar de sus aventuras sentía por dentro extenuación y luz a partes iguales, porque cuanto más tiempo pasaba sin acostarme con nadie, más miedo me daba. Podía hablar con cualquiera de casi todos mis problemas para desahogarme, pero eso no se lo podía contar a nadie, bajo ninguna circunstancia, y cada vez que pensaba en ello, que no eran pocas, eran varias veces en una hora, me llenaba de una especie de oscuridad pesada, una oscuridad de desesperación en ocasiones sólo pasajera, como una nube que pasa por delante del sol, en ocasiones más duradera, pero fuera cual fuera la forma de la desesperación, era incapaz de

dejarla atrás, pues mucha duda y suplicio estaban relacionados con ella. ¿Sabría hacerlo? ¿*Sabría hacerlo*? Si en contra de lo probable lograra moverme en la dirección correcta y me encontrara en una habitación a solas con una chica desnuda, ¿sería capaz de acostarme con ella? ¿Sería capaz de llevarlo a cabo?

Todo el secretismo y doble juego que envolvía esta cuestión no me facilitaba mucho las cosas.

—¿Sabes lo que pone en la punta del condón? —preguntó Trond, mirándome fijamente, un día de aquella primavera en el recreo. Estábamos charlando en un corrillo en el césped delante del instituto.

Me miraba a mí.

¿Por qué? ¿Sospechaba que yo mentía sobre mis conquistas, que mentía sobre mi actividad sexual?

Me sonrojé.

¿Qué podía responder? ¿Que no, y dejar con ello que me descubrieran? ¿O que sí, y acto seguido recibir la pregunta natural?

—No lo sé, ¿qué pone? —dije.

—¿*Tan* pequeña es tu polla? —preguntó él.

Se rieron.

Yo también me reí, infinitamente aliviado.

¿Pero no estaba Espen mirándome sin quitarme ojo, como si supiera algo de lo que podía vanagloriarse?

Dos días después me llevó a casa en su coche una tarde que habíamos estado juntos en casa de Gisle.

—¿A cuántas te has follado, Karl Ove? —preguntó cuando subíamos la suave cuesta de Krageboen, con las casas viejas y deslucidas a ambos lados de la carretera.

—¿Por qué lo preguntas? —dije.

—Por nada, por preguntar —dijo mirándome, antes de volver a fijar la vista en la carretera delante de nosotros. Esbozaba una sonrisa pícaro.

Fruncí las cejas, haciendo como si me concentrara.

—A seis —contesté—. O espera, no, a *cinco*.

—¿A quiénes?

—¿Eres la Inquisición o qué?

—No... Es algo que puedes contestar, ¿no?

—Cecilie, ¿sabes?, esa chica de Arendal con la que estuve saliendo — dije.

Estábamos pasando por delante de la vieja tienda donde tantas golosinas había mangado en el transcurso de los años. Llevaba mucho tiempo cerrada. Espen puso el intermitente.

—¿Sí? —dijo.

—Marianne —proseguí.

—¿Te *follaste* a Marianne? ¡No lo sabía! ¿Por qué no lo habías contado? Me encogí de hombros.

—También yo tengo derecho a un poco de vida privada.

—¡Tú! ¡De toda la gente que conozco, de ti es de quien menos cosas sé! Pero sólo van dos.

El hombre alto con la tripa enorme y la boca siempre abierta estaba junto a la valla mirándonos pasar.

—Vaya familia —dije.

—No cambies de tema —dijo Espen—. Faltan tres. Yo te diré luego las más, si tienes paciencia.

—Vale. El verano pasado había una chica islandesa que trabajaba en un puesto de helados justo donde yo vendía casetes en la calle en Arendal. Una noche la acompañé a casa.

—¡Islandesa! —dijo Espen—. Suena estupendo.

—Pues sí, lo fue —respondí—. Y luego hubo dos de esas «de aquí te pillo aquí te mato» aquí en la ciudad. Ni siquiera sé cómo se llamaban.

Bajamos la última cuesta. Los frondosos árboles crecían muy juntos, como un muro hacia el río. Al fondo se abría el paisaje, dejando ver el terreno labrado hasta el pequeño campo de fútbol donde había tres chiquillos lanzando el balón a un cuarto en la portería.

—¿Y las tuyas? —quise saber.

—Ya no hay tiempo para eso —contestó—. Hemos llegado.

—Venga ya —dije.

Se rió y detuvo el coche.

—¡Hasta mañana! —se despidió.

—¡Jodido cabrón! —exclamé, abrí la puerta y me fui hacia mi casa.

Mientras oía el motor de su coche bajar la cuesta y desaparecer, pensé que le había dado demasiados detalles al contestarle, que habría sido mejor si simplemente hubiera dicho que aquello no era asunto suyo. Eso era lo que él habría contestado.

¿Por qué él tenía éxito y yo no?

Para empezar, él no valoraba tanto a las chicas como yo. No es que le gustaran menos que a mí, no era eso, pero tal vez no pensara que ellas eran *mejores* que él, no las colocaba tan en lo alto que resultara imposible hablar o hacer cosas normales con ellas, para él eran sus iguales, o tal vez incluso se situara a sí mismo un poco por encima de ellas, porque desde luego autoestima no le faltaba. Eso significaba que no se esforzaba demasiado, y cuando ellas se daban cuenta, todas querían conquistarlo. Yo las consideraba criaturas totalmente inalcanzables, bueno, como una especie de ángeles, amaba todo en ellas, desde las venas de la piel sobre las muñecas hasta la curva de sus orejas, y si veía un pecho debajo de una camiseta o un muslo desnudo debajo de un vestido de verano, era como si todo lo que tenía por dentro se disolviera, como si todo empezara a dar vueltas, y el enorme deseo que se levantaba era tan ligero como la luz, ligero como el aire, y había en él una idea de que todo era posible no sólo aquí sino en todas partes, y no sólo ahora sino para siempre. A la vez que todo esto se elevaba dentro de mí, desde lo más profundo subía a modo de tornado una conciencia pesada y oscura, era la de la renuncia, la resignación, la falta de fuerzas, el mundo que se cerraba en tono a mí. Era el titubeo, el silencio, los ojos asustados. Eran las mejillas encendidas y el gran desasosiego.

Pero también había otras razones. Había algo que no sabía hacer y algo que no entendía. Había secretos y había oscuridad, había actos turbios y una risa que se reía de todo. Ah, yo lo intuía, pero no sabía nada de ello. Nada.

Me metí la carta de Bassen en el bolsillo y subí la cuesta deprisa. Nils Erik iba a recogerme dentro de media hora, y antes de eso tenía que comer algo.

Un par de horas después atravesamos en el coche la calle principal de Finnsnes. Cuando llegué allí, procedente de Oslo y Tromsø, lo consideré un

pueblecillo de nada. Al verlo ahora, sólo cinco días después, en comparación con Håfjord me pareció un lugar grande e inabarcable, casi urbano, repleto de posibilidades.

Nils Erik dejó el coche en el aparcamiento que había delante del gran supermercado y acto seguido fuimos a buscar la tienda de Vinmonopolet. Compré una botella de vodka Koskenkorva para la fiesta y cuatro botellas de vino blanco y media botella de whisky para tener en casa; Nils Erik compró tres botellas de vino tinto, lo que no me sorprendió, pues él era más bien un tipo de vino, no de cerveza o aguardiente. Después de meter las botellas en el maletero, conseguí que me acompañara a una tienda de electrodomésticos donde también vendían equipos estereofónicos. El mío era muy malo, era algo que llevaba pensando hacía tiempo, y ahora, teniendo ya un trabajo fijo, decidí ponerle remedio.

En la tienda sólo tenían *racks*, no era lo mejor, pero podría comprar un buen equipo más adelante, pensé, mientras buscaba a algún dependiente.

Detrás del mostrador había un hombre que estaba de espaldas abriendo una caja muy grande con un pequeño cortapapeles. Me acerqué a él.

—¿Podrías ayudarme? —pregunté.

Apenas volvió la cabeza.

—Un momento —contestó.

Fui de nuevo a la pared de *racks*. Hice señas a Nils Erik, que estaba echando un vistazo a una caja de discos.

—¿Cuál comprarías tú? —le pregunté.

—Ninguno —contestó—. Los *racks* son una mierda.

—Estoy de acuerdo —dije—. Pero probablemente sea lo único que tengan. Sólo quiero uno para ahora, mientras estoy viviendo aquí.

Me miró.

—¿Estás podrido de dinero? ¿O es que los Knausgård sois familia de armadores? ¡Qué callado te lo tenías!

—Se puede pagar. Mira, cuesta 3499 coronas. No supondrá más de doscientas o trescientas coronas al mes.

El dependiente, un hombre delgado con una tripa prominente, gafas con montura metálica y el pelo peinado hacia un lado tapándole la calva, se enderezó y me buscó con la mirada.

Señalé el *rack* de la marca Hitachi.

—Me llevo éste —dije—. Se puede pagar a plazos, ¿verdad?

—Si tienes trabajo, sí —contestó él.

—Trabajo de profesor en Håfjord —dije.

—Entonces sí —contestó—. Si me acompañas al mostrador te daré unos papeles para rellenar...

Mientras rellenaba el documento en el mostrador, él fue al almacén a por el equipo.

—¿Crees que es buena idea hacer esto? —preguntó Nils Erik—. Comprar a plazos resulta al final casi el doble de caro. Y duele pagar ese dinero durante meses y meses. Tampoco nuestro sueldo es *tan* bueno.

Yo lo miré.

—¿Acaso eres mi madre? —pregunté.

—Bueno, es tu problema —dijo, y volvió a la caja de discos.

—Pues sí, así es.

En ese momento el dependiente salió del almacén con una caja enorme entre los brazos. Me la dio y la sostuve mientras él revisaba los papeles y mis documentos, y cuando todo estaba en orden, la llevé hasta el coche y la coloqué en el asiento trasero.

El último punto del programa era el supermercado. Recorrimos el local cada uno con un carro, eligiendo productos que no había en la tienda del pueblo. Lo primero que cogí fueron dos paquetes de cigarrillos. Al final de la tienda, junto al mostrador de la fruta, y mientras Nils Erik estaba donde las pastas, me metí cada uno en un bolsillo de la chaqueta, luego seguí llenando el carro como si nada. Siempre robaba cigarrillos cuando hacía la compra en grandes supermercados. Era muy seguro, jamás me habían pillado. Para mí lo de robar estaba relacionado con la libertad, con mandarlo todo a freír espárragos, con hacer lo que querías, no lo que debías. Era un acto de rebeldía, de no sumisión, a la vez que conducía mi personalidad hacia uno de esos lugares en los que yo quería que estuviera. Yo robaba, era alguien que robaba.

Siempre me salía bien, y sin embargo estaba nervioso cuando empujaba el carro hacia la caja donde se encontraba la empleada. Pero no había nada extraño en su mirada y no se veían hombres que se acercaran discretamente, de

modo que con las manos sudadas puse los productos uno tras otro sobre la banda transportadora, pagué, metí las cosas en la bolsa y salí deprisa, pero no llamativamente deprisa de la tienda, me detuve fuera, encendí un pitillo y esperé a Nils Erik, que estaba a mi lado un minuto después, con dos abultadas bolsas en las manos.

Recorrimos los primeros kilómetros en silencio. Yo seguía enfadado con él por el sermón que me había soltado en la tienda por comprar el equipo estereofónico. Odiaba que la gente se metiera en lo que hacía, fuera mi madre, mi hermano, mi profesor o mi mejor amigo; no quería saber nada de eso. Nadie tenía por qué decirme lo que debía hacer.

Nils Erik me miraba de reojo de vez en cuando mientras conducía. El paisaje ya se había aplanado; a lo lejos se veían árboles bajos, brezo, musgo, algunos pequeños riachuelos, lagunas negras poco profundas, y, en la lejanía, cordilleras de picos altos. Habíamos repostado justo al salir de Finnsnes, el coche seguía oliendo a gasolina y ese olor me producía náuseas.

Volvió a mirarme.

—¿Te importa poner música? Hay algunos casetes en la guantera.

La abrí y me coloqué el montón de casetes sobre las rodillas.

Sam Cooke. Otis Redding. James Brown. Prince. Marvin Gaye. UB40. Smokey Robinson. Stevie Wonder. Terence Trent D'Arby.

—¿Te gusta el soul? —pregunté.

—El soul y el funk —respondió.

Puse el único que conocía. Era *Parade*, de Prince. Me recliné en el asiento y miré hacia las montañas que por la parte de abajo estaban cubiertas de una alfombra verde y arrugada de arbustos y arbolillos, más arriba de musgo y brezo, todo verde.

—¿Por qué has robado los cigarrillos? —preguntó Nils Erik—. No es de mi incumbencia, lo sé. Por mí puedes hacer lo que te dé la gana. Simplemente tengo curiosidad por saberlo.

—¿Me has visto? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Tienes dinero —prosiguió—. Así que no lo has hecho por necesidad, ¿a que no?

—Así es —contesté.

—¿Y si te hubiesen pillado? ¿Qué consecuencias habría tenido? Siendo profesor, quiero decir.

—¿Me han pillado?

—No.

—¿No? Entonces es completamente hipotético —dije.

—No hace falta que hablemos de ello —dijo.

—Podemos hablar de ello, si quieres —dije—. Habla tú.

Se rió brevemente.

El silencio que siguió fue largo, pero no resultaba incómodo, la carretera era recta, las montañas bonitas, la música buena, Nils Erik un tipo de aire libre que no me caía bien.

Entonces todo cambió. Fue como si hubiese andado en una dirección durante un largo trecho y ahora empezara a regresar, porque había quedado algo pendiente. Nils Erik no me había hecho nada, no me deseaba ningún mal, sólo sentía curiosidad y tal vez fuera algo entrometido, pero allí arriba, en el norte, donde yo no conocía a nadie, tal vez no fuera lo peor que me podía pasar.

Acompañé canturreando «Sometimes it Snows in April».

—¿Has oído el nuevo disco de Prince? —pregunté—. ¿*Lovesexy*?

Negó con la cabeza.

—Pero si viene a Noruega o a Suecia este verano iré a verlo. Sus conciertos son ahora geniales. Me lo contaron unos que vieron la gira *Sign o' the Times*. Por lo visto fue lo mejor que habían visto jamás.

—A mí también me gustaría —dije—. Este último es bueno, ¿sabes? No tan bueno como *Sign o' the Times*, pero... Por cierto, escribí sobre él en el *Fædrelandsvennen* cuando salió el disco, y estuve a punto de meter la pata hasta el fondo.

Lo miré.

—En un periódico inglés de música había leído algo sobre que él es analfabeto, y eso fue lo que estuve a punto de escribir, por poco no vinculo todo el asunto a ese único tema, Prince no sabe leer, pero por suerte me pareció demasiado extraño, y no lo mencioné. Luego se me ocurrió que quizá fueran las notas musicales lo que no sabía leer. Pero no lo sé seguro. Resulta incómoda toda esa imprecisa información que tenemos sobre cosas que uno

cree saber, y que no son correctas en absoluto. Cuando lo dices resulta incómodo, pero cuando lo escribes y sale en el periódico es peor aún.

—Yo creía que de eso tratan los periódicos —dijo Nils Erik, sonriendo con la mirada fija en la carretera.

—Quizá sí —dije.

Mucho más adelante estaba la carretera que iba a Håfjord, una pequeña raya gris que conducía a un agujero negro en la montaña.

—Por cierto, el martes recibí una larga carta de mi novia —dije.

—¿Ah, sí?

—Aunque no es exactamente mi novia. Salimos el último verano. Se llamaba Line...

—¿Se llamaba? ¿Ha muerto esta semana?

—Para mí, sí. Ése es el quid de la cuestión. Rompió conmigo. Me decía que yo era majo y bla bla bla, pero que nunca había estado enamorada de mí, y que ahora que me he venido a vivir aquí sería conveniente terminar la relación.

—¿Ya estás libre entonces?

—Exactamente —respondí—. Ése iba a ser mi siguiente comentario.

Del túnel salió un coche, era negro y pequeño como un escarabajo, pero creció muy deprisa; iba a una velocidad considerable.

El conductor saludó al pasarnos, Nils Erik le devolvió el saludo, redujo la velocidad y condujo por el último trecho de carretera hasta el pueblo.

—Es curioso, ¿verdad? —comenté—. El que todo el mundo nos conozca y nosotros no conozcamos a nadie.

—Sí —dijo él—. Hemos dado con nuestros huesos en un lugar aterrador.

Movió una de las palancas del volante para poner las luces largas y con la otra puso en marcha los limpiaparabrisas. Las gotas estallaron contra el capó, el parabrisas y el techo. Las montañas devolvían el zumbido del motor, que nos envolvía como una especie de cáscara que desapareció en el mismo instante en el que salimos al otro lado y vimos el fiordo delante de nosotros, abierto y azul.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Tú estás libre?

—Oh, sí —respondió—. De hecho estoy muy libre. Hace varios años que no tengo novia.

¿Era marica?

¡Oh, no, por favor, que no lo fuera!

En realidad era un poco raro. Y esas mejillas rubicundas...

—Aquí no hay mucho surtido —dijo—. Pero la competencia tampoco es muy grande. Así que lo uno se compensa con lo otro.

Se rió.

«La competencia tampoco es muy grande». ¿Qué significaba eso? ¿Que no había muchos maricas por allí?

Me quedé helado por dentro, contemplando el azul del mar y su superficie mate.

—Torill tiene mucha marcha —dijo.

¡Torill!

¡Falsa alarma!

Volví a mirarlo. Aunque él tuviera la mirada clavada en la carretera, una parte de ella estaba pendiente de mí.

—Pero es vieja —dije.

—¿Vieja? ¡Qué va! —respondió—. Si tuviera que adivinarlo, diría veintiocho. Tal vez treinta. Puede ser. ¡En primer lugar eso no es ser vieja! En segundo lugar es sexy. Por no decir *muy* sexy.

—Eso no se me había ocurrido en absoluto —dije.

—Yo no tengo dieciocho años, Karl Ove. Tengo veinticuatro. Entonces tener veintiocho no es ser vieja. O inalcanzable. —Se rió un poco—. El que tal vez sea inalcanzable *para mí* es otro asunto.

El coche iba despacio por la estrecha carretera, que estaba comprimida debajo de la montaña. Los conductores locales iban igual de deprisa por aquí como por otras partes, pero Nils Erik no, era un tipo cuidadoso y sensato, ya me había dado cuenta.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Te has fijado en alguna?

Sonreí.

—Para ser sincero, había una en el autobús en el que llegué. Va al instituto de Finnsnes. Vive en Hellevika.

—¡Ajá!

—Ya veremos. Por lo demás nada.

—Vibeke es una chica exuberante —dijo.

—¿Gorda, quieres decir?

—No, ya sabes... Es mona, lo es. Algo llenita tal vez. ¿Pero eso qué importa? Y Hege, no es fácil..., bueno, no es fácil de tratar, diría yo. Pero sí atractiva. Lo es, ¿no?

—¿Eres omnívoro o qué? —pregunté.

—Las mujeres son mujeres. Ése es mi lema.

Teníamos el pueblo entero debajo. Nils Erik se paró delante de mi puerta, metió en mi casa las bolsas mientras yo cogía la enorme caja con el equipo estereofónico, dijo hasta luego y siguió camino de su casa. Yo monté el equipo, puse *Sulk*, de The Associates, un disco completamente histórico, que escuché tumbado en el sofá. Al cabo de un rato me puse a escribir cartas, más bien breves para poder escribir muchas, porque lo importante no era lo que escribía en ese momento, sino el cuento que incluí en todas ellas.

Al día siguiente, en uno de los recreos se me acercó Sture.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —dijo, rascándose el cráneo.

—Claro que sí —contesté.

—En realidad quiero darte un pequeño consejo —dijo—. Sobre los de tercero y cuarto. He oído que ayer les pusiste en marcha el universo al completo...

—¿Sí? —dije.

—Son muy pequeños, ¿sabes? Tal vez no sería mala idea empezar por el otro extremo. Hacer un mapa de este colegio, por ejemplo. Y luego otro del pueblo. Y a continuación uno de la isla. Me entiendes, ¿no? Empezar por lo conocido y desde allí continuar hasta Noruega, Europa y el mundo. Y *entonces* quizá pudieras ocuparte del universo. Si para entonces sigues aquí.

Se rió un poco y me guiñó un ojo, tal vez para hacerlo más amistoso que autoritario. Pero no era un consejo, era una amonestación. Cuando nuestras miradas se cruzaron, yo hervía por dentro.

—Me lo pensaré —dije, y me marché.

Estaba furioso a la vez que avergonzado, porque comprendí que él tenía razón. Eran pequeños, seguramente no habían entendido nada, y lo que había sido emocionante para mí cuando tenía diez años, no tenía por qué resultarles

emocionante a ellos.

Ya en la sala de profesores no me apetecía hablar con nadie, así que me senté en mi mesa e hice como que leía hasta que sonó el timbre y pude volver con mis alumnos.

Era curioso, pensé, cuando me detuve delante de la mesa del profesor esperando a que fueran entrando, era curioso que me sintiera más cómodo con los alumnos en el aula que con los profesores en la sala.

¿Pero dónde estaban los alumnos?

Me acerqué a la ventana. En el patio entre los dos edificios no se veía un alma. Tal vez estuvieran en el campo de fútbol.

Miré el reloj. El timbre había sonado ya hacía cinco minutos. Debe de haber pasado algo, pensé, salí al pasillo y me acerqué a la puerta. Desde el otro extremo venía Sture a paso rápido. Abrió la puerta y salió, yo lo seguí y vi que echaba a correr.

Fuera había una pelea. Dos chicos tenían los brazos uno alrededor del otro, uno cayó al suelo y consiguió volver a levantarse. En torno a ellos había un grupo de alumnos mirando. Reinaba un silencio absoluto. Detrás de ellos estaba el pueblo, y detrás del pueblo estaban las montañas y el mar.

Yo también eché a correr, más bien por mantener las apariencias, vi que Sture lo solucionaría y me alegré por ello.

Los que se estaban peleando eran Stian y Kai Roald. Stian era el más fuerte, y era el que había tirado a Kai Roald al suelo, pero Kai Roald no se dio por vencido y volvió a abalanzarse sobre el otro.

Los dos se detuvieron al llegar Sture. Sture cogió a Stian por la chaqueta y lo mantuvo agarrado y alejado de él mientras le regañaba. Stian agachó la cabeza como un perro. No me cabía la menor duda de que eso no lo habría hecho ante mí.

Me detuve frente a ellos.

Kai Roald miraba al suelo. Tenía los pantalones manchados por las rodillas y los muslos. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—¿Qué estás haciendo? —dije—. ¿Peleándote?

—Cállate —respondió.

Le puse una mano en el hombro. Él se libró retorciéndose.

—Entremos —dije, mirando al resto de la clase.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí fuera? —dije—. ¡Ni siquiera os habéis peleado!

Kai Roald me echó una fugaz mirada, como si esperara un castigo, pero comprendió que no habría ninguno.

—Ven —dije—. Vamos. Kai Roald, ve al servicio y arréglate un poco. Tienes una pinta horrible.

La clase de Sture ya estaba junto a la puerta.

—¿Hay sangre? —preguntó.

—No —contesté—. Sólo mierda y mocos.

Charlamos un rato sobre lo sucedido; cuando entró Kai Roald le dije que podía pelearse todo lo que le diera la gana, pero no en el colegio. Durante los fines de semana puedes pelearte desde que te levantas hasta que te acuestas, y por las tardes también, le dije, pero no en el colegio. ¿Vas a ser capaz?, pregunté. Dijo que no con un gesto de la cabeza. Ha empezado el gilipollas de Stian, dijo. Vale, dije. Entonces tendrás que apañarte con él cuando llegues a casa. Pero aquí no. Si vuelve a pasar, tendré que castigarte, ¿entiendes? Y no merece la pena. Espérate unas horas, y luego podrás hacer lo que te dé la gana. Pero ahora tenemos que empezar la clase, tenéis que aprender algo. Sobre todo vosotras, dije. ¡No sabéis absolutamente nada!

Las cuatro chicas me miraron con cara de gruñonas.

—¡Nada! —exclamé—. Así que más vale que saquéis ya los libros.

—¿Y qué mierda sabes tú? —preguntó Hildegunn.

Vivian y Andrea se rieron.

Levanté un amenazador dedo índice.

—¡Nada de tacos! No quiero oír ningún taco en esta clase.

—Pero en el norte de Noruega todo el mundo dice tacos —protestó Vivian.

—Para los tacos rigen las mismas reglas que para las peleas —dije—. Decid todos los que queráis en casa. Pero aquí no. Hablo en serio. Vale. Podéis continuar con el último ejercicio. A partir de la página trece. Y yo os ayudaré si os hace falta. Al principio de la próxima clase veremos las dudas que hayan surgido. ¿De acuerdo?

Me acerqué a la ventana, me apoyé en el marco y crucé los brazos sobre el

pecho. Oí la voz de Nils Erik al otro lado del edificio abierto, estaba dando inglés a los de cuarto. Pensé en Stian y visualicé su descarada sonrisa y a las chicas de la clase con las miradas posadas en él. Lo admiraban, de eso me había dado cuenta. A lo mejor incluso hasta soñaban con él.

Seguro que sí.

Al pensarlo sentí un pequeño pinchazo. Si él no era más que un mierdecilla.

Me fui a mi mesa y miré hacia Hege, que se había llevado a sus alumnos al pequeño rincón de la biblioteca, donde estaban sentados alrededor de ella sobre unos cojines, escuchándola leer en voz alta.

Ella se percató de mi mirada, me miró y sonrió. Yo le devolví la sonrisa, me senté detrás de la mesa y me puse a hojear el libro de texto para ver lo que podría hacer durante la siguiente hora de clase.

Cuando volví a levantar la vista, me encontré con la mirada de Andrea. El rubor tiñó sus mejillas. Yo sonreí. Ella levantó la mano con la mirada bajada. Me levanté, me acerqué a ella y le pregunté:

—¿En qué necesitas ayuda?

—Este trozo de aquí —dijo señalando—. ¿Lo he hecho bien?

Me incliné hacia delante y eché un vistazo a lo que había hecho. Ella estaba inmóvil y seguía con la mirada mi dedo moverse por la hoja de papel. Emanaba de ella un suave aroma a algo que recordaba a manzanas. Debía de ser el champú que usaba, pensé, notando que un ligero temblor se expandía por mi pecho. Su respiración, el pelo que le caía por la cara, los ojos mirando. Todo tan cerca.

—Sí —dije—. Parece todo correcto.

—¿Vale entonces? —preguntó ella, mirándome.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, yo me enderecé.

—Sí —contesté—. ¡Sigue así!

No había nadie en la sala de profesores cuando acudí allí después de la clase. Al sentarme, descubrí a Torill, que estaba en el rincón de la cocina preparándose una rebanada de pan con algo.

—¿Has tenido hora libre? —pregunté.

Asintió con la cabeza y dio un mordisco al pan, con un dedo levantado mientras masticaba y tragaba.

—¡Sí, pero no he librado exactamente! He estado preparando las próximas clases.

—Ya —dije, y cogí el periódico que había en la mesa. Mientras lo hojeaba, intuía los movimientos de Torill allí cerca. El trozo de pan que subía hasta la boca y luego bajaba, mientras ella iba y venía.

Se inclinó hacia delante y abrió la puerta del frigorífico. Levanté la vista. Ella llevaba unos ajustados pantalones negros. Le miré los muslos, que se dibujaban claramente, y el trasero. Era ancho, pero no demasiado, al contrario, muy femenino con sus curvas y en su plenitud.

La sangre empezó a latir en mi miembro, y puse una pierna sobre la otra sin mover la vista. Pensé en lo fantástico que sería tumbarme allí con ella, sentir esos muslos y ese trasero contra el cuerpo. Ah, Dios. Penetrarla. Dios santo. Ah. ¡Sus pechos en mis manos! ¡Ah, esa piel! ¡Ah, esa piel lisa del interior de sus muslos!

Tragué saliva y miré al techo. Nunca funcionaría. Aunque contra toda previsión yo acabara en la cama con ella o con alguien como ella, no funcionaría. Lo sabía.

Ella se enderezó con un cartón de leche en la mano. Lo abrió y se llenó un vaso, al tiempo que me miraba. Cuando nuestras miradas se cruzaron, ella sonrió.

Se había dado cuenta de todo.

Me sonrojé y le devolví la sonrisa, mientras intentaba febrilmente pensar en algo que desviara la atención del color de mis mejillas y lo que acababa de ver y pensar.

Ella agachó la cabeza y se bebió la leche de un trago. Se limpió el bigote blanco con el dorso de la mano y me miró de nuevo.

—¿Quieres café, Karl Ove? ¡Tienes pinta de necesitarlo!

¿Qué quería decir? ¿Por qué tenía pinta de necesitar un café?

—Gracias, pero no —respondí.

¡Pero un no llamaría la atención!

—Bueno, sí —añadí rápidamente—. ¡Sí, gracias!

—¿Leche?

Negué con la cabeza. Ella llenó dos tazas y se acercó, me alcanzó una y se sentó a mi lado con un pequeño suspiro.

—¿Suspiras? —pregunté.

—¿He suspirado? —preguntó—. Es que ya es tarde y esta noche no he dormido muy bien.

Soplé la impenetrable superficie oscura, cubierta de pequeñas burbujas marrones claras por el borde, y di un sorbo.

—¿Os llega mucho ruido de mi casa? —pregunté—. Quiero decir música y cosas por el estilo.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sí que oigo que estás ahí —dijo—. Pero no importa.

—¿Seguro?

—Claro que sí.

—Vale, pero no dudéis en decírmelo si hago demasiado ruido.

—¿Y oyes tú algo de nuestro piso? —preguntó.

—No, muy poco. Sólo cuando andas.

—Es porque Georg está en el mar —dijo—. Soy mucho más silenciosa cuando estoy sola.

—¿Va a estar mucho tiempo fuera?

—No, vuelven este sábado.

Ella sonrió, y sus labios, pensé, sus labios eran tan rojos y movedizos contra los dientes blancos y duros...

—Comprendo —dije, y levanté la vista porque en el otro extremo de la sala se abrió la puerta y entraron primero Tor Einar y luego Hege y Nils Erik.

—Veo que venís todos juntos —dije.

—Sí, nosotros respetamos el tiempo de las clases —contestó Nils Erik—. Sabemos que cada minuto es importante para el futuro de los alumnos. De modo que no podemos, repito, *no podemos* terminar las clases tres minutos antes de que suene el timbre. Sería tremendamente irresponsable. Bueno, yo diría incluso *imperdonable*.

—Pues sí, te ha tocado la ardua tarea de ser profesor suplente —dije—. ¿Por qué no eres tutor de la clase, como yo? En ese caso podrías decidir más sobre tu tiempo, ¿sabes?

—Mi meta es llegar a ser director de colegio sin carrera —contestó Nils

Erik—. No es muy corriente, y no me resultará fácil, pero es lo que me he propuesto. —Se frotó las manos y convirtió su cara en una caricatura de codicia—. ¡Ahora me apetecen mucho unas rebanadas de pan seco con queso marrón duro!

Por la puerta entraron Vibeke, Jane y Sture. Me levanté con la intención de dejar sitio a los que iban a comer, me coloqué frente a la ventana y miré hacia fuera con la taza en la mano.

El cielo estaba gris, pero ligero. Las chicas de mi clase estaban junto a la pared al otro lado del patio charlando. Los de octavo y noveno tenían permiso para quedarse dentro si querían. Y casi todos querían, al menos las chicas. Los chiquillos de primaria solían estar al otro lado, junto al campo de fútbol.

Yo aún no había tenido turno de vigilancia en los recreos.

Me volví hacia los demás.

—Por cierto, ¿a quién le toca ahora la guardia? —pregunté.

—Una adivinanza difícilísima: a ti —contestó Sture, que tenía el hombro apoyado en el marco de la puerta y un brazo estirado.

Me acerqué a la lista que había en la pared. Era verdad, me tocaba a mí.

—Coño, se me había olvidado por completo —dije. Salí al pasillo, cogí la chaqueta y me la puse mientras corría hacia el patio.

Una criatura baja y rechoncha salía del cobertizo de lluvia e iba hacia mí. Era el tal Jo. Hice como si no lo viera, salí por el otro lado, donde un montón de chiquillos corrían delante de una de las porterías con una pelota grande y gris entre ellos.

Me vieron e interrumpieron el juego.

—¿Quieres jugar con nosotros? —preguntaron.

—Vale —dije—. Al menos un ratito.

—¡Entonces vas tú solo contra el resto!

—De acuerdo.

Pasaron el balón al portero, que lo envió de una patada a la multitud. Eran muchos, pero sus piernas eran cortas, de modo que me resultaba relativamente fácil tanto apoderarme del balón como conservarlo. A veces empujaba a alguno para que se cayera, entonces ellos pedían falta, yo gritaba que eran unos pequeños cobardes, y ellos tomaban impulso para cazarme. Un par de veces les cedí el balón, sólo para que continuaran motivados, pero al final

corrí hacia la portería, lancé el balón más allá del portero y grité que había ganado y que el partido había terminado. No, no te vayas, gritaron, ¡te vamos a machacar! Algunos de los más pequeños me tiraban del pantalón. Me liberé, tuve que correr un poco para escaparme. Vi que volvieron a quedarse absortos en el juego, y me fui a ver a los alumnos del otro lado.

Junto a la pared, con el gorro tristemente bajado sobre la cara, estaba Jo solo.

—¿No quieres jugar al fútbol? —le pregunté al pasar por delante de él.

Dio unos pasos hacia mí, y tuve que pararme.

—No me gusta el fútbol —dijo con voz quejumbrosa.

—¡Pero aun así puedes jugar! —exclamé.

—No —dijo—. ¿Puedo ir contigo?

—¿Conmigo? Pero si no hago más que dar vueltas por aquí.

Me cogió la mano y me miró sonriente.

—Está bien —dije—. Si te apetece...

¿No sabía que andando de la mano del profe quedaría fatal ante sus compañeros de clase?

Obviamente no lo sabía.

Con el rechoncho chiquillo a remolque me fui a la otra parte del patio, donde los de octavo y noveno se habían unido a los alumnos de mi clase.

—Estuve haciendo deberes demasiado tiempo ayer —dijo Jo, mirándome de nuevo.

—No me digas —respondí—. Eso está muy bien. ¿Entendiste algo de lo que leías?

—Creo que sí —contestó—. Un poco sí.

—Pero si no te gusta el fútbol, ¿qué te gusta entonces?

—Dibujar —dijo—. Eso me gusta muchísimo.

—¿Y nada de lo que se hace al aire libre?

—Me gusta un poco montar en bici. Con Endre, claro.

—¿Es tu mejor amigo?

—A veces.

Bajé la vista y lo miré. Su cara era completamente neutra.

Conque un pobre chiquillo sin amigos.

Sus ojos se encontraron con los míos, y su rostro se suavizó en una sonrisa.

Con la mano sobre su hombro, me agaché frente a él.

—¿No quieres que juguemos al fútbol juntos? —pregunté—. Podríamos formar equipo tú y yo.

—No sé jugar al fútbol —insistió.

—Bah, claro que sabes —dije—. ¡Sólo hay que pasearse y darle al balón! Yo te ayudaré. Ven, tenemos que darnos prisa si queremos que nos dé tiempo. El timbre sonará enseguida.

—Vale —dijo, y correteamos hacia la portería.

Me detuve delante de ellos y levanté la mano.

—Voy a jugar un poco más —dije—. Jo está en mi equipo. De manera que somos Jo y yo contra el resto, ¿vale?

—¡Pero Jo juega muy mal! —objetó Reidar.

—Jugáis todos igual de mal —dije—. ¡Venga ya!

Era *realmente* muy malo. Cuando yo le pasaba el balón, él apenas lograba chutar. Pero una sonrisa afloraba en sus labios al moverse, y afortunadamente unos minutos más tarde sonó el timbre.

—Jo, coge tú el balón y déjalo en la sala de profesores, ¿vale?

—¡Sí! —dijo, y se puso a corretear con el balón bajo el brazo. Yo lo seguí rápidamente, tenía la esperanza de avistar a Liv, la chica de noveno, antes de que entrara.

Y me dio justo tiempo. Iba andando con Camilla cuando yo llegué, y me miró de reojo por un instante en el momento de atravesar la puerta. Ví su trasero firme, esbelto y perfectamente formado, y una especie de sima se abrió dentro de mí.

Después de la última clase me quedé en la sala de profesores esperando a que los demás se marcharan a sus casas. Por una parte deseaba estar solo, pero no en mi casa, y por otra, tenía pensado hacer algunas llamadas telefónicas.

Al final sólo quedaba el coche de Richard en el aparcamiento. Él estaba en su despacho, pero podía entrar en cualquier momento, de modo que me puse a hojear una enciclopedia, a la espera de que también él recogiera sus cosas y se fuera a casa.

En el transcurso de las últimas horas la capa de nubes había ido oscureciendo, y mientras estaba allí sentado cayeron unas gotas repiqueteando en la ventana. Me volví y vi cómo las primeras alcanzaban el asfalto sin dejar rastro, como si en realidad no ocurriera, para luego, sólo unos segundos después, expandir su oscura humedad al abrirse las puertas del cielo, derrochando lluvia. Bajaba a chorros, una raya tras otra cortaba el aire, y con tanta fuerza que pude ver cómo las gotas rebotaban al dar contra el suelo. El agua empezó a chorrear de los canalones y por el suelo a lo largo de los cimientos del edificio de enfrente. De las ventanas y del tejado encima de mí llegaba un sonido duro, tamborileante.

—¡Vaya tormenta! —dijo Richard, sonriéndome desde el vano de la puerta, vestido con su anorak verde y una navaja en el cinturón.

—Pues sí, es fuerte —dije.

—¿Vas a hacer horas extra? —preguntó al entrar.

—Bueno —respondí—. Había pensado trabajar un poco.

—¿Qué tal te ha ido la primera semana aquí?

—Creo que bien —contesté.

Hizo un gesto de aprobación.

—El viernes que viene podrás hablar con Sigrid. La pedagoga, ¿sabes? No es ninguna tontería anotar las reflexiones y las preguntas que tengas antes de verte con ella. Y luego aprovechar la ocasión y sacarle alguna utilidad.

—Eso haré —dije.

Se mordió el labio inferior y tenía de nuevo ese aire de macho cabrío.

—Muy bien —dijo—. ¡Buen fin de semana!

—Buen fin de semana —dije.

Medio minuto después apareció fuera, corriendo hacia su coche protegiéndose la cabeza con la cartera.

Sacó las llaves, abrió la puerta y se metió en él.

Se encendieron las luces del coche, y yo sentí frío en la espalda. Los faros traseros rojos brillaban sobre el mojado asfalto negro, y los faros delanteros amarillos iluminaban directamente la pared, que parecía expandir la luz, a la vez que ella misma se iluminaba.

La lluvia repiqueteando, las anchas uves de agua chorreando por el suelo, la tromba de agua saliendo de los canalones.

Ah, esto era el mundo, y yo vivía en él.

¿Qué podía hacer? Me entraron ganas de dar puñetazos a las ventanas, de correr por la habitación gritando, de tirar mesas y sillas a mi alrededor, porque estaba rebosante de fuerza y vida.

IT'S THE END OF THE WORLD AS WE KNOW IT!, canté lo más alto de que era capaz allí, en la sala de profesores.

IT'S THE END OF THE WORLD AS WE KNOW IT!

AND I FEEL FINE!

AND I FEEL FINE!

Cuando el coche de Richard hubo desaparecido por la cuesta abajo, di una vuelta por el edificio del colegio para comprobar si, pese a mis suposiciones, todavía quedaba alguien. El conserje, por ejemplo, podría estar por ahí haciendo alguna cosilla. Pero no había nadie, y cuando me hube asegurado de ello, entré en el cuarto del teléfono y marqué el número de mi madre.

No contestaba a la llamada.

Tal vez trabajaba hasta tarde, o quizá se había pasado por un supermercado con el coche camino de casa, si no comía fuera.

Llamé a Yngve. Él respondió enseguida.

—¿Hola? —dijo.

—Hola, soy Karl Ove.

—¿Estás en el norte de Noruega?

—Claro. ¿Cómo te va?

—Por aquí todo bien. Acabo de volver de la universidad. Voy a relajarme un poco en casa, y luego supongo que saldré a dar una vuelta.

—¿Adónde vais a ir?

—Me imagino que a Hulen.

—Qué suerte.

—Eres tú el que se ha ido al norte. Podrías haberte ido a vivir a Bergen, ¿sabes?

—Pues sí.

—¿Cómo te va por allí arriba? ¿Ya tienes piso y todo?

—Sí. Está muy bien. Empecé las clases el martes. En realidad es bastante

divertido. Yo también voy a salir esta noche. Pero no precisamente a Hulen. Hay un centro social en la población vecina.

—¿Hay alguna chica que esté buena por ahí?

—Bueno... Me encontré con una en el autobús. Quizá pueda llegar a algo. Pero todo el mundo se ha ido de aquí. Al parecer sólo quedan alumnas del colegio y amas de casa.

—¿Tendrá que ser alguna alumna entonces?

—Ja, ja.

Se hizo una pequeña pausa.

—¿Recibiste mi cuento? —pregunté.

—Sí, sí.

—¿Lo has leído?

—Apenas. Sólo por encima. Pensaba escribirte sobre él. Resulta un poco difícil hablarlo por teléfono.

—¿Pero te gustó o no? Igual no te resulta fácil decirlo.

—Sí, sí, me gustó bastante. Era ingenioso y bonito. Pero, como ya te he dicho, lo veremos más tarde, ¿vale?

—Vale.

Nueva pausa.

—¿Y papá? —pregunté—. ¿Has sabido algo de él?

—Nada. ¿Y tú?

—No, nada. Pensaba llamarlo ahora.

—Entonces dale recuerdos míos. Así no tendré que llamarlo en unas semanas.

—Lo haré —dije—. Te escribiré una carta la semana que viene.

—Vale —dijo él—. ¡Ya hablaremos!

—Sí, ya hablaremos —dije, y colgué. Entré en la sala de profesores y me senté en el sofá con las piernas sobre la mesa. Algo en la conversación con Yngve me había dejado deprimido, pero no sabía qué era. ¿Acaso el que fuera a ir a Hulen, en la gran ciudad de Bergen, con sus amigos, mientras yo iba a ir a una fiesta en el campo en el quinto pino, donde no conocía a nadie?

O era lo de «bastante».

«Sí, sí, me gustó bastante», había dicho.

¿Bastante?

Yo había leído un cuento de Hemingway que trataba de un chico que acompañó a su padre, que era médico, a un campamento indio, alguien iba a dar a luz allí, pero, según recordaba, aquello no salió muy bien, posiblemente hubo incluso algún muerto, pero, fuera como fuera, después de estar allí volvieron a su casa, y eso era todo. Todo sin rodeos. Mi cuento era tan bueno como ése, yo lo sabía. El contexto era diferente, pero eso era porque Hemingway escribió en otro tiempo. Yo escribía en nuestra época y entonces salía así.

¿Pero qué sabía en realidad Yngve? ¿Cuántos libros leía él? ¿Había leído a Hemingway, por ejemplo?

Me levanté y volví al cuarto del teléfono, saqué el papel del bolsillo trasero y marqué el número de mi padre. Más valdría hacerlo cuanto antes.

—¿Sí? ¿Hola? —contestó él con voz cortante. Así al menos la conversación sería breve.

—Hola, soy Karl Ove —dije.

—Ah, hola —dijo él.

—Bueno, ya estoy instalado aquí. Y he empezado a trabajar.

—Muy bien —dijo mi padre—. ¿Estás a gusto?

—Sí.

—Bien.

—¿Qué tal os va a vosotros?

—Bueno, como siempre, ya sabes. Unni estaba en casa y yo acabo de volver del trabajo. Vamos a comer algo. Me alegro de que hayas llamado.

—¡Dale recuerdos a Unni!

—Lo haré. Que te vaya bien.

—Adiós.

El violento chaparrón había cesado ya cuando bajé la cuesta desde el colegio hasta mi casa, pero seguía lloviendo lo bastante como para que se me empapara el pelo antes de abrir la puerta. Me lo sequé con una toalla en el cuarto de baño, colgué la chaqueta, encendí la estufa eléctrica y puse las botas al lado, freí unas patatas, un poco de cebolla y una salchicha que corté en trocitos y me lo comí todo en la mesa del salón, mientras leía el periódico del

día anterior. Luego me fui a la cama y me dormí en el transcurso de unos minutos, como envuelto en ese agradable repiqueteo procedente de la lluvia contra la ventana.

Me desperté con el timbre de la puerta. Al levantarme para ir a abrir vi que no sólo había dejado de llover, sino que el cielo sobre el pueblo estaba ya azul.

Era Nils Erik.

Tenía los brazos separados del cuerpo como dos paréntesis, las rodillas dobladas, los labios apretados y los ojos redondeados como bolas.

—¿Es aquí donde hay una fiesta? —preguntó con voz de pito de viejo.

—Claro que sí —dije—. Aquí es. ¡Entra!

No se movió.

—¿Hay... chicas jóvenes de verdad aquí? —preguntó.

—¿Cómo de jóvenes?

—¿De trece años?

—Sí, sí. ¡Pero entra ya! ¡Hace un frío del carajo!

Le di la espalda y volví a meterme en la casa, saqué la botella de vino blanco del frigorífico y la abrí.

—¿Quieres vino blanco? —le grité. Él seguía fuera.

—¡Mi vino ha de ser rojo como la sangre de jóvenes doncellas! —exclamó con voz de pito.

—Qué barbaridad —dije.

Entró en la cocina con una botella de vino tinto en la mano y la dejó sobre la encimera. Yo le alcancé el abridor. Llevaba una camisa azul de Poco Loco, una corbata de cuero negro y unos pantalones rojos de algodón.

Al menos era alguien que no temía en absoluto la impresión que pudiera causar en la gente, pensé con una sonrisa. Sin duda era un aspecto importante de su carácter el que no le importara mucho lo que los demás pensarán de él.

—Hoy estás realmente polícromo —dije.

—Hay que aprovechar la ocasión cuando se presenta —dijo—. He oído decir que así es como hay que vestir en este lugar si quieres ligar.

—¿Justo así? ¿De rojo y azul?

—¡Exactamente!

Se sentó con la botella entre las rodillas y sacó el corcho con un plop.

—¡Maravilloso sonido! —exclamó.

—Voy a darme una ducha rapidísima, ¿vale? —dije.

Asintió con la cabeza.

—Claro. Me pondré un poco de música mientras tanto. ¿Te parece?

—Por supuesto.

—Que nadie diga de nosotros que no somos unos jóvenes muy educados —dijo él riéndose.

Me metí en el cuarto de baño, me desnudé a toda prisa, abrí el grifo, me puse debajo del chorro, me lavé muy por encima las axilas y la entrepierna, luego los pies, eché la cabeza hacia atrás y me mojé el pelo antes de cerrar el grifo, me sequé, me puse un poco de gomina en el pelo, me enrollé la toalla a la cintura y fui al cuarto de estar, pasé por delante de Nils Erik, que estaba sentado en el sofá con los ojos teatralmente cerrados escuchando a David Sylvian, y volví al dormitorio, donde me puse calzoncillos y calcetines limpios y un pantalón negro. Cuando me hube abotonado la camisa, cogí la corbata negra de cordón y volví con él.

—¡Es exactamente así como dijeron que *no* deberíamos ir vestidos! —exclamó—. Si es que quieres ligar. Camisa blanca, corbata de cordón con águila y pantalones negros.

Intenté inventarme una respuesta ingeniosa, pero no encontré ninguna.

—Ja, ja —dije, llenando una copa de vino blanco que me bebí de un trago.

El sabor era el sabor de las noches de verano, discotecas atiborradas, cubos llenos de hielo en las mesas, ojos brillantes, brazos desnudos bronceados por el sol.

Sentí escalofríos.

—¿No estás acostumbrado a beber? —preguntó Nils Erik.

Lo miré con desdén y volví a llenarme la copa.

—¿Has oído el nuevo disco de Chris Isaak? —pregunté.

Negó con la cabeza. Fui a ponerlo.

—Es genial —dije.

Permanecimos un rato sentados sin decir nada.

Me lié un pitillo y lo encendí.

—¿Has podido leer el cuento? —quise saber.

Asintió con la cabeza. Yo me levanté para bajar un poco el volumen.

—Lo leí antes de venir. Está bien, Karl Ove.

—¿Tú crees?

—Sí. Está contado de un modo muy vivo. Pero no tengo mucho más que decir. No soy ni literato ni escritor.

—¿Hay algo que te haya gustado en particular?

Sacudió la cabeza.

—Nada en especial. No tiene altibajos. Es cojonudo.

—Bien —dije—. ¿Qué te ha parecido el final en relación con el resto?

—El final es fuerte.

—Eso es lo que pretendo, ¿sabes? —dije—. Que lo del padre resulte muy inesperado.

—Y así es.

Se llenó la copa. Sus labios ya estaban rojos de vino.

—Por cierto, ¿has leído *Beatles*, de Saabye Christensen? —preguntó él.

—Ya lo creo, joder —dije—. Es mi novela favorita. Fue al leerla cuando decidí escribir. Ésa y *Negros blancos*, de Ambjørnsen.

—Ya me lo imaginaba —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Se parecen?

—Pues sí, sí que se parecen.

—¿Demasiado?

Esbozó una sonrisa.

—No, yo no diría eso. Pero se nota que te inspiras en ella.

—¿Qué opinas de lo de la sangre? ¿Lo que ocurre más o menos hacia la mitad? ¿Donde todo cambia al presente?

—Creo que no he reparado en eso.

—Es de lo que más satisfecho me siento. Describo que él ve la sangre, las venas, la carne y los tendones de Gordon. La cosa se pone muy tensa más o menos hacia la mitad.

Nils Erik asintió y sonrió.

Y se hizo de nuevo el silencio.

—Escribir resultó mucho más fácil de lo que me había imaginado —dije—. Es el primer cuento que he escrito. Antes había hecho alguna cosa para algún periódico o así, pero eso era diferente. En parte ésa fue la razón por la que me vine aquí. Quería intentarlo, quería escribir un libro. Empecé y

luego..., bueno, escribí. Nada difícil en el fondo.

—¿No? —dijo—. ¿Piensas dedicarte a la escritura?

—Sí, sí, es lo mío. Había pensado escribir otro cuento este fin de semana.

Por cierto, ¿has leído a Hemingway?

—Sí, claro, cómo no.

—Bueno, un poco así... Sin rodeos. Sencillo, directo. Con mucha fuerza.

—Sí.

Llené de nuevo el vaso y lo volví a vaciar.

—¿Has pensado en cómo habría sido si hubiéramos solicitado otro colegio? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha sido una casualidad increíble el que fuera justo Håfjord. Podría haber sido cualquier otro lugar. Entonces nos habríamos relacionado con los habitantes de allí, ¿verdad?, y habrían sucedido cosas distintas a las que van a suceder aquí.

—Y sobre todo otros dos tipos estarían aquí sentados escuchando vino y bebiendo Chris Isaak. O al revés. Vino escuchando y Chris Isaak bebiendo. ¿Has oído algo parecido? ¿O parecido oído? ¡Todo cuadra! ¡La cuadra va en todo! Y estará mal en todo caso.

Él se rió.

—¡Salud, Karl Ove, y gracias por ser tú y no otro el que está ahí sentado!

Brindamos.

Aunque si hubiera sido otro, supongo que le habría dicho lo mismo.

En ese momento sonó el timbre.

—Será Tor Einar —dije levantándome.

Estaba de espaldas a mí, mirando hacia fuera, cuando abrí la puerta. La luz grisácea de agosto planeaba entre las laderas de las montañas, aparentemente de una naturaleza muy distinta a la que iluminaba el cielo, azul y brillante como el metal.

—Hola —dije.

Tor Einar se volvió hacia mí de un modo lento y meditado. Estaba claro que me encontraba ante un tipo que andaba muy bien de tiempo.

—Hola —saludó—. ¿Puedo entrar?

—Adelante.

Lo hizo de la misma manera perfeccionista que yo había asociado a su carácter desde el momento en que lo conocí. Era como si hubiera repasado todos sus movimientos una o dos veces antes de realizarlos. Todo con una sonrisa en los labios.

Saludó a Nils Erik dándole la mano.

—¿De qué hablabais? —preguntó.

Nils Erik sonrió.

—De pescado —contestó.

—De pescado y coño —intervine yo.

—¿Pescado salado y coño fresco o pescado fresco y coño salado? —preguntó.

—¿Y cuál es la diferencia? ¿Me lo puedes decir?

—Sí, ahora te lo cuento; pescado salado y sal de pescado no es lo mismo, como tampoco lo es pescado y coño. Pero están muy cerca el uno del otro. Extremadamente cerca.

—¿Pescado salado? —pregunté.

—¡Sí! ¡Acabas de decirlo!

Se rió y se remangó los pantalones hasta un poco por encima de las rodillas. Luego se sentó al lado de Nils Erik.

—Bueno —dijo—. ¿Habéis hecho el recuento de la semana?

—En eso estábamos —contestó Nils Erik.

—Será una buena pandilla —dijo Tor Einar.

—¿Te refieres a los profesores? —pregunté.

—Sí —contestó—. De hecho, conozco a todos excepto a vosotros dos.

—Pero tú no eres de aquí, ¿no? —preguntó Nils Erik.

—Mi abuela vive aquí. Desde que era pequeño he pasado aquí todas las navidades y las vacaciones de verano.

—Tú también acabas de terminar el bachillerato, ¿verdad? —pregunté—. ¿En Finnsnes?

Asintió con la cabeza.

—¿No conocerás a una chica que se llama Irene? —pregunté—. De Hellevika.

—Irene, sí —contestó con una gran sonrisa—. Aunque no tan bien como me hubiese gustado. ¿Por qué lo preguntas? ¿La conoces tú?

—Decir eso sería exagerar. La conocí en el autobús cuando venía hacia aquí. Parecía maja.

—¿Vas a verla esta noche? ¿Ése es el plan?

Me encogí de hombros.

—Al menos dijo que vendría —respondí.

Media hora después salimos de mi casa y subimos la cuesta. Yo estaba borracho de esa manera despejada y alegre que pone el vino blanco, en que los pensamientos entrechocan como burbujas y cuando explotan lo que brota de ellos es alegría.

Habíamos estado en mi casa, pensé, alegrándome por ello.

Éramos colegas y en vías de hacernos amigos, pensé.

Y yo había escrito un cuento cojonudo.

Alegría, alegría, alegría.

Luego estaba la luz, sombría abajo, entre los seres humanos y sus cosas, y llena de una especie de oscuridad pulida, una oscuridad que esparcida en la luz no la poseía ni la forzaba, sino que simplemente la atenuaba o la hacía más mate, brillantemente limpia y clara, allí lejos en el cielo.

Alegría.

También estaba el silencio. El murmullo del mar, nuestros pasos en la grava, algún que otro ruido procedente de otra parte, alguien que abría una puerta o gritaba un nombre, todo rodeado de silencio, un silencio que daba la sensación de haber subido del suelo, subido de las cosas, rodeándonos de un modo que yo no describiría como original, pero sí lo percibía como tal, porque me hacía pensar en el silencio de Sørbovåg, en las mañanas de verano cuando era niño, el silencio sobre el fiordo, debajo de la poderosa ladera de Lihesten, medio oculta por la bruma. El silencio del mundo. También estaba allí mientras subía borracho la cuesta con mis nuevos amigos, y aunque ni el silencio ni la luz bajo la que andábamos era lo principal, también desempeñaban su papel.

Alegría.

Dieciocho años y camino de una fiesta.

—Ahí vive ella —dijo Tor Einar señalando la casa por delante de la cual

yo había pasado una noche hacía pocos días.

—Una casa grande —intervino Nils Erik.

—Sí, tiene pareja —señaló Tor Einar—. Se llama Vidar y es pescador.

—¿Qué otra cosa podría ser? —pregunté, deteniéndome delante de la puerta y a punto de tocar el timbre.

—Aquí se puede entrar sin llamar —dijo Tor Einar—. ¡Estamos en el norte de Noruega!

Abrí la puerta y entré en la casa. Procedentes del piso de arriba se oían voces y música. Sobre la escalera colgaba una nube de humo. Nos descalzamos en silencio y subimos. La planta de arriba era diáfana, con una cocina justo al lado de la escalera, un salón al fondo a la izquierda, y seguramente dormitorios al fondo a la derecha.

Un grupo de unas diez personas estaban sentadas al fondo del salón riendo y charlando, apretujados en torno a una mesa redonda repleta de botellas y vasos, paquetes de cigarrillos y ceniceros. Todos eran fuertes, muchos tenían bigote, y oscilaban entre los veinte y los cuarenta.

—Ahí están los profesores —dijo uno de ellos.

—A ver si van a castigarnos —dijo otro.

Todos nos echamos a reír.

—Hola, amigos —dijo Tor Einar.

—Hola —contestó Nils Erik.

Hege, la única mujer presente, se levantó y cogió unas sillas de la mesa de comedor, colocada junto a la ventana.

—Sentaos, chicos —dijo—. Si necesitáis vasos, los encontraréis en la cocina.

Allí fui, estaba yo solo, contemplando la pendiente de la montaña detrás de la casa, mientras me preparaba un zumo de naranja con vodka. Me quedé un instante en el vano de la puerta observando al grupo sentado en torno a la mesa, pensando que parecían una especie de magos con sus brebajes de distintos colores, según lo que usaran para mezclar con el vodka: zumo, limonada, agua con gas, Coca-Cola, sus paquetes de tabaco con los que no paraban de liar cigarrillos, sus bigotes, sus ojos oscuros y sus numerosas historias. Llegaban de todas partes para reunirse allí una vez al año, donde podían vivir su exotismo entre semejantes.

Pero en realidad era al revés. Ellos eran la regla y yo la excepción, el profesor entre los pescadores. ¿Qué hacía yo allí? ¿No debería estar en casa escribiendo en lugar de ser un marginado allí?

Fue un error ir solo a la cocina. Nils Erik y Tor Einar ya habían acabado la fase inicial y estaban sentados con toda naturalidad entre los pescadores, también podría haberlo hecho yo, colocándome simplemente al abrigo de mis colegas, desapareciendo así entre ellos.

Di un sorbo y fui donde estaban los demás.

—¡Bueno, bueno, aquí viene el escritor! —dijo uno de ellos al que reconocí al instante, era el que se había pasado por mi casa el primer día, Remi.

—Hola, Remi —dije, tendiéndole la mano.

—¿Has hecho uno de esos cursillos en los que te enseñan a recordar nombres? —preguntó, cogiéndome la mano y sacudiéndola arriba y abajo como no se hacía desde los años cincuenta.

—Eres el primer pescador que conocí —dije—. Claro que me acuerdo de tu nombre.

Se rió. Yo me alegraba de haber bebido antes de ir, de lo contrario me habría quedado mudo delante de él.

—¿El escritor? —preguntó Hege.

—Sí, este hombre escribe. ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—No lo sabía —dijo ella—. ¿Tienes esa clase de caprichos?

Me senté, contesté que sí con un gesto de la cabeza, medio sonriendo como para disculparme, y saqué el paquete de tabaco del bolsillo de la camisa.

Durante la hora siguiente apenas dije nada. Me liaba un pitillo, fumaba, bebía, sonreía cuando sonreían los demás, me reía cuando se reían. Miraba a Nils Erik, que estaba bastante borracho y en cierto modo era partícipe de ese tono bromista, sin serlo de verdad, él era diferente, había algo ligero y del este en su carácter, constantemente al margen. Ellos no lo rechazaban en absoluto, sólo que sus chistes eran de un carácter completamente distinto, lo que en ese contexto lo dejaba en cierto modo al descubierto. Él bromeaba con palabras, ellos no, y desempeñó varios papeles haciendo gestos, levantando y bajando la voz, y ellos no. Cuando se reía, sonaba de alguna manera alterado, casi histérico, se me ocurrió pensar, también muy distinto a ellos.

Tor Einar era más cercano, conocía el tono que se empleaba allí y gozaba de la confianza de todos los presentes, pero noté que tampoco él era uno de ellos, no estaba *dentro* del ambiente, era más bien como un investigador del folklore que conoce su materia lo bastante como para copiarla porque le gusta mucho, tal vez ése fuera el quid de la cuestión, que le *gustara* el tono, mientras que para ellos simplemente *era* el tono, que nunca hubiesen pensado en si les gustaba o no.

Tor Einar se daba golpes en los muslos cuando se reía, algo que yo hasta entonces sólo había visto en el cine. A veces cuando hablaba se frotaba los muslos.

La *prefiesta*, como la llamaban, estuvo libre de discusiones. No se trataron temas relacionados con política, mujeres, música o fútbol. Lo que ellos hacían era contar historias. Una historia seguía a otra, las risas flotaban encima de la mesa, y todo lo que sacaban del sombrero, como los magos que de hecho eran, tenía su origen en el pueblo y la gente que en él vivía, pueblo que a pesar de su modesto tamaño daba la impresión de ser una fuente interminable de eventos y sucesos: El pescador sesentón que se había mareado toda su vida y todavía se ponía malo cuando alcanzaba de un salto la cubierta de su barca. O el grupo de pescadores que tras una buena temporada alquilaron la suite del hotel SAS de Tromsø, donde se gastaron escandalosas sumas de dinero en unos días intensos. Se decía que el tal Frank, con su carnosa cara de niño, había quemado veinte mil coronas, y yo tardé un rato en entender que «quemar» significaba exactamente eso, que las había prendido fuego. Otro se había cagado en el ascensor, dijeron, y también en ese caso tardé algo en entender que era literal, que el tipo estaba tan borracho que se cagó encima. A juzgar por la conversación, se trataba de cosas que ocurrían cada dos por tres. Frank, en particular, se emborrachaba tanto que lo de despertarse en su propia mierda no era infrecuente, por lo que pude entender. Al parecer, su madre, que era la profesora de más edad del colegio, tenía bastantes problemas porque él vivía todavía con ella. Las historias de Hege eran diferentes, pero no menos extrañas, como la que contó sobre una amiga suya que tenía miedo a los exámenes, y a la que se llevó al bosque y le dio un golpe en la cabeza con un bate para que tuviera una razón válida para no presentarse. La miré. ¿Nos tomaba el pelo? No daba esa sensación. Nuestras miradas se cruzaron y me

dedicó una amplia sonrisa. Luego fue como si entornara los ojos y arrugara un poco la nariz, los volvió a abrir, sonrió y miró hacia otra parte. ¿Qué significaba eso? ¿Era una especie de equivalente a un guiño? ¿O significaba que no debía creerme todo lo que oía?

No sólo se conocían bien, se conocían a fondo. Habían crecido e ido al colegio juntos, trabajaban juntos, celebraban juntos las fiestas. Se veían prácticamente todos los días, y así habían funcionado prácticamente toda su vida. Conocían a los padres y abuelos los unos de los otros, muchos eran primos o primos segundos. Se podría pensar que eso a la larga resultaría aburrido, incluso insoportablemente aburrido, porque no había nada nuevo, todo lo que ocurría ocurría entre las doscientas cincuenta personas que allí vivían, y todos conocían los secretos y particularidades de todos. Pero no daba esa impresión, todo lo contrario, parecían pasárselo muy bien, y el ambiente entre ellos se caracterizaba precisamente por su alegría y despreocupación.

Mientras estaba allí sentado, formulaba a ratos frases para las cartas que escribiría y enviaría al sur. «¡Todos tenían bigote! ¡Es verdad! ¡Todos!», por ejemplo, o «¿Y sabes cuál era la música que escuchaban? ¡Bonnie Tyler! ¡Y Doctor Hook! ¿Cuántos años hace que esa música no suena en ninguna otra parte del mundo? ¿En qué lugar dejado de la mano de Dios he aterrizado?». Y: «Aquí, amigo mío, la expresión “cagarse” se entiende literalmente. *I say no more...*»

Cuando por fin me levanté para ir al servicio, me había bebido algo más de una tercera parte de la botella de aguardiente, y tropecé con el hombre que estaba sentado a mi lado, él llevaba un vaso en la mano y el líquido salpicó.

—Per... dón —dije, me enderecé y me levanté.

—¡Uno hablando, otro bebiendo! —dijo detrás de mí, riéndose.

Se estaría refiriendo a Nils Erik y a mí.

En cuanto logré acelerar un poco, el equilibrio funcionó bien.

¿Pero dónde estaba el cuarto de baño?

Abrí una puerta. Era un dormitorio. El dormitorio de Hege, pensé, y la cerré rápidamente. No había nada que me gustara menos que mirar los dormitorios de los demás.

—El baño está al otro lado —sonó una voz desde la cocina detrás de mí.

Me volví.

Un hombre con ojos marrones, media melena oscura y abundante, y un bigote que le colgaba a ambos lados de la boca, me estaba mirando. Debía de ser Vidar, la pareja de Hege. Lo vi en la naturalidad que emanaba de él.

—Gracias —dije.

—No hay de qué —contestó—. Y procura no mear en el suelo...

—Intentaré evitarlo —dije, y me metí en el cuarto de baño. Me apoyé en la pared mientras meaba, sonriéndome a mí mismo. El tipo parecía un bajo de un grupo de los setenta. Smokie o alguien así. Y era increíblemente macizo.

¿Qué hacía ella con un macho así?

Tiré de la cadena y me coloqué tambaleándome frente al espejo, sonriéndome de nuevo.

Cuando salí del baño, habían decidido que era hora de irse. Hablaban de un autobús.

—¿Hay autobuses a estas horas? —pregunté.

Remi se volvió hacia mí.

—Es el autocar de nuestro grupo —contestó.

—¿Hay un grupo aquí? ¿Tú tocas en él?

—Ya lo creo. Nos llamamos Autopiloto. Tocamos en los bailes de los centros sociales de por aquí, ¿sabes?

Bajé la escalera detrás de él. Aquello se ponía cada vez mejor.

—¿Qué tocas? —pregunté, mientras me ponía el abrigo en la entrada.

—El bajo —contestó.

Le rodeé el hombro con un brazo.

—Yo también lo toco. O mejor dicho *tocaba*. Hace ya dos años.

—No me digas.

—Pues sí —dije, retirando la mano. Me incliné hacia delante, intentando ponerme un zapato. Perdí el equilibrio y caí sobre alguien. Una vez más era Vidar.

—Lo siento —dije.

—No te preocupes —contestó—. ¿Llevas tu botella?

—Ah, no, joder.

—Es ésta, ¿verdad? —dijo, poniéndome delante de la cara una botella de vodka.

—¡Sí! —contesté—. ¡Muchas gracias! ¡Muchísimas gracias!

Él sonrió, aunque sus ojos eran fríos e indiferentes. Pero ése no era mi problema. Dejé la botella en el suelo para concentrarme en los zapatos. Cuando conseguí ponérmelos, salí dando tumbos a la noche luminosa y bajé hasta la carretera, donde me esperaba el grupo. El autocar estaba aparcado en la entrada de un jardín a cien metros de distancia. Uno de ellos abrió la puerta delantera y se sentó en el asiento del conductor, los demás subimos y fuimos hacia la parte trasera del viejo y enorme vehículo. Tenía sofás, mesa y mueble bar, al parecer todo de terciopelo y contrachapado. Nos sentamos, el conductor arrancó el motor gruñón, y se sacaron las botellas, y mientras el autobús daba botes por la carretera a lo largo del fiordo, nosotros íbamos sentados con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra.

Toda una aventura.

Yo me puse a cantar a voz en cuello «charcutero, charcutero, dónde te has metido», moviendo los brazos e intentando invitar a que me acompañaran. El autocar me recordó esa vieja película en la que Leif Juster hacía de conductor de autobús, y Leif Juster me recordó la película *El charcutero desaparecido*.

Casi una hora después, el autobús se paró delante del centro social, yo bajé de un salto y desaparecí dentro del local atestado de gente.

Cuando me desperté, al principio no me acordaba de nada.

Todo estaba en blanco.

No sabía ni quién era ni dónde me encontraba. Lo único que sabía era que me había despertado de algo.

Pero la habitación me era conocida, era el dormitorio de mi casa.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Me incorporé y noté que seguía estando borracho.

¿Qué hora sería?

¿Qué había ocurrido?

Me tapé la cara con las manos. Necesitaba algo de beber. Ya. Pero no tenía fuerzas para ir hasta la cocina, y me dejé caer en la cama de nuevo.

Había estado en esa prefiesta, me había sentado en el autobús. Cantando. ¡Cantando!

Oh, no.

Y le había puesto una mano en el hombro. Amistosamente, por así decirlo. Pero no éramos amigos. Yo ni siquiera era un hombre. Sólo un idiota del sur que ni siquiera era capaz de atarse los zapatos. Con los brazos tan delgados como una pajita.

Necesitaba urgentemente algo de beber.

Me incorporé. El cuerpo me pesaba como el plomo y no quería obedecerme, pero planté los pies en el suelo, tomé impulso mentalmente y me empujé a mí mismo para levantarme.

Mierda.

Mi añoranza de la cama era tan poderosa que tuve que movilizar toda mi voluntad para no volver a tumbarme. Los pocos pasos que había hasta la cocina me dejaron completamente exhausto, tuve que quedarme agarrado a la encimera un rato antes de reunir las fuerzas suficientes para abrir el grifo, llenar un vaso de agua y bebérmelo. Luego otro y otro más. Y tan larga me pareció la distancia hasta mi dormitorio que me paré a medio camino y opté por tumbarme en el sofá.

No habría hecho nada malo, ¿no?

Había bailado. Pues sí, había bailado con todas.

También con una mujer de unos sesenta años, ¿no? ¿A la que había sonreído e invitado a bailar? ¿Contra la que me apreté?

Pues sí, así fue.

Ah, mierda. Mierda.

Ah, puta mierda.

Entonces fue como si la presión que sentía por dentro aumentara, pero sin que hubiese ningún punto que me doliera concretamente, todo yo estaba dolorido, el dolor iba en aumento, resultaba insoportable, y entonces fue como si los músculos del estómago se rebelaran. Tragué saliva, conseguí ponerme en pie e intenté contenerme mientras me acercaba tambaleándome al baño, la presión iba en aumento, eclipsando todo lo demás, abrí violentamente la tapa del váter, me arrodillé, abracé la porcelana y vomité una cascada entre verde y amarilla con tanta vehemencia que el agua me salpicó la cara, pero no me importó nada, ya nada importaba, resultó maravilloso vaciarse, fantástico.

Me desplomé en el suelo del cuarto del baño.

Ah, Dios, qué bien.

Entonces llegó de nuevo. Los músculos del estómago retorciéndose como serpientes. Ay, mierda, mierda. Volví a inclinarme sobre la taza del váter, vi de paso un pelo genital al lado de mi brazo, que reposaba sobre la porcelana, mientras las arcadas me recorrían el estómago vacío, abrí la boca y gemí ahaha, hahahah, ahahah, sin que me saliera nada del estómago.

Y entonces, sin previo aviso, expulsé un poco de bilis amarilla. Chorreaba por la porcelana blanca, también me colgaba un poco de la boca. Me limpié y me tumbé en el suelo del baño. ¿Era lo último? ¿Había acabado ya?

Sí.

De repente todo estaba apacible como en una iglesia. Me coloqué en postura fetal y disfruté de lleno de esa tranquilidad que se me había metido en el cuerpo.

¿Qué había hecho con Irene?

Todo se bloqueó dentro de mí.

Irene.

Habíamos estado bailando.

Yo me había apretado con fuerza contra ella, restregando mi polla empalmada contra su tripa.

¿Y luego?

¿Algo más?

Fue como si esa escena en concreto estuviera rodeada de oscuridad por todas partes. Me acordaba de la escena en sí, pero de nada de lo que venía antes o después.

¿Nada malo?

Me imaginé a la joven en una zanja, estrangulada y con la ropa hecha jirones.

No, qué disparate.

Pero la imagen volvió. Irene en una zanja, estrangulada y con la ropa hecha jirones.

¿Cómo podía ser tan nítida esa imagen? Sus pantalones azules con esos deliciosos muslos rollizos debajo, una blusa blanca desgarrada, un trozo de un pecho desnudo, los ojos completamente vacíos. El lodo de la zanja, las diseminadas briznas de hierba por el medio, amarillas y verdes, la

enloquecida luz nocturna.

No, no, qué disparate.

¿Cómo había conseguido llegar a casa?

¿No me encontraba delante del autocar cuando el grupo dejó de tocar y la plaza que había delante del centro estaba abarrotada de gente riendo y chillando?

¡Sí!

¡E Irene estaba allí!

¡Sí que nos besamos!

Yo con la botella de aguardiente en la mano, porque bebía directamente de ella. Irene me agarró de las solapas de la chaqueta, era de esa clase de chicas que te agarraba de las solapas, y entonces me miró, y luego dijo...

¿Qué dijo?

¡Pero qué coño!

Desde la nada las serpientes de mi tripa se retorcieron de nuevo, y como allí abajo ya no quedaba nada estaban furiosas y apretaron con tanta dureza que tuve que gemir. OOOOOHH, OOOHHHH. Puse los brazos sobre la taza del váter y me quedé con la cabeza colgando sobre el agujero, pero no salía nada, estaba completamente vacío.

¡PUTAMIERDA!, grité. ¡YABASTA!

Entonces salió una bocanada de una bilis increíblemente viscosa, la escupí pensando que ya no quedaba más, pero no era así, mis tripas seguían retorciéndose, y yo intenté ayudar carraspeando como desde el fondo de la garganta, porque si salía un poco, las arcadas acabarían.

OOO. EEE. OOOEE. OOOEE.

Sólo salieron unos cuantos mocos.

Ya. Así.

¿Ya está?

Ah.

Oh.

Me agarré al borde del lavabo con la mano y conseguí ponerme de pie. Me lavé la cara con agua fría y fui tambaleándome al cuarto de estar, relativamente aliviado y sano, me tumbé otra vez en el sofá, pensando que tendría que averiguar qué hora era, pero no tenía fuerzas, no podía hacer sino

esperar a que mi cuerpo se recuperara y el día pudiera empezar. Iba a escribir otro cuento.

Esas lagunas de la memoria, el que sólo recordara partes de aquello en lo que había participado, las tenía desde la primera vez que bebí alcohol. Fue el verano en el que acabé noveno, en la Norway Cup, cuando me daba por reírme sin parar, una experiencia fundamental, la borrachera me llevaba a lugares donde era libre y hacía lo que me daba la gana, a la vez que me elevaba, convirtiendo en maravilloso todo lo que me rodeaba. Lo normal era que después sólo me acordara de retazos y fragmentos, algunas escenas fuertemente iluminadas en contraste con un muro de oscuridad de la que yo salía y dentro de la que volvía a desaparecer. Y así continuó. La primavera siguiente me fui de carnaval con Jan Vidar; mi madre me maquilló como a Aladdin Sane, de Bowie, la ciudad estaba llena de gente con pelucas negras y rizadas, minishorts y lentejuelas, por todas partes sonaban tambores de samba, pero el aire era frío y las personas estaban rígidas, había una cantidad infinita de vergüenza que había que superar, así era siempre, algo visible también en los desfiles, era como si la gente se retorciera más que bailara, deseaban emanciparse, de eso se trataba, pero no lo estaban, era la década de los ochenta, esa nueva época de emancipación y orientada hacia el futuro en la que todo lo noruego era tristón y todo lo del sur vivo y libre, la época en la que el canal único de televisión, que durante veinte años había informado a los noruegos de lo que un estrecho círculo de personas educadas de Oslo consideraba importante, se vio de repente rodeado de nuevos canales completamente distintos, más livianos; querían entretener y querían vender, y esas dos magnitudes se fusionaron a partir de entonces: entretenimiento y venta se convirtieron en dos caras de la misma moneda, atrayendo hacia ella todo lo demás, lo que también se convirtió en entretenimiento y ventas, desde la política hasta la música, la literatura, las noticias, la salud, en definitiva, todo. El carnaval marcó esta transición, un pueblo que venía de la seriedad de la década de los setenta para pasar a la liviandad de los noventa; la transición en sí era visible en la torpeza de los movimientos, en la inseguridad de las miradas, o en lo salvaje y triunfante en aquellos que habían superado la

torpeza y la inseguridad, aquellos que contoneaban sus flacuchos culos en los remolques de los camiones que pasaban lentamente por las calles de Kristiansand esa fría noche de primavera con llovizna en el aire. Así fue en Kristiansand y en todas las demás ciudades noruegas de cierto tamaño y con autoestima. El carnaval era lo nuevo y se convertiría en una tradición, decían, cada año esas mujeres y hombres blancos y rígidos celebrarían la vida sin prejuicios, de la mejor manera posible, en el remolque del camión, disfrazados de sureños, bailando y riendo acompañados por los tambores tocados de un modo excitado e hipnotizador por antiguos tamborileros de la banda del colegio.

Incluso dos jóvenes de dieciséis años como Jan Vidar y yo nos dimos cuenta de que aquello era triste. Obviamente no había nada que nos gustara más que vivir una explosión meridional en nuestra realidad, porque añorábamos precisamente eso: pechos y traseros excitantes, música y mucha marcha, añorábamos ser hombres morenos, seguros de sí mismos y que tomaban a las mujeres a su conveniencia. Estábamos en contra de la tacañería y a favor de la generosidad, estábamos en contra de lo restrictivo y a favor de lo abierto y libre. Y, sin embargo, cuando veíamos esos desfiles nos llenábamos de tristeza por nuestra ciudad y nuestro país, porque había en todo muy poco orgullo, era como si la ciudad entera se burlara de sí misma sin darse cuenta. Pero nosotros nos dábamos cuenta y nos sentíamos tristes, trotando despacio cada uno con nuestra media botella de aguardiente en el bolsillo interior, cada vez más borrachos, maldecíamos nuestra ciudad, a los estúpidos seres que en ella vivían, mientras buscábamos siempre caras conocidas con las que poder contactar. Es decir, caras de chicas, o, en último caso, caras de chicos que estaban con caras de chicas a las que no conocíamos. Nuestro proyecto estaba condenado al fracaso desde el principio, de esa manera nunca conseguiríamos ninguna chica, pero no nos dábamos por vencidos, siempre quedaba una pizca de esperanza, y mientras hubiera una pizca de esperanza, nosotros seguíamos trotando cada vez más borrachos, cada vez más tristes. Y entonces, en algún momento, desaparecí ante mí mismo. No para Jan Vidar, él me veía, y cuando me decía algo, recibía respuesta, de manera que él contaba con que todo estaba bien, pero no lo estaba, yo había desaparecido, estaba vacío, me encontraba en el vacío de mi alma, no tengo

otra manera de describirlo.

¿Quién eres cuando no sabes quién eres? ¿Quién eres cuando no te acuerdas de quién eras? Cuando al día siguiente me desperté en mi habitación alquilada de la calle Elve sin saber absolutamente nada, tenía la sensación de haber estado *suelto* por la ciudad. Podría haber hecho cualquier cosa, porque cuando estaba tan borracho como esa noche no había para mí límite alguno, hacía todo lo que se me ocurría, ¿y qué no puede ocurrírsele a uno?

Llamé a casa de Jan Vidar. Estaba durmiendo, pero su padre logró despertarle y hacer que cogiera el teléfono.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Bueno... —contestó, como dudando—. Estrictamente no se puede decir que ocurriera nada. Eso fue lo jodido.

—No recuerdo nada de la última parte —dije—. Un lugar camino del muelle del Silo es lo último que soy capaz de recordar.

—¿No recuerdas nada? ¿Absolutamente nada?

—Nada de nada.

—¿Tampoco recuerdas que ibas en la plataforma de un camión enseñando el culo a todo el mundo?

—¿Eso hice?

Se rió.

—Que no hombre. Relájate, tío, no pasó nada. O sí, cuando volvíamos a casa ibas plegando los espejos de todos los coches a lo largo de la calle. Alguien nos gritó «hola», y entonces echamos a correr. No te noté nada raro. ¿Quieres decir que ibas muy borracho?

—Sí, es el aguardiente.

—Yo me duermo cuando me emborracho tanto. Pero, joder, qué noche tan horrible. No conseguirás llevarme al carnaval otra vez, eso es seguro.

—¿Sabes lo que creo?

—No.

—Para el carnaval del año que viene estaremos otra vez allí. No podemos permitirnos el lujo de no ir. No pasa gran cosa en esta mierda de ciudad.

—Es verdad.

Colgamos, y me fui a lavarme para quitarme el rayo de Aladdin Sane de la cara.

La siguiente vez que ocurrió fue en la noche de San Juan, también en esa ocasión con Jan Vidar. Habíamos logrado llegar a una zona de rocas en el mar debajo del bosque de Hånes, cada uno con nuestra bolsa de cervezas en la mano. Allí estábamos dando vueltas, bebiendo y pasando frío bajo la lluvia torrencial de verano, rodeados por los numerosos amigos de Øyvind y unos cuantos forasteros que conocíamos de Hamresanden. Øyvind había elegido justo esa noche para dejar a su novia, Lene, así que ella estaba sentada sobre una piedra llorando, un poco alejada de los demás. Me acerqué a consolarla, me senté a su lado y le acaricié la espalda diciéndole que había muchos más chicos, ella se repondría, era tan joven y tan bonita..., y ella me miró agradecida mientras lloriqueaba, yo pensé que era una pena que estuviéramos al aire libre y no bajo techo en algún sitio donde hubiese camas, y que encima lloviera. De repente ella se miró la chaqueta y dio un grito, estaba llena de sangre por el hombro, y también por la espalda. Procedía de mí, me había hecho un corte en la mano sin darme cuenta y chorreaba sangre. Maldito cabrón, dijo, y se levantó. Esta chaqueta es nueva, ¿sabes cuánto me ha costado? Perdóname, dije, no ha sido mi intención. Yo sólo quería consolarte un poco. Vete a la mierda, dijo ella, y se acercó a los otros. En el transcurso de la noche Øyvind se apiadó y volvió con ella, y yo me quedé sentado solo, bebiendo y contemplando la superficie gris del agua, sobre la que caían continuamente pequeños y emotivos círculos enviados por la lluvia, hasta que llegó Jan Vidar, se sentó a mi lado y pudimos continuar la eterna conversación sobre qué chicas estaban buenas y cuáles no, y con cuáles nos apetecía más acostarnos, mientras nos emborrachábamos cada vez más, hasta que al final todo se desvaneció, convirtiéndose en una especie de mundo fantasmal, dentro del que desaparecí.

El mundo fantasmal: cuando me encontraba en él me atravesaba completamente, y cuando me despertaba de él no me acordaba más que de detalles, como una cara, un cuerpo, una habitación, una escalera, un patio trasero, todo pálido y reluciente, rodeado por un mar de oscuridad.

Joder, era una auténtica película de terror. A veces me acordaba de algunos detalles más extraños, como una piedra en el fondo de un arroyo o una botella de aceite de oliva en el estante de una cocina, detalles en sí cotidianos, pero que representando las actividades de una noche entera no dejaban de ser

extraños. ¿Qué pasaba realmente con esa piedra? ¿Y con la botella? Las dos primeras veces que me pasó no me preocupé, fueron detalles que registré como un hecho neutro. Cuando volvió a pasar, empezó a tomar un cariz algo tétrico debido a que me encontraba completamente fuera de control. No, no había pasado nada y seguro que no pasaría nada, pero lo cierto era que no controlaba para nada mis actos. Si en el fondo yo era bueno, también sería bueno en esos casos, pero ¿*era* realmente bueno en el fondo? ¿Realmente?

Por otra parte, también me sentía muy orgulloso, me gustaba eso de que de vez en cuando me emborrachara tanto que luego no me acordara de nada.

En esa época, en el verano del año en el que cumplí dieciséis años, sólo deseaba tres cosas. La primera era tener novia. La segunda era poder acostarme con alguien. La tercera era emborracharme.

O, para ser sincero, sólo tenía dos deseos: acostarme con alguien y emborracharme. Hice muchas otras cosas, lleno de ambiciones de todo tipo, me gustaba leer, escuchar música, tocar la guitarra, ir al cine, jugar al fútbol, bañarme y bucear con tubo, viajar al extranjero, tener dinero y comprar cosas, pero todo eso trataba en el fondo de sentirse bien, de hacer pasar el tiempo de la manera mejor posible, y eso estaba genial, pero, después de todo, sólo había dos cosas que deseaba *de verdad*.

No. *En el fondo* y después de todo sólo había una cosa.

Quería acostarme con una chica.

Era lo único que deseaba.

Ese deseo ardía dentro de mí y era un fuego que no se apagaba nunca. Se inflamaba incluso mientras dormía, bastaba con una fugaz visión de un pecho en el sueño para que me corriera acostado en la cama de mi cuarto.

Oh, no, otra vez no, pensaba cada vez que me despertaba con los calzoncillos pringosos y pegados a la piel y al pelo. Era mi madre la que me lavaba la ropa, y al principio la enjuagaba siempre muy bien antes de meterla en la cesta de la ropa sucia, pero eso también podía resultar sospechoso, pues ella se preguntaría cómo acababan todos esos calzoncillos empapados en la cesta. Poco a poco fui dejando de hacerlo y metía directamente en la cesta de la ropa sucia los calzoncillos impregnados de esperma, que al cabo de unas horas se quedaban crujientes, como llenos de capas de sal o algo por el estilo, y aunque ella debía de haberse dado cuenta, porque ocurría al menos dos o

más bien tres veces por semana, me olvidaba por completo de su extrañeza en el momento en el que ponía la tapa a la cesta de la ropa sucia. Ella nunca lo mencionó, yo nunca lo mencioné; eso pasaba con muchas cosas, y así debía ser, suponía, en esa casa donde ella y yo vivíamos solos; algunas cosas se decían, se comentaban, se investigaban y se intentaba entenderlas, de otras no se hablaba, no se mencionaban, no se intentaba entenderlas.

El deseo era grande, pero zascandileaba en el espacio vacío de la ignorancia, donde lo que ocurría simplemente ocurría. Podía haber pedido consejo a mi hermano Yngve, tenía cuatro años más que yo e infinitamente más experiencia. Él lo había hecho, yo lo sabía. ¿Entonces por qué no le pedí consejo a él?

Resultaba impensable. Pertenece a lo impensable. Yo no sabía por qué era así, pero así era. Además, ¿de qué me serviría un consejo? Sería como recibir un consejo para escalar el monte Everest. Bueno, al llegar allí giras a la derecha, luego sólo tienes que subir y subir y al final llegarás.

Habría dado lo que hubiera sido por acostarme con una chica. En realidad con cualquiera. Con alguna a la que amara, es decir, Hanne, o con una prostituta, no importaba, incluso si hubiera sucedido como parte de un rito satánico de iniciación con sangre de cabra y capuchones habría dicho que sí, que participaba. Pero eso no era nada que te regalaran, era algo que uno tomaba. No sabía exactamente cómo, y así se convirtió en un círculo vicioso, porque cuando no sabía algo me volvía inseguro, y no había nada tan descalificador como la inseguridad, eso a ellas no les gustaba nada. Al menos de eso sí que me había dado cuenta. Tenías que ser seguro, decidido, convincente. ¿Pero cómo llegar a eso? Dios mío, ¿cómo llegar? ¿Cómo arreglárselas para pasar de estar delante de una chica a plena luz del día con la ropa puesta a estar acostado con ella en la oscuridad unas horas después? Entre esas dos situaciones había un abismo. Cuando veía ante mí a una chica a plena luz del día, en realidad me encontraba ante un abismo sin fondo. Si me tiraba, lo único que podía ocurrir era que me cayera, ¿no? Porque ella no venía a mi encuentro, pues veía que yo tenía miedo, se retiraba, encerrándose en sí misma, o dirigiéndose a otro. Pero luego pensé que en realidad la

distancia entre las dos situaciones era *corta*. Sólo había que sacarle la camiseta por la cabeza, desabrocharle el sujetador, desabrocharle el pantalón, quitárselo, y entonces estaría desnuda. Tardaría veinte segundos en hacerlo, tal vez treinta.

No podía haber una exposición más traidora. El saber que me encontraba a treinta segundos de lo único que deseaba, de lo que a la vez me separaba un abismo, podía llevarme al borde de la locura. Con gran frecuencia me sorprendía a mí mismo deseando que nos encontráramos aún en la Edad de Piedra, en cuyo caso simplemente podría salir con un mazo, golpear en la cabeza a la mujer, arrastrarla hasta casa y hacer allí con ella lo que hubiera querido. Pero no funcionaría, no habría ningún atajo, los treinta segundos eran una ilusión, igual que lo era todo lo que concernía a las mujeres. Ah, qué ironía, el que ellas fueran accesibles al ojo pero a nada más. El que por todas partes se vieran chicas y mujeres. El que por doquier hubiera pechos debajo de las blusas, muslos y caderas debajo de los pantalones, rostros de mujeres bellas y sonrientes, con el pelo ondeando al viento. Pechos grandes, pechos firmes, pechos redondos, pechos bamboleantes, pechos blancos, pechos oscuros... Una muñeca desnuda, un codo desnudo, una mejilla desnuda, un ojo desnudo que mira a su alrededor. Un muslo desnudo dentro de un pantalón corto o un vestido corto de verano. Una palma de mano desnuda, una nariz desnuda, un cuello desnudo. Todo eso lo veía constantemente a mi alrededor, por todas partes había chicas, la afluencia era ilimitada, me movía en un pozo, no, en un mar de mujeres, veía a varios cientos de ellas todos los días, cada una con su modo característico de comportarse, de estar de pie, de dar media vuelta, de andar, de levantarse, de volver la cabeza, de guiñar los ojos, de mirar; basta pensar en sus ojos, en los que se expresaba lo perfectamente único, todo lo que vivía y había en ellos aparecía en ese determinado ser humano, estuviera o no la mirada dirigida a mí. ¡Ah, esa mirada chispeante! ¡Oh, esa mirada alegre y centelleante! ¡Lo electrizante y sombrío! ¡O, por Dios, la mirada estúpida y carente de inteligencia! Porque también en esa sonrisa había una llamada, y no pequeña: la mirada tonta, la boca abierta en el bello cuerpo perfecto.

Todo eso estaba siempre muy cerca de mí, y todas estaban a treinta segundos de la única cosa que yo deseaba, pero al otro lado del abismo.

Yo maldecía ese abismo. Me maldecía a mí mismo. Pero independientemente de lo frustrante que resultaba, independientemente de la oscuridad que reinaba a mi alrededor, las mujeres continuaban iluminando.

Entonces surgió la ocasión.

Unas semanas después de aquella triste fiesta de San Juan, me fui con mi equipo de fútbol a un campamento de entrenamiento a Dinamarca. La ciudad a la que nos dirigíamos se llamaba Nykøbing, y estaba en la isla Mors, en el fiordo de Lim. Nos alojamos en una especie de albergue, quizá un internado, justo a las afueras de la ciudad, rodeados de grandes campos rodeados a su vez por viejos caducifolios umbríos. Por las noches algunos nos escapábamos aunque no teníamos permiso, pero la ciudad estaba al lado y mientras respetáramos el resto de los horarios, hacían la vista gorda si lo descubrían. Comprábamos vino barato en los supermercados, nos sentábamos en un banco a bebérselo e íbamos a una discoteca que había cerca. La segunda noche que fuimos conocí a una chica danesa que todas las demás noches se vino conmigo, era guapa, alegre e intensa, nos sentábamos en los bancos a meternos mano, bailábamos en la discoteca, una noche dimos un paseo por un parque, y el último día pensé que tenía que ocurrir ya, no tenía otra posibilidad, sería entonces o nunca.

Esa última noche todo el mundo salió; empezamos por una barbacoa, los monitores habían comprado cerveza, y cuando nos la acabamos, fuimos en varios taxis hasta un gran local en un bosque no muy lejos de donde nos alojábamos. Ella había dicho que iría, y así fue, me saludó de esa manera suya tan cordial, se puso de puntillas, me dio un beso y me cogió de la mano. Nos sentamos en una mesa y bebí un montón de vino para atreverme a llevar a cabo lo que pretendía. En el bar se lo conté a Jøgge y a Bjørn, les dije que intentaría llevármela a la habitación para acostarme con ella. Ellos sonrieron, me desearon suerte, era una noche deliciosa, sobre los verdes árboles frondosos colgaban las nubes grises, casi negras; dentro, bajo las centelleantes lámparas de araña, la gente iba y venía bebiendo, riéndose y bailando, todo olía a sudor y perfume, humo de cigarrillos y alcohol, ella estaba en nuestra mesa, hablando con Harald, pero mirándome todo el rato de reojo, y puso cara de alegría al verme llegar con otra botella de vino en la mano. Me dolía el estómago cuando me senté a su lado. Ella se inclinó hacia delante, nos

besamos, estuve a punto de servirle vino, pero ella me frenó, levantando la mano, tenía que trabajar al día siguiente. De repente se acordó de algo y me preguntó si quería pasar por allí. Pero nos vamos mañana, dije. No, dijo ella, tú te quedas. No volverás nunca a casa, te quedarás aquí conmigo. ¡Puedes estudiar aquí! ¡O buscarte un trabajo! ¿Qué te parece? Vale, contesté, así lo haremos.

Nos reímos, y me invadió una oleada de desesperación: enseguida estaríamos en la habitación, enseguida estaríamos muy juntos susurrando, convencido de que sabía lo que estaba haciendo.

—¿Quieres salir un rato? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—¿Y el vino? —preguntó.

—Vamos a volver —contesté, y me levanté. Le puse la mano en el hombro y la conduje, por así decirlo, hasta fuera del local. Me volví y me encontré con las miradas de Jøgge y Bjørn, que tenían levantado el dedo gordo y sonreían. Salimos.

Ella me miró.

—¿Adónde vamos?

—¿Nos adentramos en el bosque? —sugerí.

Cogí su pequeña mano y empecé a andar. Ya le había besado los pechos, en un banco metí la cabeza dentro de su jersey y besé todo lo que encontré. Ella se reía, abrazándome fuerte. Eso era lo que hacía con las chicas, me tumbaba encima de ellas, les metía mano y les besaba los pechos. Una vez le bajé a una las bragas y le metí un dedo, de eso hacía ya dos años.

Me estremecí.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, rodeándome con un brazo—. ¿Tienes frío?

—Un poco —contesté—. Ahora hace más fresco.

Las grandes y pesadas nubes que llevaban un rato acercándose y en ese momento estaban justo encima del bosque habían oscurecido la ya sombría luz vespertina entre los troncos. Se levantaron ráfagas de viento. Sobre nosotros se mecían las ramas en las copas de los árboles.

Por dentro me latía la sangre.

Tragué saliva.

—¿Quieres ver dónde nos alojamos? —pregunté.

—Me encantaría.

En el momento en el que ella dijo eso se me puso dura, ejerciendo una gran presión contra el pantalón. Volví a tragar saliva.

En la penumbra de la noche, la luz de los edificios donde nos alojábamos se veía completamente amarilla. Las farolas dibujaban círculos que parecían aureolas. Sentí náuseas, tenía las palmas de las manos resbaladizas de sudor. Pero estaba decidido a hacerlo.

Me paré y la abracé, nos besamos, su lengua era lisa y pequeña. Mi miembro latía con tanta fuerza que me hacía daño.

—Es justo ahí —susurré—. ¿Estás segura de que quieres entrar?

Un destello de extrañeza en sus ojos. Pero no dijo nada, sólo que sí.

Volví a cogerla de la mano, la apreté con fuerza y recorrí a toda prisa los últimos doscientos metros. Volví a abrazarla delante de la recepción vacía, casi estrangulado de deseo. Atravesamos el pasillo y llegamos hasta la habitación que compartía con otros tres. Saqué la llave, la metí con una mano temblorosa en el ojo de la cerradura, giré, bajé el picaporte, empujé la puerta y entré.

—Qué pronto llegas, Karl Ove —dijo Jøgge riendo.

—¿Traes visita? —preguntó Bjørn.

—¡Qué bien! —exclamó Harald—. ¿Quieres una cerveza, Lisbeth?

Yo no podía decir nada. Ellos se alojaban en esa habitación y tenían el mismo derecho que yo a estar allí. Tampoco podía decir que habían vuelto corriendo hasta allí únicamente para disfrutar de mi desilusión, porque entonces mis intenciones con Lisbeth habrían salido a la luz, y aunque ella a lo mejor lo sospechaba, no podía decirse directamente. Y mucho menos con los otros presentes, ¿qué pensaría ella entonces? ¿Que yo la ponía en evidencia ante ellos?

—¿Qué coño hacéis aquí? —pregunté.

Jøgge sonrió.

—¿Qué hacéis aquí *vosotros*? —preguntó él.

Le lancé una mirada de reproche. Él se encogió de risa sobre la cama.

Harald le alcanzó una cerveza a Lisbeth. Ella la cogió, mirándome sonriente.

—Qué alegría ver aquí a tus amiguetes —dijo.

¿Qué? ¿Lo decía en serio?

Miró a su alrededor.

—¿Alguien tiene un cigarrillo?

—Nosotros somos jugadores de fútbol —contestó Harald—. Karl Ove es el único que fuma.

—Toma —dijo Bjørn, sacó a golpecitos un Prince Mild de la cajetilla y se lo alcanzó.

Una oportunidad como ésa no volvería a darse en años. Y ellos la habían estropeado por pura maldad.

Lisbeth me metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y se pegó a mí. La picha volvió a ponérseme como una palanca. Suspiré.

—Bébetе una cerveza, Karl Ove —dijo Jøgge—. Sólo ha sido una broma.

—Sí —dije—. Una broma muy divertida.

Volvió a tumbarse de risa.

Estuvimos allí media hora. Lisbeth hablaba con todos. Cuando nos acabamos las cervezas volvimos al baile. Lisbeth se fue sobre la una, los demás nos quedamos hasta la madrugada. Al día siguiente la vi por un instante, intercambiamos nuestras direcciones y se echó a llorar. No mucho, sólo unas cuantas lágrimas que le caían por la mejilla. Yo la abracé. Oye, le dije. Podemos volver a vernos en Løkken dentro de un tiempo, ¿no? A mí sólo me supone un viaje en el transbordador. ¿Crees que podrás? Sí, contestó, sonriendo a través de las lágrimas. Yo te escribo y concretamos más. Vale, contestó ella. Nos besamos, luego eché a andar y cuando me volví, ella estaba mirándome.

Lo que dije de Løkken no era más que una bobada, claro, algo para suavizar la situación. Ella no significaba nada para mí, yo estaba enamorado de Hanne, y lo había estado durante todo aquel invierno y primavera. Todo giraba en torno a ella, todo lo que yo quería era estar a su lado, no para acostarme con ella, ni siquiera con la esperanza de un beso o de meterle mano, no era eso, lo que me atraía hacia ella era esa luz y esa emoción que sentía cuando la veía, que a veces pensaba que no eran de este mundo, sino que nos venían como un rayo de algún otro mundo. ¿Cómo explicarlo si no? Ella era una chica normal y corriente, habría miles como ella, pero sólo ella, siendo exactamente como era, podía iluminarme el alma y hacer que me temblara el corazón. Un día de aquella primavera me arrodillé a sus pies, pidiéndole que se casara conmigo. Ella iba empujando su bicicleta, era de noche y llovía, estábamos junto a los bloques de viviendas de Lund, y cuando me arrodillé, ella se echó a reír. Creía que estaba bromeando.

—No te rías —dije—. Lo digo en serio. Muy en serio. Podemos casarnos. Podemos mudarnos a una casa en una isla y vivir allí tú y yo. *¡Podemos hacerlo! Nadie* puede impedirnoslo si lo decidimos.

Volvió a reírse, esa maravillosa risa cristalina.

—¡Karl Ove! —exclamó—. ¡Sólo tenemos dieciséis años!

Me levanté.

—Entiendo que tú no quieras —dije—. Pero yo lo digo en serio. ¿Lo entiendes? Eres la única persona en la que pienso. Eres la única persona con la que quiero estar. ¿Debo hacer como si ese sentimiento no existiera?

—Pero estoy saliendo con otro. ¡Ya lo sabes!

—Sí —contesté.

No había nada que tuviera más presente. Ella daba esos paseos conmigo sólo porque la halagaba y porque yo era muy diferente a los demás conocidos suyos. La esperanza de que un día saliera conmigo se iba desvaneciendo, pero a pesar de ello yo no renunciaba, no renunciaría nunca. De modo que cuando me encontraba en la cubierta del barco entre Dinamarca y Noruega con el viento soplándome en el pelo y con los ojos medio cerrados por el bajo sol vespertino, rodeado de un mar azul, pensaba en Hanne, no en Lisbeth.

Al llegar a Kristiansand no iría a casa, sino a una fiesta de mi clase en una cabaña de la costa, fiesta a la que probablemente también acudiría Hanne. Le había escrito unas cuantas veces en el transcurso del verano, dos de ellas desde Sørbøvåg, donde paseaba con un walkman por la orilla del río sin un alma cerca, pensando sólo en ella, y donde me levantaba por las noches y bajo el refulgente cielo estrellado subía por el valle del río hasta la cascada, y luego me sentaba en una llanura en lo alto pensando en ella.

Ella contestó a mis cartas con una postal.

Pero después de lo de Lisbeth tenía la autoestima muy alta, ni siquiera el mar podía rebajarla, tampoco esa enorme necesidad que sentía por dentro; era tan grande que me empujaba a salir por las noches y hacía que los ojos se me llenaran de lágrimas ante toda la belleza que había en el mundo, pero yo no podía emplearla en nada, ni era capaz de consumirla.

—Hola, Alce —me dijo Jøgge por detrás—. ¿Quieres una última cerveza?
Asentí con la cabeza, me alcanzó una lata de Tuborg y se colocó a mi lado.

Lo abrí, un pequeño chorro de espuma se posó sobre la reluciente tapa. La sorbí. Luego eché la cabeza hacia atrás y di un buen trago.

—¡No hay nada como beber al cuarto día! —dije.

Él se rió de esa curiosa manera suya, como inhalando, algo que resultaba tan fácil de imitar que todo el mundo lo hacía.

—La tal Lisbeth está muy buena —dijo—. ¿Cómo te la ligaste?

—¿Que cómo me la ligué? No me he ligado a una tía en toda mi vida —contesté—. Te equivocas de hombre.

—Os habéis estado metiendo mano durante una semana. Ella te acompañó a la habitación. Si eso no es ligar, no entiendo nada.

—¡Pero no fui yo! ¡Fue ella! ¡Se acercó, sin más! Luego me puso la mano en el pecho. Así.

Le puse la palma de la mano en el pecho.

—¡Oye tú, déjame! —gritó.

Nos reímos.

—No sé yo —me dijo mirándome—. ¿Sinceramente crees que alguna vez encontraré a una tía?

—¿Sinceramente? ¿Alguna vez?

—No te burles. ¿Crees que alguien puede querer estar conmigo?

Jøgge era el único de mis conocidos capaz de hacer esa clase de preguntas y hacerlas en serio. Podía ser muy abierto. Era más bueno que el pan. Pero la mayoría no lo describiría como guapo. Tampoco elegante. Robusto tal vez fuera la palabra más adecuada. Fuerte. Cien por cien de fiar. Inteligente. Buena persona. Sentido del humor. Pero no exactamente un modelo masculino.

—Alguna habrá —dije—. Lo que pasa es que apuntas demasiado alto. Ése es tu problema. Tú quieres..., bueno, ¿a quién te gustaría conseguir?

—A Cindy Crawford —respondió.

—Ahora eres tú el que debe dejar de burlarse —dije—. Pero en serio: ¿quién te gusta?

—Kristin. Inger. Merethe. Wenche. Therese.

Abrí los brazos en ademán de impotencia.

—¡Pero si son las más guapas! ¡Nunca conseguirás a ninguna de ellas!
¡Tienes que entenderlo!

—Pero yo las quiero a ellas —dijo con su más amplia sonrisa.

—Lo mismo me pasa a mí —le hice saber.

—¿Ah, sí? —dijo, volviéndose hacia mí—. Creía que sólo te interesaba Hanne.

—Eso es distinto —dije.

—¿Y qué es eso entonces?

—Amor.

—Dios mío —dijo—. Creo que me voy a ver a los colegas.

—Te acompaño —dije.

Estaban sentados alrededor de una mesa en el café jugando a las cartas. Ya se habían pasado a la Coca-Cola, pues nos estábamos acercando a tierra. Me senté con ellos. Estaban Harald, su protegido Ekse, Helge y Tor Erling. Yo no les gustaba, no podía juntarme con ellos salvo en situaciones como ésa. Entonces me toleraban, pero eso era todo. Los comentarios sarcásticos nunca estaban lejos. Pero a mí me importaba un carajo.

Con Jøgge era diferente. Habíamos ido a la misma clase durante dos años, teníamos encendidas discusiones sobre política, él era del ultraconservador partido FRP y yo del izquierdista SV. A él le gustaba la buena música, curiosamente, en esa región de campesinos era el único al que conocía que tuviera un poco de buen gusto. Había perdido a su padre cuando era un niño,

vivía con su madre y su hermano pequeño, y siempre había sido muy responsable. A veces la gente intentaba tomarle el pelo, resultaba fácil, pero él se limitaba a reírse, y entonces lo dejaban en paz. Los de esa pandilla con los que estábamos sentados solían meterse con él amistosamente, y cuando él se defendía, ellos imitaban su risa, entonces él se callaba o se reía con ellos.

Pues sí, era un buen hombre. Estaba haciendo el bachillerato por la rama de comercio, igual que otros dos o tres del equipo, el resto hacía formación profesional, y yo le había escrito un par de redacciones. Me había pagado por ellas e insistía en que no fueran demasiado buenas, porque si lo eran, los profesores no creerían que fueran suyas. Una vez estuvo en peligro, yo le había escrito un poema que según el profesor se encontraba algo alejado de la naturaleza y el carácter de Jøgge. Pero se salvó, la interpretación de su propio poema que se vio obligado a presentar era razonable y le pusieron un bien.

Yo me sentí un poco decepcionado, porque me había esmerado mucho con ese poema. Me esperaba más bien un sobresaliente. Pero, claro, era el bachillerato comercial, ¿qué se podía esperar de ellos?

En la ciudad, en los cafés, es probable que hubiera mirado hacia otro lado si Jøgge hubiera entrado, él era de otra clase de gente, de los que no encajaban allí, pero eso a lo mejor también lo sabía él. Al menos yo nunca lo veía en esos ambientes.

—Hola, Casanova, ¿otra cerveza? —preguntó.

—¿Por qué no? —contesté—. ¿Pero entonces quién eres tú? ¿El Anti-Casanova?

—*My name is Bøhn. Jørgen Bøhn* —dijo riéndose.

Hora y media después desembarqué en Kristiansand con el enorme saco de marinero a la espalda. Los demás continuarían hasta Tveit, yo iría a una fiesta con Bassen, que me estaba esperando cuando pasé la aduana.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté.

—¿Qué tal el verano?

—Así así. ¿Y tú?

—Bien.

—¿Nada de chicas? —pregunté.

—Claro que sí. Un par de ellas, creo.

Se rió, fuimos a la estación de autobuses y subimos a uno que nos llevó hasta un puerto de transbordadores. Aquel año habíamos puesto en marcha una especie de concurso, a ver quién se ligaba a más chicas de la clase, sobre eso charlamos allí sentados bebiendo cerveza, esperando a que Siv nos recogiera con su barca. La noche que se aproximaba sería la última posibilidad de alterar la relación de fuerzas, que se inclinaba por bastante a favor de Bassen, él se había enrollado con siete y yo sólo con cuatro.

A veces pensaba en qué pasaría en el otoño. Él empezaría en la rama de ciencias naturales, yo en la de ciencias sociales. Hasta entonces había resultado natural salir juntos, ya que íbamos a la misma clase.

Uno de los primeros días estábamos sentados el uno al lado del otro, y cuando el tutor repartió unos papelitos en los que teníamos que escribir tres cualidades nuestras, él echó un vistazo a mi respuesta. Pesado, lento, serio, había escrito yo.

—¿Eres idiota o qué? —me preguntó—. También tendrías que poner que sabes muy poco sobre ti mismo. Es lo peor que he visto en mi vida. Joder, no eres ni lento ni pesado. Y tampoco eres serio, ni de coña. ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—¿Y tú qué has escrito?

Me enseñó su papel.

Realista, sincero, salido como él solo.

—Tira ese papel —dijo—. ¡No puedes poner eso!

Hice lo que me dijo. Escribí en otro papel inteligente, tímido, pero en realidad no.

—Mejor —dijo—. ¡Por Dios! ¡Lento y pesado!

La primera vez que fui a su casa aquel año, muy entrado el otoño, me sentí rebosante de veneración, no podía creérmelo, él era todo lo que yo quería ser, e incluso más adelante, cuando nos veíamos más a menudo, siempre tenía esa idea en la mente. También ahora. Su presencia me llenaba por completo, todo lo que él hacía era de mi agrado, me fijaba y pensaba en cada una de sus miradas, incluso las de aburrimiento al mar.

¿Por qué quería estar conmigo si yo no tenía nada que ofrecerle?

Cuando estábamos juntos, siempre me retiraba temprano para que no le diera tiempo a descubrir lo aburrido que en el fondo era yo. Los dos sentimientos contrarios eran como una especie de fiebre en mí, como aquella mañana de primavera en que hicimos pellas y nos fuimos en su velomotor a su casa a escuchar discos en el césped. Era fantástico, a la vez que sentía la necesidad de terminar con aquello, algo me decía que yo no merecía la pena, o que no respondía a sus expectativas. Por eso yacía como sobre ascuas en su césped, con los ojos cerrados, escuchando al grupo Talk Talk, que habíamos descubierto los dos al mismo tiempo. «It's My life», cantaban, y todo tendría que haber sido estupendo, era primavera, yo tenía dieciséis años, había hecho pellas en el colegio por primera vez y estaba tumbado en el césped al lado de mi nuevo amigo. Pero no era estupendo, aquello resultaba insostenible.

Él pensaría que yo tenía miedo a que me regañaran por hacer pellas, y que por eso me levanté con el propósito de marcharme. ¿Cómo podría él saber que era porque todo aquello estaba demasiado bien? ¿Porque él me gustaba demasiado?

Llevábamos unos cinco minutos sin decir nada.

Me lié un pitillo con el fin de rellenar la pausa con algo natural. Él me miró de reojo. Cogió el paquete de Prince Mild del bolsillo de su camisa y se metió un cigarrillo en la boca.

—¿Me das fuego? —dijo.

Le alcancé el encendedor amarillo Bic. Encendió el cigarrillo y sopló una nube de humo que se quedó unos segundos colgando en el aire delante de él para luego disolverse.

—¿Qué tal tus padres? —preguntó, alcanzándome el encendedor. Yo lo cogí, me encendí el pitillo, aplasté con la otra mano la lata vacía y la tiré a las piedras junto al agua.

El atardecer se posaba sobre las islas más allá de nosotros, cargado de baja presión. La superficie del mar estaba completamente quieta y gris. La lata tintineaba contra las piedras.

—Supongo que bien —respondí—. Mi padre vive ya en la casa de Tveit con su nueva novia. Mi madre está en el oeste. Volverá a casa dentro de unos días.

—¿Entonces vosotros dos seguiréis viviendo allí arriba?

—Sí.

Llegó una barca doblando el cabo. La patrona tenía un pelo largo y rubio que brillaba en contraste con lo gris, y cuando nos levantamos y cogimos nuestras mochilas, nos saludó con la mano gritando algo que los cien metros de distancia redujeron a un débil chillido.

Era Siv.

Subimos las mochilas a bordo, nos sentamos, y diez minutos después desembarcamos justo debajo de su cabaña.

—Sois los últimos —dijo—. Ya podemos cenar por fin.

Hanne estaba sentada a la mesa. Llevaba una camisa blanca y vaqueros azules. Vi que le había crecido el flequillo.

Sonrió algo tímida.

Tendría que ser por las cartas que le había enviado.

Comimos gambas. Yo bebí cerveza, y la embriaguez que me subía lentamente era más pesada y más básica que la que había sentido otras veces, quizá debido a todo lo que había bebido los días anteriores. No sólo me alcanzaba la cabeza y los pensamientos, sino que empezaba en lo más profundo de mi cuerpo para expandirse despacio, y yo sabía que la ola que vendría duraría mucho tiempo.

Y así fue. Despejamos el salón y bailamos mientras la noche se posaba sobre las islas, luego salimos a bañarnos en la oscuridad, yo me balanceé sobre el trampolín, el cielo sobre mi cabeza estaba negro, y cuando me tiré fue como si nunca llegara a la superficie, caía y caía y de repente el agua fría y salada se cerró a mi alrededor, no veía nada, todo estaba oscuro, pero no había ningún peligro, sólo hicieron falta un par de brazadas, y rompí la superficie del agua y pude ver a los demás en la playa como pequeños árboles pálidos en la oscuridad.

Hanne me estaba esperando con una toalla que me puso sobre los hombros. Nos sentamos en una roca, un poco apartados de los demás. Algunas chicas empezaron a bañarse desnudas.

—Se bañan desnudas —dije.

—Ya lo veo —dijo Hanne.

—¿Tú no quieres bañarte desnuda?

—¡Yo qué va! Sería lo último que me apetecería hacer.

Pausa.

Ella me miró.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí.

—¡Ya me lo imaginaba! —dijo riéndose—. ¿Y tú no puedes?

—El agua está muy fría. Y se me queda muy pequeño.

—¿Él? —preguntó ella con una sonrisa.

—Sí.

—Qué raro eres —dijo.

Se hizo una pausa. Yo miré hacia los islotes, algo más negros que el cielo sobre ellos. Un hilo de luz se posaba sobre el horizonte. ¿No podría estar ya amaneciendo?

—Me gusta estar sentado aquí contigo —dije—. Te amo.

Me lanzó una rápida mirada.

—No estoy muy segura de eso —dijo.

—¿Cómo puedes no estar segura de eso? No pienso en nada más que en ti. Cuando estuve en el oeste, ah, fue genial, aunque tú no estabas, de alguna manera yo estaba lleno de ti. Borracho de ti.

—Bebes bastante —dijo ella—. ¿Por qué no te cuidas un poco? ¿Aunque sólo sea por mí?

—Quise decir lleno, no borracho de ti.

—¿Lo entiendo! Pero, en serio, ¿es necesario que bebas tanto?

—¿Alegre y creyente? ¿Drogada de Jesucristo?

—No digas tonterías. De verdad que estoy un poco preocupada por ti. No te molesta, ¿verdad?

—No

Nos quedamos callados. En el trampolín había dos tipos que parecía que se estaban peleando. Uno debía de ser Bassen.

Los dos cayeron al agua. Los que estaban en la orilla chillaron y aplaudieron.

En algún lugar a lo lejos centelleaba un faro. Por la puerta abierta de la cabaña detrás de nosotros salía música.

—En realidad no sabes nada de mí —dijo ella.
—Algo sí que sé.
—No, tú ves otra cosa. No es a mí a quien ves.
—Ahí te equivocas —dije—. De verdad que te equivocas.
Nos miramos un buen rato el uno al otro. Entonces ella sonrió.
—¿Vamos a entrar con los otros? —preguntó.
Suspiré y me levanté.
—Aunque sólo sea para coger algo más de beber... —dije.
Le tendí la mano para ayudarla a levantarse.
—¡Lo has prometido! —dijo.
—No he prometido nada. Pero oye...
—¿Sí?
—¿Podemos ir de la mano ese corto trecho hasta la cabaña?
—Sí.

Me puse los pantalones y la americana, y bailé con Bassen al ritmo de «(Don't you) Forget About Me», de Simple Minds, mientras Hanne estaba sentada a la mesa hablando con Annette y mirándonos al mismo tiempo.

Me puse a su lado y me eché un vaso de vodka y zumo.
—Estás muy sexy sólo con americana —dijo.
—¿Opinas tú lo mismo? —pregunté mirando a Annette.
—No —contestó ella—. Por supuesto que no. ¿No os vais a besar ya?
—Al parecer no en esta vida —dije yo.
—¿Acaso en el cielo entonces? —dijo ella.
—Pero yo no creo en Dios —contesté.

Hanne se rió y yo me acerqué a Bassen, que estaba agachado sobre la colección de discos.

—¿Encuentras algo?
—Bueno —dijo—. Sting tal vez. Pero creo que debo retirarme. Me voy a Inglaterra mañana y no quiero perder el barco.
—Puedes dormir a bordo —dije—. No hace falta que te acuestes todavía.
Él se rió.
—¿Por qué no? Tendrás más posibilidades cuando yo no esté.

—Tú ganas. Nunca he tenido una sola posibilidad.

Bassen sacó la funda interior y la inclinó para que saliera el disco. Con el dedo gordo en el borde y los demás dedos sobre la etiqueta del centro, lo puso en el tocadiscos.

—¿Cómo os va a Hanne y a ti? —preguntó, llevando la aguja hasta el primer surco, para luego bajarla lentamente.

—No va —contesté.

—Parecíais muy felices allí arriba en vuestra roca.

—Eso ha sido todo —dije.

Entonces empezó a sonar por los altavoces «If you Love Somebody, Set Them Free», y todo el mundo se puso a bailar.

Pasamos la noche en la buhardilla, yo dormí hasta muy entrada la mañana, estirando el tiempo todo lo que podía, no quería que aquello se acabara, quería estar allí, dentro de esa felicidad que sentía, pero al final Siv se disponía a transportar a la última tanda, y me metí de un salto en la barca, donde permanecí callado en la proa mientras cruzábamos, luego en el autobús me busqué un asiento para mí solo al fondo, y con la cara apretada contra el cristal de la ventanilla iba contemplando el ondeante paisaje del sur, que se iba volviendo cada vez más urbano, hasta que nos detuvimos en la estación de autobuses, allí cogí otro autobús que me llevó hasta casa, donde entonces mi padre estaba viviendo con Unni.

Había cogido ese autobús casi a diario durante tres años, pero a mí me parecía una vida entera. Conocía cada curva, incluso casi cada árbol del recorrido, y muchos de los que subían o bajaban me resultaban tan familiares que nos saludábamos, aunque no hubiéramos intercambiado nunca una sola palabra.

La fiesta había estado bien. Tal vez nunca me había sentido tan bien.

Por otra parte, no era más que una fiesta de clase.

Luego estaba Hanne.

Habíamos estado tumbados cara a cara, cada uno en su saco de dormir, susurrando durante tal vez una hora antes de dormirnos. Ella intentaba reírse también susurrando, y yo pensaba que en ese momento no me habría importado

nada morirme.

—¿Puedo darte un beso de buenas noches? —le pregunté cuando estábamos a punto de dormirnos.

—¡En la mejilla! —exclamó ella.

Me arrastré unos centímetros sobre los codos, Hanne me puso la mejilla, yo acerqué lentamente la cabeza hacia ella, y en el último instante cambié de dirección y le planté un succulento beso en la boca.

—¡Eres un fresco! —dijo ella riéndose.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —contestó.

Así fue.

¿Sería posible que toda esa tarde y noche no significaran nada?

Algo sentiría ella por mí.

Algo tendría que sentir.

Había dicho varias veces que no estaba enamorada de mí. Yo le gustaba, decía, le gustaba incluso mucho, pero eso era todo.

Ahora ella cambiaría de colegio, iría al instituto de Vågsbygd, donde vivía.

¡Al menos me ahorraría la tortura de tener que verla todos los días!

El conductor puso el intermitente en dirección a Kjevik y justo en ese momento llegó retumbando un avión que al instante tomó tierra y atravesó la pista de aterrizaje a una velocidad que hizo que el autobús pareciera que no se movía.

Luces destellantes, bramidos de motores. Vivíamos en el futuro.

Podríamos vernos de vez en cuando en la ciudad, podríamos comer juntos, ir al cine, algún sábado por la mañana podría llevarla a la piscina municipal. Poco a poco se iría dando cuenta de que estaba enamorada de mí. Rompería con el otro, me diría con los ojos llenos de entusiasmo que ya no había ningún obstáculo entre nosotros.

¿Y luego?

¿Cuando fuéramos novios?

¿Vernos por las tardes, besarnos y comer pizza? ¿Ir al cine con sus amigos?

Eso no sería suficiente.

Yo quería *tenerla*. No como una parte de la vida de estudiante de bachillerato, no como una novia del instituto, ella significaba más que eso. Yo quería vivir con ella. Estar con ella las veinticuatro horas del día, compartir todo con ella. No en la ciudad, con todo lo que allí sucedería constantemente en nuestro entorno, sino junto al mar, tal vez en el interior del bosque, en cualquier sitio, con tal de que pudiéramos estar solos.

O en Oslo, una ciudad grande donde nadie nos conociera.

Yo podría hacer la compra después de estudiar en la biblioteca, la de la universidad, se entiende, y cocinar para ella en nuestro propio piso.

Y luego podríamos tener un niño.

El autobús se detuvo delante de la minúscula terminal, y un hombre con gorra y una pequeña maleta subió a bordo, pagó y vino hacia los asientos de atrás silbando. Se sentó justo delante de mí.

Abrí los brazos en ademán de impotencia. ¡Todo el autobús vacío y tenía que sentarse justo ahí!

Olía a colonia dulce. Tenía el cuello lleno de pelos ralos dispersos. Los lóbulos de sus orejas eran gruesos y rojos. Un campesino de Birkeland.

¿Niños?

Pero si yo no quería niños, no quería entrar en esa vida de nueve a cuatro, era una trampa que debía evitar, pero con Hanne era diferente, se trataba de otra cosa.

¡Qué va, coño, claro que no nos íbamos a casar, claro que no viviríamos en una isla, claro que no tendríamos niños!

Sonreí. Era la idea más loca que se me había ocurrido jamás.

Al otro lado de la pista de aterrizaje, al otro lado de la carretera, estaba la casa de Jøgge. Salía luz de las ventanas y me incliné un poco hacia delante para ver si lo veía. Pero si no me equivocaba, él estaría tumbado en su colchón de agua escuchando a Peter Gabriel.

A la mañana siguiente me desperté con el ruido de un aspirador en la habitación justo de debajo de mí. Me quedé en la cama. El aspirador dejó de sonar, y empezaron a oírse otros ruidos: botellas tintineantes, el rumor del friegaplatos, agua que se echaba en un cubo. Mi padre y Unni tenían fiesta en

casa cuando yo llegué. Lo último que vi de ellos antes de subir furtivamente a mi habitación la noche anterior fue la cara retorcida de él y que ella le ponía una mano en el hombro. Fue la primera vez que lo vi borracho y la primera vez que le vi llorar. Al cabo de un rato se abrió la puerta, sonaron pasos en la grava de fuera y luego sus voces justo debajo de mi ventana.

Había allí un banco con una mesa delante, donde mi padre solía sentarse en el verano en su postura característica, con un pie encima del otro, la espalda ligeramente inclinada hacia delante, a menudo con un periódico en las manos y un cigarrillo humeante entre los dedos.

Se estaban riendo. La clara voz de ella, más grave la de él.

Me levanté y me acerqué sigilosamente a la ventana.

El cielo estaba un poco brumoso, como de un tono más mate que de costumbre, pero el sol brillaba y el aire del jardín estaba completamente quieto y vibraba.

Abrí la ventana.

Estaban sentados en el banco, con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados mirando al sol. Los dos echaron la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Me parece ver al *Karlocharlo* allí arriba —dijo mi padre.

—¡Buenos días, madrugador! —dijo Unni.

—Buenos días —dije yo, sujetando el gancho de la ventana. No me gustaba ese modo en el que sus voces me abrazaban, como si ahora fuéramos una familia de tres. No era verdad, eran ellos dos y yo.

Pero aún me gustaba menos desempeñar el papel de adolescente protestón. Lo que menos quería en el mundo era brindarles alguna razón para reprocharme algo.

Me comí unas rebanadas de pan en la cocina, luego recogí todo con gran esmero, tiré las migas del cestillo del pan y de la mesa al cubo de la basura, que estaba debajo del fregadero, fui a por el walkman a mi habitación, me até los zapatos y bajé donde estaban ellos.

—Voy a dar una vuelta —dije.

—Muy bien —dijo mi padre—. ¿Vas a ver a algún amigo?

Él no sabía el nombre de ninguno de mis compañeros. Ni siquiera el de Jan Vidar, que llevaba tres años en mi clase. Pero ahora estaba sentado al lado

de Unni, dispuesto a mostrarse como un padre bueno y entrañable.

—Sí, creo que sí —respondí.

—Mañana empezaré a bajar mis cosas. Sería estupendo que estuvieras aquí, tal vez necesite un poco de ayuda para cargar bultos.

—Por supuesto —dije—. Hasta luego entonces.

Yo no iba a ver a ningún amigo; Jan Vidar trabajaba en una panadería en la ciudad ese verano, Bassen iba camino de Inglaterra, Per seguramente estaba trabajando en la fábrica de parque, y no tenía ni idea de lo que estaría haciendo Jøgge, pero no me resultaba natural y nunca me había resultado natural ir en bici a su casa sin tener algo muy específico que hacer allí. Me venía muy bien estar solo, me coloqué los auriculares, apreté el play y me dejé inundar por la música mientras bajaba la cuesta. El paisaje estaba completamente inmóvil, y tampoco se movían las pocas nubes que había en el cielo sobre las colinas al otro lado del valle. Seguí andando, también allí estaba todo quieto, porque, aparte de una granja un kilómetro más arriba, apenas había casas en decenas de kilómetros. Sólo bosque y agua.

El verde de las agujas de las coníferas era clarísimo a la luz del sol y casi negro en la sombra, pero todos los árboles tenían algo ligero, era debido al verano, no se mostraban introvertidos y meditabundos como en el invierno, qué va, se dejaban regar por el aire caliente y se alzaban hacia el sol, como todo lo demás vivo.

Me interné en el viejo camino forestal. Aunque estaba sólo a un par de cientos de metros sobre nuestra casa, no había caminado por él más que dos o tres veces, y sólo en el invierno, encima de los esquís. A lo largo de ese camino no ocurría nada, no había nadie, y los chicos de nuestra urbanización no lo exploraban; las cosas ocurrían abajo, la gente vivía hacia el mar.

Si me hubiese criado allí, quizá habría conocido cada arbusto, cada piedra, como en Tybakken. Pero sólo había vivido allí tres años, y nada se me había quedado grabado, nada significaba en el fondo gran cosa.

Apagué la música y me quité los auriculares. Sobre mí el aire estaba tan lleno de canto de pájaros que casi tenía la sensación de poder *verlo*. A veces sonaban crujidos en el sotobosque junto al camino, también debían de ser pájaros, pensé, pero no se veía a ninguno.

El camino subía suavemente, siempre a la sombra de los altos árboles que

crecían a ambos lados. Arriba del todo había una pequeña laguna, me tumbé en la hierba boca arriba a cierta distancia, contemplando el cielo y escuchando la música, estaba sonando *Remain in Light*, y pensaba en Hanne.

Tendría que escribirle otra carta. Tendría que ser tan buena que ella no consiguiera pensar nada más que en mí.

Mi padre no necesitó mucha ayuda mía para llevarse sus cosas al día siguiente por la tarde. Sacó él mismo todas las cajas, las cargó en la gran furgoneta blanca que había alquilado, las llevó a la ciudad en tres viajes y cuando por fin llegó el turno de los muebles sí que me necesitó. Ya con todo dentro cerró ruidosamente las puertas y me lanzó una rápida mirada.

—Estaremos en contacto —dijo.

Y me puso una mano en el hombro.

Era algo que nunca había hecho.

Se me humedecieron los ojos y bajé la mirada. Él retiró la mano, se sentó en el asiento del conductor, arrancó el motor y bajó lentamente la cuesta.

¿Yo le gustaba?

¿Sería posible?

Me froté los ojos con la manga de la camiseta.

Bueno, ya está, pensé. A partir de ahora no volvería a vivir con él nunca más.

Desde la linde del bosque llegaba corriendo el gato con el rabo apuntando al aire. Se detuvo delante de la puerta y me miró con sus ojos amarillos.

—¿Quieres entrar, Mefisto? —le pregunté—. Tal vez también tengas hambre.

No contestó, pero presionó la cabeza contra mi pierna cuando fui a abrir, luego se fue derecho a su plato de comida. Se quedó allí y me miró.

Abrí una lata, le eché un gran montón en el plato y fui al salón, donde aún flotaba en el aire un suave efluvio del perfume que usaba Unni.

Abrí la puerta de la terraza y me coloqué en la escalera de fuera. Aunque el sol ya no brillaba sobre el jardín, seguía haciendo calor.

Por la cuesta subía Per empujando su bicicleta.

Me acerqué hasta el borde.

—¿Vienes de trabajar? —grité.

—¡Con el sudor de mi frente! —contestó con otro grito.

—¿Cuánto has cotizado hoy para la pensión?

—Más de lo que vas a cotizar tú en toda tu vida.

Vi que estaba riéndose entre dientes. Era de esas personas que se reían entre dientes, y que siempre parecían mayores de lo que realmente eran.

Levantó la mano a modo de saludo, yo hice lo mismo, y entré en la casa.

Mi padre se había llevado dos de los cuadros colgados en la pared del salón. La mitad de los discos, supuse, y la mitad de los libros. Todos sus papeles, el escritorio y los objetos de oficina. El sofá de delante del televisor, los dos sillones Stressless de cuero. La mitad de los utensilios de cocina. Y, obviamente, toda su ropa.

Pero la casa no parecía desvalijada.

En el cuarto que había junto a la entrada sonaba el teléfono. Me apresuré a cogerlo.

—Hola, soy Karl Ove —dije.

—Hola, soy Yngve. ¿Qué pasa ahí?

—Papá acaba de marcharse con el último cargamento de su mudanza. Mamá llegará pronto. Ahora estoy aquí solo con el gato. ¿Dónde estás tú?

—Sigo en casa de Trond. Pensaba ir a veros. En realidad mañana, pero si papá ya se ha ido puede que me acerque esta noche.

—Ah, vale, ven. Estaría bien.

—Ya veré. Arvid tendría que llevarme en su coche. Puede que tenga tiempo. Venga, vale. ¡Nos vemos esta noche entonces!

—¡Estupendo!

Colgué y fui a ver la comida que había en la nevera.

Cuando mi madre subía la cuesta en su coche una hora más tarde, yo había frito salchichas, cebolla y patatas, cortado un poco de pan, sacado mantequilla y puesto la mesa.

Me acerqué a la puerta. Ella metió el coche en el garaje, bajó, se estiró un poco y cerró la verja.

Llevaba unos pantalones blancos, un jersey color óxido y sandalias. Sonrió

al verme. Parecía cansada, lo que era natural, después de haber conducido todo el día.

—¡Hola! —dijo—. ¿Estás solo?

—Sí —contesté.

—¿Te lo has pasado bien en Dinamarca?

—Sí, muy bien. ¿Y tú, qué tal por Sørbøvåg?

—Estupendamente.

Me incliné hacia delante y la abracé. Luego la seguí hasta la cocina.

—¡Has preparado comida! —dijo.

Sonreí.

—Siéntate. Hoy has conducido mucho. Voy a preparar un té. No sabía exactamente cuándo llegarías.

—Tal vez debería haber llamado —dijo ella—. Pero cuéntame. ¿Cómo fue lo de Dinamarca?

—Estuvo muy bien. Unos campos de fútbol estupendos. Jugamos unos cuantos partidos. Y salimos la última noche. Pero lo más divertido fue la fiesta de la clase.

—¿Viste a Hanne?

—Sí. Eso fue lo mejor de todo.

Ella sonrió. Yo también sonreí.

En ese momento sonó el teléfono. Entré y lo cogí.

—Soy papá.

—Hola —dije.

—¿Está ya ahí mamá?

—Sí. ¿Quieres hablar con ella?

—No, ¿de qué voy a hablar con ella? Queríamos saber si te apetece venir a casa el lunes. Para una sencilla cena de inauguración.

—Vale. ¿A qué hora?

—A las seis. ¿Sabes algo de Yngve?

—No, pero creo que está en Tromøya.

—Si hablas con él, dile que también será bienvenido.

—Lo haré.

—Bien, hasta luego entonces.

—Hasta pronto.

Colgué. ¿Cómo podía tener una voz tan fría si hacía sólo unas horas me había puesto una mano en el hombro?

Entré en la cocina, mi madre estaba echando el agua hirviendo en la tetera.

—Era papá —dije.

—¿Ah, sí?

—Me ha invitado a cenar.

—Eso está bien, ¿no?

Me encogí de hombros.

—¿Has tenido noticias de él este verano?

—No. Sólo de su abogado —contestó ella, poniendo la tetera en la mesa antes de sentarse.

—¿Y qué dice el abogado?

—Bueno..., la cuestión es cómo vamos a repartir esta casa. No estamos de acuerdo sobre ello. Pero no hace falta que tú pienses en esas cosas.

—¿No hace falta? Pienso en ello si quiero —dije, saqué de la sartén las salchichas, las patatas y la cebolla y lo puse todo en un plato.

—No hace falta que tomes partido, supongo que es eso lo que quiero decir —dijo ella.

—Yo tomé partido hace muchos años —dije—. Cuando tenía siete, ya había tomado partido. Así que no es nada nuevo. Ni tampoco un problema.

Pinché con el tenedor un trozo de salchicha que se había curvado con el calor, me lo llevé a la boca e hiqué los dientes en él.

—Pero si sale como parece que va a salir, vamos a tener poco dinero en los tiempos que vienen. Es decir, tú recibirás una pensión alimenticia de papá. Yo había pensado que tú dispusieras de la mayor parte posible de esa pensión. Pero como yo tengo que comprarle su parte de casa, mi economía quedará muy tocada.

—No importa —dije—. No es más que dinero. La vida no trata de eso.

—Eso lo dices tú —comentó mi madre con una sonrisa—. Es una buena actitud.

Yngve y Arvid llegaron sobre las diez de la noche. Arvid se limitó a asomar la cabeza por la puerta para saludarnos y se volvió a marchar, mientras

Yngve arrastraba su maleta y su bolsa grande hasta su habitación, que apenas había usado en los tres años que llevábamos viviendo allí.

—No te irás mañana por la mañana, ¿verdad? —le pregunté cuando volvió a bajar.

—No, hombre —contestó—. El avión sale pasado mañana. O, mejor dicho, puede que salga, tengo un billete de lista de espera.

Fuimos al salón. Yo me senté en el sillón de mimbre, Yngve al lado de mi madre en el sofá. Fuera dos murciélagos iban de un lado para otro, a veces desaparecían del todo en la oscuridad de las colinas del otro lado del río, luego volvían a aparecer en el cielo más claro. Yngve sirvió café del termo.

—Bueno, ha llegado la hora de dar el parte —dijo.

A lo largo de toda nuestra infancia, los tres solíamos reunirnos para charlar, a eso estaba acostumbrado, pero era la primera vez que ocurría sin que mi padre conviviera con nosotros, y la diferencia era enorme. Saber que él podía entrar en cualquier momento y de repente teníamos que pensar en lo que hacíamos y decíamos lo cambiaba todo.

También entonces hablábamos de todo, pero nunca una sola palabra sobre mi padre, ésa era una regla tácita.

Nunca se me había ocurrido.

Pero no hablábamos de él, habría resultado impensable.

¿Por qué?

Quizá tuviera que ver con la lealtad. Tal vez con el miedo a que nos oyera. Pero independientemente de lo que pudiera haber ocurrido en el transcurso del día, independientemente de lo infeliz que me hubiera sentido, nunca hablaba de eso con ellos. A solas con Yngve, sí, pero nunca cuando estábamos los tres juntos.

Fue como si se hubiese derrumbado el muro de un dique. Todo fluyó por el mismo agujero dentro del mismo valle, que rápidamente se llenó de algo que excluía otras cosas.

Yngve empezó a hablar de mi padre, y al cabo de un rato estábamos repasando un episodio tras otro. Yngve recordó el día en que abrieron la tienda B-Max y lo mandaron a comprar con una lista, dinero, y una orden muy estricta de volver a casa con el ticket. Lo hizo, pero el importe no se correspondía con el ticket, y mi padre lo encerró en el sótano y le dio una

paliza. Luego mencionó el día en que se le pinchó la rueda de la bici y mi padre le dio otra paliza. A mí, en cambio, nunca me pegó, por alguna razón nuestro padre siempre fue más duro con Yngve. Yo hablé de las bofetadas que me daba y de las veces que me encerró en el sótano, y el punto clave de las historias era siempre el mismo, su ira desencadenada por un pequeño detalle, una tontería, lo que en el fondo lo convertía en algo cómico. Al menos cuando lo contábamos luego. Un día me dejé un par de guantes en el autobús, cuando se enteró, me dio una bofetada. Otro día tropecé contra la frágil mesita de la entrada y la tiré, él vino hacia mí y me dio una bofetada. ¡Era completamente absurdo! Yo dije que siempre le había tenido miedo, Yngve dijo que nuestro padre dirigía lo que hacía y lo que pensaba, incluso entonces.

Mi madre no decía nada. Nos escuchaba, mirándonos a uno y a otro. A veces era como si desapareciera con su mirada. Había oído hablar de la mayor parte de los episodios, pero a lo mejor le resultaba sobrecogedor oír tantos, uno tras otro.

—Había un gran caos dentro de él —dijo ella al final—. Mayor de lo que yo pensaba entonces. Lo veía a menudo enfadado. Pero nunca vi que os pegara. No lo hacía cuando yo estaba presente. Y vosotros no me lo contabais. Pero yo intentaba compensaros por su ira. Daros otra cosa...

—Relájate, mamá —dije—. Nos ha ido bien. Fue entonces, no ahora.

—Nosotros hablábamos mucho —dijo ella—. Y él era muy manipulador, sí que lo era. Mucho. Se conocía bien a sí mismo, lo que me transmitía a mí. De modo que yo..., bueno, yo veía siempre todo lo que ocurría desde su perspectiva. Él decía que tenía muy mala relación con vosotros, y que era por mi culpa. Y en cierto modo era así, vosotros siempre acudíais a mí. Cuando llegaba él, vosotros os marchabais. Yo tenía mala conciencia por eso.

—Eso puedo entenderlo —dijo Yngve—. Pero lo que me cuesta entender es que vosotros os mudarais aquí y yo tuviera que arreglármelas solo. El que tú no pudieras ayudarme. Tenía diecisiete años, iba al instituto y no tenía dinero.

Mi madre suspiró profundamente.

—Lo sé —dijo—. Fui leal con él. No debería haberlo sido en ese caso. Fue una equivocación. Una gran equivocación.

—Déjalo ya —dije—. Lo pasado pasado está. Ya sólo estamos aquí

nosotros.

Mi madre encendió un pitillo. Yo miré a Yngve.

—¿Qué vamos a hacer mañana?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué te apetece?

—Bañarnos, quizá.

—O ir a la ciudad, tal vez. Ir a las tiendas de discos y a algún café.

Se volvió hacia nuestra madre.

—¿Me dejas tu coche?

—Sí, claro que sí.

Mi madre se acostó media hora después. Yo sabía que pensaría en lo que habíamos hablado, y que se quedaría despierta en la cama dándole vueltas. Yo no quería que estuviera preocupada ni se torturara por eso, no se lo merecía, pero ya no se podía hacer nada.

Cuando oímos crujir el techo al otro lado del salón, Yngve me miró.

—¿Sales conmigo a fumar un pitillo?

Asentí con la cabeza.

Nos dirigimos en silencio a la entrada, nos calzamos, nos pusimos las chaquetas, salimos sigilosamente de la casa y nos fuimos al lado contrario de donde ella dormía.

—¿Cuándo le vas a contar que fumas? —pregunté, viendo cómo la llama del encendedor le iluminaba la cara y el rescoldo que se encendía cuando apagó el encendedor.

Lo oí exhalar el humo.

—¿Cuándo vas a decírselo tú?

—Yo tengo dieciséis años. No me dejan fumar. Pero tú tienes veinte, joder.

—Bueno, bueno —dijo.

Me sentí un poco ofendido y di un par de pasos hacia el fondo del jardín. El gran arbusto lleno de flores blancas al final del sembrado de patatas emitía un olor penetrante. No me acordaba de su nombre.

El cielo estaba claro, el bosque al otro lado del río, oscuro.

—¿Viste alguna vez a mamá y a papá abrazarse? —preguntó Yngve.

Volví junto a él.

—No que yo recuerde —respondí—. ¿Y tú?

Sacudió la cabeza delante de mí en la penumbra.

—Una vez. Fue en Hove, así que yo tendría cinco años. Papá regañó tanto a mamá que ella se echó a llorar, estaba llorando en la cocina. Él se fue al salón. Luego volvió, la abrazó y la consoló. Es la única vez.

Me eché a llorar. Pero estaba oscuro, y no salía de mí un sonido, de modo que él no se dio cuenta.

Antes de ir a la ciudad fui a buscar a mi madre. Estaba en el jardín, llevaba unos enormes guantes de trabajo y con unas pequeñas tijeras de jardinero estaba cortando los bordes de los arriates.

—¿Puedo pedirte algo de dinero? —pregunté—. Me gasté todo lo que tenía en Dinamarca.

—Voy a ver lo que tengo —dijo, y se fue a por su bolso. Yo la seguí.

—¿Tienes bastante con cincuenta? —preguntó, sacando de la cartera un billete verde.

—¿Tienes cien? Pensaba comprarme uno o dos discos.

Contó las monedas.

—Noventa. Lo siento, es todo lo que tengo.

—Tendrá que bastar —dije, me acerqué al coche, que estaba ya con el motor en marcha en la grava, y me senté al lado de Yngve, que llevaba sus gafas Ray-Ban.

—Cuando tenga dinero me compraré unas como ésas —dije señalándolas.

Yngve empezó a conducir cuesta abajo.

—Cómpratelas cuando recibas tu primer préstamo de estudiante —dijo.

—Para eso aún faltan *dos* años.

—Entonces tendrás que ponerte a trabajar. Apilar tablonos en la fábrica de Boen o lo que se haga allí.

—He pensado en empezar a hacer críticas de discos —dije—. Y entrevistar a grupos y cosas así.

—¿Ah, sí? Parece buena idea. ¿Para quién lo harás?

—Para el *Nye Sørlandet*.

El coche nos llevó por la estrecha carretera bajo los frondosos árboles, pasando por delante de las viejas casas pintadas de blanco, siempre con el río titilante debajo de nosotros. Cuando llegamos a la cascada, donde había algunas personas tumbadas sobre la roca, me volví hacia Yngve.

—¿Qué te parece si nos bañamos después? Nos daría tiempo a las dos cosas —dije.

—Podemos hacerlo —contestó—. ¿Qué tal la playa de Haresanden?

—Vale.

—¿Venden helados allí?

—Claro que sí. Es posible que incluso tengan helados de máquina.

Llevé a Yngve a la Bolsa de Discos, que estaba en el antiguo edificio de la Bolsa de la ciudad, no sin disfrutar de la situación, allí era yo quien sabía dónde se encontraba todo y lo que era importante.

Me enseñó un disco.

—¿Tienes éste?

—¿No? ¿Qué es?

—The Church. *The Blurred Crusade*. Es imprescindible.

—Vale. Entonces me lo compro.

Me sobraba dinero para un disco a buen precio, y compré 77, de Talking Heads. Yngve esperaba a que le llegara el préstamo de estudiante para comprarse discos.

Nos sentamos en el café que había delante de la biblioteca pública a fumar y tomarnos un café. Tenía la esperanza de que algún conocido mío apareciera por allí, tanto para que Yngve no pensara que yo no tenía amigos como para que mis conocidos me vieran con Yngve.

Pero al parecer no había nadie en la ciudad ese día.

—¿Dónde compró mamá aquellos discos las navidades pasadas? —preguntó Yngve—. ¿Te acuerdas?

Por Navidad mi madre le había regalado a Yngve el primer disco de The The, y a mí *Script of the Bridge*, de The Chameleons. Hasta entonces yo no había oído hablar de The Chameleons, pero eran fantásticos. Lo mismo ocurrió con Yngve y The The. No teníamos ni idea de cómo lo supo. En esa ciudad

había poca gente más al día en el tema que Yngve y yo. Ella nos contó que entró en una tienda de discos donde primero *describió* a Yngve y luego a mí, acto seguido el dependiente le sacó los discos.

Le pregunté de qué tienda se trataba, ella me lo dijo y antes de Año Nuevo me pasé por allí. Detrás del mostrador estaba Harald Hempel. Entonces lo entendí todo. Él tocaba en Lily and the Gigolos, y lo que él no supiera sobre buena música no merecía saberse.

—Está en la calle Dronningen —contesté—. ¿Nos acercamos?

—Un rato, ¿vale?

Cuando nos metimos en el coche después de haber ido a la última tienda de discos, señalé un edificio.

—Allí está el *Nye Sørlandet*. El periódico del que te hablé.

Yngve levantó la vista un instante para mirar cuando pasamos justo por delante.

—Parece pequeño —dijo.

—Sí, es el segundo periódico de esta ciudad. Más o menos como el *Tiden* en Arendal.

Miré hacia ambos lados de la calle Elve, donde mi padre vivía ahora, para ver si lo veía aparecer. Pero no fue así.

—¿Qué crees tú que es mejor? —pregunté—. ¿Escribir una solicitud o hablar con ellos?

—Hablar con ellos.

—Vale. Así lo haré.

—Por cierto, ¿has oído que vienen Simple Minds? Van a tocar en Drammenshallen.

—¡No!

—Sí. Falta mucho, pero sacarán las entradas a la venta bastante antes. Deberías ir.

—Sí. ¿Y tú no?

—Está demasiado lejos y es demasiado caro. Pero para ti no supone más que un viajecito en tren.

—Sí que iré —dije, reclinándome en el asiento. Mientras el coche se

movía, yo intentaba imaginarme cómo sería aquello sin la carretera, sin las urbanizaciones, qué aspecto tendría en el pasado. Calas y bahías intactas, grandes, tal vez impenetrables, áreas forestales. La playa de Hamresanden sólo una línea de arena a lo largo de la orilla del río y del golfo. Nada de caravanas, nada de tiendas de campaña, nada de cabañas vacacionales, nada de puestos, nada de seres humanos. Nada de tiendas, nada de gasolineras, nada de casas, nada de capillas, nada. Sólo bosques, montañas, playa, mar.

Resultó un pensamiento imposible.

—Dejemos lo de la playa —dijo Yngve—. ¿Te parece? Seguro que mamá ya tiene preparada la comida.

—Vale —dije—. De todas formas tengo muchas ganas de escuchar el disco de The Church.

Yo nunca me ponía triste, como se ponía siempre mi madre cuando alguien se marchaba, excepto cuando se trataba de Yngve. O tal vez triste no sea la palabra, no eran exactamente sentimientos intensos. Más bien una especie de melancolía.

Así que no acompañé a mi madre a llevarlo al aeropuerto de Kjevik; preferí coger la bici y bajar a casa de Jan Vidar. Juntos subimos al rápido, donde nos bañamos durante una hora. Nos metimos en el agua más allá del rápido, luego nos deslizamos por la ladera de la montaña, regular y alisada por las algas, hasta la corriente de abajo, que era invencible, no tenías otra elección que dejarte llevar, tal vez intentar dar un par de brazadas y dirigirte lentamente hacia dentro.

Luego nos tumbamos en las rocas con las manos a los costados, secándonos al sol, y en la piedra junto a nosotros las zapatillas, Jan Vidar puso las gafas plegadas dentro de las suyas.

Ese día se encontraban allí Merethe y Gunn. Estaban tumbadas sobre la roca pelada en medio del rápido, las dos en bikini. Su presencia nos excitó, aumentó muchísimo la velocidad que llevábamos dentro, a la vez que estábamos tumbados sin movernos. El efecto fue contra natura. Al menos ésa era la sensación que yo tenía.

Merethe llevaba un bikini rojo.

Tenía dos años menos que nosotros, sólo iba a octavo, pronto empezaría noveno, ¿pero qué importaba eso?

No podía ligármela, pero mi cuerpo no tenía esos reparos.

Ah, qué increíblemente frustrante resultaba estar allí tumbado, mirándola con ojos desmesurados. Ver sus muslos, ahora más anchos por estar presionados contra la roca, mirar hacia ese pequeño punto entre ellos, la tela roja que por ahí le apretaba. Bueno, y sus pechos, claro.

Cuando nos levantamos fue con la esperanza de que ellas nos mirasen y tal vez pensarán lo mismo que nosotros. Pero estaban tan hastiadas, eran tan conocedoras del mundo, que nosotros, los mismísimos Jan Vidar y Karl Ove, no éramos lo suficientemente buenos para ellas.

Trepamos hasta la cascada sobre sus cabezas, nos lanzamos a nadar en la corriente y fuimos arrastrados por el rápido hasta el profundo y ancho río debajo.

Ellas ni siquiera parpadearon.

Estábamos acostumbrados a eso. Era algo que habíamos vivido durante tres veranos seguidos. A mí me dolía muchísimo, y probablemente también a Jan Vidar. Al menos se retorció como yo, tumbado en la roca.

No nos podíamos decir que algún día llegaría nuestra oportunidad, porque ya habíamos perdido la fe en ello.

¿Por qué me chafaron el plan en Dinamarca?

Qué acto tan diabólico había sido. Y además ellos sacaron poco provecho de aquello, acaso algunas risas, mientras que lo que a mí me destrozaron significaba todo.

Se lo conté a Jan Vidar.

Se rió.

—Te dieron tu merecido. ¿Cómo pudiste ser tan tonto de contárselo a Bjørn y a Jøgge?

—Estaba todo a punto —contesté—. ¡Absolutamente todo! ¡Era perfecto! Y luego... nada.

—Ella era magnífica, ¿no?

—Sí, era magnífica. De verdad.

—¿Más que Hanne?

—No son comparables. Es como lo de las peras y las manzanas.

—¿El qué?

—No se puede comparar a Hanne con una chica danesa a la que pretendía follarme. Eso podrás entenderlo, ¿no?

—¿Qué quieres de Hanne entonces?

—Al menos no hablar de ella de esa manera.

Sonrió y cerró los ojos.

La tarde siguiente fui a casa de mi padre. Me puse una camisa blanca, un pantalón negro de algodón y las zapatillas blancas de baloncesto. Para no sentirme tan jodidamente desnudo como me sentía cuando iba en camisa, me llevé la americana cogida por la presilla y echada al hombro, ya que hacía demasiado calor para llevarla puesta.

Me bajé del autobús justo después del puente Lund y recorrí la calle somnolienta y con claras señales de vacío veraniego hasta la casa en la que vivía mi padre. Yo había pasado aquel invierno en una habitación de esa casa.

Él estaba en el patio trasero echando líquido combustible sobre el carbón de la parrilla. Estaba desnudo de cintura para arriba, llevaba un bañador azul y tenía los pies metidos en un par de zapatillas viejas sin cordones. Era un atuendo poco corriente en él.

—Hola —dijo.

—Hola —dije.

—Siéntate.

Señaló el banco que había junto a la pared.

La ventana de la cocina estaba abierta y dentro se oían ruidos de cristal y cacharros.

—Unni está dentro preparando las cosas —dijo—. Saldrá enseguida.

Tenía los ojos turbios.

Dio un par de pasos hacia mí, cogió el encendedor que había sobre la mesa y encendió el carbón. Una llama casi transparente, azul por la parte de abajo, se elevó de la parrilla. Parecía que no estaba en absoluto en contacto con el carbón, era más bien como si lo sobrevolara.

—¿Sabes algo de Yngve?

—Sí —contesté—. Pasó por casa antes de seguir hacia Bergen.

—Pues aquí no vino —dijo mi padre.

—Dijo que le habría gustado ver cómo te había quedado esto pero no tenía tiempo.

Mi padre miró las llamas, que ya estaban más bajas. Se dio la vuelta, vino hacia mí y se sentó a mi lado en una silla de camping. Sacó como por arte de magia una copa de vino tinto y una botella. Seguramente estarían en el suelo a su lado.

—Me he permitido tomar un poco de vino hoy —dijo—. Estamos en verano, ¿sabes?

—Sí —contesté.

—A tu madre eso no le gustaba.

—¿Ah, no?

—Qué va. Eso no estaba bien.

—No.

—Bueno, bueno —dijo, vaciando la copa de un sorbo.

—Gunnar vino por aquí a figonear. Luego irá a contarles a los abuelos lo que ha visto.

—Supongo que simplemente venía a hacer una visita —dije.

Mi padre no contestó, volvió a llenarse la copa.

—¿Sales, Unni? —gritó hacia dentro—. ¡Mi hijo ha venido a visitarnos!

—Sí, enseguida salgo —se oyó desde dentro.

—No, viene a figonear —dijo, retomando el hilo—. Y luego les hace la pelota a tus abuelos.

Estaba mirando al frente con la copa en la mano.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿No quieres algo de beber? ¿Un refresco? Creo que tenemos algo en la nevera. Entra y pregúntale a Unni.

Me levanté, aliviado de poder escabullirme.

Gunnar, el hermano de mi padre, era un hombre sensato y honrado, decente y ordenado en todos los sentidos, lo había sido siempre, no cabía duda de ello. ¿Entonces por qué de repente esos ataques por parte de mi padre?

Después de tanta claridad como había en el patio, al principio no vi nada al entrar en la cocina. Unni dejó el cepillo de fregar cuando entré, se acercó a mí y me abrazó.

—Me alegro mucho de verte, Karl Ove —dijo con una sonrisa.

Se la devolví. Unni era una persona amable. Las veces que la había visto siempre estaba alegre, casi exultante. Y me trataba como a un adulto. Era como si quisiera congraciarse conmigo, lo que me gustaba y disgustaba a la vez.

—Lo mismo te digo —respondí—. Papá ha dicho que hay algún refresco o algo así en la nevera.

Ella abrió la puerta y sacó una botella de Coca-Cola. Secó un vaso y me lo dio.

—Tu padre es un buen hombre —dijo—. Pero eso ya lo sabes, supongo.

No contesté, me limité a sonreír. Y cuando me sentí seguro de que la falta de respuesta no era entendida como un rechazo, volví a salir.

Mi padre seguía allí sentado.

—¿Y qué ha dicho mamá? —dijo, una vez más como al aire.

—¿Sobre qué? —pregunté, sentándome. Abrí la botella y llené el vaso tanto que tuve que alejarlo para que las burbujas cayeran sobre el suelo de losas.

¡Él ni se percató!

—Sobre el divorcio —contestó.

—Nada en especial.

—Supongo que yo soy el malo de la película —dijo—. Estaréis comentando eso, ¿no?

—No, en absoluto. Palabra de honor.

Se hizo el silencio.

Por encima de la empalizada blanca se veía un trozo de río, verdoso bajo la intensa luz del sol, y los tejados de las casas del otro lado. Por todas partes había árboles, esas hermosas criaturas verdes con las que nunca cuentas del todo, por las que pasas sin más, registrándolos sin que dejen ninguna huella en ti, como hacen los perros o los gatos, por ejemplo, pero que, pensándolo bien, están presentes de una manera mucho más masiva y abrumadora.

En la barbacoa las llamas ya se habían extinguido del todo. Algunos trozos de carbón ardían naranjas, otros se habían convertido en grisáceas nubecillas de algodón, el resto estaba igual de negro que al principio. Me pregunté a mí mismo si podía encenderme un pitillo. Tenía un paquete en el bolsillo interior de la americana. En la fiesta que hicieron no les importó. Pero eso no

significaba que no importara ahora.

Mi padre bebía. No paraba de tocarse su abundante pelo. Se echó vino en la copa, que sólo se llenó hasta la mitad, la botella estaba vacía. Se la puso delante de los ojos y estudió la etiqueta. Acto seguido se levantó y desapareció.

Pensé que debía ser lo más amable que pudiera con él. No importaba lo que él hiciera, yo sería un buen hijo.

Esa decisión llegó a la vez que una ráfaga de viento del mar, y de alguna manera esos dos fenómenos se relacionaron dentro de mí, había en ello algo refrescante, una redención tras una larga jornada de estancamiento.

Mi padre volvió a salir y apuró la última gota antes de volver a llenar el vaso con otra botella.

—Estoy bien ahora, Karl Ove —dijo cuando se hubo sentado—. Ella y yo nos llevamos muy bien.

—Sí, se nota —dije.

—Sí —dijo él sin escuchar.

Mi padre puso unos filetes en la barbacoa; luego los llevó a la casa, donde Unni había puesto la mesa con un mantel blanco y flamantes platos y copas. No sabía por qué no cenábamos en el jardín, pero supuse que tendría que ver con los vecinos. A mi padre nunca le había gustado que lo vieran, al menos no en una situación tan íntima como para él era comer.

Desapareció durante unos minutos, luego volvió con esa camisa blanca con flecos que había llevado en su fiesta, y un pantalón negro.

Mientras él y yo estábamos sentados fuera, Unni había hervido brócoli y asado patatas en el horno. Mi padre me sirvió vino tinto, podría beberme una copa con la comida, dijo, pero no más.

Elogié la comida. La barbacoa salía muy buena cuando se asaba una carne tan buena como ésa.

—Brindemos —dijo mi padre—. ¡Brindemos por Unni!

Levantamos las copas y nos miramos.

—Y por Karl Ove —dijo ella.

—Ya puestos, podemos brindar por mí también —dijo mi padre riéndose.

Fue el primer momento agradable de verdad, y una sensación de calor se expandió por mi interior. De repente hubo un destello en los ojos de mi padre, y yo me puse a comer más deprisa de pura excitación.

—Nuestra convivencia es entrañable —dijo mi padre, poniendo una mano en el hombro de Unni. Ella se rió.

Él antes jamás habría usado una palabra como «entrañable».

Miré mi copa. Estaba vacía. Vacilé, me di cuenta de que vacilaba, metí la cucharilla en la patata para disimular y luego me estiré, como por casualidad, hacia la botella de vino.

Mi padre no se dio cuenta de nada, me bebí la copa a toda prisa y me la llené de nuevo. Él se lió un pitillo, y Unni otro. Los dos se reclinaron en sus sillas.

—Tenemos que abrir otra botella —dijo él, desapareciendo camino de la cocina. Cuando volvió a salir, abrazó a Unni.

Yo fui a por los cigarrillos a mi americana, me senté y encendí uno.

Mi padre tampoco reparó en ello.

Se volvió a levantar y se fue al baño. Sus pasos eran inestables. Unni me sonrió.

—Voy a dar noruego a los de primero este otoño —dijo—. Tal vez puedas darme algunos buenos consejos. Será mi primera clase.

—Claro que puedo —dije.

Me sonrió y me miró a los ojos. Bajé la vista y di un largo sorbo de vino.

—Porque a ti te interesa la literatura, ¿verdad? —prosiguió.

—Pues sí, de alguna manera —dije—. Entre otras cosas.

—A mí también —dijo ella—. Nunca he leído tanto como cuando tenía tu edad.

—¿Ah, sí?

—Lo devoraba todo. Era una especie de búsqueda existencial, creo. Que en ese momento se encontraba en su momento más intenso.

—Ah —dije.

—Por lo que veo os habéis hecho amigos —dijo mi padre detrás de mí—. Eso está bien. Tienes que conocer a Unni, Karl Ove. Es buena persona. Se ríe constantemente. ¿A que sí, Unni?

—No todo el tiempo —contestó ella riéndose.

Mi padre se sentó, dio un trago de la copa y mientras bebía, su mirada estaba vacía como la de un animal.

Se inclinó hacia delante.

—No he sido siempre un buen padre, Karl Ove. Sé que eso es lo que piensas.

—No, no es verdad. No pienso eso.

—No seas tonto. Ya no hace falta seguir fingiendo. Tú piensas que yo no siempre he sido un buen padre. Y tienes razón. He hecho muchas cosas mal. Pero debes saber que siempre lo he hecho lo mejor que he sabido. ¡De verdad!

Bajé la vista. Lo último lo había dicho en un tono suplicante.

—Cuando naciste, Karl Ove, tenías una pierna mal. ¿Lo sabías?

—Sí, vagamente —contesté.

—Ese día fui corriendo al hospital. ¡Y lo vi, vi que tenías la pierna del revés! Te pusieron una escayola, ¿sabes? Allí estabas, tan pequeño, con todo el pie escayolado. Y cuando te quitaron la escayola, yo te daba masajes. Muchas veces cada día durante varios meses. Teníamos que hacerlo para que luego pudieras andar. Yo te daba masajes, Karl Ove. Entonces vivíamos en Oslo, ¿sabes?

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Eché una rápida mirada a Unni, ella lo miró y le apretó la mano.

—No teníamos dinero —prosiguió mi padre—. Teníamos que ir a coger fresas y todo tipo de bayas, y yo tenía que ir a pescar, ¿recuerdas?, para poder subsistir. Piensa también en eso cuando pienses en cómo vivíamos entonces. Yo lo hice lo mejor que pude, créeme.

—Te creo —dije—. Sucedieron muchas cosas, pero eso no importa ahora.

Él enderezó rápidamente la cabeza.

—¡Sí que importa! —gritó—. ¡No digas eso!

Luego miró el cigarrillo que tenía entre los dedos. Cogió el encendedor de la mesa, lo encendió y se volvió a acomodar.

—Pero ahora sí que estamos a gusto, ¿no os parece? —dijo.

—Sí —asentí—. Ha sido una cena verdaderamente señorial.

—Unni también tiene un hijo, ¿sabes? —dijo mi padre—. Es casi de tu edad.

—No hablemos de eso ahora —intervino Unni—. En este momento el que

está aquí es Karl Ove.

—Pero estoy seguro de que Karl Ove quiere saberlo —dijo mi padre—. Van a ser casi hermanos. ¿No es verdad? Estás de acuerdo, ¿a que sí, Karl Ove?

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Es un chico estupendo. Lo conocí la semana pasada —añadió.

Me serví vino lo más discretamente que pude.

Sonó el teléfono en el comedor. Mi padre se levantó a cogerlo.

—¡Cuidado! —se dijo a sí mismo cuando estuvo a punto de perder el equilibrio. Y luego al teléfono—: Ya voy, pesado.

Descolgó el auricular.

—¡Hola, Arne! —dijo.

Hablaba muy alto, podía haber oído cada palabra de haber querido, pero no quería.

—Últimamente ha estado sometido a mucha presión —dijo Unni en voz baja—. Necesita desahogarse un poco.

—Entiendo —dije.

—Es una pena que Yngve no haya podido venir.

¿Yngve?

—Ha tenido que volver a Bergen —dije.

—Sí, claro que sí —decía mi padre al teléfono.

—¿Quién es Arne? —pregunté.

—Un pariente mío —respondió Unni—. Estuvimos con ellos a principios del verano. Son muy majos. Ya los conocerás.

—Sí —dije.

Mi padre entró y descubrió que la botella de vino estaba casi vacía.

—Un poco de coñac después de la cena, ¿verdad? —dijo.

—Tú no bebes coñac, ¿verdad? —preguntó Unni, mirándome.

—No, el chico no puede tomar alcoholes fuertes —dijo mi padre.

—Ya he bebido —dije—. Este verano. En el campamento de entrenamiento.

Mi padre me miró.

—¿Lo sabe mamá? —preguntó.

—¿Mamá? —dijo Unni.

—Podemos darte una copita, no más —dijo mi padre, mirando a Unni—. ¿De acuerdo?

—Vale —contesté.

Se fue a por el coñac y unas copas, las llenó y acto seguido se recostó en el profundo sofá blanco colocado debajo de la ventana que daba a la calle, donde el crepúsculo ya reposaba como un velo sobre las paredes de las casas blancas del otro lado.

Unni le puso un brazo alrededor del hombro y una mano sobre el pecho. Él sonreía.

—¿Ves lo bien que me tratan, Karl Ove? —dijo.

—Sí —contesté, estremeciéndome cuando el alcohol se encontró con mi lengua. Los hombros me temblaron levemente.

—Pero también tiene genio, ¿sabes? ¿A que sí, Unni?

—Pues sí —dijo ella sonriendo.

—Un día estrelló el despertador contra la pared —dijo él.

—Necesito desahogarme enseguida —dijo Unni.

—No ocurre lo mismo con tu madre —dijo él.

—¿Tienes que hablar de ella todo el rato? —preguntó Unni.

—Qué va, qué va —dijo mi padre, haciendo un gesto hacia mí—. Pero no seas tan susceptible. Al fin y al cabo este chico es suyo y mío. Es mi hijo, debemos poder hablar entre nosotros.

—Muy bien —dijo Unni—. Hablad todo lo que queráis. Yo me voy a acostar.

Se levantó.

—Pero, Unni... —dijo mi padre.

Ella desapareció en el otro salón. Él se levantó y fue lentamente tras ella sin mirarme.

Pude oír sus voces desde la otra habitación, bajas y airadas. Me acabé el coñac y me serví más, luego me esmeré para dejar la botella en el mismo lugar que estaba.

Ay, ay.

Mi padre estaba gritando.

Al instante volvió a entrar.

—¿A qué hora dijiste que salía el último autobús? —me preguntó.

—A las once y diez —contesté.

—Pues ya es casi la hora —dijo—. Será mejor que te vayas para que llegues a tiempo de cogerlo.

—Vale —dije, levantándome. Tuve que poner una pierna algo separada de la otra para no tambalearme. Sonreí.

—Gracias por todo —dije.

—Estaremos en contacto —dijo él—. Aunque ya no vivamos en la misma casa, eso no debe cambiar nada entre nosotros. Es importante.

—Claro —contesté.

—¿Lo entiendes?

—Sí. Es importante que sigamos en contacto —dije.

—No te burles de mí —dijo.

—No, no —dije—. Es importante ahora que os habéis divorciado.

—Sí. Ya te llamaré. Y pasa por aquí cuando estés por el centro. ¿Vale?

—Vale —contesté.

Al ponerme los zapatos estuve a punto de caerme, y tuve que apoyarme en la pared. Mi padre, que estaba sentado en el sofá bebiendo, no se percató de nada.

—¡Hasta pronto, entonces! —dije, y abrí la puerta.

—Hasta pronto, chico —dijo él desde dentro.

Salí a la oscuridad y me encaminé a la parada del autobús.

Esperé como un cuarto de hora, sentado en una escalera fumando, mirando las estrellas y pensando en Hanne.

Vi su cara delante de mí.

Ella se reía, sus ojos emitían destellos.

Oí su risa.

Ella se reía casi siempre. Y cuando no se reía, la risa burbujeaba en su voz.

¡Por favor!, solía decir cuando algo le resultaba irrazonable o cómico.

Pensé en cómo era cuando se ponía seria. Entonces era como si estuviera mucho más en mi campo, y yo me sentía como una enorme nube negra que la rodeaba. Pero sólo ocurría cuando se ponía seria, nunca en otras ocasiones.

Cuando estaba con Hanne, yo también me reía casi todo el tiempo.

¡Esa pequeña nariz suya!

Ella era más chica que mujer, de la misma manera que yo era más chico que hombre. Yo solía decir que ella parecía una gata. Y era verdad, había en ella algo felino, en sus movimientos, pero también en una especie de suavidad, algo que quería pegarse a ti.

Oía dentro de mí su risa mientras fumaba mirando las estrellas. Entonces escuché el pesado zumbido del autobús que subía por la calle, entre la hilera de casas, tiré la colilla, me levanté, conté lentamente las monedas en el bolsillo y se las di al conductor al subir.

Ah, esas luces atenuadas de los autobuses por las noches y los sonidos sordos. Los pocos pasajeros sentados, inmersos en su propio mundo. El paisaje que pasa deslizándose por la oscuridad de fuera. El zumbido del motor. Así sentado, pensando en lo mejor que uno tiene, en lo más querido, deseando sólo estar allí, como fuera del mundo, de camino de un lugar a otro, ¿no es entonces cuando uno está por fin presente en él? ¿No es entonces cuando uno por fin está de lleno en el mundo?

Ah, ésta es la canción del joven que amaba a la joven. ¿Tiene derecho a usar una palabra como «amar»? Él no sabe nada de la vida, no sabe nada de ella, no sabe nada de sí mismo. Lo único que sabe es que jamás ha sentido algo con tanta fuerza y tanta claridad. Todo duele, pero no hay nada tan bueno como eso. Ah, ésta es la canción sobre tener dieciséis años y estar sentado en un autobús pensando en ella, la única, sin saber que esos sentimientos se irán atenuando poco a poco, apagando, que la vida, que ahora es tan grande y formidable, será inexorablemente cada vez más pequeña, hasta hacerse de una magnitud manejable, algo que no duele tanto, pero que tampoco es tan bueno.

Esto sólo podría haberlo escrito un hombre de cuarenta años. Yo tengo ahora cuarenta, la misma edad que mi padre tenía entonces, estoy sentado en nuestro piso de Malmö, en las habitaciones contiguas duerme mi familia. Linda y Vanja en nuestro dormitorio, Heidi y John en el cuarto de los niños. Ingrid, la abuela materna de mis hijos, en una cama en el salón. Estamos a 25 de noviembre de 2009. Los mediados de los ochenta resultan tan lejanos ahora

como los cincuenta entonces. Pero casi todos los seres de esta historia están todavía por ahí. Hanne está por ahí, Jan Vidar está por ahí, Jøgge está por ahí. Mi madre y mi hermano Yngve —con el que he hablado hace apenas dos horas, porque estamos planificando un viaje a Córcega este verano, él con sus hijos, Linda y yo con los nuestros— están por ahí. Pero mi padre está muerto, mi abuela paterna está muerta y mi abuelo paterno está muerto.

Entre las cosas que mi padre dejó al morir había tres cuadernos de notas y un diario. Durante tres años estuvo anotando los nombres de todas las personas con las que se relacionaba en el transcurso del día, de todas las que lo llamaban, las veces que hacía el amor con Unni, y cuánto bebía. De vez en cuando un breve informe sobre el suceso, pero por regla general nada.

«K. O. de visita», pone a menudo.

Se refería a mí.

A veces pone «K. O. de buen humor» cuando había estado allí.

A veces «una conversación acertada».

A veces «ambiente aceptable».

A veces nada.

Puedo entender que anotara a las personas con las que se había relacionado y charlado en el transcurso del día, que registrara todas las peleas y reconciliaciones, pero no entiendo por qué anotaba lo mucho que bebía. Es como si llevara la cuenta de su perdición.

Cuando volví al instituto después de las vacaciones de verano fue como retroceder al principio; todo resultó ser como había sido cuando empecé el instituto el año anterior. La clase era nueva, los alumnos y los profesores desconocidos. La única diferencia era que en el primer curso había veintiséis chicas y en éste sólo veinticuatro.

Me senté en el mismo sitio, en la fila de más atrás en el rincón de la izquierda, visto desde la mesa del profesor, y me comportaba de la misma manera: participaba en las clases, cuestionaba lo que decían los profesores y discutía a menudo con otros alumnos sobre asuntos de política o religión. Cuando llegaba el recreo, todos los de la clase desaparecían para unirse a las pandillas a las que pertenecían o a los amigos que tenían de antes, y yo

dedicaba casi todas mis fuerzas y mi capacidad de pensar a evitar la humillación de andar por ahí solo.

Subía a la biblioteca a leer, por ejemplo, *La torre de los halcones*, del escritor Erik Fosnes Hansen, que tenía entonces veinte años, y pensaba que sólo faltaban cuatro para que yo los tuviera, ¿podría para entonces estar mi nombre en la cubierta de un libro? Me quedaba sentado en el aula, en mi sitio, fingiendo hacer los deberes. Subía a la gasolinera, que estaba cerca del recinto escolar, a comprar alguna cosa, por regla general un periódico de Oslo, ya que no podía leerlo en compañía de nadie, y por tanto resultaría aceptable estar sentado solo en la cantina durante el interminable recreo largo. O fingía estar buscando a alguien. Subiendo y bajando escaleras, recorriendo largos pasillos, alguna que otra vez acercándome a Gimlehallen o a la Escuela de Comercio, siempre a la caza de una persona ficticia a la que buscaba con la mirada. Pero la mayor parte del tiempo me quedaba fumando delante de la puerta principal, evidentemente porque ese acto me proporcionaba un lugar donde tenía razón de estar, a la vez que había allí otros, mis «amigos» para aquellos que se lo preguntaran.

El miedo a ser considerado una persona sin amigos no era infundado. Un día había un mensaje nuevo en el tablón de anuncios. Un alumno que acababa de mudarse a nuestra ciudad y que no conocía a nadie buscaba amigos, y si alguien tenía interés en conocerlo, estaría a las doce del día siguiente junto al asta de la bandera.

A las doce del día siguiente los alrededores del asta estaban atestados de alumnos. Todo el mundo quería ver a esa criatura sin amigos que obviamente no apareció.

¿Había sido una broma? ¿O le habían entrado dudas al ver esa multitud?

Yo sufrí con él, fuera quien fuera.

Un día fui al *Nye Sørlandet* y dije que quería hablar con el responsable de música. Me enviaron al despacho de un hombre llamado Steinar Vindslund. Era joven, tenía el pelo oscuro y abultado, cortado por los lados y por la nuca, no muy diferente al bajista de Simple Minds, barba de dos días y ojos risueños. Me presenté y le dije lo que quería.

—No, no tenemos a ningún crítico fijo de música. Suelo hacerlo yo, pero tengo tal cantidad de trabajo que estaría bien que alguien se encargara.

Me echó una mirada escudriñadora.

Me había vestido para la ocasión, con la camisa a cuadros de ajedrez, igual que la de The Edge, cinturón con tachuelas y pantalones negros.

—¿Y a ti qué te gusta?

Se lo dije y él asintió con la cabeza.

—Vamos a hacerte una prueba. Mira —dijo, rebuscando en un montón de discos que flotaban sobre la mesa—, llévate éstos a casa y escribe sobre ellos. Si lo haces bien, serás nuestro nuevo crítico de discos.

Escribí durante todo el fin de semana borrador tras borrador, y al llegar el lunes fui al periódico después del instituto a entregarle las seis páginas escritas a mano. Las leyó de pie, preocupantemente rápido. Luego me miró.

—Tengo enfrente a nuestro nuevo crítico de discos —dijo.

—¿Te ha gustado?

—Está bien. ¿Tienes unos minutos?

—Sí.

—Voy a hacerte unas fotos y luego escribiré algo sobre ti. Te haré unas preguntas. ¿Estudias en Katta?

Asentí con la cabeza. Él cogió una cámara que había encima de la mesa, se la puso delante de la cara y me enfocó.

—Siéntate ahí —dijo, señalando al rincón.

Me estremecí al oír los clics de la cámara.

—Mira —dijo—. Coge estos discos y muéstralos a la cámara.

Me alcanzó tres LP y los mantuve levantados, mientras miraba con la cara más seria posible a la cámara.

—Te gusta U2, has dicho. ¿Qué más?

—Big Country, Simple Minds, David Bowie. E Iggy, claro está. Talking Heads, R.E.M., su *Chronic Town*, ¿lo has escuchado? Cojonudo. Realmente cojonudo.

—Sí, sí. ¿Tienes alguna declaración que hacer?

Me ardían las mejillas.

—Nooo —respondí.

—¿Sientes pasión por algo en especial en relación con la música? ¿La

oferta musical de esta ciudad, por ejemplo? ¿Los programas musicales de la Radiotelevisión Noruega? ¿Tienes algún punto de vista al respecto?

—Bueno..., está mal que sólo haya un programa de música buena en la radio, y ninguno en la tele.

—¡Bien! —dijo—. Tienes dieciséis años, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ya está. Mañana lo publicaremos. Y tú empezarás la semana que viene. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Pasa por aquí..., bueno, el jueves, para discutir las cosas prácticas.

Me dio la mano.

—Oye —dijo cuando ya estaba saliendo.

—¿Sí?

—No puedes escribir a mano. No funcionará. ¡Si no tienes máquina de escribir, tendrás que procurarte una!

—Vale —contesté—. Muchas gracias.

Y salí a la calle.

Demasiado bueno para ser verdad. ¡Era crítico *fijo* de discos en un periódico! ¡A los dieciséis años!

Encendí un cigarrillo y eché a andar. El asfalto seco, las ventanas que en algunas partes se habían puesto oscuras por los gases de los tubos de escape, los coches, me hicieron pensar que me encontraba en una gran ciudad. Que yo era un joven periodista de música andando por las calles de Londres. Saliendo del agitado ambiente de la redacción.

Steinar Vindslund era exactamente como me imaginaba a un periodista. Increíblemente rápido. Todo ocurría muy deprisa. Tenían que respetar el plazo de entrega, por eso tenían que teclear sus cosas a toda velocidad.

Y encima el tío sabía de música. Conocería a Harald Hempel. Quizá a algunos grupos de Oslo.

¡Ahora podría conocerlos!

No había pensado en eso. Pero ahora era periodista de música, ahora podría estar con los grupos cuando visitaran la ciudad.

¡Claro que sí!

Quince metros delante de mí estaba el cruce entre las calles Dronningen y

Elve. Ya que me encontraba en ese barrio debería pasar por la casa de mi padre o la de mis abuelos.

Pero tenía un problema, no llevaba encima más de siete coronas, y a partir de las cinco el carné de alumno ya no valía para el autobús.

Tendría que pedir prestado lo que me faltaba. Ahora que tenía trabajo y todo.

Me paré delante del semáforo, que estaba en rojo, apreté el botón de la caja azul y cerré los ojos para comprobar qué se sentía al encontrarse allí siendo ciego.

Tal vez urgía más ir a ver a los abuelos. No los había visto desde que mi padre se fue de casa. Tal vez tuvieran un poco de miedo de perder el contacto conmigo ahora que mi padre estaba divorciado, miedo de que yo sólo estuviera con mi madre.

Podría ir a ver a mi padre el jueves, después de la cita con Steinar.

¡Steinar!

En ese instante empezó el tictac. La señal para los ciegos. Abrí los ojos y crucé por el paso de peatones. Luego pasé por delante del alto edificio cuadrado donde estaba el supermercado, y fui hasta el puente Lund, donde el olor a mar siempre era más intenso, lo mismo que la luz, seguramente debido al reflejo en el agua, que allí se abría hacia el mar.

A lo lejos se veía un par de velas blancas. Una barca venía hacia el puerto. Me detuve, puse las manos en la barandilla de hormigón y me incliné hacia delante. El agua alrededor de los postes estaba completamente verde.

Una vez mi padre se cayó al agua desde allí. Eso era prácticamente lo único que nos había contado de su infancia. Nos dijo que luego el abuelo lo molió a palos, y que después estuvo tumbado durante horas debajo de la escalera.

Yo no sabía si era verdad. Mi padre también había dicho que jugó en el club Start y que era un jugador prometedor; resultó ser una mentira como una casa. En otra ocasión dijo que todo lo que hacían los Beatles era puro plagio, habían robado las canciones de un desconocido compositor alemán, y cuando yo, que tenía doce años y amaba a los Beatles, le pregunté cómo podía saberlo, él contestó que de joven tocaba el piano y que un día había tocado a ese compositor alemán cuyo nombre no recordaba y descubrió que las

melodías eran las mismas que las de los Beatles. Aún conservaba las partituras en casa. Yo le creí, claro, era mi padre el que lo decía. La siguiente vez que estuvimos en casa de los abuelos le pedí que buscara las partituras y me tocara las canciones en el piano. No, estaban guardadas en el desván, tardaría demasiado en encontrarlas. ¡Entonces caí en la cuenta! ¡Estaba mintiendo! ¡Mi padre mentía!

El descubrimiento fue un alivio, no me produjo ningún pesar, porque salvó el tipo a los Beatles.

Seguí hacia delante, cogí el atajo de la derecha, salí a la calle Kuholm y subí la suave cuesta desde la que pude ver el mar ensancharse, tan solitario y tan azul.

¿Por qué había dicho que éramos tan pobres?

¿A cuento de qué venía eso?

Sacudí la cabeza para mí y pasé por delante de un jardín con una valla de tela metálica, dentro del que se veían tres pesados manzanos cargados de manzanas de color rojo oscuro. Una furgoneta azul brillaba al sol delante de la entrada del jardín.

Mi abuela asomó la cabeza por la ventana cuando llamé a la puerta, luego desapareció y un minuto después me abrió.

—Mira quién ha venido —dijo—. ¡Entra!

Me incliné hacia delante y la abracé. Noté que ella se ponía un poco rígida. Soy demasiado mayor para esas cosas, pensé, enderezándome.

Olía como olía siempre, y al percibirlo fue como si toda mi infancia se abriera delante de mí. ¡Vamos a ver a la abuela! ¡Va a venir la abuela! ¡La abuela está aquí!

—¿Qué llevas en la oreja? —preguntó.

¡Me había olvidado por completo!

Las dos veces que había ido a verlos desde que empecé a llevar la cruz en la oreja me la había quitado antes. Pero ese día no lo hice.

—Es una cruz —dije.

—Sí que han cambiado los tiempos —exclamó—. ¡Los chicos colgándose cosas de las orejas! Pero supongo que es como tiene que ser.

—Sí —dije yo.

Se dio la vuelta y la seguí escaleras arriba. El abuelo estaba sentado, como de costumbre, en la silla de la cocina.

—Ah, eres tú —dijo.

Vi que debajo del reloj colgado en la pared estaba la alta silla azul que siempre me había gustado tanto, y en la mesa la cafetera sobre la pequeña base de alambre que también había estado allí siempre.

—¿Llevas un pendiente? —me preguntó el abuelo.

—Es lo que se lleva ahora —señaló la abuela. Sonrió y sacudió la cabeza. Luego se acercó y me tiró del pelo.

—Hoy he conseguido un trabajo —dije.

—¿Ah, sí? —dijo la abuela.

Asentí con la cabeza.

—En el *Nye Sørlandet*. De crítico musical.

—¿Y tú sabes algo de música? —preguntó el abuelo.

—Un poco —contesté.

—Cómo pasa el tiempo —dijo—. ¡Qué mayor te has hecho!

—Ya va al instituto y todo —dijo la abuela—. ¡Estudiante de bachillerato! Ya tendrá hasta novia, ¿no?

Me guiñó un ojo.

—No, por desgracia no.

—Ya la tendrás —dijo ella—. Con lo guapo que eres.

—En cuanto te quites esa cruz las chicas acudirán corriendo —dijo el abuelo.

—¿No crees que lo que buscan es justamente esa cruz? —preguntó la abuela.

El abuelo no contestó, se limitó a levantar de nuevo el periódico, que había dejado en la mesa cuando yo llegué. Podía pasarse horas leyéndolo. Se leía todo, hasta el más pequeño anuncio.

La abuela se sentó y cogió el paquete de cigarrillos mentolados de la mesa.

—¡No habrás empezado a fumar! —exclamó.

—Pues la verdad es que sí.

Me miró.

—¿En serio?

—No mucho. Pero he probado.

—No te tragarás el humo, ¿no?

—No.

—Porque no debes tragártelo, ¿entiendes?

Miró al abuelo.

—¡Eh, abuelo! —dijo—. ¿Te acuerdas de quién nos inició en lo de fumar?

Él no contestó, ella pasó la lengua por el borde de pegamento del papel y lo cerró como un cilindro.

—Fue tu padre —dijo.

—¿Papá?

—Sí. Estábamos en la cabaña. Trajo cigarrillos y dijo que teníamos que probarlo. Y lo probamos, ¿verdad que sí, abuelo?

Al no recibir respuesta tampoco esta vez, me guiñó un ojo.

—Creo que chochea un poco —dijo. Luego se colocó el cigarrillo entre los labios, lo encendió, y a continuación echó una enorme nube de humo por la boca.

Era verdad, ella no se tragaba el humo. Nunca me había fijado.

Me miró.

—¿Tienes hambre? Hemos comido hace un rato, pero si quieres te puedo calentar algo.

—No me importaría —dije—. De hecho, tengo muchísima hambre.

La abuela dejó el cigarrillo en el borde del cenicero, se levantó y fue hasta el frigorífico con sus zapatillas. Llevaba un vestido azulado que le llegaba hasta la mitad de las piernas, que debido a las medias se veían de color marrón claro.

—Si está en la nevera, no hace falta que me lo calientes —dije.

—No hay ningún problema —dijo ella.

Se puso a trajinar. Yo miré al abuelo. Le interesaba la política y el fútbol. Igual que a mí.

—¿Y quién crees que va a ganar las elecciones? —le pregunté.

—¿Hm? —dijo, bajando el periódico.

—¿Quién crees que va a ganar las elecciones?

—No es fácil adivinar eso, chico. Pero yo espero que Willoch. Ya no

podemos aguantar más socialismo en este país, eso sí que es seguro.

—Yo prefiero a Kvanmo —dije.

Me miró ceñudo y serio. No, no pasaba nada, porque al instante sonrió.

—En eso eres como tu madre —dijo.

—Sí —contesté—. No quiero que el dinero dirija la vida de la gente y tampoco que sólo nos interese por nuestro entorno más cercano.

—¿Por qué vamos a interesarnos entonces, sino por lo más cercano? —preguntó.

—Por los que sufren. Los pobres. Los refugiados.

—¿Y por qué van a venir aquí a que les demos de comer? ¿Me lo puedes explicar, por favor?

—No le hagas caso —dijo la abuela poniendo una cacerola sobre la placa de la cocina—. Te está tomando el pelo.

—Tenemos que ayudar a los que lo pasan mal, ¿no? —dije.

—Sí —contestó el abuelo—. Pero primero tenemos que ayudar a los nuestros. Luego podremos ayudar a los demás. Pero lo que ellos quieren es vivir aquí. No conseguir ayuda. Nosotros hemos luchado, trabajado y conseguido estar bien, ahora ellos quieren tomar el mando. Sin hacer nada a cambio. ¿Por qué tenemos que permitir eso?

La abuela se sentó en su silla.

—¿Sabes lo que hizo el labrador cuando llegó al laberinto? —preguntó ella.

—No —contesté, aunque lo sabía de sobra.

—¡Se puso a labrar en él! —exclamó riéndose.

El abuelo volvió a levantar el periódico.

Se hizo el silencio en la cocina. La cacerola crepitaba sobre la placa eléctrica. La abuela volvió a encender el cigarrillo y se cruzó de brazos, mientras silbaba por lo bajo.

El abuelo pasó una página.

Yo había agotado ya todos los temas de conversación. Habíamos dedicado menos tiempo del que había calculado al tema de mi nuevo cometido como crítico musical.

¿Me atrevería a sacar los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta?

Sería demasiado, pendiente y tabaco el mismo día.

Mi padre me vino a la mente, tal vez al pensar en lo de fumar, el que hubiera fumado dos veces en su presencia sin que él hubiese dicho nada.

Si no le importaba a él, menos les importaría a ellos, ¿no?

Saqué el paquete.

La abuela me miró.

—¿Tienes tu propio paquete? —preguntó.

Asentí con un gesto de la cabeza, no quería usar su encendedor, por alguna razón me resultaba demasiado íntimo, como una especie de allanamiento, de modo que volví a meterme la mano en el bolsillo y saqué el mío. Encendí el cigarrillo.

—Fui a ver a papá hace unos días —dije—. Está bien, ¿sabéis?

—Sí, pasó por aquí ayer —dijo la abuela.

—Vamos a intentar mantener el contacto aunque vivamos separados —dije—. Creo que este verano ha estado sometido a mucha presión. Con el divorcio y todo eso.

—¿Tú crees? —preguntó la abuela mirándome, mientras soplabla el humo.

—Pues sí... —contesté—. Llevaban mucho tiempo casados. No debe de ser fácil divorciarse.

—En eso tienes razón —dijo la abuela.

—También intentaré mantener el contacto con vosotros todo lo que pueda —dije—. Puedo pasar un rato al salir del instituto, por ejemplo. Y ahora que he conseguido un trabajo podré venir a comer de vez en cuando.

La abuela me sonrió. Luego se volvió y echó un vistazo a la cacerola, de la que salían unos ruidos burbujeantes, se levantó, la apartó, apagó la placa, sacó plato y cubiertos y los puso en la mesa delante de mí.

Apagué el cigarrillo a medio fumar en el cenicero. Ella levantó la cacerola y la tenía cogida por un asa mientras metía un cucharón y cogía tres albóndigas, dos patatas cocidas y un poco de cebolla y lo ponía todo en mi plato.

—Bueno, lo he hecho de la forma más sencilla, calentando las patatas en la salsa —dijo.

—Tiene una pinta estupenda —dije.

Nadie habló mientras yo comía. Acabé rápidamente.

—¡Muchas gracias por la comida! —dije al acabar, dejando el cuchillo y

el tenedor en el plato—. ¡Estaba todo buenísimo!

—Me alegro —dijo la abuela, llevando el plato a la pila, luego lo enjuagó, abrió el friegaplatos, sacó el carrito con los pequeños separadores de plástico que de alguna manera recordaban a espinas de pescado, metió el plato y lo volvió a cerrar.

El reloj de la pared marcaba las cinco y cinco minutos.

Si quería pedirles que me prestaran dinero no debía parecer que lo tenía ya planeado y que contaba con ello. Al fin y al cabo podría haberme quedado menos tiempo y haber cogido el autobús para casa con la tarjeta. Debía parecer una cosa espontánea.

Pero todavía podía esperar un poco.

¿Y si me fumara otro cigarrillo?

Mi intuición me dijo que eso estaría mal. Sería demasiado fumar.

—¿Qué hay tan interesante en ese periódico? —preguntó la abuela—. Yo lo he leído esta mañana y no he visto nada.

—Estoy leyendo las esquelas —contestó el abuelo.

—¿Y eso es interesante? —dijo la abuela, mirándome mientras se reía—. ¡Las esquelas!

Yo sonreí.

—¿Habéis conocido a la nueva novia de papá? —pregunté.

—¿A Unni? Sí, la hemos conocido. Buena chica.

—Sí —dije—. Creo que se lleva bien con él. Pero tengo que admitir que me resulta todo un poco raro.

—Claro —dijo la abuela.

—Pero no importa, ¿sabes?

—Claro que no —dijo la abuela—. Supongo que no.

Volvió a silbar un poco, dobló los dedos y se miró las uñas.

—¿Hay mucha fruta este año? —pregunté.

—Pues sí, no ha estado mal —contestó—. ¿Quieres llevarte unas manzanas?

—Unas pocas, sí. Ese sabor me recuerda la infancia.

—Ya —dijo ella—. Puedes llevarte unas cuantas en una bolsa.

Levanté la cabeza y miré detenidamente el reloj de la pared.

—¡Vaya! —dije—. ¡Qué tarde es ya! ¡Las cinco y diez!

Me levanté y me hurgué en los bolsillos en busca de dinero. Saqué las monedas, las conté, y apreté con fuerza los labios.

—El último autobús para casa salió a las cinco —dije—. Ahora ya no me sirve la tarjeta escolar, y no tengo suficiente dinero.

Miré brevemente a la abuela antes de bajar la mirada.

—Tal vez pueda hacer autostop.

—Voy a ver si tengo algo para darte —dijo la abuela—. Está muy lejos y tienes que coger el autobús, claro.

Se levantó.

—Me voy, entonces —dije al abuelo.

Bajó el periódico.

—Que te vaya bien, chico.

—Hasta pronto —dije, y fui tras la abuela hasta la entrada. Ella sacó un pequeño monedero del abrigo grisáceo que estaba colgado en el armario, lo abrió y me miró.

—¿Cuánto *cuesta* ese autobús?

—Catorce coronas.

Me alcanzó dos monedas de diez.

—Con lo que sobra puedes comprarte unas golosinas —dijo.

—Pero sólo es un préstamo —dije—. Te lo devolveré la próxima vez que venga.

Ella resopló.

Por un momento nos quedamos quietos y callados en la entrada. Intuí que ella quería que me fuera ya.

¿Se había olvidado de las manzanas?

Permanecí durante unos segundos sin saber qué hacer. La abuela había dicho que me daría unas manzanas, entonces no sería excesivo recordárselo, ¿no?

Por otra parte, acababa de darme dinero para el autobús. Tampoco quería ser pesado.

La abuela volvió la cabeza y se miró en el espejo. Se llevó la mano al pelo y lo removi6 un poco.

—¿Has dicho que tenías manzanas? Así me las llevo y mamá puede probarlas. Seguro que ella también echa de menos ese sabor.

—Es verdad —dijo la abuela—. Las manzanas.

Abrió la puerta que había al lado de la escalera que bajaba al sótano.

Me miré en el espejo durante un buen rato. Tiré levemente de la parte de atrás de la camiseta para que el cuello, un poco desaliñado, no colgara demasiado. Luego me pasé los dedos por el pelo para ahuecarlo. Sonreí. Me puse serio. Sonreí.

—Aquí tienes unas manzanas —dijo la abuela, subiendo del sótano.

Me alcanzó una bolsa, la cogí, salí a la escalera y me volví hacia la abuela.

—¡Adiós! —dije.

—¡Adiós! —contestó ella.

Me di la vuelta y eché a andar, mientras la puerta se cerraba detrás de mí.

En Rundingen me encendí un pitillo mientras esperaba el autobús. Salía uno cada hora, pero tuve suerte y llegó en unos minutos.

Subí y mientras esperaba a que el conductor me diera el billete y la vuelta, miré hacia el interior.

¿No era Jan Vidar?

Sí que lo era.

Estaba sentado mirando por la ventanilla, con la barbilla apoyada en la mano. No me vio hasta que me detuve delante de su asiento. Se sacó de los oídos los pequeños auriculares del walkman.

—Hola —dijo.

—Hola —dije yo—. ¿Qué estás escuchando?

—B. B. King.

—¡B. B. *King*! —exclamé—. ¿Te has vuelto loco?

—Es un guitarrista cojonudo —dijo—, aunque tú no lo creas.

—¿Te lo parece? —pregunté.

Jan Vidar asintió con la cabeza.

—Pero si está tan gordo que la guitarra queda en horizontal cuando toca —dije—. ¿No te has fijado? Es casi como si tocara una *steel guitar*.

—¿De quién crees tú que ha aprendido Led Zeppelin? —dijo él—. De los viejos del blues.

—Sí, lo sé —contesté—. Pero eso no significa que *nosotros* tengamos que escucharlos. El blues en mi opinión es pura mierda. Lo bastante buena como para servir de inspiración a otra cosa, lo admito, ¿pero sólo blues? Es la misma jodida melodía una y otra vez.

—Si eres capaz de tocar como él, sabes tocarlo todo —dijo Jan Vidar—. Eres tú el que habla siempre de *feeling*. Que por eso Jimmy Page es mejor guitarrista que Ritchie Blackmore o Yngwie Malmsteen. Estoy de acuerdo en eso. No hace falta discutirlo más. Pero en cuanto a *feeling*... Dios, escucha a este hombre.

Me alcanzó los auriculares, me los coloqué. Él dio al play. Escuché dos segundos hasta que me los quité.

—El mismo ruido de siempre —dije.

Parecía un poco ofendido.

—¿Te has cabreado?

—No, ¿por qué iba a cabrearme? En el fondo sé que tienes razón.

—Ja, ja.

El autobús se detuvo delante del semáforo, antes de la E18.

—¿Por qué te has subido en Rundingen? —preguntó Jan Vidar—. ¿Has ido a ver a tus abuelos?

Asentí con la cabeza.

—Pero antes he estado en el *Nye Sørlandet*.

—¿Qué has ido a hacer allí?

—Me han dado trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí.

—¿De qué? ¿De repartidor? —dijo riéndose.

—Ja, ja —me reí yo también—. No, de periodista musical. Voy a escribir reseñas de discos.

—¿De verdad? ¿Eso es cojonudo! ¿Es cierto?

—Sí. Empiezo la semana que viene.

Se hizo el silencio. Jan Vidar encogió las rodillas y las apoyó en el asiento de delante de él.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿De dónde vienes tú?

—De casa de un amigo. Hemos estado tocando un poco.

—¿Y dónde tienes la guitarra?

Señaló con la cabeza hacia atrás.

—Está en el asiento de atrás.

—¿Él toca bien?

—Al menos mejor que tú.

—Pues sí, eso dice mucho.

Nos sonreímos. Luego él se puso a mirar por la ventanilla. Yo eché un vistazo a mi alrededor por si había alguien conocido a quien no hubiera visto. Pero sólo había un chico que no me sonaba de nada, tal vez fuera de séptimo, y una mujer de unos cincuenta años que tenía sobre las rodillas una bolsa blanca de una zapatería que yo conocía. Mascaba chicle, lo que no encajaba, el chicle no pegaba con esas gafas y ese pelo.

—¿Te acuerdas de cuando me sustituiste? —preguntó Jan Vidar.

—Claro que sí —respondí.

Él había sido repartidor de periódicos. Su ruta era larga y pesada. Cuando decidió tomarse unas vacaciones, yo me quedé con su puesto durante una semana. Él no se fue a ninguna parte, se relajaba durante el tiempo que duraba la ruta y luego nos íbamos a la playa o en bici a casa de algún amigo. Pero después de tres días se recibieron tantas quejas de los abonados que tuvo que volver. Adiós a las jodidas vacaciones, dijo. Pero no pareció importarle mucho.

—Sigo sin entender cómo pudiste cagarla tanto —dijo.

Me encogí de hombros.

—Aunque no lo creas, la verdad es que lo hice lo mejor que pude.

—Increíble —dijo él.

Jan Vidar había repasado la ruta conmigo dos veces, había un par de cosas especiales, algunos querían el periódico en la puerta, otros tenían buzones con apellidos idénticos, y esos detalles que él repitió varias veces me resultaban imposibles de recordar cuando me encontraba allí solo, de modo que improvisé, dejándome llevar por el instinto.

—¡Pero si eso fue el año pasado! —exclamé—. ¡Al principio pensé que había sido hace muchos años!

—Fue un buen verano —dijo él.

—Sí, lo fue.

El autobús se adentró en el bosque después del cruce de Timenes. El sol brillaba en las copas de los árboles de las llanuras, pero dentro del bosque estaba ausente del todo. La parada del autobús por la que pasamos me recordó a Billy Idol, habíamos estado en una de esas mediocres fiestas en las que a veces nos encontrábamos, y cuando volvíamos a casa en medio del frío helador, yo iba tarareando justo ese disco.

Rebel Yell.

—Creo que cada jodida parada del autobús desde aquí hasta casa me recuerda algo —dije.

Jan Vidar asintió.

A la derecha se abría el fiordo de Topdal. Junto a la orilla el agua estaba de un azul casi reluciente, pero más adentro las olas se veían blancas con la brisa. En la playa había unas cuantas familias y unos niños estaban en el agua justo al lado.

Pronto estaríamos en otoño.

—¿Hay tías buenas en tu escuela? —pregunté.

—Que yo sepa, no. ¿Y en tu instituto?

—En mi clase hay una que está buenísima. Pero, en primer lugar, es creyente.

—Eso nunca ha sido para ti un impedimento, ¿no?

—No, pero es que ella lo es de esa manera perfecta. Pertenece a una secta llamada Filadelfia. Ya sabes, esos que llevan plumas y ropa de marca como Bik Bok y Poco Loco.

—¿Y en segundo lugar?

—Yo no le gusto.

—¿Ves a Hanne alguna vez?

Negué con un gesto.

—Sólo hemos hablado un par de veces por teléfono.

Me pregunté si Jan Vidar no estaría ya harto de oír hablar de Hanne, así que no proseguí con el tema, aunque ardía de ganas de hacerlo. Permanecimos callados los últimos diez minutos, como arrullados por el constante zumbido del motor que tan familiar nos resultaba a los dos. Tenía la sensación de haber estado cogiendo el autobús durante toda mi vida. Arriba abajo, adelante y atrás, día tras día. Autobús, autobús, autobús. Conocíamos los autobuses.

Éramos expertos en autobuses. De la misma manera que éramos expertos en ciclismo sin sentido y caminatas sin fin, por no hablar del mismísimo eje de rotación de nuestra existencia y lo que mejor sabíamos hacer de todo: husmear y obtener información sobre algo que tal vez ocurría en algún sitio. ¿Un tío que tenía en vídeo la película *La matanza de Texas*? Entonces íbamos todos a su casa, una casa desvencijada con montones de chatarra y basura fuera, y en el patio un veinteañero totalmente desconocido con una pinta siniestra y apagada, un tío que estaba allí sin hacer nada identificable, y que cuando llegamos en las bicis se volvió hacia nosotros.

La casa estaba en medio de un jodido campo labrado.

—Hemos oído que tienes *La matanza de Texas* —dijo Jan Vidar.

—Así es —contestó él—. Pero se la he prestado a alguien.

—Vale —dijo Jan Vidar, mirándome—. Nos vamos entonces, ¿no?

O un chico de octavo que estaba solo en casa y que había invitado a unos amigos. Sí, subimos hasta allí andando, llamamos a la puerta, nos invitaron a entrar, estaban viendo la televisión, no tenían nada para beber, no había chicas, y ellos eran unos jodidos idiotas sin nada en la cabeza, y sin embargo nos quedamos, pues la alternativa no era *mejor*, eso teníamos que admitirlo.

Y lo hacíamos bastante a menudo.

¡Ah! Alguien que había conseguido una nueva guitarra.

Bueno, en ese caso había que lanzarse a las bicis e ir a verla.

Pues sí, se nos daba muy bien enterarnos de cosas. Pero lo que mejor se nos daba, en lo que realmente éramos los reyes, era en ir en autobús y estar sentados en la habitación de alguien.

A eso no nos ganaba nadie.

Nada de eso conducía a nada. En realidad no se nos daba bien hacer cosas que condujeran a otras cosas. Tampoco teníamos conversaciones especialmente interesantes, los pocos temas que tratábamos se desarrollaban tan despacio que hasta nosotros los considerábamos estancados, ninguno éramos guitarristas brillantes, aunque nos hubiera gustado más que nada en el mundo, y en cuanto a las chicas, rara vez ocurría que consiguiéramos colocarnos una debajo, una que no protestara cuando le levantábamos el jersey de tal forma que pudiéramos inclinar la cabeza y besarle los pezones. Eran grandes momentos. Eran luces de misericordia en nuestro mundo de hierba

amarillenta, barro gris de las cunetas y polvorientas carreteras secundarias. Al menos así era para mí. Supongo que también para él.

¿De qué se trataba? ¿Para qué lo hacíamos? ¿Esperábamos algo? En ese caso, ¿cómo podíamos ser tan pacientes? ¡Porque nunca ocurría nada! ¡Siempre era lo mismo! ¡Un jodido día tras otro! Con lluvia y viento, ventisca y nieve, sol y tormenta, hacíamos siempre lo mismo. Nos enterábamos de algo, allí íbamos, estábamos sentados en una habitación, y nos enterábamos de otra cosa, cogíamos el autobús, íbamos en bicicleta, andábamos, nos quedábamos en la habitación. En el verano nos íbamos a bañar. Y eso era todo.

¿De qué se trataba?

Éramos amigos, no era más que eso.

Y la espera, la espera era la vida.

Jan Vidar se bajó del autobús en Solsletta con la funda de la guitarra en la mano, yo seguí solo en el autobús hasta Boen, donde me bajé y eché a andar en dirección a mi casa, con la mochila a la espalda y la bolsa con las manzanas de la abuela en la mano.

Mi madre me estaba esperando para comer.

—Hola —dijo cuando entré por la puerta—. Yo también acabo de llegar.

—Mira —dije, enseñándole la bolsa—. Manzanas de la abuela.

—¿Has ido a verlos?

—Sí. Muchos recuerdos.

—Gracias —dijo.

Levanté la tapadera de la cacerola. Salsa de tomate con trozos de pescado, seguramente pescadilla.

—He comido con ellos —dije.

—Sí, supongo que eso era lo más práctico —dijo ella—. Pero yo tengo hambre.

Dejó el gato en el suelo, se levantó y sacó un plato.

—¿Y qué tal te ha ido en el *Nye Sørlandet*, Karl Ove? —pregunté.

—¡Ay! —exclamó ella—. Se me había olvidado por completo.

Sonreí.

—¡Me han dado el trabajo! El hombre simplemente ha revisado mis

reseñas y hecho.

—Las trabajaste mucho —dijo ella, echando unos trozos de pescadilla en el plato, luego abrió la tapa de la otra cacerola y cogió una patata con una cuchara. La patata iba de un lado para otro mientras mi madre la bajaba hacia el plato, al final se cayó de la cuchara cuando le dio la vuelta.

—Y harán algo para presentarme —dije—. Lo sacan mañana.

—Qué bien, Karl Ove.

—Sí, aunque hay un pero.

Mi madre dejó el plato en la mesa, sacó cubiertos del cajón y se sentó. Yo me senté al otro lado.

—¿Un pero? —dijo, y empezó a comer.

—Dijo que tengo que hacerme con una máquina de escribir. Allí es impensable escribir a mano. No sirve. De modo que tengo que comprarme una.

—Una máquina de escribir nueva cuesta bastante.

—Venga ya, eso tenemos que poder permitirnoslo. Es una inversión. Voy a ganar algo de dinero con eso. Lo sabes, ¿no?

Asintió con la cabeza mientras masticaba.

—A lo mejor ellos podrían prestarte una —sugirió.

Resoplé.

—¿El primer día de trabajo? ¿Llegar y pedir una máquina de escribir?

—No, tal vez no sea una buena idea —dijo ella.

El gato se restregó contra mi pierna. Me agaché y le rasqué en el pecho. Cerró los ojos y empezó a ronronear. Me lo puse encima, se estiró con las patas sobre mis rodillas.

—¿Cuánto crees que puede costar? —preguntó mi madre.

—Ni idea.

—Podremos comprarla cuando me paguen el sueldo el mes que viene. Ahora estoy en números rojos, lo siento.

—Pero eso será demasiado tarde, ¿no lo entiendes?

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Sé lo que vas a decir —dije—. Si no hay dinero, no hay dinero.

—Por desgracia así es —dijo ella—. Pero también puedes pedirselo a tu padre, ¿sabes?

No dije nada. Ella tenía razón. Él tendría algo de dinero. ¿Pero me lo daría

a mí?

Si no quisiera dármelo, surgiría una situación especial. Él tendría la sensación de que yo le exigía algo, y si decía que no, o se sentía obligado a decir que no, sería yo quien le habría metido en esa situación. Y entonces sería demasiado tarde, él no podría de repente decir que sí o que no.

—Voy a preguntárselo —dije, mientras rascaba al gato detrás de la oreja. Él se retorció voluptuosamente con los ojos cerrados.

—Por cierto, ha llegado una carta para ti —dijo mi madre—. La he dejado en la cómoda de la entrada.

—¿Una carta?

Dejé el gato en el suelo, me supo mal porque el animal estaba muy a gusto, pero al instante la pequeña punzada en mi alma desapareció, porque no recibía cartas a menudo.

Mi nombre con letra de chica en el sobre.

El sello postal era casi ilegible.

Pero era una carta por avión y los sellos eran daneses.

—Me subo a mi cuarto —dije—. ¿No te importa comer sola?

—¡Claro que no! —dijo mi madre desde la cocina.

En mi cuarto me senté en la silla del escritorio, y abrí el sobre, saqué la carta y empecé a leer.

Nyk M 20/8 85

Hola, Karl Ove:

Espero que estés bien. No puedo saberlo, porque no me has escrito como me prometiste. ¿Por qué? Si me hubieras visto bajar a mirar el buzón al despertarme por las mañanas... Está bien, si no te da la gana de escribirme, no me voy a poner de mal humor, te quiero demasiado para eso, pero tengo que admitir que me fastidia no saber nada de ti. ¿Vas a venir a Dinamarca? Y si es así, ¿cuándo sería? Desde que te fuiste, esto está muy triste. Durante el día veo a mis amigos. Por las noches voy a la discoteca. Pero esto se va a acabar pronto, el 14 de septiembre me voy a vivir a Israel. Me hace mucha ilusión, sólo que me gustaría verte antes de irme.

Tal vez te parezca tonta por dar tanta importancia a ese tiempo tan corto

que pasamos juntos. Es porque tú eres el único tío con el que he estado del que me he enamorado locamente. Así que no me desilusiones, escíbeme enseguida.

Una chica que te quiere,

Lisbeth

Dejé la carta. Noté en mi pecho una desesperación casi brutal. *Podría* haberme acostado con ella. ¡Ella quería! Me decía que estaba enamorada de mí, que me amaba, claro que habría dicho que sí.

Ella sabía adónde nos dirigíamos y cuáles eran mis pretensiones, estaba seguro de ello.

¡Ese cabrón de Jøgge!

¡Esos *hijos de puta de mierda!*

Un impulso me hizo coger el sobre y mirar dentro.

Había una foto.

La saqué. Era una foto suya. No sonreía, miraba directamente a la cámara con la cabeza ladeada. Llevaba una sudadera amarilla con una gran marca NIKE en rojo. El pelo que le caía por un lado de la frente le tapaba un ojo. Una pequeña trenza detrás de la oreja al otro lado.

Llevaba el cuello descubierto. Tenía un cuello largo y bonito.

Sus labios también eran bonitos, llenos, casi desproporcionadamente llenos en comparación con su cara estrecha.

Ay, parecía bastante disgustada.

Recordaba cómo era abrazarla. Cómo se reía cuando me puso la mano en el pecho por debajo de la camisa y cómo me enderecé inspirando.

—¡Estás tenso! —dijo—. Relájate, me gustas como eres. Eres fantástico.

Y ella era danesa.

Volví a meter la foto y la carta en el sobre, que metí a su vez en el diario y que devolví al cajón. Acto seguido me levanté.

Mi madre estaba fregando los cacharros cuando bajé.

—Oye —dijo—, se me ha ocurrido una cosa. Papá tenía una máquina de escribir. Seguro que está todavía por aquí. No creo que se la haya llevado. Mira en el granero, en las cajas que hay allí.

—¿Él tenía una máquina de escribir?

—Claro que sí. La usó durante unos años para escribir cartas.

Enjuagó el vaso con agua fría, luego lo puso boca abajo en el escurridor de la encimera.

—Los primeros años que estuvimos juntos, él escribía poemas.

—¿Papá?

—Sí. Le gustaba la poesía. Obstfelder era su favorito. Recuerdo que también le gustaba Vilhelm Krag. Los románticos.

—¿Papá? —volví a decir.

Mi madre sonrió.

—Pero sus poemas no debían de ser muy buenos.

—Me imagino —dije, fui a la entrada, me calcé y subí a la parte de atrás del granero, que en realidad era la parte de delante, al menos cuando se usaba para lo que en su época estaba destinado, porque allí se encontraba la puerta grande y dentro el propio granero, donde se guardaba el heno. El piso de abajo, que había usado mi padre, constaba de pequeños cuartos, convertidos en un apartamento en la década de los setenta. Pero allí no se había hecho ninguna reforma.

Entré y pensé, como había pensado tantas veces, que resultaba curioso que fuéramos dueños de un espacio tan grande. Y que no lo hubiéramos usado para nada.

Excepto para guardar cosas.

De las paredes colgaban antiguos aperos de labranza, ruedas de carros, arneses, guadañas oxidadas, horcas y azadones. En algunas partes mi padre había escrito con tiza los nombres cariñosos con los que me denominaba, algo que hacía cuando nos mudamos allí y él estaba tan feliz con todo.

Aún seguían allí.

Kaklove

Loffe

Love

Klove

Kykkeliklove

Nuestras cajas estaban apiladas junto a la pared larga. Yo nunca había hurgado en ellas. Habría sido impensable mientras mi padre vivía allí; él solía estar en el apartamento, justo debajo de las viejas tablas del suelo, y sin duda habría subido a ver qué estaba pasando allí arriba. En ese caso yo habría tenido que darle una razón de peso para estar allí, por no decir para estar hurgando en nuestros viejos cacharros.

Había allí ropa que recordaba haber visto a mis padres cuando era más pequeño: pantalones de perneras anchas, prendas que seguramente comprarían el invierno que estuvieron juntos en Londres, porque tanta campana en los pantalones no se conseguía en Noruega ni siquiera en la década de los setenta, el abrigo blanco de mi madre, el amplio chaquetón color naranja con forro marrón que mi padre se ponía para pescar, chales y faldas, bufandas, gafas de sol, cinturones, botas y zapatos. Luego había una caja con cuadros que teníamos en las paredes. Un par de cajas de utensilios de cocina obsoletos.

¡Pero ninguna máquina de escribir!

Abrí algunas cajas más y las examiné rápidamente. Llegué a una en la que había algo que parecían revistas metidas en bolsas de plástico.

¿Tal vez cómics que había olvidado que tenía?

Abrí la primera bolsa.

Eran revistas pornográficas.

Abrí la siguiente.

También revistas porno.

Una caja entera llena de revistas porno.

¿De quién eran?

Esparcí algunas por el suelo y empecé a hojearlas. La mayor parte databa de los años sesenta y setenta. Las chicas de las páginas centrales tenían marcas de bikini, todos los pechos y senos se veían blancos. Muchas estaban fotografiadas en paisajes naturales. De pie detrás de árboles, tumbadas en prados, todas en esos colores especiales de los setenta y con pechos y pezones grandes, algunos también un poco colgantes.

Tuve una erección allí sentado, mientras iba pasando las páginas. Un par de ellas eran de los ochenta y no tenían ese rasgo lejano y extraño de las otras. Las chicas de los sesenta apenas abrían las piernas.

¿Había él tenido esas revistas en casa durante todos estos años? ¿Abajo en

su despacho?

Y, no menos importante, ¿las había comprado?

Las recogí. Tenía que esconderlas, en primer lugar era algo que mi madre no debía ver. En segundo lugar, me apetecía volver a hojearlas.

¿O no?

Él las había hojeado. *Él* las había mirado.

Entonces yo no podría. Resultaría demasiado repugnante.

Decidí dejarlas exactamente como las había encontrado. En todo caso mi madre jamás miraría esas cajas.

Había algo que no encajaba. Durante todos los años de mi infancia, joder, desde antes de que yo naciera y hasta el año anterior, él había estado comprando revistas porno y guardándolas en nuestra casa.

Mierda.

Abrí las demás cajas y en la penúltima estaba la máquina de escribir. Una de esas antiguas, manuales. Debería habérmelo imaginado, y si la hubiera descubierto antes que las revistas porno me habría sentido decepcionado, a lo mejor ni siquiera me habría quedado con ella, sino que hubiera insistido en que mis padres me compraran una, pero ahora, después de haber descubierto sus revistas porno, ya no importaba.

La bajé y se la enseñé a mi madre, que estaba tumbada en el sofá descansando.

—Está bien, ¿no? —dijo con los ojos entornados.

—Sí, tendrá que servir —dije—. ¿Vas a dormir?

—Sólo un poco, ¿puedes avisarme dentro de media hora si no me he despertado antes?

—Vale —dije, y subí a mi cuarto, donde leí otra vez la carta de Lisbeth.

Decía sin rodeos que me amaba.

Eso nadie lo había hecho.

¿Así se sentía Hanne cuando yo le decía que la amaba? Porque yo no amaba a Lisbeth. Me gustaba que lo dijera, pero nada más. Estaba bien, me alegraba de que lo escribiera, pero era algo que se encontraba fuera de mí. No como Hanne.

¿Hanne se sentía así conmigo?

Eso era lo que ella decía.

¿Jugaba conmigo?

¿Por qué no quería que fuera su novio? ¿Estar conmigo?

¡Ah, yo quería tenerla a ella!

¡Yo sólo quería eso! ¡Era lo único que deseaba!

En efecto.

Pero como no me quería, yo no podía avanzar. Así que no importaba.

Decidí dejarle probar su propia medicina. De todos modos ya no importaba.

Me levanté, fui hasta el teléfono, descolgué el auricular y marqué todas las cifras excepto la última. Miré por la ventana. En el arbusto del otro lado de la entrada de coches había dos pájaros negros picoteando las minúsculas bayas rojas que allí crecían. Mefisto estaba mirándolos con las patas encogidas y moviendo el rabo de un lado para otro.

Marqué la última cifra.

—Sí, ¿diga? —dijo su padre.

Me fastidiaba mucho que él cogiera el teléfono, porque su hija salía con otro, no conmigo, y él se imaginaría lo que yo intentaba hacer. A veces hablábamos por teléfono más de una hora. De manera que no le gustaría mucho que la llamara.

—Hola —dije—, soy Karl Ove. ¿Está Hanne?

—Espera un momento, voy a ver.

Oí sus pasos escaleras abajo y vi a Mefisto acercarse más a los dos pájaros, que impasibles seguían buscando bayas con sus minúsculas sacudidas de cabeza. Luego sonaron unos pasos ligeros, sabía que eran de Hanne y el corazón empezó a latirme más deprisa.

—Hola —dijo ella—. Qué curioso que llames ahora. ¡Estaba justo pensando en ti!

—¿Ah, sí? ¿Y qué pensabas? —pregunté.

—En ti y ya está.

—¿Qué haces?

—Estoy estudiando francés. El nivel es más alto que el del año pasado. Bastante difícil. ¿Qué tal se te da el francés?

—Igual que el año pasado. No sabía nada entonces y por eso no sé nada ahora. ¿Te acuerdas de aquel examen en el que saqué un notable?

—Sí que me acuerdo. Estabas muy orgulloso.

—Sí, porque siempre sacaba aprobados. Así que me puse muy contento. Pero lo que hice entonces fue sumamente simple. El texto del examen era largo, ¿te acuerdas? Un montón de palabras francesas. Así que las utilicé en la respuesta, las cambié un poco y añadí algunas más. Y hala, un notable.

—¡Qué listo eres!

—¿A que sí?

—¿Y tú qué haces?

—Nada en especial. Recibí una carta que he leído varias veces.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—De una chica que conocí en Dinamarca.

—¡Vaya, vaya! ¡Eso no me lo habías contado!

—No. Pasaron tantas cosas..., pensé..., bueno, que no te resultaría muy interesante.

—¡Claro que sí!

—No.

—¿Y qué te dice?

—Me dice que me ama.

—¡Pero si sólo estuviste una semana!

—Como te he dicho, ocurrieron muchas cosas esa semana. Nos acostamos.

—¿De verdad?

—Sí —contesté.

Se hizo el silencio.

—¿Por qué me lo cuentas a mí, Karl Ove?

Al principio no contesté. Luego dije:

—Te he dicho que no te interesaría. Y tú has dicho que sí. Así que he pensado que al fin y al cabo te lo podía contar.

—Sí —dijo ella.

—Y... Bueno, cuando ocurrió pensé en nosotros. Que tal vez no..., bueno, ya sabes. A lo mejor no siento todo lo que he dicho. Por ti, quiero decir. Las cartas de este verano... Creo que de alguna manera rendía culto al enamoramiento. ¿Entiendes lo que quiero decir? Cuando conocí a Lisbeth — dije, haciendo una pausa para que el nombre surtiera el mayor efecto posible —, en cierto modo fue real. Carne y hueso. No sólo pensamientos. Luego

recibí su carta y entonces me di cuenta de que estaba enamorado de ella. ¡Y es fantástico! De todas formas entre tú y yo no había nada. Y ahora tampoco hay nada. Así que pensé que debía contártelo.

—Sí —dijo ella—. Has hecho bien en contármelo. Está bien que lo sepa.

—Pero seguimos siendo amigos.

—Claro que sí —dijo—. Puedes enamorarte de quien quieras. Tú y yo no somos novios.

—Así es.

—Pero a pesar de todo me he quedado un poco triste. Me lo pasé muy bien contigo en la cabaña.

—Sí —dijo—. Estuvo bien.

—Sí.

—Bueno, ahora tendrás que volver al francés.

—Sí —dijo ella—. Que te vaya bien. Y gracias por llamar.

—Adiós.

Colgué.

Ya había terminado todo. Eso era lo que quería. Y ahora ya estaba hecho.

En el primer recreo del día siguiente subí correteando hasta la gasolinera del otro lado de la E18 a comprar el *Nye Sørlandet*. Cogí un ejemplar del soporte y hojeé las últimas páginas.

El calor me subió por las mejillas al ver mi foto.

La noticia ocupaba bastante, casi una página entera, y la foto cubría dos terceras partes del espacio. A mí se me veía sentado mirando al lector, con tres discos esparcidos delante, como un abanico.

Revisé el texto muy por encima. Ponía que yo era un joven con un ardiente interés por la música, y que me mostraba crítico ante la marginalización de la música rock en la sociedad. A mí personalmente lo que más me gustaba era la música indie británica, pero prometía mostrarme abierto a toda clase de música, incluso a la de las listas de éxitos.

Yo no había dicho exactamente eso, bueno, pensándolo bien, no había dicho nada de eso, pero había *querido* decirlo, y así lo entendió Steinar Vindsland.

La foto era genial.

Pagué el periódico, lo doblé y volví al colegio con él en la mano. En la clase, que iba llenándose poco a poco, lo dejé sobre el pupitre y me recliné en la silla, columpiándome contra la pared mientras observaba a los demás, como tenía por costumbre hacer.

Dudaba de que alguno de ellos leyera el *Nye Sørlandet*, excepto muy de tarde en tarde, casi nadie lo leía todos los días. El único periódico que importaba era el *Fædrelandsvennen*. El hecho de que lo tuviera desdoblado sobre mi pupitre podría por tanto atraer cierta atención. ¿Por qué te traes el *Nye Sørlandet* al instituto?

¡Pensarían que me lo había traído de casa! ¡Que me lo había traído sólo para exhibirme!

Volví a columpiarme en la silla, esta vez hacia delante, y doblé el periódico. No era así. Lo había comprado en la gasolinera y no tenía otro sitio donde dejarlo. Por eso lo llevaba conmigo.

¿No podía decirlo sin más, joder?

¿Sin rodeos?

¿Parecería que estaba presumiendo?

Pero no era presumir, era decir la verdad, me habían convertido en crítico de discos y ese día me entrevistaban en el periódico que acababa de comprar en la gasolinera que había justo al lado del instituto.

Tampoco tenía sentido esconderlo.

—Hola, Lars —dije. Él era el menos peligroso de los chicos. Se volvió hacia mí. Yo levanté el periódico—. Me he convertido en crítico musical —dije—. ¿Quieres verlo?

Se levantó y se acercó a mí, yo abrí el periódico por la página de la entrevista.

—Joder, no está mal —dijo enderezándose—. ¡Escuchad, Karl Ove sale en el periódico! —gritó a la clase.

Eso era mucho más de lo que podía esperar, porque al instante tenía un montón de alumnos a su alrededor, mirando mi foto y leyendo lo que ponía.

Aquella noche hojeé mis viejas revistas de música y estudié las reseñas y los artículos que aparecían en ellas. Descubrí que en realidad había tres tipos de autores: los divertidos y avispados, a menudo maliciosos, como Kjetil Rolness, Torgrim Eggen, Finn Bjelke y Herman Willis, los serios con peso, como por ejemplo Øivind Hånes, Jan Arne Handorff, Arvid Skanche-Knutsen e Ivar Orvedal. Y luego estaban los muy instruidos y claros, como Tore Olsen, Tom Skjeklesæther, Geir Rakvaag, Gerd Johansen y Willy B.

Era como si los conociera a todos. Sentía una gran simpatía por Jan Arne Handorff. Apenas entendía nada de lo que escribía, pero intuía sus grandes sentimientos en algún lugar de lo más profundo de esa maleza de extranjerismos, a la vez que una de cada dos cartas de los lectores se referían a sus artículos, que resultaban incomprensibles, sin que a él pareciera importarles nada, pues seguía su rumbo cada vez más al fondo de la noche de lo impenetrable. Yo apreciaba mucho a los que eran capaces de desinflar a los discrepantes con una sola frase mortal, pues se convertía en la frase con la que yo mataba a mis discrepantes. El solo hecho de que esto fuera posible tenía importancia. Y muchos de ellos eran muy duros; cuando un grupo cambiaba de rumbo y se volvía más comercial, como les estaba ocurriendo, por ejemplo, a

los Simple Minds, es decir, tomaban el camino más fácil, a esos críticos les importaba un bledo decírselo y pedir una explicación. ¿Por qué? La cosa iba bien, lo teníais todo, ¿y ahora de repente decidís vender? ¿Tocar en campos de fútbol? ¿Qué estáis haciendo? ¿En qué estáis pensando? Y si el grupo no les era accesible —pues a menudo no lo eran, Noruega no era exactamente el país más importante para grupos que querían crecer—, lo desinflaban de todos modos con sus mordaces comentarios.

Yo, por mi parte, sólo había escrito tres reseñas de discos, es decir, las que Steinar Vindsland había leído. En ellas había procurado ser ecuánime, a la vez que duro, rechazando uno de los discos con un par de comentarios irónicos hacia el final. Era el nuevo disco de los Stones, ellos nunca me habían gustado, eran horribles, excepto el álbum *Some Girls*, que no estaba mal. Ahora tenían más de cuarenta y eran tremendamente patéticos.

Yo lo llevaba dentro, lo importante era conseguir sacarlo.

Fuera estaba oscureciendo, el otoño ponía su mano sobre el mundo, y a mí me encantaba. La oscuridad, la lluvia, las repentinas rendijas del pasado que se abrían cuando me llegaba el olor a hierba y tierra húmedas de alguna cuneta, o cuando los faros de un coche iluminaban alguna casa, todo como captado y reforzado por la música del walkman que llevaba siempre conmigo. Escuchaba a This Mortal Coil, que me recordaba a cuando jugábamos en la oscuridad de Tybakken, una sensación de alegría me subía por dentro, pero no esa otra alegría que tenía que ver con lo ligero, lo luminoso y lo despreocupado, esa alegría estaba unida a algo distinto, y cuando se encontraba con la melancolía, la belleza de la música y ese mundo que se estaba muriendo a mi alrededor, recordaba al dolor hermoso, al mal de amores, lo valioso y lo doloroso en una mezcla imposible, y de ahí surgía un deseo casi desatado de vivir más, de salir de todo eso, de alcanzar la vida allí donde se vivía de verdad, en las calles de las grandes ciudades, debajo de los rascacielos, en deslumbrantes fiestas con bellos seres en casas desconocidas. De encontrar el gran amor, todos los vaivenes que eso implicaría, y luego la aceptación, la redención, el éxtasis.

Abandonarla, buscarme otra, abandonarla. Subir y mostrarme

desconsiderado, un seductor deseado por todas, pero por ninguna conseguido. Dejé las reseñas de música en el montón que había en la parte de abajo de la librería y bajé. Mi madre estaba sentada en el ropero hablando por teléfono, la puerta estaba abierta, ella me sonrió. Me quedé quieto unos segundos para averiguar con quién estaba hablando.

Con una de sus hermanas.

Me comí un sándwich en la cocina de pie, apoyado en la encimera, y me bebí un vaso de leche. Volví a subir a mi cuarto y empecé una carta para Hanne. Escribí que lo mejor sería que no nos volviéramos a ver.

Me produjo una buena sensación escribir eso, por alguna razón quería vengarme, herirla, hacer que pensara en mí como en algo que había perdido.

Metí la carta en un sobre y la guardé en mi mochila, donde permaneció hasta que pude ir a comprar sellos al salir del instituto al día siguiente.

La llevé a Correos antes de subir al autobús, y pensé que estaba bien y justificado.

Por la tarde, tumbado en el sofá leyendo un libro de la biblioteca del instituto, la novela *Antes de cantar el gallo*, de Jens Bjørneboe, comprendí de repente lo que había hecho.

Pero si yo la amaba, ¿por qué entonces le decía que no quería volver a verla nunca más?

El arrepentimiento estalló dentro de mí.

Tendría que retractarme.

Dejé el libro sobre el reposabrazos del sofá y me incorporé. ¿Debería escribirle otra carta diciendo que no había sido sincero al escribir la anterior? ¿Que deseaba verla fuera cual fuera la situación?

Parecería un idiota.

Tendría que llamar por teléfono.

Antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión, fui al cuarto donde estaba el teléfono y marqué su número.

Fue ella la que contestó.

—Hola —dije—. Llamo para pedirte perdón por la otra vez que te llamé. No era mi intención comportarme así.

—No tienes por qué pedir perdón.

—Sí, claro que sí. Pero hay algo más. No voy a alargarme mucho, pero hoy te he enviado una carta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero lo que te he puesto no es verdad. No sé por qué la escribí. No son más que tonterías. Ahora quiero pedirte un favor. ¿Podrías no leerla? Tirarla y ya está.

Ella se rió.

—¡Ahora sí que me has dejado intrigada! ¿De verdad crees que voy a ser capaz de no leerla? ¿Qué pone?

—¡Eso es justo lo que no puedo decir! ¡Ése es el quid de la cuestión!

Ella volvió a reírse.

—Eres un tipo raro —dijo—. ¿Por qué lo escribiste, sea lo que sea, si no era verdad?

—No lo sé. Estaba de un humor extraño. Prométemelo, Hanne. Tírala y haz como si no existiera, por favor. En realidad no existe, porque no siento nada de lo que pone en ella.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Hanne—. Pero va dirigida a mí. Soy yo la que decide sobre esa carta, ¿no es verdad?

—Sí, claro. Sólo te pido que seas excepcionalmente buena conmigo.

—¿Pone algo malo? Ya, claro que lo pone.

—Ahora al menos lo sabes —dije—. Pero si quieres que me ponga de rodillas para suplicártelo, lo haré. Es más, lo estoy haciendo. Estoy arrodillado. ¡Por favor, tira la carta!

Ella se rió.

—¡Levántate, hombre! —dijo.

—¿Qué llevas puesto? —pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—Camiseta y pantalón de chándal. Como no sabía que me ibas a llamar hoy... ¿Qué llevas tú?

—¿Yo? Una camisa negra, unos pantalones negros y calcetines negros.

—No sé por qué lo pregunto —dijo riéndose—. Para Navidad te voy a regalar una gorra de tantos colores que te dará vergüenza llevarla, pero tendrás que ponértela, porque yo te la habré regalado. Al menos cuando vayas

a verme.

—Eso es maldad pura y dura —dije.

—Claro, tú no tienes el monopolio de la maldad —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? No soy malvado sólo por no creer en Dios, ¿no?

—Te estoy tomando el pelo. No eres nada malvado. Me están llamando, creo que han preparado algo que quieren que pruebe.

—¿Vas a tirar la carta entonces?

Ella se rió.

—¡Que te vaya bien!

—¡Oye! —dije.

Pero ella había colgado.

El encuentro con Steinar Vindsland fue breve, se limitó a enseñarme cómo insertar las reseñas, pues en el periódico existían unas hojas al efecto en las que había que rellenar unas casillas de una manera especial. Me dio un montón de ellas. Luego me explicó que tendría que elegir tres discos a la semana en una tienda especializada con la que ellos tenían un acuerdo. Luego podría quedarme con esos discos, ése sería mi sueldo. ¿De acuerdo? Claro que sí, dije. Tú me las entregas a mí, dijo, yo me ocupo del resto.

Me guiñó un ojo y me estrechó la mano. Luego se dio la vuelta y se puso a mirar unos papeles que tenía sobre la mesa. Yo salí a la calle, todavía con la emoción del encuentro en el cuerpo. Eran sólo las tres y media y fui a ver si mi padre estaba en casa. Me detuve delante de la puerta y llamé. Nadie acudió a abrirme, di un par de pasos hacia un lado y miré por la ventana, la casa parecía vacía, y estaba a punto de proseguir mi camino hacia la parada del autobús cuando lo vi bajar la cuesta en su Ascona verde claro.

Giró y paró junto al bordillo.

Antes de que se bajara del coche vi que estaba como siempre. Tenso, severo, controlado. Se quitó el cinturón de seguridad, cogió una bolsa que llevaba en el asiento del pasajero y salió. No me miró al cruzar la calle.

—¿Tú por aquí? —dijo.

—Sí —contesté—. Pensé pasar a verte.

—Tienes que llamar antes, ¿sabes? —dijo.

—Ya lo sé —contesté—, pero como estaba por aquí cerca, pensé...

Me encogí de hombros.

—No hay ninguna novedad —dijo—. Creo que es mejor que cojas el autobús y te vayas a casa.

—Vale.

—Y la próxima vez llamas antes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contesté.

Me dio la espalda y metió la llave en la cerradura. Yo eché a andar hacia la parada del autobús. Como mi padre había dicho, sería mejor irse a casa. Yo no había ido allí por mí, sino por él. El que mi visita no fuera oportuna no me importaba nada. Al contrario.

Llamó por teléfono sobre las diez y media de la noche. Parecía borracho.

—Hola, soy papá —dijo—. No estabas ya acostado, ¿no?

—No, no —contesté—. Suelo acostarme más bien tarde.

—Lo que pasa es que llegaste en un momento poco oportuno, ¿sabes? Pero me gusta mucho que vengas a vernos. No es eso. ¿Lo entiendes?

—Vale.

—Nada de «vale». Es importante que nos entendamos.

—Sí —contesté—. Claro que es importante.

—Aquí estoy, llamando a gente para preguntarles qué tal están. Y tomándome una copita.

Para lo de «copita» empleó una de esas expresiones del este que había empezado a usar recientemente. Las había aprendido de Unni. Cada vez que las decía, yo lo miraba, pues era como si hablara otro y no él.

—Mañana por la noche hemos invitado a unos colegas a cenar, bueno los conociste en Sannes, me gustaría que vinieras.

—Claro que sí. ¿A qué hora?

—Habíamos pensado sobre las seis, seis y media.

—Bien —dije.

—Bueno, no vamos a colgar todavía, ¿no? ¿O quieres colgar ya?

—No —contesté.

—Pues sí, creo que quieres colgar. No quieres hablar con tu viejo padre.

—Claro que sí.

Hubo una breve pausa. Bebió algo.

—Me han dicho que fuiste a ver a los abuelos —dijo a continuación.

—Sí.

—¿Dijeron algo de Unni y de mí?

—No —contesté—. Nada en especial.

—Tienes que ser más preciso. ¿Dijeron algo, pero nada en especial?

—Dijeron que tú habías estado el día anterior, y luego dijeron que habían conocido a Unni y que era maja.

—Así que eso dijeron.

—Sí.

—¿Has pensado ya dónde quieres celebrar las navidades? ¿Aquí con nosotros o con tu madre?

—No lo he pensado todavía. Aún falta bastante tiempo.

—Sí, es verdad. Pero hay que planificarlo, ¿sabes? Pensamos ir al sur de Europa o celebrar las navidades aquí. Si vosotros venís, nos quedamos. Pero tenemos que saberlo pronto.

—Lo pensaré —dije—. A lo mejor lo hablo con Yngve también.

—Puedes venir tú solo.

—Sí, claro. ¿Puedes darme un poco de tiempo? No he pensado aún en ello.

—Sí —dijo él—. Claro que puedes pensártelo. Pero querrás estar con tu madre, ¿no?

—No necesariamente —contesté.

—Bueno, bueno. Entonces nos vemos mañana.

Colgó, yo me fui a la cocina y puse agua a hervir para el té.

—¿Quieres un té? —grité a mi madre, que estaba sentada en el salón sobre las piernas y con el gato en el regazo, haciendo punto y escuchando música clásica en la radio.

Fuera era ya casi noche cerrada.

—¡Sí, por favor! —contestó.

Cuando cinco minutos después entré en el salón con una taza de té en cada mano, ella dejó la labor sobre el reposabrazos y bajó el gato al suelo. Mefisto sacó las garras y se estiró. Mi madre bajó los pies al suelo y se frotó las manos un par de veces, como solía hacer cuando llevaba un rato sentada sin

moverse.

—Creo que papá bebe —dije, sentándome en el sillón de mimbre que había debajo de la ventana y que crujió con mi peso. Soplé el té, di un sorbo y miré a mi madre. Mefisto se detuvo delante de mí, y al instante subió de un salto a mi regazo.

—¿Era con él con quien hablabas hace un momento? —preguntó mi madre.

—Sí.

—¿Estaba borracho?

—Sí, un poco. Y estaba bastante borracho cuando cené en su casa la última vez.

—¿Y qué opinas tú de eso?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Me produce una sensación un poco extraña, tal vez. Cuando llegué a la fiesta que dieron aquí, fue la primera vez que lo vi borracho. Y ahora ha ocurrido dos veces en bastante poco tiempo.

—Quizá no sea tan raro —dijo mi madre—. En su vida han ocurrido grandes cambios.

—Sí —dije—. Supongo que poco a poco lo dejará. Pero se pone bastante pesado, ¿sabes? No para de repetir que se equivocó en muchas cosas cuando éramos pequeños, se pone sentimental y me cuenta cómo me daba masajes en la pierna de recién nacido.

Mi madre se rió.

La miré, sonreí, ella se reía tan pocas veces...

—Ah, sí, ¿eso dice? Tal vez te diera un masaje en una ocasión. Pero sí que sentía mucha ternura por ti cuando eras pequeño.

—¿Y más tarde no?

—Sí, claro que sí. Claro que sí, Karl Ove.

Me miró. Dejé a Mefisto en el suelo y me levanté.

—¿Quieres escuchar algo en especial? —pregunté, poniéndome en cuclillas frente a la pequeña colección de discos que había colocado junto a la pared. Mefisto fue a la cocina tan despacio como sólo hacía cuando estaba ofendido.

—Pon lo que quieras —dijo mi madre.

Apagué la radio y puse un disco de Sade, era el único de mis discos que

podría gustarle.

—¿Te gusta? —pregunté cuando la música llevaba unos minutos llenando el salón.

—Sí, es muy bonita —contestó. Dejó la taza en la pequeña mesa que había junto al sofá y retomó su labor de punto.

Al día siguiente, después del instituto fui a la tienda Bolsa de Discos, hablé con el dependiente, le dije que tenía un acuerdo con Steinar Vindsland, del *Nye Sørlandet*, para seleccionar tres discos, y el dependiente asintió. Me pasé media hora eligiendo los que serían el tema de la reseña, era importante elegir algo de lo que tuviera cierto conocimiento, preferiblemente algún disco que hubiera sido reseñado en otros medios, por lo que yo pudiera regirme un poco.

Además, compré uno con el dinero que me había dado mi madre esa misma mañana. Para matar el hambre me fui a Geheb y me compré un bollo, subí la calle Markens con él en una mano y la bolsa de los discos en la otra. Cuando acabé el bollo, tiré la bolsa de papel en la calle y me limpié las manos, y un señor mayor, algo grueso pero bien vestido, gritó detrás de mí.

—¡Oye tú! ¡En esta ciudad no tiramos papeles en la calle! ¡Haz el favor de recogerlo!

Me volví con el corazón palpitante y lo miré de la manera más fría de que fui capaz. Tenía miedo, pero lo desafié y di unos pasos hacia él.

—Recógelo tú, si tanto te importa —dije.

Y luego, con las piernas flojeándome de miedo y el pecho vibrando de excitación, le di la espalda y seguí mi camino.

Esperaba que el hombre viniera corriendo detrás de mí, me agarrara y me zarandeara, quizá incluso me diera un puñetazo en el estómago, pero no ocurrió nada.

Sin embargo, anduve muy deprisa varias manzanas antes de atreverme a volver la cabeza y mirar.

No había nadie.

¡Cómo me había atrevido!

¡Responder de esa forma!

El hombre tendría en qué pensar. ¿Quién coño le había dado el derecho a decidir sobre mí? ¿De dónde sacaba esa libertad?

¿No era yo una persona libre? A mí nadie me decía lo que podía y no podía hacer. ¡*Nadie!*

Hervía por dentro al pasar por delante del Hotel Caledonien. Sólo eran las cuatro, tendría que matar aún dos horas, así que me dirigí a la biblioteca municipal por las calles laterales para no arriesgarme a toparme de nuevo con él. Encontré un asiento libre en la sala de lectura y examiné un rato los discos antes de ir a buscar un libro a las estanterías que tenía detrás. Era el primer tomo de la trilogía de Bjørneboe sobre la historia de la bestialidad, de la que Hilde había hablado en clase. Lo único que había leído de Bjørneboe hasta entonces, aparte de las pocas páginas de *Antes de que cante el gallo* que me había dado tiempo a leer el día anterior, era la novela *Los tiburones*. Entonces tenía doce años y la leí como leía a Jack London. Pero ahora, al leer las primeras páginas de ese libro, me di cuenta de que no había entendido nada. El libro era profundo y doloroso. El principio, sobre el viento foehn, era fantástico.

¿El mal venía de fuera?

¿Como un viento que arrastraba a los seres humanos?

¿O venía de dentro?

Miré por la ventana a la plaza de la iglesia, donde había algunas hojas amarillas y naranjas. Por la calle de detrás la gente iba con los paraguas abiertos.

¿Podría yo volverme malvado? ¿Dejarme arrastrar por un viento contra natura y torturar a alguien?

¿O lo *era* ya?

Bueno, lo de torturar no era algo muy factible, pensé, y seguí leyendo. Pero ese libro era de los que bastaba rozarlos con la mirada para que se volvieran a elevar. Tortura era algo extremo, el exterminio de los judíos era algo extremo. ¡Pero los que lo llevaron a cabo eran personas normales! ¿Por qué lo hicieron? ¿No sabían que estaba mal? Pues claro que lo sabían. ¿*Querían realmente* hacerlo? ¿*Desearían* realmente el mal si tuvieran la oportunidad de ponerlo en práctica? ¡Sin saberlo ellos mismos! ¿Simplemente algo que llevaban dentro, una maldad sin forma, por así decirlo, pero que asomaba

cuando se le brindaba la ocasión?

¡Qué estupidez que fueran por ahí creyendo en un dios y en un cielo! ¡Tanto engreimiento! ¡Tantísima vanidad! ¿Por qué Dios iba a haberlos elegido justamente a ellos, que estaban tan obsesionados por que los demás hicieran siempre lo correcto? ¡Esa gente tan mezquina! ¿Por qué Dios iba a preocuparse precisamente por *ellos*?

Estaba a punto de echarme a reír en voz alta allí dentro, pero en el último momento conseguí convertir la risa en una risita sofocada.

Miré a mi alrededor sin que nadie se diera cuenta. Entonces, como para ocultarlo, volví a mirar por la ventana, pero moviendo un poco la cabeza para que pareciera que estaba buscando algo concreto con la mirada.

¿Aquella no era Renate?

Claro que lo era.

Estaba entrando en el Peppes. ¿Y la que iba a su lado no era Mona?

En un instante de locura pensé en seguir las. Toparme como por casualidad con ellas, preguntar si les importaba que me sentara en su mesa, estar un rato charlando de un modo encantador y espontáneo, y luego coger con ellas el autobús hasta casa, era viernes, ellas se cotizaban bien, seguro que luego irían a alguna fiesta, podríamos tomarnos unas cervezas, yo podría acompañar a Renate a casa, ella podría cogerme la mano y preguntarme si me apetecía entrar con ella, yo diría que sí y en el momento de entrar en su casa le quitaría con vehemencia la camiseta y los pantalones, la tumbaría en la cama y follaríamos hasta que ella no pudiera más.

Ja, ja.

Follar hasta que ella no pudiera más, ya, ya.

Me sentí extenuado sólo de pensarlo. Pues sí, es probable que consiguiera quitarle la ropa en un día extremadamente afortunado, tal vez, pero eso sería todo lo que lograría. Allí se acabaría todo, entonces llegaría la extenuación.

Renate tenía *dos* años menos que yo y un cuerpo que hacía babear a todos los chicos. En mi barrio ella era *el* cuerpo.

Una vez en el autobús me acosaron. O, mejor dicho, ella no, ella se había limitado a escuchar. Fue Mona. ¡Y tenía *tres* años menos que yo!

Eres tan guapo, Karl Ove, dijo. Pero no dices nunca nada. ¿Por qué no dices nada? ¿Qué les pasa a tus mejillas? ¡Están rojas! ¿Te vienes con

nosotras? Vamos a casa de Renate. Estaría bien, ¿no? ¿O eres marica? ¿Por eso estás siempre tan callado?

Ella era un pequeño y descarado diablillo, con la boca grande y una confianza en sí misma aún mayor.

Yo estuve enamorado de su hermana durante todo octavo, tenía poco con que defenderme. Era mucho mayor que ellas y no podía contestar, porque si lo hacía, ella me liaría. Además, estaba allí Renate, y ella no tenía tres años menos que yo, sólo dos, iba a noveno, y ella... sí, pero no, ella estaba escuchando todo, viendo cómo yo miraba fijamente por la ventanilla, con las mejillas enrojecidas, como si creyera que podría salvar la situación fingiendo que no las veía y no las oía.

Qué desesperación. Si pudiera follármelas sin más... Bueno, a Mona no, ¿pero a Renate?

Pues no. *Eso* no.

Bajé la vista y seguí leyendo. No pasaron muchos segundos hasta que todos los pensamientos no escritos por Bjørneboe hubieron desaparecido. Y menos mal.

Otros seis invitados acudieron a la cena de mi padre y Unni. Habían puesto la mesa grande del comedor con mantel blanco, candelabros, servilletas y cubertería de plata. Tómate una copa de vino tinto con la comida, dijo mi padre, y así lo hice. No hablé mucho, me limité más bien a mirar, a ver cómo se calentaba el ambiente mientras charlaban y se reían. Cuando acabé la primera copa, estiré la mano y cogí la botella. Mi padre me miró y sacudió la cabeza. Dejé la botella donde estaba. Uno de los invitados tenía un bebé de seis meses, y estaban discutiendo sobre si debían bautizarlo o no. Ni el padre ni la madre eran creyentes, pero para los dos era importante la tradición. ¿Era eso suficiente?, preguntó.

El corazón me latía con fuerza.

—Yo hice la confirmación por el dinero que recibiría —dije—. Y el día que cumplí dieciséis años me di de baja en la Iglesia estatal.

Todos me miraron, la mayoría con una sonrisa indulgente en los labios.

—¿Te has dado de baja en la Iglesia estatal? —preguntó mi padre—. ¿En

secreto? ¿Quién te ha dado permiso para ello?

—Tienes derecho al cumplir los dieciséis —respondí—. Y yo los tengo.

—Tal vez tengas derecho —dijo mi padre—. Pero eso no significa que sea correcto.

—¡Tú también te has dado de baja en la Iglesia estatal! —dijo Unni riéndose—. Así que no puedes decirle a tu hijo que no lo haga.

Ese comentario no gustó a mi padre.

Lo ocultó detrás de una sonrisa, yo lo conocía, aquello no le gustó nada. Percibí su frialdad. Ella no. Siguió charlando y riéndose.

Esa frialdad fue desapareciendo poco a poco, él bebió y se relajó, lo que era importante dejó de serlo. También supuse que ya no era importante que yo bebiera sólo una copa de vino, y tenía razón. Cogí la botella, él no se dio cuenta, me serví y tenía delante una copa llena hasta arriba de vino.

Mi padre se desató y su carisma era grande, incluso enorme, en ese espacio. Él era el centro de atención, el que acaparaba todas las miradas. Pero no de un modo cordial. No lo miraban con afecto. Él tenía demasiado de algo, daba demasiadas voces, interrumpía la conversación cuando menos falta hacía, se reía por nada, decía tonterías, no escuchaba. Se ofendió por algo, desapareció un buen rato y volvió como si nada hubiese pasado. Dio un largo beso a Unni en medio de todo el mundo. Los demás se alejaron un poco de él con sus ojos y las expresiones de sus caras, no querían recibir lo que él ofrecía, era demasiado violento para su gusto, demasiado inoportuno, yo me di cuenta y pensé que aquellos malditos idiotas no sabían nada, no entendían nada, eran mezquinos y no lo sabían, y lo peor era que pensaban que eran buenos, pero no eran más que unos jodidos mezquinos.

Aquel otoño se fraguó una especie de patrón. Mi padre bebía todos los fines de semana, entonces no importaba si yo iba de visita por la mañana, por la tarde o por la noche, el sábado o el domingo, pero al empezar la semana dejaba de beber o bebía mucho menos, excepto quizá alguna noche en la que sucumbía, entonces llamaba a todos sus conocidos, y también a mí, dando la lata sobre cualquier cosa. Yo intentaba ir a verlo al menos una o mejor dos veces por semana, y cuando no bebía era estricto y profesional, exactamente

como había sido siempre, me hacía un par de preguntas sobre el instituto y quizá sobre Yngve, y luego nos quedábamos viendo la televisión sin pronunciar palabra, hasta que yo me levantaba y decía que tenía que irme. Él no quería tenerme allí, yo me daba cuenta, pero yo seguía llamando y preguntando si podía ir a verlo tal o cual día, y él contestaba que ese día sí que estaba. Cuando se emborrachaba, todo era desorden y caos, entonces quería hablar de lo bien que se llevaba con Unni, y no me ahorraba detalles de su vida con mi madre, cómo era comparada con la que llevaba con Unni. Luego lloraba, o Unni decía alguna imprudencia y él abandonaba la habitación fuera de sí de ira o totalmente sublevado, bastaba con que ella pronunciara el nombre de alguien del sexo masculino para que él se levantara y se marchara, y lo mismo regía para ella, cuando él mencionaba el nombre de alguna mujer, a veces ella se levantaba y salía de la habitación.

A lo largo de esas tardes, al menos en una ocasión él quiso hablar de mi infancia, que confundía con la suya, el abuelo le pegaba, decía, y aunque tal vez él no había sido un buen padre para mí, lo hizo lo mejor que supo, decía con lágrimas en los ojos, siempre lágrimas en los ojos en esas ocasiones en las que decía que lo había hecho lo mejor que había sabido. Mencionaba a menudo que me daba masajes en la pierna, y que entonces eran pobres, no tenían dinero, también eso lo mencionaba a menudo.

A mi madre le contaba muy poco de todo esto. Con ella llevaba una vida muy distinta, mi vida real, con ella hablaba de todo lo que pensaba, excepto de lo relacionado con las chicas, de esa terrible sensación de estar marginado en el instituto que siempre tenía y de lo que mi padre hacía. Todo lo demás se lo contaba, y ella me escuchaba, a veces con una expresión de sorpresa en la cara, como si no hubiese caído en lo que yo decía. Pero claro que había caído, lo que pasaba era que su identificación con lo que oía era tan grande que se olvidaba de sí misma y de lo suyo. A veces yo tenía la sensación de que éramos almas gemelas o al menos de igual valía. Luego la situación podía cambiar y la distancia surgía entre nosotros. Como aquellas semanas en que yo leía a Bjørneboe y durante varias noches seguidas le estuve dando lecciones sobre la falta de sentido de las cosas, hasta que de repente ella se echó a reír descontroladamente y con lágrimas en los ojos, igual que mi abuelo materno, dijo que no era así. ¡Mira a tu alrededor! ¡Qué ofendido estuve el resto de

aquella semana! Pero ella tenía razón, y lo curioso era que en cierto modo mi madre y yo habíamos intercambiado posiciones. Por regla general era yo el que decía que había que disfrutar de la vida, que nunca caería en esa trampa que se llamaba el deber y el trabajo de nueve a cuatro, y ella la que decía que la vida era un eterno esfuerzo y nada más que eso. Yo corroboraba el pesimismo de Børneboe y ese muro de falta de sentido que uno descubría en cuanto se empezaba a pensar en esas líneas, reconocía toda la miseria del mundo, pero al mismo tiempo no dejaba que eso fuera válido del todo para mi vida y los planes de futuro que yo tenía, que eran lúcidos y poderosos. Pero por otra parte eso también era coherente, porque la vida alternativa, la que quedaba fuera de lo burgués, comprendía el significado de la falta de sentido. ¿Acaso no era esa comprensión el obstáculo para esa idea del goce, de mandar todo a freír espárragos y de no seguir el deber? El diario que yo escribía en mis años de instituto estaba lleno de razonamientos de ese tipo. ¿Hay un Dios?, ponía al comienzo de una página. Que no, no había ningún Dios, fue mi conclusión tres páginas más adelante. Yo no era un anarquista de esos que dicen que se jodan todos, sino que lo era de un modo más estructurado, nunca debería haber nadie por encima de nadie, ningún estado nacional, sino más bien una laxa alianza de individuos a nivel local, me imaginaba. Nada de sociedades multinacionales, nada de capitalismo, y, en todo caso, ninguna religión. Yo defendía la libertad, los seres humanos libres que realizaban actos libres. Entonces mi madre podía preguntar: ¿quién se ocupará de los enfermos? Bueno, eso era algo que podría hacerse a nivel local, ¿no? ¿Y quién lo pagará y en qué moneda?, podía seguir preguntando mi madre, algunas instituciones nacionales tendría que haber, ¿no? ¿O quieres abolir todo el sistema monetario? ¿Por qué no?, podía contestar yo entonces, ¿qué hay de malo en el trueque? ¿Pero por qué demonios íbamos a tener eso? ¿Cómo se fabricarían tus discos en un sistema así? En esos casos yo pisaba terreno peligroso, allí chocaban dos de mis mundos, el que contenía todo lo bueno y bonito, y el de los principios. O, dicho de otra manera, lo que yo quería y aquello en lo que yo creía. ¡Tampoco era un jodido vegetariano ecologista! No se trataba de eso. Y sin embargo allí llegaría si fuera consecuente con el principio de salida.

Un par de veces vinieron a visitarla sus amigas de Arendal, y en otras dos

ocasiones las de sus tiempos de estudiante en Oslo, y las que había hecho cuando trabajaba en Kristiansand. Ante ellas me comportaba siempre como el hijo maduro, me sentaba y charlaba con ellas con el fin de sorprenderlas e impresionarlas, el chico es muy maduro, le decían a mi madre cuando yo me había marchado. Era ridículo lo fácil que resultaba hacerles creer eso.

Fuera del instituto la mayor parte del tiempo la dedicaba a escribir las tres reseñas semanales de discos, pero como no me las pagaban con dinero también trabajaba algunas tardes en la fábrica de parqué. Durante esos meses me esforcé además por visitar a menudo a mis abuelos paternos, porque ellos sabían lo que le estaba pasando a mi padre, y para mí era importante mostrar que eso a mí no me influía, que yo era el mismo de siempre, a la vez que, de alguna manera, también representaba para ellos a mi padre, el que a mí me fuera bien mejoraba en cierto modo la impresión que daba la vida que él llevaba.

En el instituto conocí a gente nueva. Bassen se había hecho amigo de un tal Espen Olsen, de segundo, un tipo arrogante de Hånes, tan seguro de sí mismo que rayaba en lo intolerable y que conocía a todos los que merecía la pena conocer. Yo sabía bien quién era, era uno de esos chicos en los que uno se fijaba y a los que se miraba, lo había visto subir al estrado sin pensárselo cuando se celebraban elecciones en el instituto y ponerse a hablar ante un comedor atestado de gente, y también me había fijado en la seguridad que mostraba como presidente de la Asociación de Alumnos Idun. Coincidimos en un recreo. He visto que escribes reseñas de discos en el *Nye Sørlandet*, dijo. Sí, contesté. Te vi una vez en primero, y entonces me hiciste mucha gracia, dijo. ¡Llevabas un pin de Paul Young al lado de otro de Echo and the Bunnymen! ¿Cómo es *posible*? ¿El puto Paul Young? Young está subestimado, dije. Él se echó a reír en alto y con desdén. Pero R.E.M. también está bien. ¿Has escuchado Green on Red? Claro que sí. ¿Y había escuchado Wall of Voodoo? ¿Bromeas? ¡Stan Ridgway es el rey!

Unas semanas después me invitó de repente a una «prefiesta» que iba a hacer en su casa. ¿Por qué me invita?, pensé. Yo no tenía nada con que contribuir, nada que él pudiera necesitar. Pero dije que sí de todos modos. Él compraría cerveza, dijo, no hacía falta que me ocupara de eso, puedes pagarla cuando llegues, así que el sábado por la tarde cogí el autobús, me bajé en la

vieja parada Rebel Yell, y subí andando la cuesta hasta Hånes, donde él vivía, no muy lejos del centro comercial en el que habíamos dado aquel catastrófico concierto el año anterior.

Su casa resultó ser una vivienda adosada. Un hombre que debía de ser su padre abrió la puerta.

—¿Está Espen? —pregunté.

—Sí —contestó, haciéndose a un lado—. Entra. Está arriba, en el primer piso.

Una mujer que debía de ser su madre estaba en la entrada, medio agachada, calzándose.

—Creo que a ti no te conocemos —dijo el padre.

—Así es —respondí, dándole la mano—. Soy Karl Ove.

—Así que tú eres Karl Ove —dijo.

La madre me sonrió y me dio también la mano.

—Estábamos a punto de irnos, como puedes ver —dijo ella—. ¡Que lo paséis bien!

Salieron de la casa y yo subí la escalera algo vacilante, era una casa desconocida.

—¿Espen? —dije en voz alta.

—¡Estoy aquí! —respondió su voz, y yo abrí la puerta de donde venía.

Estaba en la bañera con los brazos a lo largo del cuerpo y una amplia sonrisa en la boca. En el instante en que lo vi allí desnudo reuní toda mi fuerza de concentración para mirarlo a los ojos. Por nada del mundo debería mirar hacia su polla, que flotaba en la superficie del agua, aunque fue mi primer impulso. No mirar la polla. Sostuve la mirada y lo miré fijamente a los ojos, y mientras estaba así me dio tiempo a pensar que nunca había mirado fijamente a nadie durante tanto tiempo.

—Veo que has encontrado el camino —dijo riéndose. Yacía muy relajado en la bañera, como si fuera el dueño del mundo entero.

—Sí, no ha sido difícil.

—Estás raro —dijo—. ¿Pasa algo?

—No —dije.

Volvió a reírse.

—Me miras de una manera extraña.

—No —respondí, mirándole fijamente a los ojos.

—¿No has visto nunca una polla? ¿Es eso?

—¿A qué hora llegan los demás? —pregunté, perseverante.

—A las ocho. Es lo que te dije a ti también. Pero, claro, tú has tenido que venir muy temprano.

—A mí me dijiste a las siete.

—Las ocho.

—Las siete.

—Escucha, cabezón. ¿Me puedes alcanzar la toalla?

Cogí la toalla y se la tiré. Antes de que le diera tiempo a levantarse, salí del baño. Me sudaba la frente.

—¿Te parece bien que espere abajo hasta que estés listo?

—Claro que sí —dijo desde dentro—. ¡Mientras no te sientes!

Aunque sabía que estaba bromeando, no me senté cuando bajé. Me limité a dar una vuelta mirando todo de reojo.

Él *había* dicho que a las siete, ¿no?

De una pared colgaban fotos de él, de niño y de adolescente, con otro chico que debía de ser su hermano.

Cuando bajó, vestido con vaqueros azules y una camiseta blanca y sin calcetines, se fue directamente al aparato de música y puso un disco. Me echó una rápida y pícaro mirada cuando los primeros acordes llenaron la habitación.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó.

—Claro que sí —contesté.

—¿Quiénes?

—Violent Femmes.

Asintió con la cabeza y se levantó.

—¿A que suenan de *puta madre*? —preguntó.

—Sí.

—¿Una cerveza?

—Sí, estaría bien.

Yo no conocía a todos los de la fiesta, pero me sonaban del instituto, claro.

Trond, un tipo largo y delgado, rubio, con la cara triangular, y la boca y la capacidad verbal igual de grandes, sabía expresarse y, por lo que pude ver, nadie era capaz de hacerlo enmudecer. Gisle era su antípoda, pequeño y moreno, con los ojos negros y astutos, no decía gran cosa, y lo que decía era más efectivo que equilibrado. Luego estaban los mellizos Tore y Erling, a los que tardé meses en distinguir. Estaban obsesionados por la música, y siempre alegres y abiertos, hablaban a la vez y miraban a la gente con amabilidad. Dijeron que me habían visto en el tren de Drammen el invierno anterior, camino del concierto de U2. No hicieron ningún comentario sobre lo raro que era que fuera solo a ver a U2. Bassen conocía a todo el mundo, eran todos de la misma pandilla, pero algo pasaba entre Espen y él, apenas se soportaban, y nunca llegué a saber la causa.

Esa noche no estaba Bassen, y como yo no conocía a los otros y sólo había hablado un par de veces con Espen, durante mucho rato me limité a estar sentado sin abrir la boca.

Espen me echó un montón de indirectas, noté que pretendía que me soltara, pero eso sólo provocó que reparara en mi propio silencio, que se posaba como una baja presión sobre mis pensamientos.

Pero no paraba de beber, y cuanto más bebía, más aliviado me sentía. Cuando estaba por fin borracho, me encontré *allí*, en la habitación con ellos, farfullando, cantando a voz en cuello, gimiendo ¡esa canción es cojonuda! ¡Joder, qué bien suena! ¡Es un grupo fantástico!

Era allí donde quería estar, así era como quería pasar el tiempo, emborracharme y cantar, bajarme cayéndome en una parada de autobús, entrar tambaleándome en una discoteca o un bar, beber, charlar, reírme.

Al día siguiente me desperté sobre las doce. Apenas recordaba nada de lo que había sucedido después de habernos subido al autobús donde vivía Espen, sólo unos fogonazos que por suerte fueron lo suficientemente largos y específicos para que los pudiera situar, aunque no en el tiempo, al menos en el espacio.

¿Pero cómo había conseguido llegar a mi casa?

¡No habría cogido un taxi, ¿no?! Costaba doscientas cincuenta coronas y en

ese caso me habría gastado todo lo que poseía en el mundo.

No, no, había ido en el autobús nocturno, porque por la ventanilla había visto la luz de la pequeña cuesta de slalom que había justo debajo del colegio de Ve.

El alcohol seguía dentro de mi cuerpo, y, lleno de ese sentimiento que consistía en dos partes iguales de malestar y placer que reconocía de otras veces que me había emborrachado, bajé a la cocina. El desayuno seguía encima de la mesa, mi madre estaba sentada junto al escritorio del cuarto de estar de al lado, preparando sus clases.

—¿Te lo pasaste bien ayer? —preguntó.

—Sí, sí —contesté. Puse a hervir agua para el té, saqué de la nevera unos filetes rusos que freí, cogí el periódico del día anterior y estuve dos horas sentado en la mesa comiendo, leyendo y mirando el paisaje amarillo y naranja de fuera. No es lo mismo tener resaca que estar borracho, pero no es tan distinto, pensé, porque esa sensación de recuperación, de que el cuerpo iba poco a poco recobrando las fuerzas, y de que esas fuerzas podían ser grandes, me ofrecía a veces unos ratos casi triunfantes.

El cielo sobre los árboles con hojas amarillas y las coníferas verdes estaba denso y gris. El color gris y el hecho de que la visibilidad acabara allí mismo, sólo unos metros más arriba, aumentaba la intensidad de los colores; lo amarillo, lo verde y lo negro daba la sensación de ser arrojado al espacio y detenido por el cielo gris, y ésa sería la razón por la que los colores tenían un resplandor feroz. Poseían fuerza para levitar y desaparecer dentro de la eternidad, pero no podían, y así la fuerza se quemaba en el mismo lugar en el que se encontraban.

Sonó el teléfono.

Era Espen.

Me hizo ilusión, porque nunca me había llamado.

—¿Llegaste bien a tu casa anoche? —preguntó.

—Sí. Pero no me preguntes cómo.

Él se rió.

—Pues sí, estábamos borrachos.

—Sí, de eso no cabe duda. ¿Cómo llegaste tú a la tuya?

—En taxi. No tengo dinero para eso, joder, pero valió la pena.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo ahí en el campo?

—Nada. Luego voy a escribir una reseña, así que tengo que quedarme en casa.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué grupo?

—Tuxedomoon.

—Ah, ya. Pero no es más que basura europea vanguardista, ¿no?

—En realidad son bastante buenos. Sugerentes.

—¿Sugerentes? —resopló—. ¡Ensáñate con ellos, joder! Nos vemos el lunes.

Sobre las cuatro, cuando ya había empezado a oscurecer, me senté junto al escritorio del cuarto de estar y empecé a escribir la reseña. Estuve escribiendo hasta las ocho, luego subí al piso de arriba y me senté al lado de mi madre en el cuarto de estar a ver la televisión durante un par de horas. No debería haberlo hecho, porque uno de los protagonistas de la serie británica que solíamos ver era marica, y cada vez que eso se mencionaba o surgía por el contexto, me ponía rojo como un tomate. No porque yo fuera marica y no pudiera decírselo a ella, sino porque ella tal vez se imaginaba que yo lo era. Y eso resultaba irónico, porque si yo me sonrojaba cada vez que se mencionaba la palabra «marica», entonces ella creería que lo era, y eso hacía que me sonrojara aún más.

En mis decididamente peores momentos yo podía llegar a creer que de verdad era marica.

A veces, justo antes de dormirme, no sabía si era chico o chica. ¡No lo sabía! Mi conciencia buscaba enloquecidamente algo que se lo aclarara, pero las paredes de mis pensamientos eran por completo lisas y no lo sabían, yo no lo sabía, igual podía ser chica que chico, hasta que por fin llegaba a puerto y con los ojos abiertos de par en par y un profundo miedo en el pecho podía constatar que no era chica sino chico.

Y si eso podía ocurrir dentro de mí, si esa duda podía surgir, ¿qué otra cosa podía haber allí? ¿Estar escondida en mi interior?

Tan fuerte era ese temor que a veces me vigilaba a mí mismo, incluso

cuando soñaba, era como si una parte de mí estuviera presente en el sueño para ver con qué soñaba, para ver si cuando dormía podía desear a un chico en lugar de a una chica. Pero nunca soñaba con ningún chico, siempre soñaba con chicas, tanto despierto como dormido.

Yo no era marica, de eso estaba casi seguro. La duda era minúscula, una pequeña mosca que zumbaba por esos enormes paisajes dominados por mi conciencia, pero su mera existencia era suficiente. Por lo tanto, sufría sobremanera cuando la homosexualidad se mencionaba en el instituto. Haberme sonrojado en una situación así habría ocasionado tal catástrofe que ni siquiera me atrevía a pensar en ello. El truco era hacer algo, cualquier cosa, aunque sólo fuera frotarse un ojo o rascarse el pelo. Todo aquello que pudiera desviar la atención de mis mejillas sonrojadas o proporcionar una explicación al respecto.

En el fútbol, «marica» era una de las palabras más comunes, eres marica o qué, marica de mierda, pero no había en ello ninguna amenaza, porque todo el mundo se llamaba así continuamente, nadie imaginaba que alguien lo fuera de verdad.

Y yo tampoco lo era.

Al acabar el programa, mi madre preparó té y trajo dos tazas al cuarto de estar, donde nos quedamos charlando sobre distintos temas. Casi todos referentes a cosas que tenían que ver con la familia. En el transcurso del día ella había hablado con todos sus hermanos, uno por uno, Kjellaug, Ingunn y Kjartan, y se puso a repasar todo lo que le habían contado. Sus trabajos, los trabajos de sus maridos, todo lo que hacían sus hijos. Pero al que más tiempo dedicamos fue a Kjartan, a quien le habían aceptado cuatro poemas en una revista literaria que saldría en la primavera, él seguía pensando en mudarse a Bergen y empezar a estudiar filosofía. Pero la abuela estaba mal, el abuelo no podría cuidarla sin ayuda, y Kjellaug vivía demasiado lejos para poder ayudarlos salvo los fines de semana, además ella tenía su propia familia y su granja que cuidar, aparte de su trabajo.

—Por ahora Kjartan estudia filosofía por su cuenta —dijo mi madre—. Tal vez no sea mala idea en este momento. Kjartan ya no tiene veinte años, puede

que la vida de estudiante universitario no le resultara tan fácil como se imagina.

—Es verdad —dije—. Pero tú misma acabas de pasarte un año de estudiante universitaria. ¡Y tampoco tienes ya veinte años!

—Tienes razón —dijo ella riéndose—. Pero yo tengo una familia. Os tengo a vosotros. Mi perfil no era el de una estudiante, ¿entiendes? Kjartan tiene unas enormes expectativas sobre lo de ser estudiante universitario.

—¿Has leído sus nuevos poemas?

—Sí. Me los ha enviado.

—¿Has entendido algo?

—Supongo que algo sí.

—Me enseñó uno este verano. No entendí *nada*. Creo que se trataba de alguien que andaba por el borde del cielo. ¿Qué significa eso?

Ella sonrió y me miró.

—Pues no sé, ¿qué puede significar? —preguntó.

—Ni idea. ¿Es algo filosófico?

—Pero la filosofía que él estudia trata de la vida. Y de eso todo el mundo sabe algo.

—¿Por qué no puede escribirlo como es, sin rodeos?

—Algunos también lo hacen —respondió—. Pero hay cosas que no se pueden decir sin rodeos.

—¿Como qué?

Ella suspiró y le acarició la cabeza al gato, que enseguida la levantó con los ojos cerrados de puro deleite.

—Cuando estaba en la universidad leí a un filósofo llamado Løgstrup. Se ocupa mucho de la filosofía que tanto significa para Kjartan. Heidegger.

—Sí, sí me suena ese nombre —dije, riéndome.

—Emplea un concepto sobre el que escribe Heidegger —prosiguió mi madre—. *Cuidados*. En la ciencia de la enfermería ése es el tema central. ¿Pero qué son los cuidados? ¿Y de qué manera los prestamos? Se trata de ser una persona ante otra persona. ¿Pero qué es ser persona?

—Dependerá de a quién se lo preguntes —respondí.

—Exactamente —asintió ella—. ¿Pero hay algo que todos tengamos en común? Ésa es una pregunta filosófica. Y también es importante para el trabajo

que yo desempeño.

—Eso sí lo comprendo —dije—. Pero no entiendo por qué él andaba por el borde del cielo.

—¿Es seguro que hay que entenderlo?

—¿Para qué voy a leerlo si no lo entiendo?

—Tal vez debas preguntárselo a Kjartan la próxima vez que lo veas.

—¿Preguntarle lo que significa?

—Sí, claro, ¿por qué no?

—No, no puedo hablar con Kjartan. Siempre está enfadado. Bueno, no enfadado, más bien malhumorado. O extraño.

—Sí, es verdad. Pero no es nada peligroso, si es eso lo que crees.

—No, claro que no —dije.

Se hizo el silencio.

Intenté encontrar algo más que decir, porque era tarde y sabía que la pausa haría recordar a mi madre que debía acostarse, lo que yo deseaba evitar, quería seguir hablando con ella. Por otra parte, yo tenía que escribir una reseña, y cuanto más tiempo estuviera sentado sin hacer nada, más tarde me acostaría.

—Bueno, bueno —dijo ella—. Se nos ha hecho tarde hoy también.

—Sí.

—¿Vas a trabajar ahora?

Asentí con la cabeza.

—No te quedes levantado hasta muy tarde.

—El tiempo que me lleve —dije.

—Ya me imagino —dijo ella levantándose—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras mi madre atravesaba el cuarto de estar, el gato estaba al lado del sofá, estirándose y mirándome.

—No, no —le dije, moviendo la cabeza—. Yo tengo que trabajar, ¿sabes?

Con el disco puesto escribí versión tras versión de la reseña, luego arrugaba las hojas y las tiraba al montón del suelo, que era cada vez más grande. Por fin, pasadas las dos de la madrugada me di por satisfecho, saqué

la hoja de la máquina de escribir, eché la silla hacia atrás y releí por última vez lo que había escrito:

Tuxedomoon

Holy Wars (Cramboy)

Reseñado por Karl Ove Knausgård

Tuxedomoon se creó en San Francisco, pero ahora está afincado en Bruselas. El grupo vendrá a Noruega este invierno, tocará en la Ópera Noruega de Oslo el 1 de diciembre.

Blaine Reininger, el líder de los Tuxedomoon, ha abandonado el grupo para seguir una prometedora carrera en solitario, y *Holy Wars* es el primer LP del grupo sin la participación de Reininger. No llegará nunca a la altura de *Desires*, pero no por ello es un mal LP.

Todos los componentes de Tuxedomoon tienen una formación musical clásica y han convivido siempre con el rock. No se puede de ninguna manera encasillar el resultado, pero palabras clave en este contexto son rock de vanguardia, futurismo y modernismo.

El conjunto profundiza, investiga y descubre nuevas vías musicales. *Holy Wars* es un disco hermoso, lleno de emoción, pero a veces lo encuentro algo inaccesible. Contiene difusos estados de ánimo del pasado mezclados con futuro, instrumentos sintéticos mezclados con acústicos. La letra de una de las canciones del disco es un poema traducido de un poeta francés medieval. Este corte, «St. John», es en mi opinión uno de los más fuertes del disco, con una cautivadora intro de órgano y un estribillo acorde. Junto con «In a Manner of Speaking», constituye el aspecto más brillante del disco. Otros cortes que quiero mencionar son «Bonjour Tristesse» y el instrumental «The Waltz».

Antes de acostarme escribí una nota a mi madre diciéndole que se me había hecho muy tarde y que no me despertara. Ella solía levantarse una hora antes que yo, desayunar, tomar un café y fumarse un cigarrillo mientras escuchaba la radio. Luego me despertaba a mí y los días que coincidíamos con el horario me llevaba en coche al instituto. Su colegio estaba sólo unos

kilómetros más abajo. Durante la media hora que duraba el viaje no solíamos hablar mucho, y yo pensaba a menudo en lo distinto que era ese silencio al que compartía con mi padre, que era un silencio que me quemaba por dentro. Con mi madre el silencio carecía por completo de fricciones.

Esa mañana me desperté media hora tarde para llegar al autobús, constaté que me había corrido dormido, me quité los calzoncillos pegajosos, bajé desnudo al cuarto de la lavadora y descubrí aterrado que no quedaba ningún calzoncillo limpio.

¿Por qué no había lavado? ¡Si había tenido todo el jodido fin de semana libre!

Cuando entré en el baño vi el tendedero lleno de ropa en medio, pero estaba toda mojada y comprendí que mi madre había lavado la noche anterior, pero se había olvidado de tender, y lo habría hecho de prisa y corriendo esa misma mañana.

¡Qué despistada era!

Eso significaba que podía elegir entre coger unos calzoncillos usados de la cesta de la ropa sucia o ponerme unos mojados del tendedero.

Estuve dudando un buen rato. Hacía bastante frío fuera, no sería muy placentero bajar el kilómetro que había hasta el autobús con unos calzoncillos mojados puestos.

Por otra parte, nunca se sabía cuánto se acercaría uno a otra persona en el transcurso del día. No es que pensara que olía, pero si lo sospechaba, me haría comportarme de un modo aún más raro y poco natural que de costumbre.

Merethe, una chica de mi clase, podía empezar de repente a coquetear, ¿y si justo ese día decidía ponerme encima sus ojos azul claro y acercarse tanto que me rozara el hombro o incluso el pecho con sus hermosas manos? Estaba claro. Tendría que optar por los calzoncillos mojados.

Me duché, desayuné, y vi que tampoco llegaría al siguiente autobús sin estresarme y que lo mejor sería coger el siguiente a ése.

Fuera, el cielo estaba azul, el sol colgaba bajo, y entre las sombras de los árboles de la orilla del río se movía la bruma helada sobre el agua en calma.

Cuando el autobús se detuvo delante del instituto, la tercera hora estaba a

punto de terminar, y como no serviría de nada entrar tan tarde, cogí el autobús hasta el centro y me pasé por el *Nye Sørlandet* con las tres reseñas. Steinar estaba en su despacho.

—¿Estás haciendo pellas? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Malo, malo —dijo con una sonrisa—. ¿Tienes algo para mí?

Saqué las hojas de la mochila.

—Déjalas ahí —dijo, señalando el escritorio.

—¿No vas a leerlas?

Solía leerlas por encima antes de que me fuera.

—No. Confío en ti. Has hecho un buen trabajo hasta ahora, ¿por qué no ibas a haberlo hecho también esta vez? ¡Hasta luego!

—Hasta luego —respondí, y salí del despacho. Brillaba por dentro por lo que me había dicho, y para celebrarlo fui a comprarme un par de discos y me senté en Geheb, donde me comí un bollo y me bebí una Coca-Cola mientras examinaba a fondo las fundas. Se hizo tan tarde que sería una tontería ir al instituto, así que me di una vuelta por las calles y cogí un autobús para casa. Me paré en el cruce, delante de los buzones; además del periódico había tres cartas. Dos para mi madre en sobres de ventanilla: facturas. ¡Y un sobre de avión para mí!

Reconocí la letra y vi por el sello que venía de Israel. Esperé a abrirla hasta estar sentado en mi cuarto junto al escritorio. La abrí, la saqué del sobre, me levanté, puse un disco y me volví a sentar. Empecé a leer.

Tel Aviv, 9-10-1985

Hola, Karl Ove:

Llegué a Tel Aviv hace un mes. Es un lugar estupendo, pero duro también. Nunca he limpiado tanto en toda mi vida como durante este mes. Aquí estoy, a 30 grados de temperatura, tumbada en la terraza escribiendo esta carta. He estado dos veces en el Mediterráneo, y unos chicos israelíes me han enseñado a jugar al frisbee y a surfear. Pero resulta imposible fiarse de los chicos de aquí siendo rubia. Creen que estás de vacaciones, y piensan que a ésa es fácil ligársela. Pero yo soy incapaz de olvidarme de ti. Y no me entiendo a mí

misma. Pero creo que es porque tú eres al que más he amado en toda mi vida. Así que aunque supongo que habrán pasado muchas chicas por tu vida, Karl Ove, no me olvides y ven a Dinamarca el año que viene. Y si tienes la bondad de escribirme muy pronto sólo esta vez, estará *très bien*.

I'm your fan,

Lisbeth

Me levanté, me acerqué a la ventana y la abrí. Apoyé los antebrazos en el marco y me asomé. El aire era frío y cortante, apenas percibía el calor del sol que brillaba directamente sobre mí.

Ella hablaba en serio. Sentía lo que escribía.

Me enderecé y salí con la carta, me acerqué al banco de debajo de la ventana y volví a leerla. Luego la dejé a mi lado y encendí un cigarrillo.

Podría ir a Dinamarca en el verano. Y no tendría que volver.

No tendría que volver.

Era algo que no había pensado nunca, y lo cambiaba todo.

Con la fría y cortante luz en la cara, bajo el cielo azul oscuro en medio del bosque encima del río fue como si el futuro se me abriese. No como se esperaba que fuera, es decir, lo que hacía todo el mundo, primero el servicio militar en el norte de Noruega, luego la universidad en Bergen o en Oslo, vivir allí seis años, volver a casa durante las vacaciones, conseguir un trabajo, casarse y tener hijos que serían los nietos de los padres.

En lugar de eso marcharse y desaparecer para todo el mundo. Perderme. Ni siquiera al cabo de unos años, sino *ahora*. Decirle a mi madre en el verano: escucha, me voy para no volver. Ella no me lo podría negar. Yo era libre. Un ser que se pertenecía a sí mismo. El futuro estaba abierto como una puerta.

Las hayas de Dinamarca. Las pequeñas casas de ladrillo. Lisbeth.

Nadie sabría quién era yo, yo sólo sería alguien que llegaba allí, y que pronto se volvería a marchar. ¡No tendría que regresar! Nadie necesitaría saber nada más de mí jamás, simplemente podría desaparecer, desvanecerme.

Podría hacerlo.

Por la curva de debajo de la casa llegaba un coche, reconocí el ruido del motor del Golf de mi madre. Apagué el pitillo, lo enterré debajo de un poco de

turba y me levanté en el momento en que el coche se detenía en la grava delante de la casa.

Ella se bajó, abrió la puerta del maletero y sacó dos bolsas con comida.

—¿Tienes ya dinero? —pregunté.

—Sí, hoy es día de paga —contestó.

—¿Qué has comprado para comer?

—Albóndigas de pescado.

—¡Qué bien! Me muero de hambre.

Lo de las navidades no era más que una amenaza sin fundamento por parte de mi padre, en realidad no quería tenernos allí y reservó un viaje a Madeira con Unni sin volvernos a preguntar ni a Yngve ni a mí sobre nuestras preferencias.

Nosotros iríamos a Sørbøvåg con mi madre a pasar las navidades con mis abuelos maternos. Serían nuestras primeras navidades sin mi padre, y me hacía ilusión; las pocas veces que habíamos estado juntos los tres después de la separación el ambiente había sido relajado y abierto.

Al salir del instituto el último día antes de las vacaciones de Navidad, fui a casa de mis abuelos paternos a felicitarles las fiestas; al día siguiente mi madre y yo cogíamos el avión para Bergen, donde nos reuniríamos con Yngve, y desde allí iríamos los tres en barco hasta Sørbøvåg.

La abuela abrió la puerta exterior que estaba cerrada con llave, como de costumbre.

—¿Eres tú? —dijo con una sonrisa.

—Sí, estaba por aquí cerca y quería deseáros Feliz Navidad —dije. La seguí escalera arriba sin abrazarla primero. El abuelo estaba sentado en su sillón, y al verme los ojos se le iluminaron por unos instantes. Al menos eso me pareció.

—La comida no está aún —dijo la abuela—, pero puedo calentarte unos bollos si tienes hambre.

—Me encantaría —dije, y me senté, saqué el paquete de tabaco del bolsillo de la camisa y encendí un pitillo.

—No te tragarás el humo, ¿verdad? —preguntó la abuela.

—Qué va —respondí.

—Menos mal, es peligroso, ¿sabes?

—Ya lo sé —contesté.

Puso la pequeña parrilla en la placa eléctrica y la encendió, colocó encima dos bollos, y sacó de la nevera mantequilla, queso amarillo y queso marrón.

—Papá se ha ido esta mañana a Madeira —dije.

—Sí, eso hemos oído.

—Se lo pasarán muy bien —dije—. ¿No estuvisteis también vosotros allí una vez?

—¿Nosotros? No —respondió mi abuela—. No hemos estado nunca en Madeira.

—Quizá el chico se refiera a Las Palmas —intervino mi abuelo—. Allí sí hemos estado.

—Me acuerdo —dije—. Nos trajisteis una camiseta a cada uno. Azul clara con letras en azul marino. Ponía Las Palmas, y había una foto de unas palmeras de coco, creo.

—¿Tan bien lo recuerdas? —dijo la abuela.

—Sí.

Sí que me acordaba. Algunas cosas de aquella época estaban grabadas en mi memoria. Otras eran más difusas. Una vez me pareció recordar que la abuela había dicho que había un hombre en la entrada, un desconocido, tal vez alguien que había ido a robar. Más tarde lo mencioné y mi abuela me miró sin entender nada, sacudiendo la cabeza. No, nunca había habido un desconocido en la entrada. ¿De dónde me había sacado eso? Otras cosas que yo creía saber eran desmentidas instantáneamente de la misma manera en el momento en que las mencionaba. Un antepasado o el tío de un antepasado, me parecía haber oído, se había ido a Estados Unidos, y allí se había casado de nuevo sin haberse divorciado legalmente de su mujer en la vieja patria, lo que lo convirtió en bígamo. Lo dije durante una cena aquel otoño, un domingo que estábamos sentados en el comedor los abuelos, mi padre, Unni y yo. Pero nadie había oído hablar de eso y la abuela casi parecía enfadada cuando lo negaba con la cabeza. En esa historia también había algo de navajazos, según lo que yo recordaba. Pero si en realidad no había ocurrido y era simplemente algo que yo creía que había sucedido, ¿cómo me había venido a la mente?

¿Alguien me lo había contado en un sueño? ¿Lo había leído en una de las innumerables novelas que había devorado, para luego transmitirlo a unos vagos personajes de la familia, incluyéndome a mí en el núcleo de la historia?

No lo sabía.

Pero aquello no tenía mucha gracia, porque me hacía parecer una persona en la que no se podía confiar, una persona que mentía y se inventaba cosas, en otras palabras, exactamente como mi padre. Resultaba irónico, porque lo de no mentir nunca era algo en lo que precisamente me esforzaba por su culpa. Bueno, alguna mentira piadosa sí decía, si se trataba de algo que no quería que llegara a oídos de otros, generalmente de mi madre, pero también de mi padre. Pero lo que ocultaba lo ocultaba por consideración a ellos, no a mí. De manera que por lo menos en ello no había nada inmoral.

—Me hace ilusión tener vacaciones —dije.

—Claro, ya lo supongo —dijo la abuela.

—¿Vendrá en Nochebuena Gunnar con su familia? —pregunté.

—No, la celebrarán en su casa. Nosotros iremos allí, supongo.

—Entiendo.

—Vamos. Ya están listos —dijo la abuela, poniendo los bollos en un plato que colocó delante de mí en la mesa, antes de volver a sentarse.

Se había olvidado del cuchillo y el cortador de queso.

Me levanté para ir a por ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Falta algo?

—El cuchillo y el cortador de queso —respondí.

—¡No te levantes! Yo te los traigo.

Fue a buscarlos al cajón y los colocó a mi lado.

—Ya está —dijo sonriendo—. ¡Ahora sí que tienes todo lo que necesitas!

Le devolví la sonrisa.

La corteza de los bollos estaba tan crujiente que casi echaba chispas en mi boca. Comí deprisa, no sólo porque lo hacía siempre, sino también porque ellos no comían y estaban allí quietos mirándome, y era como si cada pequeño movimiento que yo hacía, aunque sólo fuera quitar las migas de la mesa, fuera acentuado.

—A mamá también le hacen mucha ilusión las vacaciones de Navidad —dije mientras untaba el segundo bollo de margarina.

—Claro que sí —dijo la abuela.

—No ha estado en Sørbøvåg desde el verano, y los abuelos empiezan a hacerse viejos. Sobre todo la abuela. Está bastante mal.

—Sí —asintió la abuela—. Sí que lo está.

—Ya no puede andar —dije.

—¿Ah, no? Vaya —dijo la abuela—. ¿Tan mal está ya?

—Va con un andador —contesté tragando, luego me limpié unas migas de los labios con la mano—. Así puede moverse dentro de su casa. Pero ya no sale a la calle.

Era algo en lo que no había pensado hasta entonces. Ella ya no salía nunca, estaba siempre en aquellas pequeñas habitaciones.

—Es Parkinson lo que tiene, ¿no? —preguntó el abuelo.

Asentí con la cabeza.

—Por lo menos a mamá le va bien en el trabajo —dije—. Ya no hay tantas cosas nuevas para ella.

La abuela se incorporó de repente, levantó la cortina y miró hacia fuera.

—Me ha parecido oír a alguien —dijo.

—Son imaginaciones tuyas —dijo el abuelo—. No esperamos a nadie.

Ella volvió a sentarse. Se pasó una mano por el pelo y me miró.

—Ah, por cierto... —dijo levantándose otra vez—. Casi me olvido de los regalos de Navidad.

Desapareció unos instantes y yo miré al abuelo, que con el rabillo del ojo echaba un vistazo a la quiniela en el periódico, que estaba doblado en la mesa delante de él.

—Aquí tienes —dijo la abuela desde la entrada. Llevaba dos sobres en la mano—. No es mucho, pero tal vez os ayude un poco. Uno para ti y otro para Yngve. Puedes llevárselo, ¿no?

Sonrió.

—Sí, claro —dije—. ¡Muchísimas gracias!

—No hay de qué —dijo la abuela.

Me levanté.

—Feliz Navidad, entonces —dije.

—Feliz Navidad para ti también —dijo el abuelo.

La abuela me acompañó hasta la puerta y se quedó con la mirada perdida

mientras yo me ponía la chaqueta negra y me enrollaba la bufanda negra alrededor del cuello.

—¿No importará que utilice parte del regalo de Navidad para pagar el autobús a casa? —pregunté mirándola.

—Claro que importa —contestó ella—. La intención es que con ese dinero os compréis algo bonito. ¿No tienes dinero?

—Me temo que no.

—Voy a ver si tengo unas monedas en alguna parte —dijo ella, sacando el pequeño monedero del bolsillo de su abrigo, colgado en el armario. Me alcanzó dos billetes de diez.

—Feliz Navidad —dije.

—Feliz Navidad —dijo ella, me sonrió y cerró la puerta.

En cuanto me hube alejado lo bastante como para que no se me pudiera ver desde la casa, abrí el sobre que llevaba mi nombre. Dentro había un billete de cien coronas. Perfecto. Podría comprarme dos discos antes de volver a casa.

Cuando estaba en la tienda se me ocurrió que de hecho podía comprar cuatro, porque también Yngve tendría un billete de cien. Así era.

Ya se lo daría de mi propio dinero. El billete no estaba marcado.

Llegamos a Sørbøvåg por la noche. Estaba lloviendo, un par de grados sobre cero, la oscuridad era tan densa como una pared cuando subimos el equipaje hasta la luminosa casa. Era como si a nuestro alrededor el paisaje estuviera impregnado de humedad, por doquier goteaba y corría agua.

Mi madre se detuvo delante de la puerta de madera marrón con ranuras y cristal en la parte de arriba. Dejó la maleta en el suelo y abrió. El olor, un pelín a rancio por la ropa que el abuelo se ponía para ir al establo y que estaba colgada en la entrada, me llegó a la cara, y ese olor, junto con la visión de la puerta y la pared blanca al fondo de la entrada, me abrió por un segundo una ventana a toda mi infancia.

En aquella época nos habrían recibido fuera, o al menos habrían salido en el momento de girar el picaporte, pero ahora no sucedió nada. Dejamos las maletas en el suelo y nos quitamos la ropa de abrigo, escuchando nuestra propia respiración y el crujir de la ropa.

—Bien —dijo mi madre—. ¿Entramos ya?

El abuelo, que estaba sentado en el sofá, se levantó sonriente a saludarnos.

—¡El pueblo noruego está creciendo! —dijo, mirándonos a mí y a Yngve. Sonreímos.

Sentada en el sillón del rincón estaba la abuela mirándonos. Le temblaba todo el cuerpo. Estaba ya totalmente a merced de la enfermedad. Las mandíbulas, los brazos, los pies, las piernas, todo le temblaba.

Mi madre se sentó junto a ella en un escabel y le cogió las manos. La abuela intentó decir algo, pero apenas salió de ella un ronco murmullo.

—Vamos a subir el equipaje mientras tanto —dijo Yngve—. Dormimos arriba, ¿no?

—Como queráis —dijo el abuelo.

Subimos la crujiente escalera. Yngve ocupó la vieja habitación de Kjartan, yo la que había sido la de los niños. Encendí la luz del techo, dejé el saco al lado de la vieja cuna, descorrí las cortinas e intenté mirar a través de la oscuridad de fuera. Era impenetrable, pero, no obstante, intuía el paisaje de allí, era como si el viento que lo atravesaba lo abriera. En el alféizar de la ventana había un montón de moscas muertas. En el rincón, arriba junto al techo colgaba una telaraña. Hacía frío en la habitación. Olía a viejo, a tiempos pasados.

Apagué la luz y bajé.

Mi madre estaba de pie en medio de la habitación. El abuelo veía la tele.

—¿Hacemos algo de cena? —preguntó mi madre.

—Vale —contesté.

El abuelo era el que se ocupaba de cocinar en aquella casa. Había aprendido al morir su madre, tenía doce años cuando se responsabilizó de esa tarea. No muchos hombres de su generación eran capaces, y él estaba orgulloso de haberlo conseguido. Pero en el fregado de sartenes y cacerolas, cazos y cucharones no se esmeraba demasiado. La grasa, que formaba una capa gruesa y amarillenta en el fondo de la sartén, por ejemplo, daba la impresión de haberse derretido, fundido y solidificado innumerables veces, y las cacerolas del armario tenían bordes de espuma de cocer pescado, o trozos de patatas rotas de tanto hervir en el fondo. Por lo demás, la casa no se veía sucia, alguien iba a limpiar dos veces por semana, pero todo estaba muy viejo.

Mi madre y yo preparamos unos huevos revueltos, hicimos té y llevamos queso y fiambre a la mesa que Yngve había puesto. Cuando todo estaba listo fui a buscar a Kjartan, que unos años antes se había construido una casa junto a la vieja. Unas pequeñas y ligeras gotas de lluvia se me posaron en la cara mientras recorría los tres metros que separaban su casa de la de los abuelos. Al llegar llamé al timbre. Abrí la puerta y desde la entrada grité hacia arriba que la cena ya estaba lista.

—¡Vale, ahora voy! —gritó Kjartan.

Cuando volví al cuarto de estar, mi madre estaba en medio de la habitación junto a la abuela, guiándola lentamente hasta la mesa, donde ya estaban sentados el abuelo e Yngve, el abuelo hablando con gran entusiasmo sobre las numerosas posibilidades del cultivo del salmón. Si él hubiera sido más joven, se habría dedicado a eso. Uno de sus vecinos lo había hecho, justo abajo, en el fiordo, había una pequeña instalación de cría de salmón, era como si le hubiese tocado la lotería de tanto dinero como había ganado.

Me senté y me eché té en la taza. Kjartan entró, cerró la puerta con un estampido, se fue derecho a la silla y se sentó.

—¿Así que estás estudiando ciencias políticas? —preguntó a Yngve.

—Hola, Kjartan —dijo Yngve. Como Kjartan se hizo el sordo a esa suave reprimenda, Yngve asintió con la cabeza—. O políticas comparativas, como se llama en Bergen. Pero es lo mismo.

Kjartan asintió.

—¿Y tú estás en el instituto? —me preguntó a mí.

—Sí —contesté.

Me levanté y le saqué la silla a la abuela. Ella se sentó despacio, mi madre empujó la silla hacia la mesa, y se sentó al otro lado, mientras Kjartan empezó a hablar sin mirarnos. Se sirvió pan y fiambres en el plato, untó la rebanada de pan con mantequilla y se la llevó a la boca, luego se sirvió té y leche y levantó la taza hasta los labios, todo eso como independientemente de él y de lo que decía, ese largo e imparable torrente de palabras que salía de su boca. A veces se corregía a sí mismo o se reía un poco, incluso levantaba de cuando en cuando la vista, pero por lo demás era como si él hubiese desaparecido para dejar hablar a aquello que hablaba dentro de él.

Habló de Heidegger, soltó un monólogo de diez minutos sobre el gran

filósofo alemán y su lucha personal con él, de repente se paró y dejó de hablar. Mi madre retomó algo de lo que él había dicho, preguntó si realmente era así, si lo había entendido bien. Él la miró, sonrió brevemente, y prosiguió con su monólogo. El abuelo, que siempre había liderado todas las conversaciones alrededor de aquella mesa, no decía nada mientras comía, se limitaba a mirar al frente, echando algún que otro vistazo a su alrededor con una expresión alegre, como si de repente se le hubiera ocurrido algo y estuviera a punto de decirlo, pero se contenía y volvía a bajar la mirada.

—Creo que no todos los presentes han oído hablar de Heidegger —dijo Yngve en una pausa inesperada—. Supongo que se podrá hablar de algo que no sea un oscuro filósofo alemán.

—Sí, supongo que sí —dijo Kjartan—. Podemos hablar del tiempo. ¿Y qué vamos a decir entonces? El tiempo está como siempre ha estado. El tiempo es aquello por lo que se hace visible la existencia, de la misma manera que nosotros nos hacemos visibles a través del estado de ánimo en el que nos encontramos, a través de lo que sentimos en cada momento. No se puede imaginar un mundo sin tiempo, o a uno mismo sin sentimientos. Pero ambas cosas automatizan al *das Man*. *Das Man* habla del tiempo como si no fuera nada especial, él no lo ve, ni siquiera Johannes —dijo Kjartan señalando al abuelo—, y eso que se pasa una hora al día escuchando el parte meteorológico y siempre lo ha hecho y percibe todos los detalles, pero ni siquiera él ve el tiempo, sólo ve lluvia o sol, niebla o aguanieve y no como es en sí mismo, como algo único que aparece ante nosotros, a través de lo que se muestra todo lo demás, en esos momentos de... de gracia, tal vez. Heidegger sí se aproxima a Dios y a lo divino, pero nunca se funde con ello, nunca recorre todo el camino, pero allí está, justo detrás, tal vez incluso como una condición del pensamiento. ¿Qué dices tú, Sissel?

—Bueno, lo que dices suena casi religioso —dijo mi madre.

Yngve, que había puesto los ojos en blanco cuando Kjartan empezó a hablar del tiempo, pinchó un trozo de salmón con el tenedor y lo llevó a su plato.

—¿Habrá también este año las dos cosas, jamón de cordero ahumado y costillas de cerdo? —preguntó.

El abuelo lo miró.

—Sí, habrá las dos cosas. El jamón de cordero lo hemos secado en nuestro granero. Las costillas las compró ayer Kjartan.

—He traído aquavit —dijo Yngve—. Va bien con la comida.

Mi madre acercó un vaso de leche a la boca de la abuela. Ella bebió. Un hilo blanco le cayó por la comisura de los labios.

El paisaje era como un recipiente lleno de oscuridad. A la mañana siguiente, el fondo apareció lentamente al compás de la llegada de la luz, que en cierto modo esparció la oscuridad. Me parecía imposible verlo sin pensar que implicaba movimiento. ¿No se estaba acercando con la luz la montaña Lihesten, con su pared de piedra vertical y alargada? ¿No era como si el fiordo gris subiera de la profunda oscuridad en la que había estado escondido toda la noche? ¿Y esos grandes abedules al otro lado del campo labrado, donde se levantaba la valla del vecino, no se estaban acercando unos metros?

Los abedules: cinco o seis jinetes que habían estado vigilando la casa durante toda la noche y que ahora tenían que tirar fuerte de las riendas con el fin de tranquilizar a los caballos, inquietos una vez más.

En el transcurso de la mañana la niebla se fue espesando de nuevo. Todo estaba gris, incluso los invernales abetos verdes que crecían en la colina al otro lado de la laguna estaban grises, y todo estaba saciado de humedad. La llovizna en el aire, las gotas que se acumulaban bajo las ramas y caían al suelo con unas pequeñas sacudidas casi inaudibles, la humedad en el campo labrado que en tiempos fue un pantano y que temblaba cuando lo pisabas, los zapatos que se hundían, el fango que subía.

Sobre las once acompañé a Yngve a coger el coche de Kjartan, que nos lo había prestado, y nos fuimos los dos a Vågen a hacer las últimas compras para la cena navideña. Chucrut, col lombarda, algo más de cerveza, nueces y fruta. Y algunos refrescos que sofocaran esa sed que el jamón de cordero ahumado siempre provocaba. También periódicos, si los había, los quería para que el tiempo se me pasara rápido hasta la noche, porque tan arraigadas estaban en mí las nochebuenas de la infancia que aún me llenaban de ilusión.

Con los limpiaparabrisas moviéndose de un lado para otro salimos de la granja y bajamos a la carretera delante del colegio, donde giramos a la

derecha y emprendimos el camino de dos kilómetros hasta Vågen, que cuando éramos pequeños nos parecía que estaba lejísimos. Casi cada metro a lo largo del camino constituía un lugar especial, lo más emocionante era lo relacionado con el puente del río, en cuya barandilla podía estar apoyado durante horas con el único fin de mirar.

El trayecto en coche nos llevó unos tres, quizá cuatro minutos. Si yo no hubiera tenido una relación con ese paisaje, no me habría dado cuenta de nada. Los árboles habrían sido unos árboles cualesquiera, las granjas unas granjas cualesquiera, el puente un puente cualquiera.

—Lo de Kjartan es increíble —comentó Yngve—. Que no tenga consideración absolutamente con nadie. ¿O cree que todo el mundo tiene tanto interés en el tema como él?

—Yo qué sé —contesté—. No entiendo nada de lo que habla. ¿Y tú?

—Un poco —contestó Yngve—. Pero no es tan impresionante como suena. Basta con leerlo.

Se metió en el aparcamiento y nos dirigimos a la tienda cooperativa. Una mujer con un largo impermeable y un niño pequeño al lado salía en ese momento. Nos miró sorprendida.

—¡Pero Yngve! ¡Tú por aquí! —exclamó.

¿Quién era ella?

Se abrazaron.

—Éste es mi hermano, Karl Ove —me presentó Yngve.

—Ingegerd —dijo ella, dándome la mano.

Sonreí. El niño se pegó a ella.

—Claro, tienes aquí a tus abuelos —dijo ella—. Ahora me acuerdo. ¡Qué alegría verte por aquí!

Me alejé unos pasos de ellos y me puse a contemplar Vågen. El agua estaba completamente quieta. Se veían algunos barcos amarrados a boyas en medio del agua luciendo rojos entre todo lo gris. Cuando éramos pequeños el barco de Bergen atracaba allí. Una vez lo cogimos por la noche y dormimos en un duro banco, rodeados de olor a gasolina, café y mar, fue un cuento de hadas. *El Comandante*, se llamaba aquel barco. Ahora eran los barcos rápidos los que se encargaban del trayecto. Y no paraban allí.

—¿Vienes? —dijo Yngve a mis espaldas.

Me di la vuelta. La mujer y el niño se dirigían a un coche.

—¿Quién era? —pregunté.

—Una chica de Bergen —contestó él—. Es la novia de Helge.

La casa olía a lejía cuando volvimos. Mi madre había fregado el suelo y ahora estaba con las ventanas. La abuela dormía a su lado en el sillón. Mi madre escurrió el trapo encima del cubo, se enderezó y nos miró.

—¿Preparáis unas gachas? —dijo.

—Sí, yo lo hago —se ofreció Yngve.

—¿No vamos a poner el árbol ya? —pregunté.

—Tú puedes ir a buscarlo —contestó ella.

—¿Dónde está?

—La verdad es que no lo sé. Pregúntale a Kjartan.

Metí los pies en unos zuecos demasiado pequeños y me fui a la otra casa. Llamé al timbre, abrí la puerta y grité hola.

No hubo respuesta.

Subí silenciosamente la escalera.

Kjartan estaba reclinado en el cómodo sillón, mirando al fiordo. Llevaba sus enormes cascos en la cabeza y marcaba el ritmo de la música con un pie.

Era obvio que no se había percatado de mi presencia. Si me metiera de golpe en su campo de visión seguramente se asustaría. No había otra manera de hacerlo. De nada serviría gritar, porque la música estaba a tal volumen que la oía desde donde me encontraba.

Volví a salir.

El abuelo venía del granero por el camino, con un gato trotando tras él.

—¿Lo has solucionado? —me preguntó mi madre cuando entré.

—Estaba ocupado —dije—. Sentado escuchando música.

Yngve suspiró.

—Voy a verlo —dijo.

Cinco minutos después entró en casa luchando con un abeto grande, pero sin mucho lustre. Lo atornillamos en el oxidado soporte de metal y nos pusimos a colgar los adornos navideños que había en una caja que mi madre había encontrado. Después de comer me di una vuelta por la granja, primero

fui hasta las viejas y destartaladas jaulas para los visones y luego bajé a la laguna negra, pasando por delante de donde en tiempos estuvieron las colmenas. Un poco más allá, junto a los restos de los cimientos de la antigua casa, me fumé un pitillo. No se oía ni un ruido en ninguna parte y no se veía un alma. Tiré la colilla en la hierba mojada y volví a la casa. Los zapatos me brillaban de humedad. Mi madre estaba ayudando a la abuela a ducharse en el baño de la primera planta. Yngve escuchaba al abuelo, que estaba sentado en el sofá, echado hacia delante con los brazos apoyados en las rodillas, charlando, como tenía por costumbre.

Yo me senté en el otro sillón.

El abuelo hablaba de cuando se dedicaba a la pesca del arenque con su padre en los años veinte, de cómo con un único lanzamiento podías conseguir un gran resultado, y de cómo de hecho le ocurrió una vez. En sus ojos brillaban los tiempos revividos. Habló también de aquel capitán que una noche estuvo en la proa durante el último trecho hacia Trondheim, como un perro aullando a la luna, dijo riéndose, sólo que él aullaba a las mujeres. Se había esmerado mucho en ponerse de punta en blanco, estaba en la proa husmeando mientras el barco se acercaba lentamente hacia la ciudad iluminada. Luego habló de cuando fue capataz en una obra de carretera y jugaban al póquer por las noches en los barracones y él ganaba una y otra vez, pero no pudo gastarse el dinero porque iba a comprar el anillo de boda a la abuela y no quería pagarlo con el juego, así que lo devolvió todo a la mesa, acomodándose en la silla y viendo cómo el sudor empezaba a gotear en las frentes de todos los demás. Lloraba de risa al contarlo, e Yngve y yo también nos reímos. La risa del abuelo resultaba tan contagiosa que era imposible resistirse. Estaba doblado de risa, incapaz de hablar y con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Pero no nos entretenía sólo con historias del pasado, no se centraba en la nostalgia, porque en cuanto se recuperó y dejó de reírse, se puso a contarnos cosas de un viaje que hizo a Estados Unidos para visitar a su hermano Magnus. Contó que por las noches se quedaba solo, haciendo zapping por los infinitos canales de televisión que tenía Magnus, parecía increíble, un milagro, y yo sonreí entonces, porque él no sabía inglés y no entendería nada de lo que decían en la pantalla cuando se pasaba toda la noche delante del televisor.

Yngve me miró y se levantó.

—¿Te vienes a tomar el fresco? —preguntó.

—Sí, id —dijo el abuelo, reclinándose en el sofá.

Estaba lloviendo y nos dirigimos hacia el saliente del tejado encima de la puerta de Kjartan. Allí encendimos cada uno un cigarrillo.

—¿Qué tal te va con Hanne? —me preguntó—. Hace mucho que no cuentas nada de ella.

—No hay nada —contesté—. Hablamos de vez en cuando por teléfono. Pero no funciona. No quiere salir conmigo.

—Comprendo —dijo Yngve—. Tal vez lo mejor sería que te olvidaras de ella.

—Eso es lo que intento.

Clavaba el tacón en la grava blanda. Luego dejó de hacerlo y miró hacia el granero. Estaba en muy mal estado, la pintura se había desconchado por algunas partes y el puente estaba cubierto de hierba, pero aun así iluminaba el entorno, porque era como si los prados verdes, el fiordo gris y el plumífero cielo lo empujaran hacia delante, levantándolo, destacándolo.

O se debería simplemente a que el granero era tan importante cuando yo era pequeño, uno de los edificios esenciales.

—Por cierto, he conocido a una chica —contó Yngve.

—¿Ah, sí?

Afirmó con la cabeza.

—¿En Bergen?

Negó con la cabeza, inspirando con tanta fuerza que las mejillas le enflaquecieron.

—En Arendal. El verano pasado. No la he visto desde entonces. Pero nos hemos escrito. Y voy a verla en Nochevieja.

—¿Estás enamorado? —le pregunté.

Me miró. Una pregunta tan directa podía provocar dos reacciones opuestas, él no siempre quería hablar de cosas importantes. Pero sí que estaba enamorado, ardía de esa manera introvertida tan suya al mencionarla, y seguramente habría querido hablar todo el rato de ella, al menos si era como yo, y sí que lo era.

—Diría que sí —contestó—. ¡Así de simple se puede expresar! Con pocas

palabras. Bueno, en realidad sólo con una.

—¿Cómo es? ¿Qué edad tiene? ¿Dónde vive?

—¿Por qué no empezamos por su nombre? Es lo más práctico.

—De acuerdo.

—Se llama Kristin.

—Vale.

—Tiene dos años menos que yo. Vive en Tromøya. Tiene los ojos azules. El pelo rubio y rizado. Es bastante bajita... Tú ibas al mismo colegio que ella. Ella iba tres cursos por encima de ti.

—¿Kristin? No me suena.

—En cuanto la veas la reconocerás.

—¿Entonces vas a salir con ella?

—Ésa es mi intención, sí.

Él me miró.

—¿Por qué no te vienes a la fiesta? ¿En Vindilhytta? Si no vas a otra fiesta, claro.

—No tengo nada planeado —dije—. Podría ir.

—Iré en coche desde casa. ¡Ven si quieres!

Asentí con un gesto de la cabeza y miré hacia otro lado para que no viera lo contento que me puse.

Cuando volvimos a entrar el abuelo estaba dormido, con la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados.

Se hicieron las cinco. El coro de niños Sølvguttene empezó a cantar en la televisión, yo bajé ya vestido y arreglado de mi habitación. Camisa blanca, traje negro, zapatos negros. Olía a jamón ahumado de cordero por toda la casa. La abuela llevaba su mejor vestido y el pelo cepillado. El abuelo se había puesto un traje azul, Kjartan uno gris con corte de los setenta. La mesa estaba puesta con mantel blanco, habían sacado la mejor vajilla, y al lado de los platos habían puesto servilletas verdes. Cuatro botellas de cerveza a temperatura ambiente, como solía beberse allí, y una botella del aguardiente típico en medio de la mesa. Lo único que faltaba era la comida, Yngve había ido a la cocina a por ella. La había preparado el abuelo.

—Sólo hay cinco patatas —dijo Yngve—. ¡Ni siquiera una para cada uno!

—Yo no quiero —dijo mi madre—. Así hay una para cada uno.

—Aun así —dijo Yngve—. Sólo una patata para la cena de Navidad...

Lo ayudé a traer las fuentes de la comida. Jamón de cordero ahumado humeante, trozos cuadrados de costillas de cerdo cubiertos de corteza, algunos con pequeños pelos intactos, puré de colinabo, chucrut, col lombarda y cinco patatas.

La carne estaba deliciosa, el abuelo la había secado, desalado y cocido a la perfección. El único pero de la comida eran las patatas. No debería faltar de nada, ¡y mucho menos patatas! Pero superé la decepción y tuve la sensación de que a los demás tampoco les importaba lo más mínimo. La abuela estaba sentada encogida junto a la mesa, temblando pero con la mirada despejada, nos veía y se notaba que disfrutaba con terneros allí. Nuestra sola presencia le bastaba, siempre había sido así. El abuelo devoraba la carne con la barbilla reluciente de grasa. Kjartan apenas tocó la comida, habló de Heidegger y Nietzsche, un poeta llamado Hölderlin y un tal Arne Ruste, al que había enviado unos poemas y a los que él le había hecho amables comentarios. Hubo más nombres en su verborrea, y todos eran pronunciados con una familiaridad que él daba por sentado que nosotros compartíamos.

Al acabar de comer, Yngve y yo llevamos los platos y las fuentes a la cocina, mientras mi madre batía la nata para la crema de arroz. Kjartan, callado, se quedó sentado solo con sus padres.

—Propongo que declaremos una zona libre de Heidegger —dijo Yngve.

Mi madre se rió.

—También es interesante —dijo.

—No en Nochebuena —apunté yo

—Es verdad, tenéis razón —dijo ella.

—¿Tomamos el postre un poco más tarde? —sugirió Yngve—. Estoy llenísimo.

—Yo también —dije—. La carne de cordero estaba riquísima este año.

—Es verdad —asintió ella—. Quizá un poco salada.

—Qué va —dijo Yngve—. Estaba en su punto de sal. Perfecto.

—¿Y si empezamos con los regalos? —sugerí.

—Por mí de acuerdo —dijo Yngve.

—¿Tú repartes?

—Vale.

Yngve me regaló un EP de The Dukes of Stratosphear, y un jersey, mi madre la biografía de Jens Bjørneboe escrita por Wandrup, Kjartan una linterna y mis abuelos un gran trozo de salmón ahumado y un cheque por valor de doscientas coronas. A mi madre le regalé un casete de Vivaldi, que podría escuchar en el coche, a Yngve el disco solista de Willson-Piper, el guitarrista de The Church, y a Kjartan una novela de Jan Kjærstad. Yngve leía las tarjetitas con voz autoritaria y repartía los regalos con mano firme, yo arrugaba el papel de envolver, lo tiraba a la estufa encendida y de vez en cuando daba un sorbito de la copa de coñac que el abuelo había sacado. Yngve le entregó un regalo de Ingrid, la hija pequeña de Kjellaug y Magne, nacida muchos años después que sus hermanos, y cuando lo desenvolvió y vio lo que era, se puso rígido.

—¿Qué te han regalado? —preguntó mi madre—. ¡Pero no lo tires!

El abuelo abrió la puerta de la estufa. Mi madre se apresuró hasta él.

—No puedes quemarlo —dijo, quitándole el regalo.

El abuelo tenía una expresión belicosa y de ofuscación a la vez.

—Déjame ver —dije yo—. ¿Qué es?

—Es un vaciado en yeso de la mano de la niña —respondió mi madre.

La huella de una pequeña mano en yeso, ¿por qué quería tirarla?

Kjartan se rió.

—Johannes es supersticioso —dijo—. Eso es la muerte.

—Sí que lo es —dijo el abuelo—. No quiero ni verla.

—La pondremos aquí —dijo mi madre, apartándolo—. La niña la ha hecho en la guardería y te la ha mandado. No puedes tirarla, ¿sabes?

El abuelo no dijo nada.

¿Se estaba dibujando una sonrisa en la boca de la abuela?

Yngve le alcanzó a Kjartan un regalo de su parte. Una botella de vino.

—Muy acertado —dijo Kjartan. Estaba sentado en un sillón al fondo del salón, con una copa de coñac en la mano, con la mirada más suave y conciliadora ya.

—A lo mejor mañana podemos poner nuestros discos en tu equipo —dije.

—Claro que sí —contestó.

Kjartan estaba sentado al lado del abeto, que no se veía del todo recto, sino que se inclinaba hacia él, y de repente, mientras yo le estaba mirando a los ojos, vi a la vez que el árbol empezaba a moverse en el borde de mi campo de visión. Sus ojos se iluminaron de pánico. Al instante, el abeto se le vino encima.

El abuelo se echó a reír, lo mismo hicimos Yngve, mi madre y yo. Kjartan consiguió levantarse del sillón lanzando improperios. Yngve y yo enderezamos el abeto, lo volvimos a sujetar y lo colocamos junto a la pared.

—Ni siquiera el árbol de Navidad me deja en paz —exclamó Kjartan, pasándose una mano por el pelo antes de volver a sentarse.

—¡Salud! —dijo Yngve—. ¡Y feliz Navidad!

Unos días más tarde cogimos el barco expreso hasta Bergen y desde allí fuimos en avión a Kjevik. Cuando llegamos, el gato se puso loco de contento al vernos, casi me rompió los pantalones con las garras cuando le dejé descansar sobre mis rodillas durante la cena.

Me gustaba estar de vuelta en casa, y me gustaba tener allí a Yngve.

Al día siguiente fue a ver a nuestros abuelos paternos, no los había visto desde el verano. Yo fui con él.

A la abuela se le iluminó la cara al vernos. Subiendo la escalera, nos dijo que el abuelo se había ido a dar una vuelta por la oficina, e Yngve se sentó sin vacilar en su sillón. Con mi hermano allí, la charla con la abuela no fue tan rutinaria como cuando estaba yo solo; Yngve manejaba mucho mejor que yo ese tono que se empleaba en la familia, bromeaba y hacía reír a la abuela de una manera que yo no conseguiría aunque me entrenara durante cien años.

De repente, sin avisar, la abuela miró a Yngve y le preguntó si se había comprado algo que valiera la pena con el dinero.

—¿Qué dinero? —preguntó él.

Yo me puse de color rojo púrpura.

—El dinero que te regalamos para Navidad, claro —dijo la abuela.

—Yo no he recibido ningún dinero —dijo Yngve.

—Se me olvidó —intervine—. Lo siento.

La abuela me miró como si no diera crédito a sus oídos.

—¿No se lo diste? —preguntó.

—Lo siento. Se me olvidó.

—¿Te lo gastaste?

—Sí, lo cogí prestado, iba a dárselo de mi dinero una vez allí, y se me olvidó.

Ella se levantó y salió de la habitación.

Yngve me miró con cara interrogante.

—Nos dieron cien coronas a cada uno —dije—. Y me olvidé de dártelas. Ya te las daré.

La abuela apareció con un billete de cien coronas en la mano y se lo dio a Yngve.

—Aquí tienes —dijo—. Y olvidemos el tema.

En efecto, Yngve empezó a salir con Kristin aquella Nochevieja. Yo lo presencié todo. Primero cuando se vieron y ella lo miró sonriente con la cabeza ladeada, entonces él dijo algo y parecía extrañamente tímido. Yo me reía para mis adentros. ¡Yngve estaba enamorado! Después de aquello no se hablaron, pero se miraban de vez en cuando.

De repente estaban sentados cada uno a un lado de la larga mesa de madera. Yngve hablaba con Trond, ella hablaba con uno de sus amigos.

Apenas se miraban de reojo.

Seguían charlando.

Entonces Yngve se levantó y desapareció un momento. Luego volvió a sentarse y siguió hablando con Trond. Cogió una hoja y un bolígrafo y escribió algo.

¡Empujó la hoja hacia ella!

Ella lo miró a él, luego miró la hoja y leyó lo que Yngve había escrito. Volvió a mirar a Yngve, hizo un gesto como escribiendo en el aire con los dedos gordo e índice, y él le alcanzó el bolígrafo.

Ella escribió algo, empujó la hoja hacia él y él la leyó. Se levantó y se acercó a ella, entonces de repente se encontraron inmersos en una profunda

conversación, sólo existían ellos dos en la habitación, y cuando los volví a mirar estaban besándose. ¡Yngve lo había conseguido!

A partir de esa noche, para él todo giraba en torno a Kristin. Se fue a Bergen el 3 de enero. La casa se quedó muy vacía sin él, pero al cabo de uno o dos días ya me había acostumbrado, y la vida siguió como siempre, con alguna ampliación en una u otra dirección, esos eventos no previstos que abundan en la vida. Algunos de ellos conducen a una puerta cerrada o a una habitación vacía, y otros tienen consecuencias que tal vez se muestren en toda su amplitud muchos años después.

Espen y yo empezamos a colaborar en una radio local. Emitíamos un programa a la semana, era en directo y consistía en que poníamos nuestros discos favoritos y los comentábamos. Avisé a todos mis conocidos para que nos escucharan, y muchos lo hacían de vez en cuando. En el instituto o en el autobús me hacían a menudo observaciones sobre algo que habíamos dicho o sobre los discos que habíamos puesto. Radio I era una emisora pequeña, que no tenía muchos oyentes los días de diario, y el *Nye Sørlandet* no era un periódico grande, pero entre los dos hacían que me pareciera que estaba de camino hacia alguna parte.

El programa de la radio local me obligaba a quedarme en la ciudad después del instituto, no tenía sentido irme a casa y volver a salir nada más llegar, así que se convirtió en costumbre pasarme esos días por casa de los abuelos, había más probabilidades de poder comer en su casa que en la de mi padre, y así evitaba la incertidumbre que conllevaba una visita a su casa, si recibía o no recibía, si le suponía demasiado lío o no.

Después de una de esas tardes en la ciudad, tras haber comido en casa de mis abuelos, planificado con Espen el programa y luego haberlo emitido, me senté en el autobús y fui escuchando música durante todo el largo camino hasta casa, incluso mientras recorría a pie el último kilómetro, cuando encerrado en mí mismo apenas me percataba del mundo vestido de blanco por el que pasaba, hasta que me quité los auriculares, abrí la puerta, me libré de las botas, colgué la chaqueta en su sitio y fui a la cocina a cenar.

Mi madre estaba en el piso de arriba viendo la televisión. Al oírme, la

apagó y bajó.

—¿Nos has oído? —le pregunté.

—Sí —contestó.

—¿Fue un poco penoso cuando nos entró la risa o quedó bien?

—No, no fue penoso. Simplemente divertido. Pero escucha, tu abuela llamó mientras estabas fuera.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lamento decirte que no fue una conversación agradable. Dijo..., bueno, dijo que no puedes ir más a su casa. Dijo que nunca ibas comido, que siempre ibas desaliñado y que siempre les pedías dinero.

—¿Qué? —dije.

—Lo que oyes —dijo mi madre—. Tu abuela dijo que era yo la que debía ocuparme de ti y no ellos. Que era mi responsabilidad. Y no quieren que vayas a verlos.

Me eché a llorar. No pude evitarlo. El llanto me llegó con mucha fuerza. Me volví hacia otro lado, la cara se me contrajo, me la tapé con las manos, y aunque no quería hacerlo, empecé a sollozar.

Cogí una cacerola del armario y la llené de agua.

—No tiene nada que ver contigo —dijo mi madre—. Compréndelo. Se trata de mí. Es a mí a la que pretenden hacer daño.

Puse la cacerola en la placa, apenas podía ver nada a través de tanta lágrima, volví a llevarme la mano a la cara, incliné la cabeza hacia delante y emití un nuevo sonoro sollozo.

Ella se equivocaba, yo lo sabía, se trataba de mí. Yo había estado allí, yo había sentido en mi propio ser todos esos silencios y la incomodidad que mi presencia generaba, y en cierta manera los entendía.

Pero no dije nada. Los espasmos convulsivos de mi cara cesaron, inspiré profundamente un par de veces, me limpié los ojos con la manga del jersey y me senté en la silla. Mi madre se quedó de pie.

—Estoy muy enfadada —dijo—. Creo que nunca en mi vida he estado tan enfadada. Tú eres su nieto. Estás pasando por una época difícil. Es su *obligación* apoyarte. *Sea como sea*.

—No estoy pasando por una época difícil —objeté—. Estoy muy bien.

—No tienes a casi nadie alrededor. Los pocos que tienes no pueden darte

la espalda.

—Estoy muy bien —repetí—. No te preocupes. Me las arreglaré estupendamente sin ellos.

—Yo también lo creo —dijo mi madre—. ¡Pero ellos están dando la espalda a su propio nieto! ¡Imagínate! No es de extrañar que tu padre tenga problemas.

—¿Crees que él podría estar detrás de esto? —pregunté.

Ella me miró. Jamás la había visto tan alterada. Sus ojos ardían de ira.

—No lo creo. Es decir, si no ha cambiado *radicalmente* durante este medio año.

—Sí que ha cambiado —dije—. Es una persona diferente.

Ella se sentó.

—Y hay algo más —dije—. Algo que tú no sabes. A Yngve y a mí nos dieron cien coronas a cada uno por Navidad. Se suponía que yo le daría su parte a Yngve, y me la quedé en lugar de dársela. Luego me olvidé de aquello. Cuando estuvimos allí antes de Año Nuevo, el tema salió a relucir.

—Pero, Karl Ove —dijo mi madre con un suspiro—, aunque te hubieras *quedado* a propósito ese dinero, no es razón para darte la espalda. A ellos no les corresponde castigarte.

—Pero puedes entenderlo, ¿no? —dije—. Claro que se cabrearon. Y es verdad lo que dijo la abuela. Como allí cada vez que voy y luego me dan dinero para el autobús.

—Tú no has hecho nada malo. Ni se te ocurra pensar eso —dijo ella.

Pero sí pensé en ello. Estuve despierto las primeras horas de la noche; fue como si el frío se apoderase del paisaje de fuera, haciendo que crujieran las paredes de madera de la casa y el hielo del río más abajo. Entonces, en la oscuridad, pude considerarlo todo con más frialdad y claridad. Si ellos no querían verme, allá ellos, no me verían más. Yo no había ido a su casa por mi propio bien, no perdería nada manteniéndome alejado. Encontré cierta dulzura en la decisión de no volver a verlos más. Ni siquiera iría a verlos cuando estuvieran agonizando. Me mantendría alejado incluso de su entierro. No como mi padre, que en ciertos períodos de mi infancia los había boicoteado, cortando todo contacto con ellos durante uno o dos meses, para luego recuperarlo como si nada hubiese ocurrido. No, yo sería más consecuente. No

volvería a verlos nunca más, nunca más volvería a hablar con ellos.

Eran ellos los que lo querían así, y así sería. Ni la abuela ni el abuelo me hacían ninguna falta, eran ellos los que me necesitaban a mí, y si no se daban cuenta de eso, peor para ellos.

Una tarde cogí yo solo el tren a Drammen, Simple Minds tocaban allí, en la misma sala en la que el año anterior había tocado U2. Me encantaba su nuevo disco, el sonido era espectacular y las canciones espléndidas. Lo escuché una y otra vez aquel otoño. A lo mejor era un poco comercial, y las melodías tal vez no fueran tan buenas como las de *New Gold Dream*, pero a mí me encantaban de todos modos. No obstante, al salir de allí me sentí algo decepcionado, sobre todo con Jim Kerr, que estaba un poco sebooso y que además *interrumpió* el concierto cuando un fan subió de repente al escenario y le quitó la boina roja que llevaba en la cabeza. Kerr se puso en cuclillas en el borde del escenario y dijo que dejarían de tocar si su boina roja no aparecía. Yo no daba crédito a mis oídos, y después de aquello no importaba si sus melodías eran buenas o no. Para mí Simple Minds eran historia.

Llegué a Kristiansand en tren en medio de la noche. Ya no había autobuses, y un taxi sería demasiado caro, así que había quedado con Unni en que dormiría en su piso. Me había dado una llave para que entrara. De manera que media hora después de bajarme del tren, metí la llave en la cerradura, la abrí con cuidado y entré en la casa. Era un piso de los años cincuenta o sesenta, constaba de cuarto de estar, dormitorio, cocina y baño. Las ventanas del cuarto de estar daban a la ciudad. Yo había estado un par de veces comiendo allí con ella y mi padre, y me sentía bien, era un piso agradable. Los cuadros de las paredes eran bonitos, y aunque no me gustaba mucho ese carácter de socialismo radical en tazas de cerámica y jarapas tejidas a mano, encajaba con ella, y fue en eso en lo que me fijé, en la armonía de la habitación.

Unni me había hecho la cama en el sofá con sábana y edredón. Cogí un libro de la estantería, *El último vikingo*, de Johan Bojer. Leí unas páginas antes de apagar la luz y me dormí. A la mañana siguiente me desperté con ella trajinando en la cocina. Me vestí, ella puso la mesa en el cuarto de estar, y entró con una fuente de huevos y beicon, té y panecillos calientes.

Estuvimos charlando toda la mañana. Sobre todo de mí, pero también de ella, de la relación con su hijo Fredrik, al que le costaba aceptar que mi padre había entrado en su vida, sobre su trabajo de profesora y la vida en Kristiansand antes de conocer a mi padre. Yo le hablé de Hanne, y de que cuando acabara el bachillerato pensaba escribir. Eso era algo que no le había contado a nadie, porque no lo había pensado, no directamente. Pero entonces simplemente salió de mi boca. Tengo ganas de escribir, tengo ganas de ser escritor.

Cuando me marché de allí era ya demasiado tarde para ir al instituto, así que cogí el autobús para casa. El sol no calentaba y colgaba bajo en el cielo, el campo estaba desnudo y húmedo. Me sentía contento, pero no sin reservas, porque hablar con Unni, sincerarme con ella, me pareció una traición. No sabía del todo a quién.

Un par de meses después, a principios de abril, mi madre se fue un fin de semana, iba a visitar a una amiga en Oslo, y yo me quedé solo en casa.

Al volver del instituto, encontré una nota en la cocina.

Querido Karl Ove:

Trátate bien a ti mismo, y sé bueno con el gato.

Mamá

Después de freírme unos huevos y unas albóndigas para comer, tomarme una taza de café y fumarme un cigarrillo, me senté en el cuarto de estar con el libro de historia, y me puse a leer. El paisaje de fuera aún no había salido de ese extraño entretiem po a medio camino entre invierno y primavera, en que el suelo está desnudo y húmedo, el cielo gris y los árboles sin hojas, como si todo eso no fuera nada en sí, sino cargado de lo que va a ocurrir. A la vez puede que haya empezado ya a ocurrir en la oscuridad de lo imperceptible. ¿Acaso no se está calentando lentamente el aire del bosque? ¿No suena en él un disperso canto de pájaros, tras esos largos meses de silencio, que sólo de tarde en tarde ha sido interrumpido por los gritos ronc os de alguna corneja o urraca? ¿No había llegado la primavera de puntillas, como alguien que quiere sorprender a sus amigos? ¿No estaba allí ya, para cualquier día estallar en

verde, vomitar sus hojas y diseminar sus insectos por todas partes?

Ésa era la sensación que tenía, la primavera estaba cerca. Tal vez por eso me sentía tan inquieto. Después de leer durante más o menos una hora, me levanté y di una vuelta por la casa, abrí la puerta al gato, que se lanzó sobre su plato, pensé en Hanne, y antes de que me diera tiempo a cambiar de idea, me encontraba delante del teléfono marcando su número.

Se alegró al oír mi voz.

—¿Estás en casa un viernes por la noche? —preguntó—. No es muy propio de ti. ¿Qué haces?

En realidad era bastante propio de mí, pero yo había exagerado tantas veces mi vida social que ella lo había integrado en la imagen que se había hecho de mí.

—Estudio para el examen. Y estoy solo en casa. Mi madre no vuelve hasta mañana. Y..., bueno, me aburría un poco. Y he pensado en ti. ¿Qué haces tú?

—Nada en especial. Yo también me aburro un poco.

—Ya —dije.

—Podría subir a tu casa —propuso.

—¿Subir?

—¡Sí! Ya tengo el carné, ¿sabes? Y podríamos tomar té y charlar un rato.

—Suena perfecto. ¿Pero puedes?

—¿Por qué no iba a poder?

—No lo sé —contesté—. Ven pues. ¡Hasta ahora entonces!

Hora y media después llegaba por la curva en el viejo escarabajo que solía prestarle su hermana. Me calcé y salí a recibirla. Me resultaba completamente fuera de lugar verla al volante de un coche subiendo la cuesta, la conducción conlleva una serie de movimientos y acciones que yo encontraba incompatibles con ese encanto suyo de chica un poco torpe. Lo hacía todo correctamente, no era eso, pero había algo que me hacía llegar una corriente de felicidad burbujeante a través de la sangre. Aparqué delante de la puerta del garaje y se bajó. Llevaba esos pantalones elásticos que una vez le comenté que la hacían increíblemente sexy. Sonrió y me dio un abrazo. Entramos en casa, preparé té, pusimos un disco y charlamos durante un rato, ella de lo que ocurría en su instituto y yo de lo que ocurría en el mío. Y de algunas anécdotas sobre conocidos que teníamos en común.

Pero no conseguimos del todo crear un ambiente natural.

Nos miramos y sonreímos.

—Esto es algo que no podía imaginarme esta mañana al despertarme — dije—. Que tú estuvieras sentada aquí al caer la noche.

—Yo tampoco —dijo ella.

Un avión sobrevolaba la colina de detrás de la finca, era como si vibrara toda la casa.

—Vuela muy bajo —comenté.

—Sí —contestó y se levantó—. Tengo que salir un momento.

Encendí un pitillo, me recliné en el sofá y cerré los ojos.

Cuando volvió a entrar, se paró delante de la puerta que daba al jardín y miró hacia fuera. Me levanté, me puse detrás de ella y coloqué las manos con cuidado sobre su abdomen. Ella puso las suyas sobre las mías.

—Este sitio es muy bonito —dijo.

El río fluía reluciente y negro allí abajo, había inundado el campo de fútbol, sólo quedaban visibles las dos porterías hechas por aficionados. El aire sobre el valle se había densificado en la oscuridad crepuscular. Había luces encendidas en las casas del otro lado del río. Por el cristal de la ventana que teníamos delante corrían pequeñas gotas.

—Sí que lo es —dije, yendo hacia el centro del cuarto de estar. Ella tenía novio, era creyente, yo era un buen amigo.

Se sentó en el sillón de mimbre, se apartó el pelo de la frente y se llevó la taza de té templado a los labios. Los labios eran acaso lo más bonito de ella, con su suave arco. Por la parte de arriba era como si se arrugasen, como si se negaran a someterse a las demás limpias facciones de su cara. O tal vez lo más bonito eran los ojos, que a veces se me antojaban como amarillos, porque había algo gatuno en su cara, sin que fueran así en la realidad, claro. Eran de un color entre gris y verde.

—Se está haciendo tarde —dijo.

—No tienes que marcharte todavía, ¿verdad?

—En realidad no —contestó—. No tengo nada especial que hacer mañana.

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

—¿Cuándo llega entonces tu mamá?

«Tu mamá»: sólo Hanne podía decir algo así, era como si aún quedaran dentro de ella restos de la infancia, algo de lo que aún no se había desprendido del todo.

Yo sonreí.

—¿Mi mamá? Haces que me sienta como si tuviera diez años.

—¡Tu madre entonces! —dijo ella.

—No volverá hasta mañana por la noche. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba que a lo mejor podía dormir aquí. No me gusta mucho conducir de noche.

—¿Y puedes?

—¿El qué?

—¿Dormir aquí?

—¿Por qué no iba a poder dormir aquí?

—En primer lugar porque tienes novio.

—Ya no.

—¿Qué? ¿Es verdad? ¿Por qué no me lo has dicho?

—No te lo cuento todo, amigo mío —contestó riéndose.

—Pero yo te lo cuento todo a ti.

—Pero el que ya no tenga novio no tiene nada que ver contigo.

—¡Claro que tiene que ver! —exclamé—. ¡Lo tiene todo que ver conmigo!
Ella negó con la cabeza.

—¿No? —pregunté.

—No —contestó.

Fue un no a mí, no se podía interpretar de otra manera. Por otra parte, yo la había dado por inalcanzable hacía mucho tiempo. Hacía meses que ella no era el centro de mis pensamientos.

El sillón crujió cuando cambió de postura, encogiéndose las piernas.

Ella me gustaba. Y me gustaba que ella estuviera allí, en la casa vieja.
¿Necesitaba algo más?

Estuvimos allí sentados durante aproximadamente una hora, hasta que la oscuridad de fuera era ya densa y lo único que podía verse por la ventana eran los reflejos del cuarto de estar.

—Se está haciendo tarde —dije—. ¿Dónde quieres dormir?

—No lo sé —contestó—. ¿En tu cuarto?

Sonrió.

—No me gusta acostarme sola en una casa que no conozco —dijo—. Y menos aquí. ¡Estamos casi en medio del bosque!

—Claro que puedes —dijo—. Voy a por un colchón.

Cogí el colchón de la cama de Yngve y lo puse en el suelo, al lado de mi cama. Fui a por un edredón, almohada, sábana y funda de edredón, y lo coloqué todo, mientras ella se cepillaba los dientes abajo en el cuarto de baño.

Entró en mi cuarto en bragas y camiseta.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Los pechos se dibujaban con tanta claridad debajo de la camiseta que no sabía dónde mirar.

—Ya —dijo—. Estoy lista. ¿Tú no vas a cepillarte los dientes?

—Sí, sí —contesté, manteniendo la mirada fija en sus ojos—. Voy ahora.

Cuando volví a mi habitación, estaba sentada en la silla que había delante del escritorio, mirando unas fotos que me había enviado Yngve. Eran fotos más en blanco y negro bastante teatrales; en algunas posaba de forma exagerada.

—¡Qué guapo estás! —dijo, enseñándome una.

Resoplé.

—¿Nos acostamos ya? —pregunté.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando ella se levantó.

Los muslos desnudos.

Los pequeños pies desnudos.

Los pechos bien formados debajo de la fina camiseta.

Ella se acostó en el colchón del suelo, yo en la cama a su lado. Se tapó con el edredón hasta la barbilla y me sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Charlamos un rato, ella se incorporó y empujó el colchón hasta pegarlo a la cama.

Pensé en acostarme junto a ella en el suelo. Cerca de ella. Acariciarle los pechos, acariciarle los muslos, acariciarle el culo.

Pero ella era creyente. Y además completamente inocente, no sabía quién era ella ni el efecto que producía, era capaz de preguntar las cosas más extrañas, y esa parte de ella, que a mí me encantaba, fue también la que me hizo quedarme donde estaba.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —contestó.

Permanecimos inmóviles, respirando.

—¿Duermes? —preguntó ella al cabo de un rato.

—No —contesté.

—¿Podrías acariciarme la espalda? Me gusta mucho.

—Vale —contesté.

Apartó el edredón y se subió la camiseta por detrás para dejar la espalda al descubierto. Yo tragué saliva y pasé lentamente el dorso de la mano por su espalda, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Ah, qué bien —dijo ella.

No sé cuánto tiempo estuve así, tal vez un par de minutos, pero tuve que dejarlo para no volverme loco.

—¿Podrás dormir ahora? —le pregunté, retirando la mano.

—Sí —contestó, bajándose la camiseta—. Buenas noches otra vez.

—Buenas noches.

Ella se marchó a la mañana siguiente, yo me quedé tumbado en el sofá leyendo todo el día. Por la noche estuve comiendo pizza y viendo la televisión con mi madre. Ella estaba sentada con el gato en el regazo y una taza de café delante. Me había comido yo solo toda la pizza y estaba sentado con los pies en la mesa y una Coca-Cola en la mano, viendo un capítulo de *Albert & Herbert*, una serie completamente absurda que también debía de serlo para mi madre, pero, una vez metidos en él, haría falta algo de esfuerzo para dejarlo.

Hanne me había llenado hasta el borde. Estuve todo el día pensando en ella. Hacía mucho que la había descartado, no estaría nunca conmigo, pero ahora volvió todo aquel viejo y oxidado espectáculo, en el pasado tan reluciente y brillante.

¿Qué habría ocurrido si aquella noche me hubiera acostado a su lado?

De repente lo vi todo bañado en otra luz. De repente vi lo que realmente había ocurrido.

Dios mío.

Pero si era lo que ella quería desde el principio.

Ah, estaba muy claro.

Dios mío, Dios mío.

¿Lo estaba? ¿O sólo eran imaginaciones mías?

Me incorporé a medias, tenía que llamarla, pero me desplomé en el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

—Nada —contesté—. Sólo algo que se me ha ocurrido.

En casa de mi padre las cenas de amigos se habían acabado, los fines de semana solía pasarlos solo bebiendo, excepto alguna que otra tarde que estaba sobrio y recibía la visita de algunos parientes. Le conté que la abuela había llamado, sí, lo sabía, dijo, y ellos tienen razón, tu madre debe ocuparse más de ti. Pago grandes sumas de pensión alimenticia, ¿sabes? Sí, sí. Lo sabía. Pero el que yo me hubiese quedado muy triste porque ellos no me permitían ir a su casa era algo de lo que él no se había percatado, o era precisamente lo contrario, porque en su cumpleaños —cumplía cuarenta y dos años— le había dicho que pasaría por su casa, y allí estaban los abuelos. Noté el olor a mi abuela abajo en la entrada, pero era demasiado tarde, no podía largarme sin más, así que opté por abrir la puerta del salón, donde estaban sentados el hermano del abuelo, Alf, y su mujer, Sølvi, con los abuelos. Estaban también Gunnar y Tove y sus hijos. No miré a la abuela al saludarla, ni tampoco cuando me senté a la mesa. Miraba al suelo mientras comía un trozo de tarta y bebía una taza de café. Los invitados se dispersaron, algunos se sentaron en el sofá, otros se pusieron a quitar la mesa, se charlaba de todo y de nada. No se sirvió alcohol, claro está. Me levanté y fui al baño, y cuando volví, la abuela estaba en la cocina.

—No fue ésa nuestra intención, Karl Ove —dijo—. No *así*.

—Está bien —dije, pasando por delante de ella.

¿Acaso ella no había dicho lo que dijo?

¿Tampoco había llamado por teléfono a mi madre?

De pronto entendí que todos los presentes sabían lo que había ocurrido. Que tal vez fuera algo que habían discutido entre ellos. Sobre mí y mi conducta. Y cuál sería la mejor solución.

Mi padre se emborrachaba hasta perder el sentido varias veces a la

semana, pero él podía invitarlos y hacer como si nada, y todo estaba bien.

Joder, ¿por qué no estaba Yngve?

¿Por qué tenía que luchar yo solo con todo eso?

Me mantuve firme contra los abuelos durante unas semanas, pero una tarde que mi padre me invitó a subir a su casa me dijo que no fuera tan infantil, que pronto sería un adulto y que debía ir a verlos.

Así lo hice y todo volvió a la normalidad.

Mi padre serio, el abuelo serio, la abuela que hacía que todo funcionara, la abuela que me guiñaba un ojo con complicidad, que nos sirvió la comida y que luego se llevó a mi padre al jardín. El que tan claramente mi padre se hubiese dividido en dos personalidades diferentes, el hombre que era cuando bebía, y el que era cuando no bebía, es decir, al que yo estaba acostumbrado y conocía, no me afectaba en absoluto, simplemente era así y ya está, no meditaba sobre ello.

Durante todo ese año desde que se mudó, pasando por todos sus monólogos de borracho, todas las disputas y reconciliaciones, por todos los dramas de celos y todo ese caos en el que estaba inmerso, mi padre hablaba a intervalos regulares del día en el que la separación de mi madre se convertiría en divorcio, el día en el que por fin sería libre de hacer lo que le diera la gana. En ese momento se casaría con Unni. Estoy tan bien con Unni, decía, me siento tan feliz cuando me despierto a su lado, quiero sentirme así el resto de mi vida, y nos casaremos, Karl Ove, más vale que vayas preparándote para ello. Si no hubiera sido por la jodida ley, nos habríamos casado hace un año. Para mí significa mucho.

Eso suena muy bien, solía decir yo en esas ocasiones, si no estaba también borracho y me limitaba a sonreír con cara de bobo, quizá incluso también con lágrimas en los ojos, porque yo a veces me ponía tan sentimental como él, y estábamos los dos sentados en sendos sillones con los ojos brillantes.

Cuando llegó el día, él cumplió su palabra. Era julio, Yngve, Kristin y yo cogimos el autobús hasta casa de mi padre por la mañana, donde los dos, inquietos, no hacían más que dar vueltas, mi padre con una elegantísima camisa blanca, ella con un vestido blanco de una tela tosca. Aún no estaban

listos del todo; Unni nos ofreció algo de beber mientras esperábamos. Miré a mi padre. Tenía una botella de cerveza en la mano. Coged algo de la nevera, dijo. Voy, dije. Fui a la cocina y volví con tres cervezas. Mi padre me miró. Será mejor que esperéis con eso, dijo. Aún es pronto y será un día largo. ¡Pero si tú tienes una botella de cerveza en la mano!, dijo Unni. Mi padre apenas sonrió, vale, vale, supongo que no importa.

Tardaron más de lo calculado, a mí me dio tiempo a tomarme dos cervezas antes de salir a la calle a esperar el taxi que nos llevaría al Juzgado. Era un día nublado y frío. Yo apenas notaba el alcohol, que reposaba como una fina capa sobre los pensamientos, un cielo de la media alegría. Yngve y Kristin estaban abrazados. Me hicieron sonreír, encendí un pitillo y miré hacia abajo, hacia el río, también pesado por la baja presión, pero en cuanto di la primera calada, llegó el taxi. Éramos uno de más, no habíamos caído en ello. Mi padre dijo que podía ir andando, estaba muy cerca. No, dijo Unni, no el día de tu boda.

—Nosotros podemos ir andando —se ofreció Kristin—. ¿A que sí, Yngve?

—Sí, claro —dijo él.

Y así lo hicimos. Yo fui en el taxi con Unni y mi padre a los juzgados, donde esperaban los testigos. Los recordaba vagamente de la fiesta del verano anterior. Un hombre bajo y calvo, una mujer alta y grande con mucho pelo. Les di la mano, ellos sonrieron, nos quedamos esperando en una sala, mi padre miraba impaciente el reloj, enseguida les tocaría a ellos y Kristin e Yngve aún tardarían.

Llegaron corriendo por el pasillo con las mejillas enrojecidas, como si se encontraran en medio de una aventura. Mi padre los miró con cara inexpresiva, entramos, ellos se colocaron juntos frente al que oficiaba el casamiento, con un testigo a cada lado, se dieron el sí, se entregaron los anillos, y con ello mi padre estaba casado de nuevo. Eligieron un apellido que era nuevo para los dos, o mejor dicho, dos apellidos que por separado eran elegantes y bonitos, pero que juntos sonaban ridículamente rimbombantes y pretenciosos.

Camino del restaurante Sjøhuset, donde íbamos a almorzar, mi padre dijo que uno de los apellidos, que en su origen provenía de Escocia, no carecía de relación con nuestra familia, porque nuestra familia descendía de allí. Unni,

por su parte, dijo que ese apellido existía en su familia. Eso me lo creí, pero lo que acababa de decir mi padre era un disparate, eso sí que lo sabía.

Yngve pensaba lo mismo, porque los dos nos miramos cuando nuestro padre se estaba explayando sobre el tema.

Nos colocaron en una mesa al fondo del restaurante, que tenía un ambiente marítimo muy conseguido. Pedimos gambas y cerveza. Mi padre y Unni sonreían y brindaban, era su día.

Me bebí cinco cervezas. Mi padre se dio cuenta y me pidió un poco de calma, no de un modo desagradable, yo contesté que de acuerdo, pero que todo estaba controlado. Yngve tenía gripe y se lo tomaba todo con más calma. Además Kristin estaba allí, él se volvía todo el tiempo hacia ella, se reían y charlaban sobre algún tema.

Yo tan pronto estaba muy arriba como muy abajo, seguramente debido al alcohol, al menos pedía de vez en cuando la palabra y hablaba con todo el mundo sin ningún problema, de esa manera magistral que en alguna ocasión, pero no muy a menudo, surgía en mí, a ratos completamente al margen, en momentos que todos los comensales, Yngve incluido, me parecían extraños por completo, y no sólo eso, sino también totalmente ajenos.

Kristin debió de darse cuenta, porque interrumpía a menudo su charla con Yngve, diciendo algo que me permitiera participar en la conversación. Hacía eso desde que empezaron a salir, se había convertido en una especie de hermana mayor con la que podía hablar de todo y que me entendía. Por otra parte, no era mucho mayor que yo, de manera que ese carácter de hermana mayor podía desaparecer de repente, y nos encontrábamos el uno frente al otro como personas de la misma edad, casi iguales.

Finalmente salimos del Sjøhuset y nos dirigimos a casa de mi padre. Los testigos no vinieron, acudirían por la noche a la cena que tendría lugar en el restaurante Fregatten, de la calle Dronningen. Yo seguí bebiendo en casa de mi padre y empezaba a estar bastante borracho, era una sensación maravillosa y un poco desconocida, ya que aún era de día y todos los que pasaban por la calle estaban inmersos en sus quehaceres cotidianos. Cada vez más aturdido seguía allí sentado sin que nadie se diera cuenta, o eso me parecía, ya que lo mío sólo se manifestaba en que tenía la lengua más suelta. Como siempre, el alcohol me proporcionó un intenso sentimiento de libertad y felicidad, me

condujo a una ola en la que todo estaba bien, y para que aquello no acabara nunca, mi único miedo de verdad, tenía que beber cada vez más. Cuando llegó la hora, mi padre pidió un taxi y yo bajé la escalera tambaleándome, me metí en el coche en el que recorreríamos los quinientos metros que había hasta Fregatten, y nadie dijo nada entonces de que no cabíamos todos. Ya en el restaurante nos condujeron a la mesa, que estaba colocada junto a la ventana del gran local que por lo demás estaba completamente vacío. Yo llevaba bebiendo desde las diez de la mañana, eran las seis de la tarde, y estuve a punto de darme con la ventana cuando fui a sacar la silla para sentarme. Apenas percibía la presencia de los demás, ya no oía lo que decían, no eran más que rostros vagos, sus voces eran un suave susurro, como si yo estuviera en un bosque rodeado de árboles y arbustos que recordaban a humanos, y no sentado en un restaurante de Kristiansand el día de la boda de mi padre.

Llegó el camarero, el menú estaba acordado de antemano, sólo quería saber qué íbamos a beber. Mi padre pidió dos botellas de vino tinto, yo encendí un pitillo y lo miré con ojos turbios.

—¿Qué tal, Karl Ove? —preguntó—. ¿Estás a gusto?

—Sí —contesté—. Felicidades, papá. Tienes una mujer estupenda, tengo que decirlo. Unni me gusta muchísimo.

—Eso está bien —dijo él.

Unni me sonrió.

—¿Y cómo tengo que llamarla? —pregunté—. Es una especie de madrastra, ¿no?

—La llamarás Unni, claro está —contestó mi padre.

—¿Cómo llamas a Sissel? —preguntó Unni.

Mi padre la miró.

—Mamá —contesté.

—Entonces a mí podrías llamarme madre —sugirió Unni.

—Así lo haré —dije—. Madre.

—¡Vaya bobada! —exclamó mi padre.

—¿Te ha gustado el vino, madre? —pregunté mirándola.

—Sí —contestó.

Mi padre me taladró con la mirada.

—Ya vale, Karl Ove.

—Está bien —contesté.

—¿Adónde vais de viaje de novios? —preguntó Yngve—. No habéis comentado nada de eso.

—Por ahora no habrá viaje de novios —contestó Unni—. Pero tenemos reservada una habitación en el hotel para esta noche.

Llegó el camarero con una botella que enseñó a mi padre.

Mi padre asintió con la cabeza sin poner ningún interés.

El camarero le sirvió un poco de vino.

Mi padre lo probó y se lamió los labios.

—Exquisito —dijo.

—Muy bien —dijo el camarero, y sirvió vino en todas las copas.

¡Ah, qué bien me sentó ese sabor cálido y oscuro después de las fuertes, frías y amargas cervezas!

Di cuatro largos sorbos. Yngve miraba fijamente por la ventana con la cabeza apoyada en una mano. La otra mano debía de tenerla sobre el muslo de Kristin, a juzgar por el ángulo del brazo. Los dos testigos estaban sentados al lado de los novios en silencio.

—Hemos encargado la cena para las seis y media —dijo mi padre.

Miró a Unni.

—Tal vez podríamos inspeccionar la habitación mientras tanto.

Unni sonrió y asintió con la cabeza.

—Volveremos en un ratito —dijo mi padre mientras se levantaba—. Quedaos aquí sentados y pasadlo bien.

Se besaron y salieron de la sala.

Miré a Yngve, él me miró un instante antes de apartar la mirada. Los dos colegas seguían callados. En circunstancias normales yo habría sentido cierta responsabilidad sobre ellos y les hubiera hecho alguna pregunta absurda, con la esperanza de que pudiera resultarles interesante a ellos aunque no a mí, pero entonces no me dio la gana. Por mí que siguieran mirando al infinito, peor para ellos.

Me llené la copa de vino tinto, me bebí la mitad de un trago, y luego me fui a mear. Acabé en un largo pasillo que seguí hasta el final, sin ver ningún servicio por ninguna parte. Volví sobre mis pasos y bajé por una escalera. Esta vez aterricé en una especie de sótano completamente blanco y muy iluminado,

con unos sacos apoyados contra la pared. Otra vez para arriba. ¿Era allí? Un nuevo pasillo enmoquetado se extendía delante de mí. Nada. Salí a la recepción. ¿El servicio?, dije. ¿Cómo dices?, preguntó el recepcionista. Perdón, dije, ¿sabe usted dónde está el servicio? El hombre señaló una puerta al otro lado sin mirarme. Me acerqué a ella, tuve que dar un paso de más para no caerme, conseguí abrirla, me apoyé en la pared, era allí. Entré en uno de los retretes y cerré la puerta, me arrepentí, volví a abrirla, el servicio estaba vacío, ¿no? Sí, allí no había un alma. Me apresuré hasta el lavabo, me bajé la cremallera, me saqué la picha y meé dentro. La meada amarilla llenó todo el lavabo en un instante, antes de que fuera absorbida por el desagüe.

Hecho esto volví a meterme en el retrete, me senté en el váter con la cabeza apoyada en las manos y cerré los ojos. Al segundo, me quedé frito.

En una ocasión me pareció que alguien me llamaba por mi nombre, Karl Ove, Karl Ove, sonaba, como si me encontrara en un páramo, pensé, y hubieran enviado a alguien a buscarme. Karl Ove, Karl Ove. Y desaparecí de nuevo.

La siguiente vez que volví en mí fue con una sacudida. Me golpeé la cabeza contra la pared del retrete. Reinaba un silencio absoluto.

¿Qué había pasado? ¿Dónde me encontraba?

Ay. ¡Si estábamos de boda! ¿Me había quedado dormido? ¡Ay sí, me había quedado dormido!

Me apresuré a salir del retrete, me lavé la cara con agua fría, pasé por delante de la recepción y entré en el restaurante.

Seguían allí sentados. Me miraron.

—¿Dónde demonios estabas, Karl Ove? —me preguntó mi padre.

—Creo que he estado durmiendo un rato —dije, sentándome—. ¿Habéis cenado ya?

—Sí —contestó Unni—. Estamos justo acabando. ¿Quieres comer algo? Van a traer ya el postre.

—Entonces tomaré el postre. No tengo mucha hambre.

—Y luego hay café y coñac —dijo mi padre—. Con eso te pondrás mejor, ya lo verás.

Me bebí el vino que quedaba en la copa y la volví a llenar. Me dolía un poco la cabeza, no mucho, era como si hubiese entreabierto una compuerta por

la que fluía el dolor, y noté el efecto positivo del vino, como si volviera a cerrar la puerta.

Cuando nos marchamos de allí no eran más de las nueve y media. Yo estaba borracho, pero no tanto como cuando llegué, el dormir lo había mitigado bastante, y el vino y el coñac no habían conseguido colocarme donde antes. Pero en mi padre la embriaguez había aumentado considerablemente, estaba abrazado a Unni esperando el taxi, no se le ocurrió la posibilidad de andar los quinientos metros que nos separaban de su casa, y le costó mucho esfuerzo sentarse en el asiento de piel negro.

Cuando llegamos a su casa, fue a por cervezas al frigorífico. Unni puso cacahuets en un cuenco. Yngve había empeorado, tenía fiebre y se tumbó en el sofá. Kristin se sentó en un sillón a mi lado.

Unni fue a por una manta para tapar a Yngve. Mi padre estaba algo alejado, mirándolo.

—¿Por qué le pones una manta? —preguntó—. ¿No tiene edad suficiente para hacerlo él mismo? A mí nunca me has tapado con una manta cuando he estado pachucho.

—Sí que lo he hecho —dijo Unni.

—¡Nada de eso! ¡Nunca lo has hecho! —casi gritó mi padre.

—Tranquilízate un poco —dijo Unni.

—Mira quién fue a hablar —dijo mi padre. Se fue al otro salón, donde se sentó en un sillón, de espaldas a nosotros.

Unni se rió un poco. Luego fue a apaciguarle. Me bebí media cerveza de un trago, intenté eructar para sacar la espuma, pero me acordé de que Kristin estaba allí, entonces tragué un par de veces, tapándome la boca con la mano.

—Perdón —dije.

Ella se rió.

—¡Desde luego eso no es lo peor que ha pasado aquí esta noche! —dijo en una voz tan baja que sólo se pudo oír alrededor de la mesa. Se rió en un tono igual de bajo.

Yngve sonrió. Yo me fui a buscar otra cerveza al frigorífico. Cuando pasé por delante de los novios, mi padre se levantó para ir de nuevo donde estábamos los demás.

—Voy a llamar a vuestra abuela —dijo—. ¡No han mandado ni un ramo de

flores!

Abrí la puerta del frigorífico y saqué otra cerveza, de repente me encontraba de nuevo en el salón y me estiré para coger el abridor de la mesa.

Yngve y Kristin miraban algo incómodos al infinito. Mi padre hablaba en voz muy alta.

—Me he casado hoy —dijo—. ¿Os habéis enterado? ¡Es un día muy importante en mi vida!

Dejé la chapa en la mesa, di un trago y me volví a sentar.

—¡Podíais haber enviado una planta! ¡Podíais haberme enviado un detalle para mostrarme que os importo!

Pausa.

—¡Madre! ¡Pero madre! —gritó.

Me volví.

Mi padre estaba llorando. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Cuando hablaba, su cara se retorció en enormes gestos.

—¡Me he casado hoy! ¡Y no habéis querido venir! ¡Ni siquiera habéis enviado un ramo de flores! ¡Era la boda de vuestro hijo!

Colgó ruidosamente y se quedó unos instantes con la mirada perdida. Las lágrimas seguían corriéndole por las mejillas.

Al final se levantó y salió de la habitación.

Eructé y miré a Unni. Ella se levantó y fue corriendo tras él. Desde la cocina nos llegaban sollozos, llantos y voces altas.

—¿Qué te parece? —le dije a Yngve—. ¿Damos una vuelta por la ciudad ya que estamos en marcha?

Él se enderezó.

—Me encuentro mal —dijo—. Tengo bastante fiebre. Lo mejor es que nos vayamos a casa. ¿Llamamos a un taxi?

—¿Sin decírselo a papá? —dije.

—¿Sin decirle a papá qué? —preguntó mi padre, apareciendo entre los dos salones.

—Estamos pensando en retirarnos —dijo Yngve.

—No, no, quedaos un rato más —dijo mi padre—. Vuestro padre no se casa todos los días. Venga, todavía queda cerveza. Y así nos lo pasamos bien otro rato.

—No me encuentro bien, ¿sabes? —dijo Yngve—. Debería irme a casa.

—¿Y tú, Karl Ove? —me preguntó, mirándome con esos ojos turbios, casi vacíos.

—Compartimos el taxi —dije—. Si ellos se van, también tengo que irme yo.

—Bien —dijo mi padre, levantándose—. Entonces yo me voy a la cama. Buenas noches, y gracias por haber venido.

Enseguida se oyeron sus pasos en la escalera. Unni entró.

—Eso pasa de vez en cuando —dijo—. Muchos sentimientos, ¿sabéis? Marchaos ya, nos veremos pronto. ¡Gracias por habernos acompañado!

Me levanté. Ella me abrazó y luego abrazó a Yngve y a Kristin.

Al salir a la calle tuve que sentarme en el bordillo, demasiado agotado para esperar al taxi de pie.

Cuando me desperté en mi casa al día siguiente había algo irreal en todo lo ocurrido, no estaba seguro de nada, excepto de que nunca en mi vida había estado tan borracho. Y de que mi padre estaba borracho. Yo sabía el aspecto que tenían los borrachos a ojos de los sobrios, y me asusté, todos me habían visto, habían visto lo borracho que estaba en la boda de mi padre. Que también él estuviera borracho no me ayudaba nada, porque él no lo había mostrado hasta el final, cuando estábamos solos en el piso y todos los sentimientos florecieron.

Yo los había puesto en ridículo.

Eso era lo que había hecho.

¿De qué servía entonces que mi intención fuera buena?

Pasé las últimas semanas de aquel verano en Arendal. El director de la radio local, Rune, tenía una especie de agencia, vendía casetes a las gasolineras de la región, y una noche que me estaba lamentando de no tener ningún trabajo para el verano, me propuso vender sus casetes en la calle. Yo se las compraría por una determinada suma, él no pretendía obtener mucha ganancia, y yo podría cobrar por ellas lo que me pareciera. Durante el verano, la ciudad sureña estaba atestada de turistas, el dinero fluía, vendiendo discos de las listas de éxitos, el negocio estaba asegurado.

—¡Buena idea! —dije—. Mi hermano va a vivir este verano en Arendal, quizá pueda hacerlo allí, ¿te parece?

—¡Perfecto!

Y una mañana metí una bolsa con ropa, una silla, una mesa de camping, un radiocasete y una caja de cartón llena de casetes en el coche de mi madre, del que Yngve dispondría todo el verano. Me senté en el lugar del copiloto, me puse mis nuevas gafas de sol Ray-Ban y me recliné en el asiento, mientras Yngve ponía el coche en marcha y empezaba a bajar la cuesta.

Brillaba el sol, como llevaba haciéndolo todo el mes de julio, no había casi tráfico a este lado del río, bajé la ventanilla de mi lado, apoyé el codo en el marco y así me quedé, cantando para mis adentros a Bowie, mientras volábamos por el bosque de abetos, con el reluciente río que aparecía y desaparecía a lo largo de grandes bajíos de arena, donde había niños bañándose y gritando.

Hablamos un poco de los abuelos, a los que habíamos ido a ver el día anterior. Allí el tiempo parecía estar casi detenido, en comparación con la casa de los abuelos maternos en Sørbøvåg, donde era como si los dos últimos años hubiesen acelerado el deterioro.

Pasamos por el pequeño centro de Birkeland, luego por Lillesand, y allí cogimos la E18, ese trecho que me sabía de memoria tras tantos viajes de ida y vuelta durante mi infancia.

Puse un casete de Psychedelic Furs, su disco más comercial, que me encantaba.

—¿Te he hablado de la chica que se me acercó en Londres? —dijo Yngve.

—No.

—«Eres igualito que el vocalista de Psychedelic Furs», me dijo, y quiso que nos hicieran una foto a los dos.

Me miró y se rió.

—Yo creía que te parecías a Audun Automat, de Tramteatret —dije.

—Sí, sí, pero eso no resulta tan halagador.

Pasamos por delante de la finca Nørholm, de Knut Hamsun, y me incliné hacia delante por encima de Yngve para verla por dentro. Había ido allí una vez con mi clase cuando estaba en noveno. El hijo de Hamsun nos hizo de guía y nos enseñó la pequeña cabaña donde su padre escribía, y unos muebles que había hecho el propio escritor.

Ahora todo estaba vacío, y cubierto por todo tipo de maleza.

—¿Recuerdas que papá dijo una vez que había visto a Hamsun en el autobús de Grimstad?

—No, no me acuerdo. ¿Eso dijo?

—Sí. Un anciano con bastón y barba blanca.

Yngve sacudió la cabeza.

—Imagínate todas las mentiras que nos habrá contado en el transcurso de los años. Seguramente hay un montón que todavía nos creemos, sin saber la verdad.

—Sí —dije—. No puedo decir que me diera mucha pena que se marchara.

—A mí tampoco.

Mi padre y Unni habían buscado trabajo en el norte de Noruega, donde darían clase en el mismo instituto. Durante las últimas semanas habían estado embalando todas sus pertenencias para enviarlas a su nuevo lugar de residencia. Unos días más tarde irían en su coche.

—¿Se ha recuperado ya Kristin de la boda? —pregunté—. Supongo que habrá sido para ella una conmoción.

—Pues sí, fue algo especial.

Íbamos bajando hacia Grimstad, pasamos por delante del Oddensenteret, por el viejo Hotel Norge, donde Hamsun se había recluso para escribir, luego subimos la cuesta y a continuación entramos en la gran llanura.

—¿Qué pasó en realidad con la habitación del hotel? —pregunté—. Tenían una habitación reservada en él, incluso estuvieron en ella. ¿Y qué pasó luego?

Yngve se encogió de hombros.

—Quizá pensaran volver cuando nos marcháramos.

—No daba exactamente esa impresión.

—Es verdad, pero hay partes de su vida que no planifican. Dijeron por ejemplo que no irían de viaje de novios. Pero al día siguiente cogieron el barco para Dinamarca y se alojaron en un hotel de Skagen.

—Es verdad —dije.

Pasamos por delante de Kokkeplassen, el antiguo lugar de trabajo de mi madre, donde yo había ido a la guardería durante un año. Alargué el cuello; antes había allí un barranco, creía recordar que habíamos trepado a un árbol que estaba encima de él. Pero no era un barranco, sólo una pequeña ladera de piedra, y al parecer el árbol lo habían talado. Llegamos a la cuesta desde donde se veía la ciudad de Arendal abajo, más allá estaba la isla de Tromøya, en todo su nostálgico esplendor, bañada por el sol.

—¿Qué? —dijo Yngve—. ¿Vas a buscarte un sitio ya?

—Tal vez sea lo mejor —contesté.

No había preparado nada de antemano; Rune opinaba que sólo tendría que preguntar en una tienda si no les importaba que me colocara fuera en la calle, pedirles tal vez conexión eléctrica, y luego esperar que no pidiesen comisión por ello. Ofréceles unos billetes de cien, me aconsejó.

Yngve aparcó el coche y nos dirigimos a la calle peatonal, entré en una tienda de ropa que elegí al azar y pregunté si no les importaba que vendiera casetes en la calle delante de su puerta, y si tenían una conexión eléctrica que pudiera usar. Tal vez también les trajera clientes a ellos.

No hubo problema.

Cuando todo eso estuvo arreglado nos fuimos al estudio que Yngve tenía alquilado. Había hecho los exámenes preparatorios esa primavera, tras acabar la asignatura de políticas comparativas antes de Navidad, y ahora trabajaba en el Hotel Central de la ciudad con el fin de ganar dinero para hacer un viaje a China con Kristin en otoño.

La habitación que había alquilado se encontraba justo al lado de Langsæ, en las afueras de la ciudad, allí me alojaría también yo durante tres semanas, en un colchón hinchable en el suelo.

Desde que éramos pequeños nunca habíamos pasado tanto tiempo seguido

juntos.

Al día siguiente, Yngve me llevó al centro con mis cosas. Me resultaba fantástico estar allí, en la calma matutina de esas calles, con el mar tan azul, pesado y tranquilo justo allí fuera, sacar la vieja mesa amarilla de camping de los años setenta y colocar sobre ella los casetes, Genesis, Falco, Eurythmics, Madonna y todo lo que vendía bien en esa época, sacar el cable de la tienda, enchufarlo en el radiocasete, sentarme en la silla, ponerme las gafas de sol y dar al play.

El rey de Arendal, ése era yo.

Justo al lado de mi mesa había un quiosco de helados, y nada más llegar yo vino una chica a trabajar allí. Barrió el trozo de calle de delante del quiosco, metió unas cajas, volvió a salir con un trapo en la mano para limpiar la ventanilla por fuera, volvió a entrar y allí se quedó.

Tenía buena pinta. Pelirroja, con pecas, curvas marcadas. Cuando media hora después volví a verla, llevaba un delantal blanco.

¡Fantástica!

Pero no me miró ni una sola vez.

Ya arreglaría eso.

Poco a poco empezó a llegar gente, iban y venían por esa pequeña calle peatonal, pasaban varias veces por mi mesa, yo lo seguía todo muy atentamente, se me daba bien reconocer caras y cuerpos. Algunos se paraban a mirar mi surtido, y cuando señalaban algún casete en concreto, yo me levantaba inmediatamente y les sacaba uno de la caja que tenía al lado de la mesa, me metía en el bolsillo el dinero de la venta, les daba las gracias, ponía una cruz en una hoja cada vez que vendía un casete y volvía a sentarme.

¡Qué trabajo!

Sobre las once, la venta empezó a aumentar. Hasta la una vendí un montón de casetes, luego el ritmo volvió a bajar, hasta que cerré la tienda unos minutos antes de las cuatro, cuando Yngve vino a buscarme.

Ya en su casa, aparté en una bolsa de plástico el dinero que tenía que darle a Rune, el resto me lo gasté esa noche. Pedimos botellas de vino blanco en cubos con hielo, bailamos y charlamos con gente que se acercó a la mesa

donde se encontraba Yngve. El vino blanco fue para mí el gran descubrimiento de aquel verano, entraba como el agua, y la embriaguez que proporcionaba me hacía sentirme ligero y feliz.

Al día siguiente la chica del quiosco de helados me sonrió al llegar. Una leve sonrisa, es cierto, pero no podía malinterpretarse.

Sobre las once llamé a su ventanilla para pedirle un vaso de agua.

Me alcanzó uno.

—Ya que somos colegas... —dije—. ¿Cómo te llamas?

—Sigrid —contestó.

Tenía un acento extraño. Y una «r» fuerte.

—¿De dónde eres?

—De Islandia —contestó con su más amplia sonrisa.

Y eso fue todo. Ella nunca se acercaba a charlar conmigo, se contentaba con dedicarme una pequeña sonrisa y un leve saludo con la cabeza y la jornada empezaba.

Un par de noches después, la chica apareció de repente ante mí en la discoteca. Yo estaba tan borracho que todo lo que no era su cara se había borrado. Cuando me desperté en su cama a la mañana siguiente no recordaba cómo había llegado hasta allí, no tenía ni idea de cómo lo había conseguido, todo estaba negro excepto un par de escenas en la propia habitación: ella tumbada, ataviada sólo con unas bragas, y yo encima de ella jugueteamos, yo beso sus maravillosos pechos, le meto la mano en la entrepierna, no, dice, ni hablar, entonces me levanto, me quito los calzoncillos y me coloco frente a ella en todo mi esplendor, que no debió de impresionarle tanto como yo me había imaginado, porque se rió de mí y volvió a decir que no.

Me toqué la cabeza de vergüenza. Me había percatado de que ella ya no estaba en la cama, pero no me había preguntado dónde estaría hasta el instante siguiente, en que me incorporé y le dije hola a la habitación vacía.

No hubo respuesta. ¿Estaría en el baño?

Me levanté.

Oh no, ¡*seguía* desnudo!

En la mesa, en medio de la habitación, había una nota.

¡Hola, rey de Arendal!

Me he ido a vender helados.
Quizá nos veamos otro día.

S.

(Cierra bien la puerta cuando te vayas).

¿Por qué demonios había subrayado el «quizá»?

Me vestí, me metí la nota en el bolsillo de atrás, cerré bien la puerta, como ella había escrito en la nota, y bajé en penumbra la escalera estrecha y pesada, que olía a moho. No tenía la más leve idea de dónde me encontraba. Que yo supiera, podría estar en algún lugar lejos de la ciudad.

La luz del sol me dio en los ojos cuando salí a la calle.

Una calle, la pared de una casa al otro lado.

¿Dónde estaba la ciudad?

Seguí la calle cuesta abajo, doblé una esquina, y de repente supe dónde me encontraba. ¡En algún lugar cerca del campo de tiro!

Bajé hasta el centro, evité el quiosco de helados y me senté en Pollen con una Coca-Cola y una bolsa de bollos. El mero olor a agua salada me puso de buen humor.

Tras estar un rato allí sentado viendo todos los barcos que entraban y salían, y todos los coches que circulaban a lo largo del muelle Langbrygga al otro lado, todo bajo un cielo azul profundo y totalmente inmóvil, fui a ver a Yngve al hotel. Estaba atendiendo a unos huéspedes y me senté en el sofá, viendo cómo sonreía pacientemente, asintiendo muy educado, diciendo algo en inglés, vestido con el uniforme del hotel, no del todo pulcro.

Cuando se hubieron marchado, se acercó a mí.

—¿Dónde te metiste anoche?

—Me fui con la chica del quiosco de helados a su casa —dije, y yo mismo oí que sonaba como una frase fantástica.

—¿Y cómo fue? ¿Estáis saliendo ya?

—No creo. Ella no estaba cuando me desperté. Pero me dejó una nota en la que había subrayado *quizá*. *Quizá* nos veamos otro día. ¿Qué crees tú que significa eso?

Se encogió de hombros, de pronto indiferente.

—Por cierto, Kristin se quedará en mi casa esta noche.

—¿Y dónde voy a dormir yo entonces?

—En el baño.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Podrás dormir allí, ¿no?

—Claro que sí. Estaba pensando en vosotros.

—Por eso no te preocupes. La he avisado. Además, yo me quedé en su casa anoche.

Todo salió bien, pero resultó un poco extraño estar tumbado en un colchón en el pequeño cuarto de baño, oyendo a Yngve y Kristin, acostados en la otra habitación, charlando en voz baja y riéndose entre dientes.

Cuando llegué a la calle peatonal a la mañana siguiente, me sentía emocionado. Llegué más temprano que de costumbre para estar allí antes que ella, consideraba que así jugaría con ventaja. Ella llegó, me dedicó su pequeña sonrisa y entró en su quiosco. Yo me quedé sentado, vendí un montón de casetes, y cuando por fin me acerqué a ella, fue para pedirle un vaso de agua.

Me lo dio.

—Me alegro de verte otra vez —dije.

—Lo mismo digo —contestó.

—Pensaba salir esta noche. ¿Te apuntas?

Dijo que no con la cabeza.

—¿Mañana por la noche, entonces?

Volvió a decir que no con la cabeza.

—No vas a convencerme —dijo con una sonrisa—. Pero a lo mejor nos vemos por ahí.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros y volvió a sonreír.

Yo volví a mi sitio, y así pasaron los días. Ella se ocupaba de lo suyo en su quiosco, y yo de lo mío, alguna que otra vez nuestras miradas se cruzaban, y entonces sonreíamos.

Eso fue todo.

Compré tinta china y cartón en la papelería, y colgué un cartel en el árbol que había al lado de la mesa. «Casetes originales», ponía, y luego el precio, y

debajo algunos nombres de las listas de los más vendidos. Al cabo de unos minutos se detuvo un hombre de unos cuarenta y tantos años y dijo que no era «orginal», sino «original». Yo escribía bien, y mi ortografía era perfecta, de modo que le dije que no, que se equivocaba, que era así como se escribía. No falta ninguna «i» en orginal. Insistí en lo mío, él en lo suyo, al final se marchó, sacudiendo la cabeza.

Ganaba dinero a espuestas. La gente se volvía loca con mis casetes, compraban cuatro o cinco a la vez, así que no escatimaba en nada cuando salía con Yngve por las noches. Bebía como nunca había bebido. Si me quedaba sin blanca, me limitaba a vender más casetes al día siguiente. Una vez por semana llegaba Rune conduciendo su coche rojo para surtirme de provisiones. Y alguna vez pasaba por allí algún conocido mío de otros tiempos. Dag Lothar, por ejemplo, que estaba haciendo una suplencia de verano en un banco y estaba igual que siempre. Geir Prestbakmo, que estudiaba formación profesional y montaba un flamante ciclomotor, también estaba igual que siempre. Y luego John, el tipo duro de la clase, que según él sólo hacía el vago.

Un día Yngve y yo fuimos a la parte exterior de la isla de Tromøya, a la playa donde siempre nos llevaba mi padre cuando éramos pequeños. Aparcó el coche en el campo de tiro y bajamos por un tupido y punzante matorral, yo iba disfrutando del inigualable olor a brezo, agujas de pino y agua salada, y de la visión del mar, esa enorme loma llevaba allí millones de años. El aire estaba cargado de insectos. Iba pisando fuerte, el lugar estaba lleno de víboras, al menos así era cuando yo era niño.

Una vez mi padre y yo nos encontramos una a sólo un par de cientos de metros de distancia de donde estaba en ese momento; era primavera, la víbora yacía estirada sobre una piedra al sol. Yo tendría unos diez años. Mi padre se volvió completamente loco y empezó a tirarle piedras, yo veía cómo se hundían en el cuerpo del bicho cuando le alcanzaban, la víbora intentando escapar, las piedras golpeándola una y otra vez hasta que se quedó quieta, mientras un montón de piedras bailaban sobre ella. Pero cuando nos disponíamos a seguir, el bicho empezó a reptar de nuevo. Mi padre se acercó y se puso a tirarle piedras otra vez, quería que yo lo ayudara, pero estaba a punto de vomitar, la víbora ya casi no se movía, mi padre se atrevió a

acercarse del todo y le destrozó la cabeza con una piedra grande que llevaba en la mano.

Me volví. Yngve estaba justo detrás de mí. Bajamos la larga loma del monte pelado y encontramos un lugar al abrigo, justo al lado del agua. Me fui a ver el gran hoyo en la piedra, que ya no era tan grande, salté al agua rugiente, nadé hasta el islote alargado a unos cien metros de distancia y volví. Me tumbé boca arriba al sol para secarme mientras comía galletas y naranjas, fumaba y tomaba café. Yngve sugirió que fuera luego con él a casa de Kristin, así no tendría que llevarme hasta la ciudad. ¿No importa?, pregunté. Claro que no, contestó. Son muy hospitalarios. Además, el resto de la familia está de vacaciones, así que está ella sola.

Unas horas después paró el coche delante de la casa de la familia de Kristin. Estuvimos viendo vídeos y comiendo pizzas. Yngve había estado a menudo en esa casa el último medio año, le gustaban los padres y la hermana de la chica, y él les gustaba a ellos. Me dio la impresión de que él era como un hijo más.

La hermana de Kristin se llamaba Cecilie, tenía un año menos que yo, vi fotos suyas y me pareció guapa. Su hermano era aún mucho más joven, todavía iba a primaria.

Pasé la noche allí, durmiendo en la cama de Cecilie. Quedamos en salir juntos la noche siguiente. Kristin se traería a unas amigas, pero primero cenaríamos en un restaurante los tres solos.

Me bebí dos botellas de vino blanco durante la cena, y en la discoteca me bebí tres botellas más.

¿Y quién apareció de repente delante de mí? Pues la chica del quiosco de helados.

Cogimos un taxi hasta Tromøya con Kristin e Yngve. Yo iba sentado en el asiento de delante. Mientras lo esperábamos habíamos estado abrazados, y yo, todavía aturdido, estiré las manos hacia atrás. Hacia ella. Ella las cogió y las acarició. Tenía unas manos muy ásperas, pensé.

—Ay, Karl Ove —dijo Yngve desde atrás.

Se rieron.

Yo retiré las manos iracundo.

—¿Cuánto has bebido realmente? —preguntó Yngve.

—Cinco botellas de vino —dije.

—¿Cinco *botellas*? ¿Bromeas?

—Claro que no —contesté.

—No es de extrañar que te estés comportando de un modo tan extraño. Si hubiera sido yo, hace rato que estaría tirado en la calle balbuceando.

—Ya —dije.

El taxi se detuvo, pagué y entramos en la casa.

Lo mismo ocurrió allí, con la única diferencia de que ahora ella estaba *completamente* desnuda. Pero no, no quiso. Allí yacía, blanca, rebosante y deliciosa diciendo que no.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, ella ya no estaba.

Todavía borracho subí la escalera y entré en la cocina, donde Yngve y Kristin estaban desayunando.

—Cogió el autobús hace un rato —dijo Kristin—. Me dijo que te saludara de su parte.

Era un día nublado, a diferencia de los anteriores. Decidí pasar del trabajo, estuve tumbado leyendo en el sofá hasta que Yngve cogió el coche para ir a trabajar en el turno de tarde. Al día siguiente ella no apareció. Detrás de la ventanilla había una chica de unos veinte años. Le pregunté por Sigrid. Dijo que había dejado el trabajo, el día anterior había sido el último. Le pregunté si sabía dónde estaba, pero no, no lo sabía.

Estuve en casa de Kristin un par de veces más, la última noche su familia ya había vuelto de vacaciones. Los saludé, eran tan amables como Yngve había dicho, alquilamos *Acocalypse Now* en vídeo, Kristin estaba apoyada en Yngve y yo al lado de Cecilie, nos mirábamos de vez en cuando, sonriéndonos, era evidente que éramos la hermana pequeña y el hermano pequeño de esos dos que no sorprenderían a nadie si se casaban.

Toda la tarde tuve la sensación de que había una especie de emoción, pero ¿qué clase de emoción era?

¿Nos sentíamos un poco avergonzados el uno ante el otro? ¿Sería eso?

Yo notaba que algunas veces era como si ella intentara tomar la iniciativa, como si quisiera marcar que no sólo estaba en una relación de igualdad con su

hermana, sino también claramente desmarcada de ella.

Me gustaba observarla. Esa voluntad suya, como si fuera por delante y ella la siguiera.

Hacía ballet, y era buena; según había dicho Kristin, después del bachillerato se presentaría a las pruebas para entrar en la Escuela Superior de Ballet.

Su manera de tumbarse en el sofá. Cómo de repente su cara se quedaba completamente desnuda y abierta cuando sonreía.

Pero no podía ser. No debía pensar más en ello.

Pero sí pensé más en ello.

Sólo me quedaba una semana de trabajo de verano, y acompañaba a Yngve cuando iba a casa de Kristin. Me sentía bien allí, se respiraba un ambiente muy agradable, eran buenas personas, y eso se reflejaba en todo.

Vi cómo recibían a Yngve, y que a él le gustaba.

Y pensé: qué estúpido eres, coño, esto es algo suyo, algo de él.

Pero también pensé en Cecilie, porque cuando ella estaba en la habitación, yo sentía su presencia con todo mi ser.

Y sabía que a ella le pasaba lo mismo conmigo.

Primero se fueron a dormir los padres. Luego se fueron a dormir Yngve y Kristin.

Y allí estábamos los dos solos en el gran cuarto de estar, uno a cada lado de la mesa. Manteníamos una conversación formal, porque no podíamos hablar ni dar muestras de nada de lo que sentíamos, o de lo que yo sentía y creía que también sentía ella.

—Yo estaba presente cuando empezaron a salir —dije—. En Vindilhytta. Deberías haberlo visto. Fue algo muy tierno.

—Sí, son muy tiernos —dijo ella.

—Sí —asentí.

¿En qué situación me encontraba de repente? ¿En una casa de Tromøya a solas con la hermana de la novia de Yngve?

La situación no tenía nada de malo. Sólo mis sentimientos.

—Bueno —dijo ella bostezando—. Es hora de irse a dormir.

—Yo me quedo un rato más —dije.

—Nos veremos en el desayuno.

—De acuerdo, buenas noches.

—Buenas noches.

Y desapareció escaleras abajo, de esa manera desenvuelta y elegante en la que se movía. Menos mal que me iba pronto a casa y podía dejar todo eso atrás.

El día siguiente, que era el último, bajé a ver a Yngve al hotel, tenía turno de noche, y me dio una enorme pizza que me comí en la mesa de la recepción mientras él trabajaba. De vez en cuando se acercaba a charlar conmigo. Dijo que Kristin y Cecilie habían salido. Kristin acudiría al hotel en un rato. No sabía si también iría Cecilie. Sí que acudió, yo volví con ellas a la casa, era la última noche, unas horas después estaría de nuevo en mi casa. Y sin embargo, aunque sabía que era estúpido, salí a dar un paseo con Cecilie, caminábamos uno al lado del otro sin tener nada que decirnos, simplemente andábamos escuchando el uno la respiración del otro, que era profunda y temblorosa, y entonces nos abrazamos y nos besamos una y otra vez.

—¿Qué estamos haciendo? —dije—. ¿Podemos hacer esto?

—He pensado en ello desde la primera vez que te vi —dijo ella, con mi cabeza entre sus manos.

—Yo también —dije.

Estuvimos abrazados un buen rato.

—Ha sido en el último momento —dijo Cecilie.

—Sí —dije.

—No debes arrepentirte —dijo ella—. O sí, tendrás que arrepentirte. Pero en ese caso dímelo. ¿Me lo prometes?

—No me voy a arrepentir —dije—. Te lo prometo. ¿Estarás en casa el fin de semana que viene?

Asintió con la cabeza.

—¿Puedo venir a verte?

Volvió a asentir con la cabeza, nos besamos por última vez, y me marché, ella me dijo adiós con la mano. Yo hice lo mismo.

Yngve estaba tras el mostrador estudiando un papel cuando entré en el hotel a por las llaves de su casa. No le dije nada de lo que había pasado. ¿Estamos saliendo ya?, me pregunté mientras subía las empinadas cuestas de Arendal en la velada oscuridad de verano tardío. En ese caso, resultaría un

poco extraño que Yngve y yo saliéramos con dos hermanas, ¿no? ¿No era una especie de número circense, por así decirlo? ¡Vengan a ver a los dos hermanos con las dos hermanas! Pero ¿por qué iba a importarme eso? Él vivía en Bergen y yo en Kristiansand, pronto él y Kristin se irían a China.

Estaba totalmente desconcertado.

Y también ella estaba volviendo a su casa, tan desconcertada como yo.

Yngve me llevó al autobús a la mañana siguiente. Yo no le conté nada. Cuando me senté junto a la ventanilla para verlo, él ya se alejaba calle arriba.

Cerré los ojos y noté lo profundamente agotado que estaba. Cuando el autobús atravesó el centro de Grimstad me dormí y no me desperté hasta que pasó por delante del zoológico. Me bajé en el cruce de Timenes y cogí otro autobús para recorrer el último trecho hasta Boen. Por costumbre, miré para ver si veía a Jan Vidar en su ventana cuando el autobús pasó por Solsletta, pero no estaba, ni tampoco su coche en la entrada al jardín.

Cogí un pitillo y miré la cascada, el último kilómetro hasta casa se me hizo largo, pero por fin me motivé y empecé a andar con la mochila a la espalda.

Cuando llegué a lo alto de la cuesta vi a mi madre delante de la cuba en la que solíamos quemar papel. Una fina llama casi transparente temblaba por el borde. Ella me vio y bajó hacia mí.

—Hola —dijo, sonriéndome—. ¿Qué tal lo has pasado?

—Bien —contesté—. ¿Y tú qué tal por aquí?

Asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo.

—Estupendo. Entonces voy a darme una ducha y a cambiarme.

—Vale —dijo ella—. He hecho comida. Sólo hay que calentarla. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

Por la noche me senté junto al escritorio a leer, pero no hallaba sosiego, mis pensamientos vagaban sin parar, y todos los sitios adonde llegaban me dejaban confuso, ninguno era como antes. De vez en cuando miraba por la ventana y veía cómo el jardín se fundía imperceptiblemente con el bosque tras el pequeño campo de patatas, con esa sensación de que el bosque estaba junto

a nosotros esperando o escuchando, como siempre me ocurría con la oscuridad, y la sensación era reforzada por las pequeñas ráfagas de viento cuando de repente temblaban las hojas y se mecían las ramas. Una semana antes no la conocía, apenas sabía quién era. Ahora estábamos saliendo.

¿Y Hanne qué?

¿Y qué había sido lo de la chica del quiosco?

Tenía la sensación de estar frente a un puzle en el que todas las piezas provenían de distintos juegos. Nada encajaba, nada estaba relacionado con nada.

Bajé al cuarto de estar, donde estaba mi madre.

—¿Estás segura de que has estado bien durante mi ausencia? —pregunté.

Ella dejó el libro en la mesa.

—Sí —contestó—. De verdad que he estado bien.

—¿No te has sentido sola?

Ella sonrió.

—Qué va. He estado trabajando. He tenido mucho que hacer. Y resulta muy agradable llegar a casa después.

Probablemente despertado por nuestras voces, el gato vino correteando, con cara de sueño. Dio un salto directamente hasta mi regazo y puso la cabeza sobre mi muslo.

—¿Y qué tal tú? —preguntó mi madre.

Me encogí de hombros.

—Me ha ido bien —dije—. Me gustaba ser vendedor callejero. En cierto modo vivía al día. Ganaba dinero por el día y me lo gastaba por la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué te lo gastabas?

—En distintas cosas —respondí—. Cenaba fuera muy a menudo, por ejemplo. Eso cuesta dinero. Y de vez en cuando tomaba alguna cerveza con Yngve. Pero también he ahorrado algo, ¿sabes? He traído una bolsa llena de dinero. Casi tres mil coronas.

No había contado ese dinero, de hecho lo había olvidado por completo, de modo que fui a la entrada para averiguarlo y ponerlo en un sitio más apropiado que una bolsa de plástico.

Pero la bolsa de plástico no estaba allí.

La había dejado en el suelo, junto a la puerta, ¿o no lo había hecho?

Sí. Encima de los zapatos. Era una bolsa blanca de Beisland. Llena de billetes arrugados.

¿Acaso mi madre la había guardado?

Volví al cuarto de estar.

—La bolsa que estaba en la entrada —dije—, ¿la has cogido tú?

Me miró con el dedo índice en la página del libro.

—¿Una bolsa de plástico que había en la entrada? —preguntó—. La he tirado.

—¿Tirado? ¿Estás loca? ¡Había varios miles de coronas en ella!

Y ese dinero ni siquiera era mío, era de Rune. En realidad le pertenecía incluso algo más, porque me gasté un poco del suyo los últimos días.

—¿Tenías dinero en esa bolsa? ¿Tirada en el suelo? ¿Cómo iba yo a adivinarlo?

—¿Dónde la has tirado?

—Arriba, en la cuba. Donde quemamos el papel.

—¿La has quemado? ¿Cómo es posible? ¿Has quemado el dinero?

Levanté las manos y las sacudí. Luego me apresuré hasta la entrada, me puse un par de zapatos y subí la cuesta corriendo.

Allí estaba la bolsa.

¿Pero estaba el dinero dentro?

La abrí violentamente y miré.

Gracias a Dios. Allí estaba el dinero.

Cogí la bolsa, saqué el dinero y lo esparcí por el suelo de mi habitación, luego lo conté, había algo más de tres mil doscientas coronas, lo metí en el cajón y bajé al cuarto de estar.

—¿Lo has encontrado? —preguntó mi madre,

Asentí con la cabeza. Puse un disco, estuve mirando un rato los libros de la estantería, escogí por fin *Pan*, de Hamsun, me senté en el sofá y empecé a leer.

Faltaba una semana para que empezara el instituto y pensaba emplearla en escribir algunas reseñas, fui a la ciudad a ver a Steinar Vindsland, que dijo que se alegraba de verme porque había estado intentando encontrarme y me

había llamado un par de veces sin éxito.

—Lo que quería decirte es que voy a dejar de trabajar aquí, me han ofrecido un puesto en el *Fædrelandsvennen*. Tú seguramente puedes seguir, pero no te lo puedo garantizar, ya sabes que era yo quien se ocupaba de eso.

—Qué pena —dije.

—Pero de todos modos pensaba hacerte una oferta. Voy a ser responsable de los temas juveniles y de la música. ¿Te gustaría escribir para el *Fædrelandsvennen*? No serían reseñas de discos, de eso se ocupa Sigbjørn Nedland, seguro que lo habrás visto, sino cosas sobre la juventud, y tal vez reseñas de conciertos y entrevistas a grupos.

—Claro que me gustaría —contesté.

—Vale —dijo—. ¡Que te vaya bien!

El *Nye Sørlandet* era un barco que se hundía, todo el mundo lo sabía, de modo que para mí fueron muy buenas noticias. El *Fædrelandsvennen*, en cambio, era un periódico muy leído. Lo que yo escribiera en él lo leería todo el mundo.

Me fui a la Bolsa de Discos y me compré cinco LP para celebrar la promoción, que era como yo lo consideraba. Cogí el dinero de la bolsa, unos cientos de coronas más o menos no tendrían ninguna importancia, de todos modos tenía que buscar la manera de devolver a Rune el dinero que le debía.

Cuando llegué a casa llamó Yngve, quería saber lo que había ocurrido la noche anterior. Cecilie estaba muy rara y me estaba escribiendo una carta.

Le dije lo que había ocurrido.

—¿Así que Cecilie y tú estáis saliendo?

—Sí, así de fácil.

—¿No será eso un poco raro?

—Sí. ¿Importa algo?

—No... Supongo que no.

—¡Bien!

Pero algo no encajaba. Dos días después llegó la carta, ella estaba aturdida, fue como un sueño, escribió, y no debería contármelo, pero cuando nos despedimos aquella noche, lloró a lágrima viva. El viernes fui a verla,

estuvimos solos, teníamos que ir poco a poco. Hablamos de lo que realmente había ocurrido. Me dijo que Kristin le había despertado la curiosidad porque le había hablado mucho de mí y por las fotos que había visto. Pensó que tal vez ocurriera algo, y después de verme quiso que ocurriera algo, pero no podía ser, porque nosotros sólo éramos los hermanos. Yo dije que a mí me pasaba lo mismo que a ella. Ella dijo que Yngve nos miró aquella única noche, primero a ella, luego a mí, y luego a ella de nuevo. Había algo en el aire. Sí, dije, sintiendo mucho dolor por dentro. No nos conocíamos, no sabíamos lo que era, pero entonces volvió a ocurrir, de repente nos abrazamos, nos besamos y nos tumbamos en la cama...

Pero no hicimos el amor. Pensé que ella era muy joven, que no nos conocíamos y que había que proceder con mucha cautela...

No, no fue exactamente así.

Lo que pasó es que me corrí antes de que ocurriera nada.

Me dio tanta vergüenza que me quedé inmóvil para no delatarme.

Y no fue ésa la única vez, durante las siguientes semanas ocurrió cada vez que estábamos juntos.

En la primera reunión de redacción en la que participé en el *Fædrelandsvennen* sugerí escribir un artículo sobre el fenómeno Sissel Kyrkjebø. La joven era elogiada por todos los periódicos, vendía increíbles cantidades de discos, pero ¿por qué?, me preguntaba.

Buena idea. Hazlo, dijo Steinar.

«Por qué vende Sissel», titulé el artículo. «Saboread el nombre», escribí. «Sissel Kyrkjebø...» Y ponía en ridículo todas las asociaciones posibles e imposibles referentes al cristianismo, la sociedad rural y el nacionalismo, ¿acaso no vestía ella el traje regional en la portada? Representaba todo lo que a mí no me gustaba, lo falso, lo manipulador, los lugares comunes, una jodida postal del mundo, ¿quién soporta que todo sea tan bello, y tan fácil?

Durante los días siguientes llegaron muchas cartas de lectores. Una empezaba con «Karl Ove Knausgård. Saboread el nombre», para a continuación disfrutar con las asociaciones de lo árido de mi apellido^[2]. El *Fædrelandsvennen* era un periódico muy popular, que quería complacer a sus

lectores; lo innovador, lo vanguardista, lo provocador que yo representaba no iba con ellos. En los días y semanas siguientes apareció un notable número de artículos positivos sobre Sissel Kyrkjebø.

Yo estaba encantado, por fin mi nombre había sido arrancado de la masa de los anónimos, no mucho, pero tampoco poco.

El fin de semana siguiente a la publicación de mi artículo vino a vernos Yngve, y como de costumbre fuimos a casa de los abuelos. Ese día también estaba allí Gunnar. Se levantó y se me quedó mirando cuando entramos en la cocina.

—Aquí viene el campeón mundial —dijo.

Yo le sonreí como un bobo.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó—. ¿Eres consciente de la imagen de idiota que das? No, no eres consciente. Te crees alguien.

—¿Qué quieres decir? —murmuré, aunque de sobra sabía a qué se refería.

—¿Qué te hace creer que justamente tú tienes razón y todos los demás se equivocan? ¡Tú, un estudiante de bachillerato de diecisiete años! Pero si no sabes nada. Y sin embargo te eriges en juez. ¡Qué estupidez!

Yo no dije nada, me limité a mirar al suelo. Yngve hizo lo mismo.

—Sissel Kyrkjebø es una artista popular y querida. Recibe buenas críticas, gusta a todo el mundo. ¡Y vas tú y dices que todos estamos equivocados! ¡Tú! Que no, que no y que no —dijo, sacudiendo la cabeza—. Que no.

Yo no lo había visto nunca ni alterado ni enfadado, me estremecí.

—Bueno, en realidad yo ya me iba —dijo—. Me alegro de verte, Yngve. Sigues en Bergen, ¿no?

—Sí, en cierto modo —contestó Yngve—. Pero me voy a China este otoño.

—Vaya —dijo Gunnar—. ¡Así que te vas a ver mundo!

Se marchó y nos volvimos hacia los abuelos, que estaban sentados junto a la mesa de la cocina haciendo como si nada durante el pequeño interludio.

—Yo estoy de acuerdo contigo —dijo Yngve cuando estábamos ya sentados en el coche camino de casa—. Me parece muy acertado lo que escribiste.

—Pues sí, lo es —dije, riéndome un poco; había algo estimulante en todo aquello.

Cecilie y yo hablábamos durante horas por teléfono. Ella hacía mucho deporte, era enormemente disciplinada y tenía una voluntad de hierro. Le salían las cosas fácilmente, estaba abierta a la vida. Pero también había en ella algo cerrado o callado que yo no sabía interpretar pero que sí notaba. Los fines de semana iba a su casa haciendo autostop, si ella no venía a verme. Me gustaba más estar en su casa, porque también a mí me trataban como a un hijo, aunque no con tanto fundamento como a Yngve, me parecía; nosotros éramos más jóvenes, y hermanos de los otros dos, lo que contribuía a que lo nuestro no se tomara tan en serio como su relación, como si les estuviéramos copiando, como si no fuéramos nosotros mismos o no tuviéramos derecho.

Por supuesto, no era así cuando estábamos solos. El otoño avanzaba a nuestro alrededor, andábamos por su oscuridad cogidos de la mano o estrechamente abrazados, Cecilie tan dulce y tan fuerte a la vez, abierta y cerrada, con su jerga y tan entrañablemente ella misma.

Una tarde nos acercamos al colegio al que yo iba de pequeño, no estaba muy lejos de su casa. Yo tenía doce años cuando dejé ese colegio, ahora tenía diecisiete. Esos cinco años me parecían una eternidad, no había apenas nada que me relacionara con el que yo era entonces, y apenas recordaba nada de lo que había hecho en aquella época.

Pero al ver el colegio ante nosotros, como flotando en la niebla y la oscuridad, los recuerdos estallaron dentro de mí. Solté a Cecilie, me acerqué al edificio y apreté la palma de la mano contra las tablas impregnadas. El colegio existía de verdad, no era sólo un lugar en mi imaginación. Mis ojos brillaron de emoción, fue como si todo ese rico mundo que era la infancia volviera por un momento.

Y luego la niebla. Amaba la niebla y lo que hacía con el mundo.

Me acordé de Geir y yo corriendo por la niebla con Anne Lisbeth y Solveig, y el recuerdo tenía una fuerza tan enorme que me dolió. Me hizo pedazos. La grava blanda, los árboles relucientes de humedad, las luces que brillaban, brillaban.

—Resulta raro pensar que tú fuiste a esta escuela —dijo Cecilie—. No te relaciono en absoluto con Sandnes.

—Yo tampoco —dije, y volví a cogerla de la mano.

Recorrimos la fachada del edificio en dirección al anexo, que en mi memoria estaba flamante, yo no paraba de estirar el cuello, dejando que mi mirada lo recorriera todo hasta donde alcanzaba, devorándolo todo.

—¿Habremos ido a este colegio al mismo tiempo? —le pregunté, mientras bajábamos la «empinada» cuesta hasta el campo de fútbol.

—Sí —contestó Cecilie—. Cuando tú ibas a sexto, yo iba a quinto.

—Y Kristin a octavo, e Yngve a primero de bachillerato —dije.

—Y ahora yo voy a segundo —dijo Cecilie.

—Pues sí, el mundo es un pañuelo.

Nos reímos, cruzamos el campo vacío y luego seguimos el camino de grava a través del bosque, hasta Kongshavn. A sólo unos cientos de metros más allá desapareció la sensación de vuelta a casa y reconocimiento, penetramos en la zona más marginal de mi infancia, que yo había pisado pocas veces, y el paisaje adquirió un carácter onírico, como algo que descubría y reconocía a la vez.

Era todo muy extraño. Resultaba extraño estar allí y estar con Cecilie, la hermana de la novia de Yngve. También resultaba extraño volver con mi madre a nuestra vida en casa, que tanto se distinguía de la que yo llevaba fuera de ella.

Colaboraba ya con otra emisora local, era más grande, todo el equipamiento era nuevo, los locales fantásticos, me preguntaron si quería trabajar para ellos y yo dije que sí. Seguía jugando al fútbol, seguía escribiendo para el periódico, y salía cada vez más. Cuando no me juntaba con Hilde, Eirik y Lars, me iba a beber con Espen y sus colegas o con gente de la radio; si no, salía con Jan Vidar. En ese mundo resultaba difícil incluir a Cecilie. Para mí ella era algo distinto. Cuando estaba en Kjelleren bebiendo, ella se encontraba infinitamente lejos; cuando estaba con ella, la sentía infinitamente cerca.

Un problema era esa manera suya de ser tan entregada, eso me proporcionaba una ventaja que yo no deseaba. Al mismo tiempo yo era inferior a ella, me encontraba en el nivel más bajo de todos durante aquellas semanas que se convirtieron en meses, porque lo que fui entendiendo poco a poco —esa terrible verdad que reveló mi relación con ella— era que yo no podía acostarme con nadie. No era capaz. Un pecho desnudo o una mano

rozando una entrepierna era suficiente, me corría mucho antes de que algo hubiese empezado.

¡Siempre!

Y allí estaba yo, tumbado a su lado, ella tan hermosa, y yo presionando el bajo vientre contra el colchón para no revelar mi humillante secreto.

Ella era joven, hasta el último momento tuve la esperanza de que no se diera cuenta. Supongo que sí se daba cuenta, pero no se imaginaría que se trataba de un estado permanente.

Una noche mencionó que su madre le había preguntado si pensaba ir al médico para que le recetara la píldora.

Lo dijo con una sonrisa, pero había expectativa en su voz, y yo, que intentaba reprimir lo que me pasaba, que me engañaba a mí mismo creyendo que en realidad no ocurría, empecé a buscar una salida. No es que yo no quisiera, claro que quería, pero había otros problemas más importantes, por ejemplo el que vivíamos en ciudades diferentes, y que yo no podía dedicar *todos* mis fines de semana a estar con ella. Eso pensaba, a la vez que también pensaba en su cariño, que era grande; ella haría cualquier cosa por mí, yo lo sabía, en gran parte por sus cartas, que estaban impregnadas de su añoranza por mí, aunque fueran escritas unas horas después de habernos visto.

Tenía que buscar una salida.

Ella vino un sábado a mediodía a principios de diciembre, iba a quedarse hasta el día siguiente, cuando sus padres, según lo previsto, vendrían a buscarla; tenían ganas de conocer a mi madre, ya que era la futura suegra de sus dos hijas. Sería una especie de confirmación de nuestra relación, y yo no sabía si quería eso. Dimos un paseo, el paisaje estaba helado, la hierba en el prado cerca de casa relucía de rocío a la luz de las farolas, luego comimos con mi madre, y después cogimos el autobús hasta Caledonien, ella llevaba un vestido rojo, bailamos al son de la música de Chris de Burgh, «The Lady in Red», y yo pensé: no, no puedo romper la relación, no quiero.

Cogimos el autobús nocturno hasta casa, recorrimos el último trecho a pie cogidos de la mano, hacía frío, ella se apretaba contra mí. Entramos en casa, nos quitamos los abrigos y yo pensé: ahora lo haré. Subimos la escalera, Cecilie iba delante y abrió la puerta de mi cuarto.

—¿Adónde vas? —pregunté.

Se volvió y me miró extrañada.

—¿A acostarme? —contestó.

—Tú vas a dormir allí —dije, señalando la habitación de Yngve, que estaba al lado de la mía.

—¿Por qué? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Se ha acabado —dije—. Estoy rompiendo contigo. Lo siento, pero esto no funciona.

—¿Pero qué dices?

—Se ha *acabado* —dije—. Tienes que dormir allí.

Ella hizo lo que le dije, moviéndose lentamente. Yo me desnudé y me tumbé en la cama. Ella estaba llorando en la otra habitación, la oía bien, la pared era delgada. Me tape los oídos y me dormí.

El día siguiente fue un día imposible.

Cecilie lloraba, vi que mi madre se preguntaba por qué, pero no dijo nada, y ninguno de los dos quisimos contárselo. Luego vinieron sus padres en su coche. Mi madre había preparado un gran almuerzo, se suponía que las dos familias disfrutarían juntas. Pero Cecilie estaba callada y su rostro lloroso. Nuestros padres charlaban, yo hacía algún comentario de vez en cuando. Obviamente, ellos se dieron cuenta de que algo no iba bien, pero no sabían qué, tal vez pensarán que habíamos discutido.

Pero no habíamos discutido nunca. Nos habíamos reído, jugado, charlado, besado, paseado, habíamos bebido vino y yacido desnudos.

Ella no lloró mientras estuvieron allí, comió en silencio, sus movimientos eran cuidadosos, y percibí en sus padres una gran preocupación por ella, era como si la envolviesen con lo que hacían y con lo que eran.

Por fin se marcharon.

Gracias a Dios que se iban a Arendal. Estaba lejos, y ese puente que Yngve constituía entre las dos familias estaba aún más lejos.

En la semana entre Navidad y Año Nuevo llamó mi padre. Estaba borracho, lo noté en la falta de claridad de su voz. No la controlaba del todo, era como si flotara algo en ella, sin que eso la enriqueciera o la hiciera más compleja.

—Hola —dije—. Feliz Navidad. ¿Estáis todavía en las Canarias?

—Sí —contestó—. Nos quedaremos unos días más. Es maravilloso alejarse un poco de la oscuridad, ¿sabes?

—Supongo que sí.

—Vamos a tener un hijo —dijo mi padre—. Unni está embarazada.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo dará a luz?

—Justo después del verano.

—Qué buena noticia —dije.

—Sí. Ahora vas a tener otro hermano o hermana.

—Será raro —dije.

—No será raro —dijo él.

—No quería decir eso, lo que quiero decir es que va a haber una gran diferencia de edad entre nosotros. Y no viviremos juntos.

—Eso es verdad. Pero de todos modos seréis hermanos. Más cercano que eso es imposible.

—Así es —dije yo.

Mi madre estaba poniendo la mesa en la cocina. La cafetera eléctrica empezaba a borbotear, pequeñas burbujas de vapor subían de ella. Me froté rápidamente el brazo un par de veces.

—¿Está bien el sitio? —pregunté—. ¿Os podéis bañar?

—Sí, claro que sí —contestó—. Estamos todo el día en la piscina. Nos parece estupendo escapar de la oscuridad del norte.

Se hizo una pausa.

—¿Está tu madre ahí? —preguntó.

—Sí —contesté—. ¿Quieres hablar con ella?

—No, ¿de qué iba a hablar con ella?

—No lo sé —contesté.

—Entonces no hagas preguntas tan tontas.

—Vale.

—¿Estuvisteis en Sørbøvåg en Navidad?

—Sí. Acabamos de volver a casa. Hace media hora, para ser exactos.

—¿Siguen vivos los de allí arriba?

—Sí, sí.

—¿Y la abuela? ¿Está enferma?

—Sí.

—¿Sabes que el Parkinson es una enfermedad hereditaria?

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Sí, así que corres el riesgo de padecerla. En ese caso sabrás de dónde viene.

—Bueno, ya veremos —dije—. Creo que vamos a comer ya. Tengo que colgar. Da recuerdos a Unni de mi parte, y felicítala.

—Llama algún día cuando estemos de vuelta, Karl Ove. No llamas casi nunca.

—Lo haré. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Colgué y fui a la cocina. El gato se había tumbado en la silla de debajo de la mesa, vi su tupido rabo colgando del borde. Mi madre abrió la puerta del horno y puso unos panecillos congelados en la rejilla.

—No tenemos gran cosa para comer —dijo—. Pero he encontrado unos panecillos en el congelador. ¿Cuántos vas a querer?

Me encogí de hombros.

—Cuatro, quizá.

Metió uno más y cerró la puerta.

—¿Quién era?

—Papá.

Saqué la silla de al lado del gato y me senté.

—Está en el sur, ¿no? —preguntó ella, dirigiéndose al frigorífico.

—Sí.

Sacó el queso amarillo y el marrón, fue a la encimera a por una tabla, la colocó en la mesa y puso los quesos encima.

—¿Qué te ha dicho? ¿Lo está pasando bien?

—Bueno, no ha dicho gran cosa. Llamaba sólo para charlar un rato. Creo que estaba un poco borracho.

Mi madre puso el cortador de quesos sobre el queso amarillo. Cogió la jarra del café y sirvió en la taza que había al otro lado de la mesa.

—¿Quieres? —preguntó.

—Sí, gracias —contesté, levantando la taza hacia ella—. Ha dicho algo un poco raro. Ha dicho que el Parkinson es hereditario. Y que yo corría el peligro

de tenerlo.

—¿Eso ha dicho? —preguntó mi madre mirándome.

—Sí, eso es exactamente lo que ha dicho.

Corté la corteza del queso amarillo, la puse en el plato, cambié de idea, me levanté y la tiré al cubo de la basura, que estaba debajo de la encimera.

—No se sabe mucho de eso —dijo ella.

—Tranquila —dije—. No creerás que me preocupa...

Mi madre se sentó. Yo abrí el frigorífico y saqué el zumo de naranja, que estaba en la puerta. Lo agité. Quedaba muy poco.

—¿De verdad que lo ha dicho? —preguntó ella.

—Sí —contesté—. Pero no pienses más en ello. Estaba un poco borracho, como te he dicho.

—¿Te he hablado de la primera vez que vio a los abuelos? —preguntó.

Negué con la cabeza. Abrí el armario y saqué un vaso.

—Le causaron una profunda impresión. Pero sobre todo la abuela. Dijo que era como si ella fuera de la nobleza.

—¿De la nobleza? —pregunté. Me senté de nuevo en la silla y eché zumo en el vaso.

—Sí, veía algo especial en la abuela. Una especie de dignidad. Ya sabes, aquello era bastante humilde y muy diferente al lugar de donde él venía. No es que fuéramos pobres, pues comida y ropa no nos faltaba, pero escasez sí había. Al menos en comparación con su casa. No sé lo que se esperaba. Pero se llevó una sorpresa. Tal vez también porque lo recibieron de una forma distinta a lo que él estaba acostumbrado. Lo tomaban en serio. Lo hacían con todo el mundo. Quizá ésa fuera la explicación.

—¿Qué edad tenía papá entonces?

Ella sonrió.

—Teníamos los dos diecinueve años.

—Por cierto, ¿quieres un poco de zumo? —pregunté—. Queda un poco.

—No, acábatelo tú.

Vacíé el cartón y lo eché al fregadero. El ruido hizo moverse al gato.

—Comentó algo sobre sus ojos —prosiguió mi madre—. Me acuerdo de eso. Dijo que eran firmes y clementes a la vez.

—Eso sí es verdad —dije.

—Sí, tu padre siempre ha calado a la gente.

—No resulta muy creíble viéndolo ahora —dije, bebiendo un trago de zumo.

El sabor ácido me hizo entrecerrar los ojos.

—Lo digo por eso. Para que veas que él es algo más de lo que parece ahora.

—Ya lo sé —dije.

De la rendija de la parte de arriba de la puerta del horno y de la válvula del fondo salía un poco de vapor. ¿Cuánto tiempo llevaban ya? ¿Seis minutos? ¿Siete?

—Era una persona muy dotada, y de una gran riqueza interior. Mayor que la de quienes lo rodeaban, al menos cuando yo lo conocí. Y supongo que fue un problema el no ser correspondido en ese sentido en su infancia y adolescencia. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro.

—Bien.

—Pero si era tan dotado como dices, ¿cómo podía tratarnos como nos trataba cuando éramos pequeños? Yo le tenía todo el tiempo un miedo atroz. Todo el jodido tiempo.

—No lo sé —contestó ella—. Quizá estuviera confuso. Quizá se sintiera dominado por unas exigencias exteriores que no se correspondían con lo que tenía dentro. Se educó con un montón de leyes y reglas, y cuando me conoció a mí, yo le planteé otras exigencias que tal vez no le viniesen muy bien. Pensándolo bien, puede que no le viniesen nada bien.

—Sí, él dice algo así —dije.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Habláis entonces de estas cosas?

Sonreí.

—No exactamente. Lo que ocurre es más bien que él se sienta y empieza a quejarse. Pero creo que ya están los panecillos.

Me levanté y rodeé la mesa, abrí la puerta del horno, saqué los ardientes panecillos uno por uno lo más deprisa que pude y los puse en la cesta del pan, que luego coloqué en la mesa.

—Muchas reglas externas y un gran caos interior, así suena tu diagnóstico, ¿no?

Ella sonrió.

—Sí, podría decirse así.

Partí el panecillo y acto seguido le alcancé el cuchillo del pan. La mantequilla que unté encima del panecillo se derritió en el instante en que entró en contacto con la superficie grisácea, por algunas partes viscosa por el calor. Corté dos lonchas de queso marrón y las puse encima. También se derritieron.

—¿Por qué no le dejaste sin más? —pregunté.

—¿A papá?

Asentí con la boca llena.

—Yo también me lo he preguntado un montón de veces —contestó—. No lo sé.

Seguimos comiendo un rato en silencio. Resultaba curioso pensar que esa misma mañana estábamos en Sørbøvåg. Me parecía que hacía mucho más tiempo. Aquello era otro mundo.

—No, no tengo una respuesta satisfactoria a esa pregunta —dijo al cabo de un rato—. Había muchas razones. Divorciarse habría sido una derrota. Habíamos compartido toda nuestra vida de adultos. Eso crea muchos vínculos. Y yo lo quería.

—Escucho lo que dices, pero no lo entiendo del todo —dije.

—Se pueden decir muchas cosas de tu padre, pero vivir con él no resultaba aburrido.

—Ya —dije, y me levanté a coger el paquete de tabaco, que estaba en mi chaqueta en la entrada—. ¿Y Kjartan? —pregunté—. También en él hay una especie de caos interior, ¿no?

—¿Ah, sí? —dijo mi madre.

—¿Tú no lo crees? —dije. Abrí el paquete, saqué un papelillo y lo llené de tabaco, luego estiré un poco el papel para ahuecarlo.

—Tal vez —dijo ella—. Al menos él está buscando algo. Creo que lleva toda la vida buscando. Cuando ha encontrado algo ya no lo suelta.

—¿Te refieres al comunismo?

—Por ejemplo.

—¿Y tú? —pregunté, liando el cigarrillo—. ¿Tú también buscas algo?
Ella se rió.

—¡Yo no! Yo intento sobrevivir. Eso es lo que hago.

Lamí el pegamento del borde, cerré el papelillo y encendí el cigarrillo.

La tarde siguiente salí, primero estuve bebiendo con unos cuantos en casa de un chico del instituto, robé unas cervezas del sótano, me echaron de allí, bajé corriendo hacia el centro, todo estaba cubierto por la nieve que crujía bajo los zapatos, y el frío era algo contra lo que nos golpeábamos la cara al andar, algo que penetrábamos, que no tenía fin. En la gasolinera Shell de la calle Elve rodeamos a un hombre bajito que había dicho algo a una de las chicas, riéndonos de él, cantando «Aquí viene el chulo chulito chulesco» y luego «Aquí viene el tonto tontito tontón». Yo le di una patada en el culo cuando se volvió y todos se rieron. Cuando salimos después de pagar, el hombre nos estaba esperando fuera con un amigo. El amigo era mucho más grande que él. ¿Quién se lo hubiera imaginado? Ése, dijo el enano señalándome, cuando me encontraba junto a los surtidores. El grandullón se paró justo delante de mí, no dijo nada, me miró fijamente a los ojos. Transcurrió un segundo, tal vez dos. Y me dio un cabezazo. Me desplomé. Por la nariz me chorreaba sangre caliente que caía al hormigón. ¿Qué ha pasado?, pensé. ¿Me ha dado un cabezazo? No ha dolido.

Detrás de mí oí a Hauk. ¡Sólo tengo dieciséis años!, gritaba. ¡Sólo tengo dieciséis años! Me incorporé. Hauk y otros dos bajaban corriendo delante, y el grandullón detrás. Agitaba un cuchillo. Yo me levanté y me acerqué a las chicas, a las que nadie había amenazado. Marianne entró a buscar un montón de papel higiénico para que me limpiara la sangre. Al poco rato volvieron Hauk y los demás, seguían asustados, entraron en la tienda y consiguieron que el dependiente llamara a la policía. La chispa de la noche se había apagado, el grupo se disolvió, de repente sólo yo quería seguir y tuve que coger un taxi hasta casa. Allí iba, sentado en el asiento de atrás mirando hacia fuera, con la nariz y la cabeza dándome pinchazos.

En el instante en que abrí la puerta supe que Yngve había vuelto a casa. Su equipaje llenaba la entrada, su chaqueta colgada en la percha, las sólidas

botas. Decidí darle una sorpresa. Rebosaba de alegría, y cuando abrí la puerta, encendí la luz y grité: ¡da da da! y él se incorporó en la cama totalmente desconcertado, me eché a reír. Perdí el control por completo y no podía parar de reír, él me miró, qué ha pasado, preguntó, qué le ha pasado a tu nariz, yo seguía riéndome tanto que era incapaz de contestar, y él dijo: vete a dormir, Karl Ove, será lo mejor, mañana hablamos.

—¿Vienes de China? —pregunté sin parar de reír. Cerré la puerta detrás de mí y me fui a mi habitación, donde me desnudé y me acosté riéndome aún. Sentía la cabeza como una caja llena de cosas que parecían tambalearse hacia los lados cada vez que la movía. Ya acostado pude constatar que todo seguía moviéndose aunque mi cabeza estaba quieta. Y me dormí.

Me despertó mi cara dolorida. Me acordé de lo que había ocurrido, y me incorporé asustado en la cama.

Entonces me acordé de que Yngve había llegado.

Qué bien.

La casa olía levemente a tabaco; habían encendido la chimenea. Sus voces sonaban suaves abajo, estarían en la cocina desayunando.

Me puse una camiseta y un pantalón y bajé la escalera.

Ellos me miraron. Yngve sonrió.

—Voy a lavarme un poco —dije, y fui al baño.

Ay, ay, ay.

La nariz estaba torcida justo debajo de la raíz. Estaba además bastante hinchada y los orificios llenos de sangre coagulada. Me la lavé con cuidado y fui a reunirme con ellos.

—¿Qué te pasó realmente ayer? —preguntó Yngve.

—Alguien me noqueó de un cabezazo —dije, me senté y puse un panecillo en el plato—. Yo no había hecho nada. Un tío se me acercó en la gasolinera y me lo dio. Luego salió corriendo detrás de los otros que estaban conmigo, persiguiéndolos con un cuchillo. Puro vandalismo.

Mi madre suspiró, pero no dijo nada, y al instante estaba olvidado, porque Yngve siguió hablando de China, lo que llevaba haciendo bastante rato, según pude entender. Estaba rebotante de lo que había vivido. Hablaba sin parar, y

yo me lo imaginaba todo, cómo grandes multitudes de gente se agolpaban en torno a Kristin donde llegaban, contemplando su pelo rubio, la fantástica aventura que fue el viaje en el Transiberiano, lo salvaje que era el Tíbet y lo extraño de los colores. Grandes ríos amarillos y rocas pobladas de árboles, grandes ciudades desconocidas y hoteles baratos, la muralla china, transbordadores y trenes, todo atestado de gente por todas partes, perros, gallinas, infinitamente alejado del paisaje vacío, nevado y helado de fuera de nuestras ventanas.

Dos días después, el día de Nochevieja, Yngve se fue a Vindilhytta y yo me fui a casa de Bassen, con unos zapatos nuevos y relucientes y un smoking que había alquilado. Hanne estaba allí. Bebí vodka y zumo. Quería bailar con ella, bailamos, bebí más, dije que teníamos que salir juntos, aunque hacía bastante tiempo que no la veía, era ya casi una obsesión, ella le quitó importancia con una risa, yo me ofendí, bailé con otras, cada vez más borracho, y a las doce, cuando todos se reunieron en la calle delante de la casa, y también llegaron de otras casas de la vecindad, todo degeneró, la gente encendía los cohetes sin soltarlos hasta el último momento, de modo que caían entre los presentes, que chillaban y gritaban, se oían estallidos y estruendos, y yo miraba a Hanne, estaba tiritando, era tan bonita, por qué no podía ser suyo y estar abrazado a ella, era tan bonita, pensé, y en ese instante un cohete aterrizó justo delante de sus pies.

La gente empezó a chillar y a alejarse corriendo.

Pero era mi gran oportunidad, me acerqué a toda prisa, estuve a punto de alejarlo de una patada, pero en ese momento estalló. Fue una sensación muy extraña, la pierna se calentó y cuando miré hacia abajo vi que los pantalones estaban hechos jirones. La sangre chorreaba. ¡Había incluso un gran agujero en el zapato! Me negué a ir a urgencias, alguien me limpió la sangre con un trapo y me puso una venda. Gritaba que yo era el teniente Glahn, que me había pegado un tiro en el pie para que Hanne supiera cuánto la amaba, estuve un rato dando saltos con los pantalones destrozados y la venda empapada de sangre, soy el teniente Glahn, gritaba, y también guardo un vago recuerdo de haber estado un rato sentado en una silla en un rincón llorando, pero de eso no

estoy seguro. Llegué a casa sobre las cinco de la madrugada, recuerdo vagamente haberle dicho al taxista que parara abajo donde los buzones, como siempre, para que el ruido del motor no despertara a mi madre, y que metí los pantalones y los zapatos al fondo del armario antes de dormirme. A la mañana siguiente me quité la venda, la metí en una bolsa de plástico que puse al fondo del todo en la basura, me lavé la herida, que era bastante profunda, me puse un apósito y entré a tomarme un sólido desayuno.

No vivimos solos nuestras vidas, pero eso no significa que veamos a los que viven con nosotros. Cuando mi padre se mudó al norte de Noruega y ya no estaba físicamente delante de mí, con su cuerpo y su voz, su genio y su mirada, desapareció en cierto modo de mi vida, en el sentido de que fue reducido a una especie de malestar con el que me enfrentaba de tarde en tarde, cuando llamaba o algo me lo recordaba, una especie de zona dentro de mí que se activaba en esas ocasiones, y en la que se encontraban todos mis sentimientos hacia él pero no él.

Sobre esas navidades, cuando me llamó desde las Canarias y las semanas siguientes, leí más tarde en sus cuadernos de notas. En ellos está por derecho propio, en medio de su propia vida, quizá por eso me resulta tan doloroso leerlos, descubrir que no sólo es mucho más que mis sentimientos hacia él, sino muchísimas más cosas, un ser entero y vivo en medio de la vida.

Fue Yngve el que encontró los cuadernos de notas. Unas semanas después del entierro alquiló un coche, volvió a Kristiansand y metió las cosas de mi padre en el garaje, luego fue a la pequeña ciudad del este donde mi padre había vivido los últimos años y se trajo de allí lo poco que quedaba de él, llevó todo a Stavanger y lo metió en el desván, a la espera de que yo llegara y lo viéramos todo juntos.

Cuando me llamó aquella tarde de otoño de 1998, dijo que una noche estaba convencido de que mi padre seguía vivo e iba detrás de él en un coche por la autovía.

—Allí estaba yo, en un coche lleno de todas sus cosas —dijo—. ¿Te

imaginas lo furioso que se habría puesto si lo hubiera descubierto? Es completamente absurdo, pero estaba *seguro* de que venía detrás de mí.

—A mí me pasa lo mismo —dije—. Cada vez que suena el teléfono o alguien llama a la puerta, pienso que es él.

—Pero, aparte de eso —dijo Yngve—, encontré unos diarios suyos. En realidad son unos cuadernos de notas. Escribía un poco cada día. De 1986, 1987 y 1988. Tienes que leerlos.

—¿Entonces llevaba un diario? —pregunté.

—No exactamente. Sólo anotaciones dispersas.

—¿Y qué pone en ellas?

—Tendrás que leerlas tú mismo.

Cuando fui a verlo unos días más tarde, tiramos casi todo lo que había dejado. Yo me llevé sus botas de goma, que sigo usando diez años después, unos prismáticos que están sobre mi escritorio mientras escribo esto, una vajilla y unos cuantos libros. Y los cuadernos de notas.

Miércoles, 7 de enero

Me levanté temprano, 5.30. Un trago.

La ducha estaba fría.

Autobús a las 6.30 desde Puerto Rico. También aquí consigo un trago.

Y en el aeropuerto. Compré un walkman. Salida avión a las 9.30. Algo retrasado.

Kristiansand 16.40. Avión a Oslo 17.05. Problemático.

Lo mismo en Alta. Me encontré con Haraldsen. Por Lakselv (−31 grados).

Taxi a casa. Casa fría. Me calenté con lo que traía. Día *agotador*.

Jueves, 8 de enero

Intenté levantarme para ir a trabajar. Pero tuve que llamar a Haraldsen y darme por vencido.

Abstinencia cruel; me quedé en la cama todo el día... Intenté leer *Newsweek*. Apenas conseguí ver un par de programas de televisión. ¿A trabajar mañana?

Viernes, 9 de enero

Me levanté a las 7. Me sentí fatal en la mesa del desayuno.

Al trabajo. Apenas aguanté las tres primeras clases. Tuve una diarrea seria en el recreo largo y tuve que dejar la clase de HK. A casa a reponerme: ron + Coca-Cola. Increíble lo que ayuda. Tarde y noche tranquilas. Me dormí antes del telediario.

Sábado, 10 de enero

Dormí hasta tarde. Me tomé un jerez en la cocina. Pasé la noche acompañado por una Smirnoff azul.

Domingo, 11 de enero

Al despertar intuí que éste sería otro día malo. ¡Así fue!

Lunes, 12 de enero

Duermo mal la noche del lunes. Me retuerzo en la cama escuchando «voces». Voy a trabajar. Empiezo con inglés, *background*. Pesado cuando uno no está en forma. ¡Aún más estresante la enseñanza nocturna!

Martes, 13 de enero

Otra noche de insomnio. Parece como si el cuerpo no quisiera aceptar estar sin alcohol. Fui a trabajar.

Martes, 20 de enero

Otra noche más durmiendo mal. Siempre igual cuando no tomo mi «somnífero». Después de media hora me encuentro demasiado agotado para hacer un buen trabajo. Bacalao para comer, mi comida favorita. Dormí la siesta —fue una siesta larga—, me levanté a las 22. Trabajé hasta las 3. ¡El trabajo nocturno será ya algo habitual!

Así sigue. Bebe los fines de semana, pero también cada vez más a menudo los días laborables; luego intenta dejarlo, pasar unos días o incluso semanas sin probar una gota, pero no funciona, tiene insomnio, está inquieto, oye voces, se siente tan agotado que casi resulta un alivio verlo por fin ir a la tienda de Vinmonopolet o a por cerveza y volver con bebida que allane su interior.

El miércoles, 4 de marzo, en el diario sólo pone: *Yngve, Karl Ove, Kristin*. Subimos los tres al norte a verlos en las vacaciones de invierno. Mi padre nos pagó el viaje a todos. Unni había invitado a su hijo Fredrik, que ya estaba allí cuando nosotros llegamos. Desde Kristiansand a Bergen volé yo solo con Kristin, estaba un poco nervioso por lo que había ocurrido con Cecilie, pero ella no tocó el tema, y se comportaba conmigo como siempre. En Bergen se nos unió Yngve y desde allí volamos hasta Tromsø, donde cambiamos a un pequeño avión de hélices que nos transportaría el último trecho.

Debajo de nosotros el paisaje era salvaje y desierto, apenas se veían casas o caminos, y cuando llegamos al aeropuerto no hubo descenso lento, nada de eso, el avión bajó casi en picado —como un ave de rapiña que acaba de descubrir a su presa—, me dio tiempo a pensar, en ese instante las ruedas alcanzaron la pista de aterrizaje, el aparato dio un frenazo y los pasajeros fuimos lanzados hacia los asientos de delante.

Salimos todos en fila india del avión y fuimos hasta el edificio de la terminal. Era un día frío y nublado, y el paisaje blanco con manchas relucientes negras entremedias, en los lugares demasiado escarpados para que la nieve pudiera posarse.

Mi padre, circunspecto y tenso, estaba esperándonos en la sala de llegadas. Nos preguntó por el viaje, sin escuchar la respuesta. Le temblaban las manos al meter la llave en el arranque y soltar el freno de mano. Estuvo callado durante todo el trayecto a través de ese paisaje brumoso, desierto y magnífico hasta la ciudad. Le miré la mano, se mantenía firme en la palanca de cambios, pero le temblaba cuando la levantaba.

La casa bajo la que aparcó el coche estaba justo fuera del centro, en una urbanización que debía de ser de la década de los setenta, a juzgar por el diseño de las casas, y que daba al mar. Mi padre y Unni ocupaban toda la planta superior, y delante del salón había una gran terraza. Las ventanas parecían rugosas, debía de ser por la sal del mar, pensé, aunque el agua estaba a varios cientos de metros de la casa. Unni nos recibió sonriente en el vano de la puerta, y nos abrazó a todos. El tal Fredrik estaba sentado en el salón, viendo la televisión. Se levantó al vernos entrar y nos dijo hola.

Él sonrió y nosotros sonreímos.

Era alto, pelo oscuro, una presencia notoria en la habitación. Cuando se volvió a sentar, fui a la entrada a por mi mochila, y vi a mi padre al pasar por delante de la puerta abierta de la cocina. Estaba delante del frigorífico tomándose una cerveza de pie y a toda prisa.

Unni nos enseñó dónde íbamos a dormir, y metí allí mis cosas. Cuando volví, la primera botella estaba ya sobre la mesa, y él se estaba tomando la segunda. Soltó un pequeño eructo y la dejó junto a la primera, se limpió la espuma de la barba y se volvió hacia mí.

La tensión había desaparecido.

—¿Tienes hambre, Karl Ove? —preguntó.

—Supongo que sí —contesté—. Pero no hay prisa. Podemos cenar cuando a vosotros os venga bien.

—He comprado solomillo y vino tinto, que podríamos tomar hoy. O gambas. Aquí arriba tienen unas gambas grandes y buenas, ¿sabes?

—Las dos cosas están bien —dije.

Sacó otra botella de cerveza del frigorífico.

—Una cerveza sabe bien en vacaciones —dijo.

—Ya.

—Tú podrás tomar una después. Con la cena.

—Vale.

Yngve y Kristin se habían sentado en el sofá. Miraban a su alrededor como se suele hacer cuando se está en un lugar desconocido, saboreando el entorno con discreción, a la vez que eran siempre conscientes de ellos mismos, no necesariamente con la mirada, pero de esa manera absoluta que muestran algunos amantes cuando lo comparten todo. Kristin era un prodigio de alegría y naturalidad, lo que contagiaba a Yngve, que tenía ese brillo en la mirada casi infantil que sólo se apreciaba en él cuando estaba con ella.

Fredrik estaba sentado en el sillón, al otro lado de la mesa, y contestaba algo reservado a las preguntas de Yngve y Kristin. Era un año menor que yo, vivía en el este del país con su padre, jugaba al fútbol, tenía un interés más que medio por la pesca y le gustaban U2 y The Cure.

Me senté a su lado. Sobre el sofá colgaba el cuadro azul de Sigvaldsen que mi padre se había llevado tras el divorcio, en las dos paredes largas colgaban otros de los cuadros que teníamos en casa. El tresillo del rincón contrario era el que siempre había tenido él en su despacho de casa, una de las alfombras provenía del mismo sitio. Los demás muebles me sonaban del piso de Unni.

Mi padre se sentó en el sofá. Rodeó a Unni con un brazo, en la otra mano tenía una botella de cerveza. Me alegré de que Yngve y Kristin estuvieran allí.

Mi padre se puso a hacer preguntas a Yngve, que contestaba de un modo escueto, pero no sin amabilidad. Poco a poco Kristin intentó hacerse cargo de la situación y preguntó por el ambiente en la ciudad y en el instituto en el que trabajaban. Fue Unni la que contestó.

Al cabo de un rato mi padre se volvió hacia Fredrik. Su tono era ligero y jovial. Fredrik mostró su rechazo con todo el cuerpo, era obvio que mi padre no le gustaba, algo que yo podía entender. Había que ser idiota para no captar ese tono falso de su voz, como si hablara con un niño, o para no darse cuenta de que lo hacía por Unni.

Fredrik contestó a algo con cierta acritud, mi padre dejó vagar la mirada unos instantes, Unni dijo algo con buena intención, pero con un tono de

reproche a su hijo, que se retorció de malestar.

Mi padre se quedó un rato quieto en el sillón, bebiendo. Luego se levantó, se subió los pantalones y fue a la cocina a preparar la cena. Nosotros nos quedamos charlando con Unni en el salón. Cuando la cena estuvo lista en la mesa sobre las ocho, mi padre estaba ya borracho y pretendía contentar a todos, pero sus intentos eran tan poco precisos que todo resultaba ridículo. El que parecía pasarlo peor era Fredrik. Nosotros estábamos acostumbrados, era todo lo que teníamos; Fredrik, en cambio, había perdido a su madre por ese idiota.

Mi padre estuvo callado un buen rato, con cara de tonto y de fastidio. Luego se levantó y fue al dormitorio. Unni fue tras él, oímos voces, volvieron como si nada hubiese ocurrido y se pusieron a hablar sobre sus recientes vacaciones y sobre el juicio que tenían pendiente con la agencia de viajes. Nos enteramos de que mi padre había sufrido un colapso en la habitación del hotel, y de que lo habían llevado al hospital en una ambulancia. Dijo que fue un fallo cardíaco. Fuera lo que fuera, él se había querellado contra la agencia, porque ocurrieron varios incidentes, disputas con los representantes locales, disputas con otros turistas en el hotel, y pensaban que todos los habían perseguido, incluso acosado, y que eso fue lo que le provocó el fallo cardíaco. Estuvo dos días ingresado en el hospital. Nos enseñó fotos, algunas de ellas muy desagradables; en una serie se veían imágenes de una pareja en una terraza, las fotos eran cada vez más indiscretas, la pareja se levanta, amenaza con el puño y va hacia la cámara. ¿Qué estaban haciendo? Mirad la cara de mala leche que tienen, dijo mi padre. Qué gente tan desagradable. Eran casi de la misma calaña que Gunnar. ¿Qué tiene de malo Gunnar?, preguntó Yngve. ¿Gunnar?, dijo mi padre. Te lo diré. Durante un verano entero estuvo fisgoneando en el piso de la calle Elve. Iba a controlarme, ¿sabes? A controlar que no bebía. Es tan perfecto ese hermano mío... Incluso me lo dijo, ¿sabes?, me dijo que tal vez debería frenar un poco. ¿Acaso pretende controlar a su propio hermano? Yo era ya un adulto cuando él aún era un niño. ¿No puede uno tomarse una cerveza en su propio jardín? La verdad es que el tío se pasó. Realmente. Y mira cómo se está congraciando ahora con los abuelos. Lo que quiere es la cabaña. Siempre la ha querido. Y acabará consiguiéndola. Esparce su veneno también entre ellos.

Yo no dije nada. Miré a Yngve.

¿Cómo podía caer tan bajo? Eran hermanos, Gunnar era su hermano pequeño, y no sólo llevaba una vida ordenada, los hijos a los que educaba tenían una relación muy estrecha con él, una gran confianza, lo que podía comprobar cada vez que los veía, no había ni una chispa de miedo en sus ojos, al contrario, su padre les gustaba. Si le había dicho a mi padre que bebía demasiado, estaba bien dicho, ¿quién, si no, se lo iba a decir? ¿Yo? Ja, ja, no me hagas reír. ¿Y la cabaña? Gunnar era el único que la usaba y que siempre la había usado, le encantaba la vida en el campo, a mi padre no. Si él se quedara con ella, la vendería.

Lo miré, allí estaba con los ojos turbios y esa expresión bobalicona de cara que se le ponía cuando estaba borracho.

—Quizá sea mejor ver las diapositivas mañana —dijo Yngve—. Es bastante tarde ya.

—¿Qué diapositivas? —dijo mi padre.

—Las de China —respondió Yngve.

—Ah, sí, es verdad.

Unni se estiró.

—Bueno, yo tengo que acostarme ya.

—Yo también —dijo mi padre—. Sólo voy a hablar un poco con mis dos hijos, que han venido hasta tan lejos para ver a su padre.

Unni le revolvió el pelo y se fue al dormitorio. En el instante en que la puerta se cerró, Fredrik se levantó.

—Buenas noches —dijo.

—¿Tú también te vas? —preguntó mi padre—. Tú no estás embarazado, ¿no?

Se rió, yo miré a Fredrik para señalarle que no era el único que pensaba de mi padre lo que pensaba.

—Yo también tengo mucho sueño —dijo Kristin—. Será por el viaje o el aire del mar. En cualquier caso, buenas noches.

Cuando ella desapareció, los tres nos quedamos en silencio. Mi padre dejó vagar la mirada, se acabó la cerveza y fue a por otra. Yo no estaba borracho, pero notaba el efecto de la bebida.

—Aquí estamos, pues —dijo mi padre.

—Sí —dije yo.

—Exactamente como en los viejos tiempos. ¿Os acordáis en Tybakken? Yngve y Karl Ove. Sentados en la cocina desayunando.

—¿Cómo íbamos a olvidarlo? —dijo Yngve.

—Ya —dijo mi padre—. Pero tampoco era fácil para mí. Eso es algo que debéis saber.

—Hay mucha gente que tiene problemas —dijo Yngve—. Pero no todos los trasladan a sus hijos.

—Es verdad —dijo mi padre.

Se echó a llorar.

—Me siento muy feliz de teneros aquí —dijo.

—No hace falta que te pongas tan sentimental —dijo Yngve—. ¿No podemos hablar de aquello de una manera normal?

—Ahora Unni lleva una nueva vida en su vientre. Será vuestro hermano o hermana. Pensad en ello.

Sonrió a través de las lágrimas, se las secó, vació la botella y se lió un pitillo.

Yngve y yo nos miramos. Aquello no tenía remedio, de la boca de nuestro padre no salía más que palabrería.

—Me voy a dormir —dijo Yngve.

Mi padre no dijo nada al ver que Yngve se iba. Yo no quería que se quedara allí solo y me quedé un rato más, pero como él no hacía ningún ademán ni de marcharse ni de decir nada, sino que se quedó con la mirada perdida, yo también acabé por levantarme e irme a dormir.

Al día siguiente después del desayuno, Yngve, Kristin, Fredrik y yo fuimos a dar una vuelta por la ciudad; anduvimos un rato por las calles cubiertas de nieve, negrísimas y azotadas por el viento. Fredrik y yo nos quedamos charlando en un café, mientras Yngve y Kristin entraban en una tienda de ropa. Estuvimos intercambiando nombres de grupos musicales, creando de esa manera una especie de plataforma, y luego empezamos a hablar de lo que se podía hacer en esa ciudad dejada de la mano de Dios. No podíamos quedarnos todo el día sentados en la casa. Él dijo que había una piscina cubierta no muy

lejos, a lo mejor podríamos acercarnos luego. Es una buena idea, dijo Unni cuando llegamos a casa. Sí, es una idea excelente, dijo mi padre desde el salón. ¿Vas a ir con ellos?, preguntó Unni. Sí, ¿no te parece?, contestó él. Vi que a Fredrik no le gustó el plan, pero yo pensé que podría estar bien, que aún faltaban horas para que se hiciera de noche. Unni nos llevó en el coche, porque él ya se había tomado un par de cervezas. Entramos en los vestuarios con nuestras cosas y nos sentamos en el banco.

Mi padre empezó a desnudarse.

Yo aparté la vista. Nunca le había visto desnudarse, nunca había estado en la misma habitación que él mientras hacía algo tan íntimo. Dobló los pantalones, puso los calcetines encima y se desabrochó la camisa sentado en el banco.

Me subieron los calores y no sabía dónde mirar, ni qué hacer, porque se quitó los calzoncillos y durante unos segundos estuvo completamente desnudo.

Nunca le había visto desnudo y un temblor me recorrió el cuerpo cuando dejé que mi mirada le rozara.

Me miró y me sonrió brevemente.

Todo lo demás había desaparecido, sólo estaba esa sonrisa que esbozó antes de volverse y ponerse el bañador.

Yo me puse el mío y salimos juntos al recinto de la piscina.

Cuando volvimos a casa, Unni había preparado la comida, una fondue, mi padre se bebió él solo una botella de vino tinto, luego Yngve y Kristin se pusieron a pasar las diapositivas de China. Unni había pedido prestado un proyector en el instituto. Las iban comentando y explicando y mi padre miraba sin ningún interés, vi que Yngve estaba irritado, y pensé que para qué preocuparse, que lo dejara por imposible.

Fredrik contestó irónicamente a mi padre, que se enfadó y le recriminó, lo que enfureció a Unni, que se fue airada a su habitación, él se levantó tambaleándose y la siguió, oíamos sus gritos mientras seguíamos sentados en el salón haciendo como si nada. Algo sonó contra la pared, una llamada se convirtió en un grito. Mi padre volvió a salir, no dijo nada, bebió un poco, de repente nos miró con esa sonrisa tonta suya. Dijo a Fredrik que si le apetecía

al día siguiente podrían ir a pescar y que sus hijos no tenían mucho interés por la pesca.

De todos los días sobre los que mi padre escribió en sus diarios, sólo tengo éste muy nítido guardado en la memoria, seguramente porque le vi desnudo por primera y única vez en su vida:

En el diario pone:

Viernes, 6 de marzo

Con K. O. y Fredrik en la piscina.

Extraño volver a nadar. A casa a comer fondue y ver diapositivas de China.

Luego conversación. Demasiada bebida. Escenas. Unni molesta, rompí el reloj.

Esto es triste.

La última noche que pasamos con ellos yo me quedé en el salón después de que los demás se hubiesen acostado. Fumé, me hice un té, leí un poco de un libro que encontré, saqué del estante su álbum de fotos, quería ver una vez más esas imágenes inquietantes, y al final de todo encontré unos papeles por los que supe que la agencia de viajes había pedido información al hospital en el que estuvo ingresado y que el colapso se debió a un exceso de consumo de fármacos y alcohol.

Me quedé helado.

¿Fármacos?

¿Qué clase de fármacos tomaba mi padre?

En el álbum había más documentos, los hojeé, algunos eran sobre un juicio relacionado con él que al parecer había tenido lugar aquella primavera. El desencadenante era un incidente con un guardia de seguridad en la estación de autobuses de Kristiansand, y al leerlo me acordé de que él lo había mencionado, que había sido objeto de vejaciones, pero no sabía en absoluto que hubiera llevado el caso a los tribunales. Fuera como fuera, su demanda fue íntegramente desestimada, y lo condenaron a pagar las costas.

¿Qué estaba haciendo mi padre?

Volví a dejar el álbum en su sitio, me cepillé los dientes, fui a esa estrecha habitación en la que dormía, me desnudé, me metí en la cama, apagué la luz y

apoyé la cabeza en la almohada.

Pero no podía dormirme. Al cabo de un rato me levanté, me senté en la parte del sofá más próxima a la mesita del teléfono, cogí el auricular y marqué el número de Hanne.

Lo hacía de vez en cuando, la llamaba por la noche. Si su padre lo cogía, yo colgaría, pero él nunca lo cogía, Hanne tenía un teléfono supletorio justo al salir de su habitación, y siempre lo cogía ella. También esta vez.

Estuvimos una hora hablando. Le conté un poco lo que ocurría, que tendría una hermana o hermano a finales del verano, y que me preguntaba qué tal resultaría aquello. Le hablé de cómo era mi padre, y de cómo eran Yngve y Kristin. Ella escuchaba, se reía cuando yo decía algo gracioso y esa pesadez dentro de mí se iba aliviando, luego nos pusimos a hablar de otras cosas, de los exámenes que se estaban acercando, de todas las veces que yo hacía pellas, del coro en el que ella cantaba y de qué haríamos cuando acabáramos.

De repente se abrió la puerta y mi padre entró precipitadamente.

—Tengo que colgar —dije, y colgué.

—¿Qué estás haciendo, chico? —gritó—. ¿Sabes la hora que es?

—Lo siento —dije—. Procuraba hablar lo más bajo posible.

—¿Y quién te ha dado a ti permiso para usar el teléfono? ¿Cuánto tiempo has estado hablando?

—Una hora.

—¿Una hora? ¿Sabes lo que cuesta eso? ¡Te he pagado el billete de avión hasta aquí! ¿Así es como me lo agradeces? ¡Acuéstate ya de una vez!

Agaché la cabeza para que él no viera las lágrimas de mis ojos, me levanté y me fui a mi cuarto medio de espaldas a él. El corazón me latía con mucha fuerza, el miedo había penetrado en todo mi cuerpo. Temblaba cuando levanté un pie para quitarme los pantalones.

Esperé hasta estar seguro de que él se había dormido, entonces salí de puntillas de la habitación, encontré un bolígrafo y un sobre, escribí una nota irónica en la que le decía que lamentaba haber tomado prestado su apreciado teléfono y que le dejaba el dinero de la conversación. Metí un billete de cien coronas en el sobre, lo cerré, escribí su nombre fuera y lo metí en la estantería, donde probablemente lo encontraría algún día después de que me hubiera marchado.

En mi casa rara vez pensaba en mi padre, excepto cuando llamaba o se hacía presente de otra manera. Pero eso no quería decir que yo no tuviera ningún problema. Empecé a llevar cada vez más una doble vida. Me gustaba estar en casa por la noche con mi madre tomando té y charlando, escuchando música, viendo la televisión o trabajando cada uno en lo nuestro, pero también me gustaba salir a beber. No tenía carné de conducir y había pocos autobuses, pero mi madre decía siempre que podía ir a buscarme, que no le suponía ningún problema, podía llamarla aunque fuera en mitad de la noche. Yo llamaba, ella cogía el teléfono y una hora después abría la puerta del coche y me metía en él. Ella no se oponía a que me tomara una copa, pero no le gustaban las borracheras, por decirlo de un modo suave, de manera que ése era un tema que tenía que ocultarle. Lo solucionaba pasando la noche en casa de alguien. O le decía que no hacía falta que viniera a buscarme, que alguno tenía carné, a veces era verdad, y alguien me llevaba a casa, otras veces cogía un taxi y otras el autobús nocturno. Ella no me esperaba levantada, se fiaba de mí, y a juzgar por cómo me comportaba en casa, tenía motivos para ello. Yo era mi verdadero yo cuando estaba con ella. También lo era cuando estaba con Hilde y cuando me emborrachaba con Espen u otros compañeros del instituto. Yo era mi verdadero yo, pero mis yoes verdaderos eran incompatibles.

A mi madre también le ocultaba otras cosas. Por ejemplo, la cantidad de pellas que hacía. Cada vez eran más, casi estaba más tiempo fuera que dentro del instituto. Me descubrió un día que me había quedado en casa para relajarme, ella llegó del trabajo más temprano que de costumbre y tuvimos un altercado. Me dijo que tenía que ir al instituto, que era importante y que tenía que atenerme a lo que era importante. Me dijo que había recibido una educación estricta, demasiado estricta, y que ahora ella intentaba darme libertad, pero que yo estaba abusando de esa libertad. Tenía que ver con normas, y esas normas tenían que salir de mí mismo. Yo dije que el instituto no era lo más importante en la vida, ella dijo que de acuerdo, pero ahora vas al instituto, ahora es eso lo que haces, y lo tienes que acabar. ¿Me lo prometes? Se lo prometí. No lo cumplí, pero lo ocultaba mejor. Tenía un tutor más que comprensivo, se había empeñado en que yo lo estaba pasando mal, en una excursión se sentó a mi lado y me lo dijo: sé que estás pasando por una época

difícil, Karl Ove, dime si te puedo ayudar en algo o si hay algo de lo que quieras hablar conmigo. Le sonreí y le dije que así lo haría, y por unos instantes las lágrimas estuvieron a punto de brotar, su preocupación me llegó de repente, pero al instante lo había olvidado. Yo no hacía pellas porque lo estuviera pasando mal, sino sencillamente porque me encantaba hacer pellas, dar vueltas por ahí, encontrarme con la gente en los cafés, pasar por la radio, comprar discos o estar tumbado leyendo en casa. Hacía tiempo que había decidido no seguir estudiando, lo que aprendíamos no eran más que bobadas, en el fondo todo consistía en vivir y vivir como uno quería, es decir, disfrutar la vida. Algunos disfrutaban más trabajando. Vale, yo entendía que necesitaba dinero, lo que a su vez significaba que tendría que trabajar, pero no todo el tiempo, y no en algo que me empleara todas las fuerzas y me comiera el alma, para acabar como esos tontos de mediana edad que cuidaban de sus setos y miraban hacia el vecino para ver si tenía más signos de opulencia que él.

Yo no quería ser así.

Pero el dinero era un problema.

Mi madre había empezado a hacer trabajos extras para llegar a fin de mes. Además de su puesto de profesora en la escuela de enfermería, hacía guardias en el hospital los fines de semana y en vacaciones. Debía de ser la casa lo que costaba tanto dinero. Le había comprado su parte a mi padre, y tenía un préstamo grande. Yo personalmente no notaba nada, tenía el dinero que ganaba en el periódico, además de la pensión alimenticia que me pasaba mi padre, y si me lo gastaba todo, aún quedaba la posibilidad de sacarle algo extra a mi madre, de modo que todo iba bien. A veces ella criticaba mis prioridades, el que me comprara tres discos nuevos un viernes por la tarde y fuera por ahí con la suela de un zapato completamente suelta. Pero eso es algo material, dije, no es más que una cosa, la música en cambio es algo muy distinto. ¡Eso es espiritual, joder! Y eso es lo que uno realmente necesita, *realmente*, quiero decir, y hay que darle prioridad. Todo el mundo da prioridad a las cosas. Todos quieren chaquetas nuevas, zapatos nuevos, coches nuevos, casas nuevas, caravanas nuevas, cabañas nuevas y barcos nuevos. Pero yo no. Yo compro libros y discos porque cuentan algo sobre las cosas importantes, sobre lo que significa ser persona en esta tierra. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, supongo que de alguna manera tienes razón. ¿Pero no resulta

incómodo ir por ahí con una suela suelta? Tampoco da muy buena impresión.

—¿Qué quieres que haga? No tengo dinero. Esta vez he dado prioridad a la música.

—A mí me sobra un poco de dinero este mes. Te daré para un par de zapatos. Pero tienes que prometerme gastártelo en zapatos y no en otra cosa.

—Lo prometo. Muchas gracias.

Salí de su despacho de la escuela de enfermería y bajé a la ciudad a comprar unas zapatillas de deporte y un LP bien de precio.

En Semana Santa el equipo de fútbol se iba a Suiza a un campo de entrenamiento, yo tenía muchas ganas de ir, claro está, pero era bastante caro, y mi madre dijo que no, lo siento, me gustaría que no fuera así, pero así es, no tenemos dinero suficiente.

La semana antes de la salida ella me dejó el dinero en la mesa.

—Espero que no sea demasiado tarde —dijo.

Llamé al árbitro, no, dijo, no es demasiado tarde, puedes venir.

—¡Estupendo! —dijo mi madre.

Los últimos días antes de irme terminé un artículo sobre Prince que tenía en la mente desde hacía tiempo, pues su nuevo disco, *Sign o' the Times*, era cojonudo y quería que todo el mundo lo supiera.

Nos marchamos. Atravesamos Dinamarca y Alemania en autocar, buen ambiente, porque bebimos cerveza libre de impuestos por el camino, y cuando llegamos al hotel, Bjørn, Jøgge, Ekse y yo nos bajamos, mientras el autocar cruzaba la frontera de Italia, donde había un partido de la Serie A en el programa. Nosotros preferimos quedarnos en el bar bebiendo. Cuando ellos volvieron, sobre las diez, nosotros estábamos ya muy animados, y ellos agotados tras el viaje, tanto que todos querían irse a dormir. Yo compartía habitación con Bjørn, estaba en la cuarta planta y era la habitación más lujosa en la que había dormido nunca, con muebles pequeños y bonitos, espejo y alfombra en el suelo. Nos tumbamos cada uno en nuestra cama con una cerveza en la mano. No eran más que las once de la noche, ¿y si nos dábamos una vuelta por el centro a ver qué veíamos? A las diez todo debía estar en silencio, y a las once todo el mundo en la cama, pero no nos habían puesto vigilantes.

Esperamos un rato más, no queríamos correr el riesgo de encontrarnos con alguien por el pasillo, luego salimos, paramos un taxi, murmuramos *downtown*, nos relajamos y fuimos transportados por calles desconocidas, mientras las luces de las farolas nos iluminaban desde lo alto. El chófer se paró en una plaza, pagamos, salimos y echamos a andar. Pronto nos topamos con un gran edificio en cuyo interior sonaba música y donde había porteros en la puerta. Entramos en él. Dentro había discotecas, bares, un enorme casino y un escenario en donde bellas mujeres se estaban quitando la ropa, para luego moverse entre el público.

Bjørn y yo nos miramos. ¿Qué sitio tan fantástico era ése?

Dimos una vuelta mirando y bebiendo, nos quedamos un rato quietos delante del escenario contemplando el striptease, descubrimos para nuestro asombro que las chicas que andaban ligeras de ropa entre las mesas eran las mismas que bailaban en el escenario, porque justo después de seguir a una de ellas con la mirada allí arriba, pasó por delante de nosotros entre los asientos. Entramos en la discoteca, visitamos los distintos bares, nos deslizamos un rato por una sala donde había ruletas y los hombres vestían trajes oscuros y las mujeres iban de largo, acabamos delante de una gran puerta de dos hojas que había al fondo, y luego otra sala más al fondo aún, grupos de personas charlando de pie, mientras que unos camareros vestidos de blanco y negro pasaban con bandejas con copas de vino y pequeños canapés. No hablamos con nadie, bebimos como cosacos, nos marchamos de allí sobre las cuatro de la madrugada y corríamos como zombis durante el entrenamiento seis horas después. Dormimos un par de horas antes del siguiente punto del programa, comimos, nos bebimos unas cervezas en el bar y luego cogimos otra vez un taxi que nos llevó a ese lugar que parecía un palacio y por donde flotamos como en un sueño hasta la mañana siguiente. Entonces tocaba subir a los Alpes a esquiar, también eso parecía un sueño, porque el cielo estaba completamente azul, el sol brillaba; por donde mirábamos se erguían montañas vestidas de blanco, y tras unos minutos en el telesilla con los esquís colgando, se hizo de repente el silencio. Fue como pasar a otro estado de ánimo. Lo único que se oía eran los sonidos bajos del telesilla cerca de nosotros, por lo demás, todo estaba en silencio, un silencio absoluto. Me invadió una sensación de júbilo, porque el silencio era enorme como un océano, a la vez que también había

algo doloroso en él, como ocurre en toda alegría. El silencio allí en lo alto, rebosante de belleza, me hizo verme a mí mismo, o ser consciente de mí mismo, no en relación con mi psicología o moral, no tenía nada que ver con mis cualidades, sino sólo con que yo existía allí, este cuerpo que se movía hacia arriba, yo estaba allí y en ese momento, y luego moriría.

Fui durmiendo en el autocar de vuelta al hotel, me dolía la cabeza cuando me desperté, me tomé unas cervezas en el bar, cené, me tomé otras tantas porque esa noche íbamos a salir todos juntos, había una discoteca cerca del hotel y nos quedamos allí hasta la una. Estuve bailando y bebiendo y tenía una palabra amable para todo el mundo. En el camino de vuelta al hotel, Bjørn y yo nos subimos a un tejado. No era un tejado cualquiera, sino un tejado suizo, con una torre tras otra. Trepamos y sudamos, y al final nos encontramos en lo más alto, tal vez treinta metros por encima del aparcamiento en el que se había congregado ya un pequeño grupo de gente. Nos enderezamos temblando y gritamos a la noche, luego nos encogimos de nuevo y empezamos el descenso. Cuando nos faltaban sólo unos metros para llegar abajo vinieron corriendo dos hombres con sendas linternas, cuyos rayos vagaban en la penumbra. *Polizei*, dijeron, y se detuvieron justo debajo de nosotros. Uno de ellos sacó una placa de identidad y la alumbró. Es Derrick, dije, sofocando una risa. Bajamos de un salto. El árbitro se nos acercó, sabía algo de alemán, explicó el caso a los dos policías, que, a pesar de mirarnos con escepticismo, nos dejaron marchar. En la cuesta que bajaba hacia el hotel se nos acercó uno de los jugadores del equipo sénior. Dijo que opinaba que éramos muy valientes y muy duros, que salíamos todas las noches a beber y que habíamos sido capaces de subir a ese tejado, de verdad que nos admiraba, dijo, que le hubiera gustado poder hacer cosas parecidas, pero que no se atrevía, no era tan duro como nosotros, y por eso, dijo, os admiro.

Ésa fue la palabra que empleó. Admirar.

No me lo puedo creer, le dije a Bjørn cuando el tipo volvió a desaparecer entre la gente detrás de nosotros. Yo tampoco, dijo Bjørn. No está mal, dije, que nos admire. Bjørn me miró. Joder, dije, cuando la policía llegó y alumbró sus placas. *Polizei! Polizei!* Nos reímos. Entonces caí en la cuenta de que el tipo sabía que salíamos a beber por las noches. ¿Significaba eso que lo sabía todo el mundo? Pero, en el fondo, qué importaba, lo peor que nos podría pasar

sería que nos expulsaran, era la quinta división, con la celebración del fin del bachillerato muy cerca ya, en realidad no importaría mucho.

Cuando volvimos al hotel, la gente se reunió en nuestra habitación. Algunos de los del equipo sénior se habían traído a sus chicas al viaje y un par de ellas acudió también, vi a Bjørn hablando con una, Amanda, la novia de Jøran, que tendría unos veinticinco años. ¿Acaso intentaba ligar con ella? ¿Allí?

Pues sí, eso era lo que estaba haciendo. Cuando la gente empezó a retirarse, también él desapareció, yo me quedé solo y me dormí vestido. Al cabo de un rato Bjørn me despertó sacudiéndome.

—Amanda va a venir a la habitación —dijo—. ¿Puedes salir? ¿Sólo media hora?

Me levanté aturdido.

—Sí, sí —dije. Me acerqué a la ventana y la abrí.

—¿Vas a salir por ahí? Estamos en la cuarta planta, ¿lo has olvidado?

—No, no —dije—. Va bien.

Por debajo de la ventana, un borde de cemento casi tan ancho como mis pies recorría toda la pared. Dos metros por encima de ése había otro. Me puse de pie sobre el de abajo, agarrándome al de arriba, y luego empecé a mover los pies pasito a pasito. Bjørn estaba asomado a la ventana mirándome.

—No hagas eso —dijo—. Vuelve aquí.

—Ahora puedes estar con Amanda, yo me quedo aquí. Volveré a entrar dentro de media hora.

Me miró un instante. Luego cerró la ventana. Yo miré hacia abajo. Había una gran fuente delante de la entrada, alrededor de ella una especie de plaza, y al fondo unos coches aparcados. Una gran valla de cemento separaba la zona del hotel de la calle. No se veía a nadie, lo que no era de extrañar, porque debían de ser por lo menos las tres.

Fui muy despacio hasta la ventana de la habitación de al lado de la nuestra. Las cortinas estaban echadas, no se veía nada. Volví sobre mis pasos, me detuve junto a nuestra ventana y miré hacia dentro. Estaban dándose el lote en la cama de Bjørn con las piernas entrelazadas, las manos de Bjørn subían y bajaban por la parte interior del muslo de Amanda, tapado por el vestido. Me enderecé, di un par de pasos hacia un lado y volví a mirar hacia abajo. Tan

vacío como antes. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Diez minutos? Solté la mano del borde del muro, busqué en la chaqueta el tabaco y el encendedor, conseguí sacar un cigarrillo, metérmelo en la boca y encenderlo sin perder el equilibrio. Cuando me acabé el pitillo y quedó como una isla incandescente en la lejanía abajo en el asfalto, fui hacia el otro lado y llamé a la ventana. Amanda desapareció por la puerta, Bjørn se dio la vuelta, al parecer a punto de salir corriendo tras ella, pero se lo pensó mejor y me abrió la ventana.

—Cinco minutos más —dijo—. ¿No podías haberme dejado cinco minutos más?

—Cómo iba a saberlo —contesté—. Desde donde estaba, la cosa no parecía progresar.

—¿Estabas mirando?

—Qué va —dije—. Te estoy tomando el pelo. Pero ahora quiero dormir. Y tú también, en mi opinión. Tienes por delante un duro día con Jøran.

Bjørn resopló.

—Es demasiado engreído para pensar que ella pueda querer algo con otros.

—A mí me parece un tío majo —dije.

—A mí también me lo parece —dijo Bjørn—. Pero Amanda es aún más maja.

Se rió. Yo me metí en la cama y me dormí al instante, sin haber encontrado la respuesta a esa pregunta enigmática, un poco molesta: ¿por qué Amanda quería algo con Bjørn? ¿Qué había hecho él para conseguirlo?

La última noche en Lucerna el autocar estaba listo, con el motor en marcha delante del hotel después de la cena. Todos íbamos a ir a la ciudad. El destino era secreto. Pero obviamente, resultó ser nuestro casino. Mientras los demás júnior andaban por ahí estupefactos, Bjørn y yo estábamos sentados en una mesa en el local del striptease, como grandes conocedores del mundo, bebiendo vino blanco.

—Me ha dado su número de teléfono —dijo Bjørn—. Y me ha dicho que tengo que llamarla cuando volvamos a casa.

—¿Por qué demonios ha hecho eso? —pregunté—. ¿Ha roto con Jøran?

Bjørn negó con la cabeza.

—Qué va. Siguen juntos. ¿Pero no te alegras por mí?

—Sí, es guapa.

—¿Guapa? Es fantástica, es maravillosa. ¡Y tiene veinticuatro años!

Nos acabamos el vino y dimos una vuelta por los locales para echar un vistazo. Al cabo de un rato perdí de vista a Bjørn y me quedé solo dando vueltas. Junto a la puerta de la gran sala tuve una repentina ocurrencia y entré. *What is going on here?*, pregunté a un hombrecillo calvo y con gafas. *It's a conference*, respondió. *For who?*, pregunté. *Biologists*, respondió. *Okey*, dije yo. *Interesting!* El tipo desapareció. Miré a mi alrededor, había gente de pie en torno a las pequeñas mesas, pero ni mucho menos tanta como la otra vez. Sobre una mesa había una pequeña tarjeta verde y blanca. Me acerqué para verla bien. Era una tarjeta de identificación. Me la prendí en la solapa y me acerqué a la puerta grande. Dentro se veía una gran sala de conferencias, con filas de asientos en un semicírculo que se iba elevando alrededor de una tribuna. Un hombre estaba dando una conferencia. Tras él, en una pantalla, se mostraban diapositivas. El local estaba lleno hasta un poco más de la mitad. Bajé unas filas de asientos y me metí en una. La gente se levantaba igual que en un cine, por fin me senté, crucé las piernas y miré fijamente al orador. Bueno, me dije a mí mismo. ¿Qué te parece? *How very interesting!* Al cabo de unos veinte minutos, durante los que miraba tanto al público como al orador, cuya voz distorsionada por el micrófono llenaba el auditorio por completo, y sin dejar de tener un constante y molesto pensamiento de fondo, me levanté y volví a la discoteca. Resultó que la mayor parte de los júnior estaban mirando el striptease. Entré también, y cuando Jøgge me vio, se lanzó sobre mí.

—¿Puedes prestarme algo de dinero?

—¿Cuánto necesitas? Tengo un poco, pero no mucho.

—Mil, ¿tienes?

—¿Para qué necesitas mil coronas?

—En realidad necesito dos mil. Es lo que cuesta una botella de champán.

—¿Dos mil por una botella de champán? ¿Te has vuelto loco?

—Si invitas a una copa cara a alguna de las chicas, te dejan hablar con ella.

—¿Y eso es lo que pretendes?

—Sí, joder. ¡Si tuviera ese dinero...! ¿Tienes o no?

Miró a su alrededor.

—Venga. Por favor. Necesito dos mil coronas. Nunca me he acostado con nadie. Tengo dieciocho años y nunca he probado el sexo. Vosotros sí. Pero yo no. Y cuesta dos mil coronas. ¡Por favor, por favor!

Cayó de rodillas ante mí, levantando las manos como rezando.

Lo peor fue que lo hizo completamente en serio.

—Quiero acostarme con una mujer. Es lo único que quiero. Y aquí tengo la posibilidad. Me importa un bledo que sean putas o no. Todas están buenísimas. Venga. Tened un poco de compasión. ¡Harald! ¡Ekse! ¡Bjørn! ¡Karl Ove!

—No tengo tanto dinero —dijo—. Quizá para una pequeña conversación...

—¡Es en serio! —dijo Jøgge, que se había vuelto a levantar—. Ésta es mi oportunidad. En Kristiansand no hay sitios así.

—Lo siento, Jøgge. Me habría gustado poder ayudarte —dijo Bjørn.

—Lo mismo digo —dijo Harald.

—Joder, qué mala suerte —exclamó Jøgge.

—Tendrás que emplear el método de siempre —dijo Bjørn—. Ligarte a alguna. Esto está lleno de chicas.

—Para ti es fácil de decir —objetó Jøgge.

—Ven. Entremos y veamos lo que pasa —dijo Bjørn, arrastrando a Jøgge con él.

Nunca había pillado una borrachera como la de aquella noche. Fue como si un río verde y refrescante corriera por mis venas. Yo podía con todo. Estando junto a la barra, me fijé en una chica de la pista de baile, podría tener uno o dos años menos que yo, pelo rubio y una cara bonita, incluso increíblemente bonita. Cuando nuestras miradas se cruzaron por segunda vez, no vacilé más y bajé los dos escalones que había hasta la pista de baile. Justo en ese instante la melodía que estaba bailando cambió, y ella desapareció hacia la otra pared con otras tres chicas. Me detuve frente a ella, le dije que la había visto en la pista de baile y que tenía un aspecto fantástico. *You looked amazing*, dije. Ella sonrió, me dio las gracias y me miró con la cara un poco

ladeada. Le pregunté si era norteamericana. Sí que lo era. ¿Pero acaso vivía en esa ciudad? No, vivía en Maine. Todas eran de Maine. ¿Y de dónde era yo? *A small barbaric country up north*, dije. *We are in fact the first generation who knows to eat with fork and knife*. Me volví y señalé hacia los demás miembros del equipo, que me estaban siguiendo con la mirada desde el bar. *I'm with them*, dije. *We are football players, on a training camp here. Do you want to dance?*

Asintió con la cabeza.

¡Quería!

Fuimos a la pista de baile. La abracé. La sensación de su cuerpo contra el mío condujo a una especie de tormenta eléctrica en mi cabeza. Dimos vueltas y más vueltas, a veces la apretaba contra mí, y otras la apartaba para mirarla a los ojos. *What's your name?*, susurré. *Melody*, susurró ella. *Melody?*, repetí. *No, Melanie!*, dijo ella con una sonrisa.

Al acabar la canción, le di las gracias por el baile y volví con los otros, que seguían en el bar.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Bjørn.

—Se lo pedí, sin más. No tenía ni idea de que fuera tan fácil. Es de locos.

—Tienes que volver con ella. ¡No irás a quedarte aquí!

—Sí, sí. Sólo voy a beber un poco. Pero, joder, es la última noche, tíos.

A las tres el autocar nos esperaba fuera. Eran ya las dos y media. No había tiempo que perder. Y sin embargo vacilaba, seguía sintiéndola como un placer fantasmal, sus pechos, ah, sus pechos, la sensación de tenerlos muy cerca de mi cuerpo, esa ligera y excitante presión, todo lo que yo tenía dentro. Y si volvía a bajar, todo eso desaparecería dentro de una nueva situación que tal vez no saldría igual de bien. Me bebí dos copas de vino, una detrás de otra, y volví a acercarme a ella. Su cara se iluminó al verme. Quería bailar. Bailamos. Luego estuvimos en un rincón charlando, los demás empezaron a ir hacia la salida, dije que me tenía que ir, ella quiso acompañarme, le cogí la mano, nos detuvimos fuera, a dos pasos del autocar, que tenía ya el motor en marcha. Dónde vives, pregunté. Dijo el nombre de un hotel. No, aquí no, en Maine, dije. Quiero escribirte. ¿Puedo? Sí, contestó. Y dijo una dirección. Yo no tenía nada con que apuntar. ¿Llevaba ella algo? No. Venid ya, gritaron desde el autocar, nos vamos. Voy a memorizar la dirección, dije. Dila otra vez.

Lo hizo, yo la repetí dos veces. Te escribiré una carta, dije. Ella asintió y me miró. Me incliné hacia delante y la besé. La abracé y la apreté contra mí. Tengo que irme ya, dije. Que te vaya bien en tu bárbaro país, dijo ella con una sonrisa. Me paré delante de la puerta del autocar, le dije adiós con la mano y subí a bordo.

Todos los que estaban sentados dentro aplaudieron. Yo hice reverencias a derecha e izquierda, y me senté al lado de Bjørn. Borracho, feliz y aturdido, le dije adiós a Melanie con la mano cuando el autocar pasó por delante de ella.

—Joder, qué pena que no ocurriese la primera noche —dije.

—¿Te ha dado su dirección?

—Sí. La he memorizado. Vive en...

Se me había olvidado. No hubo manera de recordarlo.

—¿No la has apuntado? —preguntó Bjørn.

—No, confiaba en mi memoria.

Él se rió.

—Tonto —dijo.

Seguimos la fiesta en la habitación. Bjørn rompió una lámpara, se volvió con una botella en la mano, y golpeó con ella la tulipa, que se hizo pedazos. Otro tipo, no vi quién, rompió la otra de pura mala leche. Entonces bajé el gran cuadro colgado en la pared que llevaba toda la semana irritándome, y lo tiré por la ventana. Se rompió con un estallido contra el asfalto, cinco plantas más abajo. Se encendieron luces en las habitaciones de debajo de la nuestra. Joder, ¿qué gracia tiene eso?, dijo Bjørn, no hay problema, dije yo, simplemente cogemos el cuadro del pasillo y lo colgamos aquí, nunca lo descubrirán. ¿Y el cuadro del asfalto? Lo quitaré de allí, dije, y acto seguido así lo hice. Bajé en el ascensor, pasé por delante de la recepción vacía y salí a la plaza, donde cogí todos los trozos que fui capaz de encontrar y los metí en la fuente, junto al muro, de manera que sólo podían verse si te acercabas a ella. Ya arriba, cogí uno de los cuadros que había colgados en el pasillo. El episodio debió de devolverles a todos la sobriedad, porque cuando volví, en la habitación sólo estaba Bjørn, que yacía boca arriba con la boca abierta de par en par y los ojos cerrados. Yo me metí en mi cama y me dormí.

Al día siguiente tocaba hacer el equipaje, desayunar y marcharnos. El director del hotel salió mientras estábamos colocando el equipaje en el maletero, quería saber quién se había alojado en la habitación 504, éramos Bjørn y yo, nos acercamos, y el hombrecillo estaba tan furioso que casi daba saltos delante de nosotros. *People like you should not be allowed to live in a hotel!* gritó. *You have to pay for this!* Fue incómodo. Dijimos que lo lamentábamos, que no lo habíamos hecho con mala intención, y que lo pagaríamos. Creo incluso que le hicimos una reverencia. Los demás estaban a nuestro alrededor riéndose. El árbitro Jan se nos acercó, dijo que él se ocuparía de eso, que se le pagaría una indemnización considerable por las molestias, lo lamentó profundamente, son chicos jóvenes, expuestos a esos sucesos, nosotros volvimos a hacer reverencias, cuando subimos a bordo el director volvió a gritar: *people like you should not be allowed to stay in a hotel*, Jan sacó la cartera y le dio un montón de billetes, el autocar arrancó, él subió de un salto, y salimos lentamente a la calle mientras el director del hotel nos miraba con los ojos llenos de odio.

Ya de nuevo en casa, volví rápidamente a mi antiguo yo, o él volvió a mí. En el instituto, donde casi todo giraba en torno a los preparativos para los exámenes finales, yo era la sombra o el rabo de todos, merodeando en los recreos, y dejando los cuadernos llenos de garabatos en las clases. El viaje a Suiza había sido una especie de expedición triunfal, y tenía la esperanza de que las celebraciones del fin del bachillerato, que ya se estaban acercando, también lo fueran. En casa escribí mi trabajo especial de ciencias sociales en una sola noche, una comparación de veinte páginas entre la revolución de Rusia y la de Nicaragua, que había seguido con mucho interés durante algunos años, y también escribí una carta a un hotel de Suiza en la que les pedía la dirección de una de sus huéspedes si era posible, porque tenía en mi poder una cartera que deseaba devolver, pertenecía a una chica norteamericana, de nombre Melanie y apellido desconocido, que se había alojado en el hotel durante esa Semana Santa.

A finales de abril organicé una fiesta en casa. En calidad de director del periódico de las celebraciones del fin del bachillerato, un puesto que

compartía con Hilde; que yo supiera, pertenecíamos en realidad a la comisión de festejos en general, pero por alguna razón nos habían dejado fuera. Quizá porque ni Hilde ni yo encajábamos entre los tipos que gobernaban, o porque no nos comportábamos con desenvoltura, no tenía ni idea. Fuera como fuera, un sábado por la noche invité a mi casa a la comisión de festejos, además de a los compañeros del autocar de los bachilleres. Mi madre iba a dormir en casa de una amiga, se iría por la tarde, así que les dije a todos que bajo ninguna circunstancia llegaran antes de las seis. Pero ya sobre las tres subía por la cuesta el furgón de los bachilleres. En él venían Christian y dos chicas. Es para colocar la cerveza, dijo él. Pero os dije que a las seis, protesté. Bueno, pues ya estamos aquí, contestó. ¿Dónde dejo las cajas?

Diez minutos después, había un montón de cajas de cerveza apiladas en la cocina, desde el suelo hasta el techo. Bien es verdad que los techos eran bajos, pero a mi madre, a la que Christian apenas saludó al entrar en la cocina con la primera caja en los brazos, no le gustó mucho lo que estaba viendo. ¿Qué es eso?, preguntó cuando ellos se hubieron marchado. ¿Vais a beber todo eso? ¿Esto va a ser una fiesta de borrachos? No lo voy a tolerar. Relájate un poco, dije. Es una fiesta de bachilleres. Todos tenemos dieciocho años. Algunos beberán bastante. Pero yo me responsabilizo de todo. Te lo prometo. Todo irá muy bien. ¿Estás seguro?, preguntó ella mirándome. Esa bebida que veo aquí es suficiente para cien hombres. ¿Cuántas cajas hay? Sí, pero tú tranquila. Sí que se bebe bastante en las fiestas de los bachilleres. Pero de eso se trata. ¿Ah, sí?, dijo mi madre. No sólo de eso, dije. Pero al menos en parte. Sé que no te gusta y siento que sea así, pero todo irá bien, te lo prometo. Bueno, en cualquier caso ya es demasiado tarde para cambiar, respondió ella. Pero si hubiera sabido lo que sé ahora, no te lo habría permitido. Tendrás que prometerme que tú no beberás mucho, ya que eres el responsable de que todo vaya bien. Que sí, que sí, contesté.

Comimos junto a la torre amarilla de cajas de cerveza, mi madre se metió en su coche y se fue a la ciudad, yo puse un disco, me tomé una cerveza y me tumbé en el sofá a la espera de que llegaran.

Unas horas después, el aparcamiento estaba atestado de coches de bachilleres. Por todas partes había chicos y chicas chillando con sus trajes rojos, todos con botellas de cerveza en la mano. De algunos de los coches

salía una música muy ruidosa, y en el salón el aparato estaba a tanto volumen que la música se distorsionaba. Había tres o cuatro veces más personas de las que yo había invitado.

Sobre la una de la madrugada fue como si todo culminase. Kristian dio un grito e hizo un gran agujero en la puerta del baño de una patada. Trond estaba sentado en la cocina siguiendo el ritmo de la música con dos enormes cuchillos, golpeaba con el filo el borde de la mesa e iba dejando una marca por cada golpe que daba. La gente vomitaba delante de la puerta del salón, vomitaba en la gravilla entre los coches, vomitaba en la cama del cuarto de Yngve. Algunos estaban follando de pie detrás de la lila. Otros saltaban con la música mientras gritaban a voz en cuello. La gente se subía en los capós y los techos de los coches, uno de ellos desnudo y ondeando un jersey por encima de la cabeza. Aunque había decidido mandarlo todo al carajo, y había conseguido emborracharme, llevaba todo el rato por dentro un espanto que de vez en cuando se colocaba en primera fila de mi conciencia, oh, no, pensaba entonces, y volvía a sumergirme en uno de los numerosos episodios que tenían lugar a mi alrededor.

Sobre las tres, la fiesta empezó a decaer. Algunos seguían bailando, otros estaban metiéndose mano, otros dormían tumbados encima de la mesa, encogidos en un rincón, o en el jardín, debajo de un arbusto. Yo estaba sentado arriba, en el sofá, metiendo mano a una chica, apenas habíamos intercambiado una palabra, ella estaba allí sentada, me senté a su lado y empezamos a meternos mano. Era morena, todo en ella era oscuro, incluso la ropa, era la única que no llevaba el traje rojo de los bachilleres, sino un jersey negro, falda negra y leotardos negros. ¿Quieres venir conmigo a la habitación?, susurré, ella asintió con un gesto, yo había bebido mucho y pensé que por eso todo sería distinto, porque en ese momento todo me importaba un bledo, así que saqué el llavero y abrí la puerta de mi cuarto, sin dejar de rodear a la chica con el brazo, ella se quitó el pequeño bolso que llevaba colgado sobre el pecho, se tumbó en la cama, en *mi* cama, se me ocurrió pensar, le saqué el jersey por la cabeza, besé sus pezones oscuros, apoyé la cabeza entre ellos y la froté sobre sus pechos, ahora ocurrirá, pensé, ahora tengo aquí a una chica, ahora haremos el amor, y las piernas me temblaban al levantarme un poco con el fin de bajarle los leotardos, ella me dejó hacerlo, yo me bajé el pantalón,

iba a ocurrir ya, ella estaba desnuda, su piel blanca brillaba en la oscuridad, le acaricié la entrepierna y noté el vello rizado y sin embargo liso, yo estaba desnudo y me retorció, pesas mucho, dijo ella, me levanté un poco y mi picha le rozó el vello, apreté un poco. Más abajo, dijo ella, yo seguí sus indicaciones, allí todo estaba mojado y blando y luego, oh, no, joder, no y no.

Unas largas sacudidas, como calambres, me recorrieron el cuerpo, mientras ella yacía con los ojos abiertos mirándome fijamente.

No, no, no.

Ni siquiera la había penetrado. Un par de centímetros, tal vez. Y todo había acabado. Caí sobre ella y le besé el cuello. Ella me apartó y se incorporó a medias. Yo me estiré hacia ella, tocándole los pechos, pero ella se levantó, se subió las bragas y los leotardos y salió de la habitación.

Por la mañana me despertó alguien que discutía delante de la puerta entreabierta. Reconocí las voces de Espen, Trond y la chica de la noche anterior. No, dijo ella, yo no estuve allí. Que sí, que yo te vi. Entraste con él. No, dijo ella. Pero si te vimos. Sí, lo acompañé, él iba a dormir y yo salí *enseguida*, dijo ella. No pasó nada. ¡Ja, ja, ja!, dijo Espen. Está claro que follasteis allí dentro. No, dijo ella. ¿Adónde ibas ahora entonces? ¿No estabas a punto de entrar? ¿Por qué ibas a entrar ahí si no follasteis? Lo conoces, ¿no? No, sólo he venido a buscar algo que me dejé dentro. ¿El qué? El bolso.

Me levanté, me puse unos pantalones y una camiseta a toda prisa, cogí su bolso y salí de la habitación.

—Toma —dije, alcanzándole el bolso—. Te lo dejaste aquí.

—Muchas gracias —dijo ella, y bajó la escalera sin mirarme a los ojos.

—Joder, qué aspecto tiene esto —dijo Espen.

—Me lo puedo imaginar —dije.

—Te ayudaré a recoger.

—Vale.

—Voy a traer también a Gisle y a Trond.

Me miró.

—¿Te follaste a Beate?

—¿Se llama así? —pregunté—. Sí.

—Ella lo niega.

—Ya lo he oído.

—¿Por qué lo niega?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo? —pregunté.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Bueno —dije—. Tendré que bajar a contemplar el infierno.

Con la puerta no había nada que hacer, habría que poner una nueva. Tampoco se podía hacer nada con los cortes de la mesa. Y todo lo demás, ¿se podría quitar fregando? Durante toda la mañana estuvimos limpiando y ordenando la casa. Espen, Gisle y Trond se marcharon sobre la una, yo seguí solo, con una creciente sensación de pánico en el pecho, porque hiciera lo que hiciera, por mucho que fregara y ordenara, no se eliminaban las huellas de la fiesta en la casa.

Mi madre llegó sobre las cinco. Salí fuera a recibirla para que no se llevara un susto, para que no fuera ella quien lo descubriera, sino yo quien se lo contara.

—Hola —dije.

—Hola —dijo ella—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Por desgracia no muy bien —contesté.

—¿Ah, no? ¿Qué pasó?

—Se me fue un poco de las manos. Alguien hizo un agujero en la puerta del baño, entre otras cosas. Y hay algún detalle más. Ya lo verás. Lo lamento muchísimo.

Ella me miró.

—Tuve el presentimiento de que pasaría algo así —dijo—. Entremos a verlo.

Al acabar la revisión se sentó junto a la mesa de la cocina, se pasó dos veces las manos por la cara, levantó la cabeza y me miró.

—Tiene un aspecto horrible —dijo.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer con la puerta? —preguntó—. No tenemos dinero para comprar una nueva.

—¿Tan poco tenemos?

—Sí, desgraciadamente. ¿Quién hizo ese agujero?

—Un tal Christian. Un idiota.

—Lo lógico sería que pagara una nueva, ¿no?

—¿Se lo digo?

—Hazlo.

Se levantó y suspiró.

—Tendremos que cenar algo —dijo—. Creo que hay unos filetes de pescadilla en la nevera. ¿Te apetece que nos los comamos?

—Por mí sí.

Salió a la entrada y colgó su abrigo. Yo saqué los dos paquetes de pescado, ella empezó a lavar unas patatas mientras yo cortaba los bloques congelados.

—Hemos mantenido antes esta conversación —dijo.

—Sí —contesté.

—Tienes que tomar tus propias decisiones. Y si son malas, tendrás que asumir las consecuencias.

—Tienes razón —dije, echando un poco de harina, sal y pimienta en un plato. Luego di la vuelta en la mezcla a los blandos filetes, puse la sartén en la placa, vi cómo el trozo de mantequilla se derretía sobre la superficie negra al calentarse al máximo, no demasiado diferente a una casa, pensé, cuando el fondo de barro sobre el que se asienta empieza a deslizarse. Despacio, erguida, con una especie de dignidad final antes del derrumbe.

—Un año entero de desgaste en una sola noche —dijo mi madre—. O aún más.

—La casa es de 1880 —dije—. Un año no es tanto.

Ignoró el comentario.

—Tienes dieciocho años. Ya no puedo decidir sobre ti. No te puedo llevar de la mano. Lo único que puedo hacer es estar aquí, y esperar que te dirijas a mí si necesitas ayuda.

—Sí —contesté.

—Podría haber intentado pararte, pero ¿por qué iba a hacerlo? Ya eres adulto y responsable de tus actos. Confío en ti. Eres libre para hacer lo que quieras. Pero tú también tienes que confiar en mí. Es decir, tratarme como a un

adulto. Y lo que tenemos en común es esta casa. Compartimos la responsabilidad de ella.

Se enjabonó las manos y se las frotó un momento bajo el chorro de agua, luego se las secó en un trapo de cocina.

—Veo que te lavas las manos como Poncio Pilatos —dije.

Esbozó una pequeña sonrisa, pero sin alegría.

—Esto va en serio, Karl Ove. Me preocupas.

—No tienes motivos —dije—. Lo que ha ocurrido aquí..., bueno, ha sido simplemente una fiesta de bachilleres.

Ella no contestó y yo eché los trozos de pescado en la sartén, troceé una cebolla, que eché también, añadí una lata de tomate, sal y pimienta y me senté a leer el periódico del sábado, abriéndolo por la página en la que aparecía por fin mi artículo sobre Prince, que había entregado varias semanas antes. Se lo enseñé.

—¿Lo has leído? —pregunté.

El lunes me acerqué a Christian y le dije que la puerta estaba completamente destrozada. Vale, contestó. Tú la rompiste, dije. Pues sí, fui yo, contestó. Creo que tendrás que pagar una nueva, dije. No, dijo. ¿Qué quieres decir?, pregunté. Quiero decir lo que estoy diciendo, contestó. Que no. Era tu fiesta. Pero tú la destrozaste, ¿no? Sí, dijo de nuevo. ¿Y no quieres pagar una nueva?, pregunté. No, dijo. Se dio la vuelta y se marchó.

Al volver a casa por la tarde encontré una carta del extranjero en el buzón. La abrí enseguida y la leí subiendo la cuesta. Era del director del Grand Hotel Europe de Lucerna. Decía que por desgracia todas las habitaciones estaban registradas con el apellido, así que no podía facilitarme la dirección de Melanie, pero me recomendaba dirigirme a las dos agencias de viajes implicadas, cuyas direcciones me indicaba a continuación, una de Filadelfia y otra de Lugano.

Volví a meter la carta en el sobre y entré en casa. Mis planes de escribirme con ella durante un año y luego irme a Estados Unidos de visita sorpresa, con la excitante posibilidad que eso implicaba, que mi futura vida se encontrara en América, se habían desbaratado.

El resto de esa primavera me pasé casi todo el tiempo borracho. Lo primero que hacía cuando me despertaba en el coche de los bachilleres, en casa de alguien o en un banco de un parque era buscar algo de beber y empezar de nuevo. Y eso, lo de empezar el día con una cerveza y andar borracho por ahí por la mañana, era casi lo que más me gustaba del mundo. Qué vida. Irme por ahí a beber, volver para acá a beber, dormir cuando había ocasión, comer un poco tal vez, y luego continuar. Era fantástico. Me encantaba estar borracho. Así me acercaba más a la persona que era en el fondo, y me atrevía a hacer las cosas que realmente quería hacer. No había límites. Sólo iba a casa a ducharme y a cambiarme de ropa, y una de esas veces, cuando me había sentado en el salón con un pack de seis botellas de Carlsberg que me bebí esperando a que el coche de los bachilleres viniera a buscarme, mi madre se puso de repente furiosa. Había tolerado muchas cosas, pero aquello era el colmo, el que estuviera sentado solo bebiendo en el salón no podía aceptarlo. Me dejaba elegir, o dejar de beber o buscarme otro sitio donde vivir. Fue una elección fácil, me levanté, cogí las cervezas, le dije adiós y salí a la carretera, donde me senté en la ladera, encendí un pitillo y abrí otra cerveza mientras esperaba el coche. Si ella no quería que yo viviera en casa, vale, no viviría en casa.

—¿Qué haces aquí sentado? —preguntó Espen cuando el coche se detuvo delante de mí.

—Me han echado de casa —contesté—. En realidad está bien.

Subí al coche, y camino de la ciudad nos bebimos todo lo que llevábamos, luego compramos unas cajas de cerveza en un supermercado y seguimos hacia Vågsbygd, donde aquella noche iba a haber una fiesta. Un prado muy cerca del mar con un viejo bosque de hoja detrás, allí estuvimos bebiendo, allí desaparecí ante mí mismo y daba vueltas sin un solo pensamiento en la cabeza. Fue como siempre fantástico. Esa mierda de relaciones interpersonales en la que solía estar inmerso ya no significaba nada, yo era libre, todo estaba frío y claro como el cristal. Me puse a preguntar por Geir Helge, un tipo delgado y afable, con gafas y dialecto de Mandal. Fumaba hachís, todo el mundo lo sabía, y yo también quería hacerlo. Llevaba mucho tiempo pensándolo. El hachís era un estigma, si lo fumabas ya te habías marginado, ya no eras una

persona decente, sino que ibas camino de convertirte en drogadicto. Al menos así era en Kristiansand. Y eso, el que pudiera significar el principio de un camino que me conduciría a una vida de yonqui, me resultaba increíblemente cautivador y saciaba mi existencia de fatalidad y significado. Ser yonqui, vivir únicamente por una sustancia, renunciar a todo lo demás, me parecía lo más terrible de todas las cosas posibles. Los yonquis habían renunciado a su humanidad, eran una especie de diablos, era terrible, terrible, lo peor, el infierno. Yo me reía de los que asociaban el hachís con la heroína, no era más que propaganda, fumar hachís era para mí un proyecto de libertad, y aunque no fuera peligroso, se encontraba en el mismo campo que lo peligroso, era droga, en cierto modo me convertía en drogadicto, y ese pensamiento era grande y halagador.

Yo quería robar, beber, fumar hachís y experimentar con otras sustancias, cocaína, anfetamina, mezcalina, la degeneración completa, pasar a vivir la gran vida del rock and roll, cagarme en todo, en absolutamente todo. ¡Ah, qué seducción había en ello! Pero luego tenía dentro todo lo otro, lo de que quería ser un buen estudiante, un hijo decente, una persona buena. ¡Ojalá pudiera simplemente hacerlo estallar!

Eso era un intento de conseguirlo. Esa idea de fumar hachís, el que de verdad podría hacerlo, de la misma manera que también podría llegar a ser un yonqui si me atrevía, que sólo había que *hacerlo*, dar el paso, así de simple, hacía que mi interior estallara de felicidad y emoción, mientras subía andando la ladera bajo los árboles de hojas, donde solía estar Geir Helge. Le pregunté si tenía algo que fumar, le dije que era la primera vez y que tendría que enseñarme, lo que hizo con mucho gusto. Cuando acabamos, bajé lentamente la ladera y me metí entre el gentío. Al principio no noté nada especial, quizá estuviera demasiado borracho. Geir Helge había comentado que no siempre funcionaba la primera vez, ni cuando estabas demasiado borracho. Pero cuando me senté en la parte de atrás del coche de los bachilleres, que estaba vacío, ocurrió algo. Moví un poco el hombro y fue como si la articulación estuviera untada de aceite, o, mejor dicho, como si todo yo estuviera lleno de aceite. Un minúsculo movimiento en cualquier parte bastaba para llenarme el cuerpo entero de sensualidad. Moví un poco un dedo, levanté un hombro, sacudí levemente las caderas y me pasaron por el cuerpo ola tras ola de pura

voluptuosidad.

Espen asomó la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te encuentras mal?

Abrí los ojos y me enderecé. El movimiento fue tan brusco que una conmoción de placer se apoderó de mí.

—Estoy bien —dije—. Me encuentro fantásticamente bien. Pero quiero estar solo. Luego saldré.

No salí luego, me quedé dormido allí mismo, y en los días siguientes fumé todo el hachís que pude, además de no parar de beber. Las últimas noches antes del 17 de mayo estaba tan colocado y tan borracho que no sabía dónde había estado la noche anterior, y cuando me desperté aquel día por la mañana fue en el coche de los bachilleres, aparcado en una plaza y con muchísima gente delante de las ventanillas. Recordé vagamente que habíamos estado en Tresse y que en algún momento estuvimos sentados bajo la capota de una barca amarrada junto a los muelles flotantes, en compañía de un hombre inmóvil e inalcanzable, y que luego Espen vino corriendo y nos sacó de allí a rastras a Sjur y a mí, el hombre estaba muerto, dijo, pero cuando luego nos paramos delante de la barca, estaba completamente vacía. Espen corría desesperado de un lado para otro, y ya no me acordaba de nada más. ¿Cuántos minutos quedaban de esa larga noche? ¿Acaso diez?

En un determinado momento nos topamos con un indigente, estaba sentado en un banco del parque y nos detuvimos a su alrededor a charlar un poco. Dijo que había navegado con el famoso Shetlands-Larsen durante la guerra. A partir de ese momento empecé a llamarlo el Coño de Shetland, me tronchaba de risa y no paraba de repetirlo. ¡Hola, Coño de Shetland! Al cabo de un rato me puse a mear detrás de él y le meé en la espalda, hacia arriba y hacia abajo. Luego seguimos hacia otra parte a través de la noche, nos sentamos aquí y allá, siempre había alguien que ofrecía una cerveza o una botella de aguardiente. Yo me reía, bailaba, bebía y metía mano a la que fuera. Podía acercarme a una chica de mi clase y decirle que siempre había pensado en ella, siempre la había mirado, era mentira, pero daba buen resultado. Todo se me había abierto. Todo estaba abierto.

Cuando me desperté en el coche el 17 de mayo, día de la Constitución, y vi que estaba rodeado de gente vestida de fiesta por todas partes, me asusté. Pero

tampoco eso importaba, con beber un par de botellas más, el miedo había desaparecido y pudimos salir a vender nuestro periódico, para conseguir dinero para más cerveza, y a las doce era ya tan libre como sólo lo era tras beber durante varios días, corría por las calles gritando, hablaba con extraños, bromeaba con unos, molestaba a otros, alegre, pero también completamente agotado, y en semejante estado, moviéndome como loco por el desfile, y con la calle a ambos lados atestada de gente, todos luciendo sus mejores galas, trajes de caballero, trajes típicos y banderas por todas partes, oí de repente que alguien me llamaba.

Eran mis abuelos paternos.

Me paré delante de ellos, muerto de risa. También estaba allí el hijo de Gunnar, y no me extrañaría que yo fuera la primera persona borracha que veía en su vida. Me miraron con hielo en los ojos, pero no me importó nada, yo me reí y seguí hacia delante, faltaban dos días para el examen y no quería que aquello terminara. En el Fun-Senter se celebró la fiesta de despedida, y el ambiente iba decayendo, a pesar de que yo luchaba todo lo que podía para que no fuera así, entonces yo y otros dos que no queríamos reconocer que la fiesta había terminado, cogimos un taxi hasta casa de Bassen ya bien entrada la noche. Él no se encontraba allí, la casa estaba vacía, y pusimos una escalera hasta el primer piso, donde había una ventana entornada. Una vez dentro, nos sentamos en el suelo del salón y fumamos hachís en latas de Coca-Cola perforadas. Cuando Bassen llegó de madrugada, se puso furioso, claro, pero no tanto como para no dejarnos dormir allí un par de horas cuando todos tuvimos que reconocer que la fiesta había terminado definitivamente. Yo seguía borracho cuando me desperté, pero esa vez no pude arreglarlo con más bebida, y ya en el autobús camino de casa empecé a hundirme cada vez más dentro de mí mismo, era horrible. Todo era horrible. Mi madre no dijo nada de que me había echado de casa, apenas hablamos, yo me metí en la bañera, donde la suciedad se posaba como un suelo sobre la superficie del agua. Estaba cansado y me acosté temprano, al día siguiente teníamos el examen de noruego, pero no podía dormir. Me temblaban las manos, pero no sólo las manos, también el cable de la lámpara se retorció como una serpiente cada vez que lo miraba. El suelo estaba inclinado, las paredes formaban pendientes, yo sudaba y me retorció de un lado para otro con la cabeza llena de imágenes que

no venían al caso. Fue terrible, una noche en el infierno, pero llegó la mañana y me levanté, me vestí y cogí el autobús hasta el instituto. Era incapaz de concentrarme, cada veinte minutos hacía una seña al vigilante para que me acompañara al servicio, donde me lavaba la cara con agua fría.

De todo lo que había hecho y que de repente me volvía durante esos días, el encuentro con los abuelos era de lo peor. Pero no podían saber todo lo que había bebido. No podían saber que no sólo bebía, sino que también fumaba hachís. No, no podían saberlo. Y a principios de junio de aquel año escribí en mi diario que esos meses de celebraciones de los bachilleres fueron los más felices de mi vida. Fueron exactamente esas palabras las que empleé, los días más felices de mi vida.

¿Por qué lo escribí?

Ah, estaba muy alegre. No paraba de reír y era amigo de todo el mundo.

A finales de junio me mudé de casa, mi madre me llevó en su coche al piso que estaba junto al hospital donde estuve trabajando un mes, salía con Line, bebía vino por las noches y los fines de semana y fumaba hachís cuando podía conseguirlo. Espen se negó en redondo a probarlo, era una porquería, decía, pero insistía en la historia de la noche del 17 de mayo de ese hombre muerto que encontramos. Una tarde llamó y dijo que había visto en el periódico que habían encontrado a un hombre flotando en el puerto. ¡Es él!, dijo Espen, yo no sabía si lo decía en serio o si estaba llevando la broma hasta sus extremos. Dijo que tenía un vago recuerdo, más o menos como en un sueño, de haber tirado él mismo al muerto por la borda. ¿Por qué ibas tú a hacer eso?, pregunté. Borracho, contestó. Nadie más que tú vio a un hombre muerto. Estás fantaseando. No, dijo, es verdad. ¿Y qué pasa con aquel hombre que estaba sentado con nosotros en la barca? ¿Lo recuerdas? Sí, sí. ¿Lo viste a él? Sí. Estaba muerto. Pero déjalo ya, Espen. Si estaba muerto, ¿por qué ibas a tirarlo por la borda y luego ir corriendo a buscarnos a nosotros? No lo sé.

Ese mes estuvo repleto de sucesos de ese tipo, de los que yo no sabía con seguridad si habían ocurrido o no, y añadido a esa sensación que había tenido de que todo era posible, de que no había ningún límite, y a esos enormes espacios de tiempo de los que no recordaba nada, empecé a perderme de vista a mí mismo. Las rutinas del hospital, donde gran parte de mi trabajo consistía en poner y quitar las mesas antes y después de las comidas, además de ayudar en todo lo práctico, neutralizaron esa sensación, pero no la borraron, porque salía todas las noches y bebía con todos los que me encontraba, pues era verano y siempre te encontrabas con algún conocido. Una noche nos negaron la entrada a Kjelleren, entonces Bjørn y yo trepamos hasta el tejado del edificio de atrás, corrimos por las vigas, nos metimos por una claraboya y bajamos a Kjelleren, que estaba completamente vacío, habíamos tardado más de una hora en llegar. Subimos varios pisos, entramos en un apartamento donde alguien se despertó gritando, dijimos que nos habíamos equivocado de casa y nos encaminamos muertos de risa hacia Tresse, donde el padre de Bjørn tenía un apartamento en el que pudimos dormir. A la mañana siguiente llamé al hospital y dije que estaba enfermo, no me creerían, pero ¿qué podían hacerme?

Esa noche estuve bebiendo con un técnico de la radio, Paul, que había hecho de chófer una vez que fuimos a un concierto de Imperium en Oslo, y en medio de la noche en el valle de Telemark, a veinte grados bajo cero, el coche derrapó, se salió de la carretera a cien kilómetros por hora, rozó un poste, voló por los aires y aterrizó en la cuneta. Ahora nos morimos, pensé, sin que la idea me intranquilizara en absoluto. Pero no morimos, el vehículo fue siniestro total, pero nosotros salimos ilesos. Se convirtió en una buena historia, algo que podíamos contar, también la continuación, esa vieja casa a cuya puerta llamamos, la escopeta que había en la entrada, la sensación de estar en un mundo distinto y más feo que el nuestro, y ese frío increíble mientras estuvimos haciendo autostop en zapatillas de deporte y americana durante dos horas. De eso hablamos Paul, yo y su novia sentados en Kjelleren, ella era guapa, unos veintitrés o veinticuatro años, yo llevaba un rato mirándola a escondidas, y cuando sugirió que cogiéramos un taxi y nos fuéramos a su casa a fumar un poco de hierba, yo dije que sí, claro está, fumamos, al fumar me ponía a veces tremendamente cachondo, y a su lado en el sofá se me ocurrió de repente y me estiré hacia ella, ella se reía y se retorció para alejarse de mí, dijo que quería a Paul, me puso una mano en la entrepierna mientras se reía aún más, y dijo ya te has hecho mayor. En Kjelleren había estado muy callada, Paul nos sonrió a los dos, confiaba en ella, y con razón.

En el trabajo al día siguiente no me dijeron nada, pero me di cuenta de que no me tenían en gran aprecio, aunque me esforzaba por agradarles. El trabajo era para un mes, y cuando se acabó, fui a nuestra casa, que ya no era nuestra, mi madre la había vendido, y durante los dos días siguientes estuvimos metiendo todo en cajas que un enorme camión vino a buscar.

Quedaba una cosa: el gato.

¿Qué haríamos con el gato?

¿Mefisto?

A mi madre no le permitían tener gato donde iba a vivir, y yo, que me iba al norte de Noruega, no podía hacerme cargo.

Tendríamos que sacrificarlo.

Se deslizaba entre nuestros pies, mi madre le puso una lata de foie gras en la jaula, él se metió dentro, ella cerró la puerta, puso la jaula en el asiento del

coche y bajó a la ciudad para llevarlo al veterinario.

Aquella tarde fui a bañarme a las rocas de debajo de la cascada, al volver a casa vi el coche de mi madre en el garaje. Ella estaba sentada en la cocina tomando café. Al entrar yo se levantó y pasó justo por delante de mí sin decir nada, con la mirada baja.

—¿Mefisto está muerto ya? —pregunté.

Ella no contestó, se limitó a echarme una rápida mirada antes de abrir la puerta y salir. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Era la primera vez que veía llorar a mi madre.

Ocho días después estaba durmiendo en posición fetal en el sofá de Håfjord, aliviado tras haber vaciado mis tripas en el váter. El sueño era ligero, un simple acelerón de algún coche me hacía entreabrir los ojos. Pero no había nada que tuviera que hacer a toda costa, no había deberes ni obligaciones, podía quedarme durmiendo todo el sábado y todo el domingo. Así tumbado, notando que el sueño estaba tomando de nuevo posesión de mí, el lunes me parecía eternamente lejano.

Llamaron a la puerta.

Fui a abrir, sorprendido por lo ligero que sentía el cuerpo.

Fuera estaba Sture.

—Hay entrenamiento de fútbol —dijo—. Dentro de quince minutos. ¿Lo habías olvidado? ¿O te sientes demasiado pachucho después de lo de ayer?

—Estoy un poco flacucho —dije con una sonrisa—. Pero no pachucho.

Me pasé la mano por el pelo.

—No me he traído botas de fútbol. Pensaba comprarme unas, pero se me olvidó, así que no podré jugar.

Sture sacó la mano que tenía escondida a la espalda. De ella colgaban dos pares de botas de fútbol.

—¿Cuarenta y cinco? —preguntó—. ¿O cuarenta y seis?

—Cuarenta y cinco —dije, cogiéndolas.

—Bien, ¿nos vemos arriba entonces?

—Sí, allí nos vemos.

Llevaba varios meses sin jugar, y sentí una extraña sensación al correr por un campo de fútbol, en gran parte porque había algo especial en su situación, metido como a presión entre las resplandecientes y verdes laderas, con el mar justo fuera, algo que no encajaba con nada de lo que yo asociaba con el fútbol. El que mis compañeros de juego fueran todos pescadores no mejoraba mucho la cosa. Un par de ellos eran buenos, sobre todo un tal Arnfinn, que se parecía a uno de esos jugadores ingleses centrocampistas tan frecuentes en los campeonatos en la década de los setenta: medio calvo y pelirrojo, relativamente bajo, fuerte y con una incipiente tripa, no era el más rápido del mundo, pero conseguía acción a su alrededor en cuanto cogía el balón, aunque sólo se lo pasara a otro, chutara un tiro largo o atravesara al delantero, así, sin levantar la cabeza, como si no viera nada, dejándolo todo a la suerte. Me quitó el balón un par de veces, era como correr y darse contra un árbol. Era bueno. El delantero también era bueno, un tipo largo y flaco sorprendentemente rápido, y su portero, Hugo, también era hábil. El resto era como yo, tal vez un poco peores, parecían no haber jugado nunca al fútbol, y empezaron haciendo unas sentadillas que nadie había hecho desde principios de los cincuenta.

Al terminar el partido bajamos a los vestuarios de la piscina cubierta, nos duchamos y nos metimos en la sauna. Todos, excepto Nils Erik y yo, estaban blancos como la nieve. Muchos tenían pecas en la espalda y en los hombros, muchos eran muy peludos, y cuando los vi contonearse por ahí desnudos, acosándose los unos a los otros, pensé que casi tenían pinta de pertenecer a una raza diferente. Yo seguía muy bronceado después del verano, con una clara marca hasta donde llegaba el bañador, no tenía un pelo ni en los brazos, ni en el pecho, ni en la espalda, sólo una pelusilla invisible, y mi espalda era recta como una columna, no ancha y abultada como las suyas. Por no hablar de mis brazos, que eran finos como palillos, mientras que los suyos eran como troncos. Yo tenía el pecho más bien plano, como una especie de plancha, y no se parecía en nada a esos toneles que los demás exhibían. No es que sus cuerpos fueran ejemplares magníficos, porque no lo eran, muchos de ellos tenían michelines y bastante grasa por las costillas, ninguno de sus pechos se arqueaba en dos mitades bien definidas, como los de quienes entrenaban, y tampoco tenían un abdomen sin baches, eso era algo que les quedaba muy lejano. Lo que a ellos les inspiraba respeto era, según pude entender, la fuerza.

Si se tenía fuerza no importaba si la tripa colgaba un poco por encima del cinturón o si una o dos papadas colgaba por encima del cuello.

Estábamos sentados en los tres bancos de la sauna, alguien había abierto una botella de cerveza, era Hugo, el guardameta. Me la ofreció.

—En realidad tengo que trabajar esta noche —dije—. Pero supongo que puedo tomarme una.

—Bien —dijo él, y me la alcanzó.

La espuma brotaba del cuello de la botella. El cristal era verde y frío.

—Estuvo bien anoche —dijo él.

—Sí que lo estuvo —dije yo.

—Fue a Irene a la que metiste mano, ¿no?

Sonreí y vacilé un poco.

—¡Te vimos! ¡Joder con el tío, unas semanas en el norte de Noruega y se agencia una novia!

—¡Viene aquí y nos roba a las chicas! ¡Vuélvete al sur, jodido sureño! —dijo otro.

Ellos se rieron. Yo me reí también.

—Pero este Pinocho sólo quería bailar —dijo Hugo mirando a Nils Erik.

¡Pinocho! Sí, a él se parecía.

—Sí —asintió Nils Erik—. Me gusta mucho bailar. ¡En mis tiempos bailé en el Instituto de Baile de Horten!

Lo miraron, sonriendo algo inseguros. Yo tuve que reírme. En ese momento entró Sture y dio un golpe con la toalla a uno de ellos para que le dejara sitio en el banco. Era esbelto y no tenía un cuerpo tan robusto como los otros, pero tampoco estaba flaco, también él tenía músculos. Y llevaba barba, era calvo y se comportaba con seguridad. Yo estaba un poco preocupado porque él fuera inferior a los demás como profesor, pero en el transcurso de los primeros segundos que lo vi junto a ellos, supe que no era así.

Se volvió y me miró.

—Tenemos partido el martes por la tarde. Vendrás a jugar, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Vas a jugar de centrocampista.

—¿Centrocampista?

—Sí —contestó—, eso es lo que he dicho.

Guiñó un ojo y se volvió de nuevo. Yo me bebí el resto de la cerveza y eructé, me levanté y me fui a la ducha. Nils Erik me siguió y se colocó a mi lado.

Su polla era grande, colgaba golpeándole los muslos.

¿Por qué alguien como él tenía una polla tan grande?, pensé. ¿De qué le servía?

—¿Has hecho gimnasia? —pregunté.

—¿Gimnasia? Pues no.

—Me dio esa impresión al verte hacer los ejercicios de calentamiento — dije.

Él se rió y se puso a hacer sentadillas allí mismo en la ducha.

—¿Te refieres a esto? —preguntó.

—Exactamente —contesté—. No te dejaré enseñárselo a mi clase en gimnasia —dije—. Perderían por completo la confianza en sí mismos.

Entraron tres o cuatro más y abrieron las duchas. En el transcurso de unos segundos el aire volvió a llenarse de vapor.

—¿Subís a mi casa luego? —preguntó Hugo—. Estaremos allí bebiendo algo.

—Me gustaría, pero no puedo —dije.

—Ya tampoco —dijo Nils Erik—. Dos noches seguidas son demasiado.

—¡Qué caguetas! —exclamó Hugo.

Me estremecí por dentro, no quería ser un cagueta, y sería capaz de ganarle bebiendo en cualquier momento, pero no podía, tenía que escribir.

Me despedí de Nils Erik en el cruce y bajé a mi casa. Dejé tirado el saco en la entrada, me detuve delante del espejo y me pasé los dedos por el pelo para abultarlo, husméé el aire un par de veces, ¿qué olor era ése? ¿Perfume? ¿Había estado alguien en mi casa?

Había una hoja de papel doblada sobre la mesa del cuarto de estar, estaba seguro de que yo no la había dejado allí.

La desdoblé. Era de Irene, escrita en su dialecto del norte.

Hola, Karl Ove:

Hilde y yo acabamos de llegar para hacerte una visita supersorpresa. Mientras tú estabas jugando al fútbol nosotras hemos estado aquí pasándonoslo bien. Hemos visto todos tus discos. Joder, vaya colección. Sí, sí. Vemos que ya tienes algunas cosas más que cuando estuvimos aquí la primera vez. Eso está bien.

Pareces un tipo supermajo y espero que podamos conocernos mejor. Te he echado de menos y espero volver a verte. Pero tendrá que ser otro día, ahora tenemos que irnos.

Abrazos y besos de Irene

¿Habían entrado y se habían quedado allí sin más?

Pues sí, eso era lo que habían hecho.

¿Para luego marcharse?

Abrí la puerta y di unos pasos por si nos hubiéramos cruzado por el camino.

Nada.

Sólo el murmullo del mar, el enorme cielo gris y un par de figuras que andaban por la calle de abajo.

Entré y puse a hervir un paquete entero de espaguetis, freí todas las patatas hervidas que tenía en el frigorífico y al rato me senté en el cuarto de estar con un humeante montón de espaguetis y trozos de patatas fritas en el plato delante de mí. Eché encima una generosa cantidad de ketchup y me lo comí todo. Delicioso. Luego preparé café, puse el primer álbum de Led Zeppelin en el tocadiscos, subí el volumen casi al máximo y me puse a dar vueltas por la habitación cerrando los puños y sacudiendo la cabeza. Ahora verían, joder. Y así, lleno de adrenalina y rabia, me senté y empecé a aporrear la máquina de escribir.

El cuento que escribí tenía su punto de partida en un sueño que había tenido ese verano. Estaba haciendo gimnasia en una especie de red que se extendía infinitamente hacia todos los lados en la oscuridad, era un poco resbaladiza, pero gruesa y fuerte, como un enorme escenario. Esa red resultó ser mi propio cerebro, lo que significaba que yo había alterado la relación, los pensamientos no se encontraban dentro de mí, sino que yo me encontraba dentro de los pensamientos. El sueño había sido realmente espectacular, pero

al escribirlo se quedó en nada, así que arrugué el papel y lo tiré, di la vuelta al disco, y empecé otro cuento. También éste con el punto de partida en un sueño; también en él el suelo en el que me encontraba se extendía hacia todos los lados en la oscuridad, pero, al contrario que en el primer sueño, en éste la oscuridad estaba perforada por hogueras. Hoguera tras hoguera ardían por donde caminaba. A mi derecha había una montaña, justo delante de mí estaba el mar, eso era todo, no ocurría nada, sólo estaban esos elementos y así lo anoté.

¡Pero aquello tampoco era nada, joder!

Todas aquellas hogueras en la oscuridad, la gran montaña y la enorme llanura, ¡pero si fue algo fantástico!

Sobre el papel no era nada.

Me senté en el sofá y opté por escribir en el diario. *Tengo que trabajar más con la transmisión de ambientes del interior al exterior*, escribí. ¿Pero cómo? Resulta más fácil escribir lo que hace la gente, pero creo que *eso no basta. Por otra parte, eso es lo que hacía Hemingway*. Levanté la cabeza y miré hacia las montañas al otro lado del fiordo. *Pero al menos aquí me encuentro a gusto. ¿Quién iba a pensarlo? Y he conocido a una. Bastante guapa. Creo que tengo posibilidades. ¡Rock'n'roll!*

Por la tarde sonó la puerta del piso de arriba. Los pasos que se oyeron a continuación eran más pesados y más sólidos que los de Torill, y me acordé de que había dicho que su marido volvía a casa ese día. Una vida totalmente diferente llenó las habitaciones de encima de mí. Se reían, se oía música, y cuando me acosté se pusieron a follar justo encima de mi cabeza.

Ah, estuvieron mucho tiempo.

Ella gritaba, él gemía, se oía un rítmico golpeteo contra algo, quizá fuera la cama, que daba contra la pared.

Me tapé la cabeza con la almohada e intenté pensar en otra cosa.

Pero no lo conseguí, cómo iba a conseguirlo si sabía quién era ella y el aspecto que tenía.

Se hizo el silencio. Me quedé dormido.

Y volvieron a empezar, joder.

Me tumbé en el sofá. Fue como si una sombra se hubiese posado sobre mí. Mis expectativas sobre poder llegar a algo con Irene se derrumbaron como un viejo pozo minero, destrozándome por dentro.

Pero si no podía.

Tenía dieciocho años, era profesor, vivía solo en un piso y poseía una enorme colección de discos para mi edad, casi todos buenos. No tenía mala pinta, a veces podía pasar por un tipo que tocaba en un grupo, con mi abrigo, mis vaqueros negros, mis zapatillas blancas de baloncesto y mi boina negra. ¿Pero de qué servía todo eso si no podía hacer lo único que realmente quería?

Por fin acabaron los de arriba por segunda vez, y me dormí como un niño en el sofá.

Escribí durante todo el día siguiente, empecé la jornada con Led Zeppelin y los puños cerrados, luego estuve tecleando durante cuatro horas sin parar. Volví al estilo del primer cuento, dejando esta vez a los dos chicos romper el cristal de un barracón en la urbanización donde vivían, para sacar unas revistas pornográficas. Salió bien, excepto que no encontré un final. Él no podía volver a casa de su iracundo padre, tendría que ocurrir algo distinto, ¿pero qué?

Por la noche fui al colegio. Tenía todavía un poco de mala conciencia por entrar allí solo por la noche, me parecía estar fisgoneando, pero no era eso lo que hacía, pensé, y dejé el abultado llavero en la mesa de la sala de profesores con un tintineo, abrí la puerta del pequeño cuarto del teléfono y marqué el número de mi madre.

Contestó de inmediato.

—¿Qué tal te va? —pregunté.

—Bueno, no me va mal —respondió—. De hecho, pensaba escribirte una carta esta noche.

—¿Te ha llegado el cuento?

—Sí, gracias.

—¿Qué te parece?

—Me parece muy bueno. Me sorprendió. Pensé: jolín, ¡esto es *literatura* de verdad!

—¿En serio?

—Sí. Cuentas una historia, hay dos buenos personajes, y está escrito de un modo muy vivo. Al leerlo, es como si estuviera allí.

—¿Hay algo que te haya gustado en especial?

—No, no exactamente. Me pareció todo él muy bueno.

—¿Y el final?

—¿Te refieres a lo del padre?

—Sí.

—Yo pienso que eso es en realidad la historia.

—Y lo es.

Hubo un silencio.

—¿Y Kjartan? ¿Te ha dicho algo? Se lo mandé a él también.

—No, suelo llamarle los domingos. Así que hablaré con él después.

—Dale recuerdos.

—Lo haré. ¿Y qué tal estás tú?

—Bien. Ayer estuve en un entrenamiento de fútbol. Mañana vuelvo a la esclavitud.

—¿Te resulta difícil?

Resoplé.

—No, de hecho me resulta muy fácil. En realidad, no entiendo para qué se necesita estudiar tres años en la Escuela Superior de Educación, pero quizá sea distinto con clases más numerosas. Aquí sólo hay cinco o seis alumnos en cada una.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—¿De que es tan fácil? —dijo mi madre.

Sonreí.

—Es típico de ti dudar de eso —dije—. Pero, claro, también hay cosas difíciles.

—¿Has conocido ya a gente?

—Sí, sí. A algunos de los profesores. En especial a uno, Nils Erik. Pero la gente de aquí es increíblemente hospitalaria. Lllaman a mi puerta todo el rato.

—¿Ah, sí?

—Sí, todo tipo de gente. ¡Incluso mis alumnos!

—Parece que estás bien.

—Que sí, ya te lo he dicho.

Charlamos una media hora, luego colgué y me senté en el sofá a ver las noticias de deportes. El Start había vuelto a perder, eso empezaba a tener mala pinta. Si no reaccionaban pronto, descenderían de división.

Dos días después, Richard entró en una de mis clases y me hizo una seña con la mano para que me acercara.

—Te llaman por teléfono —dijo—. Yo vigilaré tu clase.

¿Teléfono?

Me apresuré hasta donde estaba el teléfono y cogí el auricular.

—¿Hola? —dije.

—Hola, soy Irene.

—Hola.

—¿Estás trabajando?

—Sí.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, me sorprendió muchísimo.

—¡Ésa era mi intención! Oye, ¿quieres que vaya a verte? Alguien va allí el viernes, yo podría ir con ellos.

—Sí, sería estupendo.

—Entonces hecho. Nos vemos el viernes.

—Vale, hasta pronto entonces —dije, y colgué.

Me di cuenta de que Richard no sólo había vigilado la clase, porque cuando volví, estaba explicándoles algo en la pizarra. Me sonrió, pero en sus ojos había una especie de frialdad, ¿no?

En el recreo se me acercó.

—Una cosa, Karl Ove: no atendemos llamadas privadas cuando estamos en clase.

—Yo no tengo la culpa de que ella llamara —dije—. ¿No podías haberme cogido el recado y yo la hubiera llamado durante el recreo?

Me miró.

—Ella dijo que era importante. ¿Lo era?

—Sí —contesté.

Me guiñó un ojo y volvió a su despacho.

Mierda.

Cuando abrí mi casillero en la oficina de Correos después del colegio, encontré tres cartas. Una era de una oficina de Recaudaciones, que me amenazaba con llevarme a los tribunales si no pagaba. Se refería al smoking que había alquilado en Nochevieja y que acabó destrozado, y como no tenía dinero para pagar los daños, lo había tirado con la esperanza de que se olvidaran del tema. Seguía sin dinero, de manera que el caso tendría que seguir su curso. ¿Qué harían si no pagaba? ¿Me meterían en la cárcel? ¡Pero si no *tenía* dinero!

Las otras cartas eran una de Hilde y otra de mi madre. No las abrí hasta llegar a casa, recibir cartas era una fiesta, todo tendría que ser perfecto cuando las leyera. Café en la taza, música en el equipo, un pitillo ya liado y preparado en la mano y otro listo en la mesa.

Empecé por la de mi madre.

Querido Karl Ove:

Supongo que estás esperando más valoraciones literarias, así que aquí tienes la de Kjartan. Estaba muy entusiasmado con tu epopeya: «esto es literatura, aquí hay talento», son algunas de las frases que recuerdo. Te considera ya de su gremio y te envía (a través de mí) su último trabajo, ahora se ha pasado a la prosa. Te apoya incondicionalmente para que sigas escribiendo, pero supone que echas de menos a alguien con quien discutir, y se pregunta si en tu distrito se organiza algún seminario de escritura, como ese al que él asiste. También mencionó que deberías ponerte en contacto con algún asesor (editorial) para discutir. (Yo no estoy tan segura de eso, creo que es demasiado pronto para tu desarrollo personal, pero te transmito sus ideas).

Al parecer has resuelto bien el paso del «cálido nido del hogar» al «peligroso gran mundo», ya que ves los lados positivos de la existencia. No siempre resulta fácil. Pero a lo mejor el hogar tampoco fue tan cálido,

¿verdad? Tal vez las cosas están más calmadas donde estás ahora, ayudado por la música.

Pasando a otro tema, yo ahora sólo pienso en enfermería psiquiátrica. Hace poco encontré una casa *vieja*, un colegio abandonado con habitaciones grandes, hermosas, *dignas*, y llenas de antigua sabiduría y conocimiento. Es un lugar donde me gustaría recogerme con mis estudiantes de enfermería psiquiátrica.

En Sørbøvåg las cosas van mal, como siempre: invalidez, pobreza y una voluntad inquebrantable de vivir, de salir adelante, de apañárselas sin ayuda a cualquier precio. Me gusta estar allí, en el sentido de tener a alguien cercano. Pero las condiciones del lugar son un desgaste para mi voluntad y mi coraje. No entiendo lo que les mantiene en pie. Su vida está llena de problemas para superar lo más cotidiano, como levantarse, vestirse, cocinar, etc., y sin embargo conservan la energía vital y la voluntad de seguir. Tu abuelo cree que va a vivir hasta los cien años. ¡Y se alegra por ello! La abuela, a pesar de sus problemas de sensibilidad y sus fallos psíquicos, sigue con gran interés todo lo que ocurre, o quizá más lo que ocurrió, a veces mezcla pasado y presente. Tampoco para el abuelo esa separación es ya siempre tan clara. Resulta deprimente ser testigo de tanta miseria, pero sin ellos la vida estaría muy vacía. Hablar con la tía Borghild resulta a menudo alentador y consolador, ella es sabia, tiene mucha experiencia vital, te da seguridad y además es muy locuaz. Había pensado ir a verla esta semana para charlar un poco.

Entiendo que lo de escribir es algo serio para ti. Tiene que ser bueno haber encontrado algo por lo que quieres apostar. Las posibilidades de desarrollo son infinitas, si uno se atreve a apostar. Eso es algo en lo que yo creo ahora.

En cuanto al jersey, he comprado un patrón que tal vez pueda cambiarse un poco para que te siente bien. Pero hacer punto o ganchillo no es lo que más me tienta ahora. Quizá te compre uno aquí, o te mande el dinero. Ya veremos. ¡Mucha suerte!

Con cariño,

mamá

¿Sería verdad que Kjartan había dicho que mis cuentos mostraban talento?
¿Y que debería enviarlos a una editorial?

Ella nunca lo habría escrito de no ser verdad.

¿Pero qué quería decir mi madre con «mi desarrollo personal»? ¿Los textos o eran buenos o *no* lo eran?

Abrí la carta de Hilde. Como era de esperar, los superlativos le salían a chorros. Estaba esperando leer más, escribía, de esa manera sincera y entrañable tan típica suya.

Dejé la carta a un lado y me senté frente a la máquina de escribir. Apenas la había enchufado cuando se me ocurrió lo que sucedería en la historia sobre las hogueras.

¡Estaban quemando a los muertos! ¡Todas esas hogueras en la llanura infinita eran piras funerarias! Al principio, el personaje no lo entendería, pero al acercarse más lo vería. Metían una especie de pala plana debajo del cadáver y luego lo *levantaban* hasta colocarlo dentro de las llamas.

Lo escribí en una hora, *arranqué* la hoja de la máquina y subí corriendo al colegio a fotocopiarlo.

Tres días después Irene estaba delante de mi puerta.

La invité a entrar.

La situación era algo tensa, ella intentaba dominarla, tomamos té y charlamos, no ocurrió nada.

Cuando estaba a punto de irse, me dio un abrazo, y mientras me miraba, me inclinó hacia ella y la besé.

Era cálida, suave y llena de vida.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó.

—No lo sé —dije—. ¿Cuándo te viene bien?

—¿Mañana? ¿Estarás en casa? Puedo conseguir que alguien me traiga.

—Sí —dije—. Ven mañana.

Me quedé en el vano de la puerta, viéndola irse hacia el coche. Mi miembro dolía de deseo. Ella se volvió y me dijo adiós con la mano. Yo cerré la puerta y entré de nuevo a sentarme en el sofá. Rebosaba de sentimientos hacia ella, pero no sentimientos inequívocos, me gustaba y la deseaba, pero ¿me gustaba lo suficiente? Llevaba unos vaqueros azules y una chaqueta vaquera azul, y todo el mundo sabía que eso no pegaba, ¿no? Al menos todas

las chicas lo sabían. ¿Y su carta con todas esas palabras en dialecto? No me había gustado.

Deberíamos emborracharnos juntos, así desaparecería toda ambivalencia. Y si yo estaba lo *bastante* borracho, tal vez podría aguantar viéndola desnuda sin que..., bueno, sin que ocurriera *eso*.

Yo estaba durmiendo cuando ella llamó al timbre al día siguiente por la tarde. Me levanté a toda prisa y abrí la puerta. Irene tenía los pulgares en los bolsillos y me sonreía. Detrás de ella había un coche con el motor en marcha,

—¿Quieres venir a dar una vuelta por Finnsnes? —me preguntó.

—Ya lo creo —contesté.

La misma amiga que la había acompañado la primera vez, y cuyo nombre había olvidado, estaba sentada al lado del conductor, un joven de mi edad, quizá su novio, quizá no. Yo me senté atrás y nos fuimos. Como todos en ese lugar, el chico conducía deprisa. Llevaba la música muy alta y todo el rato era Creedence, aparentemente un favorito local. Ya bajando la cuesta me pusieron una botella de cerveza en la mano. Durante todo el trayecto la deseaba, sobre todo cuando ponía los brazos sobre el asiento delantero y estiraba la cabeza para hablar con ellos. Me preguntaban cosas, yo respondía y les preguntaba también a ellos, e Irene llenaba el silencio que surgía luego hablando a los dos de delante de todo y nada. A veces se volvía hacia mí para explicarme lo que estaban hablando, tan pronto sonriendo como mostrando una vibrante seriedad cuando nuestras miradas se cruzaban.

Después de poco más de una hora, el conductor aparcó el coche frente a la discoteca de Finnsnes, entramos, nos sentamos en una mesa y pedimos una botella de vino que compartimos. Bailamos, ella se apretaba contra mí, yo la deseaba tanto que no sabía qué hacer. ¿De qué servía ese jodido parloteo? Bebí como un cosaco para llenar de algo aquel abismo sin fondo, la velocidad de mi interior iba en constante aumento, acabamos por bailar sin parar. Al volver íbamos sentados en el asiento de atrás metiéndonos mano. Cuando de repente sonó «Stand by Your Man», eché la cabeza hacia atrás y me empecé a reír, eso contaría en mis cartas, lo poco sofisticado que era todo allí arriba, y que ésa era mi vida ahora. Ella me preguntó por qué me reía, por nada,

contesté, sólo porque me siento feliz.

Cuando llegamos a la salida hacia Håfjord, el conductor paró el coche.

—Tendrás que ir andando desde aquí —dijo—. Nosotros seguimos hacia Hellevika.

—¿No está muy lejos? —pregunté.

—Qué va, como mucho una hora —dijo—. Y si andas deprisa unos tres cuartos de hora.

Besé a Irene por última vez, abrí la puerta y me bajé.

Los del coche se echaron a reír, yo me volví, el chico sacó la cabeza por la ventanilla.

—Era una broma. Sube, anda, cómo no vamos a llevarte a casa.

Atravesamos el túnel, luego fuimos a lo largo del fiordo, el mar y las montañas reposaban en calma total, envueltos en ese aire nocturno grisáceo e igual de quieto.

—¿Te apetece quedarte a dormir en mi casa? —le susurré a Irene al acercarnos.

—Claro que me apetece —contestó susurrando—. Pero no puedo. Tengo que irme a casa. Pero el próximo fin de semana sí que puedo. ¿Estarás aquí?

—Sí.

—Entonces vendré —dijo.

Los lunes había adquirido la costumbre de llegar al colegio una hora antes de que empezaran las clases, echaba un vistazo a lo que había que hacer ese día, y cuando sonaba el timbre, solía estar ya sentado en la clase esperando a los alumnos. Antes de empezar en serio solía charlar con ellos sobre lo que habían hecho el fin de semana.

Ese lunes estaban preparando algo, lo noté en cuanto entraron. Se sentaron como siempre de manera algo torpe en sus sitios. Andrea miró a Vivian, que levantó la mano.

—¿Es verdad que estás saliendo con Irene, la de Hellevika? —me preguntó.

Se oyeron risas ahogadas entre las chicas. Kai Roald puso los ojos en blanco, pero también él sonrió.

—Lo que hago cuando no estoy en el colegio no es asunto vuestro —dije.

—Pero tú siempre nos preguntas lo que hemos hecho el fin de semana —dijo Anders.

—Sí. Y vosotros también podéis preguntármelo. Contestaré gustosamente.

—¿Qué has hecho? —preguntó Kai Roald.

—El sábado no salí de casa en todo el día. Por la noche estuve en Finnsnes. El domingo me quedé en casa.

—¡Ahhhh! —exclamó Vivian—. ¿Y con quién estuviste en Finnsnes?

—Eso no es asunto vuestro —contesté—. ¿Empezamos ya?

—¡No!

Abrí los brazos.

—¿Tenéis algo más que contarme entonces?

—¿*Estás saliendo* con Irene? —preguntó Andrea.

Sonreí sin contestar, dejé la caja con los libros sobre mi mesa y empecé a repartirlos. Teníamos clase de noruego, el libro que íbamos a leer era *Veneno*, de Alexander Kielland, y se trataba de uno de los pocos de los que había ejemplares para toda la clase. Habíamos empezado el lunes anterior, durante la reunión que había mantenido con la pedagoga le dije que los alumnos leían muy mal, leed un libro todos juntos, dijo ella, y eso habíamos empezado a hacer.

—Ah, no —exclamaron al ver esas portadas verdes de los setenta—. ¡Ése no! ¡No entendemos nada!

—Es noruego —dije—. ¿No entendéis noruego?

—¡Pero es muy antiguo! De verdad que no lo entendemos.

—Kai Roald, puedes empezar a leer.

Ah, escucharle era un sufrimiento. Para empezar, leía bastante mal, y el estilo de Kielland y el lenguaje arcaico reventaban todo lo que podía haber de iniciativa, reduciendo la lectura a sílabas, sonidos vacilantes, balbuceos y tartamudeos. Ninguno captó nada de la trama o la acción. Me arrepentí de haber puesto todo aquello en marcha, pero no causaría buena impresión dejarlo sin más, de modo que seguí torturándoles hasta el final de la clase, y continuaría haciéndolo también el lunes siguiente.

Me tocaba vigilar en el recreo, y fui a la sala de profesores a por mi abrigo, mientras los alumnos iban saliendo detrás de mí.

—Ha llamado tu padre, Karl Ove —dijo Hege, acercándose a mí con una nota en la mano—. Ha dicho que lo llames. Aquí tienes el número.

Me alcanzó la hoja, yo me quedé vacilando un instante. Los alumnos no podían estar fuera solos. Por otra parte, mi padre también era profesor, si me llamaba al trabajo tendría que tratarse de algo importante.

Ah, claro. ¡Habría nacido el niño!

Entré y marqué el número.

—¿Hola? —contestó.

—Hola, soy Karl Ove. Me han dicho que me has llamado.

—Sí, ya eres hermano mayor —dijo.

—¡Ah, qué bien! ¿Niño o niña?

—Una niña —contestó.

¿Estaba borracho, o sólo muy contento?

—Enhorabuena —dije—. Qué buena noticia.

—Sí que lo es. Acabamos de volver a casa. Ahora tengo que ocuparme de ellas.

—¿Unni está bien?

—Sí, sí. Luego hablamos. Hasta luego.

—¡Hasta luego, y enhorabuena de verdad!

Colgué y salí, sonreí a Hege, que me miró, me abroché el abrigo, y recorrí rápidamente el pasillo en dirección al patio. Apenas había salido cuando Reidar apareció delante de mí. Podía resultar insoportablemente pegajoso y aprovechaba cualquier situación para convertirse en el centro de atención. En la clase estaba siempre dispuesto a responder a todo, a comentar todo, pretendiendo siempre saber más que nadie, ser el mejor. Intentaba engatusarnos a mí y a los demás profesores. Era un chico insoportable. Me recordaba a mí mismo de pequeño. Yo aprovechaba cualquier oportunidad para intentar despojarle de todo lo que más adelante le haría la vida difícil, pero no tenía mucho éxito, tras cada palabra dura él rebotaba como un resorte.

Cuando supe que era el hermano de Andrea, la de mi clase, suavicé un poco mi actitud frente a él, porque ella era mi alumna favorita, y el que fueran hermanos en cierto modo me conmovió, sin saber muy bien por qué.

—Karl Ove, Karl Ove —dijo, tirándome del abrigo.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —dije—. ¡Y no me tires del abrigo!

—¿Puedo entrar en la clase?

—¿Para qué?

—Me he dejado allí mi pelota de rebote. Sólo quiero cogerla, por favor.

Please! Please!

—No —dije, y me fui hacia el campo de fútbol.

Él me siguió.

—Torill me habría dejado —dijo.

—¿Tengo yo pinta de ser Torill? —pregunté.

Se rió.

—¡No! —contestó.

—Lárgate ya —dije—. ¡Ahora mismo!

Se alejó corriendo, luego redujo la velocidad, se puso a andar y se detuvo junto al resto de la clase, que estaban saltando a la comba delante de la pared.

Una ráfaga de viento azotó el campo, arremolinando polvo y arena sobre el camino, tuve que parpadear varias veces para limpiarme los ojos.

Resultaba curioso pensar que mi padre acababa de ser padre de nuevo.

Me volví y miré hacia dentro. Las dos chicas de noveno salieron y empezaron a bajar la cuesta. Estrechos pantalones Levi's azules, zapatillas de deporte blancas y chaquetones grandes. Una con el pelo negro recogido en la nuca, la otra de pelo rubio oscuro con permanente, grandes rizos que le caían sobre los ojos, lo que le hacía sacudir todo el rato la cabeza. Tenía un cuello bonito, largo, blanco y grácil. Y un culo fantástico.

No, no podía estar pensando en eso, si seguía así me volvería loco o acabaría en la cárcel.

Sonreí y me volví de nuevo, miré hacia la pandilla de siempre, que estaba jugando al fútbol, y luego a los que estaban saltando a la comba, que parecían manejarse muy bien.

Oh, no, el gordo venía hacia mí.

—¡Hola! —dijo, y me miró con esos ojos tristes y alegres a la vez.

—Hola, chico —dije—. ¿Has saltado a la comba?

—Sí, pero me han eliminado enseguida.

—Bueno, bueno, eso ocurre a veces.

—¿Puedo ir a tu casa hoy? —preguntó.

—¿A mi casa? ¿A qué?

—Una visita podría estar bien, ¿no?

Sonreí.

—Sí, es verdad. Pero hoy no me viene muy bien. Voy a trabajar, ¿sabes?
Pero ven otro día y tráete a un amigo.

—Vale —dijo.

Me saqué el reloj del bolsillo y lo miré.

—Faltan dos minutos para que suene el timbre —dije—. Si andamos despacio podemos llegar a la puerta justo entonces.

Me cogió de la mano y fuimos juntos hasta la puerta.

Andrea y Hildegunn estaban esperando con las manos en los bolsillos traseros debajo de la ventana de Richard, nos miraron al llegar.

—*Veneno* es un rollo —dijo Andrea—. ¿No podemos cambiarlo por otro?

—Es un clásico de la literatura noruega —dije.

—Nos importa una mierda —dijo Hildegunn.

Les levanté un dedo amenazador.

Ellas se rieron y sonó el timbre.

Ese sábado jugué mi primer partido en casa. Nuestras camisetas eran verdes con finas rayas blancas, los pantalones blancos y las medias verdes. Yo jugaba de defensa central, mientras que Nils Erik se paseaba por la banda con unos leotardos debajo del pantalón corto.

Había gente mirando, la mayor parte se había colocado en el lado largo y otros pocos en la ladera, en el otro lado. Estaban Vivian y Andrea, las saludé con la mano antes de empezar, y cuando unos minutos después alguien gritó «Ánimo, Karl Ove», las miré sonriendo. La que había gritado era Vivian, y Andrea le tiró de la chaqueta para hacerla callar.

Ganamos uno a cero, en el vestuario había luego una gran animación, todos iban a salir a beber, la mayor parte de ellos a Finnsnes, pude saber, y no faltaron invitaciones a que me fuera con ellos, pero no podía porque iba a venir Irene.

Camino de casa me pasé por la sala de profesores a llamar a Yngve.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Bien —contestó.

—¿Qué pasa con la carta que me prometiste?

—Ah, sí —dijo—. He tenido muchas cosas en que pensar últimamente.

—¿Como qué?

—Que lo de Kristin se acabó, por ejemplo.

—¿Se ha *acabado*?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo también me lo pregunto.

Se hizo una pausa.

—Estaba a punto de salir —dijo—. Voy al club de cine. Podemos hablar luego, ¿verdad?

—De acuerdo.

Colgamos, me puse la chaqueta, cerré la puerta y salí. El cielo estaba gris y del mar llegaba un fuerte viento. Las crestas en medio del fiordo se veían blancas. Al llegar a casa metí una lasaña precocinada en el horno, la comí directamente del plato blanco de plástico del envase y la acompañé con una cerveza. Acababa de abrir la segunda cuando se detuvo un coche fuera.

Es para mí, pensé, y enseguida se me puso dura. Cuando unos segundos después sonó el timbre, me metí una mano en el bolsillo para ocultarlo y abrí la puerta.

—Hola —dijo Irene.

El coche pitó y desapareció cuesta abajo.

—Hola —dije.

Dio un paso hacia delante y me abrazó. Saqué la mano del bolsillo para poder corresponder al abrazo, a la vez que echaba un poco hacia atrás el vientre para que ella no notara nada.

—¿Qué alegría verte de nuevo! —dijo—. Me hacía mucha ilusión venir. ¡He estado contando las horas!

—Yo también —dije—. ¡Pasa!

—Tengo que volver a casa esta noche —dijo—, pero para eso falta mucho, vendrán a buscarme a las once y media. ¿Te parece bien?

—Claro que sí —contesté.

Dejé la cerveza en la encimera de la cocina, abrí una botella de vino blanco y llené dos copas. Para que la cosa funcionara, yo tendría que beber, y

tendría que ser algo más fuerte que cerveza, eso era evidente.

—Salud —le dije, mirándola a los ojos.

—Salud —contestó con una sonrisa.

Puse el disco de Chris Isaak, como tenía planeado, ese ambiente calmado, melancólico y sin embargo un poco salvaje encajaría a la perfección.

Irene se sentó en el sofá. Yo me senté a su lado, pero no pegado a ella, que llevaba la misma blusa blanca que la primera vez que estuvo en mi casa. No miraba sus abultados pechos debajo, pero los intuía, igual que intuía sus tersos muslos debajo de los vaqueros azules.

Ah.

—Lo pasamos bien en Finnsnes el otro día —dijo.

—Sí, muy bien —respondí—. ¿Esos dos están saliendo?

—¿Eilif y Hilde?

—Sí.

Se rió.

—Qué va. Son primos. Siempre se han llevado muy bien. Están *muy* unidos —dijo, enlazando dos dedos.

—¿Tú tienes hermanos? —pregunté.

—No. ¿Y tú?

—Sí. Un hermano.

—¿Mayor o menor? No, espera, déjame adivinar. ¿Mayor?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—No eres el tipo de hermano mayor.

Sonreí y me serví más vino. Me lo bebí de un trago.

—Ah —dije—. Tengo una hermana. Una hermanastra.

—¿Lo habías olvidado?

—¡Acaba de nacer!

—¿Ah, sí?

—Sí, hace nada. Aún no la conozco. Es que mi padre se ha vuelto a casar.

Se hizo el silencio.

Nos miramos y nos sonreímos.

El silencio se prolongó.

Ahora tendría que ocurrir. No nos sobraba tiempo. Tenía que ocurrir ya, aunque yo aún no sentía los efectos del vino.

—¿Y a qué se dedican tus padres? —pregunté. Al instante me maldije. No se podía imaginar una pregunta más inadecuada que ésa.

Pero ella contestó educadamente.

—Mi padre es pescador. Mi madre está en casa. ¿Y los tuyos?

—Mi padre es profesor de instituto, mi madre enseña en una escuela de enfermería.

—¿Y tú eres profesor aquí! —dijo—. ¡De tal palo tal astilla!

—Yo no soy profesor —dije—. Ni lo seré.

—¿No te gusta?

—Sí, pero no quiero dedicar mi vida a eso. Lo hago para ganar dinero durante un año.

—¿Y a qué vas a dedicar tu vida?

—Voy a escribir. Voy a ser escritor.

—¿De verdad? ¡Qué emocionante!

—Sí que lo es. Pero no es seguro que lo consiga.

—No —dijo ella—. O sí, seguro que sí.

Me miró a los ojos.

—¿Quieres un poco más de vino? —le pregunté.

Asintió y le serví. Bebió un poco. Luego se levantó y dio una vuelta por la habitación. Se paró delante del escritorio.

—Así que es aquí donde escribes —dijo.

—Sí.

Miró por la ventana.

Vacíé el vaso de un trago, me levanté y me acerqué a ella. Me llegó el olor a su perfume, era fresco, ligero y recordaba a un prado.

—Tienes buenas vistas —dijo.

Tragué saliva y la abracé suavemente. Fue como si lo estuviera esperando, porque enseguida echó la cabeza hacia atrás, yo acerqué mi mejilla a la suya y le acaricié el vientre, ella se volvió hacia mí, yo le di un minúsculo beso.

—Ah —dijo, se volvió y me abrazó. Nos dimos un largo beso. La estreché contra mí, le besé el cuello, le besé la mejilla, le besé el brazo desnudo. Los oídos me rugían, el pecho me daba pinchazos.

—Ven. Vayamos al dormitorio —dije, cogiéndola de la mano. La llevé hasta allí. Ella se tumbó en la cama, yo me tumbé encima de ella. Con manos

temblorosas le desabroché la blusa, debajo llevaba sujetador, intenté quitárselo, ella se echó a reír y se incorporó, se llevó los brazos a la espalda y se lo desabrochó, lo dejó caer y sus pechos quedaron al desnudo. Ah, Dios, eran grandes y deliciosos. Los besé con la mente temblando, primero uno, luego el otro, los pezones se pusieron tiesos en mi boca y ella dijo ah, ah, yo empecé a manosear sus pantalones, por fin logré desabrocharlos, luego se los quité, me libré de los míos, me saqué el jersey por la cabeza y volví a tumbarme encima de ella, noté su piel contra la mía, era tan suave y deliciosa..., me apreté contra ella, nunca se me había puesto tan dura, me restregué contra su cuerpo y... no, no podía ser. ¡Ahora no!

Pero sí. Una sacudida, una convulsión y todo había acabado.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirándome—. ¿Ocurre algo?

Se incorporó a medias, apoyada en los brazos.

—Nada —dije, apartándome un poco—. Sólo que me ha entrado mucha sed. Creo que voy a por algo de beber. ¿Tú quieres algo?

Si lograba salir de allí sin que se hubiera dado cuenta, podría «mancharme» en la cocina para que ella no pensara que la mancha de mis calzoncillos era esperma, sino que creyera que era zumo. Me salió bien. De pie delante del frigorífico abrí el cartón de zumo de manzana, me eché unas gotas en los calzoncillos y otras en la tripa.

—¡MIERDA! —grité.

—¿Qué pasa? —dijo ella desde el dormitorio.

—Nada —contesté—. Me he manchado un poco. ¿Qué me has dicho? ¿Querías o no?

—No, gracias —respondió.

Cuando volví, ella se cubrió el torso con el edredón, apretándoselo contra el cuerpo. Yo me senté en el borde de la cama con el vaso en la mano. El momento había pasado, se me había escapado la oportunidad, ahora había que recomponer la situación.

—Ah, qué rico —dije—. ¿Nos fumamos un cigarrillo? No he fumado desde que llegaste. Es obvio que tu presencia me distrae.

Sonreí y me levanté, y, como de pasada, me puse los pantalones y el jersey, fui al salón y puse otro disco, esta vez de The Housemartins. Chris Isaak y sus

ambientes hipnóticos ya no hacían falta. Acto seguido me senté en el sofá, me llené el vaso de vino y me lié un pitillo. Al cabo de unos instantes salió Irene, también ella vestida.

¡Cómo coño iba yo a salir de ésta!

¿Sería posible retomar la situación desde cero y ascender hacia esas alturas en las que acabábamos de encontrarnos?

Toda la tensión había desaparecido. Irene se sentó en el otro extremo del sofá, con una mano se apartó de la cara un mechón de pelo algo revuelto y luego la alargó hacia el vaso.

Al mirarme tenía una sonrisa en la boca, un centelleo en los ojos.

Sentí un pinchazo en el pecho.

¿Se estaba burlando de mí por no dar la talla?

—Creo que me estoy enamorando de ti en serio, Karl Ove Knausgård — dijo.

¿Qué?

¿Me estaba tomando el pelo?

Pero en sus ojos no había nada de eso, eran cálidos, alegres y entrañables.

¿Qué pensaba? ¿Acaso creía que yo había renunciado por caballerosidad a ella y a todo lo que me ofrecía? ¿No entendía que no había sido capaz? ¿Que nunca sería capaz? ¿Que detrás de lo que ella estaba viendo se ocultaba una especie de esperpento o engendro?

—¿También yo te gusto a ti un poco? —preguntó.

—¡Claro que sí! —dije. Pero la sonrisa que exhibí no debía de ser muy convincente—. Oye —dije—. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? Todavía hace bueno.

—Sí —contestó—. Buena idea. Vamos.

Me arrepentí en el momento de pisar la calle. Allí no había más que una ruta para dar un paseo, y esa ruta pasaba por todas las casas y vuelta otra vez. No estaríamos solos ni un metro, nos verían durante todo el trayecto.

Irene me cogió la mano y me miró sonriéndome. Tal vez no importara tanto, pensé, y le devolví la sonrisa.

Empezamos a bajar la cuesta en silencio. El ligero apretón de su mano a

intervalos, y el que siempre se encontrara a unos centímetros de mí, hizo que me volviera el deseo. A nuestro alrededor reposaba ensimismado el paisaje. El mar estaba en calma chicha. Algunas nubes colgaban inmóviles en el horizonte y sobre las montañas al otro lado, que casi desaparecían en la penumbra. Lo único que me apetecía era tumbarla en el suelo y poseerla. Pero no podía. Allí no, en ninguna parte, tampoco en casa, acababa de intentarlo, no lo había logrado, no había funcionado. Podría haber gritado, bramado. Quería poseerla, podía tenerla, pero era incapaz.

La oscuridad flotaba sobre el mar, entre las montañas, bajo el cielo. Las primeras estrellas habían empezado a filtrarse. Fuera no había ni un alma.

—¿Vas a volver a Kristiansand cuando acabes aquí? —preguntó Irene.

Negué con la cabeza.

—Nada de eso. Es el último lugar del mundo donde quisiera vivir.

—¿Tan horrible es?

—Sí, no te puedes imaginar.

—Yo he estado, mi padre tiene familia allí.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Creo que se llama Vågsbygd —contestó ella—. Pero no estoy segura.

—Sí, se llama así —dije.

Habíamos llegado a la curva del otro lado del pueblo, donde estaba la capilla. Ella se detuvo y me abrazó.

—Ahora estamos saliendo, ¿verdad?

—Sí —contesté.

Nos besamos.

—Mi escritor —dijo ella con una sonrisa.

Esta vez era obvio que me tomaba el pelo. Pero también que le gustaba.

Ah, Dios, ¿cuándo iba a acabar aquello? Apenas podía andar de lo cachondo que me ponía tenerla tan cerca.

Proseguimos el paseo, ella se puso a hablar de lo que hacía en Finnsnes, yo de lo que había estado haciendo en Kristiansand.

Cuando nos acercamos a mi casa y vi el colegio plantado como un pequeño castillo socialdemócrata, se me ocurrió de repente que podíamos subir, entrar en la piscina y bañarnos. Ducharnos juntos, meternos en la sauna juntos, nadar juntos. Pero, al momento de haberlo imaginado, se me vino

encima como un golpe en el pecho la seguridad de no poder hacerlo, y de que sería imposible ocultarlo.

Volvimos a mi casa, charlamos y bebimos un poco más de vino. Las pausas eran cada vez más largas e incómodas, hasta unos minutos antes de las once y media, en que por fin pude acompañarla hasta la puerta y darle un beso de despedida.

Se volvió una vez camino del coche. Le brillaban los ojos. Se metió en él, la puerta se cerró y ella desapareció.

Al día siguiente intenté escribir. No me salió muy bien, la derrota de la noche anterior ensombrecía todo lo demás. No sólo esas horas concretas y lo que me pasó en ellas, sino toda mi jodida vida. Había una razón por la que era así, y yo conocía esa razón, pero de alguna manera era una razón vaga, rodeada de una especie de neblina, algo muy muy hondo en la bruma de mis pensamientos.

El caso era que yo nunca me había masturbado. Nunca me había hecho una paja. Nunca me había tocado. Ya tenía dieciocho años y jamás había ocurrido. Ni una sola vez. Ni siquiera lo había intentado. La indefinición que rodeaba todo aquello hacía que a la vez supiera y no supiera cómo se hacía. Y como no lo había hecho a los doce o trece años, el tiempo se entrometió, poco a poco se fue convirtiendo en algo impensable, no en el sentido de inaudito, sino en el de encontrarse fuera de mi horizonte. El resultado directo de esto era que tenía unas eyaculaciones muy abundantes y casi interminables mientras dormía. Soñaba con mujeres y no hacía falta ni que me tocara, bastaba con que las mirara, con que mirara sus hermosos cuerpos, para correrme. Si me acercaba a ellas en el sueño, me corría de nuevo. Todo mi cuerpo se estremecía y temblaba en la noche, y mis calzoncillos estaban empapados de esperma cuando me despertaba.

De chico había curioseado revistas pornográficas como todos los chicos, pero siempre lo había hecho en compañía de otros, en el bosque con Geir, Dag Lothar o cualquiera de los demás, nunca solo, ni una sola vez me había llevado una revista porno a casa, no me atrevía. Pocas cosas me excitaban más que hojear revistas porno, pero el deseo que me despertaban nunca me hacía

pensar en masturbarme, ya que siempre estaba acompañado. Como mucho me ponía boca abajo y me restregaba contra el suelo mientras las miraba. A veces, cuando estaba solo en casa, echaba un vistazo a alguno de los numerosos catálogos de venta por correo que existían en esa época, veía las modelos de ropa interior o de trajes de baño y casi me ahogaba cuando observaba la tela que se pegaba a esa suave bóveda entre sus muslos, o sus pezones, algunas veces visibles bajo los sujetadores o la parte de arriba de los bikinis. Pero eso era todo, se quedaba en la garganta cerrada y el corazón palpitante. No me masturbaba, pero no por elección, no es que me dijera: no, yo no hago esas cosas. Todo era vago e impreciso, inconsciente y oscuro. Cuando crecí y llegué a la pubertad, ya era demasiado tarde. Hojear revistas porno en el bosque se acabó sin que nada lo sustituyera. En mis años de adolescente no vi ni una sola película porno, ni miré una sola revista porno. El deseo nunca se centró en un solo punto, sino que se extendía, grande, débil e inmanejable. En algún lugar dentro de mí sabía que mi situación en relación con las chicas, o con Irene, que era la que entonces importaba, mejoraría radicalmente si empezaba a masturbarme. Y sin embargo no lo hice. Aunque sabía todo eso, al mismo tiempo no lo sabía, hacerse pajas pertenecía a lo impensable, y ahí es donde me encontraba ese día en el que el olor a Irene seguía en la sábana, debería hacerlo, tendría que hacerlo, quería hacerlo, pero no lo hice.

En cambio puse a Led Zeppelin a todo volumen, hice acopio de toda mi concentración e intenté ponerme rápidamente a escribir otro cuento. Cuando llegó la noche, la dejé entrar en toda la casa excepto en el escritorio, donde una pequeña lámpara lucía como una isla en la oscuridad. Y pensé: eso soy yo y mi escritura, una isla de luz en la oscuridad. Me acosté y dormí hasta que sonó el despertador y empezó un nuevo lunes en el colegio público de Håfjord.

Lo primero que hicieron los alumnos al entrar en el aula fue bromear conmigo sobre Irene.

Les dejé hacerlo un rato, luego los miré, dije: ya está bien de tonterías, tenemos que ponernos a trabajar si queréis llegar a ser algo. Ellos sacaron sus libros y sus cuadernos y yo me paseé entre ellos ayudándoles, me gustaba ver

cómo pasaban de ser una pequeña clase que se reía y charlaba a encontrarse y ser ellos mismos, por así decirlo.

Cuando estaban sentados así, sin hablar, sin mirar a los demás, sino completamente inmersos cada uno en lo suyo, era como si su edad desapareciera; no en el sentido de que ya no parecieran niños sino en el de que no era su niñez lo que los definía, sino su personalidad, lo que eran en sí mismos y probablemente serían siempre.

No pensaba mucho en Irene mientras estaba en clase, esos pensamientos me llegaban más bien después del colegio, cuando estaba solo en el piso, me llegaban como un murmullo en el cuerpo. Y luego la desesperación. Nunca lo uno sin lo otro. Irene iba en serio, quería algo conmigo, y aunque me gustaba, no estaba enamorado de ella, no teníamos, por ejemplo, nada de que hablar, que ya era importante. Yo la deseaba, pero eso era lo único que quería.

¿Estaba ella enamorada de mí?

Lo dudaba. Sería más bien que yo era diferente, no uno de sus compañeros de clase, sino un profesor y de su misma edad, no un viejo de treinta o cuarenta años, y no del lugar, sino del sur.

Al cabo de un año me iría de allí, ella se quedaría, haría el último año de bachillerato superior. Y ése no era el mejor punto de partida para empezar una relación, ¿no? Además, yo iba a escribir y no podría atarme todos los fines de semana, que era lo que tendría que hacer si aquello continuaba en serio.

Los argumentos me daban vueltas en la cabeza. El martes jugamos un partido, fuimos una hora en coche hasta el campo, era de grava y se levantaba tanto polvo que los jugadores se convirtieron en unas sombras como beduinas. Perdimos por muy poco, pero yo metí un gol tras un caos en un córner. El miércoles me llegó por primera vez en el correo *Vinduet*, la nueva revista a la que me había suscrito. Los artículos trataban de la relación de la literatura con las demás expresiones artísticas, yo no entendía nada, pero el solo hecho de que hubiera una revista literaria sobre el escritorio de mi cuarto de estar era para mí algo grande. Por la noche Hege pasó por casa, había estado en el colegio trabajando un poco y camino de su casa se le ocurrió pasar a ver cómo estaba. El jueves me fui a Finnsnes con Nils Erik, fuimos al Vinmonopolet y estuvimos en la biblioteca, compré una botella de vodka y me cogí dos novelas de Thomas Mann, *Confesiones del estafador Félix Krull* y *Doctor*

Faustus. El viernes subí al colegio a llamar a Irene. No había nadie en la sala de profesores y me tomé mucho tiempo, preparé una cafetera entera, vi un poco la televisión y di varios paseos. Al final me metí en el cuarto del teléfono, puse la nota con el número encima del aparato, marqué y me acerqué el auricular al oído.

Lo cogió su madre. Me presenté, ella gritó «Irene, te llama Karl Ove», y oí pasos y golpes.

—¡Hola! —dijo ella.

—Hola —dije yo.

—¿Qué tal te va? ¿Ocurre algo? Pareces muy serio.

Su voz un poco ronca se oía con más claridad en el teléfono, donde no había nada que distrajera su atención. Era impresionantemente sexy.

—No lo sé... —dije

Tenía muchas dudas sobre ella. ¿No era yo, en realidad, el primero que se le había puesto a tiro? Nos habíamos visto por primera vez en el *autobús*, joder. Y ella no había ofrecido la más mínima resistencia, simplemente se había tumbado en la cama, dispuesta a todo.

—Dímelo —dijo ella.

¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a dejarla por teléfono? Sería demasiado cobarde. Habría que decírselo cara a cara.

—No, no es nada —dije—. Sólo que..., bueno, ahora no me encuentro muy bien. Pero no es nada grave. Sólo estoy un poco depre.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Echas de menos tu casa?

—Quizá un poco —dije—. Pero no sé. Todo irá bien. Mañana se me habrá pasado.

—Ah, me gustaría estar ahí para consolarte —dijo ella—. ¡Te echo de menos!

—Yo también te echo de menos a ti —dije.

—¿Por qué no nos vemos mañana?

Si vinieran a buscarla sobre las doce de la noche, como la última vez, sería casi imposible romper. Porque tendría que ocurrir enseguida, no podríamos estar juntos como de costumbre durante cuatro horas, quizá acabar en la cama otra vez, y luego romper. Y si lo hiciera enseguida, entonces qué haría ella hasta que llegara el coche.

—No puede ser —dije—. Tengo una cita. ¿Qué tal el domingo?

—Tengo que volver a Finnsnes.

—¡Ven aquí primero! Y luego coges el autobús desde aquí, podrías hacerlo, ¿no?

—Tal vez. Sí. Puedo hacerlo.

—¡Bien! —dije—. Entonces nos vemos el domingo.

—De acuerdo. ¡Hasta entonces!

—Adiós, Irene.

A la mañana siguiente me paró un grupo de chicos en la puerta de la tienda, me preguntaron qué tal me iba, yo dije que bien, me preguntaron si quería ir luego a una fiesta, pregunté que dónde, no es gran cosa, dijeron, sólo vamos a beber algo a casa de Edvald, ven si quieres, no hace falta que lleves bebida, tenemos de sobra.

Cuando los dejé y volví a mi casa pensé en lo sencillo que era allí todo, en por qué me invitaban a todas partes aunque no fuera uno de ellos. Qué podía ofrecerles un tipo de Kristiansand con abrigo negro, boina y un avanzado gusto musical, ¿por qué cargar con ese tío por las noches? En el lugar de donde yo venía lo de salir exigía planificación, había muchos impedimentos que vencer, uno no podía presentarse sin más en casa de alguien, o sentarse en la mesa de unos conocidos lejanos en un bar. Todos tenían su círculo, y si no tenías el tuyo, te quedabas fuera de todo. Quizá también en ese lugar había círculos así, pero en ese caso eran abiertos. En las pocas semanas que llevaba viviendo allí, ése fue el descubrimiento más extraño: que se aceptaba a todo el mundo. No estaban obligados a saludarme e invitarme a que me uniera a ellos pero lo hacían, y no sólo algunos sino todos.

Quizá fuera tan sencillo como que estaban obligados a ello, que eran tan pocos que no podían permitirse el lujo de excluir a nadie. O tal vez se debía a que su actitud ante la vida era distinta, más ruda, más despreocupada. Si uno vivía parte de su vida en la cubierta de un barco, significaba trabajo físico duro todos los días, y si uno empezaba a beber en cuanto tocaba tierra, no había razón para preocuparse por esos pequeños mecanismos sociales como de reloj y distinciones insignificantes. Sería más lógico hacer un gesto con la

mano y decir: siéntate aquí con nosotros, sírrete algo de beber, has oído hablar de aquel...

Por la cuesta llegaban Vivian, Live y Andrea subidas en sus bicicletas de chica, a toda marcha. Me saludaron con la mano y me gritaron hola al pasar por delante de mí, con el pelo ondeando y los ojos entornados por el azote del viento. Seguía sonriendo para mis adentros mucho tiempo después de que hubiesen pasado. Eran tan divertidas..., con esa gran seriedad que había en ellas que les venía como dinamitada desde dentro, impulsada por esa alegría infantil igual de grande.

Durante varias horas estuve escribiendo un cuento sobre unos chicos que clavaron un gato a un árbol, luego me calenté en el horno un plato precocinado para comer, y después me tumbé en el sofá a leer *Doctor Faustus*, hasta que empezó a hacerse de noche y tuve que prepararme para salir.

Nunca había leído nada de Thomas Mann. Me gustaba mucho su estilo anticuado, solemne, minucioso, las escenas al principio eran fantásticas, cuando los protagonistas son niños y el padre de uno de ellos, Adrian, les enseña experimentos con una materia muerta que él consigue que se comporte como viva, había en ellos algo escalofriante que al principio se quedaba moviéndose en la parte de delante de mi conciencia, y luego era como si se hundiera en ella hasta el fondo. Recordé aquel corazón desnudo que vi en la televisión de niño, cómo latía en medio de tanta sangre, como un pequeño animal ciego. Estaba vivo, y pertenecía a algo distinto de los experimentos del padre de Adrian, pero la ceguera era la misma, y también el hecho de estar sometido a unas leyes, moviéndose en relación con ellas, no en relación con él mismo.

No capté lo que tenía que ver con la música y la teoría de la música, pero estaba acostumbrado a eso en esa clase de novelas, siempre había grandes partes por las que pasaba muy superficialmente, sin entender nada, más o menos como en esas frases en francés que de repente aparecían en algunos libros.

Me duché y me cambié. Metí la botella de vodka en una bolsa y me encaminé a casa de Edvald, un pescador algo mayor que los demás, tendría unos treinta y cinco, estaba soltero, le gustaba beber, y allí me quedé hasta las cinco de la madrugada, en que me fui a casa cruzando el pueblo con una

cabeza tan vacía y desolada como un túnel sin coches. Cuando me desperté sobre las dos al día siguiente, no recordaba absolutamente nada, excepto que había estado en el muelle mirando las aves marinas mecerse en el agua y que me había preguntado si estaban dormidas. Y que había meado en la pared de la tienda. Todo lo demás se había desvanecido. Todos los detalles y momentos individuales habían volado. Me había bebido una botella entera de aguardiente, era lo que se hacía allí, y seguía algo borracho cuando me desperté. Escribir estaba descartado. Opté por tumbarme en la cama a leer, pero tampoco dio resultado, era como si los pensamientos se encontraran dentro de una especie de líquido amarillo, algo que yo de repente observaba. Si dejaba de esforzarme, la sensación desaparecía, entonces era como si me encontrara dentro de ese líquido amarillo.

Unos minutos antes de las cinco sonó el timbre. Me había quedado dormido y me levanté de un salto. Era Irene.

Abrí la puerta.

—¡Hola! —dijo sonriendo. A su lado en el suelo había una bolsa.

Di dos largos pasos hacia atrás para que no me pudiera abrazar.

—Hola —dije—. ¿Quieres entrar?

Su mirada se volvió interrogante.

—¿Pasa algo, Karl Ove?

—Sí, sí que pasa algo —contesté—. Tenemos que hablar.

Ella me miró fijamente.

—No te lo había dicho —dije—. Pero antes de venir aquí tenía una relación. Al cabo de unos días ella me envió una carta. Me dejaba. En realidad no he podido superarlo del todo, ¿sabes? Y ahora la relación entre tú y yo empieza a ir en serio. Pero todavía no puedo darle cabida, ¿comprendes? Me gustas muchísimo, pero...

—¿Quieres dejarlo? —preguntó—. ¿Antes de que haya empezado?

Asentí con la cabeza.

—Creo que sí.

—Qué pena —dijo ella—. Habías empezado a gustarme mucho.

—Sí, lo siento. Pero no puede ser, no me parece correcto.

—En ese caso no debemos hacerlo —dijo—. Que te vaya bien en la vida.

Se acercó a mí y me abrazó. Acto seguido cogió la bolsa, dio media vuelta

y echó a andar.

—¿Te vas? —pregunté.

Volvió la cabeza.

—Sí, para qué vamos a estar en tu casa. ¿De qué serviría?

—Pero el autobús tardará mucho en llegar.

—Empezaré a andar —dijo—. Ya lo cogeré cuando me alcance.

Cuando la vi bajar la cuesta con la bolsa en la mano, en dirección a la carretera que iba a lo largo del fiordo, me arrepentí. Había dejado escapar una gran oportunidad. Al mismo tiempo me sentía aliviado porque todo había sido muy sencillo. Se había acabado. Y no se pensaría más en ello.

Los días se acortaban, y se acortaban muy deprisa, como si se estuvieran armando para la oscuridad. La primera nevada cayó ya a mediados de octubre y desapareció al cabo de unos días, pero la siguiente, que llegó a principios de noviembre, fue en serio, nevó sin parar día tras día, y pronto todo quedó envuelto en gruesos cojines blancos de nieve, excepto el mar, que con su superficie oscura, y su limpia y enorme profundidad, se posaba como algo ajeno y amenazante muy cerca, como un asesino que ha logrado alojarse en casa del vecino, me imaginaba yo, con su cuchillo lanzando destellos sobre la mesa de la cocina.

La nieve y la oscuridad cambiaron de tal manera el pueblo que lo dejaron irreconocible. Cuando llegué, el cielo estaba alto y luminoso, el mar era enorme y el paisaje tan abierto que era como si el pueblo, con sus casas agrupadas al azar, no fuera capaz de retener nada y apenas existiera en sí mismo. Nada permanecía, ésa era mi sensación. Luego llegaron la nieve y la oscuridad. El cielo bajó, para quedarse como una tapadera sobre los tejados. El mar desapareció, su negrura se fundió con la negrura del cielo, ya no se veía el horizonte. Hasta las montañas desaparecieron, y con ellas la sensación de encontrarte en medio de un gran paisaje abierto. Sólo quedaban las casas iluminadas las veinticuatro horas, siempre rodeadas de oscuridad, y las casas y las luces eran el centro principal, alrededor de lo que todo gravitaba.

Hubo aludes de nieve en la carretera, había que usar el transbordador, y el que sólo se pudiera salir del pueblo dos veces al día aumentaba la sensación

de que aquél era el único sitio y los seres de allí los únicos seres. Yo seguía recibiendo un montón de cartas e invertía mucho tiempo en contestarlas, pero la existencia que ellas representaban ya no era la vigente, la vigente era aquella otra. Levantarse por la mañana, salir a la ventisca, subir la cuesta hasta el colegio y entrar en la clase. Estar allí todo el día, en un búnker bajo, iluminado y oprimido por la oscuridad, volver a casa, comer y luego por la tarde entrenar en el gimnasio con los pescadores más jóvenes, ver la televisión en el colegio, bañarme en la piscina o quedarme en casa leyendo o escribiendo hasta que era tan tarde que podía acostarme y dormir horas muertas hasta el comienzo del día siguiente.

Los fines de semana bebía. Siempre pasaba alguien por casa a invitarme a ir a Finnsnes o a algún pueblo situado a varias horas de distancia, mientras la carretera estuviera transitable. Cuando no lo estaba, subíamos o bajábamos a alguna casa; siempre había alguien bebiendo, alguien que deseaba compañía. Yo nunca decía que no, me iba con ellos, y beberme una botella de aguardiente en el transcurso de la noche ya no era la excepción, sino la regla, y casi siempre deambulaba por ahí y al día siguiente no lo recordaba. Una vez que me caí de la furgoneta del grupo de música, empecé a andar en dirección contraria al pueblo, en lugar de hacia él, nadie dijo nada hasta que me había alejado unos doscientos metros, sólo llevaba encima una camisa y una americana fina, temblaba y tiritaba cuando oí los gritos, por aquí, tonto, ¡por aquí! En otra fiesta bailé con una profesora suplente en Husøya, se llamaba Anne, venía de algún sitio del este del país y era guapa de esa manera fría y rubia que me atraía tanto, estuvimos un buen rato dándonos el lote en el rincón de un pasillo donde se encontraba el guardarropa, la llamé un par de días después para invitarla a cenar en mi casa con su amiga, Tor Einar y Nils Eirik, y apartó la cabeza cuando intenté besarla, había otro, dijo, tenía otro, lo que ocurrió entre nosotros en la fiesta no debería haber ocurrido, yo no era para nada su tipo, la única explicación que encontraba era que estaba borracha. Y quizá que era de noche y estaba muy oscuro, sugerí yo, en un intento de hacer una gracia, pero ella no se rió, no era de esa clase. Fría y entrañable, así era Anne.

Otros fines de semana volvían al pueblo jóvenes que estudiaban en escuelas o universidades de otras ciudades, y el mero hecho de que tuvieran

rostros diferentes era una liberación en sí. A una de ellas la seguí como un perro hasta su puerta, se llamaba Tone, era la hermana de Frank, su madre era esa profesora que no me tragaba, pero eso no me importaba, estaba borracho y llevaba toda la noche mirándola.

Cuando ella se disponía a marcharse, decidí seguirla.

Los copos de nieve volaban por la oscuridad. Ella andaba con la cabeza gacha unos cinco metros por delante de mí, al brillo de las farolas. Me tapé la boca con la bufanda y la seguí. Entró en casa de sus padres y golpeó suavemente las botas para quitarles la nieve, antes de cerrar la puerta tras ella.

Me quedé unos minutos fuera. Pensé que se alegraría de verme, porque eso era lo que ella había deseado durante toda la noche, acostarse conmigo.

No había luz en la ventana de la cocina, ni tampoco en la del cuarto de estar. Pero en la estrecha ventana del extremo de la casa sí había luz.

Abrí la puerta y me colé dentro. No me preocupé de quitarme los zapatos, eché una rápida mirada al interior del cuarto de estar, que estaba oscuro y vacío, y seguí el pasillo hacia la puerta abierta al final.

Ella estaba en el baño cepillándose los dientes frente al espejo. Tenía la boca llena de espuma.

—Hola —dije.

Seguro que me había oído, no parecía en absoluto asustada cuando se volvió hacia mí.

—Lárgate —dijo.

Me senté en una silla junto a la pared y la miré fijamente. Primero la cara, luego los pechos debajo del jersey de lana verde.

Sacudió la cabeza.

—Estás perdiendo el tiempo. Conmigo no tienes ninguna posibilidad —dijo de esa manera casi ininteligible de los que hablan y se cepillan los dientes a la vez.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—Sería lo mejor —dijo.

Me puse en pie y salí. El viento se levantaba como una pared fuera de la puerta, lleno de pequeñas partículas de nieve duras y heladas. Qué pena, pensé, mirando hacia arriba, a esa oscuridad colosal que se posaba encima de

nosotros. Ella es muy atractiva. ¡Es increíble lo atractiva que es! Tras ir y venir por la calle cubierta por la nieve, bajo la luz de las farolas, que con la nieve y la oscuridad de fondo era casi verdosa y aportaba al entorno un brillo de algo submarino, encontré el camino de vuelta a la fiesta, que ya no era una fiesta sino sólo una mesa llena de vasos y botellas, paquetes vacíos de tabaco y ceniceros en un lugar, por lo demás, desierto. ¿Había perdido la noción del tiempo? No había estado tanto rato fuera, ¿no? Luego perdí también la noción del espacio, porque lo siguiente que recordaba era que me desperté en la cama de mi casa.

El que yo *hiciera* cosas, y el que no me negara nada a mí mismo cuando estaba borracho, en ese estado embriagador de libertad total, empezó poco a poco a cobrarse un precio. Antes, cuando iba al instituto, o estaba de resaca o no, ésas eran todas las consecuencias en aquella época. Si alguna vez aparecía algún rastro de mala conciencia, los pinchazos que dejaba en el alma eran como de alfileres, nada que no pudiera curarse con un sustancioso desayuno y una vuelta por la ciudad. Pero allí arriba, en el norte, era distinto. Tal vez el abismo entre el que yo era normalmente y aquel en que me convertía cuando bebía fuera demasiado grande. Y mantener semejante abismo dentro de una misma persona era imposible. Porque lo que ocurrió fue que el que yo era normalmente empezó a atraer hacia sí a la persona en la me convertía cuando bebía, los dos lados fueron uniéndose de forma lenta pero segura, por una costura, y el hilo era la vergüenza.

¡Ay, mierda, eso hice anoche!, gritaba para mis adentros tumbado en la cama al día siguiente. ¡Ay no, coño! ¿De verdad dije eso? ¿Y *eso*? ¿Y *eso otro*? ¿Y *aquello*?

Me quedaba paralizado de espanto, era como si alguien me echara encima cubo tras cubo de mis propios excrementos.

Mira qué idiota es. Mira qué gilipollas.

Pero lograba levantarme, empezaba la nueva jornada, y siempre lograba acabarla.

Tal vez lo peor fuera la idea de que los demás me *vieran*. Que me exhibiera ante ellos esas noches, y que ese lado que yo mostraba entonces siempre estuviera en las miradas que me echaban en la vida diaria.

Yo hacía como si fuera un joven profesor que se ocupaba de sus hijos de la

mejor manera posible, alguien que ellos veían camino de Correos o de la tienda, mientras que en realidad era un alegre idiota balbuceante que por las noches deseaba a toda clase de chicas, dispuesto a cortarse la mano derecha y la izquierda también con el fin de conseguir que alguna le acompañara, pero al que ninguna quería, pues no era más que un idiota baboso.

A veces también tenía esa sensación en el colegio, pero no en mi relación con los alumnos, con ellos controlaba muchísimo más la situación, ni tampoco con Nils Erik y Tor Einar, porque ellos sabían de qué iba la cosa.

Pues sí, en el colegio controlaba la situación, pero eso no impedía que también allí me doliera todo por dentro, sentado frente a ellos detrás de mi mesa de profesor durante esos minutos antes de que la nueva semana empezara en serio, con las ignominias del fin de semana todavía frescas en la memoria.

Se habían quitado los chaquetones, y allí estaban con sus gruesos jerséis, todavía con la piel enrojecida por el frío del exterior, retorciéndose nerviosos en sus asientos, sin ganas de otra cosa que volver a sus casas y acostarse, a la vez que la presencia de los demás tiraba de ellos en dirección contraria, porque intercambiaban miradas, susurraban fugaces comentarios, se reían entre dientes, respiraban, vivos.

La luz del techo era penetrante, y contra esa oscuridad colosal que siempre reposaba sobre nosotros, las ventanas en el otro extremo nos devolvían reflejada toda el aula. Allí estaba Kai Roald, allí estaba Vivian, allí estaba Hildegunn, allí estaba Live, allí estaba Andrea. Vaqueros azul claro, botas blancas altas. Y allí estaba yo, sentado detrás de la mesa del profesor, con camisa negra, vaqueros negros y un interior temblando de agotamiento. Incluso el más mínimo exceso me parecía diabólico, lo único que deseaba y necesitaba era seguridad.

Abrí el libro por el capítulo que nos tocaba ese día. El paisaje estaba lleno de murmullos de las otras clases. Mis alumnos estaban somnolientos, impasibles.

—¡Sacad al menos los libros! ¡Qué apatía!

Andrea sonrió al inclinarse hacia delante y sacar el libro de la mochila. Estaba forrado con un papel marrón mate lleno de nombres de grupos y de estrellas de cine escritos con rotulador. Kai Roald suspiró ruidosamente, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió. Hildegunn en cambio tenía ya el

libro preparado, como era normal en ella. Live se volvió hacia la ventana. Yo miré también hacia allí. Una persona subía la cuesta, o mejor dicho un fantasma, porque era imposible distinguir un cuerpo en aquel sombreado contorno que subía envuelto en nieve.

—¡Live! ¡Saca el libro!

—Vale, vale. ¿Qué asignatura tenemos ahora?

—¿Lo preguntas en serio? ¿No lo sabes?

—No... oo.

—Llevas medio año aquí sentada a primera hora los lunes. Siempre toca la misma asignatura. Y es...

Sus ojos me miraron algo inquietos.

—¿No lo recuerdas? —pregunté.

Tampoco yo me acordaba. El pánico me subió como el agua en una letrina atascada.

Ella negó con la cabeza.

—¿Alguien lo sabe?

Todos me miraron. ¿Se habían dado cuenta?

No. Kai Roald abrió la boca.

—Cristianismo —dijo.

—¡Ah, cristianismo! —dijo Live—. Claro. Lo sabía. Es que se me había quedado la mente en blanco.

—A ti siempre se te queda la mente en blanco —dijo Kai Roald.

Ella le lanzó una mirada airada.

—¿Y a ti no?

Él se rió unos instantes.

—Pues sí, supongo que sí.

—Eso es lo que me está pasando a mí ahora —dije—. Pero eso no sirve. Estamos obligados a seguir el programa. Y sólo lo conseguiremos si trabajamos duro.

—Siempre dices lo mismo —dijo Vivian.

—Pero es verdad. ¿Creéis que estoy aquí hablando de Martín Lutero por mí? Yo sé todo lo que necesito saber sobre él. Pero vosotros no sabéis nada. Sois una pandilla de ignorantes. Aunque, por otro lado, es algo muy típico de los treceañeros. Así que no es culpa vuestra. Por cierto, ¿alguien sabe lo que

significa ignorante?

Silencio total.

—¿Tiene que ver con ignorar? —preguntó Andrea. Un ligero rubor le subió por las mejillas mientras observaba su mano, que hacía garabatos en el libro.

—Sí —dije—. Ignorar a alguien significa pasarlo por alto. Un ignorante es alguien que no sabe nada, al que no le importa nada. Y si no hay nada que te importe, nunca sabrás absolutamente nada.

—Entonces seguro que yo soy un ignorante —dijo Kai Roald.

—No, no lo eres. Tú sabes mucho.

—¿De qué?

—Sabes mucho de coches, ¿no? ¡Más que yo al menos! Y sabes mucho de pesca. Yo no sé nada de eso.

—En realidad, ¿por qué no tienes carné de conducir? Ya has cumplido los dieciocho —quiso saber Vivian.

Me encogí de hombros.

—Me las apaño bien sin él.

—¡Siempre tienes que ir en el coche de alguien cuando vas a alguna parte! —dijo Vivian.

—Pero llego donde tengo que ir, ¿no? —dije—. Bueno, ya está bien, ahora tenemos que trabajar.

Me levanté.

—¿Qué sabéis sobre Martín Lutero?

—Nada —contestó Hildegunn.

—¿Nada? —dije—. ¿Nada en absoluto?

—Nada —contestó Live.

—¿Era noruego? —pregunté.

—No —respondió Hildegunn.

—¿De dónde era?

Hildegunn se encogió de hombros.

—De Alemania, creo.

—¿Está vivo?

—¡Claro que no!

—¿Entonces cuándo vivió? ¿Cuando vuestros padres eran pequeños? ¿En

la década de los sesenta?

—Vivió en los viejos tiempos —dijo Vivian.

—En el siglo dieciséis —señaló Hildegunn.

—¿Qué profesión tenía? ¿Era fontanero? ¿Pescador? ¿Conductor?

—No —dijo Kai Roald, con una pequeña risa.

—Era sacerdote —dijo Andrea de esa manera indiferente que debería dar a entender que aquélla sólo era una de las muchas cosas que sabía.

—Pero si sabéis un *montón* —dije—. Martín Lutero fue un sacerdote que vivió en Alemania en el siglo dieciséis. Ahora debéis buscar más información sobre Martín Lutero y escribirla. Luego lo repasaremos todo al final de la clase.

—¿Dónde podemos encontrar esa información? —preguntó Vivian.

—¿No eres tú en realidad el que debe contárnoslo? —dijo Hildegunn—. ¿No te pagan para eso?

—Me pagan por enseñaros —respondí—. Y no habrá siempre un profesor delante de vosotros para contaros lo que necesitáis saber. ¿Qué haréis entonces? Tenéis que aprender a buscar las cosas, ¿no? Mirad en el libro de texto. Buscad en una enciclopedia. Me da igual cómo lo hagais, siempre y cuando encontréis diez datos dobre él. ¡En marcha!

Con suspiros, quejidos y gestos se levantaron y se acercaron a la pequeña biblioteca, cada uno con su lápiz y cuaderno en las manos. Yo me senté en mi mesa y miré el reloj de la pared. Quedaba media hora. Al terminar esa clase faltarían cinco, y el lunes habría acabado. Luego vendrían el martes, el miércoles, el jueves y el viernes.

El fin de semana tendría que ponerme a escribir. Nada de viajes a Finnsnes durante el día, nada de fiestas por la noche, me limitaría a estar sentado delante de la máquina de escribir desde que me levantara hasta que me acostara.

Ya tenía cinco cuentos, aparte de las dos historias de sueños. Todos tenían el mismo protagonista, Gabriel, y los mismos personajes. La acción se desarrollaba en Tybakken. Lo curioso era lo cercano que me resultaba. Sentarme delante de la máquina de escribir era como abrir una puerta hasta allí. Todo el paisaje me subía por dentro, dejando completamente de lado aquel en el que me encontraba. Allí estaba la calle delante de la casa, allí el

gran abeto con el arroyo que corría al lado, allí estaba la cuesta de tierra que bajaba hasta el brazo del mar, Ubekilen, la valla de piedra, los montículos, el cobertizo para botes, el muelle torcido y ruinoso, el islote con todas las gaviotas. Si en ese momento alguien llamaba a la puerta, lo que ocurría constantemente, los de cuarto, los de séptimo, el larguirucho alumno de noveno que por alguna razón me buscaba siempre, algún pescador joven o los profesores jóvenes, me estremecía de tal forma que daba un respingo en la silla. En esos momentos no tenía la sensación de que el paisaje de la infancia hubiese penetrado en el paisaje presente, sino al contrario, que en realidad me encontraba sentado en el paisaje de la infancia, y era el paisaje contemporáneo el que se entrometía. Si me interrumpían, podía transcurrir una hora o más hasta que el paisaje de la infancia volvía a dominar.

Eso era lo que yo añoraba. Cuando los árboles eran árboles, no «árboles», los coches coches, no «coches», papá papá, no «papá».

Me levanté y di un par de pasos hacia dentro para ver qué hacían. Todos estaban sentados alrededor de la mesa de la biblioteca, excepto Andrea y Hildegunn, que se dirigían a sus pupitres.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunté cuando pasaron por delante de mí.

—Por supuesto —respondió Hildegunn—. Hemos acabado. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Sentaos y esperad.

En el aula de más allá, separada de la biblioteca por un largo estante de libros, estaban los alumnos de cuarto y quinto sentados en sus pupitres, algunos de ellos con la mano levantada, mientras Torill iba de uno a otro, ayudándolos. En la otra esquina de la sala estaban los alumnos de primero, sentados en cojines alrededor de Hege, que les leía un libro en voz alta, ellos miraban al infinito con ojos soñando en caras somnolientas. Ella se percató de mi mirada y levantó la cabeza sin dejar de leer, sonriéndome. Yo puse los ojos en blanco y mi mirada se cruzó con la de Andrea. Me había estado mirando. Ahora bajó la mirada.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunté.

—¿Quieres escucharlo ya? —contestó Hildegunn.

—No —dije—. Mejor esperamos a que todos hayan acabado.

—¿Entonces por qué lo has preguntado? —dijo Andrea.

—Un acto reflejo —dije.

Por el suelo de moqueta venían Kai Roald y Vivian. Cuando se sentaron, me acerqué al rincón que hacía de biblioteca, donde Live seguía escribiendo.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Tengo cinco —contestó—. O mejor dicho, seis.

—Bien —dije—. Con eso basta. Puedes apuntar los últimos cuatro cuando los repasemos.

Ella se llevó sus cosas con ese aire de importancia que solía darse cuando alguien la veía hacer algo. Pero no lograba ocultar su gran inseguridad interior, al menos no a mí. No era fácil saber lo que interpretaban sus coetáneos cuando la veían.

Aprovechamos los últimos veinte minutos de la clase para comentar los puntos recogidos por los alumnos. Yo hablaba y rellenaba y ellos me miraban con ojos vacíos. No resultaba fácil decir qué utilidad tendría para ellos Martín Lutero. Lo que en realidad importaba era que estaban allí, anotando cosas en sus cuadernos con sus lápices. Que estuvieran sentados en sus sitios y que escucharan cuando alguien hablaba de algo.

Sonó el timbre. Pidieron permiso para quedarse dentro durante el recreo, hacía muy mal tiempo, yo les dije que ni hablar, salid de aquí, y me quedé esperando mientras se ponían los chaquetones y los gorros. Luego me dirigí a la sala de profesores, donde todo el mundo estaba a lo suyo, me senté con una taza de café, que sabía amargo tras una hora en la cafetera eléctrica.

Nils Erik, que estaba leyendo el periódico local, me miró.

—¿Vienes a la piscina esta tarde? —preguntó.

—Vale —contesté—. Pasa por casa a buscarme.

Delante de nosotros Torill abrió la puerta del frigorífico, se inclinó hacia delante y sacó un yogur. Le quitó la tapa y la tiró al cubo de basura que había debajo de la pila, sacó una cucharilla del cajón y empezó a comer. Nos miró y sonrió, sobre el labio inferior le corría una raya rosa.

—A estas horas me entra siempre mucha hambre —dijo.

—No tienes por qué disculparte —dije yo—. También nosotros comemos de vez en cuando.

A mi lado Nils Erik dobló el periódico, se levantó y fue al lavabo. Yo di un sorbo de café y me volví hacia Jane, que en ese instante salía del cuarto de

la fotocopidora con un montón de hojas en la mano. Las comisuras de sus labios señalaban como siempre hacia abajo, y sus ojos no mostraban ningún interés por nada y miraban como de costumbre hacia su interior, sin que por ello te entraran muchas ganas de saber lo que le pasaba por dentro.

—¿Eres tú o Jane la que ha hecho el café? —pregunté.

Me miró.

—Hoy es mi día de cocina. ¿Por qué?

—Por nada —contesté—. Excepto porque es el peor café que he tomado jamás.

Ella sonrió.

—Entonces estás mal acostumbrado —dijo—. Pero puedo hacer otro, si quieres.

—¡No, por Dios! No lo decía por eso. A mí me vale.

Ella desapareció en dirección a su mesa, y yo me levanté y me quedé delante de la ventana. La luz se posaba en un círculo alrededor de la farola, cubierta de pequeños copos blancos que con sus movimientos circulares recordaban a una nube de insectos. Unos niños estaban saltando en la nieve abajo, cuatro, uno encima de otro en un montón de nieve, y mi mano se estremeció al verlo, tan fuerte era el impulso de apartar a los de arriba, porque no me podía imaginar nada tan claustrofóbico como estar debajo de todos, aplastado contra la nieve.

Me moví un poco y volví a mirar.

¿Dónde estaba el profesor?

¿Ay, cuándo me entraría en la cabeza? ¡Era yo el que estaba de guardia!

Me apresuré hacia el perchero de la entrada.

—Te quedan tres minutos de recreo —dijo Sture—. Ya no tiene mucho sentido salir. Podrás recuperarlo después del colegio.

Se rió de su propio chiste. Yo lo miré sin sonreír, me puse el gorro y cogí los guantes. Aunque estaba de acuerdo con él en que ya no tenía mucho sentido salir, había otra razón: la impresión de arrepentimiento y energía que daría correteando fuera y apareciendo ante los que estaban dentro detrás de los cristales. Lo último que quería transmitir era pereza. Lo último que quería que la gente pensara de mí era que no cumplía con mi deber.

Del cobertizo de la lluvia salió una figura regordeta. Me apresuré hacia

los chicos que un momento antes estaban peleando en la nieve y ahora se estaban limpiando los vaqueros. La tela de los pantalones parecía negra por la humedad.

—Karl Ove —dijo tirándome del chaquetón el chico regordete, que estaba justo detrás de mí.

Me habría seguido corriendo.

Me volví.

—¿Qué pasa, Jo? —pregunté.

Él sonrió.

—¿Me dejas tirarte una bola de nieve?

La semana anterior les había permitido tirarme bolas de nieve. Fue una metedura de pata por mi parte, porque les resultó tan divertido, sobre todo cuando me acertaban con unas dolorosísimas bolas en el muslo, que se negaron a dejarlo cuando se lo pedí. Habían conseguido una especie de amnistía, lo que estaba prohibido de repente se permitía, con lo que intuyeron lo difícil que sería castigarles cuando volviera a no permitirse.

—Hoy no —dije—. Además, enseguida va a sonar el timbre.

Los cuatro chicos me echaron desconfiadas miradas bajo los oscuros gorros que les cubrían parte de la cara.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, claro —contestó Reidar—. ¿Por qué no iba a ir bien?

—Sé un poco menos descarado, por favor —dije—. Debes mostrar respeto ante los mayores.

—Tú no eres mayor —dijo—. ¡Ni siquiera tienes carné de conducir!

—Eso es verdad —dije—. Pero yo al menos me sé la tabla de multiplicar, que es más de lo que sabéis vosotros. Y soy lo bastante mayor para molerte a palos tres veces al día si hiciera falta.

—Entonces mi padre vendría a por ti —dijo él.

—Karl Ove, ven —dijo Jo, tirándome del chaquetón.

—Yo también tengo un padre, ¿sabes? —dije—. Es mucho más fuerte y grande que yo. E incluso tiene carné de conducir.

Bajé la cabeza y miré a Jo.

—¿Y tú qué quieres?

—Quiero enseñarte algo. Algo que he hecho.

—¿El qué?

—Es secreto. Nadie más debe saberlo.

Miré el patio. Junto a la pared del cobertizo estaban las chicas de séptimo. Detrás, en lo que ya era el principio del campo de fútbol, había una pandilla de chiquillos que jugaban al pilla pilla en la oscuridad.

—Pero el timbre está a punto de sonar —objeté.

Me cogió de la mano. ¿No entendía la impresión que causaría ante sus compañeros?

—Es rápido —dijo.

En ese instante sonó el timbre.

—Bueno, en el siguiente recreo entonces —dijo—. Vendrás, ¿no?

—De acuerdo —dije—. Corre, entra ya.

Los chicos que estaban jugando al balón o no habían oído el timbre o lo ignoraron. Atravesé la entrada y fui hacia el campo de fútbol. Me llevé las manos a la boca para hacer bocina y grité que el timbre había sonado. Detuvieron sus movimientos y me miraron. La nieve que cubría el campo lo había hecho desaparecer, era una llanura en medio de una pendiente que un poco más arriba pasaba a ser una montaña, y en toda esa blancura, que la enorme oscuridad del cielo tornaba en azul, los alumnos parecían animalillos, algún tipo de roedores que daban vueltas delante de las entradas a sus ingeniosos sistemas de pasillos y túneles.

Les hice señas con la mano y empezaron a correr hacia mí.

—¿No habéis oído el timbre? —pregunté.

Negaron con la cabeza.

—¿Tampoco se os ocurrió que podría sonar pronto?

Volvieron a negar con la cabeza.

—Daos prisa —dije—. Vais a llegar muy tarde.

Pasaron corriendo frente a mí. Cuando doblé la esquina del cobertizo, la puerta se cerró tras el último. Me quité la nieve de las botas golpeándolas contra el borde del muro y los seguí. Abrí la puerta de la sala de profesores, colgué el chaquetón en el perchero y entré a coger los libros para la clase. Detrás de mí se abrió la puerta del lavabo. Me volví. Era Nils Erik.

—¿Has estado ahí dentro hasta ahora? —pregunté.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —preguntó él.

—Simplemente me ha extrañado que llevaras ahí dentro tanto tiempo — dije, pasando la mirada por los lomos de los libros—. No se trataba de ninguna insinuación.

Lo miré y me sonrió. Saqué el cuaderno de ejercicios.

—Menos mal —dijo él—. Las insinuaciones son una mierda. No, fue por culpa de Torill. Es increíblemente sexy. Cuando se inclinó hacia delante... Tuve que ir a aliviar la situación, por así decirlo.

—¿La situación? —pregunté.

—Sí —respondió riéndose—. Ya sabes. Hombre ve a mujer. Hombre se siente atraído. Hombre se va corriendo al lavabo a hacerse paja.

—Ah, *esa* situación —dije, le sonreí y me fui a mi clase.

En el siguiente recreo Jo vino corriendo hacia mí en el momento en que puse el pie en el patio.

—¡Ahora sí puedes venir! —dijo, cogiéndome de la mano y tirando de mí.

—Tranquilízate un poco —dije—. ¿Qué quieres enseñarme?

—Es algo que hemos hecho Endre y yo —contestó.

—¿Y dónde está Endre?

—Creo que está allí.

Endre iba a tercero, Jo a cuarto. Cuando se juntaban, solían apartarse de los demás.

—Ahí —dijo, señalando un gran montón de nieve justo detrás del edificio, fuera de la vista del resto del recinto escolar—. Hemos hecho una cueva en la nieve. Es muy grande. ¿Quieres entrar?

Endre nos vio llegar, fue de rodillas hasta la entrada y desapareció.

—Está muy bien —dije, deteniéndome—. Creo que es demasiado pequeña para mí. Pero entra tú.

Me sonrió. Acto seguido se tumbó y se deslizó dentro. Yo di un par de pasos hacia atrás. Dos de los chicos de cuarto doblaron la esquina y venían hacia nosotros, Jo sacó la cabeza de la cueva.

—Hay sitio para ti también, Karl Ove, es muy grande, ¿sabes?

—Tengo que ir a vigilar a los demás —dije.

Jo descubrió a los dos chicos.

—Es nuestra cueva de nieve —dijo, mirándome a mí—. La hemos hecho nosotros.

—Sí, es verdad —dije yo.

—¡Habéis hecho una cueva de nieve! —gritó Reidar.

—Es nuestra —dijo Jo—. No os dejamos entrar.

Se pararon ante la entrada.

—Déjame verla —dijo Stig, intentando deslizarse por delante de Jo.

—Es nuestra —repitió Jo, mirándome—. ¿A que sí, Karl Ove?

—Vosotros la habéis hecho —dije yo—. Pero no podéis prohibir la entrada a los demás. De lo contrario, tendríais que estar de guardia día y noche.

—¡Pero es nuestra! —dijo.

—Está en las instalaciones de la escuela —dije—. Así que no podéis negarle la entrada a nadie.

Reidar sonrió y se abrió paso a la fuerza por delante de Jo. En poco tiempo la cueva de nieve se había llenado de chiquillos. Enseguida se pusieron a pensar en cómo hacerla más grande. Cavaron un túnel hacia dentro. Jo intentó tomar el mando, pero los demás lo ignoraron y él tuvo que aceptar su lugar, que estaba en la fila de más abajo en la jerarquía. Yo di media vuelta y me alejé. Tenía un poco de mala conciencia, ese chico que unos minutos antes estaba tan alegre se había puesto de repente triste, pero yo no podía hacer nada para remediarlo, tendría que aprender el juego social él solo. Tendría que aprender que con lamentos y acusaciones no conseguiría nada.

—Ya estáis aquí otra vez —dije a las chicas de séptimo, que estaban junto a la pared del cobertizo mascando chicle.

—Nieva y hace viento —dijo Vivian—. ¿No querrás que estemos fuera con este tiempo?

—Pero no hace falta que estéis quietas —dije—. Podéis correr como los demás niños.

—Nosotras no somos «niños» —dijo Andrea—. Y es injusto que a los de octavo y noveno se les permita estar dentro.

—Sólo los niños dicen que algo es injusto —dije—. Además, octavo y noveno tienen clase doble, están trabajando.

—Nosotras también queremos trabajar. Es mejor que estar fuera con este tiempo —dijo Andrea, mirándome. Sus mejillas habían adquirido un brillo rojo con el aire frío. Tenía unos bonitos ojos achinados.

Me reí.

—¿Conque ahora de repente queréis trabajar, eh? ¿Nuevas tendencias?

—Te ríes de nosotros —dijo Vivian—. No nos tienes ningún respeto.

—Os trato como os merecéis —dije, echando un vistazo al reloj de pared colgado justo entre la entrada del edificio principal y el gran pabellón lateral, donde se encontraban la piscina cubierta y el gimnasio. Faltaban cuatro minutos para que sonara el timbre.

Salí al otro lado para ver cómo les iba a los de cuarto. Apenas había doblado la esquina cuando vi llegar a Jo y Endre. Las cabezas agachadas en el viento, los pies pisando fuerte la nieve.

—¿Qué tal va la cueva? —pregunté.

—¡Está destrozada! —exclamó Jo—. Reidar se cayó atravesando el tejado. Toda la jodida cueva se derrumbó.

Tenía lágrimas en los ojos.

—No digas palabrotas —dije.

—Perdona —dijo él.

—Esas cosas pasan —dije—. Él no lo hizo a propósito, de eso estoy seguro.

—¡Pero era *nuestra* cueva! ¡La construimos *nosotros*! Y ahora está destrozada.

—Construidla todos juntos la próxima vez —dije—. Así no os la destrozarán.

—Ni hablar —dijo Jo—. Vamos, Endre.

Pasaron por delante de mí.

—Puedo ayudaros a construir una nueva, si queréis —dije—. En el próximo recreo.

—¿De verdad?

—Al menos podemos empezarla. Pero puede que también vengan los otros.

—Si estás *tú* no se atreverán a destrozarla —dijo.

Qué oferta tan estúpida, pensé cuando entré en la sala de profesores unos minutos después. Ahora tendría que estar cavando en la nieve con unos niños de diez años el resto de los recreos. Pero, por otra parte, había visto cómo se le iluminaba la cara a Jo, pensé, y cerré detrás de mí la puerta del servicio, me

bajé la bragueta y me puse a mear. Dirigí el chorro hacia la porcelana para que los profesores que quedaban no oyeran el chapoteo. Mientras me lavaba las manos, miré fijamente mi reflejo en el espejo. Esa extraña sensación de estar a la vez dentro y fuera de algo que ocurre cuando uno se encuentra con sus propios ojos, que de un modo tan puro y claro expresa el estado interior de uno, me llenó por completo durante unos intensos segundos, pero la olvidé en el momento en que abandoné la estancia, más o menos de la misma manera que me olvidé de la toalla en el gancho o el jabón en el pequeño hueco del lavabo, todas esas pequeñas cosas que no existen más allá del instante pero que se encuentran solas en estancias vacías y oscuras hasta que la puerta se vuelve a abrir y otra persona coge el jabón, se seca con la toalla y ve su alma en el espejo.

Estaba comiendo en el cuarto de estar cuando Nils Erik llamó a la puerta. La nieve del montón que había junto al porche volaba por el aire a su alrededor. El rumor de las olas se posaba como una cúpula invisible sobre el pueblo.

—Estoy comiendo —dije—. Pero acabo enseguida. Entra mientras tanto.

—No irás a bañarte justo después de comer, ¿no? —preguntó.

—Estoy comiendo pescado —dije—. Los peces se bañan continuamente.

—Es verdad —dijo él.

—¿Quieres un poco? ¿Huevas y patatas?

Negó con la cabeza, se desató las botas y entró en el cuarto de estar.

—Bueno... —dijo—. ¿Qué tal?

Me encogí de hombros, tragué y bebí un gran trago de agua.

—¿Qué tal qué? —pregunté.

—Todo —dijo—. Lo de escribir, por ejemplo.

—Bien.

—¿La enseñanza?

—Bien.

—¿La vida sexual?

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? No muy bien. ¿Y la tuya?

—Bueno, ya lo has visto hoy —dijo—. No hay más.

—Pues no —dije, reuniendo con el cuchillo las últimas bolitas de huevas, la mantequilla y unos trocitos de patata chafada. Empujé todo hasta el tenedor y me lo llevé a la boca. Noté cómo los labios se me ponían grasientos.

—Y tampoco las perspectivas de futuro son maravillosas en ese sentido —prosiguió—. Todas las chicas mayores de dieciséis años se han ido fuera. Sólo quedan las alumnas del colegio y sus madres. Lo que hay por medio está totalmente borrado.

—Totalmente borrado —dije, levantándome. Dejé los cubiertos en el plato y con él en una mano y el vaso en la otra y me fui hacia la cocina.

—Lo dices como si hubieran sido objeto de una cacería o algo así —dije.

—¡Así es! Si se hubiesen quedado aquí, podríamos haberlas cazado. Pero donde están, son otros los que corren tras ellas.

Dejé el plato y el vaso en la encimera y fui a la habitación a por las cosas de natación.

—Por fin entiendo lo que querían decir con el concepto de «las praderas de la muerte» —dije—. Correr por el bosque hasta morir. Pero hay que entenderlo en un sentido metafórico, claro.

—No sé yo si es tan fantástico —dijo Nils Erik en voz alta para que yo lo oyera desde la habitación—. Mucho trabajo y pocos beneficios. Al menos para mí. Muchísimo mejor salir fijo con alguien.

Metí un bañador y una toalla en una bolsa de plástico, me quedé pensando unos instantes para ver si faltaba algo, pero no, era todo lo que necesitaba.

—¿Hace mucho que no sales con alguien? —pregunté.

—Tres años —contestó, yendo hacia la puerta al verme aparecer con la bolsa de plástico en la mano.

—¿Y el resto de los suplentes? —pregunté.

Él estaba agachado atándose de nuevo las botas, con la cara un poco más roja cuando se enderezó.

—Si quieren venir, por mí vale —dijo.

Subimos la empinada cuesta en silencio, esforzándonos por protegernos del fuerte viento. Los copos de nieve me pinchaban las partes de piel que no tenía cubiertas. Cuando cerramos tras nosotros la puerta del colegio, tuve la sensación de bajarme de la cubierta y entrar en el interior de un gran barco. Nils Erik encendió la luz, subimos los escalones a grandes zancadas, y nos

sentamos cada uno en un lado de los vestuarios para cambiarnos. Aunque el viento crujía en las paredes y aullaba en las válvulas, aquel sitio daba sensación de silencio. Tal vez se debía a la inmovilidad. Todas las estancias estaban vacías, y vacía, reluciente y tranquila estaba el agua de la piscina.

El olor a cloro hechizaba. Me vinieron a la memoria todos los ambientes de la infancia, cuando cada semana durante todo el invierno íbamos a Stintahallen a nadar, las bolsas de papel en forma de cono llenas de chuches que habíamos comprado en el quiosco, el sabor de los caramelos con forma de tuercas, verdes y negros, regaliz y menta. Las lámparas que imitaban cascadas tropicales. El gorro blanco de baño con una bandera noruega a un lado, las gafas de natación de color azul oscuro.

Me até la cintura del bañador y salí descalzo a la pequeña piscina interior, los azulejos estaban fríos y ásperos, la nieve flotaba en el brillo de la lámpara de fuera, la gran oscuridad detrás.

La superficie del agua estaba oscura, con un débil resplandor azul en el fondo, y reluciente como un espejo. Casi una pena romperla, pensé. Al menos no saltaría. No, bajaría por la escalerilla de metal, intentando hacer las menos ondas posibles. Todo en vano, porque allí llegaba Nils Erik correteando para tirarse al agua con un chapoteo. Buceó hasta el otro extremo, donde rompió la superficie con un bufido y una sacudida de la cabeza.

—¡Maravilloso! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Te cagas de miedo?

—¡Qué va! —dije gritando también.

—¡Pero si te estás metiendo como las viejas!

De repente me acordé de una vez que engañé a Dag Lothar. Yo me había metido en la piscina unos minutos antes que él, me di la vuelta al gorro de baño, de modo que se quedó completamente blanco, tiré un poco hacia arriba para que se arrugara y pareciera uno de los que utilizaban las señoras mayores y empecé a nadar con brazadas prudentes y lentas, y la cabeza tan levantada como era capaz. Imitaba tan bien a una señora mayor nadando que Dag Lothar no me vio, aunque sólo había cuatro personas en la gran piscina. Me miró, me ubicó en otra categoría y con eso yo ya no existía. Me llamó por mi nombre y, al no recibir respuesta, volvió al vestuario.

Me deslicé lentamente por la piscina, metí la cabeza debajo del agua y di un par de brazadas lo bastante fuertes para llegar casi al otro extremo. Nils

Erik nadaba con mucha energía a crol por la otra calle. Yo hice lo más deprisa que pude un par de largos hasta quedarme parado en el otro extremo contemplando la ventisca de fuera.

Me volví, puse los codos en el borde de la piscina y miré hacia dentro, al agua blanca que salpicaba alrededor de los brazos y piernas de Nils Erik, y pensé en lo que había dicho en una ocasión el padre de Geir, que cuando nadabas a crol tenías que ser como algodón, y detrás de Nils Erik se veía la puerta abierta que daba a las estancias vacías de más adentro.

Joder, se me había olvidado. La sauna.

Salí de la piscina, entré en el vestuario y enchufé la estufa de la sauna. Cuando volví a la piscina me tiré y nadé durante tal vez media hora, hasta que decidimos salirnos.

Nos sentamos en el banco de más arriba de la sauna. Eché agua sobre las piedras de la estufa y una oleada de vapor caliente me rozó la piel y se expandió por el pequeño cuarto cúbico.

—Éste es el mejor pago en especie de nuestro trabajo —dijo Nils Erik, alisándose el pelo mojado.

—Es el único —dije yo.

—Café gratis —dijo él—. Y periódico. Y tarta el día del fin de curso.

—¡Bien! —dije.

Se hizo el silencio. Él bajó un escalón.

—¿Has tenido muchos otros trabajos? —pregunté al cabo de un rato, apoyando los hombros en la pared. Sentí que la cabeza se me había cargado por el calor, como si se estuviera llenando lentamente de plomo o algo por el estilo.

—No, sólo en el servicio sanitario. Y en la administración de parques un par de veranos hace mucho tiempo. ¿Y tú?

—Jardinería, fábrica de parques, periódico, manicomio. Y radio. Pero eso no era trabajo pagado, de modo que supongo que no cuenta.

—No —dijo con voz apática.

Lo miré. Había cerrado los ojos, y estaba reclinado con los codos apoyados en el banco en el que yo estaba sentado. Había en su personalidad algo enérgico y despabilado, algo que de algún modo chocaba con otra cosa, con algo de hombre viejo y difícilmente localizable, porque no se manifestaba

en nada concreto, era más bien una aureola que él poseía, y sólo la detectaba de modo negativo cuando me sentía sorprendido, por ejemplo, porque él había oído hablar de The Jesus and Mary Chain y le gustaban, ¿y por qué no iba a haber oído hablar de ellos?

Se enderezó y se volvió hacia mí.

—Oye —dijo—. He estado pensando en algo. ¿Conoces la casa que llaman Hilda-stua?

Negué con la cabeza.

—¿Hilda-stua? ¿Qué es eso?

—La casa amarilla de la curva. Pertenece a Hilda, la suegra de Eva. Murió hace unos años, y ahora la casa está vacía. He hablado con ellos, estarían encantados de alquilarla. Se deteriora mucho estando deshabitada. Así que piden muy poco de alquiler, casi nada. Sólo quinientas al mes.

—¿Y? —pregunté.

—Yo no necesito una casa entera para mí solo. Pensé que tal vez podríamos alquilarla juntos. Nos ahorraríamos un montón en alquiler, y también la comida sale más barata siendo dos. ¿Qué te parece?

—Bue-e-eno —dije—. ¿Por qué no?

—Tendremos cada uno nuestra habitación, y lo demás lo compartimos.

—Todo el mundo pensará que somos maricas —dije—. Que los dos jóvenes profesores se han juntado.

Él se rió.

—Y eso lo dices tú aquí, mientras estamos sentados solos en la sauna...

—¿Así que ya corren rumores?

—No, estás loco. Has mostrado abiertamente tu interés por el sexo contrario. Nadie duda por aquí de tus preferencias. ¿Pero te interesa lo de la casa o no?

—Sí. O, pensándolo bien, no. Tengo que escribir. Y para escribir tengo que estar solo.

—Hay una habitación al final del cuarto de estar. Puedes quedártela tú. Es perfecta.

—Vale, ¿por qué no? —dije.

Cuando nos habíamos vestido y ya estábamos subiendo la escalera, le pregunté sobre el tema que me preocupaba desde hacía tiempo pero que la desnudez me había impedido mencionar.

—Tengo un pequeño problema en ese campo que tocamos antes —dije.

—¿Cuál? —preguntó él.

—Tiene que ver con el sexo —contesté.

—Cuéntamelo —dijo.

—No es fácil hablar de ello. Lo que pasa es que..., bueno, que me corro demasiado pronto. Simplemente. Así de fácil.

—Ah, un clásico —dijo—. ¿Y luego?

—No, es sólo eso. Quería saber si podías darme algún consejo. No resulta muy agradable cuando ocurre, te lo puedes imaginar, ¿no?

—¿Cómo de pronto se trata? ¿Un minuto? ¿Tres? ¿Cinco?

—Bueno, varía un poco —dije, girando la llave de la gran puerta de cristal y sacándola después. Tenía la piel tan caliente tras la sauna que el viento frío no logró pegarse a ella; lo veía azotando entre los edificios, pero yo apenas lo notaba—. Unos tres o cuatro minutos.

—Eso está bien, Karl Ove —dijo, se enrolló la bufanda alrededor del cuello, y tiró del gorro para que le tapara las orejas—. Cuatro minutos es bastante tiempo, ¿sabes?

—¿Y a ti cómo te va en ese aspecto?

—¿Yo? Lo contrario. Puedo estar una eternidad sin que ocurra nada. Puedo estar media hora sin aliviarme. A veces hasta tengo que darme por vencido.

Empezamos a bajar la calle.

—¿Y cuando te haces una paja? —preguntó—. ¿También entonces te corres demasiado pronto?

Las mejillas se me calentaron, pero él no podía verlo con ese tiempo. Además, no se esperaba una mentira, así que podía sentirme seguro.

—Más o menos igual —dije.

—Mm —dijo él—. Yo también tengo problemas con eso. Bueno, ya te habrás dado cuenta por lo que hablamos antes. Puedo estar dale que dale durante una eternidad.

—¿Crees que es algo fisiológico? —pregunté—. ¿O simplemente un problema mental? En ese caso me alegraría poder compartirlo contigo. Porque prefiero mil veces antes el problema contrario.

—No tengo ni idea —dijo él—. Seguramente será algo fisiológico. Para mí al menos siempre ha sido así. Desde la primera vez. De modo que no conozco otra cosa. Pero he oído decir que puede ayudar apretar fuerte la punta. O tirar un poco del escroto. Y luego puedes seguir.

—Lo probaré la próxima vez —dije, sonriendo en la oscuridad.

—Sí, cuando haya ocasión —dijo.

—¿En navidades, por ejemplo? Para entonces todas las chicas del pueblo volverán aquí.

—¿Crees que vuelven para follar? Yo no lo creo. Yo creo que están follando donde están ahora, y que vuelven al pueblo a descansar y reunir fuerzas hasta empezar de nuevo en enero.

—Pues sí, es lo más probable —dije. Me detuve porque habíamos llegado al camino que iba a mi piso—. Si sale lo de esa casa, ¿cuándo podríamos mudarnos?

—Tendríamos que anular el contrato de nuestros pisos y todo eso. Ya después de Navidad. Si acortamos las vacaciones dos días podemos hacerlo entonces.

—Suena bien —dije—. ¡Hablamos!

Levanté la mano a modo de despedida, abrí la puerta y entré. Me comí ocho rebanadas de pan y me bebí medio litro de leche, me tumbé en el sofá y leí las primeras páginas de un libro nuevo que me había comprado, *La gran aventura*, de Jan Kjærstad. Ya había leído de él *Espejo y Homo falsus*, y acababa de sacar de la biblioteca de Finnsnes *La Tierra gira lentamente*. Pero éste era completamente nuevo, acababa de salir, y lo primero que hice al sacarlo fue oler el papel fresco. Luego lo hojeé un poco. Cada capítulo empezaba con una O mayúscula. Algunos capítulos estaban compuestos en columnas, una columna eran anotaciones que iban de aquí para allá bajando a lo largo de la otra, que contenía la narración principal. Algunos capítulos eran cartas. Unos estaban escritos en negrita, otros en cursiva, otros en letra normal. Algo llamado Hazar y algo llamado Enigma aparecía a menudo. Y definiciones de la *k*, que debía de ser *kjærlighet*, amor.

Empecé a leer la primera página.

Ella no era ni demasiado joven ni demasiado vieja. Rocío en la piel del cuello. Se encontraban cada uno en su mundo, con un metro de distancia entre ellos. Él había notado tensión, incluso de espaldas, luego se dio la vuelta y la miró de reojo. Un placer enorme. Hizo un par de regates con el pie. Ella lo vio y se rió. Chispas entre *kohl* y *mascara*. Levantó el hombro derecho dos veces, otro *beat*, se mordió el labio inferior y bajó la mirada. El empleo de la percusión y el bajo produjeron una sensación *funky* en sus sentidos receptivos. Era contra natura quedarse de pie sin moverse. Dio un par de pasos por la alfombra acercándose a ella, alejándose de ella, atractivo, provocador. Ella copió sus pasos, el mismo ritmo, arrugas de tigre junto a la raíz de la nariz. Pelo negro rizado, un pañuelo alrededor de la frente, maquillaje atrevido. ¿Qué música escucharía? ¿Cramps? ¿Split Beavers? ¿ViViVox? Chaqueta de kimono con dibujo de hojas, pantalones de seda anchos, sandalias con tira alrededor del dedo gordo. Una conmoción. Y alrededor: en las fundas el centelleo cuadrado de figuras, colores y una caligrafía *fancy*.

Lo leí varias veces. El estilo era tan desconocido y a la vez tan valiente, con esas frases cortas e incompletas, las rimas y las palabras inglesas entremezcladas. Y los extranjerismos. Chaqueta de kimono era japonés. Arrugas de tigre era algo de la India y algo animal. ¡Kohl! sonaba alemán. En esas escasas líneas aparecía un mundo. Y era otro mundo, tenía algo casi futurista, algo que me atraía. Pero yo no podría escribir así, aunque quisiera, sería imposible. Cuando leía la revista *Vinduet*, de la que Kjærstad era director, apenas conocía ninguno de los nombres o títulos que se mencionaban en ella, y sólo una mínima parte de los conceptos. «Sobre la quema de la *Eneida*» se titulaba un artículo que, por alguna razón, andaba suelto por mi conciencia para emerger de repente en cualquier momento y lugar, sin que yo supiera lo que era la Eneida. Todo eso era posmodernismo, Kjærstad era el más grande de los posmodernistas noruegos, y aunque me gustaba, es decir, todo ese mundo que intuía detrás de lo que ponía el texto, yo no sabía lo que era o dónde se podía encontrar. Por ejemplo, la palabra «teren», ¿tendría algo que ver con harén o con lo oriental? Los libros de Kjærstad estaban llenos de lo oriental, algo como de *Las mil y una noches*, historias dentro de los cuentos, y a mí me parecía que en parte traía ese mundo y lo metía en el nuestro, junto con un sinfín de otros mundos. Yo no sabía lo que significaba, pero me gustaba por intuición, de la misma manera que Milan Kundera me

disgustaba por intuición. También Kundera era un escritor posmodernista, pero carecía por completo de esa afluencia de otros mundos, en él el mundo era siempre el mismo, fuera Praga, Checoslovaquia o los soviéticos que habían invadido o pronto invadirían, y eso estaba bien, pero luego sacaba constantemente a sus personajes de la acción para intervenir él mismo y hablar y explicar algo, con los personajes esperando inmóviles delante de la ventana o donde estuvieran, hasta que él acababa sus explicaciones y ellos volvían a moverse. Así se veía que la acción sólo era «la acción», que los personajes sólo eran «personas» inventadas por él, se veía que no existían, ¿entonces por qué iba uno a leer sobre ellos? El antípoda de Kundera era Hamsun, nadie se adentraba en la presencia del mundo de los personajes como él, y eso era lo que yo prefería, al menos si se les comparaba, lo físico y realista de *Hambre*, por ejemplo. En ese libro el mundo tenía peso, incluso los pensamientos estaban presos, mientras que en Kundera los pensamientos se elevaban por encima del mundo y hacía con ellos lo que le venía en gana. Otra diferencia en la que me había fijado era que por regla general las novelas europeas sólo tenían una trama, era como si se movieran por una sola pista, mientras que las novelas latinoamericanas mostraban un sinfín de huellas y vías muertas, bueno, en comparación con las novelas europeas casi estallaban en tramas. Una de mis novelas favoritas era *Cien años de soledad*, de García Márquez, pero también me parecía una novela fantástica *El amor en los tiempos del cólera*. Kjørstad tenía algo de lo mismo, aunque de un modo europeo, y también había algo de Kundera en él. Al menos así era como yo me lo imaginaba.

¿Y con mi manera de escribir qué?

Escribir de un modo posmodernista, como Kjørstad, estaba completamente fuera de mi alcance, no podría hacerlo aunque quisiera, no estaba dentro de mí. Yo sólo tenía un mundo, y era sobre ese mundo sobre el que tendría que escribir. Al menos por ahora. Pero intentaba llevarme la exuberancia de García Márquez a mi propia escritura. También la multitud de historias. Y la presencia de Hamsun en el momento.

Proseguí con la lectura. En las reseñas había leído que la ciudad de Oslo de esta novela se encontraba en algún lugar del hemisferio sur. Era una idea fantástica, de ese modo Oslo se convertía en todo lo que realmente no era. Pero más importante aún era la manera en la que ese mundo era evocado.

Había algo de García Márquez en la exuberancia, la densidad y la diversidad de ese pasaje.

Dejé el libro y me acerqué al escritorio, me senté y me puse a hojear el pequeño montón de textos que había escrito. ¡Era muy escaso! ¡Increíblemente escaso! Sólo incluía lo indispensable, el bosque, la calle, la casa, dejando de lado todo lo demás. ¿Y si hiciera que todo lo demás estallara en el texto?

Cogí una hoja nueva y la metí en la máquina, la encendí y vi mi propio reflejo en el cristal de la ventana mientras el cabezal de la máquina encontraba su posición correcta con un murmullo.

¿Dónde solían amontonarse las cosas diferentes entre sí? ¿Dónde solían encontrarse una al lado de la otra las cosas diferentes entre sí?

Vi en mi interior la calle de delante de la casa de Tybakken.

Salí a la calle. Estaba negra, y al lado se erguían los dos abetos verdes ondeando en el viento. Pasó un coche. Era un BMW. En la acera estaban Erling y Harald, cada uno con su bicicleta. Erling tenía una Apache. Harald una DSB. En la cuesta, más allá de donde estaban ellos, había una casa tras otra. En los céspedes se veían muebles de jardín, casetas para perros, barbacoas, triciclos, pequeñas piscinas de plástico, mangueras y algún rastrillo olvidado. En el cielo por encima de nosotros se deslizó un avión, tan alto que sólo se veía la estela blanca que dejaba tras él.

Arranqué la hoja, la arrugué y la tiré al suelo. Metí otra. Dejé vagar la mirada unos minutos. Dos años antes había visitado a Yngve y a mi madre en Bergen. El mercado de pescado de la ciudad era un lugar lleno de vida, de gente, puestos, pescado y cangrejos. Coches y barcos, banderas y banderines, pájaros y lagos, montañas y casas. ¿Acaso no era un lugar perfecto para incluir densidad?

Empecé otra vez a escribir.

Los pescados estaban colocados uno pegado a otro sobre un lecho de cubitos de hielo. Aquello estaba lleno de mujeres de gran poder adquisitivo con abultadas bolsas de compra paseándose entre los puestos. Un niño llevaba un globo en una mano y con la otra se agarraba al cochecito de bebé que su madre empujaba. De repente se soltó y fue corriendo hacia la cuba llena de bacalao fresco. «¡Mira, mamá!», gritó. Un anciano con traje negro y sombrero se movía tembloroso, apoyado en un bastón. Una mujer gorda con un abrigo estaba examinando unas caballas. Llevaba una reluciente joya colgando del cuello. Los dos dependientes

tenían los delantales manchados de sangre de pescado. Uno de ellos se rió de algo que el otro acababa de decir. Por la calle de atrás pasaron unos coches a gran velocidad. Una chica con media melena oscura, una camiseta blanca que dejaba transparentar los pechos y un culo azul de Levi's 501 estaba mirando al puerto. Le eché una rápida mirada al pasar por delante de ella. Me miró con una sonrisa. Pensé en lo maravilloso que sería follar con ella.

Me recliné en la silla y saqué el reloj, eran ya casi las nueve. Me sentía satisfecho, era un buen comienzo, él podría volver a verla, cualquier cosa podría ocurrir entonces. Apagué la máquina de escribir, puse una cacerola con agua en la placa, y eché un poco de té en el fondo de la tetera. De repente me di cuenta de que había estado escribiendo sin música. Mientras esperaba a que hirviera el agua, leí el texto una vez más. Habría que dividir un poco las frases, hacerlas más abruptas. Debería haber algo sobre los distintos olores, y sobre los sonidos. Tal vez aún más detalles. Y aliteraciones.

Volví a encender la máquina de escribir, saqué la hoja y metí otra.

Los pescados estaban colocados uno pegado a otro sobre un lecho de cubitos de hielo, todo brillaba y resplandecía a la luz del sol. El aire olía a sal, gases de tubos de escape y perfume. Lleno de señoras grandotas de gran poder adquisitivo con abultadas bolsas de compra que iban de un puesto a otro señalando con aire autoritario lo que deseaban. Gambas, cangrejos, bogavantes, caballas, pescadillas, bacalao, eglefino, anguilas, platijas. Por todas partes se oían murmullos y risas. Niños que gritaban. Un autobús jadeó ruidosamente al detenerse en la parada al otro lado. Los banderines colocados a lo largo del muelle temblaban. ¡Flap! ¡Flap! ¡Flap! Un niño pálido y enclenque tenía un globo del osito Winnie en una mano y con la otra se agarraba al cochecito de bebé que empujaba la madre con el otro hijo.

El vapor de la cacerola rezumaba por la puerta. Volví a apagar la máquina de escribir, eché agua sobre las hojas de té, llevé la tetera al cuarto de estar, además de una taza, un cartón de leche y un azucarero, me senté, me lié un cigarrillo, y con él humeando entre los labios seguí leyendo *La gran aventura*, esta vez sin fijarme en los detalles o el estilo. Pasados unos minutos estaba completamente absorto, así que cuando el timbre resonó en toda la casa un rato después, hubo algo brutal en la manera en la que me devolvió a la realidad.

Era Hege.

—Hola —dijo, quitándose la bufanda de la boca—. ¿No estarías

acostado?

—¿Acostado? Qué va. No son más de las nueve y media.

—Más bien las diez —dijo ella—. ¿Puedo entrar?

—Claro que sí. ¿Pasa algo?

Ella entró, se libró de la enorme bufanda y se bajó la cremallera del plumas.

—No, y ése es el problema. No pasa nada. Vidar está en el mar, y yo me estaba aburriendo. Y pensé que tú seguramente estarías levantado.

—Perfecto —dije—. Incluso tengo el té preparado.

Entramos en el cuarto de estar, ella se sentó en el sofá, cogió el libro y echó un vistazo a la portada.

—Es el último libro de Kjørstad —dije—. ¿Lo has leído?

—¿Yo? No. Estás hablando con una analfabeta. ¿Me vas a servir un poco de té o sólo era una manera de hablar?

Fui a por una taza, la puse delante de ella y me senté en el sillón al otro lado de la mesa. Ella encogió las piernas y se sirvió té.

Era delgada, con los brazos y las piernas largas, y un cuerpo que recordaba al de un chico. Tenía las facciones marcadas, la nariz larga, los labios grandes y el pelo abultado y rizado. Había algo duro en ella, pero en sus ojos, que eran vivos y desbordaban alegría, aparecía a menudo algo distinto, más suave y más cálido. Era categórica, siempre tenía una respuesta en los labios, y a los pescadores, de los que estaba rodeada, los trataba con una superioridad especial, intrépida.

Hege me gustaba mucho, pero no me sentía en absoluto atraído por ella, y pensé que era eso lo que posibilitaba el que fuéramos amigos. Si me hubiera sentido atraído por ella, habría estado paralizado, pensando en qué decir y en la impresión que le causaría. Como no era el caso, podía ser como era sin pensar en ello, limitarme a charlar y comportarme normalmente. Lo mismo regía para ella. Y como solía ocurrir cuando hablaba con chicas que me gustaban, pero por las que no me sentía atraído, las conversaciones se acercaban a menudo a lo entrañable y a lo muy cercano.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—En realidad ninguna. O sí, Nils Erik me ha propuesto que nos mudemos

los dos a la casa amarilla de la curva.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que era una buena idea. Así que nos mudaremos después de navidades.

—No me puedo imaginar a dos hombres más distintos que vosotros —dijo ella.

—¿Ahora de repente soy un hombre?

Ella me miró y se rió.

—¿No lo eres?

—No me siento exactamente como uno de ellos.

—¿Cómo te sientes entonces?

—Como un chico. De dieciocho años.

—Sí, tienes razón. No eres un hombre como lo son los demás hombres de este pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te has mirado alguna vez los brazos? ¡Son tan delgados como los míos! Tampoco se puede decir que seas un hombre de hombros anchos.

—¿Y qué? —dije—. Tampoco soy pescador.

—¿Te he ofendido?

—Qué va.

—«Qué va» —dijo ella, imitando mi tono de voz, y se rió—. Pero tienes razón. Vas a estar sentado escribiendo sin moverte el resto de tu vida. No se necesitan unos músculos muy grandes para eso.

—Así es —dije.

—Venga ya, Karl Ove. ¿Tan en serio te tomas a ti mismo?

—No tiene nada que ver con tomarme a mí mismo en serio —dije—. Es verdad lo que dices. Soy bastante distinto a Vidar, por ejemplo. Pero eso no significa que tú debas estar aquí regodeándote con ello, ¿no crees?

—¡Ay, ay, creo que he tocado un punto débil!

—Venga ya.

—Ay, ay.

—¿Quieres que te eche de mi casa?

Levanté la taza amenazante.

Ella volvió a reírse.

Me recliné en el sillón, cogí el paquete de tabaco y empecé a liarme un

pitillo.

—Sé que quieres que los hombres sean hombres —dije—. De hecho, lo has dicho bastantes veces. Callados y fuertes. Pero ¿qué es lo que te irrita de Vidar? ¿De qué te sueles quejar? Él nunca dice nada, nunca habla de él mismo o de vosotros, no hay atisbo de romanticismo en él. No puedes tener todo, eso tienes que entenderlo. Uno que hable y a la vez sea callado, que sea a la vez fuerte y sensible, que a la vez sea romántico y no lo sea.

Ella me miró.

—¿Qué es romanticismo si no es ser tomada con dureza por un hombre fuerte?

Noté que me estaba ruborizando, cogí el encendedor y encendí el cigarrillo.

Entonces me eché a reír.

—Sinceramente, no sé nada de eso. Ni siquiera soy capaz de imaginarme cómo es.

—¿Nunca has tomado con dureza a alguien?

Intuí que ella me estaba mirando, nuestras miradas se cruzaron.

—Sí, claro que sí —dije, mirando hacia un lado—. Me refería a lo contrario. Tu papel en esto.

Me levanté y me acerqué a la colección de discos.

—¿Te apetece oír algún disco en particular? —pregunté, volviendo la cabeza hacia ella.

—Pon lo que quieras —dijo—. De todas formas creo que tengo que marcharme pronto.

Puse el último disco de deLillos, *Antes nos hacía gracia la nieve*.

—La mayor ventaja de mudarme será que ya no tendré que escuchar a los dos de ahí arriba —dije, señalando al techo.

—¿A Torill y Georg?

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Aquí se oye todo. Especialmente entre los dormitorios. Y todo muy romántico, si nos quedamos con tu definición del concepto.

—Qué suerte para Torill.

—Y para él, por lo que he podido oír.

Volví a sentarme.

—No te gusta mucho Torill, ¿a que no? —dije.

—No, no especialmente.

Una falsa sonrisa se esbozó en sus labios, levantó la cara y moduló unas palabras.

—Es tan buena y cordial que hace daño a la vista, a la vez que se exhibe ante todo el que quiere verla.

—¿Se exhibe? —pregunté.

—Sí. ¿No creerás que ella actúa así cuando está sola?

Sacó pecho, movió un poco las caderas y se apartó el pelo de la frente, coqueta.

Sonreí.

—Eso no se me había ocurrido nunca —dije—. Pero ahora que lo dices, creo que sí se le ha ocurrido a Nils Erik. Y con mucha fuerza. Hoy se ha metido corriendo en el lavabo después de que ella se inclinara delante del frigorífico.

—Ya ves. Ella sabe lo que hace. ¿Pero y tú?

—¿Torill? —resoplé—. Me lleva doce años.

—Bueno, sí, pero ¿te gusta?

—Al menos no me disgusta. Es maja.

Se hizo una pausa. Las ventanas reflejaban la luz de las lámparas, y entre ellas los muebles se perfilaban suavemente en una habitación que parecía estar llena de agua.

—¿Tienes planes para el viernes que viene? —preguntó Hege.

—No que yo sepa —contesté.

—Pensaba invitar a algunos de los profesores suplentes a casa. A tomar una pizza y unas cervezas. ¿Te apetece venir?

—Claro que sí.

Se levantó.

—Bueno, ya es hora de irse. Que duermas bien, escritor flojucho.

—Ten cuidado, si no yo también empezaré a llamarte cosas —dije.

—Soy mujer, ¿sabes? No queda bien. Para ti soy la señora o Hege. Riegas demasiado las plantas. Las has ahogado.

—¿Es eso lo que les pasa? Yo creía que lo más importante era que no se secaran.

—No, casi siempre ocurre lo contrario. Pobres flores. Han dado con un asesino. Y de la peor clase, de los que no saben que están matando.

—Me da mucha pena cuando se mueren —dije.

—¿Y los peces?

—¿Qué pasa con los peces?

—¿También te da mucha pena cuando se mueren?

—Sí, efectivamente. Me disgusta mucho verlos emerger coleando del agua y luego tener que matarlos.

Ella se rió.

—No creo que eso que acabas de decir se haya dicho jamás hasta ahora en este lugar. No me lo imagino. Tiene que ser la primerísima vez.

—Uno de los pescadores de aquí se ha mareado toda su vida —dije—. Casi es el mismo caso.

—No, no lo es —dijo ella—. Pero ahora sí que tengo que irme.

La acompañé hasta la entrada.

—Okey, seño, buenas noches tenga usted —dije. Esperé en silencio hasta que se hubo puesto el abrigo, pronto sólo asomaba su nariz entre la bufanda y el gorro. Dijo hasta luego y desapareció en la oscuridad.

A la mañana siguiente tenía a los de tercero y cuarto las dos primeras horas. Me levanté diez minutos antes de que sonara el timbre, me puse la ropa de abrigo y subí la cuesta corriendo, bajo un cielo igual de negro y salvaje que estaba diez horas antes, al marcharse Hege.

Cuando los niños entraron silenciosamente con sus calcetines, sus jerséis de punto, el pelo revuelto por los gorros, y ojos somnolientos, los vi como eran, minúsculos y vulnerables. Me costaba entender cómo podía a veces irritarme y enfadarme tanto con algunos. Pero luego estaba lo que subía y bajaba dentro de ellos en el transcurso del día, ese remolino de gritos y chillidos, peleas y acoso, juego y entusiasmo en el que entraban y que hacía que yo ya no los viera como pequeñas personas sino como aquello que fluía por sus venas.

Sentado en su sitio, Jo levantó la mano.

—¿Qué pasa, Jo? —dije.

Él sonrió.

—¿Qué vamos a hacer en la primera clase?

—Espera y verás —contesté.

—¿Vas a leernos al final de la segunda, como sueles hacer?

—Espera y verás. ¿Has oído esa expresión?

Asintió con la cabeza.

—Vale entonces.

A cada momento se abría y cerraba la puerta en el otro extremo del edificio abierto, conforme los alumnos iban llegando. Yo levantaba automáticamente la cabeza cada vez y miraba hacia allí. A la derecha de la puerta se encontraba la parte del edificio utilizado por mi clase. Le tocaba a Nils Erik, estaba ya sentado en su mesa con la mirada perdida, mientras esperaba a que se tranquilizaran.

Por la puerta entraron Reidar y Andrea. Eran hermanos, venían juntos al colegio, llegaban tarde juntos, ¿qué había de conmovedor en ello?

Él corrió un par de pasos, pero debió de acordarse de que estaba prohibido correr, porque se detuvo en seco y me miró, antes de seguir a pasos rápidos hacia su silla. Andrea nos miraba desde el otro lado. Nuestras miradas

se cruzaron. Ella miró rápidamente hacia otra parte, hacia dentro, hacia la zona de séptimo, a la que llegó un instante después.

Ese pequeño episodio de sucesos debería ser perfectamente natural, pero no lo era, había en los movimientos de la chica algo forzado, como si se obligara a sí misma a realizarlos.

—Hola, Karl Ove —dijo Reidar con una sonrisa. Usó mi nombre como una especie de parachoques, quería crear un ambiente de confianza que obstaculizara una reprimenda por llegar tarde. Era un pequeño diablo resabiado.

—Hola, Reidar —dije—. Siéntate. Has retrasado a toda la clase.

Andrea estaba enamorada de mí.

Claro.

Eso explicaba su comportamiento conmigo. Todas las miradas, todas las evasivas, todos esos rubores.

Una sensación de calor se expandió por mi interior. Me levanté y me acerqué a la pizarra.

—¿Qué significa tener una profesión? —pregunté—. ¿Qué es profesión?

Pobre chica.

—Un trabajo —contestó Reidar.

—Levanta la mano si lo sabes —dije.

Él levantó la mano. Por suerte, también algunos más lo hicieron. Señalé a Lovisa.

—Es tener un trabajo —dijo ella.

—¡Pero si eso es lo que he dicho yo! —protestó Reidar.

—¿Puedes decirme algunas profesiones, Lovisa?

Ella asintió con la cabeza.

—Pescador.

—Bien —dije, anotándolo en la pizarra—. ¿Alguna más?

—¿Trabajar en la lonja de pescado?

—¡Sí! ¿Sabéis más profesiones? ¡Levantad la mano!

Las propuestas llovieron sobre mí. Conductor de autobús, camionero, conductor de carretillas elevadoras, dependiente de tienda, capitán de barco, personal de limpieza, policía, bombero. Era típico que la profesión de profesor no se les ocurriese, aunque tuvieran uno del gremio en el aula. Ése no

era un trabajo de verdad para ellos, estar ahí hablando con niños día tras día.

—¿Y yo? —pregunté por fin—. ¿Acaso no tengo yo una profesión?

—¡Tú eres profesor! ¡Profesor! —gritaron.

—¿Y si estáis enfermos?

—¡Enfermero! ¡Médico! ¡Conductor de ambulancia!

Cuando la pizarra estuvo llena, les pedí que escribieran la profesión que a ellos les gustaría tener, que dijeran por qué, que describieran en qué consistía y que al final hicieran un dibujo. Mientras estaban ocupados con eso, yo me paseaba por la clase, hablando un poco con cada uno, luego me coloqué delante de la ventana con las manos a la espalda mirando afuera, a la oscuridad. La idea de que ella estuviera enamorada de mí me enterneció, era a la vez triste y alegre.

Volví a mi mesa, empezamos a repasar lo que habían escrito, nos dio tiempo a hacer un poco más de la mitad antes de que sonara el timbre. En la clase siguiente retomamos el hilo, pasamos a leer un párrafo del libro de texto, ellos contestaron alegremente a las preguntas, y luego, durante los últimos veinte minutos, les leí en voz alta un cuento de *Las mil y una noches*. Cuando saqué el libro y empecé a leer, ellos se bajaron de las sillas deslizándose y se sentaron en un círculo en la moqueta delante de mí. Lo hacían siempre, debía de ser algo que solían hacer en primero o segundo, y a mí me gustaba, me daba la sensación de estarles ofreciendo algo cálido y seguro. O, mejor dicho, era como si ellos hubiesen convertido una situación normal y corriente en algo cálido y seguro. Escuchaban los cuentos orientales con la mirada perdida, como vueltos hacia dentro de sí mismos, como si se encontraran delante del pozo de su alma, en medio del desierto de la mente, viendo todos esos camellos, toda esa seda, todas esas alfombras voladoras, todos esos espíritus y ladrones, mezquitas y bazares, todo ese amor fogoso y muerte súbita ondeando como espejismos por el cielo de la conciencia azul y vacía. El que difícilmente se pudiera imaginar un mundo más alejado del suyo, allí sentados en el borde del mundo, en una oscuridad total y un frío helador, no les importaba nada, eso era algo que estaba sucediendo en su interior, donde todo podía ser, donde todo estaba permitido.

En la hora siguiente tuve a los de quinto, sexto y séptimo en noruego.

—Empezamos enseguida —dije al entrar—. ¡Sentaos y sacad los libros!

—¿Estás enfadado hoy? —preguntó Hildegunn.

—No intentes retrasarnos —dije—. Venga ya, sacad los libros. Había pensado que hoy podíamos hacer un trabajo en grupos. Es decir que vais a trabajar en grupos de dos. Hildegunn y Andrea, juntad vuestros pupitres. Jørn y Live. Kai Roald y Vivian. Empezad ya. ¿Siempre tenéis que ser tan lentos?

Se pusieron a juntar sus pupitres por el orden que yo les iba diciendo. Excepto Kai Roald. Él estaba sentado con los codos plantados en el pupitre y las mejillas apoyadas en las manos.

—Tú también, Kai Roald —dije—. Pon tu pupitre junto al de Vivian. Vais a trabajar juntos.

Levantó la cabeza, me miró e hizo un gesto negativo. Luego volvió a dejar vagar la mirada.

—No puedes elegir —dije—. Tienes que hacerlo. Vamos.

—No lo haré —dijo.

Me acerqué a él.

—¿No oyes lo que te estoy diciendo? Venga, echa el pupitre hacia atrás.

—No quiero —dijo—. No lo haré.

—¿Por qué no? —pregunté.

Los demás, que ya habían acabado de mover sus pupitres, nos estaban mirando.

—No quiero —repitió.

—¿Lo hago yo por ti? —pregunté.

Negó con un movimiento de la cabeza.

—¿No oyes lo que estoy diciendo? —dijo—. No voy a hacerlo.

—TIENES QUE hacerlo —dije.

Negó con la cabeza.

Puse una mano en cada lado del pupitre y lo levanté. Él apretaba los antebrazos todo lo que podía contra el tablero. Yo tiré con más fuerza, él lo agarró con las manos y lo retuvo, con la cara ya roja. El corazón me latía deprisa.

—¡Vas a hacer lo que te he dicho!

—¡No! —respondió él.

Di un tirón y logré soltarle el pupitre de las manos, lo llevé hasta Vivian y lo dejé en el suelo. Él se quedó sentado en su silla.

—No voy a moverme —dijo.

Lo cogí del brazo, él se soltó retorciéndose.

—¡Ahora vas a moverte! —dije en voz muy alta—. ¿Quieres que te lleve en brazos?

Por el rabillo del ojo intuí que Hege nos estaba observando desde el otro extremo de la sala.

Él no contestó.

Me acerqué a él, agarré el asiento de la silla, y estaba a punto de levantarla entera cuando el chico se levantó, se colocó detrás del pupitre y lo tocó, probablemente para empujarlo hacia delante.

—¡Deja ese pupitre en el suelo! —dije.

Su cara estaba roja como la grana, la mirada fija e inalcanzable. Cuando empezó a avanzar con el pupitre delante, yo lo agarré y lo eché todo lo que pude hacia un lado, de tal modo que él tuvo que soltarlo.

—¡Eres un jodido polla de caballo! —gritó.

Me senté en el pupitre. La rabia me latía en las venas. Los ojos me resplandecían de excitación.

Tomé aliento para tranquilizarme, pero no sirvió de nada, me temblaba todo el cuerpo.

—Puedes irte a casa —dije—. No quiero verte más por aquí hoy.

—¿Qué? —dijo.

—Vete —dije.

El chico luchó de repente contra el llanto y bajó la mirada.

—Pero si no he hecho nada.

—Vete —dije—. No quiero verte. Vamos. Fuera. Fuera.

Levantó la cabeza, me lanzó una mirada feroz, obstinada, se dio lentamente la vuelta y salió.

—Vamos a empezar —dije con tanta calma como fui capaz—. Abrid el cuaderno de deberes por la página cuarenta y seis.

Hicieron lo que les pedí. Kai Roald pasó por fuera de las ventanas

moviendo los brazos de una manera ligera y sin trabas, mirando fijamente hacia delante.

Les expliqué lo que tenían que hacer. Eché un breve vistazo por la ventana, él andaba cabizbajo bajo la luz de la última farola del recinto escolar. Pero yo había hecho lo correcto, ningún alumno podía llamar impunemente polla de caballo a un profesor.

Me senté detrás de mi mesa. Durante el resto de la clase estuve fuera de mí, y lo único que importaba era que los alumnos no se dieran cuenta.

En la sala de profesores, Hege se acercó a preguntar qué había pasado. Me encogí de hombros y dije que había discutido con Kai Roald y que me había llamado polla de caballo.

—Así que lo he expulsado por el resto del día. No puede comportarse así.

—Es distinto aquí en el norte, ¿sabes? —dijo—. Decir tacos no es tan grave.

—Para mí sí lo es —objeté—. Y yo soy el tutor.

—Bueno, bueno —dijo ella.

Me fui a por un café, me senté en mi mesa y me puse a hojear un libro. Entonces, como en un destello, lo entendí todo.

Él no quería estar sentado junto a Vivian porque estaba enamorado de ella.

Esa repentina percepción me calentó la cabeza. ¡Qué idiota era! ¡Cómo había podido ser tan estúpido? Mandar a un alumno a casa era algo muy serio, él tendría que dar explicaciones, y sus padres no creerían que había sido por culpa del profesor. Pero así era.

Pero si a mí me caía bien Kai Roald.

¡Y el pobre estaba enamorado!

Pero ya era demasiado tarde, no podía arreglarlo.

Volví a la sala de profesores, cogí el periódico de la mesa, me senté y me puse a leerlo. Al final del largo pasillo se abrió la puerta. Era Richard. Me miró.

—Karl Ove —dijo, haciendo un gesto para que me levantara—, ¿puedo hablar contigo?

—Claro —dije, poniéndome de pie.

—Vamos a mi despacho —dijo él.

Lo seguí en silencio. Él cerró la puerta detrás de nosotros y se volvió hacia mí.

—Ha llamado la madre de Kai Roald diciendo que su hijo ha sido expulsado. ¿Qué ha pasado?

—Se negó a hacer lo que le dije que hiciera —expliqué—. Tuvimos una pequeña disputa. Me llamó polla de caballo, y yo le dije que podía marcharse. Ahí está para mí el límite.

Richard me miró unos instantes. Acto seguido se sentó detrás de su ancho escritorio.

—Expulsar a alguien es algo muy grave —dijo—. Es el castigo más grave que tenemos. Ha de ocurrir algo muy serio para que recurramos a él. Pero eso ya lo sabes. Kai Roald es un chico majo. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Claro que sí —dije—. Pero no se trata de eso.

—Espera un momento. Estamos en el norte de Noruega. Aquí somos algo más brutos que en el sur. No nos tomamos tan en serio los tacos, por ejemplo. Que él te llamara lo que te llamó no está bien, pero tampoco es tan grave como tú al parecer crees. El chico tiene genio. Tiene derecho a tenerlo, ¿no?

—No acepto que un alumno me llame polla de caballo, no importa a qué altitud del mundo ocurra.

—Bueno, bueno, eso puedo entenderlo —dijo—. Pero siempre hay formas de resolver los conflictos. Hay que dar una de cal y otra de arena. Expulsar a alguien es sin duda el último recurso. Tengo la sensación de que vuestra situación no había llegado en realidad a tal extremo, ¿o me equivoco?

No contesté.

—No llevas mucho tiempo ejerciendo de profesor, Karl Ove. Y fallos de criterio los tiene siempre hasta el más experimentado. Pero la próxima vez, si no eres capaz de resolver la situación por tu cuenta, puedes venir a llamarme. O traer aquí al alumno.

In your dreams.

—Lo tendré en cuenta si vuelve a ocurrir —dije.

—Volverá a ocurrir —aseguró Richard—. En todo caso ahora tienes que arreglar esta situación. Debes llamar a la madre de Kai Roald y explicar por qué ha sido expulsado.

—Bastará con que le envíe un mensaje con el chico mañana, ¿no? —dije.

—Ella ha llamado aquí y está muy nerviosa. Creo que lo mejor es que hables con ella.

—De acuerdo —dije—. Lo haré entonces.

Señaló con la mano el teléfono gris que estaba en el escritorio.

—Puedes usar éste —dijo.

—Está a punto de sonar el timbre —dije—. Lo haré en el próximo recreo.

—Yo puedo dar los primeros minutos de tu clase. ¿A quiénes tienes ahora?

—Quinto, sexto y séptimo.

Asintió, se levantó y se quedó de pie junto al escritorio.

¿Pretendía estar presente mientras yo llamaba? ¿Quería escuchar la conversación? ¿Era un maldito maniático del control?

Abrí la guía telefónica, busqué el número y miré a Richard, que no se inmutó cuando nuestras miradas se cruzaron.

Qué cabrón era.

Marqué el número.

—¿Hola? —dijo una voz de mujer.

—Hola, bueno, soy Karl Ove Knausgård, el tutor de Kai Roald.

—Ah, hola —dijo ella.

—Kai Roald y yo hemos tenido una discusión. Se ha negado a hacer lo que le dije que hiciera y me ha llamado, bueno..., me ha soltado un taco a la cara. Entonces lo he mandado a casa.

—Has hecho bien —dijo ella—. Kai Roald se pone a veces muy salvaje.

—Sí, eso es verdad —dije—. Pero es un buen chico. No ha sido tan grave, no tendrá consecuencias para él. Pero tenía que darle un escarmiento. Mañana todo volverá a la normalidad. ¿De acuerdo?

—Sí. Gracias por llamarme.

—Gracias a usted. Que le vaya bien.

—Adiós.

En el momento de colgar sonó el timbre. Richard me saludó con la cabeza, yo abandoné su despacho sin una palabra y me metí directamente en la sala, donde me tocaban los de quinto, sexto y séptimo en matemáticas. Era mi asignatura más floja, no tenía nada que decir sobre ella, no había nada que pudiera desarrollar o hacer interesante, solían hacer cuentas en sus cuadernos

de ejercicios, y a veces repasábamos algún nuevo concepto en la pizarra. Ellos lo sabían e intentaban con más intensidad si cabe que al principio de la segunda hora alargar el tiempo y distraerme.

—¿A quién has llamado? —preguntó Vivian cuando se hubieron sentado.

—¿Cómo sabes que he llamado a alguien? —pregunté.

—Lo hemos visto por la ventana —dijo Andrea—. Has usado el teléfono del director.

—¿Has llamado a casa de Kai Roald? —preguntó Hildegunn.

—¿Va a volver hoy? —quiso saber Vivian.

—No es asunto vuestro a quién he llamado —dije—. La cuestión es que si no os tranquilizáis enseguida llamaré a vuestros padres.

—Pero están trabajando —dijo Vivian.

—¡Vivian! —exclamé.

—¿Sí?

—Contrólate. ¡Empezad ya! Eso también va por ti, Jørn.

Andrea había estirado las piernas debajo del pupitre, se frotó un pie contra otro mientras leía el apartado del libro con el lápiz en la mano. Live dejó vagar la mirada por el aula varias veces, lo hacía siempre cuando se atascaba y no quería mostrarlo. Miré a Jørn, que estaba con la lengua fuera calculando a una velocidad vertiginosa. Entonces mi mirada se cruzó con la de Live, que levantó la mano.

Me incliné sobre su pupitre.

—No lo consigo —dijo—. Éste.

Señaló un problema con el lápiz. Sus ojos se movían a gran velocidad debajo de los cristales de las gafas. Yo le expliqué, ella suspiraba y gemía, era su manera de quitar hierro a su falta de conocimientos ante sus amigas.

—¿Me sigues? —dije.

—Sí, sí —respondió, agitando los brazos para que me fuera.

—Profesor —dijo Vivian con una risa ahogada—. ¡Profesor, no lo consigo, profesor!

Cuando me incliné hacia ella fue como si se quedara completamente en blanco. Su cara estaba pálida e inexpresiva, los ojos brillantes e inexpresivos. La receptividad que intuí en ella resultaba un poco escalofriante.

—Pero ¿por qué te paras aquí? ¡Si has resuelto ya antes quince problemas

de la misma manera!

Se encogió de hombros.

—Inténtalo otra vez —dije—. Mira los otros problemas. Y si no consigues resolverlo, vendré a ayudarte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, profesor —dijo, echando un breve vistazo a su alrededor mientras se reía entre dientes.

Cuando me enderecé miré directamente a Andrea a los ojos.

Había deseo en esa mirada, me empezaron a arder las mejillas.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—No del todo —respondió—. Quizá necesite un poco de ayuda.

El corazón me empezó a latir más deprisa cuando me detuve delante de ella. Era estúpido por mi parte, pero la idea de que tal vez estuviera enamorada de mí de repente imposibilitaba que me comportara normalmente.

Me agaché, y fue como si ella se encogiera. Su respiración cambió. La mirada se cerró sobre el libro. Noté el olor de su champú, evité cuidadosamente cualquier forma de contacto y puse el dedo sobre el primer número que ella había escrito. Se apartó el pelo, tenía los codos sobre la mesa. Fue como si todo lo que hacíamos se volviera consciente, apareciera con toda riqueza de detalles y no formara ya parte de lo espontáneo y natural, sino de lo pensado y artificial.

—Ahí te has equivocado —dije—. ¿Lo ves?

Ella se sonrojó, dijo sí en voz baja, señaló el siguiente problema, ése, volvió a decir que sí con voz suave y baja, y su respiración, la de ella, temblaba.

Me enderecé y seguí la ronda, captando en un instante toda la clase y toda la sala abierta, pero no me había quedado indiferente, el breve momento seguía vivo, y para salir de él cogí todos los cuadernos que estaban en mi mesa, los junté ruidosamente y me dirigí a todos. El momento tendría que ser roto por otro más grande. Y tendría que convertir la clase en un lugar para todos, una unidad, una clase que iba a aprender esto y aquello.

—Al parecer sois varios los que tenéis el mismo problema —dije—. Vamos a hacerlo en la pizarra. Los de quinto y sexto tendréis que taparos los oídos.

Hecho eso, la clase siguió con normalidad. Incluso antes de saber que

Andrea sentía algo por mí me había cuidado mucho de mantener la distancia con las alumnas. Nunca las rodeaba con el brazo, no les tocaba un pelo, y si la charla o los chistes discurrían por terrenos que tuvieran que ver con la sexualidad, yo los frenaba siempre. Los demás profesores no necesitaban hacerlo, para ellos la distancia era un hecho, algo que nada podía romper. Para mí era algo que tenía que crear.

Por la tarde llamé a mi padre. Su voz era oscura, fría y sobria. Me preguntó qué tal me iba, contesté que bien, pero que esperaba con ilusión las vacaciones de Navidad.

—Supongo que vas a celebrar las navidades con tu madre, ¿no?

—Sí —contesté.

—Nos lo imaginábamos. Fredrik tampoco viene. Así que iremos a España este año también. Tienes aquí una hermana, Karl Ove. No lo olvides.

¿Realmente creía que iba a tragarme eso? Si le hubiera dicho que quería celebrar las navidades con ellos, él se habría buscado mil excusas. No quería tenerme allí. ¿Entonces por qué insistía en dar la impresión de que nosotros lo abandonábamos?

—Pero a lo mejor puedo ir a veros en las vacaciones de invierno —dije—. ¿Os iría bien? No vais al sur, ¿no?

—Eso no lo hemos planificado aún —dijo—. Ya veremos cuando llegue el momento.

—Podría coger el barco expreso o algo así —dije.

—Sí, tal vez. ¿Sabes algo de Yngve?

—No, no sé nada de él desde hace tiempo —dije—. Creo que está muy ocupado.

Durante toda esa breve conversación telefónica tuve la impresión de que él estaba buscando la manera de librarse de ella. Colgamos al cabo de unos dos minutos. Yo me alegré por ello. Cada vez que ocurría obtenía la prueba de que él no era una persona a la que yo necesitara.

Por cierto, ¿no era así con todo el mundo?

Bajando la cuesta, con la nieve soplando directamente desde el mar oscuro, pensé en si yo realmente necesitaba a alguien. Si había alguien que no

podía faltarme.

En ese caso debían de ser Yngve y mi madre.

Pero ellos tampoco eran imprescindibles, ¿no?

Intenté imaginarme cómo habría sido todo si ellos no hubiesen existido.

Más o menos como ahora, quitando las conversaciones telefónicas y los encuentros en Navidad y verano.

¿No eran imprescindibles?

Pero cuando yo tuviera éxito como escritor, mi madre tenía que estar allí.

Quitó la nieve que se había acumulado delante de la puerta y entré. Y tal vez cuando tuviera hijos.

Pero yo no iba a tener hijos. Me resultaba imposible imaginarme eso.

Y a juzgar por la situación presente, imposible de conseguir.

Me sonreí a mí mismo mientras me quitaba el chaquetón. Al instante me puse triste. Todo lo que tenía que ver con eso se posaba como una sombra sobre mi vida. Yo no podía. Lo había intentado, no lo había conseguido, no funcionaba.

Mierda, mierda, mierda.

Me tumbé en el sofá y cerré los ojos. Era desagradable, tenía la sensación de que en cualquier momento alguien podría estar fuera mirándome allí, en el sofá, bueno, de que alguien estuviera ya ahí fuera mirando en ese mismo momento.

La noche del viernes todos los profesores suplentes estuvimos en casa de Hege comiendo pizza y bebiendo cerveza. Ella era la fuerza motriz y el centro, alegre y charlatana, contando una historia tras otra. Hege le gustaba a Nils Erik y él intentaba impresionarla con sus imitaciones y caricaturas. A mí ella ni me miraba, lo que me pareció un poco extraño, ya que había estado a menudo en mi casa las últimas semanas, hablando sin parar de todo lo que guardaba en su endurecido corazón.

Después de recoger la mesa, sacó una botella de vodka del congelador. Esa bebida brillante y fría me elevó a la alegría y la claridad, mientras que Hege empezó poco a poco a perder el control sobre la mímica de su cara y la coordinación del cuerpo. Cuando se levantó para ir al lavabo, se cayó contra

la pared en la que luego se apoyó tambaleándose, y miró hacia el pasillo, se rió un poco y empezó de nuevo a atravesar esa superficie grande y plana que era el suelo del salón, con más suerte esta vez, porque, aparte de la exagerada manera de andar en línea recta y un par de pasos de apoyo hacia un lado, alcanzó la puerta del lavabo sin mayor problema. Media hora después estaba dormitando en el sillón. Le rocó la mejilla con la mano, ella abrió los ojos y me miró, le dije que debería salir un rato conmigo, el aire frío le sentaría bien. Asintió, la ayudé a levantarse y se apoyó en mí para bajar la escalera, no paraba de reírse y al final consiguió meter los brazos en el chaquetón que yo sostenía delante de ella, ponerse el gorro y enrollarse la bufanda con movimientos lentos.

Fuera todo estaba oscuro y tranquilo. La temperatura había bajado drásticamente en las últimas horas, y esa capa de nubes que se había posado durante toda la semana como una lona sobre el pueblo se había retirado: sobre nosotros brillaban las estrellas. La cogí del brazo y empezamos a andar. Ella miraba hacia delante con ojos apáticos y vacíos, y de vez en cuando se echaba a reír sin motivo alguno. Bajamos hasta la capilla y volvimos, luego hasta el colegio y vuelta. Justo por encima de la montaña, al oeste, corría por el cielo una ola verdosa, y cuando desapareció, dejó atrás un velo amarillo y verde.

—Mira, la aurora boreal —dije—. ¿Has visto?

—La aurora boreal, ya, ya —murmuró ella.

Bajamos otra vez hasta la capilla. Los zapatos crujían en la nieve seca. Las montañas al otro lado del fiordo estaban silenciosas y salvajes, un poco más claras que la oscuridad que lo rodeaba debido a la nieve. El frío se posaba como una máscara alrededor de mi cara.

—¿Te encuentras un poco mejor? —le pregunté cuando dimos la vuelta.

—Mm —dijo ella.

Si eso no la despejaba, nada podría hacerlo.

—¿Entramos entonces? —le pregunté delante de la puerta de la casa. Ella levantó la cabeza, me miró y me dirigió una sonrisa que a mí me pareció diabólica. Rápidamente me puso los brazos alrededor del cuello, tiró de mí hacia ella y me besó.

Yo no quise herirla y dejé pasar unos instantes antes de enderezarme y soltarme.

—No puede ser —dije.

—No —dijo ella, y se echó a reír.

—Vamos con los demás, ¿vale? —dije.

—Sí, vamos —contestó.

Lo que había ganado de claridad se disolvió rápidamente con el calor al entrar, al cabo de un rato se metió en su dormitorio, donde estuvo tanto tiempo que al quedarnos sin anfitriona recogimos las botellas y los vasos de la mesa y entramos a echarle un vistazo. Estaba tumbada con la ropa puesta, roncando boca arriba en una gran cama de matrimonio, y nosotros nos fuimos cada uno a su casa.

Durante el resto de ese fin de semana estuve escribiendo. El domingo por la tarde vinieron a verme Hildegunn, Andrea y Live, que se aburrían como de costumbre; estuve charlando con ellas una media hora, evitando mirar a Andrea, sólo la miré una vez, y sentí como si mi mirada fuera magnética y sus ojos de hierro, porque un cuarto de segundo después me miró y se sonrojó.

Que no, que no, pequeña Andrea.

Pero ella no era pequeña, sus caderas eran femeninas, sus pechos grandes como naranjas, y en sus ojos verdes no era una alegría infantil lo que brillaba.

Les dije que debían marcharse, yo tenía otras cosas que hacer que entretener a niñas toda la tarde, ellas resoplaron, jadearon y salieron, Andrea, en último lugar, se inclinó hacia delante para ponerse las botas altas y me echó una rápida mirada antes de unirse a las demás, que ya estaban fuera esperando, rodeadas de la nieve que se arremolinaba y, por un momento, inmóviles. Al instante volvieron a rebotar de vida y bajaron la cuesta riéndose; yo cerré la puerta de golpe y giré la llave.

Por fin solo.

Puse la música lo más alto que se podía sin que estallaran los altavoces y me senté a intentar proseguir con el cuento que había empezado el día anterior.

Trataba de unos jóvenes de diecisiete años que volviendo a casa de una fiesta nocturna veían un coche que se había estampado contra una roca. Estaban borrachos, era domingo por la mañana muy temprano, la carretera por la que iban estaba desierta, sobre el paisaje colgaba una niebla densa y

húmeda. Doblaron una curva y allí, en la zanja, estaba el coche, la parte delantera abollada, la ventanilla rota. Primero pensaron que se trataba de algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, que era un viejo coche siniestrado, pero de repente descubrieron que había alguien dentro, un hombre sentado en el asiento del conductor que estaba aplastado hacia atrás y tenía la cara ensangrentada, y entonces se dieron cuenta de que el accidente acababa de ocurrir, tal vez sólo diez o quince minutos antes. ¿Cómo está?, le preguntaron, él los miró y abrió lentamente la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Qué vamos a hacer, se dijeron los jóvenes, mirándose unos a otros. Todo el escenario tenía un aire onírico, tanto por la calma del paisaje y la densidad de la niebla como porque ellos estaban muy borrachos. Tenemos que llamar a una ambulancia, dijo Gabriel. Pero ¿desde dónde? La casa más cercana se encontraba en la urbanización, a un kilómetro de distancia. Decidieron que uno de ellos iría corriendo hasta allí a llamar, mientras los otros se quedaban vigilando junto al coche accidentado. Estaba descartado por completo hacer algo con ese hombre aplastado contra el asiento, seguramente con graves lesiones internas.

Había llegado hasta ahí. No sabía lo que ocurriría a continuación, sólo que el hombre moriría mientras ellos estaban mirándolo. Posiblemente él diría algo, algo de otro contexto, incomprensible para ellos, pero sin embargo claro. También barajaba la idea de que el hombre procediera de un lugar donde estaba sucediendo otra historia. Por ejemplo, que había encerrado a su padre en una habitación donde lo maltrataba, un secreto que ahora se llevaba con él a la tumba. O no habría más que eso, el coche accidentado y destrozado en la mañana, el hombre que agonizaba.

Completamente absorto en esta imagen, con el asfalto reluciente, los abetos inmóviles, los trozos de vidrio y el metal retorcido, el olor a caucho quemado y bosque mojado por la lluvia, quizá los pilares de un puente apenas visibles a través de los centelleos rojos en algún lugar dentro de la niebla, di un alocado respingo cuando alguien empezó de repente a dar golpes en la ventana justo delante de mí.

Era Hege.

Fue como si el corazón se me desplazara, porque incluso cuando vi que era ella y pensé que llevaría un rato llamando al timbre sin que yo lo oyera, mi

pecho siguió palpitando con fuerza. Ella se rió, yo sonreí y señalé hacia la puerta, ella dijo que sí con la cabeza y fui a abrirle.

—Hola —dijo—. ¡No sabía que fueras tan asustadizo!

—Estaba escribiendo —dije—. Me encontraba en un lugar completamente diferente. ¿Quieres entrar?

Ella negó con la cabeza.

—Le he dicho a Vidar que bajaba a la tienda. Y pensé que podría pasar por aquí a pedirte perdón por lo del viernes.

—No hay nada que perdonar —dije.

—Tal vez no, pero perdón de todos modos.

—Gracias.

—No debes imaginarte nada —dijo—. Siempre me pongo así cuando me emborracho. Pierdo por completo el control sobre los impulsos y me lanzo sobre el primero que aparece. No significa nada. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí con un gesto.

—A mí me pasa lo mismo —dije.

Ella sonrió.

—¡Bien! Entonces todo está como siempre. ¡Nos vemos el lunes!

—Vale —dije—. Que te vaya bien.

—Hasta luego —dijo ella, alejándose.

Cerré la puerta y me di cuenta de que estaba cabreado, tardaría al menos una hora en volver a concentrarme en el texto, y eran ya las ocho. Quizá lo mejor sería subir al colegio y ver las noticias de deportes, pensé. Me quedé de pie delante del escritorio mirando fijamente las últimas frases que había escrito.

No. Si quería llegar a algo, tendría que darlo todo.

Seguí escribiendo.

Entonces llamaron otra vez a la puerta.

Apagué la música y fui a abrir.

Eran tres de los jóvenes pescadores. Ninguno pertenecía al equipo de fútbol, con dos de ellos apenas había intercambiado una palabra, pero sí había estado sentado con ellos en unas tres o cuatro ocasiones. El tercero era Henning. Me llevaba un año, había acabado el bachillerato y se esforzaba por distinguirse de los otros en pequeños detalles, como los zapatos puntiagudos,

los pantalones Levi's negros que llevaba, la música que escuchaba en el equipo del coche, y que se aproximaba más a lo que a mí me gustaba que a lo que les gustaba a los demás de aquel lugar.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

—Claro que sí —dije, dando un paso hacia un lado. Colgaron sus chaquetones, que por la parte de los hombros estaban cubiertos de nieve, se quitaron el calzado a patadas, entraron en el cuarto de estar y se sentaron.

Fuera el viento había arreciado. Abajo, en los muelles, el mar se lanzaba hacia dentro como un animal colérico. Ese murmullo siempre presente se teñía de un matiz más oscuro cuando hacía mal tiempo, como una especie de fragor o un crujido suave.

Dejaron cada uno su botella de vodka Absolut en la mesa.

—Por desgracia no tengo nada con que mezclar el vodka —dije.

—La metemos en el congelador y luego nos la bebemos tal cual —sugirió Henning—. Así lo hacen los rusos. Es como se debe beber. Con un poco de pimienta sabe fantástico.

—De acuerdo —dije, y fui a por vasos.

Cuando los hubieron llenado generosamente, incluido el mío, puse en el equipo de música uno de los dos mini LP que tenía de U2 y que era bastante desconocido. Henning, a quien le gustaba el grupo, me preguntó qué era, y yo pude lucirme.

La música evocó de repente la atmósfera de cuando iba a noveno y a primero de bachillerato. Ese espacio enorme, desierto, hermoso pero también solitario en la música, que yo había amado y que ahora descubrí que seguía amando, además de todo lo que había alrededor, todo lo que entonces había sucedido en mi vida, concentrado en esa increíble condensación vibrante que sólo pueden producir los sentimientos. Un año entero revivido en un solo segundo.

—¡Joder, qué buenos son! —dije.

—Salud —dijo Kåre.

—Salud —dijo Johnny.

—Salud —dijo Henning.

—Salud —dije yo, vacié el vaso y sentí un escalofrío. Subí el volumen de la música. Con la oscuridad tan densa de fuera, y las luces tan brillantes de

dentro, parecía que estábamos en una embarcación, en algún tipo de nave. Muy lejana en el espacio.

Y así era. Estábamos flotando muy lejos en el espacio. Yo lo había sabido siempre, pero no lo había entendido hasta llegar al norte. La oscuridad hacía algo con la concepción del mundo. También la aurora boreal, ese frío incendio en el cielo. Y el aislamiento.

Qué putada que no consiguiera alejar mi mirada de Andrea. Por nada del mundo debía alentar sus sentimientos.

No volver a mirarla nunca.

O al menos sólo en relación con la enseñanza.

No *necesitaba* hacer eso. El que me gustara no tenía nada que ver, me gustaban muchas otras también. Tanto de cuarto como de séptimo. La excepción era la hermana de Vivian, Liv, pero, joder, ella tenía dieciséis años, sólo dos menos que yo, el que yo la mirara *a ella* no le extrañaría a nadie.

—¿Habéis vuelto hoy? —pregunté mirando a Henning.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—¿Habéis cogido algo?

Esta vez su gesto fue negativo.

—Mar negra.

No se marcharon hasta las cinco. Para entonces me había bebido casi una botella entera de vodka. Tuve la suficiente presencia de ánimo para poner el despertador, pero cuando sonó a las ocho y cuarto debía de estar completamente muerto, porque seguía emitiendo ese sonido infernal cuando otro se mezcló con él: el del timbre y golpes en la puerta.

Me levanté tambaleándome, me eché un poco de agua en la cara y abrí la puerta.

Era Richard.

—¿Estás despierto? —preguntó—. Vamos, tu clase te está esperando. Son las nueve y cuarto.

—Estoy enfermo —dije—. Voy a tener que quedarme en casa.

—Bobadas —dijo—. Venga. Date una ducha y vístete. Yo te espero aquí.

Lo miré. Seguía ebrio, era como si mis pensamientos se encontraran en

pasillos con paredes de cristal. Veía a Richard muy lejos, aunque se encontraba a un metro de mí.

—¿A qué esperas? —preguntó.

—Estoy enfermo —repetí.

—Tienes una oportunidad —dijo—. No deberías dejarla pasar.

Nuestras miradas se cruzaron. A continuación di media vuelta y fui hacia el baño, abrí la ducha y me metí debajo unos segundos. Estaba furioso. Yo era un empleado, un profesor, y si uno de los demás empleados no iba a trabajar un día, Richard ni soñaría con ir a buscarlo. Jamás. El que él tuviera razón — porque yo no estaba enfermo— no venía al caso. Yo era un adulto, no un niño, no un alumno; si decía que estaba enfermo, estaba enfermo.

Cerré el grifo de la ducha, me sequé, me puse desodorante en las axilas, me vestí en el dormitorio, me puse el abrigo, los zapatos y una bufanda en la entrada, y abrí la puerta.

—Bien —dijo él—. Vamos, pues.

Él me había humillado, pero yo no podía hacer nada al respecto. El derecho y el poder estaban de su lado.

Siempre me había gustado la oscuridad. Cuando era pequeño y estaba solo la temía, pero cuando estaba con otros me encantaba, y también cómo transformaba el mundo. Correr por el bosque o entre las casas era muy distinto en la oscuridad que en la luz, el mundo estaba hechizado, y nosotros, nosotros éramos aventureros sin aliento, con los ojos brillantes y los corazones palpitantes.

Cuando me hice mayor había pocas cosas que me gustaran más que quedarme levantado por las noches, tanto la oscuridad como el silencio me resultaban atractivos, prometían algo grande. Y el otoño era mi estación preferida, no había casi nada mejor que caminar a lo largo del río en medio de la oscuridad y la lluvia.

Pero esta oscuridad era diferente. Esta oscuridad dejaba todo muerto. Era inmóvil, era la misma cuando te despertabas que cuando te dormías, y cada vez me resultaba más difícil encontrar un motivo válido para levantarme por la mañana. Al final lo conseguí, y cinco minutos después estaba de nuevo en el

aula delante de la clase, pero también lo que ocurrió allí quedó muerto. Tenía la sensación de que nada de lo que hacía perduraba. Por mucho que me esforzara no aportaba nada. Todo se disolvía en esa gran oscuridad en la que vivíamos. Nada importaba, daba lo mismo lo que dijera o lo que hiciera.

A la vez, también me agobiaba estar siempre bajo vigilancia, que todo el mundo supiera quién era yo, que nunca me dejaran en paz. Sobre todo en el colegio, donde Richard volaba por encima de mí como una jodida ave rapaz, dispuesto a pillarme en el instante en el que hiciera algo que no le gustaba.

Tanto beber contribuía también a aumentar mi malestar, y como nada de lo que hacía me aportaba nada, me sentía cada vez más agotado, era como si me vaciara, como si estuviera cada vez más vacío. Pronto andaría por el mundo como una sombra, un fantasma, tan vacío y oscuro como el cielo y el mar que me rodeaban.

Después del día en que Richard vino a buscarme, bebí varias veces entre semana, pero siempre conseguía despegarme de las sábanas a tiempo y llegar al colegio. Cuando él volvió a tener algo que reprocharme, ocurrió de otra forma. Yo había estado de juerga en Tromsø durante el fin de semana. Jøgge estaba de permiso y quería verme, y el domingo por la noche perdí el barco a Finnsnes, así que tuve que quedarme otra noche, y cuando por fin llegué al pueblo era tan tarde que no merecía la pena ir al colegio.

Al día siguiente Richard me llamó a su despacho. Dijo que confiaba en mí y que yo era una parte importante del colegio, pero todo tenía que funcionar, cada día tenía que funcionar, y si yo un día no aparecía en el trabajo, creaba grandes problemas a todos. También a los alumnos. Era mi responsabilidad, de nadie más, y bajo ninguna circunstancia debía volver a ocurrir.

Allí de pie, con los alumnos corriendo justo debajo de la ventana y él sentado detrás de su escritorio diciendo aquello con una voz alta y dura, me puse furioso. Pero su voz paralizó mi cólera, no había salida, salvo la vieja y odiada de siempre, que eran las lágrimas en los ojos.

Él me humillaba, pero a la vez tenía razón, era mi responsabilidad, no podía dejar de ir a trabajar, como cuando era estudiante y dejaba de ir al instituto.

Toda la fuerza y toda la voluntad me habían abandonado.

Cerré la puerta detrás de mí, me lavé la cara en la sala de profesores y me

senté en el sofá, ni siquiera tenía fuerzas para ir a por un café.

Torill estaba sentada en su mesa recortando algo para una decoración navideña. Se dio cuenta de que la estaba mirando.

—Tengo que probarlo aquí antes de pedir a los niños que lo hagan ellos — dijo.

—¿No aprendéis esas cosas en magisterio? —pregunté.

—Pues no, no era a cosas como éstas a lo que más importancia daban. Era más bien pedagogía y todas esas cosas inútiles —dijo con una sonrisa.

Me incorporé en el sofá.

Podría dejarlo y ya está.

¿Quién decía que no podía darme por vencido?

¿Quién lo decía?

Me lo decía todo el mundo, ¿pero quién decía que *yo* tenía que hacerles caso?

Nadie podía impedirme que renunciara al puesto, ¿no? Ni siquiera tendría que avisar con antelación, simplemente podía quedarme en el sur al acabar las vacaciones de Navidad, no volver. Sería fallar a los del colegio, pero ¿quién decía que no podía hacerlo?

El profesor que había tenido mi clase el año anterior llegaba borracho al colegio, faltaba cada dos por tres, y al final se marchó sin más y no volvió.

Ah. Cómo se quejaban de él, cómo le criticaban durante los meses que yo llevaba allí.

Me levanté y al instante sonó el timbre, tan hecho estaba ya mi cuerpo a la rutina. Pero la idea de dejarlo brillaba dentro de mí. Quería ser libre, y la libertad estaba en todas partes excepto allí.

Después de la última clase de ese día llamé a mi madre. La pillé justo antes de marcharse del trabajo.

—Hola, mamá —dije—. ¿Tienes tiempo para hablar un poco?

—Sí, sí, claro. ¿Ocurre algo?

—No, no. Todo sigue igual. Pero empieza a resultar muy pesado. Me cuesta mucho levantarme por las mañanas. Y hoy se me ha ocurrido que si quiero puedo dejarlo. No estoy muy a gusto aquí, ¿sabes? Tampoco tengo

formación para este trabajo. He pensado que podría empezar a estudiar en la universidad después de Navidad en lugar de volver aquí. Ponerme a estudiar para las pruebas preparatorias.

—Entiendo que estés frustrado y que te resulte pesado —dijo ella—. Pero opino que deberías pensártelo un poco antes de tomar una decisión. Falta muy poco para las vacaciones de Navidad, entonces podrás relajarte y estar tranquilo, pasarte todo el día tumbado en el sofá si quieres. Creo que cuando vuelvas allí después, lo verás todo con otros ojos.

—¡Pero eso es justo lo que no quiero!

—En la vida las cosas tienen sus altibajos. Durante algún tiempo te gustaba mucho. Es natural que ahora tengas un período de bajón. Por supuesto yo no te puedo decir que no lo dejes, eso tienes que decidirlo tú. Pero lo único que te digo es que no hace falta que lo decidas en este momento.

—Creo que no entiendes lo que estoy diciendo. No va a mejorar. No es más que un jodido trajín. ¿Y para qué?

—La vida es a veces un trajín —dijo ella.

—Eso es lo que dices siempre. Pero porque tu vida sea un trajín, la mía no tiene por qué serlo, ¿no crees?

—Sólo pretendía darte un consejo. Creo que es bueno.

—Vale —dijo—. Lo más probable es que lo deje, pero tienes razón en que no tengo que decidirlo en este momento.

Solía cuidarme bien de que la sala de profesores estuviera vacía cuando llamaba por teléfono, o que sólo se encontrara allí Nils Erik, pero esta vez estaba tan indignado y desesperado que no había reparado en ello. Cuando abrí la puerta, vi a Richard en la cocina.

—Hola, chico —dijo—. Estoy fregando los cacharros. ¿Te vas a casa?

—Sí —dijo, me di la vuelta y me marché.

¿Lo habría oído? ¿Para colmo había escuchado a escondidas?

No me lo podía creer.

Por fin llegó el último día de clase, las notas estaban entregadas, habíamos bebido café y habíamos comido la tarta, al cabo de una hora iría en autobús hasta Finnsnes, allí empezaría el largo viaje hasta casa de mi madre en Førde,

donde pasaríamos unos días antes de ir a celebrar la Nochebuena a Sørbøvåg. Richard se detuvo delante de mí.

—Quería decirte que has hecho un trabajo fantástico este medio año. Has sido una parte inestimable del colegio. Solucionaste todas aquellas pequeñas cosas. ¡Tienes que prometerme que vas a volver después de las vacaciones!

Sonrió para quitar hierro a sus palabras y convertirlas en algo chistoso.

—¿Por qué crees que no voy a volver? —pregunté.

—Tienes que volver —insistió—. La vida es dura aquí en el norte. Pero también es fantástica. Te necesitamos aquí.

El que fuera adulación pura y dura, transparente como el cristal, no impidió que un sentimiento de orgullo hinchara mi pecho. Porque él tenía razón. Yo *había* hecho un buen trabajo.

—Claro que volveré —dije—. ¡Feliz Navidad! ¡Nos vemos en 1988!

Al día siguiente por la tarde, mi madre me estaba esperando en el muelle cuando llegué a Lavik con el barco expreso desde Bergen. Eran las ocho y media, noche cerrada, la tripulación bajó la escala mientras las hélices agitaban el agua bramando. La luz de la farola de la pequeña sala de espera brillaba en el agua, que se posaba como una película sobre el asfalto. Yo bajé a tierra, me incliné para abrazar a mi madre y nos fuimos al coche. A nuestro alrededor se abrían y cerraban puertas, los motores se ponían en marcha, mientras el barco expreso seguía su rumbo por el fiordo. El tiempo era templado, en el paisaje no había nieve, el parabrisas rebosaba de minúsculas gotas que a intervalos iguales eran barridas por los limpiaparabrisas. Las luces de los focos vagaban como dos animales asustados delante de nosotros. Árboles, casas, gasolineras, ríos, montañas, fiordos, bosques enteros aparecieron en esas luces. Yo iba reclinado en el asiento mirándolo todo. Hasta que no vi los árboles desde el coche no caí en la cuenta de que los había echado de menos.

Mi madre había preparado un guiso antes de ir a buscarme, comimos y estuvimos charlando una hora hasta que ella se fue a dormir. Yo me quedé levantado para escribir, pero no fui más allá de unas pocas líneas. El piso lo había alquilado amueblado, y yo me sentía en él como un extraño.

Al día siguiente fuimos a la ciudad a hacer las últimas compras de Navidad. Estaba nublado, pero el velo que cubría el sol era fino y disperso, me estremecí cuando abrí la puerta, salí fuera y por primera vez en varios meses vi la ardiente bola colgada detrás de las nubes. Aunque los colores del paisaje estaban atenuados al máximo, y sólo la pálida hierba amarilla y el pálido verdor del abeto se elevaban por encima de lo gris, a mí me parecía que ardían. Nada era nítido, no había ningún contraste fuerte, ninguna cima escarpada, ningún mar infinito. Sólo céspedes, setos, casas en urbanizaciones, detrás de ellas montañas suaves y amables, todo suavizado por la humedad y una invernal luz gris.

Esa noche llegó Yngve. Era su cumpleaños, cumplía veintitrés, después de la cena tomamos tarta, café y una copa de coñac. Yo le regalé un disco, mi madre un libro. Cuando ella se acostó, nosotros nos quedamos tomando un par de copas más. Pedí a Yngve que leyera el último cuento que había escrito. Mientras él leía, yo salí a la terraza bajo la llovizna a contemplar el paisaje. Me sentía muy contento de estar en casa, aunque las pocas huellas de mi madre y de su vida que existían en el piso no contribuían a hacer lo extraño más casero, como tal vez uno podía esperar, sino al revés, lo casero más extraño. Ver las cosas de ella allí era más o menos como verlas en un museo. Pero mi casa ya no era un lugar. Eran mi madre e Yngve. Ellos eran mi casa.

Me di la vuelta y miré hacia el salón. Él seguía leyendo.

¿Iba por la última página?

Eso parecía.

Me obligué a mí mismo a quedarme fuera un poco más.

Luego abrí la puerta de cristal. La cerré detrás de mí y me senté en el sofá al otro lado de la mesa, enfrente de él. Había dejado las hojas en un montón. Estaba liándose un cigarrillo, no me miró.

—¿Y bien?

Sonrió.

—Está bien —dijo.

—¿Seguro?

—Sí... í. Más o menos como los otros que he leído.

—Bien —dije—. Ya tengo seis. Si consigo acelerar un poco, tal vez pueda tener unos quince cuando acabe en el colegio.

—¿Qué harás entonces? —preguntó Yngve. Se puso el cigarrillo liado algo torcido entre los labios y lo encendió.

—Enviarlos a una editorial, claro —respondí—. ¿Qué te creías?

Él me miró.

—No creerás que alguien va a publicarlos, ¿no? ¿En serio lo crees?

De repente, con el alma helada me encontré con su mirada. Toda la sangre desapareció de mi cabeza.

Él sonrió.

—Sí que lo creías —dijo.

Tenía los ojos brillantes y tuve que volver la cabeza hacia otro lado.

—Puedes enviarlo —dijo—. Y a ver qué te dicen. A lo mejor despiertan su interés.

—Pero has dicho que te gustaban —le recordé, levantándome—. ¿No has sido sincero?

—Claro que sí. Pero todo es relativo. Yo los he leído como textos escritos por mi hermano de diecinueve años. Y están bien. Pero no creo que sean lo bastante buenos como para ser publicados.

—Vale —dije, y salí otra vez a la terraza. Ví cómo retomaba la lectura del libro de Fløgstad que le había regalado mi madre. La copa de coñac que reposaba en su mano. Como si lo que acababa de decir no tuviera ninguna importancia. Como si lo que yo estaba haciendo no fuera nada especial.

Que se joda.

¿Y él qué sabía? ¿Por qué iba a escucharle justo a él? A Kjartan le gustaban los textos. Él era escritor. ¿O también lo decía él basándose en que era su sobrino de diecinueve años el que escribía, que estaba bien teniendo en cuenta eso?

Mi madre dijo que pensó que yo era todo un escritor cuando los leyó. Como si para ella fuera una sorpresa, como si no lo hubiese sabido, y eso no podría ser falso. Lo dijo sinceramente.

Pero, joder, yo era su *hijo*.

No creerás que alguien va a publicarlos, ¿no? ¿En serio lo crees?

Yo se lo mostraría, joder. Yo le mostraría a todo ese jodido mundo de mierda quién era yo y de qué estaba hecho. Aplastaría a cada uno de esos cabrones. Los dejaría a todos mudos. Claro que lo haría. ¡A toda esa chusma!

Sería tan grande que nadie me alcanzaría. Nunca en la puta vida. Sería el más grande de todos. Esos jodidos idiotas. Los aplastaría a todos, uno por uno.

Tendría que hacerme grande. Era completamente necesario.

De lo contrario, ya podía suicidarme.

La visión del pálido sol invernal en ese paisaje húmedo y decolorado continuó impresionándome durante todas las navidades, era como si no hubiese visto el sol antes de que desapareciera, o la fuerza que tenía, o la riqueza de su juego con la luz en el paisaje cuando los rayos eran filtrados a través de las nubes o la niebla, o cuando simplemente brillaba desde el cielo cuando éste estaba azul, y todos los infinitos matices que surgían cuando el paisaje lo reflejaba.

En Sørbøvåg todo estaba igual que siempre. La abuela no había empeorado mucho, el abuelo no estaba mucho mayor y el ardor en los ojos de Kjartan no era mucho menor. Desde las navidades anteriores había aprobado los exámenes preparatorios para la universidad, tras un curso al que había asistido en Førde, y ahora era el nombre de su profesor, y no el de Heidegger y Nietzsche, al menos no tan a menudo como antes, el que se mencionaba de esa manera sobrentendida y familiar. Yo había pensado que a lo mejor podíamos charlar un poco de literatura, pero más allá de mostrarme algunos poemas de los que no entendí ni papa, no llegó a nada. Se había hecho con un telescopio, lo había colocado en el salón, junto a la ventana que llegaba hasta el techo, y allí se quedaba mirando el universo por las noches. También le interesaba el antiguo Egipto, se sentaba en su viejo sillón de cuero a leer sobre esa cultura enigmática tan alejada de nosotros que a mí casi no me parecía humana, como si de hecho realmente hubiesen sido dioses. Pero yo no sabía nada de eso, me limitaba a hojear sus libros cuando él se ausentaba y a echar un vistazo a las fotos.

El 28 de diciembre me fui a Kristiansand para celebrar allí la Nochevieja. Espen y algunos otros habían reservado una habitación en el Hotel Caledonien, que acababan de inaugurar después del incendio. La habitación estaba hasta arriba de gente bebiendo y fumando, al poco tiempo llegaron dos bomberos con el equipo completo corriendo por el pasillo. Yo casi me muero de risa al

verlos. Estaba justo a punto de subir al tejado, al rato me senté con algunos otros en el borde con las piernas colgando sobre la ciudad debajo de mí y con el cielo lleno de fuegos artificiales. Hablamos de ir al festival de Roskilde en verano, y medio planifiqué con Lars un viaje en autostop hasta Grecia después. También me dio tiempo a hacer una visita a mis abuelos paternos, todo estaba igual que siempre en esa casa, con sus cachivaches y sus olores. Era yo el que cambiaba, era mi vida la que avanzaba a una velocidad vertiginosa.

El 3 de enero cogí el avión a Tromsø, a un poco más de mitad del camino fue como si nos metiéramos en un oscuro túnel que yo sabía que no terminaría, estaría así, oscuro del todo día y noche, durante varias semanas. Luego todo daría la vuelta lentamente, pronto la oscuridad se ausentaría y la luz llenaría cada hora de la noche y del día. Igual de delirante, pensé, sentado en el estrecho asiento del avión fumando.

Pero primero fue la oscuridad. Se posaba pesada y densa sobre el pueblo cuando llegué en el autobús a mediodía del 4 de enero, no abierta como podía ser cuando el cielo estaba despejado y brillaban las estrellas del universo, sino pesada y densa como el fondo de un pozo cegado.

Abrí con llave la puerta del piso y entré, dejé la mochila en el suelo y encendí la luz del techo. Tenía la sensación de haber vuelto a casa.

Allí colgaban el póster de Betty Blue, el del Liverpool, el nuevo cartel paisajístico que había comprado en Finnsnes uno de los primeros días allí.

Puse en marcha la cafetera eléctrica, luego me agaché delante de la colección de discos y empecé a echar un vistazo. A continuación, dejé vagar la mirada por la pequeña colección de libros que había ido adquiriendo. Todo me llenó de alegría.

Me fui a la cocina y me serví una taza de café. Por la ventana vi una panda de chiquillos subiendo la cuesta. Por si venían a mi casa, puse el *Réquiem* de Mozart, era uno de los dos discos de música clásica que tenía, y subí el volumen a tope.

Llamaron a la puerta.

Andrea, Vivian, Live, Stian e Ivar, ese chico larguirucho de noveno, estaban fuera.

—Feliz Año Nuevo —dije—. Entrad.

Desde la entrada, donde estaban quitándose la ropa de abrigo, oí decir a

Vivian: *¡está escuchando ópera!*

Sonreí para mis adentros y los recibí con la taza humeante en la mano. Stian sólo había estado en mi casa una vez, al principio, con Ivar, examinó mi colección de discos y me preguntó si no tenía nada heavy. En las pocas horas que estaba en mi clase en el colegio procuraba ignorarlo en la medida de lo posible, intentando no caer en sus provocaciones. Yo no le exigía nada, pero él lo había decidido así. Tor Einar lo tenía en muchas más clases que yo y había decidido hacerle frente, pero no le iba muy bien, una vez entró temblando en la sala de profesores, entre Stian e Ivar lo habían noqueado en el suelo y luego Ivar lo había agarrado por el cuello. Ambos fueron expulsados unos días por ese incidente, pero el colegio era tan pequeño y el pueblo tan transparente que lo que en otras partes se habría considerado muy grave, allí no lo era tanto. Se opinaba que a Stian y a Ivar se les podía manejar. Las veces que salían a pescar, o que por otro motivo se juntaban con algunos de los hombres jóvenes, eran unos niños, unos chiquillos de mierda que no interesaban a nadie. Tor Einar no podía pues aparecer y decir que lo habían agarrado por el cuello. Al menos no para granjearse simpatía o comprensión.

Se sentó en el sofá con las piernas muy separadas. Era el único que no se había quitado la ropa de calle. Vi que las tres chicas lo miraban muy atentas, como preparadas para secundarlo a la mínima insinuación. Cuando él hablaba, ellas lo miraban con devoción. Si él se dirigía directamente a ellas, ellas bajaban la vista y se retorcían incómodas en el sofá.

—¿Habéis recibido buenos regalos por Navidad? —pregunté.

Vivian resopló.

Fui a sentarme en el sillón, al otro lado de la mesa.

—¿Y tú, Stian? ¿Recibiste algo bueno?

Él también resopló.

—He salido a pescar —dijo—. He ganado algo de dinero. Cuando desaparezca la nieve me compraré un ciclomotor.

—Cumplirá dieciséis en marzo —intervino Andrea.

¿Por qué lo dijo?

—Entonces sólo tienes tres años menos que yo —dije—. Dentro de poco podrás heredar mi trabajo. Porque eso es lo que quieres, ¿no?, ser profesor de colegio.

Stian volvió a resoplar, pero esta vez esbozó una pequeña sonrisa.

—De eso nada —dijo—. La única libreta que abriré cuando acabe noveno será la del banco.

Se rieron.

—¿Y tú, Ivar, qué harás? —pregunté.

—Pescar —respondió.

Tenía sólo dieciséis años, pero ya era el más alto del pueblo. Tanto llamaba la atención su altura que él probablemente no pensaba en otra cosa. Resultaba penoso verlo al lado de las tres chicas de séptimo, el chico sufría con todo lo que era pequeño y delicado, letras, números, conversación, juegos de pelota, chicas. En casi todos los aspectos era un niño, se reía ruidosamente de las cosas más elementales y estúpidas, se ponía colorado como un tomate cuando se le corregía, y sólo estaba a gusto con Stian, que lo dirigía como a un perro. Había perdido a su padre de pequeño, y las veces que había venido a casa había sido para hablar de él. Ocurrió en los setenta, un barco pesquero se hundió sin dejar rastro, toda Noruega habló de ello durante unos días, pero luego se olvidó, y únicamente era recordado en el pueblo por Ivar, su madre y los demás familiares. Sólo un año después del suceso se vinieron a vivir a Håfjord, donde la madre tenía algunos parientes. Ésta era su historia, su destino, el padre que murió cuando él era pequeño.

—¿Y vosotras? —dije, mirando a las tres chicas.

Se encogieron de hombros. Solían tomarse muchas confianzas cuando estaban en mi casa, yo me metía con ellas, ellas se reían y me contestaban, les encantaba ser descaradas. Pero ese día se mostraban más reservadas. Ante Stian no querían revelarse, entre ellos el juego era otro, la apuesta más alta.

—Vivian tiene novio —dijo Live de repente.

Vivian le lanzó una mirada enfurecida y le dio un fuerte puñetazo en el hombro.

—¡Ay! —gritó Live.

—¿Ah, sí? —dije yo.

—Sí —contestó Live, frotándose el hombro—. Está saliendo con Steve.

—¿Steve? —pregunté—. ¿Quién es ése?

—Un tipo que se mudó aquí en navidades —dijo Stian—. Viene de Finnsnes y va a dedicarse aquí a la pesca en primavera. Dicen que es un inútil.

—No es verdad —replicó Vivian, sonrojándose.

—Tiene veinte años —dijo Live.

—¿Veinte años? —dije—. ¿Es posible? ¡Tú tienes trece!

—Sí —contestó Vivian—. ¿Y qué?

—Aquí arriba estáis locos —dije riéndome.

Me levanté.

—Creo que debéis marcharos ya. Acabo de entrar por la puerta. Tengo que deshacer el equipaje y todo eso. Prepararme un poco antes de que empiece el colegio. Es que tengo una clase terrible, ¿sabéis? No saben nada.

—Ja, ja —dijo Andrea, levantándose del sofá. Fue hacia la entrada, donde colgaba su chaquetón blanco. Los otros la siguieron, por unos segundos todo fueron chaquetones y mangas, gorros y guantes, y luego salieron murmurando y riendo a la oscuridad. Yo deshice el equipaje, cené y leí un par de horas en la cama antes de apagar la luz y dormirme. Luego me despertaron unos ruidos en la habitación de arriba, eran Torill y su marido, el suelo temblaba, ella gritaba y chillaba, él jadeaba, me llevé el edredón al sofá y dormí allí el resto de la noche.

Nils Erik y yo nos mudamos a la casa el fin de semana siguiente. Salvo el dormitorio y el cuarto al otro lado de la sala de estar, donde yo escribiría, compartíamos todo. Nos turnábamos para hacer la comida, él un día, yo el siguiente, y lo mismo hacíamos para fregar los cacharros. Apenas pasaba una tarde sin que recibiéramos alguna visita, de alumnos o de los demás profesores, sobre todo de Tor Einar, él venía casi todos los días, pero también Hege venía a menudo. Muchos fines de semana Nils Erik se iba de excursión, siempre me preguntaba si quería ir con él y yo contestaba que no, no tenía nada que hacer en la naturaleza, además siempre había alguna fiesta en algún lugar, y si no iba, me quedaba en casa a escribir, ya no cuentos, sino una novela llamada *Agua por encima, agua por debajo*. El título lo había sacado de una canción que habían compuesto Yngve y su amigo de Arendal Øyvind. La novela trataba de un joven, Gabriel, que iba al instituto en Kristiansand, y contendría una misteriosa historia marco con pequeños textos tipo reportaje y una historia contemporánea, que trataría sobre todo de beber y de chicas,

interrumpida a intervalos iguales por breves episodios de la infancia del chico. Todo culminaría cuando lo atan durante una fiesta celebrada en una cabaña de la provincia de Agder y cae en una depresión que lo lleva a un hospital psiquiátrico, donde se cierra el círculo, porque esos pequeños informes objetivos con los que hasta entonces ha empezado cada capítulo provienen de allí.

Con el fin de tener más tiempo para escribir, cuando empezó el colegio di la vuelta por completo al día. Como tanto de día como de noche estaba oscuro, no importaba cuándo uno dormía o estaba despierto, mañana y tarde, noche y día, en la práctica era todo lo mismo. Me levantaba sobre las once de la noche, escribía hasta las ocho de la mañana, me duchaba y me iba al colegio; cuando acababa allí, sobre las tres de la tarde, me iba a la cama.

Cuando no conseguía escribir, me vestía y salía a dar un paseo por el silencioso pueblo, escuchando el murmullo de las olas que golpeaban la playa, dejando deslizar la mirada por las laderas de las montañas, que, debido a la nieve, al principio parecían flotar en la oscuridad y luego eran completamente absorbidas por ella. A veces me metía en el edificio del colegio. Podían ser las tres o las cuatro de la madrugada, veía mi reflejo en las ventanas por las que pasaba, mi cara vacía, los ojos vacíos. Alguna vez me quedaba leyendo un libro en el sofá de la sala de profesores, viendo alguna película en la televisión o simplemente durmiendo unas horas hasta que me despertaba el sonido de la puerta que se abría y entraba Richard, que solía ser el primero que llegaba por la mañana. No hacía falta nada más para que me invadiera la sensación de caos, de no controlar nada, de encontrarme al borde de... ¿al borde de qué?

Yo cumplía con mi trabajo. Daba igual que lo realizara al final de mi jornada en lugar de al principio, ¿no?

Pero algo tenía la oscuridad. Algo tenía ese pequeño lugar apartado. Algo tenía eso de ver las mismas caras todos los días. Mi clase. Mis colegas. El dependiente de la tienda. Alguna que otra madre, algún que otro padre. A veces los pescadores jóvenes. Pero siempre la misma gente. La nieve, la oscuridad, la luz chillona del paisaje del colegio.

Una noche que estaba dando un paseo, camino del colegio, un bulldozer vino detrás de mí. Tenía montada una cuña quitanieves delante, la nieve flotaba a lo largo de la máquina y sobre los montones que había al lado de la carretera, en el techo brillaba una luz naranja, por delante subía por un tubo un espeso humo negro. El conductor no me miró al adelantarme. Algo más arriba en la cuesta se paró sin apagar el motor. Cuando llegué hasta él se puso en marcha otra vez. Iba tan despacio como yo. Yo lo miré, ¿qué estaría haciendo? Miraba fijamente delante de él, y yo me estremecí de malestar, ese vehículo trepidante, rugiente, rascando y parpadeando, me llegaba directamente al alma. Aceleré el paso. Él aceleró la marcha. Yo me fui a la derecha, él dirigió el vehículo a la derecha. Yo di la vuelta, él siguió hacia delante, pero luego dio la vuelta él también, joder, y cuando alcancé la cuesta del colegio, él estaba otra vez justo detrás de mí. Eché a correr, resultaba escalofriante, porque a nuestro alrededor todo estaba muerto y oscuro, el pueblo dormía, sólo estábamos fuera él y yo, yo y un hombre quitanieves loco que me perseguía. Yo corría, pero eso no le importaba, simplemente aumentó la velocidad y me siguió hasta el patio del colegio. Abrí la puerta, el corazón me daba fuertes golpes, ¿me seguiría hasta allí también?

Desde la sala de profesores vi cómo quitaba la nieve del patio regular y metódicamente, tal vez estuviera así un cuarto de hora, antes de dar la vuelta y regresar al pueblo.

Al día siguiente, al volver del colegio a casa, vi al novio veinteañero de Vivian. Ella iba sentada en el coche del joven, tan rebotante de triunfo que no sabía dónde mirar cuando pasaron por delante de mí y nuestras miradas se cruzaron. Él era un joven rubio de aspecto débil, y además, según pude comprobar cuando me los encontré junto a la tienda un rato después, se reía mucho. Estaba en paro y se mudó al pueblo cuando alguien le ofreció trabajo en uno de los barcos. Nada de lo que Vivian exhibía en las clases —preguntas infantiles, provocaciones y risas ahogadas— podía mostrarlo allí, había que mantener muy alejado todo aquello, y resultaba curioso verlo, iba sentada en

el asiento delantero como una especie de persona de la realeza, con una repentina dignidad que todo el rato amenazaba con explotar, mantenida sólo por las frágiles cintas de la presunción, de manera que la niña que también era podía aparecer en cualquier momento, o incluso dominar del todo. Una risa ahogada, un gesto, un sonrojo, y ya estaba. Su novio no era el más listo del mundo, por decirlo suavemente, así que en ese sentido encajaban a la perfección. Su comportamiento en clase cambió, se hizo más importante, ya no le gustaban todas esas cosas infantiles que se les ocurrían a los otros. Pero se dejaba tentar fácilmente, y no hacían falta muchas frases para que se olvidara de esa dignidad que unos minutos antes llevaba puesta como un abrigo. Eso no significaba que ella no hubiese cambiado, o que le fuera indiferente lo que estaba ocurriendo, sólo que aún nada había echado raíces en ella. A veces se negaba a reírse de mis chistes, diciendo que yo era muy tonto, para a continuación soltar una carcajada a pesar de todo, después podía observarme con otro matiz diferente en la mirada, y contra ese matiz, que era completamente nuevo, y que también estaba presente en la mirada de Andrea, aunque no de un modo tan tajante, me veía obligado a defenderme, porque lo que hacía, sin ser consciente de ello, era acercarme más a ellas. Con esa mirada se reducía la distancia entre ellas y yo, y no porque yo me hubiese acercado a ellas, era al revés, lo veía en esa mirada que era completamente abierta, medio consciente, medio inconsciente.

¿O todo eso sólo tenía lugar dentro de mí? Porque cuando las veía en otros contextos, por ejemplo en las clases con Torill o Nils Erik, o en la tienda con sus madres, ese aspecto estaba totalmente ausente. Ellas se subordinaban a la situación, y si no lo hacían, intentaban librarse de ella mediante obstinación, enojo o protestas, y no como solían hacer en mis clases, con una mirada elocuente.

No es que yo estuviera pensando todo el tiempo en eso, eran más bien sensaciones que tenía por dentro, pequeñas brisas de alegría y temor cuando escribía durante las noches de enero y febrero. Tampoco tenía nada a que agarrarme, no se había dicho ni hecho nada, todo se limitaba a sensaciones y sentimientos, provocados por algo tan poco concreto como una mirada o un modo determinado de mover el cuerpo.

Cuando iba por el pueblo camino de la primera clase del día, mis

sentimientos eran ambivalentes, en el colegio estaba a gusto y no lo estaba. A veces notaba un ligero cosquilleo en el pecho al pensar que al día siguiente volvería a verla.

Nadie lo sabía, y casi ni yo mismo.

Un viernes a principios de febrero, todas esas pequeñas sensaciones que por separado eran insignificantes y vagas, y por eso poco exigentes, de repente se intensificaron. Como de costumbre, me había levantado por la noche, había escrito durante horas, y pasadas las cinco de la madrugada no podía más y salí a la oscuridad. A través del pueblo aún dormido subí hasta el colegio, donde después de darme una vuelta por dentro del edificio me senté en el sofá con un libro, hasta que el cansancio pudo conmigo y me recliné en el asiento con los ojos cerrados y el libro sobre el pecho.

Se abrió la puerta. Me levanté con un sobresalto, me pasé la mano por el pelo, seguramente con una mirada de culpabilidad dirigida directamente a los ojos de Richard.

—¿Has dormido aquí? —preguntó.

—Qué va —contesté—. He venido temprano para preparar las clases. Y luego me he quedado dormido.

Me miró durante un largo rato.

—Prepararé un café muy fuerte —dijo por fin—. Así te espabilarás.

—Tendrá que ser tan fuerte que una herradura pueda mantenerse en pie dentro de él —dije, levantándome.

—¿Ah? ¿Quién dijo eso?

—Creo que Lucky Luke —contesté.

Resopló y llenó la cafetera de agua, yo me fui a la sala a sentarme en mi mesa. Hacía varios meses que no había preparado una clase más allá de echar un breve vistazo al libro de texto justo antes de entrar en el aula. También se habían acabado ya la mayor parte de los métodos alternativos de enseñanza, ahora casi todas las clases consistían en un repaso del tema a tratar, y luego les mandaba alguna tarea. El objetivo era acabar el programa de todas las asignaturas. Yo ya no me fijaba en si ellos asimilaban todo o no. Lo más importante eran los marcos fijos que el programa proporcionaba y el

distanciamiento que conllevaban.

—Ya está el café, si quieres —dijo Richard, saliendo al pasillo, presuntamente camino de su despacho.

—Muchas gracias —dije.

Cuando sonó el timbre media hora después, yo estaba junto a la ventana del aula viendo a los alumnos subir la cuesta. El sueño estaba dentro de mí como agua estancada. Tocaba matemáticas las dos primeras horas, de lejos la asignatura más aburrida. Era febrero, de lejos el mes más aburrido.

—Abrid los cuadernos y empezad —dije después de que entraran y se sentaran en sus sillas. En las clases de matemáticas también estaban allí los de quinto y sexto, de modo que eran en total ocho alumnos—. Hacemos como siempre. Vosotros resolvéis los problemas, y si hay algo que no entendáis yo os ayudo. Y al principio de la siguiente clase veremos algunas cosas nuevas en la pizarra.

No protestó nadie, se deslizaron sin oponer resistencia entre el estado en el que llegaron al colegio y el que exigía la solución de problemas matemáticos. Live levantó la mano incluso antes de haber mirado el cuaderno.

Me acerqué a ella y me incliné hacia delante.

—Inténtalo primero tú sola —sugerí—. ¿No puedes?

—No me va a salir, lo sé. Es muy difícil.

—A lo mejor te resulta fácil. No puedes saberlo sin haberlo intentado. Dedicale diez minutos y vendré a ver cómo te va. ¿Vale?

—Vale —dijo ella.

Jørn, el pequeño chico listo de sexto, me hizo una seña para que me acercara.

—Hice algunos de estos problemas en casa —dijo cuando me incliné sobre su pupitre—. Pero luego me estancué. ¿Puedes ayudarme?

—A duras penas —contesté—. No se me dan nada bien las mates.

Me miró sonriendo. Creyó que estaba bromeando, pero yo decía la verdad; más o menos justo después del temario correspondiente a séptimo empecé a tener problemas, a veces incluso con el de séptimo, de repente no me acordaba de cómo se dividían dos cifras grandes y tenía que solucionarlo preguntando a los alumnos cómo se hacía. No era que no lo supiera, lo que pasaba era que no me acordaba.

—Pero esto no parece muy difícil —dije.

Él seguía muy atento mi explicación. Luego se puso a hacerlos él solo y yo me enderecé y me acerqué a la ventana.

Era un chico muy resuelto, pero en lo que tenía que ver con el colegio era bueno o malo. Le gustaban las mates, entonces todo iba bien. Pero en otras asignaturas no mostraba ningún interés.

Live volvió a levantar la mano.

—No sé —dijo—. De verdad.

Se lo expliqué. Ella asintió con la cabeza, pero sus ojos estaban vacíos.

—¿Podrás seguir tú sola? —pregunté.

Asintió.

Ella me daba pena, casi en cada clase recibía algún tipo de humillación. Pero ¿qué podía hacer yo?

Me senté en mi mesa, los miré a todos, uno tras otro, y consulté el reloj de la pared, que apenas se había movido. Al cabo de un rato Andrea levantó la mano. Nuestras miradas se cruzaron, sonreí y me levanté.

—¡Karl Ove está enamorado de Andrea! —dijo Jørn en voz alta.

Me sobresalté. Sonrojado, hice como si nada, me incliné sobre su pupitre e intenté concentrarme en el pequeño problema matemático.

—¡Karl Ove está enamorado de Andrea! —repitió Jørn.

Algunos se rieron disimuladamente.

Me enderecé y lo miré.

—¿Sabes cómo se llama eso? —pregunté.

—¿El qué? —dijo con una sonrisa despectiva.

—Cuando se dice que otros sienten lo que uno mismo siente. Eso se llama proyección. Por ejemplo si tú, que estás en sexto, estuvieras enamorado de una de las chicas de séptimo, en lugar de admitirlo podrías decir que es tu profesor el que lo está.

—Yo no estoy enamorado de *nadie* —dijo.

—Yo tampoco —dije—. ¿Vamos a hacer algo de mates ya?

Volví a inclinarme hacia delante. Andrea se apartó el pelo de la frente con la mano.

—No le hagas caso —dijo en voz baja.

Me hice el sordo, miré fijamente la columna de números que ella había

escrito y señalé los lugares donde se había equivocado.

—Ahí —dije—. No cuadra. ¿Lo ves?

—Sí —dijo—. ¿Y qué hay que poner?

—¡Eso no te lo puedo decir! —respondí—. Eres tú quien tiene que resolver el problema. Inténtalo otra vez. Yo estoy allí sentado si no te sale.

—Vale —dijo ella, me miró y sonrió rápidamente.

Temblaba por dentro.

¿Estaba enamorado de Andrea?

¿Eso era estar enamorado?

No, no.

Pero en mis pensamientos me sentía atraído por ella. Era verdad.

Cuando estaba en el colegio por las noches, junto a la oscura y tranquila agua de la piscina, me imaginaba que ella estaba sola en el vestuario, y que yo pronto entraría en él. Pensaba en cómo se cubriría, cómo me miraría, y me veía a mí mismo arrodillándome delante de ella y que ella primero me miraba asustada y luego con franqueza y ternura.

Pensaba eso y al mismo tiempo lo contrario, que ella no estaba allí dentro, en el vestuario, que yo no podía imaginarme esas cosas, y que nadie debía enterarse de lo que yo pensaba.

Temblaba por dentro, pero nadie lo sabía, porque mis movimientos estaban controlados, lo que decía lo había pensado de antemano, nada de lo que ellos veían podía delatar lo que yo pensaba.

Yo mismo apenas sabía que albergaba esos pensamientos, vivían en una especie de zona lindante, y cuando llegaban, casi explosivos, yo no los fijaba, simplemente los dejaba regresar allí de donde venían, entonces era como si no existieran.

Pero lo que había dicho Jørn lo cambiaba todo, porque venía de fuera.

Todo lo de fuera era peligroso.

Se convirtió en algo casi enfermizo quedarme solo por las noches escribiendo cuando todo el mundo dormía, y luego dar clase a los chicos con

las últimas fuerzas que me quedaban, pero estaba cada vez más agotado, de manera que a finales de febrero di de nuevo la vuelta al día, a la vez que el pequeño latido de luz empezaba a aumentar en el exterior. Fue como si el mundo volviera. Y convivir con Nils Erik estaba bien cuando venían de visita los alumnos, tanto los de cuarto como los de séptimo, los encuentros ya no eran tan tensos, yo ya no aparecía con tanta claridad, ya no era tan importante. Con Hege era diferente, ella venía casi siempre cuando Nils Erik no estaba; cómo se enteraba, nunca llegué a saberlo. Pero le gustaba hablar conmigo, y a mí me gustaba hablar con ella, a veces nos quedábamos sentados durante horas por las noches, a pesar de lo distintos que éramos.

La escritura iba peor, llegué a un punto en el que todo era repetición, a la vez que ya no sabía por qué lo estaba haciendo.

En el *Dagbladet* apareció un anuncio de la editorial Aschehoug que convocaba un concurso de cuentos, yo me entusiasmé de nuevo y envié dos de los mejores, que fueron el del vertedero y el de las piras funerarias en la llanura.

Las fiestas de la isla alternaban entre los centros sociales de los distintos pueblos, y a principios de marzo le tocó a Håfjord. Empezamos con unas copas en nuestra casa, estuvieron casi todos los profesores suplentes, y yo me sentía feliz ya después de algunas copas, esa gente me ponía alegre, y yo se lo dije a ellos camino del centro social, con la bolsa de la botella de vodka y el paquete extra de tabaco bailando en la mano.

Lo singular de esas fiestas era que no estaban reservadas a gente de una determinada edad, ni divididas en grupos según la edad, por ejemplo veinteañeros desesperados por un lado, resignadas personas de cuarenta por otro, qué va, a esas fiestas de los centros sociales acudía *todo el mundo*. Personas de setenta se sentaban en la misma mesa que jovencitos de catorce, trabajadores del pescado en la misma mesa que el inspector de educación, y el hecho de que se conocieran desde siempre no les inhibía en absoluto, las ataduras sociales estaban disueltas del todo, allí se podía contemplar a una chica de trece besarse con un joven de veinte, al igual que se podía ver a una anciana borracha bailar moviendo el vestido al estilo cancán y sonriendo con

su boca desdentada. A mí todo eso me encantaba, había en ello una libertad que jamás había encontrado en otro lugar. Pero lo cierto era que sólo podía encantarte si te encontrabas allí mismo, en medio de lo eufórico y carente de control, porque con un mínimo de sentido crítico o buen gusto todo aquello se habría derrumbado, convirtiéndose en una salvaje parodia o tal vez en una imagen distorsionada de lo humano. Jóvenes que encendían su café para que ardiera con una llama baja azul, ancianas que te miraban con ojos burlones y coquetos, hombres calvos con trajes y corbatas tipo funcionario que en un momento intentaban ligar con quinceañeras y al momento siguiente estaban inclinados vomitando en una cuneta debajo del iluminado centro social, mujeres tambaleantes y hombres llorando, todo como empaquetado en una larga fila de éxitos de las décadas de los sesenta y setenta mal tocados por grupos ya sólo apreciados por la gente de allí, y una nube de humo tan densa que si uno no lo sabía, podía creer que provenía de un enorme incendio en el sótano.

Para mí todo aquello era extraño y exótico. Yo me había criado en un lugar donde nadie bebía, o al menos nunca se veía a nadie borracho. Teníamos un vecino que se emborrachaba una o dos veces cada medio año, lo que en sí era una sensación o un evento. Había un viejo alcohólico que todos los días iba en bicicleta a la tienda a comprar sus botellas marrones de cerveza. Y eso era todo. Mis padres no bebían nunca, excepto alguna cerveza o un poco de vino con la comida. Mis abuelos maternos no bebían, mis abuelos paternos no bebían, ninguno de mis tíos o tías bebía, y si lo hacían, nunca era delante de mí. Dos años y medio antes había visto borracho a mi padre por primera vez.

¿Por qué no bebían? ¿Por qué no bebía todo el mundo? El alcohol lo engrandece todo, es un viento que sopla por la conciencia, olas que golpean y bosques que ondean, y la luz que emite dora todo lo que ves, incluso el ser más feo y repulsivo obtiene algo hermoso, y es como si toda clase de objeciones y evaluaciones desapareciera con un solo y formidable gesto de la mano, el colmo de la generosidad, aquí todo, y con esto quiero decir todo, es hermoso.

¿Por qué negarse a ello?

Aquella noche de marzo me lancé dentro de la fiesta, me encontraba como pez en el agua, me acerqué incluso a Richard, que estaba sentado con su mujer

y llevaba un traje demasiado pequeño de finales de la década de los setenta, a decirle cuánto le apreciaba, me había atado corto y con razón, luego todo había ido bien, ¿a que sí?

Claro que sí, todo iba estupendamente.

Yo no le gustaba, pero él no podía decirlo, lo único que podía hacer era esbozar una sonrisa forzada. Yo era el ganador, yo era la estrella que brillaría, él no era más que el director de un pequeño colegio, claro que me podía permitir una pequeña charla amistosa con él.

Vi a las madres de Vivian y Andrea, eran amigas y estaban sentadas en una mesa fumando, yo me senté a su lado, quería hablar un poco de sus hijas, tenían unas hijas fantásticas, vivarachas y guapas, les iría muy bien en la vida, estaba seguro de ello.

Nunca había hablado con ellas, excepto en las reuniones de padres, pero en esos casos dentro de un marco muy formal, yo repasaba el rendimiento y la conducta de los chicos en las distintas asignaturas, ellas me escuchaban atentamente y luego me hacían unas preguntas sin duda preparadas de antemano, antes de volver a salir a la oscuridad y regresar a casa, donde sus hijos estarían tensos esperando saber lo que la reunión había dado de sí. Ahora la situación era distinta, estábamos sentados con nuestros vasos delante, rodeados de gente tambaleándose, la música estaba alta, el aire era denso y caliente, yo estaba borracho y rebosante de ganas de mostrarme amable y sonriente con ellas. Dijeron que las niñas hablaban mucho de mí, muchísimo, bueno, casi como si estuvieran enamoradas. Ellas se rieron, yo dije que sí, que eso puede resultar difícil, un profesor que sólo tiene dieciocho años, ¡pero sea como sea, son unas chicas maravillosas!

Por un instante me pregunté si debía sacar a una de ellas a bailar, pero decidí que no, ellas tenían al menos treinta y cinco años, y aunque me habían guiñado un ojo cuando llegué, me levanté y seguí dando vueltas por el local, sentándome de vez en cuando en alguna mesa, luego salí y vi el pueblo resplandeciente debajo de mí, con el mar oscuro justo delante, y cuando volví a entrar busqué a Nils Erik para decirle lo buen amigo que era y cuánto me gustaba convivir con él en nuestra casa.

Hecho esto, volví a salir para disfrutar una vez más de las vistas. Abajo, en la cuesta, estaban mis chicas y bajé hasta allí. Vivian estaba con Steve,

Andrea con Hildegunn, les pregunté si lo estaban pasando bien, dijeron que sí, y se rieron un poco de mí, quizá porque estaba borracho, cómo iba a saberlo yo, pero no me importaba nada, yo continuaría, volvería a ese denso local lleno de humo, subí la escalera en dos zancadas, me abrí camino hasta dentro y allí, como si de una revelación se tratara, me encontré delante de una chica.

Me detuve.

Todo se detuvo dentro de mí. Ella era guapa, pero muchas eran guapas, no era eso, fueron los ojos con los que me miró, eran oscuros y rebosantes de una vida de la que yo quería formar parte. No la había visto nunca. Pero ella era de allí. Era del pueblo, eso lo supe en el momento en que le puse los ojos encima, porque llevaba un traje de fútbol completo, con camiseta, pantalón corto, medias y botas de fútbol, todos los que trabajaban en el local iban vestidos así esa noche, porque la fiesta la organizaba el equipo de fútbol y nadie de otro pueblo trabajaría gratis en una fiesta del Club de Fútbol de Håfjord.

Ella llevaba una bandeja con vasos.

Verla tan hermosa con su traje y sus botas de fútbol me produjo temblores. Eché un rápido vistazo a los muslos y piernas desnudos y era consciente de que lo estaba haciendo, de manera que para neutralizarlo miraba un poco hacia un lado, un poco hacia otro, como si estuviera escrutando el local.

—Hola —dijo con una sonrisa

—Hola —dije yo—. ¿Quién eres? No te he visto nunca, de eso estoy seguro, porque eres tan hermosa que no te habría olvidado.

—Me llamo Ine.

—¿Vives aquí y no sales nunca de casa?

—No —dijo riéndose—. Vivo en Finnsnes. Pero soy de aquí.

—Yo vivo aquí —dije.

—Ya lo sé —dijo ella—. Trabajas con mi hermana.

—¿Ah, sí? ¿Quién es tu hermana?

—Hege.

—¿Eres la hermana de Hege? ¿Por qué no me ha dicho que tiene una hermana pequeña tan guapa? Porque eres la hermana pequeña, ¿verdad?

—Sí, sí. ¿Por qué no lo ha dicho? Tal vez quiera protegerme.

—¿De mí? Yo soy la persona menos peligrosa de todas las que viven aquí.

—Te creo, pero ahora debo entrar con esta bandeja. Como ves, trabajo aquí esta noche.

—Ya —dije—. Pero podemos volver a vernos, ¿no? Cuando acabes. Seguro que habrá luego alguna fiesta en algún sitio. Ven conmigo, así podremos charlar un poco.

—Bueno, ya veremos —contestó, dio media vuelta y fue hacia el pequeño cuarto al lado del escenario, donde estaba la cocina.

La fiesta ya había acabado para mí. Nada de lo que allí sucedía me interesaba. Lo único que había en mi cabeza, y a la que echaba largas miradas, era la bella camarera vestida de futbolista.

¡La hermana de Hege!

Ella que me contaba todo, ¿por qué no me había hablado de su hermana?

Fui a buscar a Nils Erik y le dije que teníamos que organizar una continuación de la fiesta en casa. Él dudó, estaba cansado, pero yo estaba decidido a hacerlo. Mientras él no tuviera que participar, dijo, no le importaba demasiado. Pero tienes que quedarte un rato, dije. Y no tienes por qué invitar a nadie más. ¿Qué estás tramando?, preguntó. ¿Has echado el ojo a alguien? Ya lo creo, dije, llenando el vaso para mantener viva la intensidad, mientras hacía cualquier cosa para que el tiempo pasara más rápido. La veía entrar y salir de la cocina, un rato estuvo también en el puesto de venta, pero yo no me acerqué, aunque me hubiera encantado comprar un perrito caliente, sólo eso, verla apretar los botes de ketchup y mostaza sobre la salchicha, porque no quería desperdiciar el poco tiempo que iba a pasar con ella en algo que no concerniese a mi plan con ella y yo juntos en una fiesta nocturna. No quería ser pesado, pero cuando ella me regaló una pequeña sonrisa, yo le dije que íbamos a hacer una fiesta en nuestra casa, que vivíamos en esa amarilla de la curva y que sería genial que ella se uniera.

—Ya veremos —dijo de nuevo, pero no sin una sonrisa, no sin un destello en sus ojos oscuros.

¡Dios, Dios, por favor, haz que diga que sí! ¡Haz que venga!

El grupo empezó a tocar de nuevo. «Cocaine», de Eric Clapton.

Aplaudí cuando acabaron, pronto no podría más, salí tambaleándome al frío, vi a Tor Einar hablando con dos chicas de noveno con una amplia sonrisa en la boca, a una pareja dentro de un coche un poco más allá dándose el lote, y

el colegio al final del campo de fútbol, que se posaba como un parapeto en la oscuridad encendí un pitillo, me bebí el vodka, me di la vuelta y vi a Hege que se acercaba. Mi intuición me dijo que no le hablara de Ine, porque entonces se apuntaría a la fiesta y la situación se haría imposible.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No me puedo quejar —respondí.

—He visto que has hablado con mi hermana.

—Sí, la tenías bien escondida. Ni siquiera sabía que tuvieras una hermana.

—Sólo somos hermanastras. Del mismo padre, por eso no nos hemos criado juntas. Ella vive su propia vida.

—¿Vive en Finnsnes?

—Sí, estudia formación profesional, en la rama de máquinas y mecánica. Le gustan las motos. ¡Y los motoristas!

—¿Ah, sí?

En el vano de la puerta apareció Vidar. Paseó la mirada por todos los que se encontraban fuera. La mantuvo unos instantes antes de acercarse a donde estábamos nosotros. Estaba borracho, lo noté por la manera en que intentaba andar derecho y bien. Ancho y fuerte, con la camisa abierta por el pecho, donde le colgaba una cadena de oro, se paró delante de nosotros.

—Así que estás aquí —dijo.

Ella no le contestó. Él me miró a mí.

—Ya casi no te vemos. Tienes que venir a visitarnos. ¿O quizá lo haces cuando yo no estoy?

—Alguna vez —dije—. Tuvimos un pequeño encuentro con los profesores y más gente hace un par de semanas. Pero yo suelo quedarme en casa trabajando por las noches.

—¿Qué opinas realmente de Håfjórd?

—Se está bien aquí —dije.

—¿Estás a gusto?

—Sí.

—Eso está bien —dijo él—. Es importante que los profesores se sientan a gusto.

—¿Entramos? —dijo Hege—. Empiezo a tener frío.

—Yo me quedo un rato más —dije—. Necesito tener la cabeza despejada.

Entraron los dos juntos. Ella infinitamente frágil al lado de él. Pero era dura, pensé, y me volví de nuevo hacia el pueblo, tan quieto y tan tranquilo en comparación con ese caos de personas y voluntades que pululaban por el local que tenía a mi espalda.

Un rato después de que el grupo dejara de tocar, también se acabó la música, y mientras la gente se disponía a abandonar el local, se encendió la luz, chillona y vibrante, y desapareció bruscamente ese velo de magia en el que la oscuridad había envuelto todas las cosas. El suelo, que un momento antes había sido escenario de los sueños más dulces y cálidos, estaba desnudo y vacío y lleno de barro y grava de todas las botas que lo habían pisado en el transcurso de la noche. En el espacio de debajo del techo, que había palpitado como algo subacuático en rojo, azul y verde, cuando no había brillado como un cielo estrellado, ya no había nada más que una especie de lámpara con cañones de luz y un ridículo disco de lanzamiento reluciente y barato colgando en el medio. Las mesas en las que la gente había estado disfrutando junto a algo que parecía una pared de calor humano estaban amontonadas de cualquier manera, y debajo de ellas flotaban botellas y paquetes de tabaco vacíos, por algunas partes trozos de cristal de vasos rotos y una tira que otra de papel higiénico que alguien sin saberlo había sacado del lavabo. Los tableros de las mesas estaban manchados de toda clase de asquerosidades y tenían pequeñas marcas quemadas de rescoldos de cigarrillos; sobre ellos se veían ceniceros atiborrados, montones de tazas y vasos, botellas vacías de toda índole y termos de los baratos con largas marcas de café debajo de la boca. Las caras de los que aún no se habían marchado estaban extenuadas e inertes, estructuras óseas forradas de piel blanca y arrugada, los ojos como dos trozos de una masa gelatinosa, cuerpos rellenos de grasa y pliegues o tan huesudos y chupados que recordaban al esqueleto que había debajo, y que pronto descansaría limpio y fino bajo la tierra de algún cementerio azotado por los vientos con tierra salina en algún lugar junto al mar.

No, aquello no era gran cosa con todas las luces encendidas. Pero entonces salieron las seis chicas vestidas de futbolista a recoger, iban y venían con sus bandejas y trapos, y era como si la vida viniera a echar a la muerte. Me habría

gustado quedarme a mirarlas, pero ahora lo importante era dar la impresión correcta, no ser pesado, mirón o insistente, de modo que me di una vuelta por fuera, parándome a charlar con algunos, mientras intentaba planificar el siguiente paso de la noche, es decir, enterarme de dónde iría la gente a continuación a beber, en el caso de que ella no quisiera venir.

Un cuarto de hora después la gente que había delante del centro social empezó a dispersarse, y yo me atreví a entrar para dar un paso adelante. Ella estaba llevando con otra chica una mesa hasta el rincón de debajo del escenario. Cuando la dejaron en el suelo ella se pasó una mano por la frente, mientras tenía la otra apoyada en la cadera, me miró.

—Después de tanto trajín te mereces una pausa —dije—. Conozco una casa que está junto al agua. Allí podrás relajarte y recuperar fuerzas.

—¿Y no me molestará nadie?

—Nadie —contesté con una sonrisa.

Se rozó la mejilla con el dedo índice, apoyó el pulgar en la barbilla y me miró con las cejas levantadas. Oh, Dios, qué guapa era.

Transcurrieron cinco segundos. Transcurrieron diez.

—De acuerdo —dijo—. Te acompañaré. En cualquier caso, aquí ya hemos acabado. Voy a cambiarme.

—Te espero fuera —dije, y me di la vuelta para que ella no viera mi sonrisa, tan amplia que la boca estaba a punto de reventar.

Unos minutos después bajaba la escalera mientras se subía la cremallera del plumas azul marino y se colocaba el gorro blanco de punto de una manera que hizo palpitar mi corazón con mucha fuerza esperando en la oscuridad.

Se detuvo delante de mí, se puso los guantes, también blancos, y se cambió de una mano a otra la bolsa que llevaba.

—¿Nos vamos? —dijo, como si hiciera años que nos conociéramos.

Asentí con la cabeza.

Todo lo ligero y fácil desapareció cuando empezamos a bajar la cuesta. Estábamos sólo ella y yo. Y cuánto me gustaban sus movimientos y gestos mientras andaba por el camino cubierto de nieve.

Era alta y esbelta, las caderas perfectamente arqueadas, los pies pequeños,

la nariz pequeña e infantil, y sin embargo no había nada frágil en su aspecto, no era una persona que apelara a los cuidados, o que uno sintiera deseos de cuidar, y su fuerza, que también era frialdad, tal vez me resultara lo más irresistible de ella.

Cuando sus ojos no resplandecían de vida, eran oscuros y tranquilos.

Me tocaba a mí la jugada de apertura, ella me estaba esperando, yo era el que había puesto en marcha todo aquello.

Ya estábamos al lado de mi antiguo piso.

—¿Dónde te alojas cuando estás aquí? —pregunté.

—En casa de mi madre —contestó, señalando abajo a la derecha—. Vive allí abajo.

—¿Fuiste al colegio aquí?

—No, me crié en Finnsnes.

—¿Y ahora estudias maquinaria y mecánica?

—¿Has hablado con Hege? —preguntó, mirándome.

—Qué va. Lo he adivinado.

Se hizo el silencio. Yo ya no me sentía a gusto e intenté pensar en otra cosa para que ella no se diera cuenta de lo nervioso que estaba. Si los perros huelen el miedo, las chicas huelen los nervios. Ésa era mi experiencia.

Desde lejos vi que había luz en el cuarto de estar. Cuando entramos nos encontramos a Nils Erik, Tor Einar y Henning. Estaban escuchando a Nick Cave y bebiendo algo que debía de ser vino tinto. Nos sentamos en el sofá. El ambiente era de fin de fiesta, no había energía alguna en la habitación, sólo ojos vacíos y pequeños sorbos de vino. Tor Einar intentó un par de veces iniciar una conversación, pero nadie picó, su risa era recibida con miradas educadas y apagadas.

—¿Quieres beber algo? —le pregunté a Ine—. ¿Una copa de vino tinto? ¿Un poco de vodka?

—¿Tenéis cerveza?

—No.

—Una copita de vodka entonces.

Fui a la cocina, que estaba helada, como de costumbre, y saqué dos vasos del armario, eché un chorrito de vodka en cada uno y lo mezclé con 7-Up, mientras me preguntaba a mí mismo qué hacer. Tal vez sería mejor esperar.

Los otros se irían pronto y entonces nos quedaríamos solos. Pero si aquello se alargaba otra media hora sería muy posible que ella se marchara. No había nada que la retuviera allí. ¿Y si sugiriera sin más que subiéramos al dormitorio?

No, no, eso sería lo último que debería hacer. En ese caso ellos estarían sentados aquí abajo escuchando cada movimiento de arriba, no podía ser.

Pero tenía que conseguir quedarme a solas con ella.

¿Podríamos meternos en el cuarto de escribir?

Entré en la sala de estar con un vaso en cada mano. Puse uno de ellos en la mesa delante de Ine, que me miró esbozando una sonrisa.

—A mí esta música está a punto de deprimirme —dije—. ¿Podemos poner otra cosa?

—Lo que quieras —dijo Nils Erik.

¿Qué le gustaría a ella?

¿O tal vez podría poner algo que a mí me gustara, algo que le permitiera hacerse una idea de cómo era yo? ¿Por ejemplo Hüsker Dü? ¿O *Psychocandy*, de The Jesus and Mary Chain?

—¿Alguien tiene alguna petición especial? —pregunté en cuclillas delante de los discos.

Nadie contestó.

¿Smiths, quizá?

No, demasiado quejumbroso. Y yo sospechaba que eso era algo que ella odiaba.

Algo duro y masculino. ¿Pero qué?

¿No tenía yo nada de ese tipo de música? ¿Todo lo que tenía era femenino y quejumbroso?

Podría ser Led Zeppelin.

Cuando la aguja recorrió el primer surco, me levanté. Había que estar en movimiento, porque si me sentaba, ese escenario de inmovilidad haría parecer muy llamativo todo lo que hiciera a partir de entonces.

—¡Salud! —dije, levantando el vaso y rozando levemente el de los demás, el de Ine al final.

—Ven —dije—. Voy a enseñarte una cosa.

—¿El qué? —preguntó.

—Está ahí dentro —dije, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta del otro lado del cuarto de estar—. Te he hablado antes de ello. ¡Ven!

Ella se levantó, atravesamos la estancia, cerré la puerta detrás de nosotros y nos encontramos en medio de los montones de libros, papeles y cajas de mudanza, cada uno con su vaso en la mano.

Ella miró a su alrededor. Yo me senté en la silla.

—¿Qué querías enseñarme? —preguntó.

—Nada —dije—. Aquello estaba muy aburrido. Ven, siéntate aquí.

La cogí de la mano y la senté sobre mis rodillas. Luego ella dio la vuelta a la situación, me cogió la mano y la miró. Pasó el pulgar por ella.

—Son muy suaves —dijo—. Tú nunca has trabajado con las manos en toda tu vida, ¿a que no?

—No mucho —respondí.

—¿Nunca has cogido una pala? ¿O una llave inglesa?

—No.

Sacudió la cabeza.

—Eso no está bien. Y además veo que te muerdes las uñas. ¿Eres nervioso?

—Sí, creo que sí.

—¿Y por qué querías traerme a tu casa?

Allí estaba yo, con la polla empalmada, sin saber qué contestar.

Ella se inclinó hacia delante y abrió la boca. Nos besamos. Yo le acaricié la espalda, luego la agarré de alguna manera y la apreté fuertemente contra mí, era *maravillosa*, y ella apartó la cabeza.

Me acarició la mejilla con la mano.

—Eres guapo —dijo.

Sus ojos oscuros brillaron al sonreír.

Nos besamos de nuevo.

Luego se levantó.

—Tengo que irme —dijo.

—No, no puedes —dije—. Ahora no.

—Sí. Pero estoy aquí mañana también. Pasa por casa si quieres. Estoy en casa de mi madre.

Abrió la puerta, yo la acompañé hasta la entrada, ella se puso el chaquetón

y salió; apenas se volvió y dijo adiós antes de desaparecer por el camino.
Se había dejado una bolsa.

Al día siguiente, bueno, ¿en qué pensé yo al día siguiente?

Ine.

Había ocurrido un milagro. En mi cuarto, esa noche, un milagro.

Ine, Ine, Ine.

Pero aplacé la visita. La noche anterior estaba borracho, y cuando estaba borracho todo marchaba por sí solo. Ahora estaba sobrio y podía echarlo todo a perder.

Ya eran las tres cuando por fin me atreví a salir e iniciar el largo camino hasta allí.

La madre, una señora mayor con pelo blanco, abrió la puerta.

—¿Está Ine? —pregunté.

—Sí —contestó—. Está en el cuarto de estar. Entra si quieres.

Ine en el cuarto de estar era diferente a Ine de fiesta. Llevaba unos pantalones grises de chándal y una camiseta blanca con un dibujo de una moto. Tenía el pelo recogido. Sonrió al verme, se levantó con mucha naturalidad, me preguntó si quería café.

—Sí, por favor.

Se fue a por una taza y puso un termo blanco en la mesa delante de mí.

Lo cogí y me dispuse a girar el tapón. Pero las palmas de mis manos estaban demasiado sudadas. La mano daba vueltas sin conseguir abrirlo. Apreté todo lo que pude y logré agarrarlo, pero empleé todas mis fuerzas en empujar el tapón hacia dentro y no conseguí girarlo.

Ella me miró.

Yo me sonrojé.

—¿Te ayudo? —dijo.

Dije que sí con la cabeza.

—Tengo las manos muy resbaladizas.

Se acercó y giró el tapón sin ningún problema.

—Ya está —dijo, y volvió a sentarse.

Me serví café y di un sorbo.

Hasta entonces no había dicho nada.

—¿Cuándo vuelves a Finnsnes? ¿Esta tarde?

Ella dijo que sí con la cabeza. Su madre entró en ese momento.

—Tú trabajas con Hege, ¿no? —dijo.

—Sí.

—Le caes muy bien —intervino Ine—. Al menos habla mucho de ti.

—No me digas.

—Sí, es verdad.

¿Qué era todo eso? ¿Qué hacía yo allí? ¿Íbamos a *conversar*? Eso sería un error. ¡Un error, un error, un error!

—¿Dónde vives en Finnsnes? —pregunté.

—Justo detrás del banco.

—¿Estás de alquiler?

Dijo que sí.

—¿Estás a gusto en Håfjord? —preguntó la madre.

—Sí, la verdad es que estoy muy a gusto —respondí.

—Sí, es un buen pueblo —dijo la madre.

—¡Mamá! —dijo Ine—. Le estás aburriendo.

La madre sonrió y se levantó.

—De acuerdo, os dejaré tranquilos.

Salió de la habitación. Ine tamborileó los dedos en la mesa.

—¿Puedo volver a verte? —le pregunté.

—Me estás viendo ahora —contestó.

—Es verdad —dije—. Pero de otra manera, me refiero. Podríamos cenar juntos o algo así. ¿Qué te parece?

—Tal vez —respondió.

Ella tenía un aspecto fantástico. Lo último que necesitaba en su vida era un tío ruborizado y sudando.

—En realidad sólo pasaba por aquí camino del colegio —dije—. Tengo que trabajar un poco, planificar la jornada de mañana.

Me levanté.

Ella se levantó también.

Salí a la entrada, ella me siguió y se quedó mirando mientras me ponía el chaquetón y las botas.

—Que te vaya bien—dijo.

—Adiós —dije, y me apresuré cuesta arriba hacia el colegio, donde no tenía nada que hacer, pero saqué la llave y abrí por si ella me seguía con la mirada desde la casa donde se encontraba. Estaba casi seguro de que no era el caso, y de que ella me había olvidado en el instante en que cerró la puerta detrás de mí, pero de ninguna manera quería que me pillara en una mentira tan cobarde. Y ya que estaba en el colegio, podía sentarme y ver un poco la televisión, era domingo y ponían mucho deporte.

Ine, Ine, Ine, se rieron mis alumnas cuando llegué a la primera clase al día siguiente.

Así que lo sabía todo el mundo.

Hice como si nada, pero no pensaba en otra cosa.

Ine, Ine, Ine.

Por las noches me quedaba despierto en la cama pensando en cuál sería mi siguiente jugada. Ella se había dejado una bolsa en mi casa, tendría que volver a por ella. O se la podría llevar yo a Finnsnes.

Yo lo había echado todo a perder durante aquella pesadilla de visita, ni siquiera había conseguido abrir un termo, ¿qué podía entonces esperar de una nueva visita? ¿Que se echara en mis brazos?

Tendría que verla estando borracho, era mi única posibilidad.

Ine, Ine, Ine.

El breve recuerdo de ella me quemaba por dentro, nunca me había pasado nada parecido, era incuestionable, todo se centraba en lo mismo, de repente sólo importaba ella.

Iba y venía de casa al colegio por el día, daba largas carreras por las tardes con el fin de agotar el pensamiento en ella, y luego, al domingo siguiente, ella apareció de pronto.

Llamaron a la puerta, abrí, y allí estaba ella.

La bella Ine.

—Creo que me dejé aquí una bolsa —dijo—. Vengo a recogerla.

—¿Es ésta? —pregunté, enseñándosela.

—Sí —dijo—. Gracias.

Dio media vuelta para marcharse.

—¿No quieres entrar? —pregunté.

Sacudió la cabeza, pero no de un lado para otro, fue como si el movimiento se parara en el medio, y me encantó.

—Tengo que volver a Finnsnes —dijo, y empezó a subir la pequeña cuesta hasta la calle. Estaba resbaladizo, daba pequeños pasos.

—¿Has hecho todo este camino sólo para recoger la bolsa? —pregunté.

—No, no. Llevo aquí todo el fin de semana —dijo; ya había llegado arriba y aceleró el paso.

Yo no sabía nada de ella, excepto que tenía dieciséis años, que le gustaban las motos y que estudiaba formación profesional.

No era mucha base para construir una relación.

Pero la chica era un milagro de naturalidad, y era dura.

Tenía los pechos grandes y las piernas largas.

¿Qué más podía pedir yo?

Nada, eso era todo.

¿Y qué podía hacer yo?

Nada, yo no le iba para nada, le había costado menos de cinco minutos darse cuenta.

Se lo conté todo a Hege. Estábamos sentados cada uno con las manos alrededor de una taza de té.

—Ine no te conviene de ninguna manera —dijo ella—. No tienes ni idea. Olvídate.

—No puedo —contesté.

Me miró.

—No querrás decir que estás *enamorado* de mi hermanita, ¿no?

—Sí, sí que lo estoy.

Dio un sorbo de té y se apartó el abultado pelo de la frente.

—Ay, ay, Karl Ove —dijo.

—Sé que es un jodido tópico, pero sólo pienso en ella.

—Nunca podrás estar con ella. No es posible. De hecho, es impensable.

—No sirve de nada que me lo digas —dije—. Tengo que intentarlo.

—De acuerdo —dijo ella—. Iremos a Finnsnes, vamos a la discoteca, perdemos el autobús y nos quedamos a dormir en su casa.

—¿Por qué no puede ella venir a la discoteca?

—A ella no le gustan las discotecas.

Era un plan y lo seguimos a rajatabla.

El viernes por la noche Hege y yo nos encontramos delante de una casa, detrás de un banco, no muy lejos de una discoteca. Hege llamó al timbre e Ine bajó.

Si se sentía molesta porque su hermana la había engañado, lo disimulaba muy bien.

Ellas se abrazaron, yo miré al suelo intentando ser lo más discreto posible, subí la escalera detrás de ellas, me senté en un sillón y no en el sofá para que ella no se sintiera manipulada y obligada a sentarse a mi lado.

Su atuendo era igual de informal que la última vez. Un pantalón de chándal reluciente, muy ajustado por los muslos, y una camiseta blanca normal y corriente.

Hizo té, y ellas se ocuparon de charlar, yo me limitaba a estar allí, haciendo de vez en cuando algún que otro comentario.

El estudio constaba de una sola habitación con una pequeña cocina en un extremo. La habitación era bastante grande, pero no exactamente una sala, y mientras estaba allí sentado me preguntaba todo el rato qué era lo que Hege tenía planeado. ¿Cómo podría ocurrir algo allí?

Ine preparó un colchón extra en el suelo, que colocó justo delante de la puerta, allí dormiría yo. Hege compartiría la cama de matrimonio con su hermana.

Bueno, bueno.

Se apagó la luz, las dos estuvieron susurrando un rato, luego se hizo el silencio.

Yo yacía boca arriba mirando al techo.

Qué extraña se había vuelto mi vida.

Como de un sueño una figura se levantó de la cama. Era Ine, que se acercó y se acostó a mi lado.

Dios mío, estaba desnuda.

Se acurrucó junto a mi cuerpo, respirando con dificultad.

Nos besamos, yo le acaricié todo el cuerpo, esos grandes y maravillosos pechos oscuros, ah, los devoré y noté su vello liso contra mi muslo, ella respiraba con dificultad, yo respiraba con dificultad, ¿iba a ocurrir ahora con esa fantástica fan de las motos?, me dio justo tiempo a pensar.

Ella se restregó contra mí y yo me corrí.

Aparté la cabeza y me apreté contra el colchón.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Te has corrido? —preguntó ella.

—Mm —dije yo.

Ella se levantó, volvió sigilosamente a la cama y se deslizó dentro de ese sueño del que sólo unos minutos antes se había levantado de un modo tan seductor.

Eso fue todo.

Los días siguientes el enamoramiento luchaba contra mi último resto de orgullo. No *podía* volver a su casa otra vez. No *podía* llamar, no *podía* escribirle una carta, jamás *podría* volver a mirarla a los ojos.

Seguía pensando sólo en ella, pero lo que ocurrió en su estudio había sido tan definitivo y tan humillante que ni siquiera los pensamientos más enamorados pudieron resistir la presión y lentamente fueron desapareciendo de mi sistema.

Sólo quedaba el colegio. El colegio, la escritura y la bebida.

Pero los días se alargaron. La nieve se iba derritiendo, la primavera venía de camino. Un día encontré en mi casillero de Correos una carta de la editorial H. Aschehoug & Co. La cogí junto con las demás cartas y salí de allí, encendí un cigarrillo y miré hacia las montañas blancas y torcidas al otro lado del fiordo, estaban doradas por el sol, que cada día que transcurría se acercaba más al pueblo con su cola de rayos. Verlo resultaba vivificante, ver que había una luz que brillaba para nosotros allí fuera en el universo.

Pasó un coche. No vi quién era, pero saludé. Algunas gaviotas chillaban cerca de la fábrica de pescado, miré hacia allí, volaban sobre el muelle. Las olas gorgoteaban. Abrí el sobre. Dentro estaban mis dos cuentos. Así que los habían rechazado. Venían acompañados por una carta, la saqué y la leí. Ponía que no se había seleccionado ningún cuento. El nivel era demasiado bajo, la antología no se editaría.

¡Entonces no habían sido rechazados!

Vi el viejo Peugeot azul de Tor Einar aparcado fuera. Él estaba en el cuarto de estar, charlando con Nils Erik. Había traído a su primo Even, un chico que iba a octavo, era sábado, y habíamos planeado ir a dar una vuelta a Finnsnes. Cuando bajaba por el sendero hacia la casa, ellos salieron.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Sí —contesté—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, ése es el plan.

Volví a subir, abrí la puerta del lado del pasajero y me senté dentro del coche. En el asiento de atrás, Even apoyó los brazos sobre los respaldos de los asientos delanteros y se inclinó hacia delante. Tenía unos amables ojos

azules y un pequeño bigote ralo. Su voz subía y bajaba de una manera que ni siquiera él podía prever. Tor Einar arrancó el motor y pasamos lentamente por el pueblo, saludando a diestro y siniestro a la gente, camino de la tienda. Me puse a abrir el montón de cartas que había cogido de mi casillero. Las veinte personas con las que me carteaba al principio de mi estancia allí se habían reducido a doce, suficientes todavía para que el casillero rara vez estuviera vacío. Una de las cartas era de Anne, que era la técnica de sonido de los programas de radio en los que yo había participado en Kristiansand. Ahora vivía en Molde, estudiaba en la Escuela Superior o algo por el estilo, ella no me interesaba mucho, pero yo sí a ella, sus cartas no solían ser de menos de veinte páginas.

La abrí y saqué el grueso montón de hojas. Un pequeño trozo de algo marrón me cayó sobre el muslo.

—¿Qué es eso? —preguntó Even.

Joder. Era una china de hachís.

—¿El qué? —pregunté, ocultándolo con la mano.

—Lo que se ha caído del sobre. ¿Qué te han enviado?

—¿Ah, eso? Nada. Es una amiga mía que estudia en la escuela de jardinería. Le interesan los árboles. Y me ha enviado un trozo de corteza de un árbol raro.

—¿Me lo dejas ver? —preguntó.

Miré delante de mí, hacia el túnel que se abría a unos metros de nosotros. ¿Qué ocurriría si él supiera lo que era? ¿Se lo contaría a alguien? Entonces sí que se armaría jaleo. *Profesor pillado con droga en Håfjord*. Allí bebían como locos, pero no aceptaban nada que tuviera que ver con hachís, marihuana, anfetaminas y esa clase de *sustancias*.

—¡Déjame verlo, anda! —dijo.

—No hay nada que ver —contesté—. No es más que un trozo raro de corteza.

—¿Por qué te lo ha enviado entonces?

Me encogí de hombros.

—Estuvimos enrollados.

Tor Einar me echó una breve mirada.

—Cuéntanos —dijo.

—Nada que contar —contesté, y me metí la china en el bolsillo con una mano, a la vez que me agarraba al asidero de encima de la puerta con la otra. Aunque no hacía falta. Tor Einar conducía siempre con prudencia. Él y Nils Erik serían seguramente los únicos del pueblo que respetaban los límites de velocidad.

—¿Me lo vas a enseñar o no? —dijo Even.

Curioso lo insistente que era ese tipo.

Me volví hacia él.

—Qué pesado eres —dije—. Ya me lo he metido en el bolsillo. No es más que un jodido trozo de corteza.

—Pero es poco frecuente —dijo.

—¿Te interesan las cortezas? —pregunté.

—No —contestó, y se echó a reír.

—Vale. Ahora me gustaría tener un poco de paz y tranquilidad para leer, si te parece bien —dije, y empecé a leer por encima las hojas de la carta de Anne.

Cuando volvimos unas horas más tarde, Tor Einar y Nils Erik se fueron a esquiar. Me preguntaron si quería ir con ellos, yo dije como de costumbre que no, que me iba a casa a escribir. En cuanto salieron por la puerta saqué la china de hachís, la calenté un poco, la mezclé con el tabaco y me lié un porro. Luego eché la cortina, cerré la puerta con llave, me senté en el sofá y me lo fumé.

Al lado de mi póster de Betty Blue colgado en la pared, Nils Erik había colocado uno de Charlie Chaplin. Estando allí sentado se me ocurrió que yo era él y me puse a imitar su manera de andar. Con un pie hacia cada lado y el bastón dando alegres vueltas en una mano, iba de acá para allá por la habitación. Era una imitación perfecta y no quería dejarlo, así que subí por la escalera, entré en mi dormitorio, que excepto por un montón de ropa y un colchón junto a la pared estaba completamente vacío, volví a bajar, di una vuelta por la cocina y entré de nuevo en el cuarto de estar. Varias veces me eché a reír, no porque aquello tuviera gracia, sino porque me sentía maravillosamente bien. Yo era un vagabundo, daba vueltas a mi bastón y caminaba haciendo piruetas con pasos pequeños, a veces me levantaba el sombrero para saludar brevemente. Era incapaz de cometer errores. Y por

dentro estaba lleno de aceite, cada movimiento se propagaba por mi cuerpo, al rato acabé en el sofá, levanté un hombro, estiré los músculos de las piernas, las rodillas, la tripa, los brazos, y era como si flotara en un océano y fuera a la vez las olas.

Me desperté cuando alguien llamó a la puerta. Fuera era noche cerrada. Miré el reloj. Las cinco y media. Me levanté y me froté un par de veces la cara con las manos. Volvieron a llamar a la puerta. El olor a hachís seguía en el aire. Pensé en no abrir, pero cuando los golpes sonaron por tercera vez, sospeché que la persona que llamaba sabía que estaba en casa, así que abrí la ventana, cerré la puerta del cuarto de estar detrás de mí, fui a la entrada y abrí la puerta de la calle.

Fuera había un hombre de unos cuarenta años. Era el padre de uno de los alumnos, pero en ese instante no sabía de cuál. Sentí un suave murmullo en la cabeza.

—Hola —dije.

—Hola —dijo él—. Soy el padre de Jo. Me gustaría hablar un poco contigo. No es nada serio. Se trata del chico. Llevo tiempo pensando en venir a verte, pero hasta ahora no he podido. ¿Tú podrías ahora? Ya sé que estamos fuera del horario escolar, por así decirlo...

Se rió.

—Claro que sí —dije—. Pasa, ¿quieres un café?

—Sí, si vas a hacer. Pero por mí no lo hagas.

Pasó por delante de mí y entró en la cocina.

—Justo iba a hacerme uno —dije—. Me había quedado dormido. Ha sido una semana muy larga.

Se sentó junto a la mesa de la cocina. No se había quitado ni el chaquetón ni las botas. Yo llené la cafetera de agua.

De todo lo que tenía que ver con el colegio y los hijos se ocupaban las mujeres. Ellas eran las que iban a las reuniones de padres, las que firmaban los mensajes que se les enviaban con los niños, las que participaban en los trabajos voluntarios para el colegio, las que se ocupaban de pagar las excursiones, y todas esas cosas.

Encendí la cocina eléctrica y acto seguido me senté al otro lado de la mesa.

—Bueno, se trata de Jo —dijo—. No está muy a gusto en el colegio.

—¿Ah, no? —dije.

—Dice que no quiere ir, que quiere quedarse en casa. A veces también se pone a llorar. Cuando le pregunto por qué, no me lo quiere decir. O dice que no pasa nada. Pero sabemos que algo no va bien. De verdad que no quiere ir al colegio. Bueno, es..., al menos antes iba a gusto, cuando era más pequeño. Entonces le gustaba, pero ahora... no...

Me miró.

—Ya sé que no eres su tutor..., quizá habría sido más normal ir a verla a ella..., pero el chico habla tan bien de ti. Le caes muy bien. Te nombra continuamente: Karl Ove ha dicho esto, Karl Ove ha hecho aquello. Y pensé que podría hablar contigo. Porque tú lo conoces.

Hacía muchos años que no me ponía tan triste como me puse al oír lo que me contó aquel hombre. Yo ya había traicionado la confianza que me mostraba. No con lo que había hecho, sino con lo que había pensado. Al verlo sentado al otro lado de la mesa con una cara seria, apenada, entendí que él amaba a su hijo, que para él era único e insustituible. Comprendí que lo que para mí fue algo pequeño e insignificante, un chico inadaptado que lloraba por nada, para él era algo grande, algo que llenaba toda su vida, que *era* su vida, todo lo que tenía.

La mala conciencia ardía en mí como un bosque.

Tenía que repararlo. Y tenía que hacerlo ya, ante el padre, que por suerte, ah, por suerte, no tenía ni idea de lo que yo pensé. Y también tenía que repararlo ante Jo. Lo haría en cuanto lo viera.

—Sí —dije—. Es un buen chico.

—¿Has visto algo en el colegio? ¿Algún incidente?

—No, nada en concreto. Pero sí he notado que no está a gusto. Y que los demás a veces no quieren estar con él, o se burlan de él. Pero nada grave, si entiendes lo que quiero decir. Nada violento, ni un acoso sistemático. No he visto nada de eso, ni creo que esté ocurriendo.

—Está bien —dijo, frotándose la barbilla mientras me miraba.

—Pero es..., es un chico grandullón. Seguro que se lo dicen. Y a lo mejor

no es tan bueno como los demás jugando al balón. Por eso evita esos juegos. Y entonces se queda solo. Va por ahí él solo.

—Ya.

—No sé —proseguí—, pero éste es un colegio pequeño. Hay pocos alumnos. Todo es muy transparente. Todos se conocen a fondo. Así que si lo acosaran, sería fácil ponerle remedio. Quiero decir que no estamos hablando de niños forasteros, grandes pandillas o cosas así. Están Stig, Reidar, Endre. ¿Me entiendes? No debería ser imposible hablar con ellos de este tema.

—De acuerdo —dijo.

Ah, se fiaba de mí, reflexionaba sobre lo que yo le decía, y eso dolía mucho, él era un padre de cuarenta, yo un chico de dieciocho, ¿iba él a escucharme a mí?

—En clase no hay problema —proseguí—. Puede oírse algún que otro comentario, pero eso les pasa más o menos a todos, y si ocurre algo serio, se frena de inmediato. En realidad se reduce a los recreos. Tal vez podríamos intentar hacer cosas que a él le gustan y se le dan bien, e incluir a algunos más. Hablaré con Hege, podemos planear algo. Quizá con hablar con algunos de los otros chicos y explicarles la situación sea suficiente. No creo que ellos sepan cómo se siente él.

—Yo creo que sí lo saben —objetó—. Creo que lo saben muy bien. Nunca vienen ya a casa, y lo dejan al margen cuando juegan.

—Ya —dije—. Pero no creo que sea por maldad o que sea algo importante para ellos, simplemente es algo que ocurre.

—¿Y no empeorarán las cosas si hablas con ellos sobre esto?

—Es un riesgo que tendremos que correr. Habrá que hacerlo con cierta prudencia. Todos son buenos chicos. Yo creo que todo saldrá bien.

—¿De verdad lo crees?

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Hablaré con Hege el lunes y pensaremos en algo.

Se levantó.

—Entonces no te robaré más tiempo.

—No pasa nada —dije.

—¡Gracias! —dijo, estrechándome la mano.

—Todo irá bien.

Cuando se hubo marchado, me tumbé en el sofá. En el cuarto de estar hacía un frío helador, la ventana seguía abierta. Los sonidos de fuera se metían lentamente y llenaban la habitación, algo en las condiciones atmosféricas los distorsionaba de tal modo que todo parecía estar muy cerca. Sonaba como si las olas de la marea baja golpearan contra la pared de la casa. Los pasos en la calle, crujiendo en la nieve, sonaban como si vinieran del aire, como si anduviera por allí un fantasma camino del mar. Pasó un coche, el zumbido del motor retumbó en la pared que tenía justo detrás. En algún lugar alguien se rió, sonó escalofriante, esta noche está por aquí el diablo, pensé. El desequilibrio ocasionado por el padre de Jo, ese abismo entre su confianza y mi traición, se posaba en mí como una infección en el pecho. Me levanté, puse un disco, el que más había escuchado ese año, el último de Lloyd Cole and the Commotions, el cual, sospeché, me recordaría siempre aquel lugar, encendí un cigarrillo, cerré la ventana y apoyé la frente en el cristal helado. Al cabo de un rato me fui al pequeño cuarto que había al otro lado de la sala de estar y que estaba lleno de montones de libros y papeles, encendí la luz y me senté detrás del escritorio.

En el momento de fijar la vista en la hoja colocada en la máquina de escribir, vi que alguien había escrito algo en ella. Me quedé helado. La primera media página era mía, luego había cinco líneas que no eran mías. Las leí.

Gabriel metió los dedos hasta el fondo del coño mojado. Ah, Dios mío, gimió Lisa. Gabriel sacó los dedos y los olió. Coño, pensó. Lisa coleaba debajo de él. Gabriel dio un buen trago de vodka. Luego se rió burlescamente, se bajó la cremallera y metió su polla dura en el arrugado coño de la chica. Ella gritó de placer. ¡Eres estupendo, Gabriel!

Sacudido en el fondo de mi ser, a punto incluso de echarme a llorar, me quedé mirando esas cinco líneas. Era una acertada parodia de mi manera de escribir. Se parecía. Yo sabía quién lo había hecho. Había sido Tor Einar, y sabía que su intención era gastarme una broma cordial; se habría reído bastante al escribirlo, y luego se lo habría leído en voz alta a Nils Erik, que se habría reído de esa manera suya del este del país.

No lo habían hecho con mala intención, pero yo no se lo perdonaría. Jamás

volvería a estar con ellos o a charlar con ellos más de lo estrictamente necesario, lo que tuviera que ver con el trabajo y asuntos prácticos.

Arranqué la hoja de la máquina de escribir, la arrugué y la tiré al suelo. Luego me vestí y salí a la oscuridad. No quería acercarme al centro del pueblo o andar por la carretera iluminada, allí podrían verme e incluso pararme. De modo que me fui por el camino sin salida de después de la curva, recorría la ladera y tenía casas a los lados. Donde el camino acababa, había un gran montón de nieve. Detrás de él no había nada, es decir, sólo árboles bajos y una montaña que se erguía en la oscuridad a unos cincuenta metros. La nieve me llegaba por encima de las rodillas, sería inútil seguir andando por ese camino, así que di media vuelta y bajé vadeando hasta el mar, allí permanecí un rato mirando el agua negra, que golpeaba sus olas contra la tierra una y otra vez sin mucha fuerza, más bien como pequeños cachetes irreflexivos.

Mierda.

No era sólo un texto lo que había manipulado, por eso nunca me habría sentido herido, era algo distinto y mucho más que eso, en ello había puesta un alma, mi alma. Y cuando él hurgaba en ella, yo la veía. Tenía un aspecto diferente desde el exterior que desde el interior, tal vez ésa fuera la parte más grande de mi aflicción. Lo que yo escribía no valía nada. Y si eso era así, yo tampoco valía nada.

Volví siguiendo mis propias huellas. En el cruce me quedé parado sin saber qué hacer. Podría andar quinientos metros a lo largo de uno de los caminos, el que acababa junto al colegio, o recorrer esos mismos metros por el otro camino, que también acababa en el colegio. Ésas eran las posibilidades que había. La tienda estaba cerrada, el quiosco de los perritos calientes también, y si alguien estaba bebiendo en algún sitio, no tenía constancia de ello. Yo no conocía a nadie tan bien como para presentarme en su casa sin más. La excepción eran Nils Erik y Tor Einar, con los que ya no quería tener nada que ver, y Hege, a quien no me apetecía visitar en ese momento, ni tampoco habría podido, ya que su marido, siempre tan manifiestamente cordial conmigo, pero a todas luces también preso de un corazón oscurecido por los celos, estaba en casa. Quedarme en la mía leyendo y escuchando discos tampoco era una alternativa, porque a juzgar por la luz encendida en el cuarto de estar, Nils Erik estaba allí.

Tampoco podía quedarme parado debajo de la farola mucho más tiempo, en alguna parte habría alguien mirándome, preguntándose qué estaba haciendo allí.

Emprendí la marcha, andando despacio. Cuando llegué a casa abrí con mucho cuidado la puerta, me quité con el mismo cuidado la ropa y estaba a punto de subir sigilosamente la escalera cuando se abrió la puerta de la entrada y apareció Nils Erik mirándome.

—¡Hola! —saludó—. La abuela de Tor Einar nos ha servido *mølje*. ¡Es una pena que te lo hayas perdido! ¡Era una verdadera *delicatesen*!

—Me voy a acostar —dije sin mirarlo—. Buenas noches.

—¿Ya? —se extrañó.

No contesté, abrí la puerta de mi habitación y me metí dentro, me tumbé en el colchón en la oscuridad con la ropa puesta. Luego me quedé mirando al techo. Oía los ruidos de Nils Erik, que estaba fregando los cacharros en la cocina. Tenía la radio encendida. De vez en cuando su tarareo, para mí inaudible, pero cuya existencia tras dos meses en la casa conocía bien, se convertía en un canto alto y fuerte. Un coche con la música a todo volumen pasó por la calle. Los golpes de los tambores iban disminuyendo conforme el coche subía la cuesta y proseguía su camino hacia el otro extremo del pueblo, luego volvieron a subir de volumen hasta que de nuevo sonaron justo detrás de la pared tras la que yo estaba acostado.

Miré el reloj. Casi las ocho.

¿Qué coño iba a hacer?

Todos los caminos que salían desde allí estaban cerrados.

Me sentía atrapado.

Me quedé tumbado una hora en la oscuridad. Entonces me tragué la vergüenza y bajé al cuarto de estar, donde Nils Erik estaba sentado leyendo.

—¿No tenías una botella de vino por ahí? —pregunté.

—Sí —contestó levantando la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Puedo cogerla y te compro una esta semana?

—Sí, cógela —dijo—. ¿Vas a salir?

Dije que no con un gesto de la cabeza, fui a por la botella, la abrí y subí de

nuevo a mi habitación. Hubo un rayo de alegría cuando me puse a beber. Ellos me habían traicionado, yo estaba abatido, por no decir completamente deprimido, pero estaba bebiendo solo, era escritor.

Ellos no podían decir lo mismo. Ellos no eran nada.

Me acabé la botella en diez minutos. Con la cabeza brumosa, como si me hubiese entrado niebla en el cráneo, bajé a la sala de estar, e ignorando la presencia de Nils Erik abrí la puerta del pequeño cuarto de escribir, la cerré con llave detrás de mí, encendí la máquina, me senté junto al escritorio y me puse a escribir. Unos minutos después fue como si el estómago me reventara. Me tiré contra la puerta, pero, claro, estaba cerrada, el vómito me subió por la garganta, busqué con la mirada una caja, un cubo, un rincón, cualquier cosa, pero no vi nada, la boca se me abrió y una cascada de vómito de color morado me salió como una columna por la boca.

Me desplomé, el estómago se me contrajo, salió una nueva cascada de vino y salchichas, jadeé, el estómago volvió a contraerse pero ya no quedaba nada más dentro, sólo el dolor de las arcadas y un poco de saliva pegajosa que conseguí sacar tosiendo.

Ah.

Permanecí sentado unos minutos en el suelo disfrutando de la paz que llenaba mi interior. No me importaba que los libros y papeles estuviesen llenos de vómito.

Llamaron a la puerta. El picaporte se movió un par de veces.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —preguntó Nils Erik.

—Nada en especial —contesté.

—¿Qué has dicho? ¿Estás enfermo? ¿Necesitas ayuda?

—Al menos no tuya, jodido cabrón.

—¿Qué has dicho?

—¡NADA! ¡NO PASA NADA!

—Vale, vale.

Me imaginé cómo levantaba las palmas de las manos hacia la puerta cerrada antes de volver a sentarse en el sofá. El hedor a vómito ya había llenado la habitación, y me pregunté por un instante por qué el olor de los líquidos internos de uno resultaba tan repulsivo, lo que no ocurría con el de los excrementos. ¿Podría tener algo que ver con una especie de práctica

neandertal? ¿Con que se cagaba en el bosque para marcar el coto de caza, mientras que el vómito no tenía ninguna función de esa clase, sino que sólo era un acto reflejo para quitarse de encima comida podrida y por eso tenía que apestar?

Conseguí ponerme en pie, abrí la ventana y la fijé con el gancho. No tenía fuerzas para ocuparme de los vómitos, tendrían que quedarse allí hasta el día siguiente, pensé, luego abrí la puerta y fui hasta la entrada sin mirar a Nils Erik, subí la escalera y entré en mi habitación, donde me desnudé, me metí debajo del edredón y dormí como un lirón.

Me mantuve apartado de ellos todo el día siguiente y el otro, al final me di por vencido. Ellos iban a subir al colegio a nadar, y yo los acompañé, no muy alegre, pero tampoco iracundo ya. No hablé mucho mientras nadábamos, los dejé que fueran delante de mí a la sauna y que entraran en ella antes que yo, luego di un salto hasta la puerta en un intento de oír lo que decían. Yo sabía que hablaban y se reían de mí. Era obvio, ellos pasaban mucho tiempo juntos, y se burlaban de lo que yo hacía y a lo que dedicaba tanto esfuerzo.

Pero dentro de la sauna reinaba un silencio absoluto, al final abrí la puerta y entré, me senté en el último rincón de la parte de más arriba, apoyé la espalda en la pared y miré los dos cuerpos blancos que estaban debajo de mí, relucientes de sudor, el de Nils Erik agachado hacia delante, el de Tor Einar con la espalda apoyada atrás. La cara de Nils Erik estaba siempre en movimiento, hablara, se riera o hiciera muecas, pero en ese momento estaba inmóvil y parecía de madera, como si de verdad *fuera* Pinocho, un tocón tallado al que un mago había dado vida.

Debió de darse cuenta de que lo estaba mirando fijamente, porque sonrió y volvió la cabeza hacia mí.

—Hoy he visto algo que a lo mejor podría interesarte, Karl Ove. Un anuncio en el *Dagbladet* sobre una especie de escuela de escritura. En Bergen.

—Ah, sí —dije con el máximo desinterés que fui capaz de mostrar. No creería que un gesto tan descaradamente apaciguador me haría efecto...

En el colegio se decidió que yo daría unas clases a la semana a Stian e Ivar, los dos chicos de noveno, hartos del colegio y medio rebeldes. Les enseñaría a tocar música, nos prestaron el equipo del grupo local, Autopilot, y todos los martes íbamos al centro social, encendíamos el equipo y repasábamos las pocas canciones que yo me sabía, instrumento tras instrumento. Ivar tocaba el bajo, era totalmente inepto, pero yo le pedía que mantuviera la misma nota sin dejar de mirarme y que cuando le hiciera un gesto con la cabeza cambiara de nota, y siguiera con una secuencia que se hubiera estudiado. Stian tocaba la batería, era mejor, pero no aceptaba instrucciones, era demasiado orgulloso para eso, y yo tocaba la guitarra. Teníamos tres canciones, «Smoke on the Water», «Paranoid» y «Black Magic Woman». Tocarlas sin vocalista no me importaba, me había acostumbrado a eso cuando tenía el grupo con Jan Vidar, para mí era más bien natural, una voz con ese grupo desvencijado, incompetente y falto de talento lo rebajaría aún más. Tocábamos en el escenario con toda la extensa y vacía casa delante de nosotros. Stian e Ivar posaban con los instrumentos tanto como los tocaban. Cuando estábamos acabando una clase, unos chicos de cuarto abrieron la puerta y se quedaron mirándonos asombrados. Stian e Ivar intentaron ocultar el orgullo que sentían escupiendo y haciendo como si aquello no les importara nada.

En una reunión de planificación unos días más tarde, Eva se me echó encima, los instrumentos y el equipo sonoro que usábamos nos los había prestado el grupo en el que tocaba su hijo, y los habíamos tratado muy mal, una cuerda se había roto y no se había sustituido, un palillo de tambor se había roto y no lo habíamos sustituido, el grupo se negaba a seguir prestándonos, dijo, y pasó sin más al siguiente punto, que era la actitud de los de séptimo, ya no se dejaban corregir, no la escuchaban. Alegaban que Karl Ove decía otra cosa, y cuando ella me pedía que les echara una bronca, yo decía que lo haría pero nunca lo hacía, al menos que ella supiera.

Yo dije que no tenía ningún problema de disciplina en mis clases, pero que hablaría con ellos. Ella dijo que justo ése era el problema, el que yo «hablaría» con ellos, porque yo no me lo tomaba en serio y ellos se daban

cuenta. Antes nunca había habido problemas con los de séptimo, siempre habían sido aplicados y buenos, ahora eran obstinados y vagos.

—No en mis clases —dije mirándola.

Ella estaba tan indignada que le temblaba la cabeza.

Richard se interpuso, dijo que seguramente los dos teníamos razón, pero que yo debía explicarles sin rodeos que no se aceptaría un comportamiento así en clase, y que tendría consecuencias para ellos. Vale, dije, así lo haré. Cuando al rato me estaba poniendo la chaqueta en la entrada, Eva dijo que Grete había preguntado por la ropa de cama que me prestó en el mes de agosto, que si pensaba que me la había regalado o qué.

¿No se callaría nunca esa mujer, joder?

—No, no —dije—. Simplemente lo he ido dejando. Pero puedo devolvérsela mañana. No hay problema.

A la gente le obsesionaban las cosas pequeñas, buscaba situaciones en las que no todo funcionaba a la perfección para clavar el hacha, en lugar de contemplar la gran imagen, los seres que andamos por la tierra estamos aquí un rato breve, brevísimo, en medio de todo lo fantástico de la existencia, hierba y árboles, tejones y gatos, peces y mares, bajo un cielo sembrado de estrellas, y uno se altera por una cuerda de guitarra rota, un palillo de tambor partido, una jodida ropa de cama que se tarda mucho tiempo en devolver. Venga ya, ¿qué os pasa?

El palillo partido supuso para mí el colmo de la mezquindad. ¿Teníamos que hablar de eso en lugar de sobre los resultados que había conseguido con Stian e Ivar?

¿Por qué elegir lo pequeño cuando existe lo grande?

Yo odiaba lo pequeño, y tampoco se me daba muy bien, tenía que admitirlo. El pago a plazos del equipo estéreo había acabado en vía de apremio y el asunto del smoking aquel que había alquilado hacía un año y que no devolví porque estaba destrozado, el cohete había hecho pedazos la pernera del pantalón, terminó en juicio, me condenaron a pagar las costas, además de a una sustanciosa cuantía por no comparecencia. ¡Cuantía por no comparecencia! ¿De verdad pensaban que iba a coger un avión hasta el sur sólo por un smoking?

Pero así era. La vida diaria con su sinfín de pequeñas exigencias y

reclamaciones, pequeñas obligaciones y pequeñas charlas, pequeños acuerdos, se levantaba como una valla a nuestro alrededor. Yo estaba en esa vida, pero no cuando bebía, entonces todo era amplitud y grandes gestos, y aunque el precio era alto y el miedo luego grande, siempre lo pagaba, y sólo un par de días después podían volverme las ganas de lanzarme de nuevo a lo grande y mandarlo todo a freír espárragos.

Una noche que estuve bebiendo en una casa del pueblo que había al otro lado de la isla, Nils Erik estaba esperándome despierto cuando volví a casa.

—Tienes un enemigo —dijo.

—¿Eh? —dije, desde el vano de la puerta, borracho y extenuado.

—Me fui a acostar justo después de que tú te marcharas. Luego me desperté porque alguien estaba sentado en el borde de la cama. Era Vidar. Tenía un rifle en la mano.

—¡Estás de coña! —dije—. ¡No digas chorradas!

—Es verdad. Si yo fuera tú, cerraría la puerta con llave. Y luego iría a buscar a Hege para contárselo.

—Pero nunca ha habido nada entre nosotros.

—Eso él no puede saberlo. Ella viene aquí al menos dos veces por semana. Eso es mucho cuando tienes una pareja por ahí.

—¡Pero, joder, Hege no me interesa lo más mínimo!

—Esto es serio. El tío llevaba un rifle. No estoy de coña.

Al día siguiente me entró miedo. Me parecía que iba a encontrarme con él en cualquier sitio. Por la noche cerré la puerta con llave. Lo primero que hice cuando me desperté fue ir a buscar a Hege y decirle lo que había ocurrido.

—Perdió los estribos —dijo ella—. No volverá a hacerlo. ¿Has tenido miedo?

—¿Yo? No. Ni siquiera estaba en casa. Pero Nils Erik sí se asustó.

—En realidad es una estupidez. No lo habría usado nunca, ¿sabes? Sólo quería darte un susto de muerte.

—¿Por qué? ¿Porque tú y yo hablamos?

Hege asintió con la cabeza.

Yo esperaba el momento de poder sentarme y contar el suceso en esas

cartas que escribía. Era tan absurdo como halagador; yo vivía en un lugar donde la gente se metía en tu casa con un rifle en la mano y era lo suficientemente importante como para ser la persona a la que el loco perseguía.

Pero en los días siguientes tuve miedo, tal vez no de recibir un tiro, pero resultaba bastante incómodo pensar que ese tipo me daría una paliza si se le presentaba la ocasión.

¿Tenía realmente un rifle?

Así lo recuerdo. ¿Pero podía ser?

Allí arriba, en el norte, ocurrieron cosas increíbles, cosas que sólo un año antes habrían parecido sumamente extrañas, tal vez incluso imposibles, y que sólo un año después estarían envueltas en el mismo misterio. Pero lo que ocurrió aquella vez era algo completamente normal y corriente cuando yo vivía allí.

Nils Erik, que se había traído su equipo de buceo cuando estuvo en su casa en Navidad y que en primavera pudo ir al muelle ataviado con traje de buzo, ponerse la máscara, las aletas y la botella de oxígeno, sentarse en el borde con un arpón en la mano y deslizarse dentro del agua clara y transparente, una figura temblorosa que se iba desvaneciendo y que desapareció del todo, para volver a emerger al cabo de diez minutos con un pez ensartado en el arpón, que luego se preparó para comer.

¿Ocurrió?

¿Tenía él un equipo de buceo?

¿Pescaba peces con arpón y se los comía después del colegio?

Nunca he vuelto allí, pero a veces tengo pesadillas sobre ese lugar, terribles pesadillas que no consisten en nada más que en mí volviendo en coche al pueblo después de todos estos años. Al parecer eso es en sí bastante espantoso.

¿Por qué?

¿Ocurrieron cosas terribles allí arriba? ¿Hice algo que no debería haber hecho? ¿Algo terrible? Me refiero a algo más allá de dar tumbos borracho y descontrolado por las noches.

Una vez escribí una novela que tenía lugar allí. Lo hice a ciegas. No pensé en ningún momento en la relación entre la ficción y la realidad, porque al escribirla se me abrió un mundo que por algún tiempo lo significó todo para mí, y que constaba en parte de descripciones de edificios y personas reales, porque el colegio del libro es en parte el colegio en el que yo trabajé y en parte colegios inventados, y cuando acabé de escribir y la novela se había publicado, empecé por fin a pensar en cómo sería recibido allí arriba, entre los que conocían el mundo que yo *describía* y podrían distinguir entre lo que eran hechos reales y lo que no. A veces me quedaba despierto por las noches con ese temor. Las historias no se habían sacado del aire, claro. Al contrario, estaban en el aire. Yo trabajé allí de profesor durante un año, y cuando a veces me hacía ilusión ir al trabajo, era porque ella estaba allí.

Ella: Andrea.

Una mirada, una frente apoyada en una mano, un pequeño pie meciéndose, una niña que era una mujer que era una niña con la que tanto me gustaba estar en la misma habitación.

Así fue durante los meses que duró la noche, y así fue cuando la luz abrió el espacio, primero de un modo frío y resplandeciente, luego despacio e imperceptiblemente, lleno de calidez. Desapareció la nieve de la calle, se encogieron los enormes montones de las cunetas, empezaron a aparecer pequeñas manchas de gravilla en el campo de fútbol, y desde todos los tejados y alturas se oían gorgoteos y murmullos de agua que caía.

Era como si la luz también creciera dentro de las personas. Por todas partes había un ambiente de alegría y excitación.

Durante una clase, Andrea y Vivian me dieron un diploma. Me habían proclamado el profesor más sexy del colegio.

Colgué el diploma en la pared del aula y dije que a lo mejor la competencia no era mucha.

Se rieron.

Unos días después, con el sol brillando en medio del cielo inagotablemente azul, les dije que salieran y anotaran lo que vieran. Podían ir a donde quisieran y escribir lo que les diera la gana, la única condición que les ponía era que anotaran lo que vieran y que tendría que ser de al menos dos páginas.

Algunos bajaron a la tienda, otros se sentaron al sol delante del colegio. Yo me fui a la parte trasera del edificio a fumarme un cigarrillo, miré el campo de fútbol, que ya estaba casi limpio de nieve, y el fiordo resplandeciente. Luego me paseé entre los alumnos preguntándoles qué tal les iba. Me miraban con los ojos entornados.

—Va bien —dijo Andrea.

—En este momento viene Karl Ove —dijo Vivian despacio, para que yo viera que eso era lo que estaba escribiendo, mientras el bolígrafo corría por la página del cuaderno—. Es muy sexy.

Andrea miró hacia otro lado cuando su amiga dijo eso.

—Al menos eso opina Andrea —prosiguió Vivian.

—No seas tonta —dijo Andrea.

Las dos me miraron sonrientes. Se habían atado las chaquetas a la cintura y se habían quedado en camiseta, con los brazos al aire.

Yo estaba rebotante de los mismos sentimientos que me habían llenado en la primavera que iba a séptimo. Cuando corríamos detrás de las chicas, agarrándolas y subiéndoles las camisetas para tocarles los pechos. Ellas gritaban, pero nunca con la suficiente fuerza como para que las oyera algún profesor.

Estaba repleto de los mismos sentimientos, pero todo lo demás era diferente, yo ya no tenía trece años, sino dieciocho, y no era su compañero de clase, sino su profesor.

Ellas no podían ver mis sentimientos. No podían saber nada de lo que se movía dentro de mí. Yo era su joven profesor y les sonreía.

—En la clase leeré en voz alta lo que habéis escrito —dije—. A lo mejor tienes que esmerarte en tu elección.

—¿Esmerarme? —dijo Vivian—. ¿Qué es eso?

—Míralo en el diccionario cuando entres —respondí.

—Típico de ti —dijo Andrea—. Siempre dices que lo miremos. ¡Miradlo, miradlo! ¿No puedes decírmelo y ya está?

—Él tampoco lo sabe —dijo Vivian.

—Cinco minutos más y adentro —dije.

Fui hacia la puerta, las oí reírse allí atrás, sentí una gran ternura por ellas, no sólo por ellas, sino por todos los alumnos y por toda la gente del pueblo,

bueno, por todos los seres humanos en general.

Así fue ese día.

Once años después estaba sentado en el despacho de nuestro primer piso en Bergen, respondiendo correos electrónicos, cuando sonó el teléfono.

—Hola, soy Karl Ove —dije.

—Hola, yo soy Vivian.

—¿Vivian?

En el momento en que lo dijo, todo se quedó frío y negro dentro de mí.

—¿Te acuerdas de mí? Fuiste profesor nuestro.

No había nada acusador en su voz. Me limpié la mano en el muslo. Estaba húmeda de sudor.

—¡Claro que me acuerdo de ti! —exclamé—. ¿Qué tal?

—¡Estupendamente! Estoy aquí con Andrea. Hemos visto en el periódico que vas a venir a Tromsø a participar en un encuentro. Y hemos pensado que tal vez podríamos verte.

—Claro que sí —dije—. Estaría muy bien.

—Hemos leído tu libro. ¡Es chulísimo!

—¿Te lo parece?

—¡Sí! A Andrea también.

Para no correr el riesgo de entrar en lo que realmente ponía en el libro, pregunté qué hacían.

—Yo trabajo en la lonja de pescado. No es ninguna sorpresa, ¿verdad? Y Andrea estudia en Tromsø.

—Comprendo —dije—. Será estupendo volver a veros. ¿Quedamos en algún sitio a alguna hora?

Ella sugirió vernos en un café justo al lado de donde iba a tener lugar la lectura, un par de horas antes del evento. Dije que muy bien, nos vemos entonces, y colgamos. Un par de semanas después abrí la puerta de ese café y las vi sentadas al fondo del local, se rieron al verme y dijeron que no había cambiado nada. Pero vosotras sí, dije, lo cual era verdad, porque aunque sus caras y su manera de comportarse eran las mismas, ya eran adultas, y esa zona de ambivalencia en la que vivían entonces había desaparecido por completo.

Lo femenino dominaba ya en ellas.

Me quité el abrigo, me acerqué a la barra y pedí un café. Estaba nervioso, las dos habían leído mi novela y se habrían reconocido en ella. Decidí coger el toro por los cuernos. Me senté y encendí un cigarrillo. ¿Así que habéis leído la novela?, les pregunté. Sí, contestaron ambas con un movimiento de la cabeza. No escribo sobre vosotros, dije, aunque se parezca un poco. Se parece muchísimo, dijo Andrea. Pero no te preocupes por eso, es divertido.

Me hablaron de todo lo que había sucedido en el pueblo desde que yo me marché, que no era poco. Lo más sensacional fue un escándalo de abusos en el colegio que acabó en juicio y cárcel y en que el pueblo se dividió en dos bandos. Varios de los profesores de mis tiempos seguían trabajando en el colegio. Vivian seguía con la misma pandilla de entonces, además de con los pescadores, que entonces eran de mi edad, claro, Andrea vivía en Tromsø, donde llevaba vida de estudiante, volvía a casa en vacaciones y algún fin de semana que otro.

Yo las traté como si todavía tuvieran trece años, era como si el molde ya estuviera hecho, no podía librarme de él, y cuando me marché del café, una hora más tarde, me di cuenta de lo estúpido que era aquello, sobre todo en relación con Andrea.

Vinieron a la lectura y al debate que siguió, se acercaron al final para decirme adiós, yo salí por ahí con Tore, con quien había leído, y con algunos otros, y me pasé toda la velada bebiendo. Más tarde esa misma noche volví a ver a Andrea, estaba con un tío en una cola para coger un taxi, él estaba detrás de ella besándole el cuello y acariciándole los pechos. Entonces se me vino encima una sensación casi salvaje de fracaso, yo iba andando por la otra acera de la calle, ella no me veía, o hacía como si no me viera, y entonces pensé: podría haberla conquistado si hubiera jugado bien mis cartas. Pero estaba casado, y no tomaba parte en ningún juego, de manera que todo quedó en el pensamiento que me persiguió durante los meses y años siguientes: al menos debería haber *intentado* concluirlo.

Dos semanas después de que Vidar se hubiera sentado en el borde de la cama de Nils Erik preguntando por mí, yo me fui al sur de vacaciones de

Semana Santa.

Mi madre, que me esperaba en el muelle de Lavik cuando llegué, parecía cansada, había trabajado mucho ese año, y cuando no había estado trabajando había estado cuidando de sus padres en Sørbøvåg.

Por el día charlábamos, ella preparaba la comida y yo estaba tumbado en el sofá leyendo, un par de veces bajamos al centro de Førde a comprar, por las noches veíamos la televisión.

Me dijo que mi primo Jon Olav también estaba allí, lo llamé por teléfono y quedamos en vernos en el centro de Førde la noche siguiente. Él se había criado en Dale, a una hora en coche de allí, y la discoteca donde nos metimos estaba llena de gente que él conocía.

Yo bebía cerveza y charlaba con él, y fuera del reservado, que era el nombre que había empezado a usar para Håfjord, todo me parecía más sencillo y fácil. Le conté que estaba pensando en solicitar plaza en algo llamado la Academia de Escritura, de Hordaland. Jon Olav nunca había oído hablar de ella, aunque estaba en Bergen, donde él estudiaba. Pero era completamente nueva, ese año era el primero.

—¿Y quién enseña allí? —quiso saber.

—Nunca he oído hablar de ellos. Creo que son unos oscuros escritores del oeste: Ragnar Hovland, Jon Fosse y Rolf Sagen. ¿Has oído hablar de alguno?

Jon Olav dijo que no con la cabeza.

—Pues eso no me gusta demasiado —dije—. Que sea una cosa local, quiero decir. Pero dura un año y te conceden una beca estatal para estudiar allí. Así al menos puedo dedicarme a la escritura a tiempo completo.

—En la carta anterior dijiste que ibas a estudiar en Goldsmiths, en Londres.

Asentí.

—Voy a solicitar plaza allí también. Yngve me buscó la dirección, y acabo de recibir los formularios de solicitud.

Jon Olav miró hacia el fondo del local, que estaba repleto de gente.

—Voy a dar una vuelta por ahí dentro —dijo.

—Yo me quedo aquí sentado —dije

¡Estar en un sitio donde nadie me conocía!

Notar cómo iba creciendo la borrachera. Fumarme unos pitillos,

contemplar a las chicas, estar tranquilo y relajado por una vez.

Cuando él volvió una hora más tarde, yo seguía sentado en el mismo sitio, incluso en la misma postura, con el codo apoyado en la barra y la cabeza reposando en la mano.

—Me he encontrado con unos compañeros del instituto —dijo—. Estamos sentados ahí dentro. Ven con nosotros.

Bajé de la silla y lo seguí hacia el interior. Se detuvo delante de una mesa en el otro extremo del local, justo al lado de la puerta de salida.

—Éste es mi primo Karl Ove —dijo.

Los que estaban sentados alrededor de la mesa me miraron sin interés y saludaron con la cabeza.

Entre ellos había una chica. Estaba hablando con uno del otro lado y no me miró. Se rió y se inclinó hacia delante, había puesto las dos palmas de la mano sobre la mesa, tenía la piel pálida, el pelo negro, con un flequillo que casi le tapaba los ojos, pero no fue eso lo que me hizo mirarla fijamente, fueron sus ojos, eran azules y en un momento llenos de alegría para al momento siguiente volverse serios y suaves.

Tiene cierta pinta de francesa, pensé, y me dejé caer en la silla de al lado de Jon Olav. Las facciones de la chica eran bonitas, pero fue al volver a reírse cuando me estremecí.

Estaba envuelta como en una luz.

—¿Te pido una cerveza? —preguntó Jon Olav—. Van a cerrar pronto.

Dos minutos antes me habría alegrado de que fueran a cerrar pronto, ahora me puse triste, de la misma manera absurda que me ponía triste cada vez que alguien se marchaba de una fiesta nocturna a la que asistía, como si por cada uno que se marchaba yo me acercara un paso más a la muerte o a alguna otra cosa terrible.

—Te acompaño —dije, y lo seguí hasta la barra.

—Soy capaz de llevar dos cervezas a la vez —dijo Jon Olav.

—¿Quién es ella? —pregunté.

—¿Quién?

—La de la mesa.

Jon Olav se volvió. ¿No se había dado cuenta de que había una chica sentada a nuestra mesa?

—Ah, ella —dijo—. Es Ingvild.

—¿La conoces bien?

—No, no la conozco apenas. Vive en Kaupanger. Pero conozco a su amigo.

Tord. El que está sentado allí dormido.

Típico.

Como si hubiera podido llegar a algo si ella no hubiera estado con él.

Yo estaba de vacaciones en casa de mi madre, me marcharía dos días después, ¿con qué estaba soñando? Una mirada a una chica guapa, pero desconocida, ¿se suponía que eso era el futuro? Yo y ella, ja, ja.

¿Por qué?

Estaba envuelta en una luz.

Me bebí medio vaso de pie junto a la barra, mientras Jon Olav pagaba, luego pedí otra y me llevé las dos a la mesa.

Cuatro de los que estaban allí sentados se levantaron casi enseguida. Entendí que habían venido en el mismo coche y se iban ya a casa.

Sólo quedaban Jon Olav, un chico con el que estaba hablando, Ingvild y yo. Y su amigo, claro, pero él estaba dormido y por lo tanto no contaba.

Di otro par de sorbos.

Ella estaba mirando hacia atrás.

—¿Quieres esta cerveza? —le dije cuando por fin se volvió hacia la mesa—. Está entera, yo no la he tocado.

—Eso sí que me resulta sospechoso, el que un completo desconocido me ofrezca una cerveza que ha tenido delante de él un rato. Pero pareces buen chico.

Ella hablaba el dialecto de Sogn, y sus ojos se achinaban cuando sonreía.

—Lo soy —dije.

—Gracias, pero no. Tengo que conducir.

Señaló en dirección al tipo dormido.

—Entre otros voy a llevar a ése.

—Yo conduzco bien —dije—. Te puedo dar un par de consejos, si quieres.

—Vale, soy una conductora malísima.

—Sobre todo hay que conducir deprisa —dije.

—¿Ah, sí?

—Hay gente que dice que lo mejor es conducir despacio, pero yo creo que

se equivocan, y que es mejor ir deprisa.

—Vale, deprisa. ¿Sabes algo más?

—Vamos a ver... Sí, una vez que iba conduciendo tenía delante un coche que iba muy despacio. Y como yo opino que hay que conducir deprisa, simplemente lo adelanté. Era en una curva, así que me cambié al otro carril acelerando muchísimo, y ya lo había adelantado.

—¿Sí?

—No pasó nada más. Simplemente seguí conduciendo.

—¿A que no tienes carné?

—No, no tengo. Admiro profundamente a los que lo tienen. En realidad es increíble que me atreva a hablar contigo. En circunstancias normales estaría aquí sentado mirando el tablero de la mesa. Pero he bebido un poco y me encanta hablar de la conducción de coches. De la teoría, se entiende. Por ejemplo, pienso mucho en cómo cambiar de marcha para conducir con suavidad. Toda esa interacción entre el embrague, las marchas, el acelerador y el freno. Pero no a todo el mundo le gusta hablar de eso.

La miré.

—¿Tu novio tiene carné?

—¿Cómo sabes que es mi novio?

—¿Quién?

—El de la silla.

—¿Ése es tu novio?

Ella se rió.

—Sí, lo es. Y tiene carné.

—Ya me lo imaginaba —dije—. ¿Os conocisteis por lo de la conducción de coches?

Ella negó con la cabeza.

—Pero esta noche parece que nos va a distanciar. A mí también me habría gustado tomarme unas cervezas, sobre todo ahora que duerme. Él también podría haberse quedado dormido sin beber, y entonces yo podría haber bebido.

Me miró.

—¿Te interesa algo que no sea la conducción?

—No —contesté, y di un trago—. ¿Y a ti qué te interesa?

—La política —contestó—. Me apasiona.

—¿Qué clase de política? ¿Política interior? ¿Política exterior?

—Sólo política. La política en general.

—¿Estás ligando con mi primo mientras tu novio está ahí dormido? —le preguntó Jon Olav.

—No estoy ligando —contestó ella—. Estamos hablando de política. Y luego tal vez hablemos un poco de sentimientos, si me conozco bien a mí misma.

—Seguro que sí —dije yo.

—Yo tengo una vida sentimental miserable. ¿Y tú?

—Es bastante pobre, en realidad. Nunca suelo hablar de ello. Pero hay algo en ti que hace que me atreva a contarlo.

—Las chicas irónicas solemos causar ese efecto. Es mi experiencia. Al final, la gente se harta tanto que hace cualquier cosa para acabar con ello. No son pocas las confesiones que he recibido desde que empecé a ser irónica.

Quitaron la música del local.

Jon Olav se volvió hacia mí.

—¿Nos vamos?

—Vale —contesté. La miré al levantarme y dije—: ¡Procura conducir deprisa hasta casa!

—Conduciré salvajemente —contestó.

Al día siguiente me desperté pensando en ella. Jon Olav, que había dormido en nuestra casa, se marchó a mediodía a Dale. Él era la única conexión que yo tenía con ella, y antes de irse le hice prometer que me enviaría la dirección de la chica en cuanto llegara a su casa, aunque tenía la sensación de que no lo haría muy convencido, teniendo en cuenta que ella salía con un conocido suyo.

Me parecía completamente absurdo volver a Håfjord, pero por otra parte sólo faltaban tres meses para que aquello acabara para siempre, y si quería, podía pasar el resto de mi vida en el mundo conocido.

Unos días después de volver, encontré la carta de Jon Olav en mi casillero de Correos. Ella vivía en Kaupanger, escribía y estudiaba tercero de

bachillerato en Sogndal.

Kaupanger, pensé, tiene que ser un lugar fantástico.

Tardé más de una semana en escribir una carta a esa chica que no sabía nada de mí, que no tenía ni idea de cómo me llamaba y que seguramente me habría olvidado en el instante en el que abandonó el local aquella noche. De manera que me hice pasar por otro, un par de veces toqué el tema de la conducción de coches para que ella pudiera asociarlo conmigo si es que se acordaba. No puse ninguna dirección; si quería contestarme, tendría que esforzarse por conseguirla, y de esa manera, pensé, yo quedaría más grabado en su memoria.

Esa misma semana preparé la solicitud para la Academia de Escritura. Pedían veinte páginas de prosa o poesía y metí en el sobre veinte páginas de mi novela, escribí una pequeña carta de presentación y lo envié todo.

Ya era de día cuando me despertaba por las mañanas y bajaba la escalera para ducharme y desayunar; justo delante de la casa sonaban los gritos de las gaviotas, y si abríamos la ventana de la cocina también oíamos las olas golpear y chapotear contra las piedras abajo en el fiordo. En el colegio los alumnos más pequeños corrían en jersey y zapatillas de deporte en los recreos, los mayores se sentaban fuera en el suelo con la espalda contra la pared y la cabeza levantada hacia el sol. Todo lo que había sucedido en la oscuridad, cuando la vida en cierto modo se cerraba a mi alrededor, e incluso los detalles más pequeños estaban cargados de tensión y destino, parecía ahora increíble, porque fuera, en lo abierto, bajo esta lenta inundación de luz, lo vi todo como era.

¿Y cómo era?

No importaba. Era así.

Seguía echando alguna que otra mirada a Liv cuando tenía ocasión y podía hacerlo sin que se notara. En las clases de inglés me estremecía todavía alguna vez cuando veía el bien formado cuerpo de Camilla allí sentado, pero esas formas y curvas, todo eso tan suave y maravilloso que ellas poseían ya no me resultaba desconcertante, ya no me sentía atrapado por ello. Lo veía y me gustaba, pero no me pertenecía. Con Andrea era distinto, ella era especial,

pero aunque me alegraba cuando me lanzaba una de sus miradas de reojo, hacía como si no me diera cuenta, nadie podía notar lo que yo sentía, tampoco ella.

¿Qué sentía yo?

No era nada. Sólo ternura, algo ligero y resplandeciente que pasaba velozmente y desaparecía, no tenía derecho a la vida.

Un día llegó una carta de Kaupanger.

No podía leerla de pie en la oficina de Correos, pero tampoco sentado en el cuarto de estar, ni tumbado en la cama en el dormitorio, las circunstancias tendrían que ser perfectas, de manera que la guardé, comí con Nils Erik, me fumé un cigarrillo y me bebí un café, luego fui hasta el borde del agua, me senté en una piedra y abrí la carta.

Un fuerte olor a sal y descomposición se elevaba a mi alrededor. El aire estaba inmóvil y calentado por el sol, pero a intervalos llegaba desde el fiordo una fuerte ráfaga de viento que se llevaba todo consigo, y luego volvía a recomponerse laboriosamente desde abajo. La cima de las montañas del otro lado seguía blanca, pero si me volvía y miraba hacia el pueblo, veía un débil tinte verde en el campo, y aunque todos los árboles bajos y todos los arbustos seguían sin hojas, no parecían ya muertos, como en invierno, sino que daban la impresión de olfatear que la vida se estaba acercando a ellos de nuevo.

Abrí la carta y empecé a leer.

No escribía nada sobre ella misma. Y sin embargo fue emergiendo dentro de mí, yo percibía quién era ella y pensé esto es diferente. Esto es algo muy diferente.

Cuando doblé la carta y la metí de nuevo en el sobre, me sentía turbado. Subí lentamente hacia mi casa. Había una luz alrededor de esa chica, y cada frase, por insegura o interrogante que fuera, daba fe de ello.

Pensé que a la mañana siguiente cogería el autobús, luego el barco hasta Tromsø, el avión hasta Bergen, y el barco hasta Sogndal para presentarme ante ella y decirle que nos pertenecíamos el uno al otro.

Por supuesto no podía hacerlo, lo destruiría todo, pero era lo que quería hacer.

En lugar de eso me senté y empecé a escribir otra carta. Corté de raíz todo atisbo de sentimientos y confesiones, quería que fuera una carta meditada y bien formulada, usaría todos los medios que tenía a mi alcance, la haría reír, la haría pensar, despertaría en ella ganas de conocerme.

Yo sí sabía escribir.

El 17 de mayo, el día de la Constitución, me quedé todo el tiempo leyendo en el cuarto de estar. Se esperaba de los profesores que participaran en el desfile y en las actividades posteriores, pero no era una obligación, de modo que cuando el pequeño desfile pasó por delante de casa, yo estaba sentado en el sofá viéndolo por la ventana y oyendo como a una gran distancia los pobres sonidos de las flautas y los dispersos gritos de hurra; me recliné en el sofá y empecé a leer *El señor de los anillos*, que había leído sólo dos años antes, pero que había olvidado por completo. No me cansaba nunca de la lucha entre la luz y la oscuridad, el mal y el bien, y cuando el pequeño ser no sólo se oponía a la fuerza superior, sino que se mostraba como el mayor héroe de todos, los ojos se me llenaban de lágrimas. Ah, qué bien estaba ese libro. Fui a darme una ducha, me puse una camisa blanca y un pantalón negro, metí la botella de vodka en una bolsa y subí a casa de Henning, donde había ya un montón de gente bebiendo. Había una fiesta en Fugleøya, y unas horas después fuimos allí en coche, yo estaba un momento fuera en el aparcamiento bebiendo y charlando con alguien, y al momento siguiente en la pista de baile restregándome contra alguna, o en un prado intentando pelearme con Hugo, se trataba de demostrar que yo no era ese enclenque que todo el mundo pensaba que era. Él se rió y me derribó, yo me levanté de un salto, él volvió a derribarme. Era mucho más pequeño que yo, de modo que resultó bastante humillante, corrí detrás de él diciéndole que no lo conseguiría otra vez, pero él ya estaba harto y vino hacia mí, me rodeó con los brazos y me tiró al suelo con tanta fuerza que el aire desapareció por completo de mis pulmones. Estando así, con la boca abierta por falta de aire, me abandonaron. Cogí la botella de aguardiente casi vacía y me senté en un montículo junto al

aparcamiento. La luz volaba sobre el paisaje. Me pareció que había en ello algo enfermizo, y no recuerdo nada más hasta que estaba intentando abrir una puerta cerrada en algún sitio, rodeado de los jóvenes pescadores, por lo visto yo había dicho que tenía cierta experiencia en esos asuntos, insinuando que una puerta cerrada no suponía un problema para mí, yo sabía hacer muchas cosas, había hecho muchas cosas, pero ahora, probando todas las llaves que había encontrado en un cajón de la entrada, y luego con un destornillador y otras herramientas, empezaron a intuir que no lograríamos entrar en ese estudio que estaba cerrado en la casa que Nils Erik y yo teníamos alquilada, y uno tras otro se iban retirando e iban bajando al cuarto de estar, que ya estaba bañado en la luz del sol.

Cuando me desperté, al principio no recordaba absolutamente nada. Tampoco sabía dónde estaba, ni qué hora era. Me estremecí de miedo.

La luz de fuera no me daba ninguna pista, podría ser tanto por la mañana como por la noche.

Pero no había sucedido nada, ¿no?

Ah. Sí, sí, yo había corrido tras Hugo, que me había tirado al suelo una y otra vez.

Había intentado besar a Vibeke mientras bailábamos y ella había apartado la cabeza.

Y a esa chica que estaba fuera en la puerta, a la que había parado para intercambiar algunas palabras, la de la pinta descarada, a ella sí que la besé.

¿Qué edad podría tener?

Pero si lo había dicho. Iba a séptimo.

Ay Dios, ¿era eso posible?

Por favor.

No, no.

Yo era profesor. ¿Y si eso llegara a saberse? Profesor besa a treceañera en una fiesta.

¡Ay Dios!

Me tapé la cara con las manos. Oí música abajo, me levanté, no podía seguir acostado, ese malestar ocasionado por mis actos no dejaría de

atormentarme. No, tenía que moverme, seguir adelante, hablar con alguien que pudiera decirme que no pasaba nada. Que eran cosas que ocurrían.

Pero eso no era verdad.

Esas cosas sólo me pasaban a mí.

¿Por qué la había besado? No había sido más que un puto impulso, algo que hice, algo que no significaba nada.

¿Quién me creería?

Cuando salí de la habitación tuve que apoyarme en la pared, seguía algo borracho. Nils Erik estaba abajo, en la cocina, friendo lenguas de bacalao. Se volvió cuando entré. Llevaba una camisa a cuadros y un pantalón verde de esos con muchos bolsillos.

—¿Conque me honras con tu presencia? —dijo sonriendo.

—Estoy todavía borracho —dije.

—No lo dudo —dijo.

Me senté junto a la mesa de la cocina.

—Richard se ha cabreado bastante —dijo. Cogió las lenguas con la paleta y las colocó en un plato, luego volvió a llenar la sartén de lenguas enharinadas. Chisporrotearon.

—¿Qué le dijiste?

—Que estabas enfermo.

—Es la verdad.

—Sí, pero se cabreó, no te quepa duda.

—Me importa una mierda. Ya sólo queda un mes. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Despedirme? Además, no me he puesto enfermo en todo el año. Así que no creo que sea tan grave.

—¿Quieres lenguas de bacalao?

Dije que no con la cabeza y me levanté.

—Creo que voy a darme un baño.

Pero me resultó insoportable quedarme metido en el agua caliente mirando al techo porque no me llenaba de paz, sino al contrario, daba vía libre a todos los malos pensamientos, de manera que a los pocos minutos salí de la bañera, me sequé, me puse el chándal, que era la única ropa limpia que fui capaz de encontrar, y me tumbé en el sofá con *Félix Krull*.

Durante unos minutos lograba perderme dentro del libro. Luego llegaba la

oleada de pensamientos terribles, y todo se alteraba. Entonces me esforzaba por volver a entrar en el mundo del gran estafador y quedarme allí unos minutos, hasta que llegaba una nueva oleada.

Nils Erik entró y puso un disco. Eran las cinco y media. Se quedó un instante mirando al fiordo, luego se sentó con un periódico. Su presencia me ayudó, lo que hice no parecía tan terrible con una persona amable en la habitación.

Leí en voz alta un fragmento que trataba de la opinión de Krull sobre los judíos.

—No es que Thomas Mann fuera muy buena persona —dije—. ¡Esto es antisemitismo puro y duro!

Nils Erik me miró.

—¿No crees que es irónico?

—¿Irónico? Pues no. ¿Lo crees tú?

—Es famoso por su ironía.

—Así que no es su verdadera opinión, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí.

—Yo no lo creo —dije. No me gustaba nada cuando me daba lecciones. Y lo hacía muy a menudo.

Me volvió a la memoria la nítida imagen de la chica de séptimo con el pelo revuelto y la pinta descarada. Mis labios cerrándose alrededor de los suyos.

¿Por qué lo había hecho? ¡Ay!, ¿por qué?

—¿Qué te pasa? —preguntó Nils Erik.

—¿Qué?

—Has hecho así —dijo, y levantó la cabeza y apretó los ojos y los labios con mucha fuerza.

—Nada en especial —dije—. Es que me he acordado de algo.

Pero no pasó nada. Al día siguiente fui al colegio y nadie mencionó lo ocurrido, todos se comportaron como de costumbre, incluso mis alumnos, yo pensaba que se habrían enterado porque algunos seguro que la conocían.

Pero no.

¿Podría simplemente olvidarse?

El único lugar donde aquello existía era mi interior. Y si lo dejaba allí no sería peligroso, iría perdiendo lentamente fuerza y al final desaparecería, igual que el resto de todo lo vergonzoso que yo había hecho, que también desaparecería antes o después.

Hacia finales de mayo encontré en mi casillero una carta de la Academia de Escritura, abrí a toda prisa el sobre y la leí de pie, delante de la oficina de Correos. Me habían admitido. Encendí un cigarrillo y volví al colegio, llamaría a mi madre para contárselo, se alegraría. Y luego llamaría a Yngve, porque eso significaba que en otoño me mudaría a Bergen. Curiosamente, contaba con que me admitieran, porque aunque sabía que lo que escribía no era muy bueno y por lo tanto debían rechazarme, por otro lado era yo el que lo escribía, y eso ellos no podían ignorarlo.

Mayo pasó y empezó junio y fue como si todo se disolviera en la luz. El sol ya no se ponía, caminaba por el cielo día y noche, y esa luz que lanzaba sobre el paisaje salvaje no se parecía a nada que yo hubiera visto hasta entonces. Era rojiza y grasa, como si perteneciera al suelo y a las montañas, como si fueran ellos los que la irradiaban, como después de una catástrofe. Un par de noches acompañé a Nils Erik en su coche por la carretera desierta que bordeaba la costa, y fue como si condujéramos por otro planeta, tan extraño era todo. A través de pueblos dormidos y por todas partes ese brillo rojizo y las extrañas sombras. También la gente se transformaba, salía por la noche, las parejas paseaban, circulaban coches, pandillas enteras de jóvenes remaban hasta los islotes para hacer pícnicos.

Recibí otra carta de Ingvild. Decía que se había remangado los pantalones hasta las rodillas y estaba sentada con los pies en el Sognefjorden. Yo amaba ese fiordo, la sensación de enorme profundidad que la superficie transmitía, las imponentes filas de montañas con la cima cubierta de nieve. Todo luminoso y tranquilo, verde y fresco. Ella, que se movía en el paisaje, y que a mí me conmovía de tantas maneras, escribía más sobre ella misma esta vez. Pero no mucho. El tono se acercaba a menudo a la autoironía; estaba a la defensiva. ¿Contra qué? Contaba que había sido estudiante de intercambio en Estados

Unidos, por eso estaba aún en tercero. Entonces tenemos la misma edad, pensé. En verano iba a volver a aquel país, viajaría con su familia de acogida en una caravana por el continente. Me escribiría desde allí. En otoño empezaría a estudiar en Bergen.

Llegó el último día de colegio. Escribí ¡Feliz Verano! en la pizarra, repartí los boletines de notas a mis alumnos, les deseé suerte en la vida, comí tarta con los colegas en la sala de profesores y estreché la mano de todos agradeciéndoles el año transcurrido. Cuando bajé la cuesta hacia mi casa no me sentía ni alegre ni aliviado, como me había imaginado, ya que llevaba más de medio año esperando ese día, sino sólo vacío.

Por la tarde Tor Einar se pasó por casa. Traía huevos de gaviota y una caja de cerveza Mackel.

—Es una vergüenza que no hayáis comido huevos de gaviota hasta ahora —dijo—. Hay dos platos que *son* el norte de Noruega: *mølje* y huevos de gaviota. No se puede ir uno de aquí sin haberlos probado.

Nils Erik tenía fiebre y estaba tumbado en el sofá, no se le podía ofrecer ni cerveza ni huevos de gaviota, así que Tor Einar y yo tuvimos que comérmolos todo.

—¿Te apetece bajar al agua? —preguntó Tor Einar, mirándome con su sonrisa pícar—. Hace un tiempo fantástico.

—Si quieres —dije.

Nunca había sintonizado del todo con Tor Einar. Éramos de la misma edad, y tenía bastantes cosas en común con él, muchas más que con Nils Erik, pero el asunto era otro. Ante Tor Einar yo siempre fingía un poco, lo que no hacía cuando estaba con Nils Erik, y no me gustaba a mí mismo cuando fingía, cuando había una distancia entre lo que era y lo que decía, una especie de retraso que facilitaba el poder calcular, era como si prefiriera decir lo que él quería oír y no lo que a mí me gustaría decir.

Por otra parte, eso me pasaba con casi todo el mundo, incluso con Jan Vidar, que era el amigo del que más cerca había estado los últimos cinco años, era así.

No era muy grave, sólo algo incómodo, y la única consecuencia era que en gran parte procuraba evitar quedarme a solas con él durante ratos largos.

Ahora eso no podía ser. Pero por suerte llevábamos cervezas cuando

caminábamos cuesta abajo hacia el agua, y sólo hicieron falta un par de botellas para que toda esa clase de problemas desapareciera como rayas de ceniza bajo una esponja mojada.

Bajo el cielo azul profundo, justo al lado del agua en la que brillaba el sol, nos sentamos cada uno en una piedra. Tor Einar abrió una cerveza y me la alcanzó, abrió otra para él, parpadeó y brindó.

—¡Esto es vida! —exclamó—. El colegio ha terminado, el sol brilla y tenemos cerveza suficiente para una larga velada.

—Pues sí —dije.

Unas barcas de pesca llegaban resoplando, meciéndose en medio del fiordo, y acompañadas por un séquito de gaviotas.

¡Qué espacio aquel en el que estábamos sentados!

—¿Hacemos un resumen? —propuso Tor Einar.

—¿De este año escolar? —pregunté, sacando el paquete de tabaco del bolsillo.

—Sí —contestó—. ¿Ha cumplido con tus expectativas?

—Creo que no tenía ninguna —contesté—. Vine sin más, esperando lo mejor. ¿Y tú? ¿Estás satisfecho con este año?

Vaciló un poco.

—Cualquier año sin novia es un mal año —dijo, mirando con los ojos entornados hacia la luz del sol. Luego volvió la cabeza hacia mí—. Tú al menos has tenido un par de aventuras, ¿no? Ine e Irene. Y aquella suplente en Fugleøya, ¿cómo se llamaba? ¿Anne?

—Sí —contesté—. Pero no llegó a nada. En realidad no pasó nada.

—¿No te acostaste con ellas?

—No.

—¿Con ninguna?

—No.

Me miró con ojos incrédulos.

—Yo pensaba que al menos uno de nosotros había tenido éxito este año. ¿Y ahora me dices que tú tampoco te has comido una rosca?

Lo miré, sonreí y entrechoqué mi botella con la suya, me bebí lo que quedaba y abrí otra.

—¿A ti quién te ha gustado este año? —pregunté.

—Tone.

Era la que me había rechazado en el cuarto de baño, mientras se cepillaba los dientes.

—Sí, es guapa —dije—. Yo también hice un pequeño intento, pero no quiso saber nada de mí.

—No es fácil —dijo—. Pero yo tengo algo a la vista. Vamos a ir juntos con interrail. Bueno, no los dos solos, vienen cuatro más, pero, joder, en un mes juntos viajando por Europa alguna oportunidad habrá, ¿no?

—¿Vas con interrail?

Asintió con la cabeza.

—Yo también —dije—. Bueno, no exactamente interrail. Pero voy a hacer autostop por Europa con un amigo después del festival de Roskilde.

—Entonces procuraré evitaros —dijo—. No voy a calentarla y prepararla para que llegues tú y te quedes con ella.

—Veo que tienes unas ideas muy exageradas sobre mi poder de seducción —dije—. Si hay algo en lo que soy inútil, es en eso.

—Mi estrategia es estar ahí —dijo él—. Es la única posibilidad que me queda. Andar detrás de ella como un perro, estar ahí siempre, y esperar que antes o después quiera ser un poco cariñosa conmigo.

Me estremecí.

—Qué imagen tan terrible —dije.

—Sí, pero es la verdad.

—Por eso es tan terrible. Yo también tengo ese rasgo canino.

Sacó la lengua y respiró pesadamente un par de veces.

—¿Y detrás de quién más has andado este año? —pregunté.

—De Liv —contestó, mirándome a los ojos.

—¿Liv?

—Sí —respondió—. Todas las chicas de nuestra edad se han ido del pueblo. Pero es increíblemente guapa. ¿No te lo parece?

—Sí —dije con una sonrisa—. ¿Has visto su cuerpo? ¿*Ese culo*?

—Sí, claro. Tiene una pinta fantástica. Camilla tampoco está mal.

—Es verdad —dije—. Pero por lo menos Liv tiene dieciséis años. Camilla sólo tiene quince.

—¿Y quién piensa en esas cosas? —dijo.

—Pues no sé.

Abrimos sendas cervezas. Él sonrió, con el rostro bañado por el sol.

—Sus pechos —prosiguió—. ¿Los has visto?

—Claro que sí —contesté—. Apenas he mirado otra cosa en esas clases.

—Está muy buena. Pero Liv le gana.

—Estoy de acuerdo —dije.

Me volví y miré hacia lo alto de la cuesta. Un coche subía desde la lonja de pescado por la carretera; un poco más allá, un chiquillo iba dando golpes a los palos que habían señalado la altura de la nieve. En el caballete de nuestro tejado había una gaviota contemplando el paisaje.

—Y luego está Andrea —dije.

—Sí.

—Es guapísima. Te has fijado, ¿no?

—Claro.

—De hecho he pensado mucho en ella —dije.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Qué podíamos hacer? —dije—. ¡Sólo estaban ellas!

Nos reímos y brindamos.

—Tiene unos ojos increíbles —dije—. Y esas piernas tan largas.

—Sí. ¿Y qué me dices de Vivian?

—Nada comparada con su hermana.

—Es verdad. Pero tiene algo especial. Cierta encanto.

—Sí.

—¿Qué crees que habría pasado si alguien hubiera oído esta conversación? —dije.

Se encogió de hombros.

—Seguramente no habríamos conseguido otro puesto de profesor.

Se rió y levantó hacia mí la botella.

—¡A la salud de las chicas de enseñanza media!

—¡Salud!

—¿Y qué pasa con sus madres? —preguntó él.

—Yo nunca he pensado en eso.

—¿No?

—¿Y tú?

—Claro que sí.

—Creo que yo estaba un poco enamorado de Andrea —dije.

—Yo también sentía debilidad por ella —reconoció él—. Pero no estaba enamorado. Liv, en cambio, ha iluminado mis días.

—Pues sí —dije—. Menos mal que esto ha acabado.

—Sí —dijo él.

Al día siguiente empaqueté mis cosas, cerré todas las cajas con celo y las saqué para meterlas en el coche de Nils Erik. Él me llevaría a Finnsnes, hasta el muelle del barco expreso, desde donde las enviaría a Bergen. Aparte del nuevo equipo estéreo, algunos discos y bastantes libros, el contenido de la mudanza era idéntico al del año anterior cuando llegué.

Hecho esto, freí unas salchichas y unas patatas que me comí con Nils Erik en la cocina. Era mi última comida en el pueblo. Nils Erik se quedaría en la casa unas semanas más, emplearía el tiempo en hacer excursiones, y, excepto por mi habitación, a la que le pasé un trapo, se ocuparía de la limpieza general de la casa.

—A cambio, me quedaré con lo que me den por las botellas vacías —dijo—. Será suficiente.

—Está bien —dije—. ¿Nos vamos entonces?

Asintió y nos metimos en el coche. Salimos lentamente del pueblo, saludando a diestro y siniestro, y con cada metro que dejábamos atrás desaparecía para mí una parte del pueblo para siempre. No miré atrás y bajo ninguna circunstancia volvería a poner un pie allí.

Desaparecía la capilla, la oficina de Correos, la casa de Hege y Vidar, la tienda, mi piso viejo, la casa de Sture. Allí desaparecía el centro social y el campo de fútbol y allí el colegio...

Me recliné en el asiento.

—Resulta increíble que se haya acabado —dije en cuanto el túnel llenó el coche de oscuridad—. Nunca más en la vida voy a buscarme un trabajo, de eso estoy seguro.

—Así que después de todo sí que eres hijo de armador —dijo Nils Erik.

—Claro —contesté.

—*Same shipping, new wrapping* —dijo—. ¿Pones una cinta?

A la mañana siguiente, tras una noche en un hotel barato de Tromsø, cogí el avión a Bergen, y sobre las tres me bajé del autobús del aeropuerto en Bryggen y eché a andar en dirección al Hotel Orion, donde Yngve trabajaba de recepcionista. Llevaba un pantalón negro de algodón, ancho por los muslos, una camisa blanca, una americana negra, zapatos negros y un par de gafas de sol de la marca Ray-Ban Wayfarer. Llevaba el saco de marinero a la espalda. Brillaba el sol, resplandecía el agua del puerto de Vågen, un suave viento soplaba desde el fiordo.

Me imaginé que era una especie de aborígen que caminaba por primera vez por una gran ciudad, porque me asustaba cuando un coche aceleraba o un autobús o un camión pasaban rugiendo, y me ponía nervioso la visión de todos esos rostros que se movían delante y detrás de mí por las aceras. Luego me acordé de que Yngve había dicho en una ocasión que su amigo Pål siempre los llamaba *aborinagos*, y como ya se me había metido en la cabeza esa palabra, me resultaba imposible usar otra.

Sonreí y me cambié el saco de hombro, feliz.

Yngve estaba en la recepción cuando entré, llevaba el uniforme del hotel y estaba inclinado sobre un pequeño mapa en el mostrador, explicando algo a un matrimonio mayor ataviado con pantalón corto, gorra y riñoneras en la cintura. Levantó la cabeza e hizo una seña hacia el sofá, en el que me senté.

En cuanto los americanos se marcharon, él se acercó.

—Acabo en diez minutos —dijo—. Me cambio y nos vamos. ¿Vale?

—Vale.

Se había hecho con un coche, un pequeño japonés rojo que le alquilaba su equipo de voleibol, y media hora más tarde nos metimos en él y fuimos hasta su casa en Solheimsviken. Estaba bastante arriba en la ladera, casi al final de una larga fila de casas adosadas de ladrillo, que fueron construidas para los obreros que trabajaban abajo en los astilleros.

Nos sentamos en la escalera de fuera con sendas cervezas frías. En el salón sonaba «Teenage Kicks», de Undertones, al parecer el grupo favorito del verano.

—¿Cómo va lo de tu viaje a Roskilde? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Creo que al final iré.

—Puede que yo también —dijo—. Arvid y Erling van a ir, y algunos más, así que intentaré conseguir dinero y... vienen The Church.

—¿Ah, sí?

—Sí, y no quiero perderme la ocasión.

Había un montón de coches aparcados a ambos lados de la calle. Cada dos por tres salía o entraba alguien de las casas vecinas. De la ciudad debajo de nosotros subía un ligero murmullo, y una interminable fila de coches salía y entraba en ella. En el cielo se veían de vez en cuando aviones centelleando, largas rayas blancas de agua condensada permanecían en el aire mucho tiempo después de que hubieran desaparecido. El sol ardía en el cielo al oeste. Los tejados de la ladera brillaban en rojo y naranja, y entre ellos los árboles temblaban con la brisa.

Al cabo de un rato entramos en la casa. Yngve preparó pasta carbonara para comer y luego nos tomamos un par de cervezas en la escalera de fuera. La conversación era un poco torpe, como si desde la última vez nos hubiéramos distanciado un poco, pero no importaba, podía deberse a cualquier cosa.

En una de las cartas que me había enviado me recordaba, con mucha discreción, que usara preservativos. Yo apreciaba su preocupación, pero sonreí al verlo, porque era algo que no habría sido capaz de decirme cara a cara. Sólo era posible en una carta, y como de pasada. O estando un poco borracho.

—¿Todavía estás mal por lo de Kristin? —le pregunté.

—Sí, estoy fatal —dijo.

—¿Y no la puedes recuperar? ¿No hay ninguna esperanza?

—¿Crees que estaría sentado aquí si así fuera?

—Seguramente no —dije sonriendo.

—Fue culpa mía. Empecé a darlo todo por sentado. Y de repente ella no quería seguir, y ya era tarde. Joder, eso es lo que más duele, el que *podría* haberlo evitado. Pero lo daba todo por sentado. No lo valoraba lo suficiente.

—¿Y ahora sí lo valoras?

—Ahora me encuentro en la posición privilegiada en la que puedo ver lo

que tenía.

El sol ya no brillaba sobre los escalones, así que me quité las gafas de sol, las plegué y me las metí en el bolsillo del pecho.

—No deberías llevarlas ahí —me advirtió Yngve—. No es un buen sitio.

—Tienes razón —dije, y las volví a sacar.

—Y, ya puestos, puedo seguir: a ese cinturón con tachuelas no le vendría mal la jubilación.

—Es posible —dije—. Pero eso me lo pensaré un poco antes de actuar.

Hubo una pausa. Fumamos mientras contemplábamos las calles sin sol pero calurosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije al cabo de un rato.

—Claro que sí —contestó.

—¿Cuándo te estrenaste..., bueno, con el sexo, quiero decir?

Me echó una mirada fugaz. Luego volvió a mirar el paisaje.

—A los dieciocho años. En el viaje a Grecia con Helge, ¿te acuerdas? En la playa de Antíparos, por la noche. A la luz de la luna.

—¿De verdad?

—Sí, fue tarde, pero estuvo bien. O, mejor dicho, parece mejor de lo que fue en realidad. ¿Por qué me preguntas eso?

Me encogí de hombros.

—No querrás decir que aún no te has acostado con nadie... No serás todavía virgen, ¿no?

—No, no, claro que no —dije—. Ya sabes que no lo soy.

Volvimos a quedarnos callados. El aire estaba repleto de sonidos. Todas las ventanas que estaban abiertas, todos los gritos que se oían, las bicicletas que de vez en cuando pasaban a toda velocidad, los coches que se deslizaban despacio cuesta arriba, ese maravilloso sonido compacto cuando sus puertas se cerraban con un estallido.

No era ninguna mentira. Técnicamente yo no era virgen, había estado dentro de aquella chica en las celebraciones de los bachilleres, no mucho, uno o dos centímetros, pero, joder, hubo contacto, había follado. No era ninguna mentira.

—Voy a pedir un taxi —dijo Yngve levantándose—. Vamos a ver primero a Ola. Tienes que conocerlo.

Mis pertenencias llegaron unos días más tarde, recogimos las cajas en el muelle del expreso, las metimos en el sótano y me fui a Kristiansand, donde estuve la mayor parte del tiempo en el estudio de Lars. Después de Roskilde haríamos autostop por Europa, y estuvimos planificando el itinerario, primero a Bríndisi, en la punta sureste de Italia, luego a Atenas, y desde allí a las islas griegas. Sugerí Antíparos, a él le pareció bien. También me dio tiempo a hacer una visita a mis abuelos paternos y a mi tío Gunnar, que se había enterado de que yo estaba en la ciudad y me invitó a su casa la última noche. Tenía que ver a mis primos, dijo, éramos una familia pequeña. Era importante mantener el contacto. Fue a buscarme a Rundingen, y en su casa nos esperaba Tove, que había preparado cena, luego nos quedamos un rato charlando, sus dos hijos se subían encima de él constantemente, y el hecho de que ellos no le tuvieran miedo, sino al contrario, se comportaran con total confianza, algo que me impresionaba cada vez que iba a verlos, me hacía muy feliz. Nadie mencionó a mi padre, lo que me pareció bien. Dormí abajo, en la sala de la chimenea, y a la mañana siguiente, tras un rápido desayuno, Gunnar me llevó en su coche hasta el muelle del ferry, donde me estaban esperando Lars y su novia.

Durante la travesía hasta Dinamarca estuvimos casi todo el tiempo en la cubierta. Brillaba el sol, el mar nos rodeaba como una enorme plancha, estábamos sentados bebiendo y fumando, a veces nos levantábamos para dar una vuelta, y yo estaba muy tenso.

Cuando llegamos a Roskilde en el tren nos pusimos en la cola, nos dieron las pulseras y nos fuimos al camping. Lars me había prestado una pequeña tienda marrón para dos, él dormía en la de su novia.

Cuando acabamos de montar las tiendas los dejé allí y me fui a buscar a Bassen. Habíamos acordado vernos en el punto de encuentro, pasaríamos por allí cada hora, y ya la primera vez que me acerqué, él estaba allí.

—Bueno —dijo sonriendo—. ¿Nos vamos a beber algo?

Se rió cuando le hablé de mi estancia en el norte de Noruega. No mencioné a Andrea, nunca lo haría, a nadie, no había ninguna razón para hacerlo.

Dimos una vuelta por el recinto, aún no había llegado mucha gente, él dijo

que tenía hambre, yo también, dije, y al pasar por delante del lugar donde acampaban los Ángeles del Infierno y ver que estaban asando unos enormes filetes en la barbacoa, él se paró y les gritó.

—¡Hola! ¿Nos dais un poco de comida? ¡Tenemos hambre! ¡Un trozo de carne para dos noruegos!

Uno de ellos se levantó y vino hacia nosotros.

—Va a dejarnos entrar —dijo Bassen—. Son mucho mejores de lo que se dice. Si tú no eres agresivo con ellos, ellos no lo son contigo. ¡Hola! —dijo cuando el tío de los Ángeles del Infierno, que no sólo tenía el pelo largo y un enorme bigote tipo picaporte, pantalones, chaqueta de cuero y un pañuelo en la cabeza, sino también unas gafas de sol negras e inescrutables, se encontraba a un par de metros.

Vino rápidamente hacia nosotros, y no tenía una pinta demasiado amable. Pero sería como decía Bassen, sólo *parecían* peligrosos.

Se paró y nos escupió, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

El escupitajo alcanzó a Bassen en el pecho.

—Joder —dijo cuando nos alejamos alterados y a toda prisa—. ¡Nos *ha escupido*! ¿Por qué lo ha hecho? ¡Si sólo les hemos pedimos un poco de comida!

—A la mierda —dije—. Creo que dentro de lo malo hemos tenido suerte. Creo que realmente *son* violentos.

Bassen se rió.

—Bueno, ahora estamos en el gran mundo, Karl Ove —dijo.

Yo también me reí. Fuimos a beber más y a buscar algo de comer. Al cabo de una hora volví a la tienda, también tenía que estar un poco con Lars y los demás, al fin y al cabo había ido con ellos. Estaban sentados fuera bebiendo vino, con una chica a la que no conocía.

—Te presento a nuestra vecina —dijo Lars.

—Hola —dijo ella—. Soy Vilde.

Le di la mano. Resultó ser de Kongsvinger y había ido al festival completamente sola. Luego iría a ver a una amiga a Århus, dijo.

Tenía el pelo oscuro, estaba algo gordita, era muy tenaz, y a veces testaruda. Me llevaba dos años, tenía los ojos marrones, no siempre abiertos, pero con repentinos rayos de dulzura.

Nos pasamos la botella de vino. Cuando se acabó, Vilde fue a por otra a su tienda, se agachó y la abrió. La presión hizo que sus muslos se pusieran gruesos como leños.

—Toma —dijo, alcanzándome la botella. Sonrió.

Media hora más tarde también esa botella estaba vacía.

Lars y su novia se miraron fugazmente.

—Bueno —dijo Lars, levantándose—. Vamos a dar una vuelta a ver qué hay por ahí.

Cogió la mano de su novia y desaparecieron.

Yo temblaba, como si algo terrible fuera a suceder.

¿El qué?

No lo sabía, pero pensé que había sido un error ir allí, ya tenía suficiente, y pronto no aguantaría más.

—No tenemos más vino —dijo Vilde—. ¿Vienes a comprar unas botellas?

—Vale —contesté.

Por el camino busqué con la mirada a Yngve y a sus amigos, pero era imposible, claro, entre decenas de miles de personas.

—¡Hola, hola! —dijo Vilde—. ¡Estoy aquí!

—¿Hm? —dije.

—¡Ahora estás paseando conmigo! ¡Sé un poco sociable, hombre!

—Vale —dije. Pero no se me ocurría nada que decir.

—¿Estás buscando a alguien? —preguntó.

—Mi hermano está aquí, creo. Y sus amigos.

—¿Está tan bueno como tú?

La cara me empezó a arder y la miré. Ella se rió y me rozó levemente el hombro.

—Te estoy tomando el pelo —dijo—. Es muy divertido ver cómo te sonrojas.

—No creo que me haya sonrojado —dije.

—Al menos no eres tan duro como parece —dijo ella.

Nos paramos delante de una de las barras, ella compró tres botellas de vino y dimos media vuelta.

—¿Te vienes a mi tienda? —me preguntó—. Es grande y podemos quedarnos allí un rato bebiendo.

—Vale —dije, y ante mí se abrió un abismo.

Entramos en su tienda. Nos sentamos, ella abrió una botella de vino. Nos miramos. Ella estiró el brazo para agarrarme, yo hice lo mismo con ella, ella se tumbó, le saqué la camiseta por la cabeza a toda prisa y sus pechos se desparramaron. Le desabroché los pantalones y se los bajé. Ah, Dios, cuánta carne. Me incliné y besé los muslos blancos, metí la nariz en sus bragas negras y a la vez me estiré para llegar con ambas manos a sus pechos, ella dijo: quítate la ropa, ven, date prisa, date prisa, quiero tenerte ya, y yo me levanté de un salto, conseguí quitarme la camiseta y me bajé los pantalones, mientras la veía moverse para quitarse las bragas y quedarse desnuda, subió las piernas un poco, a la vez que las separaba, yo apenas podía respirar, los calzoncillos se me ahuecaban como una pequeña tienda de campaña, me los quité y me tumbé sobre ella, ella me agarró por la nuca y yo intenté penetrarla, no acerté del todo, ah, no, no, por favor, que no suceda ahora, espera un poco, dijo, yo te ayudo, así, sí, así, yo estaba dentro de ella y conseguí embestir dos veces antes de que todo se contrajera y me apretara contra ella.

Ay, fue corto y vergonzoso.

Ella me acarició el pelo varias veces.

Me tumbé boca arriba a su lado.

Al menos me había corrido dentro de ella.

Fue la primera vez.

Sonreí.

—¿Quieres un poco de vino?

—Claro —contestó ella.

Dimos un sorbo cada uno.

—¿Con cuántas te has acostado? —preguntó.

La cara se me calentó y la escondí, llevándome otra vez la botella a la boca.

Luego hice como que contaba.

—Con diez —dije.

—Son muchas —dijo ella.

—¿Y tú? —pregunté.

—Con tres.

—¿Con tres?

—Sí.

—¿Yo soy el tercero o el cuarto?

—El tercero. ¿Pero no quieres ser también el cuarto?

—Sí.

Esta vez salió un poco mejor, pasaron a lo mejor veinte segundos hasta que volvimos a estar uno al lado del otro. Bebimos más vino, yo le puse el brazo encima, tumbado junto a su cuerpo rebosante, y así nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos era de noche. Lo hicimos una vez más, y luego otra.

Charlábamos y nos reíamos, bebíamos y yo me preguntaba: ¿es verdad?, ¿realmente es verdad?, ¿estoy aquí tumbado al lado de una chica desnuda con quien puedo hacer lo que me dé la gana?

Nos dormimos, cuando nos despertamos volvimos a hacerlo, luego salimos a dar una vuelta, vimos dos minutos de un concierto, nos bebimos una botella de vino y volvimos a la tienda a toda prisa. Nos pasamos allí todo el día. Cada vez más borrachos. Yo no me hartaba de su culo, ni de sus grandes pechos oscuros, incapaz de entender esa felicidad que de repente me invadía. Mientras estábamos en plena faena, ella apartó de repente la cabeza y se tapó la boca con la mano, comprendí lo que estaba sucediendo y la saqué, ella se arrastró hasta la abertura de la tienda, bajó la cremallera, y con la parte trasera dentro y el torso fuera se puso a vomitar. Jadeó y le llegó otra arcada, yo miré su gran culo delante de mí y de repente no pude resistirlo, le puse las manos en las nalgas, la metí otra vez dentro de ella y empecé de nuevo.



KARL OVE KNAUSGÅRD (Noruega, 1968). Debutó en la literatura en 1998 con una aplaudida novela, *Ute av verden* (Fuera del mundo), gran éxito de crítica y ventas, y por la que recibió el premio de los Críticos de Noruega, que hasta entonces nunca había sido otorgado a una primera novela. La segunda, *En tid for alt* (Un tiempo para todo) (2004), también resultó un acontecimiento.

Knausgård se embarcó en otoño de 2009 en un proyecto literario sin igual. Su obra autobiográfica *Mi lucha* es, en más de un sentido, una gran proeza literaria: está compuesta por seis novelas, y la última fue publicada en otoño de 2011. A la primera le fueron otorgados en 2009 el prestigioso Brage Award y el Morgenbladet Award al mejor libro del año, y en 2010, el P2 Listeners' Prize; los tres primeros volúmenes fueron galardonados con el Sorlandet Literary Prize también en 2010. Este fascinante experimento literario, además de ser un gran éxito de crítica y de recibir numerosos galardones, ha suscitado un gran interés en los medios de comunicación y entre los críticos literarios y los lectores, y el resultado han sido cientos de artículos, comentarios, ensayos, notas en blogs y debates. Cuando fue publicada la sexta novela, las primeras cinco ya habían vendido en Noruega la increíble suma de cuatrocientos mil

ejemplares. Esta ambiciosísima gesta literaria ha despertado, además, un enorme interés internacional, con quince traducciones en marcha.

Notas

[1] Revista erótica mensual noruega que apareció en los años cincuenta. (*N. de las T.*) <<

[2] Knausgård significa «granja rocosa». (*N. de las T.*) <<